Moisés González Navarro

LOS EXTRANJEROS EN MÉXICO Y LOS MEXICANOS EN EL EXTRANJERO

1821-1970

volumen III

EL COLEGIO DE MÉXICO

Acceso Abierto

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

LOS EXTRANJEROS EN MÉXICO Y LOS MEXICANOS EN EL EXTRANJERO, 1821-1970

LOS EXTRANJEROS EN MÉXICO Y LOS MEXICANOS EN EL EXTRANJERO, 1821-1970

Volumen 3

Moisés González Navarro

EL COLEGIO DE MÉXICO

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.

The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License:

https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/

Portada de Mónica Diez Martínez

Fotografía de Agustín Estrada

Primera edición, 1994

D.R. © El Colegio de México

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D.F.

ISBN 968-12-0555-3 obra completa

ISBN 968-12-0558-8 volumen 3

Impreso en México / *Printed in Mexico*

A Celita y a Adriana

ÍNDICE

Cubierta
Portadilla
Portada
Créditos
Dedicatoria
Índice

1. RECURSOS FINANCIEROS Y HUMANOS
El cuerno de la abundancia
Las inversiones
Los recuentos
La pureza racial
El mestizaje

2. LA XENOFOBIA
La violencia
La revolución bóxer
Entre Wilsons te veas
Reges socii
Mestización suicida y abominable
Aseados y bellos
¡Más españoles, ya no!

3. ¿LA XENOFILIA?
Ingleses y franceses

Alemanes y guatemaltecos
Judíos y libaneses
El remolino menonita
Gott und Volk, Mit Brennender Sorge
Los españoles, los "bárbaros" más asimilables
¿Filia yanqui?
Asimilación y expulsión

4. LA EMIGRACIÓN (II)
Faltan tierras, sobran brazos
Turistas y braceros
La válvula de escape
De la raza caucásica inferior
Alambristas, *wet feet* y *wet backs*

5. LA EMIGRACIÓN (III)
No vayáis al norte (II)
México para los mexicanos (II)
La "raza"
Los tratados
Sinfonía inconclusa

6. EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO (I)
¡Vae pauperibus!
Might is right
Lo que es bueno para la Standard Oil no es bueno para México
American greasers
París, París, al fin París
Subhombres en España, superhombres en América
Victoria del hombre mediocre sobre los pica-pedreros

7. EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO (II)
Charros y frijoles con chile en París
Contigo pan y cebolla
Los Balcanes y el Cercano Oriente
En vísperas de Hitler
Descubrimiento de América Latina y otras latitudes
Guerra en España y en México
Eurocentrismo, Malgré Tout

EPÍLOGO

FUENTES
Fuentes primarias
Fuentes secundarias

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18

19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51

52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84

85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117

118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150

151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183

184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200
201
202
203
204
205
206
207
208
209
210
211
212
213
214
215
216

217
218
219
220
221
222
223
224
225
226
227
228
229
230
231
232
233
234
235
236
237
238
239
240
241
242
243
244
245
246
247
248
249

250
251
252
253
254
255
256
257
258
259
260
261
262
263
264
265
266
267
268
269
270
271
272
273
274
275
276
277
278
279
280
281
282

283
284
285
286
287
288
289
290
291
292
293
294
295
296
297
298
299
300
301
302
303
304
305
306
307
308
309
310
311
312
313
314
315

316
317
318
319
320
321
322
323
324
325
326
327
328
329
330
331
332
333
334
335
336
337
338
339
340
341
342
343
344
345
346
347
348

349
350
351
352
353
354
355
356
357
358
359
360
361
362
363
364
365
366
367
368
369
370
371
372
373
374
375
376
377
378
379
380
381

382
383
384
385
386
387
388
389
390
391
392
393
394
395
396
397
398
399
400
401
402
403
404
405
406
407
408
409
410
411
412
413
414

415
416
417
418
419
420
421
422
423
424
425
426
427
428
429
430
431
432
433
434
435
436
437
438
439
440
441
442
443
444
445
446
447

448
449
450
451
452
453
454
455
456
457
458
459
460
461
462
463
464
465
466
467
468
469
470
471
472
473
474
475
476
477
478
479
480

481
482
483
484
485
486
487
488
489
490
491
492
493
494
495
496
497
498
499
500
501
502
503
504
505
506
507
508
509
510
511
512
513

514
515
516
517
518
519
520
521
522
523
524
525
526
527
528
529
530
531
532
533
534
535
536
537
538
539
540
541

1. RECURSOS FINANCIEROS Y HUMANOS

EL CUERNO DE LA ABUNDANCIA

Como se ha visto, la ilusión porfirista que sostenía la necesidad de una caudalosa inmigración extranjera nació de una doble creencia: los enormes y fácilmente aprovechables recursos naturales del país y una población nativa insuficiente en número y calidad. Muchos consideraron a México como la nación de mayores recursos naturales. Con las afirmaciones de "los científicos" entró en crisis esta ilusión: faltaban ríos navegables, las costas eran ricas pero insalubres, la topografía dificultaba las comunicaciones, y un irregular y mezquino régimen pluvial obligaba a la irrigación; por todo esto, Justo Sierra estaba dispuesto a cambiar la plata mexicana por el petróleo norteamericano y el carbón y el fierro ingleses. Según Bulnes, un país sin agua en las tres cuartas partes de su territorio y sin carbón de piedra, no podía ser ni medianamente rico. En suma, sentenció Pablo Macedo, México era, en realidad, un país miserable.[1]

Rafael Téllez Girón escribió en 1918 que México tema los elementos necesarios para ser el país más rico del continente americano.[2] Cecil Rhodes, uno de los mayores voceros de la riqueza mexicana, sentenció que su oro, plata, cobre y piedras preciosas construirían el imperio del mañana y harían de las futuras ciudades *veritables Jerusalems;* alguien más añadió que contaba con los mayores recursos agrícolas del mundo.[3] Álvaro Obregón declaró en 1920 que México era al mismo tiempo "uno de

los países más ricos de la tierra" y de los "que tiene menos habitantes" y, sobre todo, más analfabetas y más miserables. Esto último formaba un marcado contraste con el hecho de que México tenía "riquezas suficientes para dar de comer y vestir a cien millones de habitantes, y hasta ahora, sólo se han podido vestir dos millones y medio y el resto de ellos andan semidesnudos". El remedio a esa paradoja era que el capital extranjero desarrollara "todas nuestras riquezas".[4] José Vasconcelos precisó que la mayor parte de la población mexicana vivía en las exhaustas zonas templadas, en contraste con las desiertas tierras calientes con sus tesoros incalculables. De cualquier modo, México era una "maravillosa promesa". Más cauteloso, Manuel Gamio calificó de muy exagerados los méritos de los trópicos mexicanos, y sobre todo, aunque las tierras fueran muy ricas, la insalubridad destruía la vida humana.[5] En opinión de Antonio Caso, el petróleo, la plata, el henequén y el algodón probaban la inmensa riqueza nacional.[6] Plutarco Elías Calles era un convencido de la excelencia de la agricultura, el principal elemento de la riqueza nacional, por la variedad de climas y abundancia de ríos,[7] cosa cierta en su natal Sonora. En el maximato se llegó a decir que México contaba con recursos suficientes para "colocar nuestra creciente población todavía por muchos siglos", y podía alimentar a una población cien veces mayor.[8] Las autoridades locales participaron frecuentemente de ese optimismo; las potosinas, por ejemplo, hablaban de la Huasteca como de "un dorado fabuloso". Las veracruzanas declararon en 1938 que la amplitud territorial de ese estado permitía una población mucho más numerosa que la actual. Y las sonorenses pensaban que gracias a su carbón y fierro y a sus 400 000 hectáreas irrigables, Sonora fácilmente podría sostener de dos a tres millones de habitantes.[9]

Sin embargo, la idea sobre los limitados recursos naturales del país se fue confirmando poco a poco. Rómulo Escobar escribió en 1911, de acuerdo con una estimación optimista, que en el

10% del territorio era posible el cultivo con irrigación, el 70% era "de cultivo imposible y de riego imposible", y que sólo en el resto podía cultivarse inmediatamente. Pero no sólo faltaba agua al país, sino también maquinaria moderna, acaso con la sola excepción de los henequeneros yucatecos.[10] Francisco Bulnes batalló en cuanta ocasión tuvo contra esta leyenda; en diciembre de 1911 declaró en la Cámara de Senadores que la riqueza del país no dependía de sus metales preciosos, sino de su capacidad para mantener el mayor número posible de habitantes y en este sentido México era muy pobre: sus 200 millones de hectáreas sólo podían mantener quince millones de habitantes.[11] Pocos años después criticó a los revolucionarios porque pretendían que las maravillosas tierras agrícolas mexicanas podían alimentar una población de cien o más millones de habitantes cuando, en realidad, la agricultura no florecía por falta de agua. Por tanto, la principal causa de la miseria indígena era el clima; de contar México con un régimen pluvial como el francés, hubiera podido atraer una inmigración blanca que al mezclarse con la nativa habría hecho que en la segunda década habitaran en el país de cincuenta a sesenta millones. Sin reparar, de acuerdo con su costumbre, en las más flagrantes contradicciones, que sus partidarios nombraban benévolamente paradojas, añadía que independientemente del clima, los indios podían haber progresado de no ser una raza inferior.[12] Además, sequías y heladas hacían inevitable el monocultivo del maíz de temporal.[13]

Bulnes estaba seguro de que con esta argumentación exoneraba al régimen porfirista, en particular a "los científicos". Independientemente de su trasfondo político, algunos escritores revolucionarios de los años treinta la utilizaron para negar la legendaria riqueza nacional. Gilberto Loyo, después de ensalzar la riqueza nacional en materias primas y en energía hidroeléctrica, siguiendo a Bulnes, escribió que el periodo 1909-1916 se caracterizó por una reducida e irregular precipitación pluvial, lo cual

agravó la miseria y el odio de los campesinos, crecieron las pasiones y la sensibilidad social para conocer mejor la mala situación de las masas. Por esa razón la Revolución fue más sangrienta y dinámica.[14]

Daniel Cosío Villegas criticó, desde los años veinte, el argumento clásico de Carlos Díaz Dufoo ("somos naturalmente ricos, pero económicamente pobres") porque México era pobre, natural y económicamente, y para probarlo bastaba considerar lo costoso de las indispensables obras de irrigación.[15] El subsecretario de Relaciones Exteriores, Ramón Beteta, corroboró esta crítica en 1940: México no era un país rico y, peor aún, hasta entonces sus recursos naturales habían estado en manos de sociedades extranjeras o de mexicanos absentistas, con el resultado de que su heterogénea población vivía mal alimentada, sin abrigo e ignorante. Pese a su escasa población, continúa Beteta, dada su heterogeneidad etnológica, México debería recibir cuidadosamente la inmigración extranjera, impidiendo, como lo hacía el gobierno de Cárdenas, la entrada de ciertos extranjeros que despreciaban a las razas no blancas.[16] Pero no murió del todo ni de inmediato la tesis de Díaz Dufoo, sobre todo en la mente de algunos gobiernos locales, especialmente del trópico, seguros de las grandes posibilidades de las cuencas del Usumacinta y del Grijalva.[17]

En cambio, entre algunos autores extranjeros se puso de moda, a partir de los cuarenta, insistir y aun exagerar la pobreza de los recursos naturales del país. William Vogt popularizó esta opinión en 1945 cuando escribió que, de continuar las tendencias de ese momento, en un siglo la mayor parte del territorio mexicano se convertiría en un desierto o, al menos, sólo podría mantener a sus habitantes en un muy precario nivel de subsistencia.[18] Dos años después, el periódico falangista *Arriba* pontificó: México era uno de los países más ricos del mundo pero su población una de las más pobres.[19] Sanford Mosk explicó que México era pobre

en los recursos necesarios para lograr un desarrollo completo; las planicies costeras ofrecían una promesa para el futuro, "pero no son del mismo tipo que el valle del Missisipi, como base sobre la cual levantar una economía floreciente". Por esta razón y porque había desaparecido la libertad de comercio que caracterizó el periodo 1850-1914, no era posible pensar que la analogía entre el desarrollo económico de Estados Unidos y México debiera aceptarse automáticamente.[20] Y Frank Tannenbaum resumió su pesimismo sobre los recursos económicos del país, cuando escribió que "México es un hermoso lugar para vivir, pero un lugar difícil para ganarse la vida".[21]

En realidad, mucho de lo que se había escrito sobre la pobreza o sobre la riqueza del país, con frecuencia era producto de especulaciones más o menos fantasiosas; los censos agrícolas han permitido un conocimiento más profundo de sus recursos reales. Según Marco Antonio Durán a medida que se conoce mejor el territorio nacional va desapareciendo el viejo mito de su riqueza; en la altiplanicie y en las zonas costeras al norte del trópico, la escasa lluvia hacía que la agricultura fuera pobre y aleatoria; la mitad de las tierras de cultivo padecían una climatología adversa, los campesinos mexicanos disfrutaban de un hermoso cielo azul, "pero hostil para la vida vegetal".[22]

Emilio Alanís Patiño escribió pocos años después que, independientemente de la tenencia de la tierra, dominaban al país el adverso régimen climatológico, las deficientes condiciones de los suelos, las malas características genéticas de las semillas y la defectuosa técnica agrícola.[23] Con base en el censo de 1940, escribió que de un total de 160 millones de hectáreas (excluidas las superficies ocupadas por los desiertos, aguas interiores, caminos, centros de población, etc.), sólo se cultivaban 14.8 millones o sea 9.3%. El 77.7% de ellas eran de temporal; de las restantes, 1.7 millones de hectáreas eran de riego y 766 000 de jugo o de humedad. La zona meridional del altiplano corresponde funda-

mentalmente a las tierras de temporal, y como por ser la de clima más benigno es la más densamente poblada, aun cultivando en esa zona todas las tierras sólo corresponderían 1.45 hectáreas por persona. Como en general no se utilizaban fertilizantes, sólo se cultivaba un año sí y otro no, lo que originó el bajo nivel de vida de la población agrícola, el ocio rural y la emigración interna y al extranjero. Sin embargo, la población de esta región aliviaba su pobreza con el aprovechamiento de algunas plantas silvestres, la cría de ganado y la artesanía. La parte septentrional del altiplano tenía características orográficas y climatológicas semejantes.[24]

Moisés T. de la Peña estimó, al igual que Armando González Santos, en 30 millones las hectáreas cultivables. El primero lo hizo con base en el censo de 1940 y el segundo en el de 1950, por tanto, difieren sus estimaciones y cálculos en otros aspectos: según De la Peña se cultivaban cerca de 12 millones, según González Santos casi 15; para el primero de estos autores se regaban 2 500 000 hectáreas y era posible regar otros tres o cuatro millones; González Santos estimó en 11.4 millones las hectáreas que deberían regarse para completar las 30, pero ésa era una tarea difícil, lenta y costosa. En suma, para González Santos, México era un país medianamente dotado desde el punto de vista agrícola.[25]

Más recientemente, Jorge L. Tamayo calculó en 36% el área con pendiente de hasta 10%. Dadas esas características topográficas sólo esa cantidad podría dedicarse a usos agrícolas o ganaderos sin necesidad de recurrir a costosas obras de protección, aunque sí a obras mínimas para evitar la erosión. Según Tamayo, el balance de recursos nacionales no debía ser "motivo ni de exagerado optimismo ni de negro pesimismo, incluso es posible duplicar o más que duplicar la población; para lograrlo se necesitaría un esfuerzo adicional y superior al que se realiza en otros países".[26]

Joaquín Loredo Goytortúa, con base en el censo de 1910, explicó que México es un país montañoso pues poco más de la cuarta parte de sus tierras tienen pendientes superiores a 25%, y las mayores áreas de cultivo se encuentran en pendientes menores de 10%. De acuerdo con la precipitación pluvial, 52.13% de las tierras son áridas (península de Baja California, Sonora, Coahuila, Chihuahua, San Luis Potosí, Durango, Zacatecas, Tamaulipas y el Valle del Mezquital). Semiáridas, con precipitación pluvial de 250 a 500 milímetros anuales, se consideran 30.56%, que en su mayoría corresponden a las tierras de temporal de la Mesa Central. Semihúmedas (500 a 1 000 milímetros anuales), de acuerdo con la precipitación pluvial las mejores para la agricultura, sólo son 10.52%, que se localizan en Sinaloa, Nayarit, Colima, algunas partes de Jalisco, Michoacán, Veracruz, Chiapas y Tabasco. Las tierras húmedas (de más de 1 000 milímetros anuales de precipitación pluvial) representan 6.79%; cuando exceden de 2 000 milímetros, su valor se limita por la falta de drenaje y de adecuado saneamiento; se localizan en algunas partes de Veracruz, Tabasco y Chiapas. De cualquier modo, es preciso depurar el conocimiento censal de los recursos del país, combinándolo con estudios de fotogrametría, levantamientos agrológicos, edafológicos, hidrológicos, etcétera.[27]

Sin embargo, en algunos casos era patética y obvia la pobreza agrícola de ciertas zonas del país: a cada tlaxcalteca sólo correspondía en 1959 un promedio de media hectárea de tierra de temporal, pobre y erosionada.[28] Parece confirmarse que los recursos agrícolas aún son pobres, pero que fueron abundantes los minerales de metales preciosos durante la colonia; de industriales no ferrosos en lo que va del presente siglo, y abundantes también, de acuerdo con recientes investigaciones oficiales, son las reservas positivas de minerales no metálicos y siderúrgicos.[29]

Complementaria de la creencia porfirista en los grandes recursos naturales del país, lo fue la de una población escasa en núme-

ro y en buenas cualidades. "Faltan brazos", fue el clamor de autoridades y particulares, aunque advirtieran la presencia (en algunos lugares abundante) de una crecida pero, a sus ojos, perezosa población indígena. En realidad, grandes sectores de esta población, por su economía consuntiva, vivían al margen de la vida económica del país; su falta de espíritu de lucro desesperaba a los hacendados, quienes lo atribuían a indolencia, inconstancia, etc., y trataban de forzarlos a trabajar mediante la servidumbre por deudas. Además, el creciente desarrollo económico del país (construcción de ferrocarriles y carreteras, modernización de la minería y de la industria de la transformación), al proporcionar más elevados salarios que los agrícolas creó una escasez de mano de obra aun en algunas de las regiones más densamente pobladas. La élite intelectual miraba al indígena como un lastre, económicamente por su escasa productividad, y físicamente por su fealdad. Por ambas razones era preciso colmar ese vacío con una numerosa inmigración extranjera.[30]

Aunque en el porfiriato no faltaron quienes dudaran de esa ilusión, y propusieran la autocolonización como el remedio para el problema demográfico del país, la creencia en la necesidad de la inmigración subsistió durante gran parte de la época contemporánea; por ejemplo, Atenor Sala confiaba, en noviembre de 1912, que la rápida colonización con agricultores europeos tranquilizaría al país.[31] Muchos siguieron pensando que esos inmigrantes servirían de estímulo al indígena; *El Economista* opinó en 1916 que la inmigración extranjera sería útil, con capital o aun sin él.[32] Al triunfo de la Revolución constitucionalista, el entonces gobernador michoacano, Pascual Ortiz Rubio, atribuyó la pobreza del país y su corta población tanto a "antecedentes idiosincráticos de nuestra raza" como al régimen "feudal" de la propiedad rural.[33] Completa esta idea la de quienes juzgaban que la población decrecía, porque México era "uno de los países más

insalubres del mundo", dada la incultura de las clases desheredadas.[34]

La Revolución nació con un acentuado carácter nacionalista, la oposición, aún violenta, a los extranjeros fue creciendo con los años, con gran sorpresa de éstos, convencidos como estaban de que México necesitaba de sus brazos y capitales.[35] Pero en la opinión pública se abría paso la idea de limitar la actividad económica extranjera y se pedía que sólo se les permitiera adquirir propiedades raíces si se nacionalizaban.[36] La conciencia nacionalista se manifestaba de mil formas, desde la violenta de Francisco Villa hasta la orgullosa de Obregón y Carranza, cuando en 1915 se negaron a aceptar la ayuda de los extranjeros residentes en la ciudad de México para proporcionar alimentos a los hambrientos capitalinos.[37]

Carlos Díaz Dufoo, vocero del antiguo régimen, como era natural, criticó en 1918 la xenofobia revolucionaria. La Constitución de 1917 trataba con mucha mayor severidad que la de 1857 a los extranjeros, aun llegaba a la arbitrariedad en la facultad de expulsarlos, mientras la Constitución liberal limitaba esa facultad a los perniciosos. Díaz Dufoo juzgó "extremada" la prohibición del artículo 27 constitucional a los extranjeros de adquirir tierras en una faja de 100 kilómetros a lo largo de las fronteras y de 50 en las costas. Disentía de la opinión revolucionaria de que los extranjeros tenían en México una situación legal privilegiada; en realidad, sólo gozaban de los derechos "indispensables", y aun éstos a menudo se les negaban. Los revolucionarios desconocían lo mucho que el país debía a los capitales extranjeros, entre otras cosas esenciales la de que equilibraban la "balanza de cuentas exteriores", equilibrio sin el cual hubiera sido imposible el progreso económico.[38]

La Asociación Americana de México, que por supuesto coincidía con este juicio de Díaz Dufoo, protestó en 1921 porque según la nueva legislación se podía privar a un ciudadano nortea-

mericano de las tierras que ya hubiera adquirido y porque para adquirir otras debería renunciar a su nacionalidad. De acuerdo con la Constitución "socialista" de 1917, no podían adquirir propiedades dentro de 60 millas de la frontera y 30 en las costas, precisamente las mejores tierras; lo que el gobierno mexicano perseguía era impedir que los extranjeros adquirieran terrenos petrolíferos. Los clérigos norteamericanos no podía oficiar en México, ni aun nacionalizándose; los extranjeros podían ser expulsados arbitrariamente, sin derecho a apelación judicial, mediante una simple orden presidencial. Por esas razones la Asociación pedía a su gobierno que no reconociera al mexicano hasta que éste celebrara un convenio en el que se obligara a devolver a los ciudadanos norteamericanos los derechos de que habían sido privados por la Constitución de 1917.[39]

El reconocimiento del gobierno de Obregón y después el acuerdo Calles-Morrow permitió que los extranjeros en general, en particular los norteamericanos, adquirieran bienes rústicos y urbanos. En efecto, de agosto de 1931 a julio de 1932 los extranjeros en general adquirieron 787 predios: los españoles 294 (37.36%) y los norteamericanos 227 (28.82%). En el último año del gobierno de Cárdenas sólo se concedieron 113 permisos para adquirir predios rústicos, de ellos 45 a españoles (39.82%) y 16 (14.16%) a norteamericanos; es decir, mientras la proporción de los españoles aumentó un poco, el porcentaje de los norteamericanos disminuyó a la mitad. En 1931-1932 se concedieron 1 753 permisos para adquirir predios urbanos, de ellos 940 (53.62%) fueron para españoles y 147 (8.39%) para norteamericanos. Al finalizar la presidencia de Cárdenas se otorgaron 1 742 permisos para adquirir predios urbanos 939 (53.90%) fueron para españoles y 185 (10.62%) para norteamericanos. O sea que el número de permisos fue sólo 11 veces menor que en 1931-1932, pero mientras el porcentaje español es prácticamente igual, el nortea-

mericano aumentó levemente. También destaca que pocos latinoamericanos y asiáticos obtuvieron estos permisos.[40]

Por otra parte, desde 1935 Gilberto Loyo había escrito que por entonces sólo podía esperarse un aumento importante de la población nacional por la repatriación de mexicanos de Estados Unidos, la disminución de la emigración a ese país y de la mortalidad; con el aumento de la población nativa, aumentarían también las condiciones favorables para la inmigración extranjera.[41] Pero con Cárdenas el cambio de la política demográfica es claro: se confía en el crecimiento natural de la población, aunque éste sea lento, porque si bien es deseable una población densa, más lo es una comunidad unificada, "laboriosa y capaz.de consolidar el bienestar de nuestra raza y la plenitud de nuestra nación". Para lograr ese crecimiento natural se pugnaría por disminuir la mortalidad infantil, se protegería a las familias numerosas mediante estímulos para la obtención de trabajo, habitaciones, vestidos, educación, etc. Ya no se aspiraba entonces a que del incremento natural de la población dimanara un aumento de la inmigración extranjera. Por el contrario, se deseaba rechazar las numerosas peticiones para entrar a México que en 1938 hicieron austríacos, alemanes, rusos, rumanos, húngaros, españoles e italianos, porque la mayoría de los peticionarios desempeñaban actividades profesionales que no se consideraban indispensables para el progreso económico del país.[42]

México estaba dispuesto a sacrificar a fines sociales superiores la gran ventaja de la inmigración extranjera, que proporcionaba una población adulta, educada y con posibilidades económicas, con el solo gasto del traslado e instalación de los inmigrantes.[43]

En los años finales del gobierno de Cárdenas abundaron las peticiones para limitar el capital o restringir las actividades comerciales de los extranjeros ya radicados en el país, e impedir la entrada de quienes quisieran residir en México.[44] Sin embargo, de acuerdo con un muestreo realizado 20 años después, de un

grupo de 109 hombres de negocios, 26 eran nietos de europeos, de lo que se desprendía, dada la baja proporción de extranjeros, que éstos tenían más posibilidades de ascenso social.[45]

LAS INVERSIONES

Según Luis Nicolau D'Olwer, al iniciarse el porfiriato las inversiones extranjeras se caracterizan por una deuda exterior, en parte reconocida, pero no pagada, en parte repudiada; un comercio extendido a lo largo de toda la República; pequeñas industrias radicadas en el centro del país, y el Ferrocarril Mexicano perteneciente a una compañía británica. Aunque a partir de la segunda administración de Porfirio Díaz aumentan notablemente las inversiones directas, más notable aún es la reaparición de las indirectas, suspendidas a raíz de la intervención extranjera.

En particular se conoce el monto de las inversiones norteamericanas y francesas (incompletas en 1902). Al año siguiente, la Comisión Monetaria sólo parcialmente logró su propósito de precisar el monto de las inversiones extranjeras, mediante el envío de cuestionarios a los interesados y a los gobernadores de los estados, porque sólo 5% de los inversionistas respondió a los cuestionarios; el total de la cifra obtenida, únicamente alcanzó 136 107 924 pesos. A la vista de este insatisfactorio resultado, la Comisión Monetaria añadió los datos correspondientes a los seguros (16 888 480), los ferrocarriles (767 151 849) y la deuda pública (432 516 594), de este modo obtuvo un total de 1 352 664 848 pesos. No es de extrañar, por tanto, que José Ives Limantour haya confesado en 1906 la imposibilidad de determinar con exactitud el monto de las inversiones extranjeras en México.

Sin embargo, al finalizar el porfiriato se cuenta con cinco estimaciones de conjunto, si bien varían notablemente: de 1 276 000 000 de pesos (según un periódico francés) a 4 408 000 000 de pesos (Edgard Turlington). Al parecer las cifras más fidedignas

son las de Marion Letcher,[46] quien estimó las inversiones extranjeras en 1911 en 3 282 108 360 pesos, cifras que D'Olwer aumenta moderadamente, y con carácter de aproximación, a 3 400 837 960 pesos en la misma fecha.[47]

El predominio de las inversiones extranjeras al finalizar el porfiriato (cuadro 1) es casi total en la infraestructura (ferrocarriles, petróleo, minas, etc.), el comercio al mayoreo, ciertas ramas de la industria, las profesiones liberales, los ranchos madereros, los servicios públicos y la banca. Las inversiones mexicanas sólo son claramente mayoristas en las instituciones,★ en los ranchos agrícolas, en las viviendas y el personal, en el comercio al menudeo, etc. Del total de los 2 433 241 422 dólares estimados por Letcher, poco más de las dos terceras partes (67.42%) corresponde a las inversiones extranjeras. En once casos las inversiones extranjeras tienen mayoría absoluta en el total de las inversiones y en cuatro mayoría relativa; en particular las inversiones norteamericanas tienen mayoría absoluta en la minería, los ferrocarriles, la industria hulera, el petróleo, ciertos sectores de la industria y en las profesiones liberales; tienen mayoría relativa en las fábricas de jabón y en los ranchos ganaderos. Francia cuenta casi con las dos terceras partes (62.91%) del total de las inversiones en las fábricas de hilados y tejidos. Inglaterra, por su parte, tiene mayoría absoluta en los servicios públicos (56.39%) y mayoría relativa en los ranchos madereros (41.79%) y en los bonos nacionales (33.50%); en fin, al amplio grupo de "otros países extranjeros" corresponde 53.09% de las tiendas al mayoreo.[48]

CUADRO 1
Inversiones mayoritarias, por países, en orden relativo decreciente con respecto al total de cada actividad económica

Concepto y país	*%*	*Dólares*
Minas (Estados Unidos)	77.72	223 000 000
Acciones ferrocarrileras (Estados Unidos)	72.42	408 926 000
Fundidoras (Estados Unidos)	72.21	26 500 000
Industria hulera (Estados Unidos)	68.19	15 000 000
Fábricas de hilados (Francia)	62.91	19 000 000
Petróleo (Estados Unidos)	58.48	15 000 000
Servicios públicos (Inglaterra)	56.39	8 000 000
Capitales en ferrocarriles (Estados Unidos)	53.24	235 464 000
Tiendas mayoreo (otros países)	53.09	2 700 000
Fábricas (Estados Unidos)	51.47	9 600 000
Profesionistas liberales (Estados Unidos)	50.64	3 600 000
Fábricas de jabón (Estados Unidos)	47.49	1 200 000
Seguros de vida (Estados Unidos)	42.11	4 000 000
Ranchos madereros (Inglaterra)	41.79	10 300 000
Bonos nacionales (Inglaterra)	33.50	67 000 000

Fuente: Letcher, tomado de *66th Congress. 2d Session, December 1, 1919-June 5, 1920. Senate Documents, Investigation of Mexican Affairs, Preliminary Report and Hearing of the Committee of Foreign Relations United States Senate pursuant to S. Res. 106 directing the Committee on Foreign Relation to investigate the matter of outrages on citizens of United States in Mexico*, Washington Government Printing Office, 1920, vol. 10, p. 3321.

Las inversiones norteamericanas aumentaron de 511 465 166 dólares en 1902 (datos del cónsul general Andrew D. Barlew) a 1 057 770 000 (Letcher) o a 1 500 000 000 (Fall) en 1911. Desde los primeros años del porfiriato los ferrocarriles y la minería recibieron las mayores inversiones norteamericanas; incluso años después, el capital norteamericano es exclusivo o, al menos, predominante en las líneas ferrocarrileras del Pacífico. Las inversiones en la minería aumentaron de 95 millones de dólares en 1892 a 102 millones en 1902 y a 250 millones (minería y metalurgia) en 1911. De paso puede recordarse la obvia conexión entre el desarrollo de las inversiones norteamericanas en los ferrocarriles y la minería, en la medida en que facilitaba la extracción de los minerales para llevarlos a Estados Unidos: "fue uno de los principales móviles, o el primero, de las inversiones ferroviarias a tal punto que ello explica el trazado de varias líneas". Los nortea-

mericanos trabajaron especialmente las zonas mineras del norte y del oeste del país.

Aunque en un principio las inversiones de Estados Unidos en la agricultura no tuvieron gran importancia, las autoridades norteamericanas impusieron a Porfirio Díaz, además de otras condiciones, la de aceptar el derecho de sus ciudadanos de adquirir propiedades a lo largo de la frontera, como requisito para reconocer su gobierno. La falta de una frontera natural en el noroeste de México favoreció la creación de latifundios norteamericanos, especialmente ganaderos, en Sonora y Chihuahua. Posteriormente, los norteamericanos invirtieron en las regiones tropicales, sobre todo en el cultivo de azúcar, café, hule, algodón y frutas tropicales. Según otras fuentes los norteamericanos eran dueños de 16 558 000 hectáreas, casi 52% del total; los españoles de 6 233 000 hectáreas (20%), los británicos de 5 315 000 hectáreas (17%). En los veinte se afectó en mayor proporción a los españoles, tanto por la fuerte presión diplomática de Estados Unidos, como porque las tierras de los americanos eran áridas y estaban ubicadas en lugares de menor densidad demográfica, en contraste con las de los españoles más húmedas y situadas en regiones más densamente pobladas.[49]

Ya en el siglo XX adquieren gran importancia las inversiones de Estados Unidos en el petróleo, particularmente las de Edward L. Doheny, quien dominó en ellas hasta 1905; a partir de entonces su monopolio fue quebrantado por la competencia de otras compañías norteamericanas y de algunas inglesas (el grupo de F. S. Pearson). De cualquier modo, en 1911 los norteamericanos dominaban 58.48% de las inversiones petroleras.

Según D'Olwer las inversiones norteamericanas predominaron no porque éste hubiera sido el deseo del gobierno mexicano (más bien aspiraba a lo contrario), sino por la preferencia que los países europeos concedieron a sus propios imperios coloniales. En suma, las inversiones norteamericanas "fueron las más cons-

tantes, las más extensas, las más 'coloniales', y también las que despertaron mayor recelo".[50]

El segundo lugar, en importancia absoluta y relativa, corresponde a las inversiones inglesas, pioneras en la minería desde la consumación de la independencia, si bien disminuyeron, relativamente, en el siglo XIX, sobre todo al menguar el interés de los inversionistas ingleses con motivo de la baja de la plata. De acuerdo con fuentes británicas, casi la mitad del capital de esa nacionalidad invertido en la minería en América Latina al final de 1911 se destinó a México, casi 12 millones de libras esterlinas en 65 empresas, en su mayoría pequeñas, de menos de 60 000 libras cada una. Entre las mayores figuran Santa Gertrudis, El Oro, Esperanza, Mazapil, etc.; salvo en Chiapas, existían en todas las zonas mineras del país. Por supuesto, hay una amplia discordancia en las estimaciones, que van de 64.3 millones de libras (según Letcher) a 160 (según Fall); salomónico, A. Ripy se inclina por 99 millones en 1913.[51]

Los ingleses también fueron pioneros en los ferrocarriles, pues a ellos se debe el Ferrocarril Mexicano, la primera gran línea establecida en México. Las inversiones francesas fueron favorecidas por una colonia francesa, pequeña en número pero muy próspera. El origen de esta colonia es doble, por un lado descendía de los inmigrantes franceses llegados al país poco después de consumada la independencia, por el otro, de los que llegaron después de 1880 con el deseo de permanecer sólo una corta temporada en México. De cualquier modo, las inversiones de Francia se formaron, primeramente, con los ahorros hechos por los franceses con su trabajo en México y, posteriormente, con las inversiones de los franceses radicados en su país. De un modo o de otro, como se ha visto, su mayor éxito lo tuvieron en la industria textil.[52]

Pero estas cifras son engañosas; por ejemplo, Alemania no figura explícitamente entre otras razones porque la mayor parte

de sus inversiones se canalizaron a través de empresas afiliadas a Estados Unidos y a España.[53]

En suma, de un total de 3 282 108 360 pesos a que ascienden las inversiones extranjeras en 1911, aproximadamente las dos terceras partes (64.46%) corresponden a los norteamericanos, una quinta parte a los ingleses (19.58%), poco menos de una décima parte a los franceses (8.74%) y el resto a otros países extranjeros.[54]

Por último, se señala el desarrollo de las inversiones, por países, en 1911 y en 1938-1957. Desde luego destaca su disminución entre 1911 y 1938, disminución que acaso pueda explicarse porque Letcher incluye directas e indirectas y entre 1938 y 1957 sólo se cuentan las directas. Además, en el periodo 1938-1957 las estadísticas se formaron con los datos proporcionados por las empresas extranjeras y éstas pueden haberlos subestimado, sea por razones fiscales o políticas. Todavía existe una dificultad más, las cifras no están calculadas a precios corrientes. De cualquier modo, estos cuadros son útiles porque muestran algunas de las características fundamentales de estas inversiones, principalmente el hecho de que las norteamericanas tienen un carácter creciente. Lo fundamental es que de 64.46% del total en 1911, disminuye a 60.23% en 1938 y en 1957 aumenta a 73.37%. Mientras las inversiones inglesas representaban la quinta parte en 1911, casi sin interrupción disminuyen hasta quedar reducidas a sólo 4.28% en 1957. Más acentuada es la disminución de Francia, país que en 1911 representaba 8.74% de las inversiones extranjeras, disminuye a 2.40% en 1938 y a sólo 0.63% en 1954. Aunque Suecia ocupa en 1938 el tercer lugar (4.66%), sin embargo queda reducida a sólo 1% en 1957. Las inversiones canadienses son las segundas en importancia en 1938; disminuyen como las de los demás países, pero no al mismo ritmo, pues en 1957 representan 13.50%. El grupo de "Otras" disminuye muy bruscamente de 7.22% en 1911 a 0.04% en 1938; pero, contrariamente

a los otros casos, aumenta a 2.84% en 1957.[55] En fin, lo fundamental es el creciente predominio de las inversiones norteamericanas. Gomo el mismo fenómeno se registra en el comercio exterior, se acentúa la dependencia de México, hecho que también profundiza el resentimiento contra Estados Unidos. Dada la vulnerabilidad de la economía mexicana, como gran parte de la inversión extranjera en la industria manufacturera se concreta a ensamblar piezas importadas de Estados Unidos o de otros países, la suspensión de esas importaciones puede paralizar algunas industrias.[56]

LOS RECUENTOS

En el porfiriato los asiáticos, principalmente los chinos, vivían en su mayoría en el Pacífico norte y en menor número en Yucatán; en vista de su escasa población representaban un porcentaje pequeño pero apreciable de sus habitantes, sobre todo en la zona del Pacífico norte. Los norteamericanos se localizaban en su mayoría en la frontera norte. También en este caso eran un porcentaje de alguna consideración con respecto al total de los habitantes de esas poco pobladas regiones. De los latinoamericanos la proporción de los guatemaltecos en nuestro país era abrumadora, pero vivían casi exclusivamente en Chiapas, y sobre todo en el Soconusco representaban un porcentaje considerable. Los cubanos habitaban de preferencia en Yucatán, Veracruz y el Distrito Federal, pero era insignificante su importancia con respecto a la población de esas entidades.[57] Los europeos residían en una proporción muy alta en el Distrito Federal y en Veracruz; en la capital tenían una importancia relativa, no así en Veracruz. Los ingleses residían en un número apreciable fuera de la capital, en Quintana Roo, por ejemplo, dada la escasa población de esa entidad, tenían gran importancia relativa. Españoles y norteamericanos estaban prácticamente diseminados por todos los rincones

del país, si bien la mayoría se concentraba en las capitales de los estados y en los puertos y fronteras. En fin, en números absolutos aumentaron a más del doble: de 48 668 en 1895 a 116 347 en 1910. Esto es, con respecto a la población de México, de 0.39 a 0.77 por ciento, en las mismas fechas.[58]

En la época contemporánea,[59] los nacidos en el extranjero casi se han duplicado en números absolutos (216 673 en 1970), pero en relativos han disminuido a 0.45%, aunque el porcentaje máximo lo alcanzaron en 1930 (0.85%). En todos los casos, en el Distrito Federal ha sido mucho mayor el porcentaje de los nacidos en el extranjero; sin embargo, han disminuido constantemente, de 3.59% en 1910 a 1.10% en 1970. En el Pacífico norte, entre 1910 y 1940 se registraron los más elevados porcentajes después de los de la capital. En 1910 y en 1921 los porcentajes del Pacífico sur superaron a los del golfo de México, porque a partir de los años treinta se incrementó la nacionalización de los nacidos en Guatemala residentes en Chiapas. Por último, en todos los casos fue mínima la significación porcentual de los nacidos en países extranjeros en el centro del país, aunque en esta zona (y también en el norte, contra la tendencia general) aumentaron los porcentajes, de 0.16% en 1910 a 0.24% en 1950, aumento que en números absolutos es aún más impresionante: 11 126 en 1910 y 29 290 cincuenta años después.

Por otra parte, los 47 062 extranjeros nacidos en el continente americano aumentaron a 129 537, es decir, de 40.45% del total de extranjeros en 1910 a 57.97% en 1960; disminuyeron relativamente, en cambio, los europeos de 41.5% (48 335) a 34% (76 811) y los asiáticos del 17% (27 176) a 6.5% (14 785), en las mismas fechas. El incremento de los americanos se explica porque los nacidos en la América de habla inglesa se quintuplicaron en números absolutos (21 016 a 103 533) y aumentaron dos veces y medio en relativos (18 a 46 por ciento), ya que los latinoamericanos disminuyeron notablemente de 22.39 (26 046) a 11.64% (26

004) en 1960. El incremento de los angloamericanos es mayor de 1940 (23.55%) a 1950 (49%), 24 815 a 89 608. El decremento de los latinoamericanos es mayor de 1920 (20.18%) a 1930 (12.69%): 26 046 a 21 878, disminución que corresponde claramente al descenso del porcentaje de los guatemaltecos (16.11% en 1920 y 9.34% en 1930) o sea, 21 334 a 17 473; después han continuado disminuyendo ininterrumpidamente por la nacionalización de los habitantes del Soconusco, hasta ser sólo 3.91% en 1960, es decir, 8 743 en números absolutos.

Los nacidos en Canadá aumentaron en números absolutos de 383 en 1910 a 5 631 en 1960, y con respecto al total de los extranjeros de 0.33% en 1910 a 4.16% en 1930 y a 5.07% en 1940; a partir de esta fecha disminuyeron, en números relativos, a 3.40% en 1950 y a 2.52% en 1960. Los elevados porcentajes de 1930 y 1940 corresponden a los menonitas. Los nacidos en Estados Unidos aumentaron de 20 633 en 1910 a 36 306 en 1930; disminuyeron a 19 477 en 1940, pero aumentaron a 83 391 en 1950 y a 97 902 en 1960; en números relativos, con respecto al total de los extranjeros, han aumentado de 17.73% en 1910 a 18.49% en 1940, a 45.46% en 1950 y levemente disminuyeron a 43.81% en 1960. De todos modos, en esta última fecha representan el mayor porcentaje de todos los grupos.

Los nacidos en Europa occidental han disminuido, entre 1910 y 1960, con respecto al total de extranjeros, aunque en números absolutos han aumentado los alemanes (3 825 a 6 690), los españoles (29 409 a 49 637) y los italianos (2 595 a 3 489); pero la disminución ha sido también en números absolutos entre los nacidos en Francia (4 591 a 4 196), y los nacidos en Inglaterra (5 261 a 2 437). La presencia de los españoles republicanos se advierte en el aumento de 29 409 nacidos en España en 1940 a 37 540 en 1950.

Los nativos de Europa oriental, en cambio, han aumentado notablemente con respecto al total de extranjeros; los nacidos en

Polonia, de 1 995 en 1930 a 4 275 en 1960 (1.42 y 1.91 por ciento, en las mismas fechas) y los nacidos en Rusia han aumentado de 443 en 1910 a 3 216 en 1930, 2 287 en 1940 y 3 064 en 1950, seguramente este incremento corresponde a los judíos y rusos blancos emigrados de Rusia. El censo de 1960 no registra a nadie nacido en la URSS, lo que significa que murieron o emigraron todos los nacidos en ella (inmigrantes o inmigrados) que registró el censo de 1950, ya que el artículo 9º del decreto que ordenó el censo de 1960 reduce a esas dos categorías los extranjeros que deben incluirse en él. En números relativos los nacidos en Rusia aumentaron de 0.38% (443) en 1910 a 2.29% (3 216) en 1930, disminuyeron a 2.17% (2 287) en 1940 y a 1.68% (3 064) en 1950.

Aunque los nacidos en Líbano han aumentado en números absolutos (de 2 349 en 1930 a 3 602 en 1960), han descendido en relativos con respecto al total de nacidos en el extranjero (1.67 a 1.61 por ciento, en las mismas fechas). Con mayor razón se advierte el descenso en el periodo 1910-1960 en números relativos en los casos en que ha habido disminución en absolutos: nacidos en Arabia (1 531 a 1 488) (1.32-0.67%); nacidos en Japón (2 2162 205 o sea 1.90-0.99%), y sobre todo los nacidos en China (13 118 a 5 085 o sea 11.35-2.27%). Clara manifestación de las persecuciones a los chinos es su disminución de 15 555 en 1930 a 6 661 en 1940. En particular en Sonora, los chinos disminuyeron de 41% del total de los nacidos en el extranjero en 1930 a 21% en 1940, a 8% en 1950 y a sólo 6.5% en 1960; en números absolutos de 3 167 en 1930 a 155 en 1940, a 133 en 1950 y aumentaron a 435 en 1960.

Los nacidos en países extranjeros han residido en todos los años (salvo 1930 y 1940) en mayor número en el Distrito Federal, donde aumentaron de 25 872 (22.24%) en 1910 a 83 076 (37.18%) en 1960. En 1930 (28.40%) y en 1940 (24.21%) los más elevados porcentajes corrrespondieron al norte, a causa de la co-

lonización menonita, como lo prueba el hecho de que los canadienses aumentaron en números absolutos en Chihuahua de 27 en 1921 a 4 812 en 1930, y en Durango de uno a 790. En 1910 residían en el Pacífico sur 21.23% (24 811) de los nacidos en el extranjero; en 1940 sólo 4.80% (9 212), su constante disminución coincide con las nacionalizaciones de los guatemaltecos, como se advierte en el descenso del número de éstos, de 98% del total de los extranjeros en 1910 a escasamente las dos terceras partes en 1960. Asimismo los nacidos en América, residentes en el Pacífico sur, disminuyeron de 21 922 (46.58%) en 1910 a 7 255 (19.48%) en 1940 y a 7 689 (6%) en 1960; estos tres casos muestran los porcentajes del total de los nacidos en América.

En todos estos años ha sido mayor la proporción de los nacidos en países americanos de habla inglesa residentes en el norte (en parte seguramente se trata de hijos de mexicanos avecindados en Estados Unidos que regresaron a México) respecto al total de los nacidos en América: aumentaron de 42% (8 791) en 1910 a 52% (53 759) en 1960; el Pacífico norte ocupa el segundo lugar, salvo en 1940, año en que 23% (5 663) de ese grupo habitó en la capital. Del mismo modo, los nacidos en América Latina disminuyeron constantemente, en el Pacífico sur de 81.26% (21 165) en 1910 a 24% (6 203) en 1960; inversamente aumentaron en el Distrito Federal de 5.35 (1 394) a 43 por ciento (11 195) en las mismas fechas.

Los nacidos en Europa crecientemente se han concentrado en el Distrito Federal: 18 446 en 1910 (38% del total) y 49 754 en 1960, o sea casi las dos terceras partes. En un principio acudían en segundo lugar al golfo de México, especialmente a Veracruz (11 943, una cuarta parte); últimamente al centro, 61 565 (15%) en 1960. Igualmente hasta los años treinta en que hizo crisis la persecución a los chinos, los nacidos en Asia vivían en mucho mayor número en el Pacífico norte: 7 003 en 1910 y 9 930 en 1930, en ambos casos una tercera parte del total, y en el norte 4

737 en 1910 y 6 816 en 1930 (en ambos años 23% del total). A partir de entonces abandonaron en gran número el Pacífico norte, disminuyeron un poco en el norte, y aumentaron notablemente en el Distrito Federal, a poco más de una tercera parte en 1950 (5 078) y en 1960 (5 360).

Los nacidos en Canadá, en su mayoría menonitas, aumentaron en el norte, con respecto al total de extranjeros, de 29% (73) en 1921 a 97% (5 645) en 1930, a 99% (5 261) en 1940, disminuyeron a 96% (5 950) en 1950 y a las tres cuartas partes (4 246) en 1960. Los nativos de Estados Unidos an disminuido en el golfo de México, pero en el Pacífico sur y en el Pacífico norte, han aumentado; en cambio, en el centro, en el Distrito Federal y sobre todo en el norte: de 8 676 (42%) en 1910 a 49 513 (51%) en 1960. La concentración de los nacidos en Europa se ha acentuado en el Distrito Federal, de la siguiente manera: los nacidos en Rusia aumentan de 33 en 1910 a 2 416 en 1950 (7.45-79 por ciento); los nacidos en Polonia de 1 292 en 1930 a 3 265 en 1960 (65-76 por ciento); los nacidos en Francia de 2 009 a 2 950 (44-70 por ciento); los nacidos en España de 12 227 a 32 539 (42-66 por ciento); los nacidos en Alemania de 1 305 a 4 123 (34-62 por ciento); los nacidos en Italia de 747 a 1 727 (29-49 por ciento), y los nacidos en Inglaterra de 974 a 1 112 (19-46 por ciento). En los cinco últimos casos las cifras se refieren al periodo 1910 a 1960.

Sobresale también la disminución de los nacidos en China en el Pacífico norte, de 8 153 (4% con respecto al total de los nacidos en el extranjero) en 1930 a 1 312 (20%) en 1940, aunque aumentaron de nuevo a 1 554, casi una tercera parte, en 1960. La concentración de los nacidos en Líbano ha aumentado notablemente en el Distrito Federal: de 389 (17% del total de los nacidos en Líbano) en 1930 a 1 493 (41%) en 1960. Los nacidos en Japón también se han concentrado notablemente en la capital: 252 (11% del total de nacidos en Japón) en 1910, 330 en 1930

(12%), 938 (48%) en 1950 y 1 046 (47%) en 1960, esto último claramente a causa de la segunda guerra mundial.

El porcentaje de los nacidos en el extanjero ha disminuido de 0.77% en 1910 (116 347), con respecto al total de los habitantes, a 0.45% (216 673) en 1970, si bien en 1930 alcanzaron el porcentaje máximo (0.96%), o sea 140 590 en números absolutos. Dada la creciente concentración de los nacidos en el extranjero en el Distrito Federal, en todos los casos los porcentajes más elevados corresponden a la capital, pero tomando en consideración el notable incremento de la población capitalina han disminuido casi ininterrumpidamente, de 3.59% (25 872) en 1910 a 1.10% (73 365) en 1970, con respecto al total de sus habitantes. En el Pacífico norte los 13 938 (1.72%) nacidos en el extranjero en 1910 y los 19 843 (1.79%) en 1930; y en el norte 25 507 (1.79%) en 1940 y 64 456 en 1960 (0.95%) representaron una proporción elevada del número de habitantes de esas zonas. Aunque los nacidos en el extranjero aumentaron en números absolutos en el centro, de 36 998 en 1910 a 112 366 en 1960, este aumento fue muy pequeño en números relativos: 0.16% en 1910 y 0.24% en 1960. En el golfo de México y en el Pacífico sur los nacidos en el extranjero disminuyeron entre 1910 y 1960 en números absolutos y con respecto a la población; en el primer caso de 19 730 (1.12%) a 10 733 (0.26%), en el segundo de 24 811 (1.15%) a 10 907 (0.25 por ciento).

Mientras en 1910 70% (81 760) del total de los nacidos en el extranjero eran varones, en 1960 sólo 53% (120 118); en 1910 eran 1.09% del total de los habitantes masculinos, en 1960 descendieron a 0.69%. Las mujeres nacidas en el extranjero, en cambio, aumentaron del 0.45% (34 587) del total de las mujeres que habitan en México en 1910 a 0.69% (103 350) cincuenta años después. En todos los casos el porcentaje femenino fue mayor en el Distrito Federal, aunque disminuyó de 2.19% (8 317) en 1910, a 1.51% (44 786) en 1960. Tanto en el Pacífico sur (0.98-0.23

por ciento) como en el golfo de México (0.55-0.24 por ciento) disminuyeron notablemente los porcentajes femeninos, con respecto a los masculinos, porque también disminuyeron en números absolutos: 10 669 a 4 875 y 4 825 a 4 789, respectivamente. Aumentaron, en cambio, en el norte de 0.39 a 0.92 por ciento (5 768-31 337), en el Pacífico norte de 0.49 a 0.92 por ciento (1 976-10 578) y en el centro de 0.30 a 0.92 por ciento (11 349-51 789), en todos los casos de 1910 a 1960.[60]

El número de las personas de nacionalidad extranjera aumenta de 100 854 (0.70% del total de la población) en 1921 a 159 976 (0.97%) en 1930, disminuyendo sensiblemente a 67 548 (0.34%) en 1940, pero de nuevo aumenta a 106 315 (0.41%) en 1950. Como se ha visto, la posibilidad de comparación se limita a ese año, porque el censo de 1960 sólo dio el número de la población extranjera económicamente activa: 52 276, o sea 0.47% del total de ésta.

El cotejo de los nacidos en países extranjeros con las personas que conservan su nacionalidad extranjera muestra algunas diferencias; entre estas últimas en el Distrito Federal se registran los más elevados porcentajes en todos los años, disminuyen de 3.10% (28 974) en 1921 a 0.55% (26 815) en 1960. Al Pacífico sur, en cambio, desde 1930 (0.79-0.06 por ciento, de 1 289 a 2 371) y al centro desde 1921 (0.16-0.05 por ciento; o sea de 37 802-32 981) corresponden los más bajos porcentajes.

Según datos censales en 1921 en el Distrito Federal había 28 074 extranjeros y 47 351 en 1930, pero en 1926 la municipalidad de México (no todo el Distrito Federal) tenía registrados sólo 40 048. En 1930 las cifras censales son mayores, en general, que los padrones de la Secretaría de Gobernación, especialmente en Chiapas y en Quintana Roo; en Tamaulipas y en Yucatán, en cambio, es a la inversa. Aunque las cifras censales de 1940 no corresponden exactamente con los padrones de 1942-1943,* en Coahuila coinciden, pero en general son mayores los datos de los

padrones que los del censo; salvo Quintana Roo las diferencias no son tan acentuadas como en la década anterior, probablemente porque tanto el censo como los padrones se afinaron. El censo de 1940 registró 64 076 extranjeros; dos años después el Registro Nacional de Extranjeros recibió 74 560 solicitudes de inscripción, de los cuales ya se habían inscrito 50 006. Los extranjeros aumentaron, según el censo de 1950, a 106 315; la segunda guerra mundial puede haber sido la causa de este incremento.

Los europeos aumentaron, con respecto al total de extranjeros, del 46% (45 082) en 1921 a 49% (25 748) en 1960; disminuyeron, en cambio, los nacidos en Europa. En particular, los nacidos en Europa occidental[61] disminuyeron en relación con el total de los extranjeros, pero aumentaron los ciudadanos de los países de la misma Europa occidental (salvo los italianos): aumentó el número de los nacidos en Polonia y en Rusia, pero los ciudadanos de la URSS disminuyeron de 0.70% (692) en 1921 a 0.36% (186) en 1960, aunque en 1930 alcanzaron la cifra máxima 2.03% (3 140). Los norteamericanos han aumentado en menor proporción (de 11%, 11 090, en 1921 a 29%, 15 145, en 1960) que los nacidos en Estados Unidos, probablemente porque entre estos últimos se incluye buen número de hijos de padres mexicanos que optaron por la nacionalidad de sus progenitores. Los súbditos de los países extranjeros se han concentrado, en general, en mayor proporción en el Distrito Federal que los nacidos en el extranjero.

Por otra parte, mientras que entre 1921 y 1960 la proporción del sexo masculino disminuyó entre los nacidos en el extranjero con respecto al total de éstos, aumentó entre los extranjeros que conservaban su nacionalidad de 69 a 84 por ciento (68 491-43 724). Los asiáticos aumentaron de 87% en 1921 a 89% en 1960 (19 655-3 992), los norteamericanos y canadienses de 63 a 89 por ciento (7 007 a 14 048); los europeos, de 69 a 84 por ciento

(31 182-21 476), y por último, los latinoamericanos de 55 a 81 por ciento (9 081-2 645).[62]

En el lapso comprendido entre 1928 y 1967 entraron al país 154 976 extranjeros en calidad de inmigrantes, casi por igual americanos (73 672, o sea 47.54% del total) y europeos (73 547, esto es 47.46%). En mucho menor medida, asiáticos (7 358 o sea 4.75%); el resto procedió de los otros continentes. Canadienses y norteamericanos (58 175 o 37.54%) inmigraron en mayor número que los latinoamericanos, que fueron (15 497 (10%). En particular los norteamericanos (individualmente el mayor grupo) sumaron 55 936 (36.09%); sólo en 1928-1931 entraron 26 879, probablemente hijos de braceros mexicanos que regresaron en los años de la crisis mundial. Los españoles, el segundo grupo en importancia numérica, sumaron 44 343 (28.61%), particularmente su número es alto en 1939 (6 236), año en que alcanzó su máximo nivel la inmigración de los republicanos. A partir de la segunda guerra mundial aumentaron los inmigrantes norteamericanos, sobre todo los pensionados; a mediados de 1971 se calcularon en 20 000.[63]

Los datos fragmentarios de los permisos de internación, no siempre corresponden con los extranjeros que realmente entraron al país; por ejemplo, en 1938-1939 se concedieron 3 371 permisos de internación, pero sólo en 1939 entraron 7 097. En primer lugar las fechas no corresponden exactamente y, además, los permisos concedidos un año pueden no aprovecharse de inmediato.[64] De cualquier modo, entre 1928 y 1961 entraron 142 232, lo que nos da un promedio anual de 4 242 inmigrados.

LA PUREZA RACIAL

La extrema apertura a los extranjeros dio lugar a que al principio del siglo el Estado mexicano careciera de una legislación adecuada para enfrentar nuevos problemas o problemas yiejos, que

ya veía con nuevos ojos. Con motivo de la epidemia de peste bubónica en 1903, el gobierno mexicano empezó a estudiar la inmigración extranjera, en particular la china y japonesa, la cual aumentaba notablemente en el Pacífico norte al ser rechazada en Estados Unidos. Mientras los turcos invadían el Pacífico sur y la porción meridional del golfo de México, los orientales que directa y clandestinamente llegaban de Asia, se internaban a México por Guatemala y Chiapas. Se envió entonces un delegado especial de Hong Kong a vigilar la inmigración china; este funcionario comprobó las irregularidades de que se valían los contratistas para enviar a México "verdadera escoria humana". El delegado llegó a desechar entre 60 y 70 por ciento de los inmigrantes por estar enfermos, y entonces los contratistas pretendieron cohecharlo, sin éxito. El Consejo Superior de Salubridad fijó las bases que debían regir esa inmigración: identificación del inmigrante por medio de una boleta, garantías pecuniarias para sostenerse, obligación de las compañías de repatriar a sus nacionales que no satisficieran las condiciones enumeradas, llevar a bordo de las embarcaciones un médico, de preferencia mexicano. Algunas de estas bases se incluyeron en la ley de inmigración de 1908.[65]

En efecto, el secretario de Gobernación con el deseo de resolver los problemas creados por la inmigración, entre ellos el que algunos extranjeros utilizaran el país sólo para internarse después a Estados Unidos, presentó una iniciativa de ley para regular la inmigración y la salubridad. En ese documento se reconocía la más completa igualdad de todos los países y razas; aunque inspirado en la legislación norteamericana, era mucho más liberal que ésta, pues sólo prohibía la introducción de personas atacadas de enfermedades transmisibles, epilépticos, quienes padecieran enajenación mental, y los ancianos, raquíticos, cojos, mancos, jorobados, paralíticos, ciegos o con algún defecto físico que los hicie-

ra inútiles para el trabajo, los anarquistas, los mendigos, y las prostitutas y quienes vivieran a expensas de éstas.[66]

El auge petrolero atrajo un gran número de norteamericanos a Tampico en 1921, con las consiguientes protestas de los obreros mexicanos.[67] Dentro de este ambiente, no es de sorprender un proyecto presentado en el Senado para reformar la ley de inmigración de 1908, en el sentido de prohibir a los trabajadores extranjeros la entrada al país cuando éste sufriera alguna crisis económica, si tal inmigración amenazaba la subsistencia de los trabajadores nacionales. La urgencia de estas reformas dimanaban de que la ley vigente sólo restringía la entrada al país de los extranjeros por razones de edad y de salud. La ley de 1908 sólo preveía esas restricciones porque fue hecha en tiempos de paz, no en momentos en que se contaban por millares los extranjeros que pensaban entrar al país. Alfonso Cravioto, coautor de este proyecto, lo apoyó diciendo que existían en el país 45 000 hombres sin trabajo, hecho que había causado actos violentos entre los mineros hidalguenses. Pero aun así no faltó quien considerara esta adición violatoria de los tratados internacionales y de la propia Constitución; de cualquier modo fue aprobada. No así otra que proponía aumentar el catálogo de las enfermedades cuyo padecimiento impedía la entrada al país.[68]

El gobierno de Obregón fue muy combatido en 1921 porque no cumplía con otras leyes tanto o más importantes que las que afectaban las tierras de los extranjeros.[69] Al menos el Servicio de Migración impedía la internación de braceros, criminales, prostitutas, mendigos, enfermos contagiosos, inútiles por sus males orgánicos o por su edad, e intentaba impedir la emigración de los braceros nacionales.[70] La restricción a la inmigración se manejó con diferente criterio, pues prácticamente se abolió para los franceses, "de cuya moralidad y buena conducta no puede dudarse" y con severidad se aplicó para los suizos que abusaban de la supresión de la visa a los pasaportes para fomentar el envío de in-

migrantes sin elementos para subsistir.[71] Y con mayor severidad aún, en diciembre de 1923, se prohibió la inmigración de la India, "debido a sus hábitos y costumbres inmorales". En general debía rechazarse la inmigración de los países pobres de Europa y Asia, en particular de la India, porque estaba constituida en gran parte por "miserables, vagos, enfermos, rebeldes de doctrinas disolventes, tahúres y en general gente maleada".[72] El Partido Nacional Agrarista apoyó esta prohibición, a la vista de los numerosos indios que deseaban internarse a México desde Caléxico, California.[73]

Obregón presentó un proyecto de ley de migración en octubre de 1923, para suplir las deficiencias de la de 1908; se trataba con esta nueva ley de impedir principalmente la entrada de individuos no sólo indeseables sino abiertamente nocivos y peligrosos. De acuerdo con la ley de 1908 el Ejecutivo estaba casi imposibilitado para impedir la entrada de braceros extranjeros y no regulaba la emigración. Este proyecto ampliaba el catálogo de los extranjeros que no tenían derecho a inmigrar al país: varones menores de 21 años y mujeres menores de 25, varones mayores de edad analfabetos, toxicómanos, quienes carecieran de recursos pecuniarios suficientes para subsistir por los menos dos meses y temporalmente la de trabajadores cuando existiera escasez de trabajo en el país.[74] Esta iniciativa no fue votada por las cámaras pero ante las razones expuestas por el Ejecutivo, el Congreso concedió a éste facultades extraordinarias para legislar en materia de migración, proyecto que con el tiempo se convirtió en la Ley de Migración de 1926.[75]

El senador Pedro de Alba presentó, en diciembre de 1924, un proyecto de reformas y adiciones a la Constitución de 1917, en relación con las leyes de extranjería y naturalización. De Alba declaró que su propósito era poner de acuerdo la historia y la psicología mexicanas con la legislación contemporánea, disipar el error de que el pueblo mexicano es adverso a la inmigración

extranjera, cuando, pese a tener muchas razones para ser agresivo en contra de los extranjeros, era hospitalario y condescendiente con ellos. Como la legislación mexicana se encontraba retrasada frente a la norteamericana y la argentina, De Alba se proponía nivelar a los extranjeros con los mexicanos, sobre la base de la previa naturalización. Reconocía que México necesitaba la colonización agrícola y el capital extranjero, siempre que no tuvieran prejuicios de superioridad sobre "nuestra raza autóctona".

En suma, se trataba de quitar los vestigios de las Leyes de Indias en la legislación mexicana, favoreciendo a los extranjeros que comprobaran su apego al trabajo y que vinieran con sus familias y algunos elementos materiales. En este proyecto se abreviaba el plazo para adquirir la carta de naturalización a los colonos agrícolas, a los que por su preparación científica desearan trabajar en el magisterio, y a los que invirtieran en el país capitales de importancia. Sólo para los cargos de presidente de la República y gobernador de los estados se necesitaba ser mexicano por nacimiento; los mexicanos por naturalización podrían desempeñar cargos conséjales en los municipios cinco años después de haber adquirido su ciudadanía mexicana, 10 para ser diputados y 15 para ser senadores. Proponía suprimir del artículo 27 la parte que condiciona el derecho de los extranjeros para adquirir tierras y aguas y obtener concesiones minerales, a renunciar a la protección de sus gobiernos. Ante el ejemplo de Estados Unidos y Argentina, las bases de Alberdi ("gobernar es poblar") eran perfectamente aplicables a México, por eso se necesitaba promover la inmigración extranjera; su naturalización, suponía el optimista Pedro de Alba, era reveladora de que los extranjeros estaban "identificados con nuestro medio y que desean hacer una vida común con nosotros".[76]

Calles informó al Congreso de la Unión, en septiembre de 1925, de los crecientes problemas migratorios creados a consecuencia de la guerra de 1914-1918; una nutrida corriente migra-

toria se había dirigido por vía marítima a Estados Unidos, algunos de los que no podían entrar a ese país pretendían hacerlo por México, y cuando fracasaban creaban una situación difícil. También se luchó por evitar la inmigración de braceros extranjeros y la emigración de los nacionales a Estados Unidos, donde eran "inicuamente explotados"; para evitarles este perjuicio se establecieron sendas agencias en Torreón y en Saltillo, con el fin de instruirlos sobre los requisitos que debían llenar si querían emigrar sin peligro; con ese mismo fin se dispuso que los ferrocarriles vendieran boletos sólo hasta Torreón y Saltillo, para evitar que continuaran el viaje quienes no tuvieran la seguridad de ingresar a Estados Unidos con éxito.[77]

En diciembre de 1926 se autorizó al Ejecutivo a reformar la ley de inmigración de 1908.[78] La nueva ley, publicada en el *Diario Oficial* el 13 de marzo de 1926, entre sus principales innovaciones cuenta el haber prohibido la entrada a los mayores de 26 años de edad que no supieran leer y escribir por lo menos un idioma o dialecto. Para proteger a los braceros mexicanos autorizó a la Secretaría de Gobernación para impedir la salida de quienes no cumplieran con las disposiciones legales de los países a que se dirigían; restringió asimismo la generosa política de inmigración cuando hubiera escasez de trabajo. Se creó la tarjeta de identificación, para evitar el uso de pasaportes, desautorizados por la Constitución; instituyó el registro de entrada y salida de mexicanos y extranjeros; se establecieron las bases para reglamentar la inmigración y la migración por las vías aéreas; se otorgó preminencia al servicio de salubridad pública para la admisión o rechazo de los extranjeros, se definieron los conceptos de inmigrante-trabajador, emigrante, colono, turista, librando a éste de ciertos requisitos para fomentar el turismo, y estableció el impuesto del inmigrante, etc. Esta ley recogió las prohibiciones a la inmigración de la de 1908 y las adicionó con el proyecto del Ejecutivo no votado en 1923.[79] De acuerdo con esta ley, el 25 de

agosto de 1926 empezaron a cobrarse 20 pesos a los inmigrantes extranjeros; el resto de ese año se recaudaron 21 321 pesos; 83 118 en 1927, 128 860 en 1928 y 152 942 en 1929.[80]

En cumplimiento de la ley de migración del 13 de marzo de 1926, el código sanitario de esa misma fecha estableció la obligación de las empresas navieras destinadas al transporte exclusivo de inmigrantes-trabajadores o de colonos, o que ordinariamente llevaran a México más de 10 por viaje, a tener médico y botiquín a bordo; aparatos para desinsectizar, desratizar y desinfectar; cuidar que todo el buque, especialmente los departamentos destinados a los inmigrantes o colonos, se encontrara en buenas condiciones higiénicas, y a proporcionar a los inmigrantes o colonos una buena alimentación.

En realidad, desde la ley de inmigración de 1908 se establecieron algunas disposiciones sobre este punto, por ejemplo, que las empresas navieras cuyos buques se destinaran exclusivamente a transportar inmigrantes-trabajadores (o sea los extranjeros que de manera temporal o definitiva vinieran a México para dedicarse a un trabajo corporal) o que de ordinario trajeran más de 10 de ellos en cada uno de sus viajes, a dotar a sus buques de aparatos para desinfectarlos y traer un médico a bordo. Seguramente el antecedente de esta disposición es que durante el siglo XIX fue común que el transporte de los emigrantes se hiciera en deplorables condiciones sanitarias y alimentarias; por ejemplo, de 90 000 que viajaron en barcos ingleses en 1847 la sexta parte murió en el camino.[81]

Se consideró inmigrantes-trabajadores a los extranjeros que vinieran a México a dedicarse, temporal o definitivamente, a trabajos corporales mediante salario; colonos, a los extranjeros que vinieran a radicarse a una región determinada para dedicarse en ella, por su cuenta, a trabajos agrícolas o industriales. El artículo 123 de la Constitución de 1917 en su fracción XXVI estableció que todo contrato celebrado entre un mexicano y un empresario

extranjero debería ser legalizado por la autoridad municipal competente y visado por el cónsul de la nación donde se desempeñaría ese trabajo. Muy claramente se insistió en que los gastos de repatriación quedaban a cargo del empresario extranjero. La primera Ley del Trabajo, de 1931, precisó que estos contratos sólo podrían legalizarse si se estipulaba que correspondía al empresario extranjero cubrir los gastos de transporte y alimentación del trabajador y sus familiares y todos los que se originaran por el paso de las fronteras. El trabajador percibiría íntegro el salario convenido. El empresario otorgaría fianza por una cantidad igual a la que importaran los gastos de repatriación del trabajador y su familia. La segunda Ley Federal del Trabajo, de 1970, básicamente repitió estas disposiciones. La ley mexicana protegía, pues, por igual al trabajador extranjero en México y al mexicano por ser éste el país al que viajaba la mayoría.[82]

El código sanitario prohibió la entrada a los enfermos de peste bubónica, cólera, meningitis tifoidea, tifo, erisipela, sarampión, escarlatina, viruela, difteria, poliomielitis, tuberculosis, lepra, beri-beri, tracoma, encefalitis crónica de la infancia, filariosis, epilepsia, enajenación mental, enfermedades venéreas, piorrea, etc., y a las prostitutas, los ebrios habituales, los toxicómanos y los drogadictos. Los códigos sanitarios de 1934, 1949 y 1954 añadieron otras enfermedades.[83]

En el quinquenio 1926-1931 se restringió la inmigración de trabajadores extranjeros a causa de la crisis económica. No sorprende que se haya justificado con argumentos abiertamente racistas si se recuerda que el Departamento del Distrito Federal explicó en 1928 que era preciso mejorar a raza mediante el mestizaje y éste no se podía lograr ayuntando a los mexicanos con "individuos de insignificante linaje".[84]

A la luz de este criterio es natural el gran empeño que se puso en impedir la entrada de los negros; se deseaba evitar el mestizaje con ellos porque, por lo general, provocaban la "degeneración

de la raza". Aún menos deseable se juzgó la inmigración china, ya limitada desde 1921, en el tratado chino-mexicano. Después se dictaron algunas disposiciones para regular la salida y regreso de los chinos ya radicados en México: deberían obtener un certificado de residencia del presidente municipal del lugar donde vivieran. Pero estos requisitos, confesaron las propias autoridades, no bastaron para evitar la continua internación fraudulenta de chinos al país.[85]

El 8 de julio de 1927 se restringió la inmigración de negros, indobritánieos, sirios, libaneses, armenios, palestinos, árabes, turcos y chinos. La restricción se basaba de nuevo en un criterio racista, pues se hacía no sólo para proteger a los trabajadores, sino para "evitar la mezcla de razas que se ha llegado a probar científicamente producen una degeneración en los descendientes". Pero aparte las razones de trabajo y razas, las autoridades proyectaron permitir la inmigración de acuerdo con las posiblidades de asimilación de las diferentes nacionalidades, pues la experiencia demostraba que con frecuencia los extranjeros solicitaban la naturalización sólo para tener derecho a inmigrar a otros países, especialmente a Estados Unidos, e incluso abundaban los casos de extranjeros que después de amasar una cuantiosa fortuna, explotando a los trabajadores mexicanos, regresaban a sus países de origen "readquiriendo en muchos casos su nacionalidad primitiva".[86]

Cuando el 8 de julio de 1927 se prohibió la inmigración de individuos de varias nacionalidades se tomó en consideración, aparte de las razones antes indicadas, el que se concentraban en las ciudades donde ejercían actividades comerciales "en forma usuraria".[87] Pese a estas prohibiciones continuó en esos años la inmigración fraudulenta de extranjeros, especialmente negros en Quintana Roo, por eso las autoridades extremaron sus precauciones, permitiendo sólo la entrada de la servidumbre negra de la *compañía pullman* mediante fianza no menor de 500 pesos.[88] El

acuerdo del 8 de julio de 1927 según el cual sirios, libaneses, armenios, palestinos, árabes y turcos sólo podían entrar a México si poseían un capital no menor de 10 000 pesos, lo cual se complementó poco después con la exigencia de una fianza a satisfacción de la Secretaría de Relaciones Exteriores.[89] El acuerdo del 27 de abril de 1929 intentó resolver el problema de los numerosos "transeúntes" extranjeros, asalariados que trabajaban en las fronteras aunque residiendo fuera del país. En el mismo caso se encontraban muchos mexicanos (incluso empleados del gobierno nacional), ambos convertían las ciudades mexicanas en tributarias de las extranjeras. Para evitar esa anomalía se dispuso que los empleados oficiales mexicanos residieran en territorio nacional, y además que se respetara la obligación de que los trabajadores mexicanos representaran siempre por lo menos 80% del total.[90]

Con la crisis de 1929 aumentó el desempleo de los trabajadores mexicanos, por eso las autoridades dispusieron que a partir del primero de mayo de ese año, en cumplimiento del artículo 65 de la Ley de Migración, se pusiera en práctica la prohibición temporal de la entrada de trabajadores extranjeros, bajo pena de multa para los propios trabajadores, sus patrones y las empresas que los internaran al país, y de expulsión de los trabajadores extranjeros. Del anterior acuerdo se exceptuó, con fecha primero de junio de ese mismo año, a los japoneses, en cumplimiento del tratado vigente con su país.[91] El 6 de noviembre de 1929 se permitió de nuevo la internación de trabajadores europeos, pero subsistió la prohibición para sirios, libaneses, armenios, palestinos, árabes, turcos, chinos, indios, etc.[92] El 5 de agosto de 1930 se insistió en la prohibición de la inmigración polaca tomando en cuenta que parte de la ya radicada en el país se octipaba exclusivamente del comercio ambulante y otros de agitar a los trabajadores.[93] El 19 de mayo del año siguiente se prohibió también la

internación al país de los "húngaros", plaga de desaseados cartomancianos que raptaban niños.[94]

En estos mismos años, las autoridades estatales se vieron asediadas por los comités nacionalistas que se establecieron en el país con el propósito de combatir los privilegios de los extranjeros. Sus miras se orientaron, entre otros puntos, en hacer cumplir la obligación de que las empresas ocuparan un 80% de trabajadores mexicanos; esto dio lugar, en Veracruz, a un serio conflicto en 1926, pues varias casas comerciales, especialmente porteñas, se resistieron a cumplir con esta disposición y recurrieron, aunque sin éxito, al amparo. Después pretendieron eludir la orden de clausura y la multa dictadas contra algunas de ellas, recurriendo al cierre de sus establecimientos, principalmente los expendios de artículos de primera necesidad, lo que obligó al gobierno veracruzano a presentar un proyecto de ley para declarar de utilidad pública los artículos de consumo; sólo ante esa amenaza, cedieron los reacios extranjeros residentes en Veracruz.[95] Todavía en 1934 se registró un incidente semejante en Oaxaca, aunque al fin se sometió a la mayoría de esos extranjeros.[96]

El mestizaje

Según Isidro Fabela, como México había descuidado la inmigración europea, sus condiciones étnicas no habían mejorado como las de Argentina y las de Uruguay, las cuales gracias a la mezcla de españoles, italianos, alemanes y escandinavos, habían fortalecido "su raza elevando asimismo su categoría mental y más que nada su carácter y su cultura social".[97] Uno de los periodistas extranjeros al servicio de Venustiano Carranza atribuyó el mestizaje al carácter aventurero y codicioso de los españoles, al origen afroeuropeo de algunos de estos descendientes de cartagineses y árabes, y al clima meridional que predispone a "cruzarse con gente tan cálida como lo eran las indias y las negras". De

cualquier modo, buen cuidado tuvo de recordar el dicho de que "Dios hizo al blanco y al negro, pero el demonio al mestizo". Pero no había que desesperar porque aunque tardado, el remedio (asimilación india a las razas mezcladas) llegaría en siglo y medio, es decir más o menos al iniciarse el segundo tercio del siglo XXI.[98]

Vasconcelos por lo pronto analizó el choque cultural del siglo XX. Según él, la principal razón por la cual se conservaban muchos prejuicios era por el instinto estético de buscar la belleza en nuestros semejantes. La predominante raza blanca había declarado feos a los otros tipos raciales, algunos poetas indios o mestizos mexicanos estaban fascinados por los patrones de la belleza blanca y por las pálidas mejillas de su amada. Pero los patrones de belleza cambiaban con los tiempos y lugares y, además se explicaban por el confort y la tranquilidad espiritual de los blancos; es decir, los esclavos no podían ser bellos porque la miseria dejaba una impronta en su cuerpo. A muchos viajeros fascinaba la belleza de las tehuanas, cuyo encanto evocaba en ellos el efecto de un oloroso vino.

La teoría de la raza pura era la del pueblo dominante en cada periodo histórico y muy a menudo conducía fatalmente al incesto faraónico. En la naturaleza, tanto en las plantas como en el hombre, en cambio, el hibridismo producía mejores tipos y rejuvenecía a los que se habían estancado. Según el suizo Eugenio Pittard, el mito de la raza pura era cosa de pobres diablos, pues sólo ellos se casaban entre sí, en cambio los poderosos buscaban a la vecina más bonita o atractiva. El prejuicio racial tal como existía en ese momento era relativamente moderno; tal vez fue originado en la actitud de los colonos ingleses de lejanos territorios densamente poblados por razas disímiles. El español, añade Vasconcelos, había tenido éxito en reproducir su sangre en parte, y su cultura totalmente, en 20 naciones tan españolas como España misma podía serlo, si bien independientes social y políticamente.

Explicó el éxito de Argentina no sólo por su clima templado, la inmigración europea, la escasa población india, etc., sino por su victoria sobre el caudillo Rosas y por la creación de escuelas.

Independientemente de las opiniones teóricas personales, se tenía que partir del hecho de que México era predominantemente mestizo, explicó Vasconcelos en la Universidad de Chicago en 1926. El mundo se estaba convirtiendo en una torre de Babel que haría del mestizaje una regla. Rechazó la tesis de Spencer de que el híbrido es un tipo degenerado, lo que no pasaba de ser un prejuicio ventajoso del imperialismo inglés. Por lo pronto Garcilasp de la Vega había sellado para siempre la alianza espiritual de indios y españoles.[99]

Vasconcelos escribe orgullosamente que fue recibido en los lugares de América del Sur donde abunda la "gente de color… como una especie de Mesías", prueba de que "nuestros pueblos leen más de lo que parece y que además como somos tan pocos en América los que escribimos que no pierde ni una línea". Como en México había una mezcla de europeo con indio, con negro, con chino y con todas las razas conocidas, se había dado el caso de una "raza positivamente universal".

Pero por excepción el mestizaje producía tipos de belleza extraordinaria. En general era más bien feo el promedio de esa raza, como fea era también la mayor parte de la indígena, lo que no dependía de la herencia sino de las condiciones de trabajo del indio y del mestizo; porque la belleza, reitera, es fruto del cuidado y del lujo. De cualquier modo, afloran ciertos prejuicios criollos en el pensamiento vasconceliano de esos años: la raza atlántida decayó al grado de que los "menguados imperios azteca e inca eran indignos totalmente de la antigua superior cultura". Más aún, "nosotros los españoles por la sangre o por la cultura" al emanciparnos habíamos renegado de nuestras tradiciones, al grado de que no faltó quien hubiera preferido que la conquista la hubieran consumado los ingleses. El indio no tiene otra puerta

que la cultura moderna ni otro camino que la civilización latina, pero el blanco tendría que deponer su orgullo y buscar la redención de sus hermanos de otras castas. Mientras los españoles crearon el mestizaje, los ingleses exterminaron al indígena a diferencia de los latinos que tal vez no son propiamente tales, sino un conglomerado de tipos y razas que "persisten en no tomar muy en cuenta el factor étnico para sus relaciones sexuales". En México había poquísimos negros, porque en su mayoría se habían convertido en mulatos, otro tipo de mestizaje, obviamente.

A la "eugénica científica", entonces en boga, fundada en datos incompletos y falsos, Vasconcelos opone la "eugénica misteriosa del grupo estético": los muy feos no procrearían, no desearían procrear:

> ¿qué importa entonces que todas las razas se mezclen si la fealdad no encontrará cuna? La pobreza, la educación defectuosa, la escasez de tipos bellos, la miseria que vuelve a la gente fea, todas estas calamidades desaparecen del estado social futuro… Este amor será uno de los dogmas fundamentales de la quinta raza, que ha de producirse en América.

Pese a todo no excluye a los sajones de ese sincretismo, base de su iberoamericanismo; ellos, "los condenados socialistas", como sabían que la belleza y la pequeña propiedad iban unidas querían que todo el mundo fuera pequeño propietario para que todo mundo fuera bello.[100]

Sin embargo, algunos indios, como una subtribu maya en la época del auge del chicle en Quintana Roo, rechazaban a los mexicanos, en particular a los soldados porque eran unos "puercos", porque no tenían cruces ni iban a misa. Los chinos, en cambio, eran vistos con cierta simpatía no exenta de desprecio; mayor era el afecto por los negros tal vez en recuerdo del buen trato que recibieron de ellos cuando se refugiaron en Belice, y por los norteamericanos había admiración porque esperaban que algún día les dieran armas para arrojar a los mexicanos. Así, los norteamericanos heredaron el prestigio de que gozaron un siglo

antes. En suma, para los ancianos más poderosos de Chan Kom, mayas y "dzules" eran dos razas diferentes, del mismo modo que había diferentes clases de ganado, y del mismo modo que era inconveniente el cruzamiento de ganado de diferentes clases también lo era el humano.[101]

Por otra parte, se consideró necesario reformar la ley de 1926 para quitarle cierto rigor; por ejemplo, el requisito de saber leer, que había privado a México de poderosas corrientes de muy buena inmigración rural. La concurrencia de extranjeros en algunos lugares fronterizos, hasta el grado de predominar sobre los mexicanos; el rápido desarrollo del turismo, apenas definido por la ley de 1926, y la necesidad de establecer el registro de extranjeros, fueron algunos de los problemas que intentó resolver la ley de migración del 30 de agosto de 1930. En ella se dispuso distribuir a los inmigrantes de acuerdo con las necesidades nacionales; se creó el Consejo Consultivo de Migración; se añadió a la clasificación de inmigrantes y turistas la de visitante local de fronteras y litorales; se declaró de beneficio público la inmigración individual o colectiva de extranjeros sanos, de buena conducta, capacitados para trabajar y de "razas" asimilables al medio mexicano, cuya naturalización se estimularía; se limitaría el número de los extranjeros en fronteras y litorales, su registro quedó a cargo de los ayuntamientos, y por último, se dispuso proteger la emigración de los braceros y facilitar su repatriación.

Del mismo modo que se continuó prohibiendo la entrada de inmigrantes carentes de los elementos económicos para subvenir a sus necesidades (salvo quienes vinieran contratados por más de seis meses con "salarios suficientes"), sólo se autorízala salida de emigrantes trabajadores cuando tuvieran contratos por más de seis meses, también amparando "salarios suficientes". Estos contratos deberían garantizarse con caución hipotecaria o depósito en efectivo.

Más aún, con miras a evitar la despoblación se facultó a la Secretaría de Gobernación para reglamentar la emigración colectiva "en el sentido que las necesidades del momento y de cada región exijan". En fin, en igualdad de circunstancias, la repatriación de mexicanos tendría preferencia sobre la inmigración extranjera. De acuerdo con esta ley, aun a costa de grandes desembolsos, se expulsó a varios extranjeros cuya estancia era ilegal en México; en algunos casos se permitió que continuaran en el país siempre que trabajaran efectivamente en las labores a que se habían comprometido.

Poco después se proyectó reformar esta ley migratoria o bien el Código penal, para obligar a los extranjeros a que mediante una especie de trabajo forzoso pagaran los gastos de su deportación. A partir de la ley de 1930 se puso especial cautela en la inmigración de mujeres extranjeras solteras, para evitar la entrada de prostitutas. Con el objeto de impedir que individuos sin escrúpulos se casaran civilmente con ellas, se añadió la presentación de un permiso paterno debidamente legalizado y constancia de buena conducta expedida por las autoridades de su lugar de procedencia. El gobierno rechazó las numerosas peticiones de los comités nacionalistas para impedir el matrimonio de asiáticos con mujeres mexicanas, porque esa xenofobia no se justificaba, humana ni legalmente.[102]

El 14 de julio de 1931 se registró temporalmente la entrada de inmigrantes trabajadores al país; entre éstos se consideraba a quienes no demostraran tener un capital propio mayor de 10 000 pesos.[103] En la Segunda Convención Nacional de Migración, celebrada en febrero de 1931, se votó la prohibición absoluta de la inmigración de trabajadores extranjeros, en atención a la crisis económica.[104] Como una consecuencia de la crisis de 1929 puede entenderse el Reglamento de Migración del 6 de junio de 1932.[★] En primer término limitó el derecho absoluto de entrada y salida del territorio nacional por motivos de "conveniencia pú-

blica"; en particular se sujetó la entrada de extranjeros a su "mayor o menor facilidad de asimilación a nuestro medio". Facultó a la Secretaría de Gobernación, para prohibir que cambiaran de "radicación"; condicionó la admisión de los presuntos inmigrantes trabajadores a la presentación de un contrato de trabajo, pero cuando existiera escasez de ocupaciones que pudieran ser desempeñadas por mexicanos no entrarían a México. Se eximiría de ciertos requisitos migratorios a los colonos contratados oficialmente y a quienes vinieran de manera espontánea y justificaran haber adquirido terrenos apropiados y bastantes para dedicarse a la agricultura. Ese reglamento ponía especial empeño en prohibir la entrada de las prostitutas y de sus explotadores, así como de las "razas" cuya inmigración se encontrara restringida o prohibida. Estableció el registro de extranjeros mayores de 15 años y propugnó una campaña de convencimiento para que los hijos de extranjeros nacidos en México optaran por la ciudadanía mexicana. También se propuso hacer desistir a los mexicanos deseosos de emigrar, buscándoles trabajo o en última instancia que lo hicieran provistos de los documentos necesarios, y aun facultó a la Secretaría de Gobernación a restringir la salida de los braceros cuando hicieran falta en México.[105]

El presidente Abelardo Rodríguez siguió aplicando esas restricciones a la inmigración de los trabajadores extranjeros, pero confesó que la ley de 1930 no resolvía con la suficiente elasticidad el grave problema de la escasez de población y de su irregular distribución, y "el no menos importante de nuestra carencia de un tipo social definido". El 29 de mayo de 1933 se reformó la ley para que el depósito monetario de los extranjeros estuviera en relación no sólo con su nacionalidad, sino con el lugar de la República en que se establecieran.[106] El 16 de febrero de 1934 se prorrogó indefinidamente la prohibición de la inmigración de quienes carecieran de un capital inferior a 10 000 pesos, exceptuándose los técnicos aprobados por la Secretaría de Economía;

se aceptaron inversionistas con un capital mínimo de 20 000 pesos, siempre que se ocuparan en negocios agrícolas o industriales, de ningún modo comerciales.[107]

De acuerdo con la idea de que México era un país de escasa población, en diciembre de 1933 se reformó la Constitución para fijar como base de la nacionalidad el *ius soli*, conservando, sin embargo, para los hijos de mexicanos nacidos en el extranjero el *ius sanguinis*. Andrés Molina Enriquez protestó, inútilmente, contra estas reformas, en nombre de varias agrupaciones, ya que la mayoría de la población no estaba conforme con que se otorgara la nacionalidad mexicana a los hijos de extranjeros nacidos en el país.[108]

El 29 de agosto de 1936 se publicó la ley de población, nuevo nombre de la de migración. Ofrecía resolver los problemas demográficos fundamentales: el aumento de la población se obtendría mediante el crecimiento natural, la repatriación y la inmigración. Para lograr el crecimiento natural se promovería el fomento de los matrimonios, el aumento de la natalidad y se protegería la infancia. También se ocuparía de resolver la racional distribución de la población dentro del territorio, la fusión étnica de los grupos nacionales entre sí, acrecentar el mestizaje mediante la asimilación de los extranjeros, la protección de los nacionales, la preparación de los indígenas y, en fin, "la protección general, conservación y mejoramiento de la especie". Introdujo la novedad de las cuotas diferenciales de inmigrantes que se formarían teniendo en cuenta el interés nacional, la posibilidad de asimilación racial y cultural y la conveniencia de su admisión. Prohibió la entrada de toxicómanos, alcohólicos, drogadictos, las prostitutas y sus explotadores, anarquistas, y además ratificó la prohibición indefinida de la inmigración de trabajadores extranjeros asalariados. Estableció que los extranjeros podrían internarse a México con el carácter de turista, transmigrante, visitante local, inmigrante o inmigrado; de ellos, sólo podrían traba-

jar los inmigrantes en la agricultura, la industria o el comercio de exportación, siempre que comprobaran la posesión de cuando menos 100 000 pesos en el Distrito Federal, 20 000 en las capitales de los estados o 5 000 en cualquier otro lugar del país. Inmigrantes e inmigrados estaban obligados a inscribirse en el registro de extranjeros. Se propuso dar facilidades a los extranjeros asimilables cuya fusión fuera más conveniente "para las razas del país", y aun se habló de que se les podría obligar a naturalizarse en breve plazo, a adquirir el idioma oficial o a inscribirse en centros docentes nacionales. Se facilitaría el arraigo de los extranjeros que contrajeran "matrimonio con mujer mexicana por nacimiento". Se prohibió, en cambio, el ejercicio de las profesiones liberales a los extranjeros, salvo casos de excepcional utilidad.

Al mismo tiempo se propuso impedir o restringir la emigración de nacionales, "a fin de evitar la disminución excesiva de la población". Unicamente se autorizaría la salida de trabajadores mexicanos cuando tuvieran contrato por más de seis meses con salarios suficientes. Se habló de promover el traslado de población de las zonas de gran densidad, estableciendo fuertes núcleos nacionales en los lugares fronterizos escasamente poblados. Para lograr una completa repatriación se proyectó proporcionar tierras y maquinaria.[109]

Para 1938 se fijó en la tabla diferencial que se recibiría, sin limitación de número, a los nacionales de todos los países americanos y a los españoles; hasta mil de los países europeos occidentales y centrales y del Japón; del resto del mundo solamente cien. Se dio preferencia a los empresarios extranjeros que ocuparan mexicanos en los puestos directivos. En casos especiales se podría autorizar la entrada de grupos de inmigrantes si declaraban que carecían de prejuicios raciales y estaban dispuestos a formar una familia mestiza mexicana. La segunda tabla diferencial, válida para 1939 y 1940, incluyó a los portugueses entre los países de inmigración ilimitada; la tercera, válida de 1941 a 1944,

amplió la inmigración ilimitada a todos los países europeos. La última tabla, válida para 1947, incluyó a Filipinas entre los países de inmigración ilimitada.[110]

Por otra parte, el 30 de junio de 1937 se insistió en la prohibición a los extranjeros de ocuparse en el pequeño comercio, actividad a la que ilegalmente se dedicaba buen número de ellos.[111] El Primer Plan Sexenal se propuso estimular la inmigración fácilmente asimilable al país, preferentemente la latina, de agricultores "dotados de cierta preparación cultural" y de técnicos industriales. Las autoridades reconocieron que no habían podido cumplir con ese propósito, entre otras razones, por la diferencia entre la ideología "socialista" mexicana y la capitalista de la mayoría de los países latinos; no había sido posible estimular la inmigración de agricultores porque el problema agrario no había sido resuelto aún, y por tanto no se podían fijar las zonas en las que se les alojaría.[112]

Poco después, a invitación del presidente norteamericano, se añadió un elemento "humanitario" a la política migratoria: abrir las puertas del país a las víctimas de las dictaduras fascistas.[113] A esta política "humanitaria" se opusieron algunas veces los obreros, pues los refugiados extranjeros, particularmente los polacos, hacían víctima de inicua explotación el trabajo femenino a domicilio; por esa razón el diputado Jesús Yurén se opuso en octubre de 1937 a que desembarcaran 500 polacos.[114] El también diputado Ismael C. Falcón, en noviembre de ese mismo año, acusó al Banco Israelita de favorecer la invasión judía poniendo a disposición de sus connacionales inmigrantes un cheque de caja por 20 000 pesos, el cual les recogía en cuanto pasaban la oficina de inmigración. Además, los judíos en lugar de ocuparse en la agricultura, la industria o el comercio de exportación se dedicaban al comercio de ropa.[115] Se ha acusado, además, al gobierno mexicano de que el Congreso aprobó una ley, no promulgada, que prohibía la inmigración judía; de que la Secretaría de Goberna-

ción no permitió en 1938 que desembarcaran varios refugiados judíos, y de que la policía de la ciudad de México toleró desórdenes antijudíos en 1939.[116] Uno de los rasgos distintivos del régimen de Cárdenas fue su deseo de fomentar "la inmigración de razas afines"; el caso más sobresaliente, pero no único, lo constituyó el de los españoles republicanos. Este criterio se entendió sin preferencia de credo religioso o político. El subsecretario de Relaciones Exteriores Ramón Beteta hizo ver que el caso de León Trotski no era, "ni con mucho, excepcional", al grado que la tradicional hospitalidad mexicana algunas veces parecía servilismo.[117]

México, de acuerdo con ese elemento "humanitario" de su política migratoria, abrió primero las puertas a los españoles republicanos y en 1943 a 706 o 728 artcianos, mujeres y niños polacos, procedentes de Irán y de Bombay, instalándolos provisionalmente en una escuela-granja de León y después en la finca de Santa Rosa, del propio estado de Guanajuato.[118] Todos los gastos corrieron a cargo del gobierno polaco.[119] En 1947 se registraron estos refugiados políticos, se les documentó para que pudieran emigrar a Estados Unidos o radicar legalmente en territorio nacional.[120]

Con motivo de la segunda guerra mundial no fue posible fomentar la inmigración europea, lo cual lamentaron las autoridades, que dispusieron comprobar los propósitos de los inversionistas porque se temía que quisieran aprovechar su estancia en México sólo como tránsito a Estados Unidos; en los casos en que se comprobaron estas irregularidades se hizo efectiva la garantía.[121] Todavía en la época de la guerra, pero ya siendo presidente Avila Camacho, se siguió hablando de preferir a los inmigrantes que quisieran asimilarse al país y al mismo tiempo, se combatió a los agitadores extranjeros que hacían propaganda "desorientadora".[122] Esta capacidad de asimilación se entendió en 1943 como afinidad natural e ideológica.[123] Cinco años después el gobierno

mexicano reiteró su política de hospitalidad a los refugiados, pero advirtió la necesidad de dictar algunas medidas administrativas para evitar que con el pretexto de esa "generosa actitud" se internaran individuos partidarios de doctrinas disolventes, antagónicas a las que sustenta la Revolución mexicana.[124]

Avila Camacho presentó, en diciembre de 1945, a la Cámara de Diputados, un proyecto de ley general de población, para sustituir a la de 1936. En él se explica que la política migratoria mexicana no es discriminatoria desde el punto de vista racial, sino selectiva. Confiesa el fracaso de los intentos de asimilación de la mayoría de los extranjeros y expone la necesidad de prepararse para recibir las grandes corrientes de extranjeros que, con motivo de la segunda guerra mundial, se suponía deseaban venir a México. Especial importancia concedió este proyecto a la repatriación de los nacionales, por cuanto los considera "los mejores elementos para acrecentar la población activa de la república[125]

Esta ley, publicada el 27 de diciembre de 1947, encomendó a la Secretaría de Gobernación la solución de los problemas demográficos nacionales: aumento y racional distribución de la población; fusión étnica de los grupos nacionales entre sí, con "el acrecentamiento del mestizaje nacional mediante la asimilación de los elementos extranjeros"; protección a los nacionales en sus actividades económicas, profesionales, artísticas e intelectuales; preparación de los indígenas para constituir un mejor aporte físico, económico y social y, por último, fomento del turismo en todos sus aspectos. Para obtener el crecimiento natural de la población se fomentarían los matrimonios y la natalidad, se disminuiría la mortalidad y se protegería a la infancia. Se estimularían también la repatriación de los nacionales y la inmigración colectiva de los extranjeros "sanos, de buen comportamiento y que sean fácilmente asimilables a nuestro medio, con beneficio para la especie y para la economía del país". Igualmente se restringiría la emigración de los nacionales, en particular los trabajadores de-

berían comprobar que su contrato en otro país incluía un salario suficiente. En un momento en que la emigración ilegal de braceros había alcanzado gran importancia, se castigó con prisión de dos a cinco años y multa hasta de 10 000 pesos a quienes sin autorización de la Secretaría de Gobernación llevaran, o pretendieran llevar, trabajadores mexicanos al extranjero. A quienes los ayudaran o encubrieran, con seis meses a cinco años de prisión y multa hasta de cinco mil pesos. Se procuraría establecer en colonias agrícolas a fuertes núcleos de nacionales, especialmente de repatriados, sobre todo en las fronteras escasamente pobladas; en suma, se propugnaría la fusión étnica de los grupos nacionales "y el acrecentamiento del mestizaje como medio de beneficio social".[126]

Esta tesis coincide con un deseo muy generalizado de "la completa mestizización de la población nacional para alcanzar definitivamente la generalización del tipo mexicano"; por esa razón se propugnó la inmigración europea en general, en particular la latina y, sobre todo, la española. Nemesio García Naranjo coincidió en buena parte con este deseo, en octubre de 1940: Inglaterra parecía tener terror a todos los cruzamientos etnográficos, España ponía su corazón en ellos. Y este mestizaje era necesario porque el aislamiento causa esterilidad y conduce a la decadencia; la mezcla, por el contrario, renueva las ideas, destruye las rutinas, depura los ideales, fija nuevas orientaciones; en una palabra, "rompe la monotonía de la vida".[127]

En fin en su empeño por lograr la asimilación y arraigo de los extranjeros y mexicanos, por primera vez considera explícitamente ambos sexos.

En diciembre de 1960 se reformó la Ley General de Población de 1947 para permitir a los extranjeros rentistas que pudieran disponer de sus capitales para propósitos productivos, sin convertirse por ello en inversionistas. Los extranjeros, además, necesitarían permiso previo de la Secretaría de Gobernación para ad-

quirir bienes raíces, acciones o derechos reales sobre inmuebles con el fin de evitar la secular especulación que habían hecho con esa clase de bienes. También se elevó la pena, de uno a diez años de prisión y multa hasta de 5 000 pesos, a los extranjeros que habiendo sido expulsados regresaran clandestinamente al país. Sje tipificó un nuevo delito, con pena de seis meses a cinco años de prisión o multa de 500 a 5 000 pesos, a los mexicanos que contrajeran matrimonio con extranjeros con el único objeto de que éstos pudieran radicarse en el país acogiéndose a los beneficios que la ley establece para esos casos. Por último, se elevó de dos a diez años de prisión y multa hasta de 10 000 pesos a los enganchadores que, sin autorización de la Secretaría de Gobernación, pretendieran llevar o llevaran mexicanos a trabajar al extranjero. Los diputados hicieron pequeñas modificaciones al proyecto del Ejecutivo, no sin antes declarar que dado el elevado índice de crecimiento natural de la población, la inmigración ya no sería un medio para aumentar la población, sino que sólo vinieran al país aquellos extranjeros que coadyuvaran a la solución de los problemas económicos y sociales de México.[128]

Notas al pie

[1] González Navarro, *El porfiriato. La vida social*, pp. 134-143.

[2] Téllez Girón, *Estudio*, p. 6.

[3] Middleton, *Industrial*, pp. 1 y 85.

[4] *Discursos Obregón*, pp. 177-182 y 241-246.

[5] Vasconcelos, *La raza*, p. 20; Vasconcelos, *Indoiogía*, p. 43; Vasconcelos, *Aspects*, pp. 17, 24, 35, 159, 164 y 168.

[6] Caso, *Sociología*, pp. 77-81.

[7] Calles, *Decretos*, p. 6; Pihaloup, *Calles*, p. 15.

[8] Loyo, *Política*, p. 20; MGob 1929-1930, p. 412.

[9] ISLP 1917, p. 39; Na 16 de septiembre de 1938; ISon 1946-1947, p. 133.

[10] Díaz Dufoo, *Capitales*, p. 167.

[11] DDs 13 de diciembre de 1911, p. 616.

[12] Bulnes, *The Whole*, pp. 37-74.

[13] Bulnes, *Los grandes problemas*, p. 120.

[14] Loyo, *La emigración*, p. 9; Loyo, *Política*, pp. 281-282.

[15] Cosío Villegas, *Sociología*: *El territorio*, pp. 26-27.

[16] MR 1939-1940, pp. 12 y 22.

[17] MJal 1943-1947, p. 9; ITab 1963, p. 93.

[18] Vogt, "Los recursos", p. 32.

[19] Chávez Camacho, *Misión*, p. 28.

[20] Mosk, "La Revolución Industrial", p. 232.

[21] Tannenbaum, "México", p. 15.

[22] Durán, *Del agrarismo*, pp. 13-17.

[23] Alanís Patiño, "Las tierras", p. 65.

[24] Alanís Patiño *et al.*, "Problemas", p. 94.

[25] Peña, "Problemas", p. 79; González Santos, *La agricultura*, p. 6.

[26] Tamayo, *Geografía*, t. IV, pp. 10 y 57; Tamayo, *El problema*, p. 14.

[27] México, Cincuenta, t. I, pp. 101-103.

[28] U 3 de diciembre de 1959.

[29] MPN 1959 4.

[30] González Navarro, *El porfiriato. La vida social*, pp. 146-153.

[31] González Navarro, *La colonización*, pp. 105-123; Im 20 de noviembre de 1912.

[32] Im 20 de marzo de 1914; Pue 6 de octubre de 1916.

[33] Díaz Babio, *Actividades Ortiz Rubio*, p. 151.

[34] Código Sanitario de 1926, pp. 5 y 8.

[35] Im 16 de julio de 1911; 12 de enero de 1912.

[36] Pue 7 de marzo de 1915.

[37] Quirk, *La revolución* p. 212.

[38] Díaz Dufoo, *Capitales*, pp. 229-230 y 393.

[39] AGN R Obregón-Calles, p. 15-1, Leg 6, Exp 104 R1 AI.

[40] MR Apéndice 1931-1932, pp. 232, 258-259, 265, 284, 288, 308, 311, 328, 349, 358, 378, 382, 399, 403, 422, 426, 448, 454, 477, 484, 505 y 510; MR 1939-1943, pp. 410-411.

[41] Loyo, *Política*, pp. 375-376.

[42] MGob 1937-1938, pp. 82-91.

[43] *Aspects*, t. I, p. 114.

[44] DDd 14 de octubre de 1937, p. 5; 9 de diciembre de 1937, p. 4; DDs 27 de diciembre de 1938, p. 124; DDs 19 de diciembre de 1939, p. 40.

[45] Vernon, *The Dilemma*, p. 156.

[46] 66th Congress, vol. 10, p. 3323. Se basa en los informes de los gobiernos de los estados y de la Federación, de varias empresas comerciales, industriales, mineras, etc., y de la prensa especializada. Según D'Olwer, Letcher exagera las inversiones norteamericanas, pero el total se compensa porque disminuyen las de otros países, especialmente las francesas. El informe del senador Albert B. Fall considera, por el contrario, que las cifras de Letcher son inferiores a la realidad. Por ejemplo, mientras Letcher estima en 1 057 770 000 pesos las inversiones norteamericanas, para Fall éstas ascendieron a 1 500 millones; asimismo, mientras Letcher sólo concede a Inglaterra 321 302 800, Fall calcula 800 millones; es decir, en ambos casos Fall aumenta, en números redondos, un 30% las cifras de Letcher, al parecer con el propósito de apoyar la intervención norteamericana en México.

[47] D'Olwer, "Las inversiones extranjeras", pp. 973, 987-988, 1005 y 1154.

* Desde el punto de vista económico cabe descontar del monto total del cuadro de Letcher a profesionistas e instituciones, cuya suma representa 3.41% del total de las inversiones.

[48] Letcher, tomado de *66th Congress*, vol. 10, p. 3321.

[49] Cronon, *Josephus Daniels*, p. 41.

[50] D'Olwer, "Las inversiones extranjeras", pp. 991, 997, 1012, 1013, 1078, 1090, 1103, 1105, 1106, 1108, 1126-1129, 1135 y 1139.

[51] Rippy, *British*, 52.

[52] D'Olwer, "Las inversiones extranjeras", pp. 1018, 1064, 1101 y 1116.

[53] HM 118, 239.

[54] *66th Congress*, vol. 10, p. 3323; MH 1953, vol. I, p. 328; MH 1954, vol. I, pp. 205-206; *Asamblea Banco de México*, 1958, p. 89.

[55] *ibid*.

[56] Zorrilla, *Historia*, t. II. p. 552.

[57] González Navarro, *La colonización*, pp. 88-89.

[58] González Navarro, *La colonización*, pp. 90-92.

[59] MEN 1928-1929, p. 50. Existen varias estadísticas inéditas sobre emigración e inmigración de nacionales y extranjeros, y en particular de la migración española, de 1911 a 1927, y de americanos, europeos y asiáticos en el periodo 1925-1927.

[60] CP 1910 II, pp. 8-9; CP Ags 1930; CP BCN 1930; CP BCS 1930; CP Camp 1930; CP Coah 1930; CP Col 1930; CP Chis 1930; CP Chih 1930; CP DF 1930; CO Dgo 1930; CP Gto 1930; CP Gro 1930; CP Hgo 1930; CP Jal 1930; CP Mex 1930; CP Mich 1930; CP Mor 1930; CP Nay 1930; CP NL 1930; CP Oax 1930; CP Pue 1930; CP Qro 1930; CP QR 1930; CP SLP 1930; CP Sin 1930; CP Son 1930; CP Tamps 1930; CP Tlax 1930; CP Ver 1930; CP Yuc 1930; CP Zac 1930; cuadro XXV en cada uno de los censos de 1930; CP 1940, pp. 8-9; CP 1950, pp. 163-196; CP 1960, pp. 201-263.

* Gilberto Loyo nos informó que con motivo de la segunda guerra mundial muchas personas nacidas en el extranjero declararon que habían nacido en México.

[61] MEN 1927-1928, p. 10; Ruiz Almanza, "La emigración", p. 329; González Rothvoss, "Influencia", p. 71. Es significativo que hasta 1925 la Secretaría de Gobernación dividía las nacionalidades europeas en alemanes, españoles, franceses, ingleses, italianos y otros. De paso pueden compararse las cifras mexicanas y españolas sobre el número de los españoles en México: mientras según los censos mexicanos había 29 115 en 1921 y 47 239 en 1930, una evaluación española estima que en 1925 eran 58 000. Lo cierto es que México ha perdido importancia como país de inmigración para los españoles.

[62] MAM 1927, p. 193; MGob 1943-1944, p. 46 y cuadros.

[63] AE 1939, pp. 204-205; AE 1941, pp. 247-248; AE 1942, pp. 325-326; AE 1943-1945, pp. 145-146; AE 1946-1950, p. 126; AE 1951-1952, pp. 181-182; AE 1953, pp. 160-161; AE 1954, pp. 128-129; AE 1955-1956, pp. 130-131; AE 1957, p. 167; AE 1958-1959, p. 140; AE 1960-1961, pp. 104-105; AE 1966-1967, p. 122; ISLP 1964, p. 51 bis; E 28 de agosto de 1970.

[64] NR 1938-1939 II, pp. 199-202; MR 1939-1940, pp. 435-436; MR 1940-1941, pp. 385-386.

[65] MGob 1929-1930, pp. 363-368.

[66] Colección legislativa, p. 474. Peste bubónica, cólera, fiebre amarilla, meningitis cerebroespinal, fiebre tifoidea, tipo exantemático, erisipela, sarampión, escarlatina, viruela, difteria, tuberculosis, lepra, beri-beri, tracoma y sarna egipcia. Esta lista es más reducida que la de los códigos sanitarios posteriores.

[67] DDs 7 de abril de 1921, p. 12.

[68] DDs 8 de junio, pp. 3 y 11; 16 de junio de 1921, pp. 8-15.

[69] DDd 10 de noviembre de 1921, pp. 14-15.

[70] DDd 1º de septiembre de 1923, p. 3.

[71] BGob núm. 21 febrero de 1924, pp. 310 y 317.

[72] BGob núm. 22 marzo de 1924, p. 559.

[73] AGN R Obregón-Calles, Paq 113 Leg 2 Exp 823 1-3.

[74] DDd 4 de octubre de 1923, pp. 3-5.

[75] MGob 1929-1930, p. 375.

[76] DDs 11 de diciembre de 1924, pp. 6-12.

[77] DDd 19 de septiembre de 1925, p. 6.

[78] DDd 23 de diciembre de 1925, p. 9.

[79] DDd 1º de septiembre de 1926, p. 7; AE 1930, p. 145; MGob 1929-1930, pp. 375-377; DO 19 de abril de 1926, alcance al 13 de marzo de 1926; MDF 1924-1925, p. 55.

[80] Bol. Hac. XXIV, p. 563; AE 1930, p. 518.

[81] Colección Legislativa, 478; Chevalier, *Démography*, p. 420.

[82] Nueva Ley de Trabajo, pp. 9 y 31-32; *Manual del extranjero*, pp. 119-120.

[83] Código Sanitario 1926, pp. 28-29 y 32-34; DO 31 de agosto de 1934, pp. 1171 y 1173; DDs 28 de diciembre de 1949, pp. 36-38; Legislación de Salubridad, pp. 31-32.

[84] MDF 1924-1928, pp. 105-106.

[85] MR 1925-1926, p. 158.

[86] MR 1926-1927, pp. 512-513.

[87] DDs 1º de septiembre de 1927, p. 4.

[88] DDd 1º de septiembre de 1928, p. 51; MGob 1928-1929, p. 141.

[89] MGob 1928-1929, p. 138.

[90] MGob 1928-1929, pp. 171-173.

[91] MGob 1928-1929, pp. 142-144.

[92] MGob 1929-1930, pp. 253-254.

[93] MGob 1930-1931, p. 206.

[94] IChis 1931, p. 7.

[95] IVer 1926, p. 18; DDs 4 de noviembre de 1931, p. 15.

[96] IOax 1934, p. 28.

[97] Fabela, *Los precursores*, p. 196.

[98] González Blanco, *Carranza*, pp. 89, 91 y 94.

[99] Vasconcelos, *Aspects*, pp. 39, 54, 64-65, 82, 85-89 y 94-95.

[100] Vasconcelos, *La raza*, pp. 3-5, 7-10, 13-16, 25-29 y 34; Vasconcelos, *Indoiogía*, pp. XLIX, XLVII, 27, 91, 84-85 y 103.

[101] Vasconcelos, *La raza*, pp. 282, 289.

[102] MGob 1930-1931, pp. 148-158; DO 30 de agosto de 1930, pp. 1-12.

[103] MGob 1930-1931, pp. 721-722.

[104] DDd 1º de septiembre de 1931, p. 8.

* Vigente en lo que no se opone a las leyes de 1936 y 1947.

[105] *Manual del extranjero*, pp. 37-101.

[106] DDd 1º de septiembre de 1933, pp. 8-9.

[107] *Manual del extranjero*, pp. 115-119.

[108] DDs 3 de octubre de 1933, pp. 4-6; 19 de octubre de 1933, p. 19; DDd 19 de diciembre de 1933, p. 2.

[109] Constitución, pp. 423-460.

[110] Peña, "Problemas", pp. 158-160; AE 1940, p. 93; MGob 1939-1940, pp. 221-225.

[111] ME 1936-1937, pp. 161-163.

[112] MGob 1936-1937, pp. 24-25.

[113] MGob 1937-1938, p. 8; Na 2 de septiembre de 1938.

[114] CP 1930, p. 150; AE 1957, pp. 45-47. Los datos de 1960 fueron proporcionados por la Dirección General de Estadística; CP 1970, p. 55; MAM 1927, p. 176. Numerosos judíos inmigraron a México a partir de la primera guerra mundial, pero no podía identificárseles políticamente porque no existía el EstadoMe Israel. Sin embargo, el dato de la religión israelita ofrece una oportunidad para cuantificar esta inmigración. Así, aumentan de 254 en 1910 (en 1921 se incluyeron en otras religiones) a 9 072 en 1930, a 14 167 en 1940, a 17 574 en 1950, a 100 750 en 1960, pero disminuyen a 49 181 en 1970. Aparte del extraordinario incremento de 1960, y su disminución a la mitad en 1970, destaca un claro equilibrio de los sexos. A partir de la Revolución y sobre todo de la primera guerra mundial se hizo notable su presencia, junto con otros orientales, primero en el mercado de La Lagunilla y después en las cercanías del de La Merced, especialmente en el comercio de telas.

[115] DDd 28 de octubre de 1937, pp. 13-14; 9 de noviembre de 1937, pp. 9-12.

[116] Weyl, "La reconquista", p. 321; Townsend, *Cárdenas*, p. 186.

[117] Seis años 1934-1940, p. 17; MR 1939-1940, p. 21.

[118] MGob 1942-1943, pp. 21-22 y 73-74; MGob 1943-1944, p. 137.

[119] MR 1942-1943 I, p. 457.

[120] IGob 1946-1947, p. 43.

[121] MGob 1940-1941, p. 50.

[122] DDd 1º de septiembre de 1941, pp. 3-4.

[123] MGob 1942-1943, p. 20.

[124] MR 1947-1948, p. 25.

[125] DDd 7 de enero de 1946, pp. 3-5.

[126] DDd 18 de diciembre de 1947, pp. 5-15; DO 27 de diciembre de 1947, pp. 1-10.

[127] *El Inmigrante*, 29 de octubre de 194C.

[128] DDd 19 de diciembre de 1960, pp. 14-18; 22 de diciembre de 1960, pp. 24-27; DO 30 de diciembre de 1960.

2. LA XENOFOBIA

La violencia

Según estimación del general Jacinto B. Treviño (ignoramos sus fuentes) medio millón de personas murieron en la Revolución mexicana;[1] puede suponerse que sobreentiende que ocurrieron en el campo de batalla o como consecuencia inmediata de la guerra, sin duda la más cruenta en la historia mexicana. Tal vez algunos estarían dispuestos a atribuir esas muertes al bélico Huitzilopochtli, a quien algunos imploraban pulso firme "para esgrimir la chaveta en próximo homicidio".[2] Y, sin embargo, Charles Seignobos caracteriza el siglo XIX europeo como la "edad de las revoluciones", ciertamente cruentas.[3] De cualquier modo, el joven Alfonso Reyes escribió que el porfiriato ("pintoresca palabra") o Antiguo Régimen venía dando síntomas de caducidad y había durado "más allá de lo que la naturaleza parecía consentir". En opinión de Reyes, el miedo al contagio y un "concepto estático de la patria" hacían ignorar la tormenta que se avecinaba; "creíamos o se nos quería hacer creer, que hay hombres inmortales, en cuyas rodillas podían dormirse los destinos del pueblo".[4] El estallido de la Revolución sorprendió a muchos miembros de la clase dominante.

Aunque dada la xenofilia de ese régimen, se puso mucho énfasis en señalar las pérdidas en vidas y bienes de los extranjeros; no se conoce el monto de las pérdidas de éstos durante la década bélica de la Revolución, sólo se cuenta con las cifras correspon-

dientes a los norteamericanos (505 002 434 dólares), que incluyen conceptos propiamente no económicos, como muertes (14 675 000) y daños personales (2 846 301). Además, las pérdidas en los ferrocarriles, en proporción con las inversiones de 1911, ascendieron a 17.38% y en la minería a 56.05%. Más aún, las pérdidas en el amplio y heterogéneo grupo de petróleo, agricultura, industria y banca representan 41% del total; la minería 25.64%, los ferrocarriles 22.98% y el resto corresponde a la propiedad individual.[5]

En fin, las pérdidas económicas que sufrieron los norteamericanos representan casi la mitad (46.06%) de las inversiones norteamericanas (Letcher) en 1911 o una tercera parte (32.49%) si se relacionan con las cifras del senador Fall.[6] De este modo, al exagerar Fall las inversiones norteamericanas, perdió eficacia su propósito de favorecer la intervención de Estados Unidos en México.

También es significativo el hecho de que las personas nacidas en el extranjero disminuyeron de 116 347 en 1910 a 108 433 en 1921. De los tres grupos, como se verá más adelante, que sufrieron, en cifras absolutas, el mayor número de asesinatos, sólo los españoles disminuyeron en las mismas fechas, de 29 409 a 26 675; aumentaron, en cambio, los chinos (13 203 a 14 813) y los norteamericanos (20 633 a 21 740).[7] Sin embargo, algunas estimaciones difieren de los datos censales sobre el número de los norteamericanos. En efecto, mientras para el censo de 1910 eran sólo 20 633, el Departamento de Estado los estimó en 31 307, Albert B. Fall en 60 000; Henry Lane Wilson en 75 000 y Kerby Thomas en 100 000. Según Henry Lane Wilson en 1910 2 000 norteamericanos trabajaban como ferrocarrileros, 5 000 como agricultores, otros tantos como mineros y 8 000 eran profesores o turistas; es decir, un total de 20 000, cifra casi igual a la del censo. Por consiguiente, prodría pensarse que según Wilson los 55 000 restantes formaban la población norteamericana econó-

micamente inactiva. El Departamento de Estado calculó que en 1919 el número de los norteamericanos se había reducido a sólo 8 862; según Wilson a 20 000. En fin, conforme al censo de 1921, las personas nacidas en Estados Unidos en esa fecha eran 21 740, pero sólo 11 090 tenían la nacionalidad norteamericana. Seguramente la diferencia de 10 650 corresponde a personas que si bien habían nacido en Estados Unidos tenían, en su mayoría, la nacionalidad mexicana.[8]

La disminución del número de los extranjeros puede explicarse, entre otras razones, porque algunos emigraron y otros no inmigraron, temerosos de la lucha civil, además varios de ellos fueron asesinados. Se ignoran las cantidades correspondientes a las dos primeras causas señaladas, pero se sabe que entre 1910 y 1919 fueron asesinados 1 477 extranjeros, o sólo 1 341, si se excluyen los 136 norteamericanos (72 civiles y 64 militares que fueron asesinados en la zona fronteriza). Si bien en números absolutos los norteamericanos (550) fueron asesinados en mayor número, en números relativos ese lugar corresponde a los árabes (7.25% de los nacidos en Arabia en 1910); los chinos ocupan el segundo lugar tanto en números absolutos (471) como en relativos (3.5%); los 209 españoles asesinados en esta década representan el tercer lugar en números absolutos, y en relativos corresponde a los norteamericanos (2.67%). Aunque estos números relativos también pueden obtenerse calculando los asesinados con las personas nacidas en el extranjero en 1921, o con las personas de nacionalidad extranjera en ese mismo año y los resultados sólo varían levemente.

En el caso particular de los norteamericanos también se sabe que personas de esa nacionalidad fueron asesinadas en todos los estados del país, salvo en Colima, Querétaro, Tlaxcala, Tabasco y Yucatán. En Chihuahua (122), Tamaulipas (60) y Sonora (49), en cambio, se registra el mayor número: en el Pacífico norte y en el norte fueron asesinados 296 (69%), cifra normal si se considera

que en esas zonas vivía, salvo la capital, el mayor número (en términos absolutos y relativos) de norteamericanos, dada la proximidad de la frontera y el tipo de negocio en que se ocupaban.

Los extranjeros asesinados en el periodo 1910-1919 representaban 1.27% del total de los extranjeros residentes en México en 1910, y 1.37% de los nacidos en el extranjero en 1921. Es decir, proporcionalmente y en números redondos se asesinó el doble de extranjeros que de mexicanos.[9] Sin embargo, según Frederick C. Turner, el número de los norteamericanos asesinados en este periodo no es tan impresionante como a primera vista parece, si se compara con el de los norteamericanos linchados en Estados Unidos en esos mismos años. Según el cónsul mexicano en El Paso, Texas, agentes policiales mataron a 391 mexicanos entre 1911 y 1919,[10] y entre 1850 y 1930 en el suroeste de su país mataron a más norteamericanos de origen mexicano que negros.[11] Ciertamente a ambos lados de la frontera, durante el quinquenio 1915-1920, resuena un doble grito: de un lado "maten a los gringos", del otro *"kill the greaser"*.[12]

Desde luego, entre los asesinados no figuraron ni los rentistas ni los especuladores, sino los "verdaderos inversionistas"; es decir, aquellos que vinieron a México y que, como denunció Francisco Bulnes, se enriquecieron ilegalmente, pero también los que formaron sus fortunas con un trabajo tenaz y honrado, como corrige D'Olwer.[13]

Como se ha visto, desde los comienzos de la guerra de independencia se especuló sobre la participación de los extranjeros en los ejércitos mexicanos. En el federal destacaron algunos al iniciarse la lucha, por ejemplo, en Ensenada había un oficial francés y otro chileno al lado de 30 japoneses que derrotaron a los soldados del PLM. A fines de ese año se calculó en unos 150 el número de los enviados por la Sociedad Defensores de la Integridad Nacional, precisamente contra los soldados del PLM acusados de filibusteros, no se temía caer en contradicción alguna por aquello

de que "veneno mata veneno". En los primeros días de febrero de ese año, entre los soldados del PLM la mitad eran extranjeros: americanos, británicos, canadienses, australianos, boeros, rusos, alemanes, franceses e italianos. Después de vencer al ejército federal lucharon contra sus compañeros mexicanos. Se intentó resolver el problema cerrando los casinos y las cantinas de Tijuana y prohibiendo la contratación de "soldados de fortuna", pero como el propio Jack Mosby era uno de ellos, tuvo un éxito limitado en su empeño pacificador.[14]

A principios de ese año de 1911 Manuel García Vigil, Roque González Garza, Octavio Morales y Antonio Ruiz protestaron ante Madero por el nombramiento de Garibaldi como jefe de la vanguardia porque según ellos era extranjero e inepto. Madero, generalmente tranquilo, en este caso se molestó: ninguna ley nacional ni internacional impedía su colaboración; esta actitud la sancionaba la historia: La Fayete combatió en Estados Unidos, Miranda en Francia, Byron en Grecia, Mina y Gilhardi en México, el abuelo y el padre de Garibaldi siempre habían puesto su espada al servicio de los oprimidos. Por supuesto, era apto para el desempeño del cargo y había declinado la jefatura del estado mayor porque eso correspondía a un mexicano; francamente irritado Madero consideró injuriosa la suposición de que con esos nombramientos pensaba imitar la xenofilia de Porfirio Díaz.[15] De cualquier modo, algunos reporteros americanos con frecuencia llamaban a la brigada internacional de Madero la legión o la compañía americana, porque más de 70% era de esa nacionalidad. Madero omitió un argumento más en defensa de Garibaldi: éste hablaba el español con fluidez por sus estancias en varios países sudamericanos. Un periodista preguntó a uno de los soldados que militaban con Garibaldi por qué participaba en esa lucha, la respuesta fue precisa: *for the hell of it*, es decir, porque no tenía cosa mejor que hacer. Después de la toma de Ciudad Juárez, Madero les pagó su pasaje a la frontera y les dio 50 pesos a

cada uno, medida oportuna porque algunos se quejaban de que no se les había pagado.

Un año después varios diputados presentaron una iniciativa de ley para impedir que los extranjeros militaran en el ejército mexicano. *El Impartial* criticó que hubiera italianos que peleaban en México, y *El Mañana* consideró innecesaria la presencia de esos soldados de alquiler, que más ofendían que vigorizaban al ejército, por lo que debía excluirse a esos elementos espurios que movidos por el lucro venían a matar mexicanos "en calidad pura y simple de filibusteros". *El País* los defendió con el recuerdo de Mina, Gilhardi y el español Nicolás de Régules. Por lo pronto, Garibaldi tras largo rodeo vía Nueva York llegó a Sonora acompañado por otros tres italianos, pero los revolucionarios que debían militar a sus órdenes se negaron a hacerlo porque era extranjero. Esta crítica a Garibaldi parece injusta: en 1924 abandonó su país perseguido por Mussolini.[16]

Bernardo Reyes y Victoriano Huerta reclutaron algunos soldados extranjeros; Huerta se interesó en una oferta del gobierno japonés para contratar 50 oficiales de esa nacionalidad si se naturalizaban mexicanos. Venustiano Carranza, a principios de 1913, condicionó la aceptación de una oferta para contratar entre 2 000 y 3 500 quinientos japoneses, que se naturalizarían mexicanos; posteriormente muy pocos orientales cumplieron ese requisito. Encontrándose en Hermosillo, Carranza recibió una oferta para contratar 50 cosacos radicados en Canadá por un estipendio de 30 dólares mensuales y el derecho a radicar permanentemente en México después de la lucha, don Venustiano simplemente no contestó.[17]

Villa siguió una política más abierta para engrosar su ejército con extranjeros. En él militaron judíos, italianos, españoles, norteamericanos, japoneses, chinos, y "hasta negros" (llama la atención la presencia de españoles y de chinos porque en Torreón el mismo Villa los combatió con saña). A principios de 1914, unos

500 extranjeros militaban en la legión extranjera de Villa, pero su número se triplicó en las batallas de Torreón y de Zacatecas. En su mayoría eran norteamericanos (algunos de ellos ametralladoristas), italianos y alemanes, que eran artilleros, y algunos pistoleros profesionales formaban parte de su guardia personal. Muchos extranjeros fanfarronearon que habían combatido bajo las órdenes de Villa. Los chinos se ocupaban de reparar las vías y de la cocina, y a diferencia de la legión extranjera de Madero no fueron agrupados en una unidad especial porque no hablaban español, pero también por el asesinato de varios extranjeros y por la ocupación de Veracruz. Los ametralladoristas y los pilotos ganaban de 200 a 250 dólares mensuales, más gastos, y el primer mes lo recibían por adelantado. Ganaban más que los mexicanos del mismo rango, y tal vez porque la mayoría creía que los mexicanos llevaban un cuchillo escondido para asesinarlos, pocos radicaron permanentemente en México.

Obregón también recibió una oferta para que algunos japoneses militaran en sus filas, pero pocos lo hicieron, entre ellos un artillero a quien se atribuye la victoria sobre Villa. El chileno Maximiliano Jofre recibía 3 345 pesos mensuales, cuatro veces más que el propio Álvaro; al enterarse éste, ordenó que se le pagara igual que a los nacionales. La colaboración entre algunos extranjeros y los mexicanos no era fácil, pues cuando aquéllos pedían a los mexicanos que pelearan con método, éstos les respondían que ellos por ser extranjeros nada sabían de México. Acerca de esto, Thord Gray recuerda que la eficaz táctica de atacar con el revólver y luego con el sable se utilizó en la batalla de Guadalajara a mediados de 1914.[18]

Hugh Lenox Scott, jefe del Estado Mayor del ejército de Estados Unidos en la frontera, admiró a Villa desde la toma de Ciudad Juárez en 1911, pero al saber que fusilaba a sus prisioneros, le envió un manual del ejército británico sobre el trato que debería dárseles, y Pancho ofreció seguir esas normas. Scott trataba a

Villa con el mismo lenguaje que los militares norteamericanos empleaban con sus indios, o con el que los sultanes usaban con los moros. Según Scott, Villa era un "dirigente nato"; éste todavía a principios de 1915 deseaba la amistad entre México y Estados Unidos, y Scott creía firmemente que Pancho triunfaría en México.[19]

Algunos norteamericanos creían que Obregón era hostil a su país, y aun creyeron que invadiría Arizona al ser ocupado Veracruz. El embajador de Brasil, J. M. Cardoso de Oliveira interpretó un impuesto que estableció Obregón en la capital a principios de 1914, como un intento de "incitar a la plebe en contra de los extranjeros", al grado de que el 6 de marzo de 1915 comparó la situación de la capital mexicana con la de Pekín en la guerra de los *boxers*. Todavía 14 meses después, el *New York Herald* escribió que Obregón "es antitodo lo que sea extranjero", pero el cónsul americano en Mazatlán rectificó: Obregón simpatizaba con los alemanes y era antinorteamericano.[20]

En fin, los extranjeros participaron en los ejércitos revolucionarios en una proporción pequeña, pero significativa en algunas batallas norteñas, sobresaliendo en el manejo de cañones, ametralladoras y aviones. De ellos, dos mineros aportaron la voladura de ferrocarriles y puentes. Según un alemán los indios por su lentitud, torpeza e impasibilidad no podían llegar a ser buenos ametralladoristas. Los extranjeros se acostumbraron a comer carne asada, chile, tortillas, harina, frijoles y café; lo mismo que a abrigarse con ponchos y a usar sombreros charros y botas de montar.

Algunos estiman su número en 1 500, porcentaje bajo frente al número total de efectivos, pero acaso alto si se relaciona con ametralladoristas y artilleros. Sólo en Baja California fue "evidente" su presencia, si bien esa campaña es menor comparada con la de los antirreeleccionistas y zapatistas. También algunos

guatemaltecos pelearon en Chiapas.[21] De cualquier modo, esta evaluación omite la importancia de la caballería.

LA REVOLUCIÓN BÓXER

Desterrado en Nueva York, Francisco Bulnes explicó a los lectores norteamericanos la "terrible" revolución "socialista" mexicana la cual era obra, en parte, de la "inferior" raza indígena mexicana. Le horrorizaba que esa revolución hiciera perder su independencia a México y exterminara su raza. En su origen, tenía un carácter marcadamente bóxer, en particular antiamericano, porque acusaba a "los científicos" de haber protegido las empresas extranjeras, en particular las norteamericanas, en perjuicio del pueblo mexicano. Concretamente, en una mezcla de verdades a medias se acusaba a Díaz de haber vendido a Huller "por una pitanza", la mitad de Baja California, de haber modificado la ley minera en beneficio sobre todo de Huntington, en Coahuila, y de haber regalado tres millones de hectáreas de Chihuahua a R. Hearst. De haber otorgado concesiones petroleras a Cowdray y a un hermano del presidente Taft, a Guggenheim el monopolio de la metalurgia, el del cobre a Greene, el de Durango a J. Rockefeller, y el de mobiliario a Mosler.

Díaz permitió al embajador norteamericano Thompson hacer negocios en México y posteriormente al embajador Powel Clayton que todas las tardes recomendara, en el Palacio Nacional, que se fallaran los negocios judiciales en favor de sus nacionales. El arreglo de Limantour con la compañía Tlahualillo perjudicó a los ribereños mexicanos del Nazas; el embajador Henry Lane Wilson con este motivo declaró que aun cuando un solo accionista americano fuera dueño de acciones al portador y sólo representara 1%, Estados Unidos tenía el derecho de reclamar a México *under the title of right of aliens*. Pese a que el secretario de Fomento, Olegario Molina, desaprobó ese acuerdo, en La Lagu-

na acusaron a los extranjeros de pretender robarse sus tierras y aguas; con este motivo, asesinaron a 300 chinos y a varios españoles, y expulsaron y confiscaron las propiedades de estos últimos.

Se vendieron por una cantidad casi normal 50 000 000 de hectáreas de tierras maravillosamente fértiles a 28 favoritos, quienes las revendieron a extranjeros, americanos en su mayoría. Se despojó a los yaquis en favor de burócratas que revendieron a norteamericanos, y a varios pueblos del Estado de México en favor de la fábrica de papel de San Rafael, propiedad de un norteamericano y de un español, a quienes también se favoreció con impuestos aduanales que impidieron la compra de papel en el extranjero. Se permitió a la casa bancaria Scherer-Limantour que en combinación con ferrocarrileros norteamericanos compraran, en secreto y a bajo precio, los ferrocarriles mexicanos para revenderlos con gran provecho para ellos al gobierno mexicano. De ese negocio nacieron las líneas nacionales, en las cuales los norteamericanos ocuparon los puestos más importantes, por supuesto con elevados salarios. La compañía de Boston, la Santa Gertrudis, también se enajenó a norteamericanos; se obtuvo un préstamo de la casa J. Pierpont Morgan; se permitió la ocupación de la bahía Magdalena; hubo vacilación en la fortificación de Tehuantepec, y se rechazaron las "honorables" proposiciones japonesas para colonizar la costa del Pacífico, sobre todo Baja California. Se trató con debilidad el asunto de El Chamizal; se aprobó la ley de inmigración de 1908 para impedir la entrada de chinos y japoneses porque proseguían a Estados Unidos. En suma, conforme a esta degradante política los norteamericanos podían hacer suyas las palabras de San Pablo: *civis romanus sum*. Así, en la mente popular quedaban la imagen de que Estados Unidos era el enemigo natural de México y España la más cruel con la raza nativa. Por todo esto no era fácil comprender por qué el

pueblo y el gobierno de Estados Unidos, en un principio, habían visto con simpatía la Revolución mexicana.[22]

Cuando estas tensiones ocasionaron rumores de que Estados Unidos pretendía invadir México, en abril de 1912, en Pachuca se escucharon gritos de "¡Mueran los yanquis, abajo los gringos!".[23] El fuego estaba listo desde antes de iniciarse la Revolución. En efecto, como se ha visto antes, Antonio Rodríguez fue quemado vivo en Texas, lo que originó una ola de hostilidad contra los norteamericanos tanto en la ciudad de México como en Guadalajara. En esta última ciudad, dos días y dos noches fueron apedreadas las casas de los norteamericanos, al grito de ¡viva Madero y mueran los gringos!; el incidente acabó cuando los norteamericanos se concentraron en su club y amenazaron al gobernador con responder violentamente a estos ataques; de esa manera atemorizaron al gobernador de Jalisco, según cuenta un cronista norteamericano, y se pacificó Guadalajara.[24] En marzo de 1911 numerosos cónsules norteamericanos informaron al Departamento de Estado de la existencia de un amplio sentimiento antinorteamericano, el cual en unos casos, se reducía a meros incidentes personales, la mayoría al deseo de robarlos, y sólo en muy pocos casos a verdadera antipatía.[25]

De cualquier modo, con el objeto de evitar la violencia revolucionaria, algunos norteamericanos se apresuraron a salir del país; por ejemplo, se calculó que en junio de 1912 de mil residentes en Chihuahua ya sólo permanecían ahí 37. Esto ocurrió, principalmente, entre los mormones de Chihuahua, la inmigración más próspera pero también la más combatida en el porfiriato. Su número había aumentado de 575 en 1887 a 3 965 en 1908 (cifra que incluye el pequeño número de mexicanos que vivían con ellos), y que coincide con los 4 000 calculados por las autoridades mormonas. La desbandada de los mormones se aceleró cuando el jefe revolucionario, Inés Salazar empezó a recogerles sus armas, argumentando que no podía permitir grupos extran-

jeros armados en territorio mexicano. El cónsul norteamericano apoyó, en un principio, la negativa de los mormones a entregar sus armas; finalmente éstos cedieron, entre otras razones porque, efectivamente, la casi totalidad conservaba su nacionalidad de origen. Acaso la exigencia de Salazar de desarmar a los mormones más que en el respeto a la ley, se basaba en la envidia que a los vecinos mexicanos causaban las buenas casas, la maquinaria, el ganado, las tierras, etc., de los mormones; esa envidia se remontaba al porfiriato, cuando la mayoría de los mexicanos atribuyó la transformación de los desiertos chihuahuenses en "fértiles campos de labor" al hecho de que contaban con minas de oro, que secretamente los norteamericanos trabajaban de noche. De cualquier modo, el éxodo de los mormones hizo que en 1920 unos 1 500 vivieran de la caridad pública en El Paso, Texas.[26]

El embajador Henry Lane Wilson había acusado a Madero de ataques al *Mexican Herald*, de negligencia en el asunto de Tlahualillo, de un impuesto de tres centavos por barril de petróleo en Tampico y de aplicar una contribución a la *Associated Press*. El gobierno mexicano respondió que los asesinatos de mexicanos en Estados Unidos eran vistos con indiferencia, y que el asunto de Tlahualillo estaba pendiente de solución en los tribunales; la *Associated Press* rehusó firmar un contrato escrito casi similar al verbal que durante tres años habían acordado y, en fin, el subsidio que el gobierno anterior había concedido al *Mexican Herald* se retiró, pero no se había prohibido su circulación.[27] En suma, no se atacaba a los norteamericanos porque tuvieran esa nacionalidad.

En esos primeros años, mucho circuló el rumor que atribuía la Revolución mexicana al patrocinio de la Standard Oil. Al parecer este rumor nació en Inglaterra, pues se atribuyó a los petroleros británicos de Tampico, concretamente a Pearson. Madero, por supuesto, negó el cargo asegurando que la Revolución se había financiado con préstamos conseguidos por su padre; después,

un funcionario de Pearson apoyó esta explicación.[28] Henry Lane Wilson, de cualquier modo, precisó que Gustavo Madero recibió un millón de dólares de un agente de la Standard Oil;[29] al menos tenía el indicio a su favor de unas declaraciones de Madero al *New York Times* de febrero de 1911, en que agradeció la grande y sincera simpatía, "cosa muy bella", de Estados Unidos por los revolucionarios.[30]

Pese a tanta belleza, Wilson contribuyó de manera decisiva al cuartelazo que culminó con el asesinato del presidente Madero; con este golpe de Estado, Wilson ("irritable, borracho y fanfarrón")[31] ajustó cuentas con la Revolución de Madero. Sus agravios contra ésta eran muchos y grandes; en efecto, según él la reacción popular contra el linchamiento de Antonio Rodríguez fue fomentada por ciertos funcionarios del gobierno para distraer la atención pública por el creciente descontento contra Díaz; dice usar conscientemente la palabra "fomento" porque los empresarios americanos eran estimados en México. Y, sin embargo, durante tres días fueron destrozadas muchas de sus propiedades, quemada su bandera, insultados en las calles y aun asaltadas sus escuelas. Algunos americanos se defendieron: uno de ellos contuvo en Guadalajara a varios centenares de atacantes. Wilson recibió constantes telegramas acerca de asesinatos y saqueos a sus nacionales, y el gobierno mexicano se declaró incapaz de garantizar su seguridad. De cualquier modo, Taft no ordenó que salieran de México, aunque posteriomente su tocayo el presidente lo ordenó hasta en tres ocasiones.

Henry Lane Wilson responsabilizó a Madero de los daños que causó la Revolución; pese a que fue saludado por "vastas multitudes" el 7 de junio de 1911, cuando entró a la capital, él predijo su caída en un despacho que envió a su gobierno ese mismo día. Uno de los mayores agravios del embajador contra Madero fue su protección al "célebre bandido" Pancho Villa, quien afectó personas y bienes de los americanos en el norte; pese a sus pro-

testas, Madero lo siguió considerando un "caballero patriota y honorable". Pero aun varios miembros del gabinete y personas muy próximas al presidente, como Pino Suárez, Bonilla y García Peña tenían prejuicios antiamericanos, no así su hermano Ernesto quien propugnó el orden. Wilson calculó entre 50 000 y 75 000 los americanos residentes en México al comienzo de la Revolución, y su capital en 40% de las inversiones extranjeras. Madero fue incapaz de contener a los agitadores de la parte más ignorante de la población contra los americanos. Ningún funcionario de ese régimen agradeció al gobierno y al pueblo americano los beneficios que su inteligencia y capital habían-derramado en México; numerosos americanos fueron encarcelados en lugares insalubres y asquerosos, otros fueron brutalmente asesinados y unos 30 000 obligados a regresar a su país, entre ellos 500 ingenieros y conductores de los Ferrocarriles Nacionales, pese a que algunos tenían 40 años de vivir en México, muchos tenían esposas mexicanas y sabían suficiente español para dirigir los trenes, pero no para pasar un examen serio de esta lengua. Taft se interesó en proporcionarles trabajo en su país y la Brotherhood of Railway Conductors condenó esa acción del gobierno mexicano. Todo esto era obra de ese soñador de Coahuila que "ensayó el papel de Moisés", cuya elección presidencial, por supuesto, fue una "farsa". De cualquier modo, no debería invadirse México ni adquirir un solo pie de América Latina por la diferencia de lengua, costumbres y raza entre ambos países. Se debía tratar a México con justicia y serenidad pero severamente y sin rodeos porque las "medias tintas son de poco valor".[32]

Wilson contribuyó decisivamente al cumplimiento de su profecía del 7 de junio de 1911, unos 20 meses después en ocasión del cuartelazo contra Madero. Los diplomáticos Bernardo Cologan, Von Hintze y sir Francis Stronge reunidos en el local de la embajada de Estados Unidos autorizaron a Wilson para obtener tanto del gobierno federal como de los "revolucionarios" la pro-

tección a las colonias extranjeras. La embajada de Estados Unidos albergó y alimentó a 175 personas. El 10 de febrero Wilson organizó una guardia militar americana, un telégrafo, un banco y un periódico. Al informar a la Secretaría de Relaciones Exteriores que los extranjeros se habían constituido en guardias voluntarios para protegerse, el gobierno mexicano le respondió que enviaría una patrulla militar, pero ésta nunca llegó. Madero culpó a Félix Díaz de hacer un fuego indiscriminado, pero no a los diplomáticos porque ellos estaban bien informados. Por supuesto, tanto él como sus colegas admiraban la fuerza y humanitarismo de Félix Díaz; Madero, en cambio, asegura Wilson, atacó tanto a la Cruz Roja como a la Cruz Blanca y sin anticiparles la noticia colocó baterías en las casas de los extranjeros. El séptimo día de la rebelión se permitió a 1 500 americanos salir de la zona de peligro. El día 15, él y sus colegas diplomáticos coincidieron en que a menos que Madero se retirara pacíficamente, lo más probable era que sería derrocado con violencia.[33]

Henry Lane Wilson logró que el ministro español Cologan diera la cara por él en la caída de Madero, aduciendo que, por "cuestión de raza", le correspondía pedir su renuncia a Madero. Cologari dudó un poco, pero finalmente aceptó el encargo por razones de "humanidad y de caridad" para salvar al presidente, quien respondió a esta petición que los extranjeros no tenían derecho a intervenir en la política interna de México, y se negó a recibir a los senadores que intentaron igual objetivo.[34] Cologan aceptó dar la cara por Henry Lane Wilson por su experiencia en el sitio de Pekín.[35] Aun quienes pretenden que no hay pruebas de que Wilson esté ligado con el asesinato de Madero aceptan que, cuando menos, no usó su influencia para impedirlo.[36] Victoriano Huerta arrogante escribió en sus *Memorias* que los extranjeros pensaron en él para que encabezara esa misión porque era universal su prestigio como hombre capaz de fundar un gobierno estable que les diera garantías.[37]

En fin, el representante de Cuba en México, Manuel Márquez Sterling recogió la versión de que cuando Genovevo de la O tomó Tacubaya, varias cabezas humanas colgaban de la silla de su caballo, todavía chorreando sangre. También recogió la verosímil versión de que entre la gente de Félix Díaz figuraban "muchos súbditos de Alfonso XIII"; aquél, al decir del embajador Wilson, era el "ídolo" de los extranjeros en México, en tanto que el norteamericano no perdía ocasión de calificar de *"fool"* de *"lunatic"* a Madero. Según Carlos Pereyra, Victoriano Huerta no era una resurrección del porfirismo, pues nadie deseaba ese "aborrecido sistema", pero en opinión de Márquez Sterling, Huerta recogía lo abominable del porfiriato, era su degeneración anárquica.[38]

Las cosas se precipitaron cuando el 18 de febrero Wilson fue informado por un mexicano de apellido Cepeda, quien decía conocer muy bien a Huerta, que el presidente y sus ministros habían sido hechos prisioneros después de que Madero con sus propias manos había matado a los coroneles Riveroll e Izquierdo. Wilson, en una tarjeta escrita por su esposa, pidió a Huerta que por ningún motivo permitiera violencia alguna contra el presidente y el vicepresidente, deseo que corroboró Washington. Al visitar a Huerta en compañía de Von Hintze, el presidente mexicano le informó que su plan original era enviar a Madero al exterior pero la intervención de la familia Madero lo obligaba a decidir entre acusarlo ante el congreso federal de violación de la Constitución o encerrarlo en un asilo para locos. Los diplomáticos se lavaron las manos porque carecían de autoridad para opinar: sólo deseaban la paz de México. En la mañana del día 23, Wilson fue informado de que la noche anterior al transferir al presidente y al vicepresidente del Palacio Nacional a la penitenciaría fueron atacados los automóviles en que se les conducía y que en la refriega, Madero y Pino Suárez fueron muertos por sus guardianes. Francisco León de La Barra le informó, en el edificio

de la embajada, que ni el gobierno mexicano en general, ni en particular Huerta, tenían nada que ver con esas muertes, las cuales atribuyó a una conspiración de parientes de personas asesinadas por el gobierno de Madero. Wilson aceptó por lo pronto esta versión y pidió a los norteamericanos que no opinaran con precipitación; en esto lo apoyaron tanto el cuerpo diplomático en pleno como los extranjeros en México. Personas de "recto pensamiento" lamentaban la muerte de Madero pero eran conscientes de que en ese momento ya no era el presidente de México, sino un simple ciudadano. Wilson tenía su conciencia tranquila (en caso que haya tenido conciencia), la muerte de Madero no causó mayor pena que la de numerosos americanos por él sacrificados.

Según Wilson, Madero era un persona "de inteligencia enfermiza, inperfecta educación y visión". Discípulo de la escuela económica francesa, en economía y en política nunca utilizó esa filosofía. Asumió el poder como un apóstol de la libertad, pero sólo fue un hombre de inteligencia desordenada, que provocaba rivalidades e intrigas desde su gobierno, sus anormales cualidades mentales

> developed into a homicidal, dangerous form of lunacy… dormant evil qualities in the blood or in the race came to the surface and brought ruin to him and to thousands of the Mexican people.

Huerta, en cambio, era un hombre de hierro y de valor, brevedad y concisión (que le venían de su disciplina militar), "persistencia indígena" y devoción católica. Su primer gabinete no había sido igualado, informó en el llamado Pacto de la Embajada, obra suya. Huerta estuvo de acuerdo con todas las reclamaciones norteamericanas, salvo las generadas por daños causados en la Revolución. Henry Wilson criticó la renuencia de su gobierno para reconocer a una persona adornada por tantas cualidades, por completo contraria a la tradicional de Estados Unidos

de no interferir en los asuntos de los otros países. Acusó de descortesía al gobierno mexicano porque ningún funcionario fue a despedirlo a la estación del ferrocarril, pero se consoló con la filosofía bismarckiana: "un embajador no debe ser demasiado popular en el país en el que está acreditado". También se consoló por el fracaso de Lind, el cual atribuyó a que carecía de una representación diplomática formal y porque la exigencia de elecciones era imposible en un país con 80% de analfabetos. Desde luego, Huerta no recibió a Lind, y Washington, en lugar de ordenarle que regresara aconsejó a todos los norteamericanos que abandonaran México dejándolos sin garantías. Como el asesinato de Madero, *malgré tout* lo llevaba eñ su alma, logró que el 8 de enero de 1916, a casi tres años de distancia, Yon Hintze confirmara su versión de que Huerta les ofreció a él y al ministro alemán "como caballero y soldado que protegería la vida de su abatido oponente".[39]

Edith Louise Coues se casó con Nelson O'Shaugnessy el 27 de enero de 1911.[40] No alcanzó la celebridad de la marquesa Calderón de la Barca unas siete décadas antes, pero en relación con este punto dejó algunas observaciones pertinentes; por ejemplo, que para el dipsómano Victoriano, los únicos extranjeros dignos de ser conocidos eran Henessy y Martell. Sin embargo, recordó con simpatía a Huerta

> pequeño, anchas espaldas, de fuerte tipo indio, con una expresión a la vez seria, amable y penetrante; sus ojos son vigilantes e infatigables protegidos con gruesos anteojos, no muestra signos de su tan citado alcoholismo. Por el contrario, mira como un abstemio total.

Registró la anécdota de que en opinión de Huerta "no todos los ladrones son gachupines, pero todos los gachupines son ladrones".[41]

En realidad, Madero había perdido su enorme popularidad al mostrarse incapaz de contener la Revolución que había diferido

en Ciudad Juárez. A su caída contribuyeron oficiales del ejército federal incorporados a la Revolución, un grupo de españoles reaccionarios, y "los científicos" desterrados en París y en Madrid, entre quienes destacaban Luis García Pimentel e Iñigo Noriega, este último apoderado de Porfirio Díaz.[42] García Pimentel, administrador de las haciendas de su familia en Morelos, estaba inconforme de que se hubiese quitado la religión a los campesinos porque era el único freno a sus "naturales inclinaciones hacia el bandolerismo"; años después confirmó que llevaban el robo en la sangre[43]

Tal vez algunos indios llevaran en la sangre el robo, pero el asesinato de Madero confirmó que algunos indígenas (indios, mestizos y criollos) y varios alienígenas llevaban el homicidio en su sangre. En efecto, el literato e intemacionalista Genaro Fernández MacGregor fue encargado por su primo Manuel Calero de uno de los departamentos de la Secretaría de Relaciones Exteriores. En tal coyuntura conoció a los protagonistas del cuartelazo y del asesinato de Madero. El representante alemán, por ejemplo, ostentaba todas las características del *junker* prusiano, marcial y altanero; sus notas diplomáticas eran intolerables en el fondo y rudas en la forma, al grado de que "violaba todos los usos diplomáticos".

Por ejemplo, cuando algunos alemanes fueron asesinados en Morelos pretendía que los zapatistas acusados fueran fusilados sin formación de causa. En opinión de Fernández MacGregor el español era diferente, excelente y bondadoso sufría cada vez que tenía que presentar una demanda y fueron muchas porque sus nacionales fueron quienes más sufrieron en la Revolucón. "Incomprensivo, displicente, neurótico, amigo de interminables discusiones por medio de notas" era el francés, y al inglés su alcoholismo consuetudinario lo había llevado a un "estado de semi-idiotez". A Henry Lane Wilson

> todo el mundo lo conoce. Era un tipo de *go-getter*, de manejador del *big sitck*; completamente incapaz de comprender a México al que aplicaba en todo su rigor descarado la política imperialista. Apenas paliaba la odiosidad de ese sujeto, la bonhomía de su secretario, un descendiente de irlandeses, correcto, afable y conciliador.

Los demás diplomáticos participaban de la idea de "que eran de razas superiores y de que se les debía atender sin discusión".[44]

Huerta ofreció al representante alemán Paul von Hintze, hombre de confianza del káiser y ligado con los pangermanistas, negociar el petróleo de Tampico en manos norteamericanas a cambio de la colonización alemana. El 21 de febrero de 1913 Von Hintze calificó al pueblo mexicano de:

> conglomerado de tribus indígenas de distinta ascendencia étnica, en parte enemistadas entre sí, que suman cerca de 12 millones; una masa turbia, apática, torpe e indolente; además de 3 millones de mestizos descendientes de españoles e indios, con una considerable porción de sangre negra. Prácticamente no hay mexicanos de raza blanca pura fuera de algunos alemanes naturalizados y un número cada vez menor de otros europeos. Los mestizos, como acontece de ordinario con razas bastardas, han heredado los vicios pero no las virtudes de las razas progenitoras, lo cual es particularmente evidente aquí debido a la adición de la raza negra.

Para salir de ese pantano, México necesitaba ayuda extranjera, es decir, de las potencias que tenían intereses en nuestro país. Esta opinión de Von Hintze continúa la tradición germánica; en efecto, Edmundo von Heyking, ministro alemán en México entre 1898 y 1902, compartía totalmente las opiniones que su esposa estampó en su diario: la masa hirviente bestial de humanidad que se veía en México o en China acababa con el último resto que pudiera conservar de una creencia en la inmortalidad del alma. Enfrentada a esa masa de gente nauseabunda o apenas superior a los más bajos animales, la posibilidad de una vida después de ésta sólo podía ser la base de un renovado error. El agregado comercial de la legación alemana, en cambio, destacó la importancia de la pequeña burguesía agraria como fuerza motriz

de la Revolución; ésta, por cierto, no estaba predispuesta contra los extranjeros.

Agudo pero cínico, Hintze atribuyó el error cardinal de Madero a querer gobernar México como a las naciones germánicas más adelantadas, cosa imposible porque los mexicanos eran un pueblo rudo compuesto de "semi-salvajes sin religión, con su escaso estrato superior de mestizos superficialmente civilizados, no puede vivir bajo otro régimen que no sea un despotismo ilustrado". El káiser anotó al margen: "¡correcto!", corroborando el racismo del ministro Buntz cuando calificó a Ignacio Mariscal de "pequeño hombre-mono indio", y a los mexicanos en general de "bestias".[45]

Por su parte, Fernández MacGregor recuerda que el rostro y los brillantes ojos de Madero eran inquisitivos y móviles; variaba continuamente la posición de sus pies, tenía un continuo tic giratorio en el hombro derecho, y a "la menor provocación soltaba un chorro de oratoria". Por supuesto, su concepción del estadista era muy diferente de ese modelo; aceptó que el asesinato de Madero fue un crimen "nefando", pero se preguntó

> ¿Qué es mejor contribuir a crear el *minimum* de orden indispensable para la vida social, o aumentar el caos dejando todos los puestos en manos de los ineptos y de los pillos?[46]

Esta cínica confesión explica por qué tantos intelectuales del Antiguo Régimen colaboraron con Victoriano Huerta.

Entre Wilsons te veas

De cualquier modo, capitalistas norteamericanos con intereses en México presionaron para que su país reconociera a Victoriano Huerta a quien, por cierto, William Bayard Hale despreciaba por su "aspecto siniestro", natural en un pueblo "salvaje" como el mexicano.[47]

A mediados de ese 1913, 245 americanos residentes en Tampico pidieron protección a su gobierno para que impidiera una matanza como la de El Alamo, porque estaban a merced de "hordas de bandidos".[48]

En agosto de ese año, un norteamericano fugitivo declaró en San Francisco que Estados Unidos debería establecer un protectorado en México porque aquí eran "insultados, robados y burlados". Mientras el cónsul de Estados Unidos en Mazatlán consideraba indispensable intervenir para restablecer el orden, el gobierno de Texas proyectó aumentar sus milicias porque cuando Estados Unidos declarara la guerra a México, se vería expuesto a la furia mexicana.

Como algunos norteamericanos se opusieron a esa intervención por el temor de perder sus vidas y sus bienes, Taft afirmó que se podrían compensar con la anexión del norte de México, en especial Baja California; el siguiente presidente, W. Wilson, se limitó a pedir a sus nacionales que salieran de México, al que hizo responsable de los daños que pudieran sufrir.[49] Desde agosto de 1913 propagandistas de Victoriano Huerta exaltaron a este "noble e ilustre" mexicano porque no permitía insultos o humillaciones de los yanquis, e incluso algunos iniciaron su entrenamiento militar en Acapulco.[50]

El secretario de Estado, William Jennings Bryan juzgó perniciosa y malévola la influencia del embajador Wilson en México, tanto para los norteamericanos como para los mexicanos. A éstos los calificó de chiquillos carentes de normas, cuyos únicos apetitos eran la pasión política y la vanidad. Salvó de esta condena a los indios, en particular a los del sur, tal como lo hizo Maximiliano. Aunque su capacidad potencial era mayor que la de los negros norteamericanos, los indios del valle de México eran inferiores porque estaban estragados por el pulque, el vicio y la opresión. De cualquier modo, apoyado en la opinión de Clark, director general de los Ferrocarriles Mexicanos, la esperanza de

México eran los indios, no los descendientes de los antiguos españoles, moriscos. Por ejemplo, la mayoría de los indios de Oaxaca conservaban las tierras de sus ancestros, y aunque 60% de ellos se embriagaba en las fiestas de la iglesia, pocos eran ebrios consuetudinarios. Tampoco se sometían al enganche, formaban grupos de 12 a 20 hombres que desmontaban la tierra y cosechaban la caña de azúcar.

Pero en Morelos, también poblado por indígenas, y el estado más rico y hermoso de México, los pocos propietarios de enormes haciendas vivían en el extranjero o en la ciudad de México. Un español "brutal", facultado para castigar a los trabajadores solía ser el capataz de esas haciendas. A quienes protestaban contra el salario de 25 centavos plata y un litro de maíz, y que en algunos casos eran autorizados a sembrar una parcelita de tierra a medias y a poseer algunas cabras y muy excepcionalmente hasta una vaca, a la menor señal de tener más se les enviaba al ejército. Los trabajadores no podían abandonar la hacienda mientras debieran en la tienda de raya. Los norteamericanos compartían este sistema de trabajo, si bien eran más humanitarios. El almirante Fletcher y Lind constataron este sistema en la hacienda del norteamericano Emory: ambos quedaron atónitos al oír la justificación de las ventajas de tal sistema tanto para los trabajadores como para los propietarios; vieron en los cañaverales grupos de 10 a 12 trabajadores vigilados por un capataz armado de un látigo y una Colt 44, a quien nunca se le pedía cuenta de sus actos salvo cuando cometía un abuso extremado de su poder. Era natural entonces que todos los hacendados fueran partidarios ardentísimos de Huerta.

Cuenta Jacinto B. Treviño, a propósito de la visita de Lind, que a fines de noviembre de 1913 éste se presentó como representante personal del presidente de Estados Unidos en el cuartel de Carranza, invitando a los presentes a que se pusieran de pie para que escucharan lo que deseaba informarles. Carranza le res-

pondió a Lind que estaban en México y que tratarían cualquier asunto de pie o sentados. En cuanto al fondo, fue igualmente categórico: la Revolución no trataría con bandidos, Huerta y su ejército deberían rendirse incondicionalmente.[51] En fin, cuenta la señora O'Shaugnessy que los Lind vinieron a nuestro país buscando en todo *for the good of the United States and the chasting of Mexico*.[52]

Cuando el obispo de la diócesis de Morelos logró que se le cedieran los derechos del agua, de inmediato cobró derechos por su uso, pero cuando Zapata encabezó una rebelión contra este abuso fue excomulgado al igual que sus seguidores.[★] Por otra parte, los indios eran buenos mecánicos ferrocarrileros; consecuentemente, en opinión de Lind eran necesarias "ciertas juiciosas y sustanciales reformas económicas y sociales, pero "los científicos" y los clericales no querían ninguna.[53]

Fletcher escribió al secretario de Marina, Josephus Daniels el 4 de septiembre de 1913 (tal vez ésa fue la fuente que inspiró al presidente Wilson) de la opresión de 85% de los mexicanos, que los convertía en "virtualmente esclavos",[54] pero el propio presidente 11 años antes, en su *History of the American people*, había calificado la guerra del 47 de "agresión inexcusable".[55]

Como O'Shaugnessy, el segundo del otro Wilson, había calificado a la raza mexicana de semicivilizada, era natural el encuentro entre ambos: Lind creía indispensable que Huerta dejara la presidencia, aun por medio de las armas, mientras O'Shaugnessy se oponía a esa intervención para evitar desmanes revolucionarios.

Un empleado de la compañía Pullman en México estaba seguro de que en el remoto caso de que los mexicanos resistieran la intervención de Estados Unidos, fácilmente serían vencidos porque los norteamericanos eran una raza "infinitamente más capaz".[56]

Venustiano Carranza, en su carácter de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, ordenó a sus subordinados que no tocaran en lo absoluto las personas ni los bienes de los extranjeros, pero comunicó a Estados Unidos que debía limitar sus gestiones a los norteamericanos porque un cónsul de ese país había intervenido en la frontera en favor de todos los extranjeros.

Tal vez por esa razón los ministros de Francia, Alemania y la Gran Bretaña solicitaron de sus gobiernos tropas para establecer una.zona neutral en la ciudad de México en noviembre de ese año. Por lo pronto Henry Lane Wilson intentó, en enero de 1914, investigar el número de hombres, armas y municiones de los extranjeros en México. Según O'Shaugnessy la colonia mejor armada era la alemana: 600 hombres, muchos de ellos oficiales de la reserva, 180 rifles y un aparato de telegrafía inalámbrica; 400 japoneses, 90 de ellos voluntarios, 100 rifles y algunas escopetas, además de una guardia en la legación.[57].

Mientras los diplomáticos americanos calculaban la capacidad de resistencia de los extranjeros en la capital, y a pesar de las amonestaciones de Carranza, el administrador de una mina en Sonora escribió desesperado que pese a haber insultado la bandera de Estados Unidos, saqueado sus tiendas, matado sus hombres y violado (esto dicho con palabras cervantinas) a sus mujeres los norteamericanos no reaccionaban: "¡Qué más podemos hacer para que peleen los gringos hijos de puta?"[58] En la capital, la yanqui-fobia no alcanzaba esa violencia, incluso el 28 de febrero de 1914 se estrenó con extraordinario éxito "Proyectos de un yankee", obra teatral en que se representaba al Tío Sam apoderándose del territorio mexicano.[59]

Aunque al fin de cuentas las propiedades petroleras de Estados Unidos fueron las más tranquilas en la década bélica, cuando en la primavera de 1914 los constitucionalistas asediaron Tampico, sus consejeros militares sugirieron al presidente Wilson que al menos ocupara militarmente esa región. El hundimiento de un

buque-tanque hizo que Bryan advirtiera a los contendientes que la zona petrolera debía ser neutral o Estados Unidos intervendría para salvar riquezas que interesaban al mundo.[60] El 9 de abril de 1914, nueve marinos y un oficial norteamericanos fueron arrestados por error cuando cargaban gasolina en un bote; aunque de inmediato fueron liberados, Estados Unidos exigió a México que izara la bandera de las barras y las estrellas en un lugar prominente de la playa, se dispararan 21 cañonazos en su honor y el castigo del responsable de ese arresto, pero el presidente Huerta rechazó el saludo. Como se sabe, esta coyuntura se aprovechó para ocupar el puerto de Veracruz e impedir así el desembarco de armas del barco alemán Ipiranga destinadas a Huerta. El secretario de Marina, Josephus Daniels y el entonces subsecretario Franklin D. Roosevelt, ordenaron este ataque sin autorización del Congreso; así, por tercera vez Veracruz fue ocupado por soldados extranjeros pese a la valiente resistencia de los cadetes de la Escuela Naval. Con este motivo algunos pisotearon banderas de Estados Unidos en Monterrey y se encarceló al cónsul de ese país durante un par de días.[61]

La estatua de Washington fue derribada en la capital, y el propio Nelson O'Shaugnessy, consideró la ocupación de Veracruz como "brutal, incierta y estúpida, nos dañó mucho en América Latina".[62]

En una película de dibujos animados de 1914 el coronel Heeza Liar roba un avión, con un ancla atrapa a Victoriano Huerta a quien desposita en Marte, entrega la espada de Huerta al presidente Wilson y éste lo premia con una medalla.[63] Huerta canalizó la rabia por la ocupación de Veracruz con manifestaciones públicas, en las cuales participaron prominentes funcionarios como Nemesio García Naranjo, ministro de Instrucción Pública del usurpador, actitud que años después ayudó a que Lázaro Cárdenas permitiera su regreso a México.[64] Acaso más importante es que, en cambio, 600 norteamericanos de origen mexicano ofre-

cieron sus servicios al gobierno de su país natal, "para servir a Estados Unidos en cualquier forma".[65] En cambio, Huerta convenció a algunos mexicanos de acá de este lado de la necesidad de hacer alianzas para repeler a los "cerdos de Yanquilandia".[66]

El paranoico Victoriano Huerta consideró que por su prestigio "universal" de hombre capaz de fundar un gobierno estable que diera garantías a los extranjeros, contó con las simpatías de los diplomáticos europeos, que lo consideraban muy semejante a Porfirio Díaz. En su enfrentamiento contra Estados Unidos se le vio como "al indio que alzaba la honda contra el enemigo común: la Unión Norteamericana", por eso se convirtió él, que había sido acusado de todos los crímenes, "¡en el hombre de la América española!".[67] Pero no en el hombre de México, pues no logró que sus enemigos políticos se le unieran para oponerse a Estados Unidos, al grado de que Zapata escribió al presidente Wilson el 23 de agosto de 1914 que comprendía "su noble y elevada política" sobre América y que podía contar con él como el "no menos devoto de sus servidores que le enviaba su personal estimación".[68] Como se sabe, Villa sólo se opuso a Estados Unidos cuando se sintió traicionado al reconocer ese país a Carranza; así, el caudillo de menos arraigo popular pero mejor asesorado fue el que a la larga realizó la mejor política.

El plan de San Diego, Texas, fechado el 6 de enero de 1915, ofrece una faceta diferente de esta lucha. Este documento, firmado por ocho personas, fue obra de Basilio Ramos, si bien varios piensan que John K. Turner no fue ajeno a él. Como Ramos fue homenajeado por las autoridades mexicanas a su regreso a México, algunos acusaron directamente a Carranza de ser el verdadero autor intelectual de este plan, según el cual el 20 de febrero de 1915 se levantarían en armas contra el gobierno de Estados Unidos, proclamando la libertad de todos los individuos de raza negra y la segregación de Texas, Nuevo México, Arizona, Colorado y Alta California, pérfidamente robados a México por el im-

perialismo norteamericano. Se prohibía hacer prisioneros, pues tanto a civiles como a militares primero se les exigiría un préstamo, después, lo concedieran o no, inmediatamente serían fusilados sin pretexto alguno. A todos los extranjeros que se sorprendiera portando armas sin permiso, se les ejecutaría sumariamente, sin consideración de raza o nacionalidad, y se mataría a todos los norteamericanos, salvo los ancianos, las mujeres y los menores de 16 años. A los indios de Arizona se les devolverían sus tierras y se les daría toda clase de garantías; se ayudaría a los negros para que obtuvieran seis estados fronterizos con los antes mencionados; con ellos formarían una república independiente. Ningún jefe de esta revolución enrolaría a extranjero alguno en sus filas, salvo latinos, negros o japoneses. En fin, no aceptarían ninguna ayuda, moral o pecuniaria, del gobierno de México, el cual no debería considerarse obligado a ayudarlos en su lucha.

Salvo el asalto a algunas pequeñas poblaciones y ranchos de Texas y de la frontera con Nuevo México y Arizona, a mediados de 1916, al grito de ¡Viva Carranza!, y otros jefes menores, no parece que en la práctica este movimiento haya alcanzado una significación mayor, si bien tuvo gran atractivo para la población "analfabeta" de algunos estados mexicanos de la frontera con Estados Unidos. De cualquier modo, algunas autpridades norteamericanas acusaron a Carranza de haber ordenado el asesinato del general Nafarrete para impedirle divulgar sus ligas con los autores de este plan. Más aún, el senador Albert Fall explicó en 1920, que este proyecto tenía conexiones con el telegrama Zimmerman, y que el gobierno de Carranza lo apoyaba.[69]

No parece comprobada la responsabilidad de Carranza en este punto, y más bien el impune ataque de Pancho Villa a Columbus y la derrota norteamericana en la escaramuza del Carrizal, hicieron que ciertos sectores de la opinión pública mexicana injuriaran a los norteamericanos con el mote de "chinos blancos", aludiendo a su supuesta cobardía.[70]

Éste es un buen momento para examinar la actitud de Villa y de Carranza frente a Estados Unidos. Aunque la leyenda imagina a un Villa siempre enemigo acérrimo de Estados Unidos, la verdad es que a mediados de 1913 tranquilizó a los atemorizados mormones que huían de la colonia Dublán, y a fines de ese año ofreció una protección completa a todos los norteamericanos en la zona bajo su mando. Esta actitud respetuosa, y hasta cordial, puede explicarse, entre otras razones, porque Villa adquiría pertrechos militares norteamericanos a cambio de ganado. Varios escritores de Estados Unidos destacaron, en el primer semestre de 1914, que los norteamericanos deberían buscar la protección de Villa. Los azares de la guerra, sin embargo, crearon un problema a causa del asesinato del inglés William S. Benton, el 20 de febrero de 1914.[71]

La actitud personal de Villa era favorable a Estados Unidos, al grado de que según John Reed, el "sueño" de su vida era que un hijo suyo estudiara en Estados Unidos, cosa que no logró por falta de dinero. Todavía en 1914 Villa tenía en la más alta estima a Estados Unidos, y en general a los norteamericanos, tal como lo indican los informes de los cónsules en la zona dominada por él.

Durante la Convención de Aguascalientes, en cambio, algunos apreciaron que Carranza deliberadamente favoreciera sentimientos antinorteamericanos, en contraste con las cordiales expresiones de amistad que poco después les manifestaron a éstos Villa y Zapata. Dos meses antes de la batalla de Celaya, el 7 de marzo de 1915, Villa se disculpó con el general Hugh L. Scott por el retraso en informarle de sus órdenes al gobernador de Sonora para que protegiera la compañía cuprífera de Cananea. Más aún, el decreto del 19 de marzo de 1915, dado en Monterrey, dispuso la confiscación de todos los minerales que no se trabajaran por más de dos meses o que no hubieran pagado los impuestos, pero al parecer a petición del general Scott los impuestos

fueron fijados en una cantidad mucho menor de la temida por la Mine and Smelters Operators Association, la que incluso contó con la protección del ejército de Villa para reanudar parcialmente sus labores, hecho que fue juzgado por varios norteamericanos como oposición de Villa a los trabajadores. Ante la reclamación de Washington contra un impuesto especial a los comerciantes de Monterrey, en vísperas de la batalla de Celaya, rápida y explícitamente declaró que los norteamericanos no estaban sujetos a ese impuesto.[72]

La derrota de Villa por Obregón en Celaya, aunque a la larga fue decisiva, a la corta no dio claras señales de que fuera el fin de Villa y, por tanto, no cambió la actitud de Estados Unidos hacia las facciones en pugna. Cuando el presidente W. Wilson intentó mediar entre ellas, advirtiéndoles que, en caso de rechazar su proposición, Estados Unidos se vería obligado a escoger las medidas necesarias "para ayudar a México a salvarse", Carranza rechazó tajantemente esta petición, actitud congruente que había asumido al decretar, en marzo de ese año de 1915, ciertos impuestos a la minería, en contraste con la actitud de Villa que fijó esos impuestos después de consultarlos con los mineros norteamericanos. También fue diferente la actitud de Villa frente a la mediación de Wilson, tal vez porque se sentía derrotado respondió cortésmente, pero rechazando la mediación y urgiendo a Carranza para que se unieran y rechazar así un posible ataque de "los científicos" y una intervención militar norteamericana. Derrotado Villa es natural que algunos norteamericanos recordaran sus orígenes como bandido y es natural también que Villa recelara de ellos y que el 2 de agosto ordenara a los mineros norteamericanos que se reunieran en Chihuahua, bajo amenaza de clausura, si bien una semana después se limitó a advertirles que las infracciones a los impuestos serían castigadas por la vía civil, pero no penalmente.[73]

El 19 de octubre de ese mismo año finalmente Estados Unidos reconoció a Carranza como gobierno *de facto*;[74] consecuentemente, reimpuso el embargo de armas y municiones a Villa, y pocos días después el ejército norteamericano ayudó al general Plutarco Elias Calles en la defensa de Agua Prieta contra el ataque de Villa, quien fue derrotado. En su desesperación, Villa acusó a los "güeros" de haberle detenido el parque destinado a la batalla de Celaya, medio año después de ese suceso. No es extraño, por tanto, que el 9 o 10 de enero de 1916 un grupo de villistas haya asesinado a 18 norteamericanos cerca de la estación ferrocarrilera de Santa Isabel. Esta matanza produjo indignación en Estados Unidos; en El Paso, Texas, durante los funerales de las víctimas, algunos mexicanos fueron golpeados y continuó una atmósfera tensa. Un mes después, 25 generales de Villa le declararon la guerra a Estados Unidos. El maltrecho jefe de la División del Norte, deseoso de vengar lo que consideraba una traición norteamericana, en la noche del 8 al 9 de marzo de ese año de 1916 asaltó el pueblo de Columbus, en Nuevo México. El general John Pershing entró a territorio mexicano en busca de Villa el 15 de marzo de 1916, al mando de unos 10 000 soldados (otros calculan su número en 20 000). Tropas de Carranza y gente del pueblo de Parral atacaron al ejército de Pershing a balazos y a pedradas, mataron a dos soldados e hirieron a seis; el ejército norteamericano no contraatacó porque tenía órdenes de Wilson de no enfrentarse a los soldados de Carranza.[75] Sin embargo, en El Carrizal sí hubo un enfrentamiento el 21 de junio cuando el ejército de Carranza impidió el avance del de Estados Unidos con un saldo de 74 mexicanos muertos y heridos, y por el otro bando unos 50 americanos muertos, se ignora el número de heridos de éstos, pero se sabe que 24 negros americanos fueron hechos prisioneros. A su regreso a El Paso, Texas, fueron recibidos como héroes.[76] Aunque finalmente los norteamericanos no lo-

graron capturar a Villa al menos se entrenaron para posteriormente luchar en Francia contra Alemania.

En una película de dibujos animados de la época, el sureño coronel Heza Liar en una muía que funcionaba con gasolina de su invención capturaba a Villa. Sin embargo, en otra de ese mismo año de 1916 fracasaba en el intento de capturarlo pero rescataba a Pershing que había caído en una emboscada con fonógrafos que simulaban fuego de artillería.[77]

El entonces soldado George Patton, en su experiencia en la búsqueda de Villa, se sintió como quien busca una aguja en un pajar; tal vez esa impotencia lo hizo escribir a su padre que deberían quedarse con Chihuahua y después con todo México porque el pueblo mexicano era "medio salvaje y completamente ignorante… Un déspota es todo lo que conocen o desean".[78] Isidro Fabela atribuye este fracaso a la pretendida superioridad racial proclamada por Thomas Woodrow Wilson.[79]

Villa, por su parte, buscó el desquite asesinando a algunos chinos durante una breve incursión a la ciudad de Chihuahua, pues para entonces estos asiáticos habían sustituido a los españoles en el odio de Villa. Éste publicó un manifiesto, en octubre de 1916, por el cual prohibió a los extranjeros adquirir bienes raíces, sobre todo a los norteamericanos y a los chinos; nacionalizó los ferrocarriles y la minería, y ordenó el cierre de la frontera con Estados Unidos. Finalmente, el 5 de febrero de 1917 salieron de México los últimos soldados de Pershing, casi un año después de haber entrado. Para algunos, sin embargo, la pólvora aún no se había apagado; varios norteamericanos consideraron que la expedición punitiva fue un éxito pese a que Villa no fue capturado (el propio Theodore Roosevelt la juzgó una "humillación" del ejército norteamericano), mientras algunos mexicanos la calificaron de "ridicula': "una sola cosa fue cierta, Columbus fue borrado del mapa".[80]

Dos años después, en diciembre de 1918, al regresar el general Felipe Angeles a México, después de haberse exiliado en territorio norteamericano, temió por la vecindad de Estados Unidos; pero este temor no podía conjurarse con la actitud "demagógica" de Carranza, "quien adula y fomenta el sentimiento antiamericano y hace concebir ilusiones de alianzas imposibles e ineficaces", clara referencia a la germanofilia del Primer Jefe. Angeles intentó catequizar a Villa para que modernizara al pueblo mexicano, es decir, le arrancara los prejuicios sobre los sexos, constituyera la familia a la manera americana, "por entendimiento y no por costumbre". Villa lo dejaba hablar y de cuando en cuando lo interrumpía para reprocharle que se había "agringado". Ante la insistencia de Ángeles para que se dieran a conocer los propósitos de la Revolución, Villa replicó: "Mi general, todo está bueno; menos que me agringue usted a mi pueblo". En realidad, desde que estalló la guerra civil Angeles defendió a los extranjeros porque traían a México ciencia, tecnología y capital.

Los mexicanos eran enemigos de los americanos sencillamente porque no los conocían, sobre todo a los del norte, que eran los motores del progreso de esa gran nación, semejante a la Roma imperial. Ángeles confesó que finalmente se separó de Villa por el odio que éste profesaba a los americanos.[81] Mientras Ángeles continuaba sus peroratas "socialistas", declarándose del lado del explotado contra el explotador; del mexicano contra el extranjero, lo cual no significaba atacar indiscriminadamente a los extranjeros, ya que ellos habían traído a México la ciencia y los capitales, Villa al saber que habían sido carbonizados 19 mexicanos presos en Estados Unidos (como medida de aseo se acostumbraba bañarlos con gasolina), aumentó su odio contra todo lo que significara "agringamiento". En el ocaso de su carrera militar, Villa siguió mostrando sus rasgos característicos, violento y sentimental. En su hacienda de Canutillo se pronunciaba por un franco entendimiento entre el pueblo mexicano y el americano, hacía

notar las ventajas de la inmigración y de la emigración, porque gracias a ellas los trabajadores mejoraban sus técnicas y sus constumbres; incluso, gustoso, servía de guía a los ingenieros americanos que se internaban por esas tierras.[82]

Cándido Aguilar, comandante militar de Veracruz durante la invasión norteamericana de este puerto, al ser desocupado amenazó a los extranjeros que por sórdida avaricia pusieran en peligro la paz, que el pueblo mexicano sabría defender su patria. Concretamente amenazó a algunos agentes consulares ligados al Antiguo Régimen, que habituados a viejos procedimientos obstaculizaban el esfuerzo del Primer Jefe porque México fuera "verdaderamente libre".[83] El antropólogo Manuel Gamio, en coincidencia con el pensamiento del general Felipe Ángeles, reconoció en 1916 en su obra *Forjando patria* que los mexicanos eran mucho más materialistas y metalizados que los yanquis, con la diferencia de que éstos apiñaban montañas de dólares y aquéllos montañas de centavos.[84] Una década después reiteró, en la Universidad de Chicago, que México no conocía las grandes cualidades del pueblo americano pues sólo estaba acostumbrado a observar a los pocos con quienes estaba en contacto directo en la frontera, que de ninguna manera eran indicadores de la naturaleza del resto. Pidió incluso a la embajada americana que nombrara un agregado científico para que investigara el más interesante factor de las relaciones humanas, el humano y, consecuentemente descubriera la razón de la hostilidad social y cultural entre anglosajones e indohispánicos y propusiera un remedio a esa situación.[85]

REGES SOCII

Carranza decretó en 1915 que los extranjeros que desearan adquirir bienes raíces, sobre todo petróleo, deberían renunciar a la protección diplomática de sus gobiernos. Inglaterra protestó

porque ese decreto violaba el tratado celebrado con México en 1888, pero Carranza por lo pronto ignoró esa protesta; Inglaterra guardó su queja para mejor ocasión.[86] Las relaciones del Primer Jefe con Estados Unidos empeoraron por el rumor de que algunos alemanes habían ingresado al ejército de Carranza, por el famoso telegrama Zimmerman y porque algunos protestantes se quejaron del laicismo escolar[87] aunque éste, en realidad, estaba dirigido contra la Iglesia católica. De cualquier modo, desde mediados de 1916 los partidarios de Francisco León de la Barra consideraron la posibilidad de unirse a Félix Díaz, quien deseaba regresar sus privilegios a los extranjeros. Con tal fin enarbolaron la Constitución de 1857, actitud que coincidía con la de Felipe Ángeles[88] y a partir de ese año rescindió muchos contratos de colonización; con éstos y otros antecedentes es natural que cierto poblano le haya ofrecido dirigir un periódico porque "aborrecía a los extranjeros y a los criollos".[89]

La Constitución de 1917 dio forma al nacionalismo revolucionario, pero su aplicación ha sido lenta y difícil. En efecto, Álvaro Obregón, con miras a su campaña presidencial, desarrolló un programa en el que exigía, por un lado, la inviolabilidad de la soberanía nacional y, por el otro, el reconocimiento de los derechos legítimamente adquiridos por los extranjeros, ofreciendo toda clase de facilidades a las inversiones extranjeras, siempre que conciliaran sus intereses con los de los trabajadores y el erario. Obregón pedía que se abrieran las puertas del país a todos los extranjeros, excepto a quienes pretendieran explotar a las clases incultas con sus "prédicas disolventes y anárquicas". En un discurso que pronunció en Dallas, Texas, el 16 de octubre de 1920, ofreció reconocer todos los compromisos que México hubiera contraído; en ocasiones posteriores prometió abrir el país a los extranjeros, especialmente a "todos los hombres de negocios de los Estados Unidos del Norte", quienes tendrían grandes oportunidades de éxito económico. Cuando al fin su gobierno fue re-

conocido por el de Estados Unidos consideró la reanudación de relaciones diplomáticas como un triunfo.[90] Por supuesto, Obregón no mencionó el precio que pagó por el reconocimiento de su gobierno, esto es, los Tratados de Bucareli que paralizaron la reforma agraria y la política petrolera en cuanto afectara a los norteamericanos; su sucesor, Calles, ofreció "las mayores facilidades a los extranjeros para que inviertan capitales en el país".[91]

Desde el porfiriato se había delineado un creciente nacionalismo popular en oposición a la xenofilia oficial, de modo que el lema "México para los mexicanos" ampara a variados y vigorosos grupos. Por ejemplo, Victoriano Huerta lo recoge en su lucha contra el gobierno de Estados Unidos. Los constitucionalistas también utilizaron este lema en su lucha contra el gobierno norteamericano, pero ellos para justificar la limitación de los privilegios a los extranjeros. Los afectados interpretaron que el "México para los mexicanos" de los constitucionalistas significaba que todas las propiedades deberían pasar a manos de los mexicanos. No es extraño, por tanto, como lo dijo el propio Fall, que para los norteamericanos bandidos y revolucionarios fueran sinónimos. La mayoría de las personas entrevistadas por el senador Fall (terratenientes, petroleros, ferrocarrileros, abogados, etc.), completan esta imagen señalando que el único negocio de los mexicanos era pedir limosna; además desaseo, ebriedad e ingratitud eran propios del carácter mexicano. Según ellos el desarrollo económico de México se debía a los extranjeros, sobre todo a los norteamericanos; este desarrollo había favorecido al país en su conjunto y en especial a los trabajadores, cuyos salarios se habían sextuplicado. Pero como los ingratos mexicanos, lejos de aceptar esos beneficios, habían confiscado sus propiedades y atentado contra sus personas, algunos propusieron el establecimiento de un protectorado, similar a los de Filipinas y Cuba. Para la mayoría esta tarea era necesaria e incluso muy fácil; en efecto, mientras España había utilizado tres siglos en pacificar las Filipinas, a

Estados Unidos les había bastado una brigada de soldados. Otros juzgaban el protectorado igualmente necesario, pero no fácil, porque si bien la mayor parte de las clases altas lo apoyaría, se opondrían a él, en cambio, los peones.[92] Efectivamente, los estereotipos de la cultura popular eran muy desfavorables a los norteamericanos, pues además de suponerles cobardes se les reprochaba que permitieran que los gobernaran sus mujeres, al grado de que, por ejemplo, ellos hacían la comida,[93] defecto gravísimo a los ojos del machismo mexicano.

Albert B. Fall entre 1903 y 1907 hizo una fortuna en Nuevo México y en Chihuahua como consejero de su amigo Greene y de Terrazas;[94] en su carácter de senador, en 1912 pretendió que Estados Unidos exigiera Baja California a México.[95] Su codicia aumentó cinco años después cuando por medio de su colega Charles Hunt pidió a Villa que garantizara las propiedades extranjeras, pero su verdadero fin era formar una república con Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas y el norte de Veracruz.[96] En 1919 insistió en el Congreso en la compra de Sonora y Baja. California porque México sólo podía pagar su deuda con ese territorio. El ex embajador Henry Lane Wilson pidió la formación de un estado-tapón entre el paralelo 22 y la frontera, para que los americanos tuvieran libre acceso a las minas de Chihuahua y de Sonora; por supuesto apoyó la propuesta de la Asociación para la Protección de los Derechos de los Americanos en México para obligar a éste por medio de la fuerza a cumplir sus deberes internacionales.[97]

El doctor Samuel Guy Inman, secretario del Comité de Cooperación con América Latina, siguió un camino diferente al de Fall. Inman explicó en 1919 que afortunadamente para Estados Unidos en la guerra de secesión los extranjeros sufrieron poco, pero que desafortunadamente ocurrió lo contrario en México. A consecuencia del desorden de los últimos ocho años México había quedado en un *status* intermedio entre un estado soberano y

sus pequeñas repúblicas hermanas del Caribe. Estados Unidos no comprendía a México por ignorancia de su historia, de su geografía y de su política, por la diferente psicología anglosajona y latina y por la imposibilidad de separar la cuestión mexicana de la vida política y económica de Estados Unidos, a quienes interesaba la estabilidad mexicana sólo porque afectaba sus bolsillos. El intenso sentimiento producido por el desembarco en Veracruz en 1914, desapareció en sólo tres años, y fue atribuido a la entrada de Estados Unidos a la guerra mundial en defensa de la democracia, al aumento de las relaciones comerciales, al intercambio de profesores y estudiantes y al rechazo a intervenir en México porque el individuo que viaja a otro país no debe tener más derechos que los nativos.[98]

Según Inman los ataques a los ranchos y a los trenes en México fueron casi tan frecuentes como en los pueblos del Oeste en los setenta y en los ochenta del siglo XIX en Estados Unidos. Sobre todo, en México no estaban en juego meras ambiciones personales, sino una verdadera revolución social. A la pregunta de qué clase de hombre era Carranza se podía contestar *he is very much the same kind of man that President Wilson is*. El mismo día que se establecieron los Ferrocarriles Nacionales, entre 2 000 y 3 000 americanos regresaron a Estados Unidos porque pretendían que las órdenes continuaran dándose sólo en inglés, actitud congruente con la de una turista americana que al llegar a la frontera dijo que le parecía incomprensible el porqué Dios había hecho a los mosquitos y a los mexicanos. Y, sin embargo, según Pesqueira los mexicanos preferían trabajar con los americanos que con los europeos, no sólo porque pagaban salarios mayores sino por su *fair treatment*. Inman añade que desde que empezó la guerra ningún americano había sido asesinado en riña, como a diario ocurre en Nueva York, pero sobre todo, ninguno había sido muerto porque fuera americano. Inman recordó que cuando el cónsul americano Hanna fue encarcelado en Monterrey con mo-

tivo de la ocupación de Veracniz, la gente pobre le ofreció vestido y alimentos y, a riesgo de sus vidas, pidieron a los soldados que lo condujeran a la penitenciaría en un carruaje porque el general Hanna era amigo de todos los mexicanos; por ésas o por otras gestiones no se le internó en la penitenciaría, sino que la magnífica sala de recepciones del nuevo palacio del estado fue su prisión. Sólo en San Luis Potosí los americanos estuvieron en un verdadero peligro, pero ninguno fue lastimado.

Cierto, 285 americanos fueron asesinados entre 1910 y 1918 pero sólo en 1918 más de 100 fueron linchados en Estados Unidos. Inman fue informado por muchos jóvenes que sus prejuicios contra Estados Unidos desaparecieron cuando visitaron este país; le hablaron con mucha franqueza de la debilidad de las razas latinas, de su falta de voluntad por ahorrar, del respeto a la mujer y de su deseo de aparentar más de lo que eran. En Saltillo saludó a tres alumnos de su Instituto del Pueblo de Piedras Negras, quienes orgullosamente le platicaron que habían adquirido un cine al cual quitaron las galerías, y que las películas americanas educaban al pueblo en la democracia, en el americanismo en el cual creían. Los cónsules americanos le informaron que habían visado los pasaportes de más de 2 000 excelentes trabajadores que con sus propios medios emigrarían a Estados Unidos para hacerse ciudadanos de ese país. Su euforia culminó al asegurar que muchas revoluciones mexicanas se habrían podido evitar si los jóvenes mexicanos hubieran aprendido a ser buenos perdedores en la práctica del béisbol y del fútbol, deportes muy importantes en la educación de la juventud anglosajona. Inman atribuyó las dificultades de algunos americanos en Tampico a sus contribuciones al bandido Peláez. Mucho esperaba de la obra de Moisés Sáenz en la dirección de la Escuela Nacional Preparatoria y mucho más de la oferta de Henry Ford para que el gobierno mexicano enviara a Estados Unidos a algunos centenares de jóvenes a educarse en ese país; sólo así dejarían de considerarlos sus

explotadores. Edward L. Dóheny, recientemente, había contribuido con 100 000 dólares para establecer una fundación que investigara las necesidades educativas de México. Grandes eran sus esperanzas porque en su Instituto del Pueblo logró que los lectores prefirieran a Emerson y Tolstoi sobre Cervantes y los modernos novelistas españoles. Acaso esas lecturas contribuyeron a que el 16 de septiembre de 1911 cuando una multitud apedreó las casas de los extranjeros no hiciera ninguna demostración contra su Instituto.[99]

A diferencia de Inman, vocero de la conquista pacífica, Fall reunió un nutrido grupo de creyentes en el *Big Stick*, que de septiembre de 1919 a mayo de 1920 descargaron su ira sobre México. En cierta forma colaboraron en esa tarea el profesor Osuna y los hermanos Moisés y Aarón Sáenz, y de 150 a 200 misioneros norteamericanos que tuvieron su mejor época en 1918 y 1919, años en que estaban llenas sus iglesias en la capital (de 600 a 1 000 asistentes sólo en una de ellas), Guadalajara, Chihuahua, Puebla, Veracruz y Yucatán, porque de hecho había misiones en todo el país. Este fruto fue posible gracias a que la mitad de los directores de los ayuntamientos, los gobernadores, los secretarios y los senadores estudiaron en escuelas norteamericanas en México o en Estados Unidos. En fin, James M. Taylor, secretario del Comité de Relaciones Exteriores de la Iglesia Metodista Episcopal, apocalíptico declaró que si el capital extranjero abandonaba México en tres y a lo sumo en seis meses se produciría una de las mayores hambres hasta entonces conocidas. Según el pastor bautista Edwin R. Brown, la primera condición para resolver el problema de México era establecer un protectorado. Sidney S. Conger, pastor de la iglesia Unión Evangélica de la ciudad de México, reconoció que cuando Zapata y Villa ocuparon la capital, la propiedad privada fue respetada.[100] George B. Winton precisó que Porfirio Díaz no tenía un cuarto de sangre india sino sólo 1/16, y según él, el de Díaz era un caso de reversión al tipo del

conquistador. Doheny elogió a Peláez, quien se consideraba el único verdadero constitucionalista porque defendía la Constitución de 1857. Levi Smith confesó lo obvio: los petroleros se sentían más seguros con Peláez que con Carranza.

En una audiencia se dio a conocer una carta de mediados de 1919 en que se propugnaba una coalición de todos los enemigos de Carranza: Meixueiro, Félix Díaz, Peláez, Zapata, Villa y Angeles. El también petrolero Michael A. Spelacy recordó el meteórico aumento de los salarios al sur de Tampico, de 10 a 20 centavos americanos hasta 50 y 75 centavos, y uno, dos, tres, cuatro y hasta cinco pesos diarios. Peláez guardaba el orden con 3 000 hombres, pero podría reunir hasta 25 000; fue tan amigo de Estados Unidos durante la guerra, que alguna vez dijo que si los americanos desembarcaban, él se retiraría; uno de sus lugartenientes añadió que él les llevaría agua. Según Amos L. Beaty, director de la Compañía Petrolera Texas, por temor pagaban a Peláez 4 000 pesos mensuales.[101]

Peláez descendía por parte de padre de asturianos y de vascos por el lado materno; nació el 25 de junio de 1882, unos 14 años después ingresó en la Escuela Nacional Preparatoria, donde sólo estudió tres años. Se levantó en armas el 10 de noviembre de 1914; el primero de enero de 1916 asignó a las compañías petroleras El Águila y a La Huasteca, una contribución de 5 000 dólares mensuales y de sólo 3 000 a la Pen-Mex. De marzo de ese año de 1916 a mayo de 1920 (año en que cayó Carranza) le pagaron sin ninguna reticencia esa cantidad. De este modo los petroleros convirtieron esa zona en un enclave; más al sur, en Poza Rica, eran marcadísimas las diferencias: los obreros vivían entre lodazales, mientras que los extranjeros gozaban de todo el confort necesario.[102] En la primavera de 1918 hubo un proyecto de invadir Tampico con soldados ocultos en los barcos petroleros, a quienes apoyarían los trabajadores petroleros norteamericanos e ingleses. El almirante George S; Benson hizo ver a Washington

que se necesitaría pepenetrar en México, "lo que sería, según entiendo, un acto de guerra en contra de México". Finalmente este plan no se realizó.[103]

Agnes C. Laut, periodista y agricultora recordó que 300 000 peones vivían en la ciudad de México; los niños se cobijaban con periódicos, lo cual era nada frente a la venta de niñas a cuatro pesos a los soldados y a los bandidos. Al comenzar la Revolución se atraían adeptos ofreciendo un determinado número de horas para saquear y otras tantas *for hunting girls*. Cuando Ferrara fue fusilado en España, 10 000 anarquistas inundaron nuestro país. Como no más de 0.5% de la población estaba destruyendo México, bastaría que se unieran los mejores elementos de Estados Unidos y de México para pacificarlo en un par de meses.

Frederic N. Watriss, presidente de la Yaqui Delta Land and Water Co. y propietario de la Richardson Construction Co., explicó que la mayoría de los beneficiarios de esa región eran americanos y mexicanos, cuyos derechos se originaban en un contrato celebrado por Manuel González con Carlos Conant. Plutarco Elias Calles en su informe de 1918 como gobernador de Sonora consideró la rebelión de los yaquis como un obstáculo al progreso, pero que pronto desaparecería. Cuando el senador Fall calificó a los yanquis de *most abused people in the world*, Watriss añadió que eran unos salvajes que se consideraban robados y creían luchar para recuperar sus propiedades. William Bain Mitchell, gerente general del Banco de Londres y México, acusó a varios subordinados de Carranza (Murguía, Diéguez, Obregón, Pablo González, etc.), de lucrar aprovechando sus cargos. William Frank Buckley, abogado petrolero que había vivido en México desde 1908 y a quien volveremos a ver en conexión con Nemesio García Naranjo, tomó el camino de la historia: la era de paz de Porfirio Díaz era anormal en un país como México; Carranza se disgustó con Madero porque éste le suprimió una cierta ayuda mensual y entonces invitó a Alberto García Granados a

rebelarse contra Madero, invitación que aquél no aceptó. Cuando Carranza entró a la capital, ejecutó a García Granados insinuándose que lo hizo para ocultar su abortada rebelión contra Madero.

El ferrocarrilero William J. McGavock, conectado con México desde 1881, recordó que ellos habían construido los ferrocarriles y abierto las minas, que habían aumentado los salarios de los peones de las haciendas de entre uno y medio a tres reales a un promedio de dos y medio a tres pesos diarios; por esta razón los hacendados se opusieron tanto a la construcción de los ferrocarriles.

McGavock pidió que Estados Unidos, en combinación con otros países, enviara tropas a México tal como lo había hecho a Cuba; la aviación americana fácilmente vencería a "los bandidos" aprovechando que las clases superiores mexicanas mucho deseaban la intervención extranjera, pese al recuerdo de la guerra del 47, la ocupación de Veracruz y la expedición de Pershing; sólo bastaría con vencer a la clase media dominante en ese momento. Mientras la señora Cora Lee Sturgis declaraba que Félix Díaz tenía un alto grado en la masonería, Albert Fall declaró que había trabajado como minero en México hasta 1906 y que había conocido muy bien al general Luis Terrazas; negó que hubiera sido su apoderado o de algún miembro de su familia, ni haber representado a ninguna empresa petrolera en México, pero aceptó que tenía muchos amigos entre los mexicanos exiliados en Estados Unidos.[104]

Edward Field Harvey, inglés con cinco años de residencia en México, explicó que los mexicanos trataban con mucho respeto y simpatía a los norteamericanos, pero que éstos se hacían muy impopulares por su excesiva agresividad, sobre todo contra los obreros a quienes consideraban ineptos, y aunque la mayoría de los norteamericanos no pensara de ese modo, esto originó mucho malestar contra Estados Unidos al estallar la Revolución.

Antes, muchos mexicanos habían escapado al peonaje gracias a que los norteamericanos mejoraron sus condiciones de trabajo. Acusó a líderes procedentes de Veracruz, al parecer españoles, de haber eliminado la industria del plátano en el río Usumacinta con sus exorbitantes peticiones.

Carranza decretó que toda propiedad con un determinado número de trabajadores debería tener una escuela y pagar el profesor respectivo, pero no había profesores competentes ni siquiera en Mérida y en Campeche, ni escuela normal en la cual se formaran.

W.B. Loucks, gerente de la Tabasco Plantation Co., explicó que en la molienda se pagaban salarios que iban de 1.50 a 1.73 pesos a los mexicanos, 1.56 a los coreanos y 2.01 a los japoneses. Su primera dificultad con Madero se presentó cuando el presidente mexicano libertó a los enganchados (criminales que el gobierno cedía a los terratenientes), pese a que tenían contratos, a que no querían irse y a que se les proporcionaban gratis escuela y hospital con un médico norteamericano. También dispuso de 260 yaquis que obtuvieron por intermedio del bufete de Casasús mediante 15 000 pesos. Los españoles tenían tiendas de raya en sus haciendas, y se opusieron a los norteamericanos porque éstos, al aumentar los salarios, abolieron la esclavitud, prueba de que la Revolución no era necesaria. Según el cónsul mexicano Manuel A. Esteva, con casi una veintena de años de ejercicio en ese cargo, Lázaro Gutiérrez de Lara fue el verdadero autor del *México bárbaro* de Turner, esto lo supo por boca de un mexicano que en Nueva York lo tradujo al inglés, y quien en prueba de sus palabras le mostró el cheque que le extendió la Standard Oil. De cualquier modo, Doheny declaró que John Kenneth Turner era para México lo que H. Beecher Stowe para Estados Unidos con *La cabaña del tío Tom*.[105] Sin lugar a dudas el ingeniero consultor Nils Olaf Bagge, quien militaba en el bando contrario a Lázaro Gutiérrez de Lara y Turner, criticó que Carranza hubiera dicta-

do una ley (tal vez se refería al artículo 123 constitucional) que concedía al trabajador tres meses de indemnización si faltaba al trabajo por causa de ebriedad o por dolor de estómago, para que pudiera sostener a su familia, esto es, dos esposas, muchos niños, todos los parientes y varios centenares de perros.

El capitán S. H. Veater atribuyó el hecho de que Inés Salazar se hubiera apoderado de la colonia mormona Chuichupa a que la envidiaba por sus buenas cosechas; aunque en julio de 1912 todos los colonos la abandonaron, ocho años después ya había regresado más de 10% de ellos. El ingeniero minero Kirby Thomas, quien vivió en México de 1904 a 1914, recordó que los norteamericanos disminuyeron de 75 000 en 1910 a 3 000 o 5 000 en 1920. Según él la masa de los mexicanos era analfabeta pero no viciosa, criminal o degenerada y carecía de capacidad para gobernarse. Un hacendado de Río Verde, Oaxaca, esparció rumores sobre la falta de pago a los policías y a los profesores y sobre los elevados salarios de los jefes militares.

Edward N. Brown afirmaba que entre 1890 y 1912 el antiguo Ferrocarril Nacional entrenó entre 15 000 y 18 000 trabajadores, por cuenta de la propia empresa, pero ignoraba si las otras compañías habían hecho lo mismo. Bracey Curtis, presidente de la Cámara de Comercio de Nogales, Arizona, expuso que amistosamente explicaron a Adolfo de la Huerta que su ley agraria de Sonora, promulgada el 3 de julio de 1919, era desafortunada porque impediría la irrigación. El gobernador contestó que no se había puesto en práctica y que no creía que alguna vez se cumpliera. En esta línea antiagrarista, Wallace Thompson comentó que el lema "Tierra y libertad" significaba tomar las tierras sin indemnizar a sus dueños y hacer lo que se quisiera, ya que por lo pronto los generales carrancistas se habían apropiado de las tierras y en muchos casos utilizaban a sus soldados como peones, pagándoles pequeños sueldos. En su opinión, la única objeción real a la intervención americana era su costo en dinero y en vi-

das, pero que de cualquier modo debía correrse ese riesgo porque México era una amenaza para la paz. En cambio H. J. Karns, exportador de automóviles (acaso por la naturaleza de su negocio), declaró que ni él ni sus socios de las sucursales habían tenido dificultades en sus relaciones comerciales con los mexicanos.[106]

Sloan W. Emery, presidente de la Vista Hermosa & Mercantile Co., explicó que tenía permiso del gobernador de Oaxaca para encarcelar a sus trabajadores, pero que las cosas comenzaron a cambiar con el presidente Madero. Según él, los mexicanos del sur eran más valiosos que los del norte, porque estos últimos habían heredado los vicios de los indios sin ninguna de sus virtudes. Más importante para sus intereses lo fue su confesión de que Félix Díaz era un hombre muy valioso y que el gobierno de Estados Unidos tenía la obligación de establecer el orden en México, junto con las otras grandes potencias. Según James D. Sheahan Madero reclutó a sus primeros soldados entre los muchos mineros sin trabajo, que estaban cesantes porque las minas no podían trabajar en virtud de los precios de la plata y del cobre. La madre Elías del Santísimo Sacramento de las Carmelitas Descalzas, de Querétaro, denunció los sacrilegios y violencias de los soldados carrancistas, y el célebre Francis Kelley recordó que dos o tres arzobispos fueron obligados a pedir limosna de puerta en puerta bajo amenaza de muerte.

Albert B. Fall recapituló: el PLM había actuado en 18 estados; el éxito de Madero se debió al levantamiento de los indios en los distritos montañosos de Chihuahua contra las familias Creel-Terrazas, levantamiento que vieron con simpatía la mayoría de los norteamericanos de la frontera porque creían que era contra la autocracia. Fall propuso el 28 de mayo de 1920 las siguientes medidas para otorgar el reconocimiento a Adolfo de la Huerta: la no aplicación de los artículos constitucionales 3, 27, 33 y 130 a los norteamericanos; Estados Unidos tenía el derecho de no re-

conocer a ningún gobierno en México que no aceptara esas bases. Lo anterior no era una amenaza al pueblo mexicano, sino una petición para que no se uniera a las bandas armadas. "Nuestro propósito", concluye Fall, "es restaurar la paz y el orden", la protección de los ciudadanos norteamericanos y que los mexicanos recobraran sus propiedades, tuvieran la oportunidad de abrir minas, fábricas y trabajar la tierra, y que establecieran un gobierno serio que tratara a los otros pueblos como quisiera que ellos lo trataran a él.[107] En suma, Fall anticipó claramente los Tratados de Bucareli.

Por su parte, Esteban Cantú poco después de la fallida rebelión del PLM en Baja California, durante un sexenio manejó el distrito norte de Baja California como un enclave norteamericano. En efecto, actuó con independencia de Carranza y mantuvo buenas relaciones con Félix Díaz, Manuel Peláez, Villa y Zapata. En su proclividad hacia Estados Unidos, incluso envió soldados mexicanos a romper una huelga en el Valle Imperial en junio de 1917 y les entregó algunos espías alemanes al finalizar la primera guerra mundial. Recibió en cambio facilidades para sus prósperos negocios en prostíbulos, bares, garitos; se sabe que sólo en Mexicali obtenía de 13 000 a 15 000 dólares mensuales por impuestos a los prostíbulos, en abril de 1917. Prominentes americanos figuraban entre su clientela en los garitos de Mexicali.[108]

El secretario de Estado Charles Evans Hughes advirtió, a fines de abril de 1921, que el artículo 27 constitucional no debería interpretarse de manera retroactiva ni confiscatoria y propuso la reunión de representantes de ambos presidentes para el arreglo de los asuntos pendientes entre Estados Unidos y México.[109]

Antes de que se firmaran los Tratados de Bucareli el gobierno de Obregón siguió una política nacionalista en materia cinematográfica, y aun en algunos casos llegó al extremo de impedir que turistas norteamericanos filmaran escenas de la pobreza capitalina; podrían filmar sólo las principales avenidas de la ciudad

de México, la Fundidora Monterrey, la planta de Necaxa, las grandes cervecerías (semejantes a las de Hungría y Alemania), las minas explotadas científicamente, el camino de México a Veracruz, etcétera.

Algunos incidentes ofrecían una justificación a la sospecha de mala fe de algunos americanos; por ejemplo, en la primavera de 1921 una dama repartió dinero a unos niños harapientos en la estación Venegas para que su esposo los filmara, pero los pasajeros de primera clase del ferrocarril y los vecinos del lugar convencieron al jefe militar de que destruyera esa película.

Algunos cónsules mexicanos intentaron impedir la exhibición de películas que se consideraba lastimaban a México, como una filmada cerca de la capital en que varios mexicanos intentaban violar a Gloria Swanson. El ayuntamiento capitalino logró impedir la exhibición de películas que caracterizaban a los mexicanos como *greasers*, degenerados, monstruosos, viles en una palabra.

Manuel Téllez, encargado de negocios en Washington, logró que la Paramount y la Metro se comprometieran a no filmar a los mexicanos de manera denigrante. En tanto, Brasil, Chile y Argentina prohibieron la exhibición de películas ofensivas a México. Algunos cineastas, sin embargo, burlaron el compromiso de la Paramount y la Metro solamente cambiando un poco los nombres geográficos o de las personas, o con la advertencia de que no deseaban ofender a nuestro país.

De cualquier modo, de 1921 a 1928 se filmaron 74 películas en que intervenían mexicanos malvados; el gobierno mexicano prohibió 21 en 1922, 11 en 1923 y tres en 1924. La conquista pacífica continuó por otros caminos; en los primeros días de junio de 1923 en un cierto concurso de aspirantes a estrellas cinematográficas venció una guerrerense morena y robusta, quien

declaró que deseaba vivir en Estados Unidos, porque la seducían "en extremo" sus costumbres y comodidades.[110]

Gran Bretaña cooperó con Estados Unidos en su campaña de no reconocimiento de Obregón, pese a que algunos funcionarios de la Foreign Office y varios negociantes juzgaron excesiva su subordinación. El representante británico en México, Cummings, reiteró el argumento racista en apoyo de esta actitud: los mexicanos, mezcla de españoles e indios, se guiaban por su conveniencia, por tanto, sólo se les podía inducir a cambiar su conducta mediante las amenazas. Como los aventureros, obreros y demás "clases bajas" eran los promotores de las revoluciones mexicanas, Obregón se vio obligado a darles tierras para contenerlas. Además debía defender la Constitución porque el pueblo estaba convencido de que lo había liberado de la voracidad extranjera. Por esa razón no podía cumplir su promesa de proteger las propiedades de los extranjeros. México pidió el retiro de Cummings el 22 de agosto de 1921, y poco después algunos comerciantes ingleses presionaron para que Obregón fuera reconocido, pero su gobierno persistió en no reconocerlo.[111] El secretario de Estado norteamericano desarrolló en marzo de 1922 la misma tesis que Taskers Bliss manifestó en 1919 de que México figuraba entre las "naciones negligentes" con sus razas semicivilizadas.[112]

Pese a estas dificultades, el gobierno mexicano en respuesta a una solicitud extraoficial del encargado de negocios de Estados Unidos ofreció su hospitalidad a las personas y capitales extranjeros que quisieran cooperar honrada y razonablemente en la explotación de las riquezas nacionales. Esta oferta implicaba la equitativa reparación de los daños causados por la Revolución, pero no el otorgamiento de "inicuos privilegios". En realidad, Obregón había declarado desde fines de junio de 1921 que el artículo 27 constitucional no se aplicaría retroactivamente en materia de petróleo. Alberto Pañi advirtió que las dotaciones y res-

tituciones de los ejidos más que manifestación de agudo bolchevismo eran una obediencia tardía a una orden del rey Felipe V en los albores del siglo XVIII. Pañi explicó a George T. Summerlin, el 31 de marzo de 1923, que la política agraria liberal favoreció a "los *pocos de arriba*, a costa de los *muchos de abajo*",★ y fomentó la oligarquía porfiriana. Según Pañi aunque en las conferencias de Bucareli no se discutió modificar la legislación mexicana para servir los deseos o intereses norteamericanos, ambos países reconocieron la irretroactividad del artículo 27 constitucional en relación con el petróleo. En cuanto a la cuestión agraria, el gobierno norteamericano invocó la Constitución de 1857 bajo cuyo imperio adquirieron sus nacionales las propiedades expropiadas y exigió, por tanto, una indemnización en efectivo y por el valor en el momento de hacerse la expropiación, mientras que México proponía pagar con bonos de la deuda agraria y por el valor fiscal de dichas propiedades.[113]

De estas conferencias surgieron dos convenciones de reclamaciones, la general de 1868-1923 excluida la década 1910-1920, y la especial, en la que México concedía *ex-gratia* el pago de los daños causados por la Revolución. El abogado porfirista Fernández MacGregor, convertido en "técnico" al servicio de la Revolución mexicana, rechazó que para obtener su reconocimiento, Obregón hubiera firmado tratados secretos y vergonzosos.[114] Pero el también intemacionalista Antonio Gómez Robledo, años después, escribió que las declaraciones de los comisionados mexicanos y norteamericanos pasaron a veces textualmente a la ley del petróleo y a su reglamento: "¿Todavía se dirá que en Bucareli no hubo otra cosa que pláticas?"

La peculiaridad de las convenciones de reclamaciones de 1923 es que establecieron una excepción al derecho de gentes, humillante para el Estado mexicano, burlaron la distribución de la tierra y la reinvindicación del subsuelo:

> El norteamericano en México viene gozando tradicionalmente de un estatuto privilegiado, contemplándolo llega a sentirlo natural, sus demandas aumentan; con el tiempo él llega a ser el *civis romanum* del continente y nosotros los *populi foederati*, los *reges socii*, como antaño los reyezuelos de Tracia o los tetrarcas de Galilea.[115]

Corroboró los argumentos de Gómez Robledo el texto oficial norteamericano que reconoce la aceptación por parte de los delegados norteamericanos, de la doctrina mexicana de los actos positivos, es decir, las pruebas del intento real de explotar el subsuelo. Por su parte,

> the Mexicans reaffirmed a loose definition of the positive acts necesary to validate a mineral concession, and agreed to issue agrarian bonds in payment for small agricultural properties expropriated in ammounts of up to 1 775 hectares and to pay cash all other land expropriations.[116]

La doctrina Coolidge considera como parte integrante de Estados Unidos los bienes poseídos por los norteamericanos en otro país, como si efectivamente estuvieran ubicados en él; los convenios de Bucareli fueron el corolario de esta doctrina impuesta por "el arma del no reconocimiento de los gobiernos".

De este modo, México bajó al nivel de sus pequeñas hermanas repúblicas del Caribe del siglo XX, los reyezuelos de Tracia o los tetrarcas de Galilea de la Antigüedad. Peor aún, después de cornudos, apaleados, pues según Samuel Bemis, México debía agradecer a la Doctrina Monroe que gracias a ella las potencias europeas no se hubieran repartido América como lo hicieron con África.[117]

Congruente con esa creciente dependencia, es la actitud del representante de Estados Unidos en México James R. Shefield, quien al llegar a nuestro país confirmó su creencia en la superioridad anglosajona. En privado ridiculizaba al pueblo mexicano, le horrorizaban el bandidaje y el desorden; su sensible naturaleza se aterraba al ver pasar pollos y guajolotes frente a su embajada, retrocedía ante los soldados harapientos. Consecuentemente tra-

bó amistad con la aristocracia porfirista convencido como estaba de que Díaz había sido un dictador, pero ése era el trato que México necesitaba (medio siglo antes Justo Sierra había expresado una tesis semejante en *La Libertad)* por su total ineptitud para bastarse a sí mismo. Por supuesto, se irritó cuando se prohibió a su chofer trabajar el primero de mayo; Calles podía abdicar ante los trabajadores, "no un embajador de los Estados Unidos".[118] Sin embargo, como D. Morrow ayudó a Calles a derrotar a los cristeros y al general Escobar, las tensiones disminuyeron, al grado de que en 1931 un estudioso norteamericano escribió que parecía haber perdido fuerza la xenofobia en México.[119]

Con el descubrimiento en 1924 del campo de Poza Rica, en vísperas de la expropiación petrolera la Royal Dutch representaba las tres cuartas partes de esa industria, mientras que los americanos escasamente una quinta parte.[120] Seguramente esto contribuyó, junto con el *New Deal* de Roosevelt y la proximidad de la segunda guerra mundial, a que Cárdenas pudiera expropiar el petróleo sin oposición militar de los afectados. Tal vez también contribuyó la seguridad de los petroleros de que al retirar a sus técnicos y bloquear la adquisición de los repuestos de la maquinaria, los mexicanos fracasarían.[121] De cualquier modo, algunos legisladores norteamericanos reaccionaron con la insolencia del *Big Stick*: era preciso limpiar el "basurero mexicano".[122] Afortunadamente la mayor parte del país apoyó a su gobierno; por ejemplo, tanto los estudiantes de la UNAM (tan recelosos de la educación socialista) como el arzobispo de Guadalajara lo respaldaron. El acérrimo anticardenista Jesús Guisa y Azevedo se felicitó de que en esa coyuntura los mexicanos nos hubiéramos encontrado, encuentro del que habíamos salido "resplandecientes, purificados".[123] No obstante, la situación de los abogados mexicanos de las compañías petroleras fue difícil; por ejemplo, Genaro Fernández MacGregor y Alejandro Quijano defendieron a sus clientes extranjeros pero lo hicieron, dice uno de ellos, sin "olvi-

dar un momento nuestra calidad de mexicanos". Reconoce que era preciso nacionalizar el petróleo pero el procedimiento seguido por Cárdenas era "ilegal y peligrosísimo", pues no se indemnizarían las concesiones sino sólo las inversiones en equipo y útiles, tesis, en su opinión, contraria al derecho internacional, pero poco después aceptada por el presidente Manuel Ávila Camacho. Sin embargo, cuando las compañías petroleras consideraron que durante la presidencia de Cárdenas hubo denegación de justicia y le pidieron que tomara en forma exclusiva la reclamación internacional, Fernández MacGregor rehusó tal invitación "porque como mexicano no podía preparar una reclamación contra mi propia patria".[124]

Otros mexicanos dominados por un enfermizo anticomunismo calificaron a Estados Unidos y a la URSS de "hermanos", aunque uno fuera capitalista y el otro socialista; en esta actitud coincidían con el senador texano Martin Dies, quien sugirió una eventual ocupación de México incapacitado de reprimir el complot "nazicomunista".[125] Dies manifestó este deseo en abril de 1940. Pemex, por su parte, en su informe de un mes antes se jactaba de que en el extranjero ya se hablaba poco de la supuesta? incapacidad mexicana para manejar esa industria.[126] Muy atrás quedaba el saqueo de la Huasteca Petroleum Company* que recurrió a todos los medios para apoderarse de los veneros del diablo con la arrogancia que uno de los suyos expresaba a gritos cuando se emborrachaba: "En México se hace lo que yo quiero".[127]

Por otro lado, la Unión Nacional Sinarquista enarboló una bandera hispanista y antinorteamericana por oposición a las películas de Estados Unidos, al anhelo de lujo, al desprecio por los braceros y por el recuerdo de 1847. Decían preferir al mexicano desnudo y descalzo al dolarizado pero imbécil, y pese a haberse opuesto a la intervención mexicana en la segunda guerra mun-

dial, o tal vez por eso mismo, conquistó algunos simpatizantes entre los mexicanos del otro lado.[128]

MESTIZACIÓN SUICIDA Y ABOMINABLE

Por su riqueza, número, vecindad y ligas históricas, cinco son los grupos extranjeros con los cuales México ha tenido mayores puntos de contacto y fricción: españoles, franceses, norteamericanos, guatemaltecos y chinos. Estos han sido, probablemente, los más atacados, incluso desde un punto de vista racial, no sólo histórico (como los españoles y los norteamericanos). Como se ha visto, desde el porfiriato en Sonora, aun antes de 1900, se acusó a los chinos de haber desplazado a lavanderas, zapateros, comerciantes de abarrotes, costureras, cocineras, tamaleras, tortilleras; ya sólo faltaba que lo hicieran también con las nodrizas. En 1906 el Partido Liberal de los Flores Magón pidió que se prohibiera su inmigración, para proteger a los trabajadores mexicanos. Otros insistieron en que eran ingratos, indolentes, crueles, egoístas, haraganes, opiómanos, jugadores, desaseados, trasmisores de enfermedades, etc. A ese largo catálogo se unía la repulsa por razones de belleza: eran feos y débiles, una raza degradada, de aspecto repugnante, todo ello sazonado con las más absurdas consejas populares. Los menos, generalmente los positivistas, vieron como virtudes lo que sus enemigos juzgaban vicios: los chinos eran industriosos, económicos, sobrios y respetuosos, en suma, eficaces "motores de sangre". Gracias a esas virtudes habían colaborado decisivamente al engrandecimiento de California y de Yucatán; pero sus propios apologistas advertían el peligro de que abandonaran las tierras tropicales y residieran en los puertos del Pacífico.

Precisamente cuando esto ocurrió en el Pacífico norte, principalmente en Sonora, se acentuaron las críticas a su competencia económica y al peligro del mestizaje. En Mazatlán y en la propia

capital del país hubo algunos actos de violencia antichina; incluso se llegó a pedir que se suspendiera la garantía constitucional del libre tránsito, para impedir que los chinos se movieran en el país.

Las autoridades recurrieron a otro tipo de disposiciones para impedir la "invasión" asiática en Mexicali; por ejemplo, ordenaron que en los lotes de las principales avenidas sólo pudieran construir los ciudadanos mexicanos; se construyó, además, un mercado municipal para hacer desaparecer las ventas ambulantes de artículos de primera necesidad, en su mayoría atendidas por asiáticos. En suma, la hostilidad contra los orientales se reforzó y justificó con el argumento de que su ilimitada multiplicación constituía un "peligro mundial."[129]

Al finalizar el gobierno de Obregón aumentaron mucho las ligas y comités antichinos, para atacar tanto a los chinos como a los "chineros", o sea a quienes ayudaban a los chinos; a los primeros debería combatírseles mediante el boicot, negándoles toda clase de ayuda y el voto en la política, expulsándolos de los centros sociales a los que pertenecieran; en una palabra, anulándolos completamente.[130] A los chinos, y posteriormente a otras razas, debería combatírseles por ser "inferiores", sin distinguir entre los que conservaban su nacionalidad, los naturalizados mexicanos y los mestizos, mientras los dos últimos no defendieran la nacionalidad mexicana "contra toda raza exótica considerada inconveniente para el progreso nacional". Se les aislaría en barrios especiales en los suburbios de las ciudades; en las escuelas se daría una conferencia semanal sobre temas nacionalistas, "de preferencia antichinistas", y se procuraría evitar los contratos de arrendamiento entre chinos y mexicanos.[131]

El Correo de la Tarde, importante periódico mazatleco, publicó el 31 de octubre de 1924 una carta del ingeniero Juan L. Pañiza, "distinguido masón de la Gran Logia del Pacífico", en la que negó que la logia Chee Kung Tong fuera masónica. En esa misma

fecha en Magdalena, Sonora, Juan A. Wong explicó que los chinos se nacionalizaron mexicanos "para seguir siendo chinos, pertencer a los Tongs y vanagloriarse de ser amparados por la Justicia de la Federación cuando por su traición a la nueva patria se ven envueltos en líos en los tribunales".[132]

Sin embargo, el presidente Obregón ordenó entonces la liberación de los chinos que tuvieran carta de nacionalidad mexicana, salvo los directores de las mafias.[133] La Secretaría de Gobernación recibió un informe fechado el 16 de diciembre de 1924 en la capital de que en 1922-1924 la lucha entre las mafias chinas rivales habían dejado un saldo de 25 muertos, nueve heridos y cinco amedrentados. La orden de Obregón de expulsión de los chinos sólo se aplicó a la logia Chee Kung Tong (que no era masónica según sus enemigos). De cualquier modo, sólo se aprehendió a los chinos "que sufrían una soberana probreza", y aun a éstos en 48 horas se les liberaba. Debían suprimirse inmediatamente los casinos, "focos de vicio y de prostitución y donde se incuban en gran parte los odios y venganzas entre la colonia china".[134]

Algunos hasta pidieron que se les prohibiera salir de sus barrios especiales para comerciar, o siquiera de pasep. Calles solía contestar estas peticiones simplemente de "enterado".[135] El subcomité femenino antichino de Nogales repitió todas las quejas y peticiones de rigor, de acuerdo con su deseo de "conservar la pureza de nuestra raza".[136] Entre las muchas comunicaciones enviadas, destaca la del Comité Antichino de Mazatlán, del 12 de marzo de 1925, que deseaba hacer efectiva la felicidad de los mexicanos, al son de "juntos, pero no revueltos".[137] Por su parte la Liga Nacional Obrera Antichina, con sede en Villa de Cecilia, Tamaulipas, pidió a Calles que defendiera a México de la invasión asiática para preservar su "origen latino".[138] El Comité Antichino de Mazatlán, al amparo de sus 20 000 socios, pidió la expulsión inmediata de los chinos residentes en el país, cuando la

mayoría hasta entonces se conformaba con pedir que no vinieran nuevos inmigrantes.[139]

Muy diferente fue la actitud oficial, pese a estar al frente del país Calles, antiguo acérrimo antichino. Su secretario de Relaciones Exteriores, Aarón Sáenz, escribió el 23 de septiembre de 1925 a los gobernadores de Yucatán, Chiapas, Tamaulipas, Coahuila, Sinaloa, Sonora, Nayarit y el Distrito Norte de Baja California, que desde hacía tres años se recibían quejas de la legación china por exacciones, asesinatos, robos y atropellos, impunes y algunas veces obra de las propias autoridades. Aunque el gobierno federal había prohibido desde 1921 la inmigración china, no por eso deseaba que se les privara del goce de sus derechos.[140] El presidente de la República aclaró, para cohonestar esa prohibición y el tratado chino-mexicano, que no estaban comprendidos en ella los comerciantes con un capital mayor de mil pesos y los intelectuales (siempre que entraran en grupos no mayores de 10 personas), los funcionarios oficiales y los viejos residentes.[141]

La burguesía comercial china (con base en las ocupaciones) en su mayor parte residía en Cananea (410), Hermosillo (404), Guaymas (363) y Nogales (263). Los vendedores son el grupo mayoritario (1 570), seguidos por los granjeros (465), empleados (230), cocineros (98), industriales (93); sin embargo, esta estadística también incluye jornaleros (247) lo que hace dudoso su criterio. En total, el capital mexicano (2 697 803 pesos) era superior al chino (1 784 436), si bien en Cananea los orientales (172 323) superaban a los mexicanos (42 202).[142] Además, en las colonias asiáticas en la costa occidental de la República en 1919 había 2.55 vagabundos de un total de 4 258.[143] En cambio, seis años después en el otro extremo del país los chinos figuraban al lado de yucatecos, coreanos, españoles, libaneses y sirios, entre los comerciantes que vendían a los indios rebeldes de Quintana Roo los más finos licores, cigarros, vestidos, joyas, armas, fonógrafos,

etc.; en este comercio compartían sus ganancias con los caciques; May en particular ganó 25 000 pesos en la venta directa del chicle.[144]

Según el informe del cónsul mexicano en Hong Kong del 10 de noviembre de 1926 las exportaciones chinas a México ascendieron a 14 279 pesos, destinadas a los lugares donde la población china era más densa: Mexicali, Guaymas, Nogales, Mazatlán, etc.; se trataba de pescado seco, nidos de golondrinas, papel arroz, tinta, cohetes, telas de seda, té, nueces, hongos secos, dátiles, etcétera.[145]

Espinosa volvió a la carga en un nuevo libro en 1932: al peón mexicano le bastaban una taza de café de cuarta clase y unos pocos frijoles diarios, y un pedazo de carne los domingos, en cambio a la gente de coleta sólo diez gramos de arroz diarios; excederse de esa dieta le provocaba indigestión. Consecuentemente, los mexicanos no resistieron esa competencia y tuvieron que emigrar a Estados Unidos (por supuesto, olvida que la emigración mexicana es anterior a la venida de los chinos y que en gran parte procede del centro-occidente, donde no hubo tal competencia). Por lo pronto las autoridades sonorenses ordenaron que no se ocupara a mujeres en los negocios chinos. Cuando el subsecretario de Relaciones Exteriores ordenó el 16 de junio de 1931 al gobernador sonorense Elías que informara por qué se impedía la libertad de comercio a los chinos, el gobernador contestó inmediatamente que la razón fue que no cumplieron con la ley del trabajo. Las autoridades locales también tuvieron éxito en retirar de toda actividad comercial "a numerosos asiáticos atacados de roña, lepra, sífilis, tracoma y un sinnúmero de padecimientos". Por la misma razón sanitaria el 18 de julio se clausuraron sus molinos de nixtamal.[146]

También se debatió el número de chinos; según datos del ministro Dung Young sólo eran 3 000 en Sonora y 2 000 en Sinaloa; *El Nacional* rectificó que únicamente en los distritos de Gua-

ymas, Hermosillo, Magdalena, Arizpe y Moctezuma vivían 5 372. Según otras fuentes ascendían all 000 en Sonora, quienes controlaban 2 000 comercios y hasta entonces habían podido burlar la ley para no ocupar a mexicanos gracias a la familia extensa.[147]

Para burlar la clausura de sus negocios algunos se dedicaron al comercio ambulante; y a los infractores de la ley del 13 de diciembre de 1923 que prohibió el amasiato de chinos y mexicanas, el gobernador Rodolfo Elias Calles ordenó aplicar las sanciones penales correspondientes a los chinos y si la resistencia provenía de las mexicanas debía hacerse del conocimiento del gobierno para que éste resolviera lo conducente. Espinosa confiaba en el éxito de la lucha contra los chinos basado en el recuerdo de que los sonorenses años atrás habían cortado la rubia cabeza al conde Raousset de Boulbon; a los *rangers* del "*cowboy* Grabb, quien creyéndose superior en valor y en espíritu aventurero a Buffalo Bill invadió el territorio de Sonora y estacó la zalea", en fin, de que el 27 de agosto de 1918 la juventud sonorense en desigual lucha balaceó "a los batallones de chapopote del Tío Sam en Nogales". En nombre de "caros intereses étnicos y económicos" los sonorenses ejercían sus derechos como nativos para librarse de los explotadores chinos y de las "plagas rampantes de aboneros". A 215 ascendían las organizaciones antichinistas establecidas sobre todo en el norte, en el Pacífico norte, en Veracruz y también en Guanajuato y en San Luis Potosí.

Espinosa centró sus ataques en la "mestización" chino-mexicana destructora de la potencialidad genética de la raza mexicana, lo que probaban los pobres injertos chino-mexicanos, productos notablemente mermados, que no eran ni "chino completo pero ni mexicano aproximado". En las escuelas públicas (no explica si también en las privadas) sus compañeros los veían como a perro de rancho que por primera vez se aventura en inmensa urbe con automóviles y luz eléctrica; sus dolientes y gastados

cuerpos causaban "repugnancia por un insoportable y nauseabundo hedor que despiden". Aunque muy pocos lo creyeran se alimentaban de ratas y peces podridos, que para su paladar eran "apetitosos y nutritivos" alimentos; esta verdad la comprobaban los viajeros que en China habían sufrido el fétido ambiente de los mercados públicos que huelen a matadero. Por lo pronto gracias a la expulsión de los chinos, cerca de 6 000 familias se sostenían con los nuevos negocios y con el aumento de las contribuciones que en sólo 11 meses fue de casi 25 000 pesos mensuales. Además, había cesado la alarmante fuga de dinero que únicamente en Sonora ascendía a millón y medio de pesos anuales. Pero la más preciosa conquista que se había obtenido con la salida de los chinos era haber dado fin a una "mestización suicida, criminal, abominable".[148]

Es oportuno recordar que numerosos chinos avecindados en Mexicali carecían de pasaportes porque en 1916-1920 se permitió que entraran sin ellos.[149] De manera inversa, tres películas americanas (de 1922, 1927 y 1933) se refieren a su entrada ilegal a Estados Unidos procedentes de México.[150]

Cuando el Comité Antichino de Nogales insistió en 1925 en la derogación del tratado chino-mexicano, lo apoyaron las legislaturas de Zacatecas y Chiapas.[151] Al año siguiente volvieron a la carga varios comités: Durango, San Luis Potosí y Torreón, y las legislaturas de Michoacán, Nuevo León, Oaxaca, Chihuahua, Tlaxcala, Guanajuato, San Luis Potosí y Querétaro; este último pedía que se castigara al concubinato de chinos con mexicanas.[152] Aunque en 1927 insistieron los comités de Durango y Tamaulipas y las legislaturas de Sonora, Sinaloa, Jalisco, Durango, Zacatecas, Tamaulipas, Aguascalientes y Puebla, y en 1928 los comités de Durango y Torreón, apoyados por el gobernador de Guanajuato, ya no merecían mucha atención de las autoridades federales. A éstas preocupaba más evitar en 1929 que los chinos procedentes de Hong Kong usaran pasaportes falsos, por lo que la

Secretaría de Gobernación ordenó que se les recogieran a su entrada al país.[153]

La legación japonesa logró en 1929, en virtud del tratado nipón-mexicano, que no se incluyera a sus nacionales en la prohibición de la inmigración de extranjeros trabajadores. El 30 de noviembre de ese año de 1929 fenecieron tanto la última prórroga del tratado chino-mexicano como el *modus vivendi* de esos inmigrantes.[154] A mediados de 1930 se rumoró una nueva introducción fraudulenta de chinos, desde barcos pesqueros. Manuel Montoya, senador suplente por el estado de Sinaloa, insistió entonces en que la inmigración china se desbordaba en Sonora, Sinaloa, Coahuila y Nayarit. Pese a lo mucho que se había hablado de impedirla, nada se había hecho, acaso porque los habitantes de la Mesa Central no juzgaban ese problema con el mismo criterio que los del Pacífico, quienes lamentaban que "la indeseable raza asiática" se hubiera apoderado de esa región.[155]

El diputado sonorense José Angel Espinosa, presidente del comité directivo del antichinismo nacional, publicó en 1931 un libro en el que recapituló los agravios contra los chinos, quienes nada útil habían traído a México. Su "vil competencia" (trabajaban por la mitad del salario, en las haciendas y en las vías férreas) originó el éxodo de los trabajadores mexicanos a Estados Unidos. Para remediar ese mal en algunos estados, principalmente en Sonora, se había prohibido el matrimonio de mexicanas y chinos, y aunque esa disposición se tachó de anticonstitucional producía "buenos resultados". Sin contar el dinero en efectivo, cuyo monto era imposible determinar porque todo lo enviaban a China, Espinosa calculó en poco más de 30 millones el capital chino y sobre la base de siete chinos por negocio, estimó que sólo en Sonora vivían 11 872,[156] y en un cuarto de millón el número de chinos adultos que habían venido a México: más de 3 200 mujeres, y en 5 600 las mexicanas casadas o amancebadas con ellos.[157]

La liga de Tapachula continuó su labor en 1930; en 1931 lo hicieron las de Torreón* y Sonora, así como el ayuntamiento de Santa Anna, Sonora, en 1932. El Senado aceptó que la riqueza nacional estaba en su mayor parte en manos de extranjeros: casi en su totalidad "la raza amarilla" la controlaba en determinados estados; pero ese argumento, impresionante desde un punto de vista estrecho y egoístamente nacional, era inaceptable a la luz de las nuevas orientaciones del país, además de antieconómico para el fisco y perjudicial para la economía "por no haber mexicanos que tengan la aptitud, la preparación o la resignación de desempeñar trabajos de lavandería o cocina, por ejemplo, o con el capital suficiente para afrontar otros negocios" Además de que la Secretaría de Gobernación tenía en sus manos los medios para restringir toda inmigración extranjera inconveniente

> La personalidad revolucionaria de México en este continente y en el viejo, quedaría maculada con el hecho de acoger un prejuicio de color y de raza amarilla, que aun llena de prejuicios, es factor de producción y de trabajo. México debe tener sus puertas abiertas para la humanidad y sostener este principio revolucionario y sin más condición que la de sujetarse *el que venga al país a las leyes que nos rigen*.

El gobernador de Sonora, Rodolfo Elias Calles, informó en 1934 que al liquidar la campaña antichina tuvo que afrontar el problema creado por la negativa del comercio chino a cumplir con las disposiciones legales. Su salida del estado ocasionó una pérdida de 800 000 pesos anuales; pero con la exención de impuestos se desarrolló el comercio mexicano y al cabo de un año se nivelaron los ingresos del estado.[158] Todavía en 1936 el sindicato de mineros de Fresnillo, Zacatecas, se quejó de los perjuicios que causaba la afluencia de chinos a esa región.[159]

Estos sonorenses, que se consideraban herederos de las glorias de los vencedores de Raousset de Boulbon y de Crabb no previeron que las esposas e hijos de los chinos pagarían un altísimo precio por la expulsión de sus esposos y de sus padres. En efecto, Manuel Tello, cónsul mexicano en Yokoama, el 6 de abril de

1931 informó a su gobierno que en varias ocasiones le habían transcrito las comunicaciones que le dirigían las mexicanas casadas con chinos. A su vez Mauricio Fresco, vicecónsul honorario mexicano establecido en Shanghai por cuenta de una casa francesa, informó a Tello desde Nanking de una tampiqueña casada con un chino que vivía en un cuarto de dos metros cuadrados, y que por ignorancia del idioma chino jamás salía a la calle. Otra le comunicó que como su marido chino la golpeaba y le quería quitar a sus hijos, deseba regresar a México. Otras le pedían pasaporte mexicano para regresar ellas y sus hijos; una se quejó de que servía de criada a las otras esposas de su marido (naturalizado mexicano), a ésta le aconsejó que consiguiera permiso del marido para su regreso. Preguntó si podía autorizar el regreso de estas mujeres, aun sin el permiso de la Secretaría de Gobernación. Manuel Tello propuso, en vista de que la mayoría de los chinos procedían de Cantón, que el consulado mexicano se estableciera en esa ciudad.

Los problemas de algunas de estas mujeres eran, pues, la falta de dinero y de permiso de repatriación de sus esposos chinos, su analfabetismo y la carencia de documentos porque sus maridos no se los daban o porque los habían perdido. Después de la expulsión de los chinos de Sonora y de Sinaloa su situación empeoró, incluso llegó a ser desesperada puesto que algunos chinos las abandonaban porque estaban casados con chinas desde muy niños, y en el menos malo de los casos pasaban a un segundo plano. Pero lo peor era que en China no eran ni chinas ni mexicanas. Mientras, arreciaban los ataques de la prensa china (especialmente la del sur), después de la expulsión de los chinos de México; en 1932 llegaron más de 400 mexicanas, algunas con niños de entre tres y 10 años, casi todos nacidos en México. Según Tello se podía arreglar con una compañía naviera nipona un descuento de la mitad, así como realizar funciones teatrales para agenciarse fondos. En vista de esta situación, las autoridades me-

xicanas exigieron a los chinos una fianza para la posible repatriación de las esposas e hijos, aunque el problema más grave lo constituían las que habían salido antes sin esa protección. En fin, el pasaje para un adulto costaba 65 dólares, de Hong-Kong a Manzanillo, concluye Tello en su informe del 16 de enero de 1933.

Según el informe de Mauricio Fresco, fechado en Shanghai el 2 de mayo de 1933, el 27 del mes anterior habían llegado 178 chinos acompañados de 35 mexicanas y de varios niños; consideró muy conveniente informarlas de que encontrarían un ambiente adverso. Diez días después, Fresco comunicó a su gobierno que había refutado los ataques periodísticos contra México sobre robos a los chinos; de cualquier modo, del 5 al 12 de mayo regresaron cerca de 650 chinos con no menos de 100 mujeres y niños mexicanos, y el último día 200 chinos y varias mujeres y niños mexicanos. Fresco informó el 22 de mayo que China enviaría un diplomático a investigar el movimiento antichino en México y que el 24 de ese mes habría una multitudinaria reunión para informar sobre el movimiento antichino en México. El informe del 20 de junio se refirió al rumor del envenenamiento de varias mexicanas, cosa de difícil comprobación ya que esas mujeres eran en su mayoría completamente ignorantes, y vivían en el interior de China donde se odiaba al extranjero, sobre todo al mexicano. Fresco mandó imprimir circulares para explicar a estas mujeres mexicanas el problema, pero su reparto era difícil porque engañados por la propaganda contra México los cónsules extranjeros no cooperaban. Entonces Fresco recomendó lo obvio: que las mexicanas no fueran a China, pero un día antes de este consejo llegaron 250 chinos con una "enorme" cantidad de mexicanas y de niños. Aunque Fresco se ganó fama de odiar a los chinos por su defensa de estas mexicanas, algunos cónsules extranjeros defendieron la ley del trabajo de México que protegía al trabajo de los mexicanos, ya que disposiciones semejantes

existían en todas partes. Fresco, con cierto temor, comentó que este asunto era más grave de lo que podía creerse, para él incluso lo era en lo personal, pues había recibido advertencias de que tuviera "mucho cuidado con mi persona".[160]

Francisco S. Elias, a mediados de 1931, refutó al ministro chino: los patrones chinos sólo empleaban trabajadores chinos. Sin embargo, la CSUM, la CROM, otras organizaciones de trabajadores y varios comerciantes formaron un Centro Defensor de los Extranjeros. El Partido Comunista criticó el hecho de que en Tijuana se pidiera la expulsión de los chinos con el argumento de que quitaban el trabajo a los mexicanos; esto era una petición infantil de Calles y de otros ex revolucionarios burgueses, cuya actitud "antiproletaria y absurda" trataba de desviar la atención de la explotación de los trabajadores. Los jornaleros chinos eran hermanos de clase, explotados por Calles y los suyos en complicidad con los capitalistas extranjeros, entre los cuales había muchos chinos, escribe *El Machete* en la primera quincena de febrero de 1931. En realidad, en este momento álgido de la crisis mundial no sólo se atacaba a los chinos, sino también a los judíos y a los siriolibaneses; algunos "patriotas" alquilados sacaban a los parroquianos de las tiendas de estos extranjeros y los llevaban a las de los mexicanos. Entre quienes también apoyaban esa campaña destacaba Lamberto Hernández, el "fachista" jefe del Departamento del Distrito Federal, dueño de una gran droguería y dirigente de la Confederación de Cámaras de Comercio. En suma, los "fachistas" pretendían romper el frente de clase del proletariado: la cuestión no era de nacionales y extranjeros, sino de explotadores y explotados "sin distinción de nacionalidades o de raza".[161]

Por lo pronto varios chinos nacionalizados mexicanos protestaron porque en Sonora, Sinaloa y Chihuahua, continuaban las brutales aprehensiones, pese a que algunos de ellos tenían varios años de residencia en México, estaban nacionalizados mexicanos

y tenían hijos mexicanos por nacimiento, se les atacaba por espíritu de competencia. Algunos de ellos reconocían que por ignorancia no se habían naturalizado mexicanos, pero que las autoridades no tenían queja alguna en su contra y ofrecían además no perjudicar con "su trabajo a los nacionales". En varios lugares de la República, como en Cananea, hubo violencia policiaca. Teodoro Cruz, Maestro de la Gran Logia del Noroeste con sede en Mazatlán, se quejó ante el presidente, de que esa campaña la promovían comerciantes adinerados; esto lo hizo a petición de varios comerciantes chinos masones, nacionalizados mexicanos. Una mujer sonorense casada con chino se quejó de que se le impuso una multa de 540 pesos por no emplear en su negocio 90% de mexicanos; después pidió que se le devolviera ese dinero y se le permitiera reabrir su comercio, pues era el único medio que tenía de ganarse la vida. En cambio, el Sindicato de Empleados de Comercio protestó en 1933 porque los chinos no cumplían con la ley del trabajo; al año siguiente el Comité Antichino de Torreón solicitó reanudar la campaña nacionalista para que los chinos dejaran el campo libre a los mexicanos, y José Fernández Bucardo pidió al presidente el 3 de octubre de 1934 que no se permitiera a los chinos fabricar pan porque carecían de la licencia respectiva y porque no ocupaban a mexicanos en esa actividad. En fin, el secretario general del Departamento del Distrito Federal comunicó al presidente del Comité Central Pro Raza, el 6 de octubre de 1934, en respuesta a su petición del 20 de septiembre para que el Mercado Abelardo Rodríguez sólo diera cabida a mexicanos, que su petición coincidía con la tendencia de ese Departamento de que los mercados públicos beneficiarían a las personas de escasos recursos económicos de nuestro país; por esta razón en ese mercado sólo se daría cabida a mexicanos.[162]

La campaña antichina se facilitó en 1930 porque el gerente de la River Land Company prescindió de los intermediarios chinos que en complicidad con los *tongs* de Mexicali y de San Francisco

comerciaban con los *coolies* y por el temor a su expulsión de Sonora.[163]

El entonces secretario de Comunicaciones, general Juan Andreu Almazán (quien por cierto se jactaba de haber salvado muchas vidas inocentes de españoles, chinos, japoneses y americanos en la Revolución mexicana), en sus *Memorias* recuerda la penosa impresión que le causó ver que Mexicali era un país extraño: las distancias se medían en millas y los letreros estaban escritos en inglés. Pero aun la Colorado River Land Company, escribe Almazán en 1931, organizaba filibusteros para anexarse a Estados Unidos en complicidad con empleados mexicanos del territorio y de la Federación. Tan malo como esto era el hecho de que había inundado esa región con chinos porque consideraba a los mexicanos holgazanes y bolcheviques. Los chinos debían salir del país porque con sus métodos de cultivo echaban a perder las tierrras y porque México tenía el derecho indiscutible de buscar para su raza una "inyección de sangre mejor y de evitar su degeneración". Tanto más cuanto que por miles se contaban los mexicanos que eran despedidos de las fábricas y de los campos de Estados Unidos por la crisis; debía repatriarse a esos mexicanos que habían triunfado en un medio hostil. Por lo pronto debía obligarse al Ferrocarril Sud Pacífico a conectar con un empalme su línea a Sonora y a fortalecer la colonia de San Luis, avanzada de 600 familias mexicanas contra la perniciosa dominación asiática. Almazán aprovechó esa coyuntura para pedir que incluso se reformara la Constitución, con el objeto de que a países tan importantes como Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega, Polonia, Checoslovaquia, etc., carentes de colonias, debían otorgárseles concesiones completas para que sus nacionales vinieran a México. De inmediato debían establecerse 20 corporaciones militares en Bahía Magdalena dando grandes facilidades para que los soldados, sus parientes y sus amigos cultivaran las tierras y establecieran pequeñas industrias. Debía conectarse Yucatán con el

Ferrocarril del Sureste, ampliándolo con ramales a Chiapas y a Quintana Roo; en especial con Chiapas porque México debía estar profundamente obligado por su espontánea anexión (de la cual había sacado más perjuicios que ventajas), sobre todo si aspiraba a que algún día América Central y las Antillas consideraran benéfica su unión con México; nuestro país debía presentar Chiapas "como un centro de bienestar y de justicia".[164]

El joven diplomático y literato Alfonso Reyes tachó a quienes deseaban atraer orientales a México de "snobismo literario" o de vagas generalidades antropológicas (pómulos salientes y ojos oblicuos), quienes se apoyaban en la eterna historia del chino y del indio que en un día se entendieron hablando cada uno su propia lengua. Esas personas olvidaban que los orientales sólo contaban en el mundo actual en la medida en que habían logrado "desorientalizarse", sustituyendo las pasividades budistas y la no resistencia al mal "por el victorioso optimismo activo y creador del Mediterráneo y de Occidente". Al entonces parisiense Reyes le parecía increíble que por una mera manía basada en libros norteamericanos algunos pensaran en la conveniencia de la cruza del semisueño en que vivían ciertos autóctonos mexicanos con otra modorra semejante: "¡Sobre el pulque y la melancolía —por si eran poco—, el opio y el nirvana!", escribe con palabras que recuerdan el racismo porfirista. Sin embargo el joven Reyes no era eurocentrista; con buen ojo distingue la migración española golondrina a Cuba al compás de la zafra, de la inmigración a México donde los españoles venían en calidad de sargentos a

> [...] buscar al grupo de indios a quien mandar y gobernar en el campo y en el real minero. Aislados esos sargentos arraigaban en su localidad, donde pronto con su tesón y su virtud de ahorro se convertía en personaje de cierto peso pero que a cada rato invocaba su calidad de extranjero, que en la realidad de las cosas había dejado de corresponderle.[165]

El gobernador de Sonora Rodolfo Elias Calles informó en 1934 que al liquidar la campaña antichina tuvo que afrontar el

problema creado por la negativa del comercio chino a cumplir con las disposiciones legales; su salida del estado ocasionó una pérdida de 800 000 pesos anuales pero con la exención de impuestos se desarrolló el comercio mexicano y al cabo de un año se nivelaron los ingresos del estado. Al año siguiente, en 1935, Plutarco Elias Calles tuvo que salir de México expulsado por Cárdenas; lo hizo con *Mi lucha* bajo el brazo, y seguramente también este libro inspiró a su sobrino Rodolfo, quien también abandonó el gabinete presidencial a mediados de ese año. De cualquier modo, ya por entonces eran muy pocos los chinos que quedaban en Sonora;[166] también salieron de Mexicali, región en la que algunos calcularon llegaron a habitar hasta 15 000 chinos.[167]

ASEADOS Y BELLOS

Como se ha visto, muy distinto fue el destino de los japoneses en México. En efecto, Manuel Gamio admiró en 1907 su notable energía, contraponiéndola con las "dolientes miserias" que abrumaban a "nuestra pobre clase indígena".[168] También contrasta esta admiración mexicana por Japón frente a la histeria ant i japonesa de Estados Unidos a raíz de la victoria nipona sobre Rusia. Así nacieron temores sobre una posible alianza de Japón y México cuando el kaiser hablaba del peligro amarillo. Posteriormente, la fobia japonesa en Estados Unidos se basó en una supuesta invasión a Bahía Magdalena, pero fue real el que algunos japoneses evadieron el acuerdo de caballeros de 1907 que les prohibía inmigrar a Estados Unidos entrando a ese país por la frontera mexicana. El ferrocarril de Tehuantepec estimuló el recelo yanqui porque se supuso que intentarían utilizarlo en caso de guerra entre Japón y Estados Unidos. Díaz tuvo la candidez de reconocer, ante la presión americana, que sólo ellos podrían contenerlos en caso de que intentaran un *coup de main*. Primero

Holler y después Henry Cabot Lodge se opusieron a la colonización japonesa en la estratégica Bahía Magdalena, y así nació el "corolario Lodge", una prolongación de la Doctrina Monroe.[169]

En 1917 Alemania atizó las contradicciones entre Estados Unidos y Japón advirtiendo al Tío Sam del peligro amarillo (Japón) agregando que sólo la alianza de la raza blanca (Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania) podría contener esa amenaza. Por tanto, si México continuaba prestando oídos al canto de las sirenas de Japón, Estados Unidos debía apoderarse de nuestro país para proteger sus intereses.[170]

Por supuesto, el primer ministro japonés rechazó en abril de 1912 esos temores yanquis, y por supuesto también un tal Marcos Brown ("investigador especial de las actividades de los japoneses en México") aseguró que Japón había enviado hasta 1910 a más de 40 000 jóvenes. Sin embargo, un americano que había visto esa bahía afirmó que no había en ella más de 100 gentes, y que sólo seis de ellas eran japonesas; al parecer ese rumor fue el origen del temor de Henry Cabot Lodge. Este pidió al Senado de su país que aclarara que la Doctrina Monroe significaba la no colonización de América por extranjeros, concretamente la de Bahía Magdalena. Taft doraba un poco la píldora invocando el peligro de las comunicaciones en América. Tal vez al presidente no le disgustara el fondo de la "doctrina" Lodge, pero sí que Lodge se inmiscuyera en su política exterior. Con sobrada razón el periódico socialista *New York Cali* consideró ese "corolario" como el reconocimiento de que las empresas capitalistas son prácticamente sinónimas al gobierno a que pertenecen. Algunos se apoyaron en las *Memorias* de Pancho Villa que se refieren al capitán de un barco de guerra japonés que le ofreció ayudarlo a recuperar Texas y California, cosa a la que se negó el guerrillero porque Estados Unidos era un "buen amigo" de México.[171] De cualquier modo, a mediados de 1913 varios estudiantes capitalinos apoyaron con carteles a Japón contra Estados Unidos.[172] La fan-

tasía volaba fácilmente: se dijo que el ejército federal contaba con medio millar de artilleros japoneses; Lind aseguró que Japón proyectaba proporcionar cañoneros a Victoriano Huerta, sin otra base que el hecho de que gran parte de la costa del Pacífico era muy apropiada para la inmigración japonesa.[173]

Manuel Gamio atribuyó el progreso japonés a sus avanzados métodos pedagógicos, así como a su solidaridad, homogeneidad y aspiraciones convergentes en todos los estratos sociales.[174] Se ha explicado el éxito de la inmigración japonesa por el respaldo otorgado por su país de origen. El convenio de 1917 permitió el ingreso a México de los trabajadores calificados, el libre ejercicio de su profesión a médicos, farmacéuticos, parteros y veterinarios que en número de unos 30 inmigraron a nuestro país, y que en su mayoría se dirigió a las zonas de concentración japonesa. Muchos de ellos fracasaron por el desconocimiento del español, pese a que sus asistentes les sirvieron como intérpretes. Es obvio el contraste entre este grupo de japoneses y los primeros que llegaron que eran campesinos con una escolaridad mínima. El Tratado de Comercio y Navegación de 1924 popularizó el requerimiento: *yobiyose*. En el lapso 1890-1970 vinieron 14 735; pero mientras en 1890-1910 lo hicieron 11 084 en 1951-1970 sólo 236 (doce en promedio anual), clara indicación de que está en vías de desaparecer la población japonesa inmigrante.[175]

Pero esto no parecía previsible en mayo de 1919 cuando vinieron delegados de las más grandes fábricas de hierro y acero de Japón, deseosos de comprar el Cerro del Mercado, en Durango, donde emplearían a trabajadores traídos de Japón. Tal vez esa empresa no prosperó porque capitalistas de Los Angeles tenían iguales propósitos. Otros japoneses se interesaron también en establecer fábricas de seda ese mismo año de 1919.[176] Adolfo de la Huerta recibió la visita de un antiguo compañero suyo de la Escuela Nacional Preparatoria, a la sazón secretario de la embajada japonesa, quien le propuso una alianza ofensiva-defensiva, espe-

cificando los puntos en que desembarcarían en el Pacífico. Aunque De la Huerta declinó esa propuesta (aun en el caso de que Japón fuera un país más poderoso de lo que era), un militar japonés de alta graduación insistió en ella y el presidente en su negativa.[177]

Sin embargo, en 1931 varios japoneses se cuentan entre los colonos de Mexicali, en algunos casos al amparo de la ley de tierras ociosas, en otros en calidad de arrendatarios o de aparceros.[178] A Mexicali y a Ensenada inmigró el mayor número de japoneses conforme al *yobiyose*, es decir, la invitación expresa de un japonés ya residente en México; este sistema tuvo su mayor auge en 1925-1932 y a su amparo llegó el mayor número de mujeres: tres en 1895, una en 1900; 179 en 1910; 196 en 1920 (¿1921?), 542 en 1930 y 379 en 1940. El éxito del *yobiyose* corresponde al auge pesquero de Ensenada (fueron pioneros en la pesca del abulón, tarea en la que adiestraron a los mexicanos), y en Mexicali por el desarrollo agrícola.[179] Sin embargo, Enrique Flores Magón, subjefe del Departamento de Migración de la Secretaría de Gobernación, pidió el 31 de mayo de 1932 la denuncia del tratado entre ambos países porque eran numerosos los japoneses que carecían de la documentación mexicana, pero debería ejercerse con tacto para que no se interpretara como producto de presión americana. En el acuerdo del 23 de diciembre de 1933 se dispuso no denunciar el tratado, pero se dejó abierta la posibilidad de hacerlo un año después.[180]

En 1930 algunos japoneses solicitaron la protección de su país; todavía dos años después, hubo movimientos en su contra en Sinaloa y en Veracruz; en 1937, cuando Cárdenas afectó las tierras en Mexicali los japoneses administraban 8 100 hectáreas y calculaban recoger 10 000 pacas de algodón con un valor de 450 000 dólares. Como fracasaron en este propósito se convirtieron en comerciantes en las ciudades; sólo cuatro de ellos regresaron para dedicarse a la agricultura.[181] Entre 1953 y 1957 el programa

de asistencia de Japón destinó 6 000 técnicos anuales a Brasil, y a México sólo 300; es decir, 20 veces menos, pero de cualquier modo, éstos se renovaban cada dos o tres años. Aunque en comparación con Brasil la presencia japonesa en México era muy pequeña, fue importante: en 1929 estableció su primer periódico, que desapareció en 1971 por la muerte de su fundador; el segundo fue a partir de 1961. Uno de los primeros colonos, seguramente en recuerdo de lo que él había batallado, elaboró un diccionario español-japonés publicado en 1925. En la capital del país fundaron cinco escuelas en diferentes rumbos; los alumnos japoneses estudiaban en ellas por las tardes y por las mañanas en las escuelas mexicanas. En 1974 se fundó el Liceo Mexicano-Japonés, con ayuda del gobierno de Japón y del mexicano, en beneficio de los hijos de los técnicos y de los empresarios. Los pioneros arraigaron en Chiapas ya que casaron con mexicanas de ese estado. La mayoría continúa, hoy día, practicando el ritual de sus antepasados y se declaró budista en los censos, pero no fue sino hasta después de la segunda guerra mundial cuando se establecieron templos budistas en la capital, Mérida, Monterrey y Guadalajara, a cuyos servicios asisten sus descendientes, algunos mexicanos y ocasionalmente varios técnicos de paso por el país. En la presidencia de Obregón se naturalizaron 66 japoneses, 58 en la de Calles, 25 en la de Portes Gil, 51 en la de Abelardo Rodríguez y 36 en la de Cárdenas, para un total de 401. En 1940 había 40 matrimonios mixtos.[182] Desde el punto de vista japonés la inmigración fue una solución pequeña pero útil al desempleo y a la alta densidad demográfica. Muchos de los primeros inmigrantes buscaban mejores salarios y se proponían regresar a su país, sin embargo, numerosos se quedaron.[183] Ciertamente no fueron muchos los chinos y los japoneses que vinieron a México, no se cumplieron los temores de José Vasconcelos a la prédica confuciana (y bíblica, por supuesto) de que se multiplicaran como ratones. Vasconcelos lamentaba esa multiplicación justamente en

el momento en que en México se comenzaba a comprender la necesidad de refrenar los instintos zoológicos antitéticos a un concepto verdaderamente religioso de la vida, porque el hombre a medida que progresa siente horror a la cantidad porque estima más la calidad. En Estados Unidos rechazaban a los asiáticos por temor al desbordamiento físico propio de las especies superiores pero también por desdén, incapaces de mezclarse con ellos. Señoritas de San Francisco se habían negado a bailar con oficiales de la Marina japonesa, tan aseados y tan bellos como los de cualquier Marina del mundo. Sin embargo, ellas jamás comprenderían que un japonés pueda ser bello, tampoco que si el amarillo y el negro tienen su tufo, "también el blanco lo tiene para el extraño. Aunque nosotros no nos demos cuenta de ello".[184] En fin, generalmente en México se admiró a los japoneses y se despreció a los chinos. En Torreón seis nipones fueron asesinados por los revolucionarios porque sus rasgos físicos no permitían distinguirlos de los chinos.

¡MÁS ESPAÑOLES, YA NO!

Al finalizar el porfiriato, los españoles eran probablemente los extranjeros más diseminados por todo el territorio nacional; en el campo, sobresalen como hacendados y administradores de las haciendas; en la ciudad como textileros, panaderos y como agiotistas. Hay también periodistas, casi siempre anarquistas. El cónsul español en Veracruz se quejó al finalizar 1910 ante el ministro de Estado de los pesados gastos para atender a sus nacionales dispersos en pueblos, cortijos, colonias y rancherías; para salvar ese escollo propuso que esos gastos se consideraran como de agencias honorarias.[185] En el Centenario del comienzo de la guerra de independencia se recibió la misión encabezada por el marqués de Polavieja en la estación de Buenavista, con tanto estusiasmo y espontaneidad como "si se tratara de uno de los hijos

predilectos de la república". Entonces se colocó la primera piedra de un monumento a Isabel la Católica en el bosque de Chapultepec,[186] en contraste con los "mueras" a los gachupines en las elecciones de Morelos de 1909; de los gritos, se pasó al saqueo de algunos comercios españoles en los primeros meses de 1911 y de varias fábricas poblanas.[187]

Según un libelista norteamericano la hispanofobia revolucionaria comienza con Madero (hebreo idealista, soñador socialista y espiritista); aumenta con Zapata, pues algunos de sus seguidores ponían miel en las heridas abiertas de sus prisioneros dejándolos a merced de las hormigas, soldaderas y *guachas*.★ En sus ratos libres los injuriaban recordándoles que durante cuatro siglos ellos habían tratado peor a las indias. Según ese libelista los zapatistas crucificaron vivos a siete sacerdotes en Cuautla en represalia por la Inquisición; en Metepec asesinaron a varios sacerdotes españoles porque no confesaron dónde habían escondido sus joyas y dinero. En cambio, devolvían lo robado a americanos y británicos en moneda europea o mexicana de la época de Díaz. Margarita Neri, bella y políglota (hablaba inglés, francés, italiano, alemán y maya) e hija de padre holandés y madre maya, destacó en la hispanofobia en venganza porque tres ricos españoles habían ultrajado a una hermana suya.[188]

Los zapatistas también asaltaron varias fábricas textiles de españoles en Puebla; en la Covadonga, 14 empleados españoles se defendieron durante 13 horas a balazos, en cambio tres mecánicos alemanes y un grabador austríaco se declararon neutrales, pero al final los tres alemanes también fueron asesinados. Esta matanza causó la renuncia del ministro de Guerra y una severa represión contra los zapatistas. Los trabajadores de una empresa de Metepec se unieron a 1 500 zapatistas quienes destrozaron la tienda de raya (propiedad de españoles como en otros casos semejantes) y la maquinaria. En esa ocasión el ministro español informó a su gobierno que el administrador de Metepec "fue atado

de pies y manos a las respectivas cabezas de silla de dos caballos a los que azuzaron en sentido contrario", además su esposa fue vejada por los asaltantes. Más sanguinario fue el asalto a la hacienda de Atencingo, donde los revolucionarios fusilaron a diez empleados españoles, entre ellos el administrador; en los funerales, varios españoles distribuyeron octavillas en las que censuraban al pueblo mexicano, incluso la policía disolvió en esa ocasión dos manifestaciones. El Centro Español de Atlixco telegrafió a Manuel Rivera Collado, cónsul honorario de España y gran propietario, manifestándole su indignación por esos asesinatos cometidos por "hordas de criminales"; un grupo de obreros de Puebla, en cambio, lo acusó de que se mezclaba en la política interna de México, y de que sufragaba los gastos de la candidatura de su abogado a la gubernatura de Puebla, y aun lo amenazaron con declararle la guerra.[189] Los industriales textiles españoles y franceses no perdían ocasión de atacar a Madero, y el propio Márquez Sterling reclamó la protección para los propietarios cubanos sujetos a la "diabólica autoridad" de Zapata, no muy convencido de lo que Francisco León de la Barra y Carlos Pereyra (al frente de la Secretaría de Relaciones de Victoriano Huerta) pudieran hacer a su favor, porque nadie frenaba a las "feroces hordas" zapatistas en Morelos, en cuyos ingenios resonaban los "mueras" a los gachupines.[190]

La lucha social era contra los hacendados y sus administradores, y contra los dueños de las fábricas textiles, pero los obreros textiles de Puebla extendían sus injurias a todos los peninsulares, "raza espuria de toreros, frailes, empeñeros, abarroteros y mendigos".[191] Mientras tanto, algunos sobresalientes literatos (José Echegaray y Benito Pérez Galdós) y políticos (Antonio Maura) pidieron a Carranza la pacificación del país, pero el Primer Jefe les respondió que primero debería castigarse el crimen y restaurar el orden constitucional.[192]

La ocupación de la Compañía Agrícola y Colonizadora Mexicana, de Iñigo Noriega, ubicada en Academia 12, a espaldas del Palacio Nacional, perjudicó a varios españoles que trabajaban en sus haciendas en Río Frío, y quienes no podían repatriarse porque no se les había pagado. Inútilmente Manuel Wals (agente confidencial de España) intercedió en favor de esos "inocentes desvalidos", pero la Comandancia Militar no permitió que se abriera el local de esa empresa de Noriega. Este célebre protegido de Díaz fue vigilado incluso en su paso por La Habana en diciembre de 1916. Murió precisamente en esa casa de Academia 12, diez años después. Con este motivo se dirigieron tres exhortos de liquidación judicial testamentaria a Colombres, Oviedo, Potes, Santander y Madrid.[193] Se cuenta que Noriega construyó una casa de "imponentes dimensiones" en Colombres, Asturias, para Díaz, pero que éste nunca la visitó; en su inmenso vestíbulo pendía una lámpara muy semejante al candil principal de Notre Dame, que un heredero vendió después en 30 duros. Años después, la Falange la utilizó como hogar para 130 niñas.[194]

El conde de Galarza, ministro español, manifestó sus temores a Isidro Fabela, oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, de que el 15 de septiembre de 1914 se insultara a los españoles, y le pidió que se evitaran esos actos "de ignorancia o imprudencia". Fabela respondió que no se había dictado ninguna medida especial en ese sentido porque el gobierno constitucionalista tenía confianza en el pueblo, que éste no agredería a los españoles y en general a ningún extranjero. Galarza agradeció después a Fabela el respeto a su familia e intereses.[195]

Como en Atlixco sí se hostilizó a los españoles, su legación protestó contra el decreto del 24 de septiembre de 1914 de Francisco Coss (gobernador y comandante militar de este estado), quien tomando en consideración que en los establecimientos fabriles y agrícolas los dependientes españoles siempre habían maltratado a operarios y peones (actitud contraria a la promesa cons-

titucionalista de emanciparlos), dispuso que sólo se admitieran mexicanos, y concedió a los extranjeros 15 días para abandonar sus puestos, con multas a los dueños, gerentes o encargados de 500 a 2 000 pesos en caso de no cumplir tal orden. Carranza telegrafió a Cesáreo Castro, el 6 de octubre de ese año, que ese decreto no era conveniente, que si algunos españoles maltrataban a los trabajadores debería castigárseles conforme a la ley. Fabela transmitió este telegrama el 16 de octubre, y el 23 de ese mes se lo agradeció el conde de Galarza.[196]

Sin embargo, el 27 de agosto en Salvatierra, Guanajuato, se expulsó a un español y un periódico gallego atribuyó esa expulsión a la debilidad de España. En cambio, se indultó a los españoles Barrada y Fregoso a quienes se demostró que habían tomado parte activa en el cuartelazo que derrocó a Madero, "como una muestra de extrema e inusitada atención a la bandera española" el 20 de noviembre de 1914.[197]

Por otra parte, la aduana marítima de Veracruz ordenó el 17 de abril del año siguiente que los extranjeros se nacionalizaran mexicanos si querían dedicarse a la pesca; varios españoles se opusieron a esta medida porque suponían que tenía por objeto obligarlos a formar parte del ejército constitucionalista, en tal virtud solicitaron su repatriación "antes que perder su nacionalidad" (16 españoles fueron repatriados con este motivo).[198] Pero en febrero del año siguiente, ante la protesta del encargado de negocios español, el gobierno de Carranza permitió la internación de 11 españoles a quienes no se exigieron los 50 dólares que la ley imponía para su ingreso, porque habían dejado la Península sin conocer esa disposición.[199] La hispanofobia también tuvo importancia en el norte; por ejemplo, cuando las tropas de Madero tomaron Torreón en 1911 castigaron a los "voluntarios" extraídos de las casas comerciales españolas. La mayoría de los jefes constitucionales los hostilizó, reponsabilizándolos a todos del asesinato de Madero. Pancho Villa sobresalió en ese empeño:

en septiembre de 1913 fusiló a algunos españoles que fueron sorprendidos con las armas en la mano. Posteriormente aceptó dar garantías a todos los extranjeros, excepto a los españoles, porque según él habían destruido al "imperio indio", habían mezclado su sangre con la de los mexicanqs sin pedirles su consentimiento, y porque dos veces expulsados, a su regreso continuaron robando las tierras de los mexicanos; en fin, porque habían apoyado a Porfirio Díaz y a Victoriano Huerta. Cuando Villa conquistó Torreón en abril de 1914 los expulsó en un plazo de cinco días, que después amplió a diez. Sin embargo, al aproximarse la ruptura con Carranza, Villa aflojó un poco su hispanofobia; en el decreto que dio en Torreón el 23 de junio de 1914, autorizó a los que tuvieran plena conciencia de no haberse mezclado en la política nacional a que regresaran a México, donde gozarían de plenas garantías.[200]

A raíz del rompimiento entre Villa y Carranza, al ocupar Obregón la ciudad de México, advirtió una marcada hostilidad hacia los constitucionalistas por parte del clero, los grandes comerciantes, los industriales acaudalados y la mayoría de los extranjeros, pero no de los latinoamericanos

> que han venido siempre a nuestro país a compartir nuestros dolores y nuestras desventuras, sin pretensiones de superioridad y sin constituir un problema para nosotros.

Obregón atribuyó esa hostilidad a la conveniencia, que "no era hija de sus convicciones", porque poco antes los capitalinos habían visto desfilar a los numerosos ejércitos de Villa y de Zapata, y creían imposible que Obregón pudiera vencerlos.[201]

Eduardo González-Blanco, periodista partidario de Carranza, "español y asturiano por añadidura", denunció la actitud reaccionaria de la mayoría de la colonia española en México. Si Villa ofreció garantías a todos los extranjeros, salvo a los españoles, fue porque éstos siempre se habían opuesto al pueblo mexicano a

causa de que eran los mayores propietarios. En efecto, los 60 000 peninsulares eran dueños de 300 millones de pesos, en tanto que los norteamericanos de sólo 250. Además, como los otros extranjeros no se habían mezclado en los asuntos de México, Villa les dio amplias garantías; los españoles, en cambio, habían apoyado a Huerta tanto que en un gran café del puerto de Veracruz se brindó con champaña por su triunfo, y en Chihuahua y en Torreón se hicieron grandes fiestas con igual motivo. El propio Cologan dijo a los españoles expulsados de Torreón por Villa que debían defender a Huerta; "¿cómo pensar que los revolucionarios vean con buenos ojos al actual ministro de España en México?", se pregunta González-Blanco.[202]

En 1915, algunos cronistas calcularon de 40 000 a 50 000 los españoles residentes en México (vascos, asturianos y catalanes en su mayoría), dueños casi por completo de las tiendas de comestibles y bebidas, de las panaderías y de las casas de préstamo. Por entonces contaban con buenos centros benéficos y recreativos, pero ninguno educativo.[203] Poco antes, el español Avelino Montes había apoyado con medio millón de dólares la contrarrevolución en Yucatán.[204] Varios poblanos apoyaron el asesinato de un español por un capitán revolucionario con "mueras" a los gachupines, e incluso algunos hasta pidieron en el monumento a la independencia de Puebla el ascenso del militar asesino. A las protestas del francés Félix Martine y del español Rivera Collado, el ministro de Agricultura del gobierno de la Convención Revolucionaria, general Palafox contestó que no debía quedar un solo español en México porque todos hacían sufrir al indio bajo su yugo.[205]

La prensa española siguió la marcha de la Revolución: *Tierra Gallega* atacó, a mediados de 1911, a Porfirio Díaz y *La Voz del Obrero* lo calificó de "monstruo". En cambio, *El Cantábrico* de Santander el 12 de septiembre de 1912 denunció la hispanofobia zapatista; a mediados del año siguiente un periódico sevillano

denunció el deseo de Estados Unidos de anexarse México. *El Correo de Asturias*, de Oviedo, publicó el 12 de noviembre de 1913 la carta de un español recién llegado a México, quien denunció que los españoles eran acuchillados sin piedad y saqueadas sus propiedades, por lo que España debía enviar un barco a protegerlos. El cónsul Félix Magaña, al llegar a Santander, desmintió que los extranjeros en general, y los españoles en particular, hubieran sufrido en México, pues nuestro país todavía necesitaba brazos agrícolas. Otro periódico se quejó de que 500 españoles fueron obligados a abandonar Torreón, al grito de "¡Viva Villa y mueran los españoles!"; sus casas y las de los franceses íueron saqueadas.

La Vanguardia, de Barcelona, se quejaba de que los españoles fueran los únicos extranjeros en México a quienes se atacaba, mientras que en España se agitaba el sentimiento público para que se le diera dinero a un conocido escritor, alusión al parecer al poeta Amado Ñervo. Lo más lamentable era que a los españoles se les trataba en México peor que a los *coolies* chinos porque en México, Centroamérica y Perú predominaban los indios y los mestizos que tal vez pretendían "vengar a Guatimocín [*sic*]. En cambio, otros conquistadores han exterminado las razas indígenas, y nadie les ha culpado por ello".

Varios periódicos, también de Barcelona, criticaron muy severamente los ataques de Villa a los españoles en Torreón; el santaderino *El Cantábrico* calificó de pretexto la expulsión de los españoles porque éstos hubieran intervenido en política; en realidad bastaba que dijeran que los negocios andaban mal para que se les decomisaran sus bienes, se les expulsara, y aun se les asesinara (hasta el 16 de noviembre de 1914, los muertos ascendían a más de 200). Por supuesto, se refirió al decreto de Coss en Puebla sin mencionar que Carranza lo desautorizó. *La Atalaya*, de Santander, recurrió el 17 de marzo de 1915 al argumento *ad hominem* para desautorizar a González Blanco, a quien calificó de venal,

pero no refutó sus argumentos. *El Diario Montañés*, también santanderino, comentó la pastoral en que los obispos mexicanos desterrados negaron haber contribuido al derrocamiento de Madero y que desearan una intervención extranjera, ellos agradecían la hospitalidad y la caridad cristiana de los obispos americanos, pero no consentirían jamás en esa traición. Según ese mismo periódico había sido un error liberal dar una constitución democrática a un pueblo "niño" como el mexicano que gozaba de unidad religiosa; ahora se pretendía darle una constitución socialista cuando "la culta Europa y los Estados Unidos no pueden forjarla todavía". Con criterio "socialista" se habían expedido decretos arbitrarios sobre jornales, cuando nadie tenía derecho a repartir lo que no era suyo, escribieron con total olvido de la encíclica *Rerum novarum*.

El solo anuncio de que Estados Unidos reconocería a los "constitucionales" hizo que en octubre de 1915 tanto santaderinos como asturianos comenzaran a regresar a México. Sin embargo, *El Diario Montañés* no participó del optimismo de su colega *El Cantábrico* porque el "viejo cínico" Carranza había matado a miles de españoles, pero sólo 23 días después, el 27 de noviembre, según *El Cantábrico*, lo principal en ese momento no era recordar hechos desagradables, "debidos quizá a circunstancias del momento", sino que hubiera en "la nación hermana un gobierno con quien entendernos", en lo que no les faltaba razón. Como tampoco faltaba razón a varios de los periódicos de Madrid y de Málaga que criticaron una invitación de Carranza de principios de 1917 para dar fin a la guerra mundial porque eso favorecía a los alemanes; tampoco faltaba razón a *El Regional*, de Málaga de abril de 1917 que elogió la política de Carranza de acercamiento con las repúblicas hispanoamericanas, en especial con Centroamérica, es decir, la "Doctrina Carranza". En fin, con cierto abandono del hispanocentrismo *El Correo* de Oviedo comentó que en México se hablaba "más correctamente el castellano que en mu-

chas regiones de España, y por último, mejor mil veces que en todo el resto del continente americano",[206] opinión que sin duda no habrían compartido en Colombia.

Carranza, desde mediados de 1916, desarrolló una política de acercamiento a España. Manuel Gamio lamentó que de cualquier modo algunos mexicanos continuaran atacando sistemática y sobre todo injusta e innecesariamente a los españoles, porque de haber sido colonia francesa, México habría sido vendido (como Luisiana) a Estados Unidos y éste habría extinguido a los indios; de habernos conquistado Inglaterra nos hubiéramos independizado en el XVIII como Estados Unidos o seríamos como Bélice, "étnica y nacionalmente híbridos". Por tanto, "¿no es mejor ser libre con los vicios de España que esclavo con las virtudes inglesas". A Portugal ni lo consideraba porque era inferior a España en todo. Dando por sabido que sólo la inmigración extranjera redimiría a México, la cuestión era saber qué inmigrantes deberían venir, porque pese a que los españoles no habían desdeñado mezclarse con los indígenas desde los tiempos de Cortés, monopolizaban el odio simbolizado en hacendados y acaparadores, a quienes debía aniquilarse, porque los vicios existían en la misma proporción entre los otros extranjeros:

> Si no fuera así, habría bastado con que la Revolución hubiese extinguido exclusivamente a los españoles para hacer de México un jardín paradisiaco.
>
> Conque, salud y respeto a los españoles y el 33 constitucional a los gachupines, que son los españoles dejados de la mano de Dios.

Reforzaba esta tesis que la española era sin disputa, "la más femenina de las mujeres europeas".[207] Además, de acuerdo con Guillermo Prieto, entre los gachupines se contaban muchos mexicanos.

Al parecer la primera guerra mundial contribuyó a suavizar algunas aristas. Telésforo García al replicar en mayo de 1916 un manifiesto de 93 sabios alemanes, se planteó la pregunta ¿qué es

la aptitud?, ¿fuerza? De ser así, ¿fuerza física o intelectual? La verdad correspondía a todos y había que dejar al tiempo el proceso de selección para que los más aptos cumplieran su misión. Pero una cosa era cierta, la guerra no selecciona, retrasa o invierte la selección, "por la guerra desaparecen los más sanos, los más fuertes, los más jóvenes".[208] Así, García en cierta forma dejó muy atrás la violencia bélica con que en *La Libertad* defendió el despojo de los bienes de los indios por la hacienda.

El joven Ramón del Valle-Inclán, al desembarcar en el puerto de Veracruz, según versión apócrifa, leyó que un periódico insultaba a todos los españoles desde Hernán Cortés hasta los que existían el 8 de abril de 1892, fecha de su desembarco. Pidió una satisfacción y arremetió a bastonazos contra los redactores; al ser rechazado, volvió a la carga con tanta furia que los hizo huir. La realidad es que *El Tiempo* publicó el 5 de mayo de 1892 una carta en que un tal "Óscar" criticaba que a diferencia de antaño cuando vinieron españoles que habían construido edificios tan suntuosos como útiles, en la actualidad, salvo poquísimas excepciones, los españoles venían a México a "*armarse*", como vulgarmente se dice, sin beneficiar en nada a México; por el contrario, favorecían la prostitución en todos los sentidos, negocios bancarios ruinosos, "y otros males que sería prolijo enumerar, y por supuesto, eso sí, ayudados o en combinación con nuestro gobierno liberal"; ésas eran las causas de los "mueras" a los gachupines. Pero no por esto el pueblo mexicano renegaba de su sangre y de sus antepasados, renegaba de los vampiros que le chupaban sangre, basura que sólo venía a enriquecerse, "atropellando todo cuanto hay de más caro y de más sagrado para nosotros". Victoriano Agüeros, director de *El Tiempo*, por supuesto, no se solidarizó con estas palabras de "Óscar", porque la mayoría de los españoles trabajaba honradamente en México. El impulsivo Del Valle-Inclán envió sus padrinos para retar a Agüeros; éste asumió la responsabilidad del caso y reiteró que no se solidariza-

ba con la carta. Los padrinos informaron a Ramón que su honor quedaba a salvo. En su artículo "Recuerdos de México" publicado en *El Universal*, el 16 de junio de 1892, Del Valle-Inclán escribe que a la vista del puerto creyó encontrarse a la puerta del sombrío imperio de los "Mohgrebs" porque su paisaje tiene algo de musulmán, lo mismo que el melancólico silencio de los indígenas, "verdosos, como estatuas antigüas modeladas en bronce"; en los peñascos de la costa vio a los muchachos indios "gráciles y desnudos, como figuras de un friso del Parthenon".[209] Del Valle-Inclán estaba convencido de que la esencia más pura de España estaba en México, palabras que dan la razón a Alfonso Reyes cuando escribe que estaba "rabiosamente enamorado de nuestro país".[210]

En los últimos días de abril de 1921 Obregón asistió a una corrida de toros en la que se entrelazaron las banderas de México y de España. En el cartel de la corrida figuraron, entre otros, Rodolfo Gaona e Ignacio Sánchez Mejías, quienes lidiaron toros españoles. El 9 de septiembre de ese año, la esposa del presidente asistió a una solemnísima misa oficiada en Santo Domingo, ataviada con la clásica mantilla española; a la entrada del templo la recibió la Junta Española de Covadonga y el arzobispo Mora y del Río, es decir nada faltaba en el recuerdo de una ceremonia semejante celebrada en 1910. En la concurrida kermesse celebrada en el Tívoli del Elíseo, se vitoreó a México y a España, la reina Consuelo Lujan y Asúnsolo lució una diadema de la emperatriz Carlota, proporcionada por una antigua dama de su corte. Y para que la comparación fuera mayor hubo el consabido reparto de 10 000 enaguas, 10 000 rebozos, 20 000 pantalones, 20 000 camisas, 20 000 sombreros y otras tantos pares de huaraches. Acaso la única novedad que aportó la Revolución fue un paseo en automóvil a los niños pobres.[211]

Del Valle-Inclán volvió a México en 1921 invitado por Obregón; en esta ocasión no defendió a España sino a México. Sus

declaraciones "antiespañolas" fueron aplaudidas por los mexicanos hispanófobos, pero rechazadas con indignación por sus paisanos. Suyos son los célebres versos del primero de septiembre del año siguiente en que denunciaba la encomienda porque tornó mendigo al indio mexicano; pidió a éste rebelarse, quemar las trojes y colgar al encomendero, y algo de eso hicieron los zapatistas. En una carta del 20 de diciembre de 1923, Del Valle-Inclán atacó la rebelión de Adolfo de la Huerta porque los gachupines eran dueños de 70% de la propiedad territorial, cosa mil veces peor que las manos muertas. Era necesario, por tanto, expulsar a judíos y moriscos gachupines y, mejor aún, degollarlos. El Sindicato de Agricultores Españoles protestó y Obregón le respondió que México en cuanto nación soberana tenía el derecho de cambiar su régimen de propiedad territorial. Obregón facilitó a Del Valle-Inclán una locomotora, carro dormitorio y un comedor para que se fuera a Nueva York, y aun le dio su clave telegráfica para que la usara en caso necesario. Ya estando en España don Ramón, Alfonso Reyes logró que el presidente mexicano ayudara al escritor español con dinero, cosa que Del Valle-Inclán le agradeció el 31 de marzo de 1924.[212]

Daniel Cosío Villegas recuerda que Diego Rivera le platicó en Puebla que se encontraba en esa ciudad "ambientándose" porque le habían elogiado mucho los monumentos coloniales, pero que a él no le gustaban nada porque eran obra de gachupines,[213] como la mayoría de los dueños de la industria textil de ese estado. En el consejo de administración de la Atoyac Textil figuraban, a fines de 1921, Manuel Rivera Collado, Jesús Rivera Quijano, José Luis Rivera Quijano, Alejandro y José Quijano y Gómez de Rueda y Fernando Rivera Quijano. Esta familia estableció un consejo consultivo con residencia en España, al cual se dieron amplias facultades; mediante este mecanismo aseguró su permanencia en los negocios a través de los parientes que se quedaban en México, y así no se contradecía aquello de que "cada español

que se enriquecía era una familia que se arraigaba". La prensa elogió a estos españoles vecinos de Puebla: a unos porque gozaban de envidiable posición gracias a que eran luchadores infatigables; a otros porque eran afectuosos, sencillos, paternales, nobles; a otros más, en fin, porque habían triunfado merced a su "perseverancia, voluntad y honradez", cosas sin duda ciertas pero que olvidan la colaboración de sus trabajadores mexicanos. De cualquier modo, este grupo de empresarios textiles permaneció muy cerrado en las tres primeras décadas de este siglo; se inició aprovechando las corrientes de agua de sus haciendas como fuerza motriz, en suma, formaron sus capitales en México mismo.[214]

El año de 1920, España recibo de América Latina 800 millones de pesetas, de los cuales 5% provenía de México; en 1924 bajaron en números absolutos y relativos: sólo 2% de los 572 millones provenía de México. Y, sin embargo, casi todos los pueblos del norte de España recibieron alguna mejoría de los indianos que hicieron la América, mejoría que algunos criticaron porque la consideraron el esfuerzo por acallar su conciencia por no haber hecho el servicio militar o por haber abandonado su pueblo natal;[215] por supuesto que también por envidia.

En los años veinte menudearon los ataques, de palabra o de obra (mucho más los primeros que los segundos) a los españoles. Durante el porfiria-to gozaron del favor de las autoridades, pero al cambiar éstas aumentaron las quejas en su contra por golpes, fraudes e invasión de tierras.[216] Por entonces circuló el folleto *Los españoles, enemigos de México*, que en resumen pedía la expulsión de los peninsulares y la confiscación de sus propiedades, porque desde la Profesa hasta la Revolución eran los causantes de todos los males del país. Su circulación fue muy elevada, 25 000 ejemplares, que promovió Andrés Molina Enriquez, director de la editorial de la Secretaría de Educación Pública.[217]

Cuando Álvaro Obregón y Plutarco Elias Calles impulsaron la reforma agraria, también aumentaron las quejas contra los españoles, quienes la resistieron hasta por medio de la violencia, llamando bandidos a quienes repartían "propiedades ajenas entre los bolcheviques".[218] Molina Enriquez, a través de la Confederación Nacional Agraria, luchó sin descanso contra los españoles, "porque México es una nación eminentemente india, porque en los mestizos domina la sangre indígena". El problema agrario se había exacerbado a causa de la crueldad de los administradores españoles de las *haciendas;* debía respetarse a los que ya residían en México, pero *"¡Mas españoles, ya no!"*.[219] Mientras tanto, agraristas veracruzanos y duranguenses se quejaron en 1925 y en 1926 de que hacendados españoles amparados por el ejército federal, quemaban potreros y casas; el gobernador de Durango obligó a los iberos a pagar los daños a los campesinos agraviados.[220] Por supuesto, no siempre las quejas fueron justificadas, como ocurrió con una presentada por Napoleón Molina Enriquez en septiembre de 1928, en la que las autoridades locales pudieron comprobar que el administrador español no fue el causante directo de la violencia en una hacienda próxima a Toluca, pero sí de haber prohibido algunos "pasos de camino" a los agraristas[221]

En Acapulco tuvo lugar un movimiento inspirado en la Casa del Obrero Mundial, confusa mezcla de anarquismo y socialismo, "interpretado de acuerdo con el temperamento personalísimo de los líderes". Los españoles de Acapulco, aprovechando la incomunicación de ambas costas, llegaron a dominar su economía, comprando las cosechas al tiempo a los campesinos. Juan Reguera Escudero, hijo de un español millonario, después de tres años de estancia en Estados Unidos, formó una Unión de Estibadores y Cargadores, cuyas demandas consistían en: jornada de ocho horas, descanso dominical y aumento del salario. Perseguido, emigró a la ciudad de México, donde entró en contacto

con la Casa del Obrero Mundial; regresó al puerto en 1919 y fundó el Partido Obrero de Acapulco; soliviantó a las masas en un cine, y a solicitud del empresario español fue aprehendido; pero en 1921[222] tomó posesión de la presidencia municipal, donde realizó una intensa actividad en beneficio del pueblo, lo que unido a su empeño en abrir la carretera a México le valió la violenta oposición de los caciques españoles, quienes al fin lograron asesinarlo en diciembre de 1923.

El general Rafael Sánchez, jefe de la guarnición militar de Acapulco, envió a Obregón en marzo de 1924 el informe de Isaías L. Acosta, en el que se señalaba la conveniencia de retirar de esa región las negociaciones españolas, "por ser su sistema contrario al adelanto de los pueblos". Los socios comanditarios, todos españoles, sólo concedían crédito a quienes les compraban a ellos. Llegaban sin capital y se regresaban a su patria en cuanto lo adquirían, sólo dejaban a México los "hijos naturales que maldicen la memoria de quien los engendró".

Los partidarios de Escudero, encabezados por los hermanos Vidales, continuaron unidos y apoyaron a Obregón contra Adolfo de la Huerta. Obregón los recompensó con el reparto de varias haciendas expropiadas a los españoles. Amadeo Vidales dio como bandera a su gente el Plan del Veladero del 6 de mayo de 1926; en él reconocía la Constitución de 1917, pero desconocía la cláusula 13 del Plan de Iguala, por eso decretó la expulsión general de los españoles y la nacionalización de sus bienes.[223] No se les permitiría volver sino hasta 15 años después de haber sido nacionalizados sus bienes; se declaraba reos de alta traición a la patria a los notarios que autorizaban fraudulentas escrituras a favor de los españoles; los bienes urbanos pasarían a poder de los municipios, los rústicos a quienes carecieran de ellos; se respetarían las vidas e intereses de mexicanos y extranjeros, pero no de los españoles; por último, el plan reformaba el de Linares del 16

de septiembre de 1922, obra de Ricardo y Roberto Fernández y F. Bautista.[224]

El Plan de Linares estimó la riqueza privada de México en dos mil millones de pesos, de los cuales la mitad estaba en manos de españoles; por eso la única manera de pacificar el país era que a partir del primero de enero de 1923 ya no hubiera más españoles en México, salvo los notoriamente útiles (como el biólogo Tomás G. Perrín), los libreros, las mujeres casadas con mexicanos o con extranjeros no españoles, los mayores de 70 años, padres de mexicanos, y los casados con mexicanas. El resto debería abandonar el país; se les permitiría sacar un 10% de su capital a quienes tuvieran más de diez millones de pesos. Las fincas rústicas pasarían a poder de los colonos que las trabajaran, y donde no hubiera colonos se repartirían entre quienes las solicitaran, no otorgándose más de un título de propiedad por parcela a cada individuo. Las fincas urbanas quedarían en poder de los inquilinos después de pagarle al fisco federal; minas, industrias y comercios pasarían a manos de los mexicanos que las solicitaran, los peones se convertirían en socios de esas negociaciones. Los hijos de españoles recibirían el usufructo de los intereses de sus padres; después de 15 años esas propiedades se enajenarían a otros criollos y a otros indios, de acuerdo con una junta de tres ancianos del lugar; se entendía por criollos a todos los mexicanos que no fueran de "pura raza indígena". Se exceptuaban de la expulsión los artesanos y quienes subsistieran con un trabajo manual. Del primero de enero de 1923 a 1950 se prohibiría la entrada de españoles por nacimiento a territorio mexicano.[225]

Por supuesto, no faltaron defensores de los españoles. Por ejemplo, Toribio Esquivel Obregón en 1918 en su libro *Influencia de España y Estados Unidos sobre México*, se propuso explicar por qué habíamos "perdido lo que teníamos, sin conquistar absolutamente nada de lo que buscábamos"; cómo habíamos "regresado a la edad de piedra". Atribuyó la caída de Díaz y de Madero a

que gobernaron con mano de hierro, tal vez así tranquilizaba su conciencia por haber colaborado con el asesino Huerta. Los negros americanos eran políticamente superiores a los indios mexicanos, a quienes no se había podido sacar de su indiferencia por las elecciones públicas. De la ignorancia de lo que habíamos sido provenía la falta de reconocimiento para España, y según él ese crimen originó el castigo de vernos sin patria; la colonización española fracasó por generosa, la inglesa triunfó porque abandonó al "indio a la implacable persecución del blanco". En fin, los políticos mexicanos habían tendido a copiar dos cosas de los grandes países extranjeros: constituciones y teatros.[226]

José Elguero continuó en esta apologética basada en el maniqueísmo España *versus* Estados Unidos, por eso escribe que un "México antiespañol sería un México yanqui". Los conquistadores españoles fueron hombres de hierro, no peores que los de otros países. La constitución política española del siglo XVI estableció la unidad religiosa; en cambio, en pleno siglo XX los tribunales de cualquier país civilizado condenaban a muerte un mayor número de individuos que el Santo Oficio de la Nueva España. Exculpó a los imperialistas del crimen de traición, con base en las palabras que Juan B. Ceballos le había dicho a su abuelo Manuel Elguero: "Ustedes, los imperialistas, son traidores interinos; pero nosotros, los liberales, vamos a ser traidores propietarios". Los errores mexicanos consistían en partir de principios absolutos, no de realidades concretas; por tanto, no debía culparse a la cultura española de los fracasos mexicanos, sino a nosotros por no habernos organizado políticamente conforme a la cultura española, la única que teníamos. México, al emanciparse de España era la primera nación del continente en población, cultura y elementos. Es verdad, desconocía el régimen republicano, pero también los teléfonos, los ferrocarriles y los aeroplanos. La independencia destruyó la unidad de raza, lengua, constumbres e ideales. La nacionalidad mexicana se formó con un "pueblo de

sangre española e indígena en el que prevaleció la civilización superior, eliminando la inferior, conforme a una ley sociológica indeclinable", explica Elguero con sabor a darvinismo social. De cualquier modo, el dominio español había pasado para siempre, "y estuvo bien que pasase"; por tanto, debía haber tolerancia de cultos, separación de la Iglesia y del Estado, libertad de imprenta, de enseñanza, etc., porque la cultura española no se oponía "al régimen de libertad política y civil".[227]

Con motivo de la ley que expulsó en 1926 a los sacerdotes extranjeros, el ministro español en México justificó la preferencia por los sacerdotes españoles, porque los mexicanos en su mayor parte eran indios, "con todos los defectos de esta raza degenerada, ignorante, de costumbres y moralidad en muchos casos dudosos, y que es además, como todo indio, apático, susceptible, envidioso y rebelde a la disciplina". Por supuesto, criticó un discurso en el que Calles atacó la conquista española y presentó a los extranjeros como explotadores de los mexicanos.[228] Miguel Alessio Robles defendió, tres meses después, al inmigrante español por su laboriosidad e identificación con nuestras costumbres. Apoyó su tesis con la obra de los fundadores de las Vizcaínas, de Mina, Jaime Nunó, Nicolás Régules, de varios filántropos, entre ellos Adolfo Prieto y el histiólogo Perrín; pero sobre todo, debía agradecerse a España que hubiera redimido al indio.

Luis Castillo Ledón, director del Museo Nacional, en cambio, no quería ni aztequizantes ni hispanizantes, sino que los problemas mexicanos debían resolverlos "nada más que mexicanos". Miguel Alessio Robles elogió el que los españoles no reclamarían los perjuicios que habían sufrido a causa de la Revolución, lo cual atribuyó a que formaban familias mexicanas en un país tan necesitado de inmigración como México. Por eso lamentó que Veracruz hubiera dispuesto que los comerciantes emplearan 80% de mexicanos, disposición que, además de anticonstitucional, era antipatriótica porque afectaba a la colonia extranjera más nume-

rosa y más identificada con nuestras tradiciones: la española, dueña de importantes industrias y del comercio, producto de un trabajo honrado y perseverante. Alessio Robles sintió impulsos de correr a Veracruz a defender a los españoles que diariamente recibían "una lluvia torrencial de injurias y denuestos", porque él los había visto tomar un rifle para pelear al lado de los cadetes de la Escuela Naval para defender el puerto de la agresión americana.[229]

En la segunda convención de los españoles en México, celebrada en la ciudad de Puebla, se aseguró con base en datos consulares que en los últimos ocho meses no había entrado a México ningún español; en cambio, muchos de ellos, con arraigo y familia mexicana, habían regresado a la Península compelidos de un modo más o menos indirecto por una legislación que ciegamente se empeñaba en considerarlos extraños y tal vez adversos a la obra de renovación y de prosperidad nacional. Es verdad que ninguna ley se refería de manera taxativa a los españoles; precisamente en eso consistía el error, en la indiferencia de los extranjeros, porque no podía considerarse tales a quienes aparte de idioma, religión y cultura hundían su raíz en México.

El español en América, escribe Alcázar en 1934, era el único inmigrante que procedía de la aldea, raíz de toda cultura y que llegaba a América impúber, "como una semilla de raza y de Historia". A la inexactitud histórica añade un criterio racista: el español era el único que pugnaba por resolver los dos "monstruosos cánceres" de las naciones americanas; el del negro y el pavoroso del indianismo; el inmigrante no español por ser urbícola huía de la tierra, escribe, olvidando el éxito económico de mormones y menonitas, ciertamente no social desde el punto de vista de su integración. Por supuesto, consideró prematura y por ende mortal, la independencia de América. El indio, por su incapacidad natural, no podía pasar directamente a la cultura española, y esto no por inferioridad, sino por disparidad étnica: "si los

indios conquistaran España, a los españoles les pasaría lo mismo".[230]

Juan de Dios Bojórquez coincidió en parte con Alessio Robles, los casi 50 000 españoles eran acogidos en México "como hermanos nuestros a quienes sentimos tan cerca como si fueran gente de la propia casa". También se aceptarían italianos del norte o alemanes, ambos pueblos muy trabajadores; a los primeros porque se refundían con México y a los segundos porque serían útiles elementos de organización, pero el ideal eran los españoles con tal de que acrecentaran la riqueza del país y contribuyeran a "su unificación étnica".[231] El marqués de Rialp escribió a Madrid a mediados de 1929 que Vasconcelos no triunfaría en las elecciones que se celebrarían el 17 de noviembre de ese año, porque era demasiado hispanófilo, pero que Almazán tenía posibilidades porque era un "declarado hispanista", y acertó en esta conjetura.[232] En efecto, Almazán se opuso en 1931 a que el gran capital se apoderara de innumerables propiedades en Puebla, Veracruz, Oaxaca, Tabasco y Chiapas, tal como lo había hecho en Cuba, Puerto Rico y Nicaragua, donde no sólo se apoderaron de la tierra sino que llevaron negros de Haití y de Jamaica que desplazaron a los indígenas: propuso, además, la repatriación de los mexicanos de Estados Unidos, y la inmigración de latinomericanos y españoles como la única conveniente, aun concediéndole la mayor parte de los derechos ciudadanos "por el solo hecho de venir a trabajar con nosotros la tierra".[233]

Efectivamente, Vasconcelos a fines de los veinte era "demasiado hispanófilo": en 1926 opinaba que a América vinieron los mejores españoles, pero que desde luego en un principio no lo hicieron los favoritos de la corte. España y Portugal eran razas verdaderamente conquistadoras que no se limitaron a ocupar territorios y vender esclavos "sino que ganaron voluntades y libertaron almas". A diferencia de la nobleza de cámara (ocupada en menesteres tan importantes coñio extraer el servicio de noche de

la cámara del rey o calzarlo y descalzarlo, servicios ya innecesarios por la invención de la campanilla eléctrica y el *water closet)*, los conquistadores no buscaron oro, sino "la contemplación, el encanto y el esplendor de los paisajes más hermosos de la tierra". Y, por si algo faltara, las manólas sevillanas eran "las más lindas mujeres de la tierra", escribe en coincidencia con el juicio estético de Gamio y de muchos otros. Consideró un merecido castigo a México la pérdida de California y de Texas por la expulsión de los españoles en los años treinta. En contraste con la xenofobia mexicana atribuyó la grandeza de Estados Unidos y de Argentina a que supieron otorgar seguridad al extranjero. Es verdad que el español se llevó mucho oro, pero también dejó una técnica para extraerlo que no sospecharon los aztecas. No había nada más indigno que la actitud de víctimas eternas, que atribuíamos nuestros males a perversos extranjeros, cuando en la generalidad de los casos "no nos vencen por pobrecitos y por buenos sino por incapaces y por perversos". En suma, lo español era la mitad más ilustre de nuestra nacionalidad, "porque al fin y al cabo, hasta lo indio, cuando ha cuajado, cuaja y tiene que cuajar en español".[234]

En los treinta la hispanofilia vasconcelista fue creciendo de año en año; su libro *Bolivarismo y monroísmo* de 1937, defiende a Alamán porque éste creía en la raza, en el idioma, en la comunidad religiosa; en una palabra, dio al bolivarismo el contenido que le estaba faltando.[235] Al año siguiente, en su *Historia de México* califica la obra de España en América "como una empresa que no tiene paralelo en la historia entera". Ya entonces Cuauhtémoc no pasa de un "joven atolondrado", obviamente inferior a Cortés. La independencia fue "forzada por los enemigos del exterior", y sus verdaderos precursores habían sido los bucaneros y, de nueva cuenta, Alamán fue el único que pensaba con cabeza propia, todos los demás seguían la pauta que les daba el extranjero; no vacila en compararlo con Hamilton y con Adams y en

contraponerlo con Poinsett. Alamán apoyaba a España ("nuestra madre") y a Francia ("nuestra maestra") en 1862 con palabras que anticipan la célebre encíclica de Juan XXIII, además olvidaba a Inglaterra. Acepta la invasión de Francia porque es una nación latina, y agradece a Maximiliano que haya dejado lujo y gloria, deudas y frustración de segundón, podría añadirse, "para venir a la América en defensa de la cultura latina amenazada". Los norteamericanos, en cambio, construyeron los ferrocarriles a un precio excesivo en beneficio de negociantes extranjeros. Por supuesto, la traición de los "liberales" (en rigor los republicanos) fue mayor que la de los "imperialistas" (liberales y conservadores, en sentido estricto). Afortunadamente no olvida su raíz revolucionaria juvenil y responsabiliza a Porfirio Díaz del despojo de tierras, aguas, minas, petróleo y lo más grave del porvenir de México. Sólo salva de ese régimen la política de conciliación (con todos los defectos de la hipocresía) y el apoyo preferente a la inmigración española. No le falta razón cuando vislumbra la pesadilla

> de un México hecho por obra nuestra, una Texas grande y hermosa, con carreteras para autos que no sean nuestros, con hoteles en que haremos de lavaplatos, con villas y palacios en que ya no se hablará nuestro idioma, sino en la sección de los criados, se alza inaplazable.[236]

En una palabra, la consumación de la conquista pacífica. Rechaza ésta no por conquista, sino por ser en provecho de Estados Unidos, no de España; porque nunca hubo una conquista "ni más legítima, ni más fecunda, ni más limpia y gloriosamente lograda" que la española,[237] camino en que lo habían antecedido Alamán y Mora, y muy pocos años antes José Elguero, pero no José López Portillo y Rojas quien la calificó de una catástrofe tan íntegra y absoluta como jamás había habido otra en el mundo; para producirla sería preciso que seres extrahumanos vinieran a invadir la Tierra. López Portillo y Weber precisó que la conquista rebasó el dominio de lo material (fortuna, vida y tierra) para

trascender a lo espiritual, "despojando a toda una raza de su propia dignidad, tornando en polvo a sus plebeyos, en esclavos a sus reyes, en nigromantes a sus sacerdotes y en demonios a sus númenes".[238] Esquivel Obregón anticipó una tesis semejante en 1918 cuando calificó el derecho de conquista, de crimen "que deprime al conquistado y degrada al conquistador".[239] Veinte años después, en 1938, el mismo Esquivel Obregón juzgó penoso reconocer que los gobiernos del México independiente no habían sabido proteger a México como lo hizo España, tanto contra los elementos anárquicos internos como contra la presunción de los extranjeros, "ante los cuales los gobiernos invariablemente los han postergado". Y no por incapacidad congénita mexicana, las fuentes de la riqueza de México y su comercio se "encuentran en manos de extraños que de mil modos nos explotan y empobrecen".[240]

Notas al pie

[1] Treviño, *Memorias*, 1961, p. 199.

[2] Gamio, *Forjando Patria (pro nacionalismo)*, 1916, p. 161.

[3] González Blanco, *Carranza y la Revolución de México*, 1914, p. 15.

[4] Reyes, *El pasado inmediato y otros ensayos*, 1941, pp. 5, 8 y 32.

[5] *66th Congressy 2d Session, December 7, 1919-June 5, 1920. Senate Documents, Investigation of Mexican Affairs. Preliminary Report and Hearing of the Committee of Foreigri Relations. United States Senate pursuant to S. Res. 106 directing the Committee on foreign relations to investigate the matter of outrages on citizens of Unites States in Mexico*, Washington, Government Printing Office, 1920, vol. 10, p. 3399.

[6] *Ibid*.

[7] González Navarro, *Estadísticas*, pp. 34-35; CP 1930, por estados, cuadro XXV de cada uno de ellos; CP 1940, pp. 1 y 39; CP 1950, pp. 50-51; CP 1960, pp. 251-262; CP 1970, pp. 57-70.

[8] *66th Congress*, vol. 9, pp. 865 y 1464; vol. 10, pp. 2250, 2302 v 3311.

[9] *66th Congress*, vol. 9, pp. 845-865.

[10] Cardoso, *Mexican Emigration to the United States 1987-1931: Socio-Economic Patterns*, 1980, p. 62.

[11] *A Documentary history of the Mexican Americans*, 1972, p. 191.

[12] Turner, *The Dynamic of Mexican nationalism*, 1968, p. 213; Grebler, Moore y Guzman, *The Mexican American People: the nation's second largest minority*, 1970, p. 539.

[13] Nicolau D'Olwer: "Las inversiones extranjeras", tomo VII de la *Historia moderna de México*, 1965, p. 1173.

[14] Taylor Hansen, *La gran aventura en México: El papel de los voluntarios extranjeros en los ejércitos revolucionarios mexicanos, 1910-1915*, 1989, pp. 141-143, 146, 265-266, 280, 288-289 y 384-385.

[15] Madero, *Memorias y cartas*, 1956, pp. 132-134.

[16] Taylor Hansen, *La gran aventura*, pp. 80-81, 85, 91, 129-132, 339, 368 y 552-555.

[17] *Ibid*., pp. 296, 298, 307, 340, 342, 396, 428 y 467.

[18] *Ibid*. pp. 350-359, 430, 443-447, 450, 460, 513, 546 y 549.

[19] HM 107, pp. 428-440.

[20] HM 98, pp. 271-301.

[21] Taylor Hansen, *La gran aventura*, pp. 14-15, 565, 569, 578, 615 y 617.

[22] Bulnes, *The whole truth about a Mexico President, Wilson's responsability*, 1916, pp. 103 y 120-131.

[23] Turner, *The Dynamic*, p. 245.

[24] *66th Congress*, vol. 10, p. 2003.

[25] Turner, *The Dynamic*, pp. 209-214; Im 4 de junio de 1912.

[26] González Navarro, *La colonización en México*, pp. 64-65; González Navarro, *El porfiriato. La vida social*, tomo IV de *Historia Moderna de México*, 1959, p. 180; *66th Congress*, vol. 9, p. 1481; vol. 10, pp. 2574-2582.

[27] Sherwood Dunn, *The Diplomatic Protection of Americans in Mexico*, 1971, pp. 310-312.

[28] Calvert, *The Mexican Revolution, 1910-1914. The Diplomacy of Anglo-American conflict*, 1968, pp. 84 y 98.

[29] HM 118, pp. 232 y 235.

[30] Taylor Hansen, *La gran aventura*, p. 62.

[31] Schmitt, *México y Estados Unidos, 1821-1973. Conflicto y coexistencia*, 1978, p. 114.

[32] Wilson, *Diplomatic Episodes in Mexico, Belgium and Chile*, 1927, pp. 193, 211, 230-242, 245, 248-250 y 293.

[33] *Ibid*., 254-264.

[34] Ulloa, *La Revolución intervenida. Relaciones diplomáticos entre México y Estados Unidos (1910-19141)* 1971, p. 51.

[35] Calvert, *The Mexican*, 1968.

[36] Turner, *The Dynamic*, p. 221.

[37] Huerta, *Memorias*, 1957, p. 95.

[38] Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, 1985, pp. 372, 381-382, 398, 415, 479, 604 y 634.

[39] Wilson, *Diplomatic*, pp. 254-258, 261-268, 274-287, 304, 311-312, 333-335 y 341-345.

[40] Diadiuk, *Viajeras anglosajonas en México*, 1973, pp. 59-60.

[41] O'Shaugnessy, *A Diplomat's wife in Mexico*, 1916, pp. 48, 60 y 125.

[42] HM 23, pp. 380-381.

[43] Womack, *Zapata y la Revolución mexicana*, 1970, pp. 40 y 54.

[44] Fernández MacGregor, *El río de mi sangre. Memorias*, 1969, pp. 198-201.

[45] Katz, *La guerra secreta en México*, 1982, pp. 94-95, 98, 113, 224, 265 y 278.

[46] Fernández MacGregor, *El río*, pp. 202 y 226.

[47] Ulloa, *La Revolución*, p. 6.

[48] Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero 1917-1942*, 1981, pp. 77.

[49] Ulloa, *La Revolución*, p. 6.

[50] Turner, *The Dynamic*, p. 237.

[51] Treviño, *Memorias*, pp. 53-54.

[52] O'Shaugnessy, *A Diplomat's*, p. 3.

★ No conocemos la comprobación de esta excomunión, pero sí de la antipatía de *El País* (cuando ya escribía en él Bulnes) hacia la Revolución.

[53] HM 20, pp. 605-613.

[54] Ulloa, *La Revolución*, p. 197.

[55] Schmitt, *México*, p. 119.

[56] Ulloa, *La Revolución*, pp. 138, 150 y 157.

[57] *Ibid*., pp. 8C, 134-135, 143 y 146-147.

[58] HM 127, p. 396.

[59] Turner, *The Dynamic*, p. 247.

[60] Meyer, *México*, pp. 77-78.

[61] Zorrilla, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América*, 1965-1966, vol. II, pp. 256-259 y 261.

[62] *66th Congress*, vol. 9, pp. 920, 985, 1711 y 1719; vol. 10, pp. 1951, 2708 y 2717.

[63] García Riera, *México visto por el cine extranjero*, 1987, vol. II, p. 47.

[64] García Naranjo, *Memorias*, 1956-1967, p. 382.

[65] Turner, *The Dynamic*, p. 27.

[66] Womack, *Zapata*, p. 182.

[67] Huerta, *Memorias*, pp. 93-95 y 117.

[68] Taracena, *Zapata*, p. 44.

[69] *66th Congress*, vol. 9, pp. 1221-1224, 1271-1306 y 2688; Clendenen, *The United States and Villa*, p. 235.

[70] *66th Congress*, vol. 9, p. 1422.

[71] Cervantes, *Francisco Villa y la Revolución*, 1960, p. 54; Clendenen, *The United States*, pp. 21, 42, 59 y 66.

[72] Cervantes, *Villa*, p. 76; Clendenen, *The United States and Villa*, pp. 80, 135-136, 159-163 y 165-168.

[73] Clendenen, *The United States and Villa*, pp. 163-176 y 183-186.

[74] Clendenen, *The United States and Villa*, pp. 193-199; Campobello, *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*, 1940, p. 123. Varias hipótesis se han dado sobre por qué el gobierno de Estados Unidos reconoció a Carranza: la fuerza que éste adquirió en las batallas de Celaya y León; la necesidad de desembarazarse de ese problema ante el temor de una guerra contra Alemania y, sobre todo, la suposición de que Carranza luchaba por las clases populares, mientras que Villa se había convertido en un instrumento de los monopolios norteamericanos, principalmente de la Standard Oil. Según los partidarios de Villa éste no fue reconocido por Estados Unidos porque rechazó las "muy especiales" concesiones que le pidieron en Chihuahua, Tampico y, sobre todo,

en Bahía Magdalena. Para nuestro propósito más que intentar esclarecer el asunto, importa señalar su significación como parte de una actitud frente a Estados Unidos.

[75] Schmitt, *México*, p. 137.

[76] Treviño, *Memorias*, pp. 121 y 125-126.

[77] García Riera, *México*, vol. II, p. 66.

[78] Katz, *La guerra*, p. 353.

[79] García Riera, *México*, vol. II, p. 66.

[80] Clendenen, *The United States*, pp. 1, 193-194, 209-214, 225-230, 256, 290 y 292-294.

[81] Katz, *La guerra*, vol. I, pp. 317-318.

[82] Cervantes, *Villa*, pp. 587-588, 591, 595-598, 605, 607-610 y 635.

[83] *Informes Ver*, 5147-5148.

[84] Gamio, *Forjando*, pp. 267-268.

[85] Vasconcelos, *Aspects*, pp. 173 y 185-186.

[86] HM 97, p. 127.

[87] Schmitt, *México*, p. 138; Zorrilla, *Historia*, vol. II, pp. 309 y 313.

[88] HM 125, pp. 116 y 123.

[89] HM 101, pp. 116 y 123.

[90] Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, 1959, p. 560; Obregón, *Discursos*, 1932, pp. 252, 302, 313, 324, 343-344 y 348.

[91] *Memoria administrativa, geográfica y descriptiva del Distrito Federal. Presidencia del C. Gral. Dn. Plutarco Elías Calles, 1924 1928. Mensaje Presidencial* [s.f.], p. 33.

[92] González Navarro, *La colonización*, pp. 105-123; Doblado, *México para los mexicanos. El presidente Huerta y su gabinete. Documentos para la historia de la tercera independencia mexicana*, 1913, p. 84; *66th Congress*, vol. 9, pp. 277, 1007, 1019, 1025 y 1424; vol. 10, pp. 1975, 2033 y 2208.

[93] Djed Bórquez, *Lázaro Cárdenas (líneas biográficas)*, 1933, p. 16.

[94] Raat, *Revoltosos: Mexico's Rebels in the United States, 1903-1923*, 1981, p. 72.

[95] HM 42, p. 193.

[96] Katz, *La guerra*, vol. II, p. 199.

[97] Zorrilla, *Historia*, vol. II, p. 333.

[98] Inman, *Intervention in Mexico*, 1919, pp. VII-IX, 4, 6-10, 21 y 30.

[99] *Ibid.*, pp. 53, 78, 79, 86, 135, 140, 146-152, 169-171, 177-181, 186-192, 212-213 y 223-227.

[100] *66tb Congress*, vol. 9, pp. 6-7, 27-28, 1406 y 1744; vol. 10, p. 2075.

[101] *66th Congress*, vol. 9, pp. 167, 280, 283, 296, 303-304, 323, 528, 533 y 939-954.

[102] Menéndez, *Doheny el cruel*, 1958, pp. 75, 85 y 142.

[103] HM 105, pp. 127-129.

[104] *66th Congress*, vol. 9, pp. 376, 379, 381, 384, 386, 389, 392-394, 426, 430, 434-435, 477, 685, 696, 767-769, 867, 871, 936, 1131 y 1133.

[105] *Ibid.*, vol. 9, pp. 224, 1345-1346, 1355-1357, 1362-1363, 1375-1379, 1384-1388 y 1397.

[106] *Ibid.*, vol. 9, pp. 428, 1431, 1437-1438, 1464, 1468, 1474, 1673-1674, 1792-1793 y 1843-1844; vol. 10, pp. 1945-1947 y 1899.

[107] *Ibid.*, vol. 10, pp. 2204-2209, 2218, 2222, 2226, 2403, 2650-2657, 2661-2667, 3343-3345 y 3369-3373.

[108] HM 117, pp. 9-15.

[109] HM 94, pp. 215-219.

[110] De los Reyes, *Cine y sociedad de México, 1896-1930*, pp. 285, 296-298, 301-307, 332 y 536-537.

[111] HM 75, pp. 388 y 391-396.

[112] HM 74, p. 211

* En cursivas en el original.

[113] Pañi; *Las conferencias de Bucareli*, 1953, pp. 49-53, 59, 82-83, 139 y 176-177.

[114] Fernández MacGregor, *Autobiografía*, pp. 310-311.

[115] Gómez Robledo, *Los convenios de Bucareli*, 1938, pp. XL, 93, 104, 123 y 205-207.

[116] Cronon, *Josephus Daniels in Mexico*, 1960, p. 46.

[117] Gómez Robledo, *Los convenios*, pp. 190 y 200.

[118] HM 78, pp. 272-274 y 277.

[119] Sherwood Dunn, *The Diplomatic*, p. 422.

[120] Lavin, *Petróleo*, p. 316.

[121] García Granados, *Los veneros del diablo*, 1988, p. 20.

[122] José E. Iturriaga, *México en el Congreso de Estados Unidos*, 1988, p. 415, nota 22.

[123] Gómez Robledo, *Los convenios*, pp. 266 y 228.

[124] Fernández MacGregor, *Autobiografía*, pp. 362-363.

[125] HM 114, p. 268.

[126] Lavin, *Petróleo*, p. 267.

* Manuel Calero fue al mismo tiempo el principal abogado de la Huasteca Petroleum Company y ministro de Justicia de Madero; como se ha visto antes era primo de Genaro Fernández MacGregor.

[127] García Granados, *Los veneros*, pp. 35, 41, 55, 68-69 y 82.

[128] HM 62, p. 225.

[129] Monteón, González y Trueba Lara, *Chinos*, p. 85; MBCN 1924-1927, pp. 16-17, 20-23, 67, 136-138, 178-182 y 229.

[130] Espinoza, *El problema*, p. 210.

[131] *Ibid*., pp. 273.

[132] Espinoza, *El ejemplo de Sonora*, pp. 297 y 319.

[133] Monteón, González y Trueba Lara, *Chinos*, p. 86.

[134] Espinoza, *El ejemplo de Sonora*, 1932, pp. 279 y 283-287.

[135] AGN R Obregón-Calles, Paq 1-6, Leg 2, Exp 104/Ch-l.

[136] DDs 15 de diciembre de 1924, p. 14.

[137] AGN R Obregón-Calles, Raq 1-6, Leg 2, Exp 104/Ch-l.

[138] DDs 2 de septiembre de 1925, pp. 20-21.

[139] AGN R Obregón-Calles, Paq 1-G, Exp 104/Ch-l.

[140] DDN 2 de septiembre de 1925, p. 23; 27 de mayo de 1925, p. 5; 10 de julio de 1925, página 5.

[141] AGN R Obregón-Calles, Paq 16, Leg 2, Exp 104, Ch 1; DDs 5 de noviembre de 1926, página 11.

[142] *Historia de Sonora*, vol. IV, pp. 201-202.

[143] *Ibid*., p. 255.

[144] González Navarro, *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén*, 1979, p. 278.

[145] Pardinas, *Relaciones diplomáticas entre México y China, 1898 1948*, 1982, vol. I, página 421.

[146] Espinoza, *El ejemplo*, pp. 23, 89, 97-99 y 112.

[147] Monteón, González y Trueba Lara, *Chinos*, p. 32.

[148] Espinosa, *El ejemplo*, pp. 120, 136-137, 176-177, 192-193, 208, 333 y 368-371.

[149] Monteón, González y Trueba Lara, *Chinos*, p. 32.

[150] García Riera, *México*, vol. II, pp. 93, 120 y 150.

[151] DDs 2 de septiembre de 1925, p. 3; 27 de mayo de 1925, p. 5; 1º de julio de 1925, página 5.

[152] AGN R Obregón-Calles, Paq 16, Leg 2, 104/Ch-l; DDs 5 de noviembre de 1926, página 11.

[153] DDs 16 de febrero de 1927, pp. 4-5; 27 de diciembre de 1927, p. 12; DDd 2 de junio de 1928, p. 3; AGN R Obregón-Calles, Paq 16, Leg 2, Exp 124/Ch-l; MGob 1928-1929, página 140.

[154] MR 1928-1929, vol. III, pp. 1577-1578.

[155] MGob 1929-1930 p. 270; DDs 29 de octubre de 1930, pp. 26-27.

[156] MR Apéndice 1931-1932, pp. 322, 392, 414 y 504. De acuerdo con los datos censales de 1931, 3 167 habitantes de Sonora nacieron en China y 3 561 tenían la nacionalidad china (3 159 hombres y 402 mujeres); la diferencia entre los nacidos en China y los de nacionalidad china corresponde exactamente a las 402 mujeres mexica-

nas que seguramente adquirieron esa nacionalidad por haberse casado con chinos. De cualquier modo, las cifras de Espinosa son como cuatro veces superiores a las censales.

[157] AGN R. Obregón-Calles, Paq 1, Leg 2, Exp 104/Ch-l; Espinosa, *El problema*, pp. 80, 84, 116, 128 y 165.

* Sin embargo, en diciembre de 1931 se concedió un permiso de adquisición de predios urbanos en Torreón a un chino y tres en julio de 1932, y sendos permisos en Chihuahua y en Tamaulipas en marzo, abril y junio de 1937.

[158] *Memoria general e informe rendidos por el C. Rodolfo Elías Calles, Gobernador Constitucional del Estado, ante la H. XXXII Legislatura local, el 16 de septiembre de 1934*, p. 10.

[159] DDs 3 de noviembre de 1936, p. 14.

[160] Pardinas, *Relaciones diplomáticas* ..., 1982, pp. 428-429, 461-464, 468, 474-475 y 477-481.

[161] Monteón, González y Trueba Lara, *Chinos*, pp. 35, 101, 108, 110 y 112.

[162] *Ibid*., pp. 117-125.

[163] Herrera Carrillo, *Colonización del valle de Mexicali*, 1976, pp. 176 y 191.

[164] Juan Andreu Almazán, *Memorias*, 1941.

[165] Reyes, *La inmigración en Francia (1927)* 1947, pp. 7, 10 y 32.

[166] Monteón, González y Trueba Lara, *Chinos*, p. 36.

[167] Herrera Carrillo, *Colonización*, p. 175.

[168] Gamio, *Forjando*, p. 31.

[169] Calvert, *The Mexican Revolution*, pp. 27-29 y 50-51.

[170] Katz, *La guerra*, pp. 101-102.

[171] HM 75, pp. 372-374 y 379-385.

[172] Turner, *The Dynamic*, p. 236.

[173] Ulloa, *La Revolución*, p. 152.

[174] Vasconcelos y Gamio, *Aspects of Mexican Civilization*, 1926, p. 130.

[175] Ota Mishima, *Siete migraciones japonesas en México*, *1890-1978*, 1982, pp. 35 y 66-67.

[176] Inman, *Intervention*, 1919.

[177] *Memorias de don Adolfo de la Huerta, según su propio dictado*, 1957, pp. 176-179.

[178] Herrera Carrillo, *Colonización*, p. 159.

[179] Ota Mishima, *Siete*, pp. 67 y 73.

[180] *México y Japón en el siglo XIX: La política exterior de México y la consolidación de la soberanía japonesa*, 1976, p. 26.

[181] Ota Mishima, *Siete*, p. 73.

[182] *Ibid*., pp. 125-131 y 137-140.

[183] Yasuo Wakatsuki e Iyo Kunimoto (eds.), *La inmigración japonesa en Bolivia. Estudios históricos y socio-económicos*, 1985, p. 241.

[184] Vasconcelos, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viaje a la América del Sur*, 1925, p. 17.

[185] AMEM X C Correspondencia consulados, Veracruz 1869-1931, 2092 Sección Contabilidad, núm. 78.

[186] Illades, *México y España durante la Revolución Mexicana*, 1985, pp. 112-113.

[187] Womack, *Zapata*, pp. 31 y 76.

★ En español y en cursivas en el original.

[188] H. H. Dunn, *The crimson jester Zapata of Mexico*, 1934, pp. 4, 20, 43-44, 60-61, 90-94, 133, 140, 232-233, 277-278 y 281.

[189] *Capitales, empresarios y obreros europeos en América Latina. Actas del 66 Congreso de AHILA, Estocolmo*, 1983, vol. II, pp. 483-486.

[190] Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, 1985, pp. 215 y 646.

[191] *Capitales*, vol. II, p. 481.

[192] Máncisidor, *Historia de la Revolución Mexicana*, 1964, p. 242.

[193] AHSRE Protocolo 44.

[194] Chávez Camacho, *Misión de prensa en España*, 1948, pp. 104-106.

[195] AHSRE 16-12-185 protocolo 125.

[196] AHSRE 16-12-112.

[197] Illades, *México*, pp. 38-40.

[198] AMEM X C Correspondencia, Consulados Veracruz 1869-1931, 2092, núm. 114.

[199] AHSRE 16, 168 bis, Exp 5021.

[200] Turner, *The Dynamic*, p. 205; Barragán Rodríguez, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, 1946, vol. I, pp. 278-284; *66th Congress*, vol. 10, p. 1967; Taracena, *La verdadera*, vol. II, p. 119; Cervantes, *Villa*, pp. 59, 77 y 154.

[201] Obregón, *Ocho mil*, pp. 267-269.

[202] González Blanco, *Carranza*, pp. VI-VII, 11, 68-70 y 113-114.

[203] Marcos, *México y los españoles*, 1915, p. 5.

[204] Illades, *México*, p. 106.

[205] *Capitales*, vol. II, pp. 487-488.

[206] Illades, *México*, pp. 162, 168-181 y 191-230.

[207] Gamio, *Forjando*, pp. 214 y 276-282.

[208] García, *Consideraciones sobre la actual guerra europea*, 1917, pp. 66-67 y 82-83.

[209] Ramón del Valle-Inclán, *Publicaciones periodísticas*, 1952, pp. 12, 29-32, 35-42 y 168-171.

[210] Ascensión H. de León-Portilla, *España desde México. Vida y testimonios de transterrados*, 1978, pp. 7 y 11.

[211] De los Reyes, *El cine*, p. 194.

[212] HM 29, pp. 69-78; HM 94, pp. 208-214; Cosío Villegas, *Memorias*, 1976, p. 66.

[213] *Ibid.*, p. 77.

[214] Gamboa Ojeda, *Los empresarios de ayer. El grupo dominante en la industria textil de Puebla, 1906-1929*, pp. 118-119, 148, 150, 159, 196, 223 y 239.

[215] Kenny, García, Icazuriaga, Suárez y Artis, *Inmigrantes y refugiados españoles en México. Siglo XX*, 1979, pp. 54-56.

[216] Im 12; Pa 12 de junio y 28 de julio de 1912.

[217] Alcázar, *El gachupín: problema máximo de México*, 1934, pp. 3 y 35-40.

[218] AGN R Obregón-Calles, Paq 40, Leg 6, Exp 307/A-18.

[219] AGN R Obregón-Calles, Paq 106, Leg 6, Exp 818/E-28 (2).

[220] AGN R Obregón-Calles, Paq 104, Leg 6, Exp 818/A-59; Paq 107-1, Leg 3, Exp 818/L-119.

[221] AGN R Obregón-Calles, Paq 60, Leg 3, Exp 707/A-37.

[222] De los Reyes, *El cine*, vol. II, p. 110.

[223] González Navarro, "La era de Sama Anna", en *Historia Documental de México*, 1984, pp. 189-190; González Navarro, "La independencia", p. 164.

[224] HM 94, pp. 251-307; AGN R Obregón-Calles, Paq I A, Leg 1, Exp 104/G-19.

[225] AGN R Obregón-Calles, Paq 106, Leg 5, Exp 818/E-23.

[226] Esquivel Obregón, *La influencia de España y Estados Unidos sobre México*, 1918, pp. 13, 66-67, 76, 108 y 195.

[227] Elguero, *España*, pp. 13, 26, 73, 142-146, 152 y 178.

[228] HM 44, pp. 216-217.

[229] Alessio Robles, *Las dos razas*, 1928, pp. 64, 66-70, 179-180, 195-197, 249-250 y 262-263.

[230] Alcázar, *El gachupín*, pp. 9, 12-16 y 68.

[231] Bojórquez, *La inmigración española en México*, 1932, pp. 8 y 16-17.

[232] HM 94, p. 228.

[233] Almazán, *Memorias*, pp. 55-57.

[234] Vasconcelos, *Indoiogía. Una interpretación de la cultura iberomericana*, 1926, pp. 7-9 y 19-22.

[235] Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo*, pp. 10-12.

[236] Vasconcelos, *Breve historia de México*, 1938, pp. 13, 131, 281, 300, 367, 381-382, 448, 466, 491, 496-497, 503, 517 y 597.

[237] *Ibid.*, p. 33.

[238] Páez Brotchie, *Jalisco. Historia mínima*, 1940, vol. I, p. 57.

[239] Esquivel Obregón, *Influencia*, p. 88.

[240] Esquivel Obregón, *Apuntes para la historia del derecho en México*, 1938, vol. II, página 492.

3. ¿LA XENOFILIA?

INGLESES Y FRANCESES

Los pocos suizos que inmigraron a México se ocuparon en la relojería, la hostelería, la agricultura y la minería, o bien trabajaron como ingenieros; uno de éstos, de nombre Weniger, director técnico adjunto de la Compañía Minera de Peñoles, Durango, fue asesinado en 1913. En 1930 se estableció una sucursal de la Nestlé, que comenzó a trabajar en 1935 y a partir de 1954 se expandió rápidamente. En 1975 las inversiones suizas figuraban en tercer lugar, después de las de Estados Unidos y de Gran Bretaña.[1] Más sonado aún fue el asesinato del inglés William S. Benton en febrero de 1914 llevado a cabo por Villa, quien alegó defensa propia. La prensa europea reaccionó agriamente considerando que había sido la muerte innecesaria de un extranjero no involucrado en la guerra civil mexicana, y acusó a Estados Unidos de responsabilidad porque ellos habían armado al guerrillero duranguense, pero Carranza rechazó este argumento como una injerencia en los asuntos mexicanos.[2] El hijo de Porfirio Díaz agradeció en el exilio a Pearson la ayuda que dio a su familia; la empresa El Águila se convirtió a mediados de 1914 en un lugar más seguro que la propia capital gracias a que proporcionó petróleo al almirantazgo británico, para envidia de los norteamericanos que sufrieron las consecuencias del asesinato de Madero, tanto en pérdida de vidas humanas como en la confiscación de algunas de sus propiedades.[3] Sin embargo, dos años después un

mexicano, empleado de Pearson fue sumariamente ejecutado y en 1917 lo fueron dos ingleses más; al año siguiente, varios soldados pidieron dinero y alimentos a su gobierno porque no tenían nada que comer.[4] Desde mediados de 1916 Cowdray cambió la bandera mexicana de sus barcos petroleros por la inglesa. Aunque en 1918 Carranza se apoderó del ferrocarril y de las propiedades que Pearson tenía en el istmo de Tehuantepec, no se atrevió a expropiarlo por temor a la Gran Bretaña. Cuando Pearson asumió la presidencia de la Universidad de Aberdeen en 1920 defendió el pago a destajo con garantía de un mínimo y un bono por ganancias como el salario ideal. Ignoramos si aplicó este criterio en México, o lo reservó a los europeos. De cualquier modo, Cowdray también ofreció ayuda financiera a su protector Limantour pero éste no la aceptó.[5] Se ha dicho que ni a Limantour ni a Cowdray se les probó nunca corrupción en sus negocios, pero sí a los petroleros americanos Pierce y Doheny. Aunque Cowdray tuvo a su favor la construcción del hospital inaugurado en 1923, con un costo de 130 000 libras,[6] de cualquier modo, el mayor Francisco J. Grajales, agregado a la legación en Alemania, escribió en Berlín el 30 de diciembre de 1938 que temblaba por la "ligereza" con que la dictadura porfirista cercenó el sureste de la República; consecuentemente pidió que se prohibiera la instalación de individuos o colonias extranjeras en el istmo, así como en las zonas petroleras y en las regiones de valor estratégico. Inglaterra, con "malvada intención" o lejanas previsiones, había cerrado la bahía de Chetumal al trazar las fronteras de Belice.[7] En cambio, la Cornish Association, fundada en la ciudad de México en 1919, el 23 de junio (onomástico del príncipe de Gales y duque de Cornwall) celebraba tranquilamente un picnic en Xochimilco, al que asistieron varios diplomáticos ingleses y más de 200 *cornishmen*, en compañía de sus esposas y amigos.[8]

Los franceses figuran entre los extranjeros que primero inmigraron a México. Existe la anécdota acerca de un cónsul francés que convenció a los colonos de San Rafael en 1913 de que para protegerlos se registraran como franceses por la módica suma de 1.50 pesos, y como al año siguiente desapareció el consulado, ellos mismos se hacían la broma de que eran "franceses de a uno cincuenta". Con la carretera Teziutlán-Nautla aumentó la inmigración mexicana y con ella los matrimonios mixtos y el uso del español al lado del francés. En buena medida estaban asimilados a México, sin que por eso olvidaran a Francia, desde luego conservaron su excelente cocina.[9] Cuando Alfonso Reyes escribió sobre la inmigración francesa todavía se sabía poco de San Rafael (en cierta forma don Alfonso sabía más de Francia que de México). Aunque a causa del éxodo rural Francia necesitaba atraer con urgencia agricultores, el Estado francés había intentado responder a esa necesidad con un laberinto de decretos particulares. México tenía como vecino a Estados Unidos, país de inmigración, potencia "algo invasora" dice Reyes con piadoso eufemismo. Nuestro país debía robustecer en su población blanca un sentimiento de equidad y de respeto a la dignidad humana del indio, estimularle su apego a los bienes terrenos; la educación por otra parte, podía corregir estos escollos en un siglo, pero una inmigración intensa podría ayudar a disolverlos "con relativa rapidez". Se refirió a las ya mencionadas semejanzas con los chinos, y a que otros, por afición a la disciplina militar o por mera aversión a Francia, pedían una mezcla germánica; otros más por novedad querían húngaros, polacos o checos. En fin, algunos pensaban en el ejemplo fecundo, "aunque no sin peligros", de los italianos en Nueva York o en Argentina. Pocos deseaban la mezcla española que, pese a algunos errores, había producido "repúblicas y pueblos capaces de vida autonómica y civilizada". Otros por un nacionalismo extremo rechazaban toda mezcla extranjera como una perversión. Reyes no estaba convencido de las facili-

dades que daba Francia a la docencia de profesores extranjeros, en realidad, nunca se habían autorizado escuelas privadas extranjeras por el temor a crear minorías étnicas inasimilables. Este problema, en nuestro país, referido a los españoles era grave por el individualismo español y por su dispersión en México, cuestión también ya aludida. Recordó que Charles Maurras denunció la influencia del meteco en la literatura y en las artes en Francia: "París mismo apenas comienza a sentirse, después de la guerra, una capital cosmopolita".[10]

Entre los pocos franceses que vinieron a México destacaron los emigrados por causa de la revolución de 1848; la comuna de París de 1871 obligó a emigrar al sindicalista Jahn, veterano de esa lucha.[11] Es excepcional la inmigración del brigadier forestal Burcez, quien prorrogó su contrato por un nuevo periodo de tres años a partir de 1912.[12] Como la Revolución afectó a los franceses, Pedro Fourtoul en 1913 la llamó "esta mala revolución", pero su maldad fue mayor en daños económicos que en pérdidas humanas. R. Cuzin, fue un barcelonete que llegó a México en 1890 o en 1892, en la época en que los *seitres* (los recién llegados) se alojaban en la azotea de los almacenes (eso sí, bien alimentados por una cocinera generalmente francesa). Cuzin consignó en su *Journal* la Revolución en Guadalajara del 25 de noviembre de 1914 al 7 de julio de 1915. Fue testigo ocular de la ocupación de las casas de algunos prominentes porfiristas (Pérez Verdía, Ahumada, Fernández Somellera, Questa Gallardo, etc.), por el ejército de Obregón. Algunas de estas casas fueron devueltas después de haber sido saqueadas: *"Imaginez ces Indien vêtues des robes des principales dames d'ici"*. También la mayoría de los automóviles fueron robados: los salvaron los alemanes Scheneider y Collignon, dos americanos, el barcelonete dueño de la tienda de ropa El Nuevo Mundo y el mismo Cuzin. En diciembre de 1914 la mayoría de los franceses se inclinaba por Villa, desde luego todos los que tenían algo que perder. El 6 de di-

ciembre se aplicó él artículo 33 constitucional a Paulsen, hijo de un austríaco, se ignora la causa pero se sabe que tres mexicanos fueron aprehendidos porque vitorearon a Villa.

Como las facciones entraban y salían de Guadalajara, el 17 de diciembre una multitud jamás vista aclamó a Villa; esto lo atribuye a la estimación por este guerrillero y a la aversión por los que habían salido. Cuando el día 18 Villa pidió un préstamo de un millón de pesos, Ramón Garibay le preguntó si eso incluía a los extranjeros; como Villa respondió que él no había invitado a esos señores, según Cuzin eso significaba que comenzaban a ser detestados. Cuando dos franceses comentaron en voz alta (en francés) que debían contribuir voluntariamente, Cuzin recordó que el ministro francés les había explicado que no estaban obligados a hacerlo. Cuzin escribió satisfecho que esa tarde del 18, Villa fue aplaudido al visitar su almacén, La Ciudad de México. El 9 de enero de 1915 se dispuso que a los extranjeros que ayudaran a los mexicanos a ocultar sus bienes se les confiscarían los suyos. El 31 de enero ondeaban las banderas en las casas extranjeras, y cuatro días después fue fusilado un oficial que robó su portafolios a un chino. Con desprecio, Cuzin escribió que el 23 de abril en una reunión celebrada en la presidencia municipal *les demi-indiens*, para dar valor a los billetes villistas, dijeron que esa asamblea era soberana. Las cosas empeoraron cuando el 4 de mayo los carrancistas ordenaron que se volvieran a pagar las contribuciones ya pagadas a Villa; entonces los extranjeros decidieron resistir hasta el último extremo. Más directo fue el peligro en que el español José Colado (expulsado por Díaz y de regreso en México con rango de mayor del ejército) arengó a los obreros de Atemajac ofreciéndoles aumento salarial, jornada de ocho horas, que no pagaran el alquiler de sus casas y un día de salario suplementario. Según Cuzin los obreros nada reclamaban porque sabían que se había hecho por ellos lo más posible. Muy diplomáticamente, los franceses prometieron hacer lo más que pudieran,

pero tomando en cuenta las pérdidas que habían sufrido acabaron diciendo: "no podemos prometer nada".

El cónsul americano recibió la orden de proteger a todos los extranjeros. Según Cuzin, en el ejército de Carranza militaban muchos españoles, algunos de ellos naturalizados mexicanos. Las cosas se agravaron el 12 de mayo cuando el gobernador reprochó a unos 8 o 10 franceses y a un americano que no le hubieran entregado la lista completa de sus precios y de sus existencias, y cuando ellos le respondieron que ya lo habían hecho, les pidió las facturas porque se sabía que habían aumentado diez veces los precios de sus mercancías. El director de los bienes confiscados exigió a los extranjeros que se sometieran a las leyes, y "si no están contentos, pueden irse. Sólo vienen a México a enriquecerse", y amenazó que una ley restringiría el derecho a la propiedad sólo a los extranjeros que se naturalizaran mexicanos. A Alfred Lébre (de La ciudad de París) y a Cuzin se les exigió bajo pena de confiscación vender su harina, en virtud de las compras ilegales hechas por Javelly; todo el mundo, en particular los abarroteros, acusaban a los franceses de acaparar los artículos de primera necesidad, al grado de que se temía que sus tiendas fueran asaltadas. Explicaron a la autoridad que no comerciaban con harina ni tenían artículos de primera necesidad. Las cosas empeoraron ese mismo 12 de mayo porque se insistía en que los franceses eran cómplices de Javelly; Alfred Lèbre, Pierre Signoret, Thèofile Lèbre y el propio Cuzin propusieron al gobernador que los fusilara si encontraba esos artículos en sus tiendas; en respuesta sólo les mostraron los artículos periodísticos en que se les acusaba de esa ocultación. Los ataques de la prensa continuaron. El 20 de mayo se les calificó de "judíos sin conciencia".

Seguramente más por temor que por justicia o por caridad el 23 de mayo pensaron estudiar el aumento de los salarios reduciendo el precio de venta de los artículos extranjeros en 25% y el de los nacionales en 10%. Aunque el 4 de junio aumentaron el

salario a los obreros y a los empleados de la Compañía Industrial de Guadalajara y de la Compañía Industrial Manufacturera, al día siguiente arreciaron los ataques a los extranjeros, en particular a los franceses acusados de villistas; aunque rechazaron esa acusación no era del todo falsa, pues Cuzin comentó el entusiasmo con que fue recibido Villa al entrar a Guadalajara. A las imprudencias de Javelly se unieron las de Alfred Lèbre, quien se condujo de una manera que amenazó con perjudicar a toda la colonia francesa. El 7 de junio la prensa amenazó a esa colonia con sacarle sus trapitos al sol, y el 11 de ese mes, el presidente municipal Luis Castellanos Tapia insistió en que le mostraran las facturas y en fijar precios muy bajos; dos días después, Javelly fue multado con 500 pesos porque no respetaba los precios (según Cuzin los franceses vendían muy caro obligados por la depreciación de la moneda). El 15 de junio cuando varios soldados carrancistas se parapetaron en su casa para combatir a los villistas, Cuzin protestó aduciendo que eran extranjeros, los soldados enfurecidos respondieron que los extranjeros sólo venían a México *pour têter*, pero también debían sufrir las consecuencias. La prohibición del gobierno francés de que no comerciaran con los alemanes creó algunos problemas. Cuzin, por ejemplo, que ya había renovado un contrato con Collignon, trató de explicar a su ministro en México esta situación y, de cualquier modo, veía grandes dificultades para obtener el rembolso de su dinero. En fin, el 7 de julio se congratuló del buen trabajo de unos ingleses en su fábrica de El Salto.[13]

La hija de Cuzin, al parecer nacida en México, completa este relato. Ella estudió en la Escuela del Sacré-Coeur de Guadalajara, dirigida por una francesa, donde las clases se daban en español pero las alumnas entre sí hablaban en francés, hábito que conservó para comunicarse con sus amigas francesas. Confirma que muchos de los franceses movilizados por su padre en 1914 (era el cónsul francés) no regresaron a México, en cambio, ningún ale-

mán fue movilizado; los alemanes por cierto no competían con ellos, pues se dedicaban a la quincallería. Los franceses se debilitaron y los alemanes se fortalecieron. Ella regresó a México en 1923, después de haber concluido su bachillerato en La Sorbona, dato seguramente inexacto porque ésta es la Facultad de Letras. Gran escándalo causó su matrimonio con un belga; cabe preguntarse qué habría pasado si se hubiera casado con un mexicano, sobre todo si éste era pobre. En las páginas escritas por la hija de Cuzin abundan los errores geográficos e históricos; por ejemplo, atribuye a Calles la construcción de la carretera México-Guadalajara; que la "Decena trájica ocurrió *a la Noel de 1913"*; que Calles a pesar de todo, era católico porque bautizó a todos sus hijos y porque las flores que recibía su esposa en el Hospital Francés, las regalaba a la capilla de este hospital. En la hija de Cuzin más importante que la nacionalidad es la conciencia de pertenecer a la clase dominante y a una raza superior. Por ejemplo, cuando fue a "Cirabuen" *Les Indiens se mettaien a genoux devant nous. Ils n'avaient jamais vu de femmes blanches et blondes"*. Según ella, Genin probó que durante la ocupación española en la iglesia de Santo Domingo, Oaxaca, *vraiment un homme été crucifié*, era el Cristo que todavía se veneraba; cuando ella entró a esa iglesia tuvo que huir para no ser linchada por los fieles. Padre e hija rechazan a los trabajadores; el primero atribuyó la petición de aumento de salario a fines de 1914 de los obreros de Atemajac a que se aprovechaban que Europa estaba muy ocupada en ese momento; la segunda rechaza que los *seitres* estuvieran mal alojados, ya que tenían recámaras con baños correctos, y elogia lo mucho que México debía a Miguel Alemán. Califica de enorme la obra de los barcelonetes: Alianza Francesa, Club France, "aun" el IFAL, el Liceo Franco Mexicano, el Hospital Francés y los almacenes Liverpool y París-Londres que pertenecían a ella y a sus hijos. En suma, hablata como "hija de cónsul, esposa de cónsul, madre de cónsul",[14] pero también como burguesa eurocentrista, indepen-

dientemente de su nacionalidad mexicana o francesa. Un investigador francés en 1976 profetizó que en una década nada quedaría de los barcelonetes, pues sus negocios importantes ya habían sido dilapidados por sus hijos.[15]

Al parecer la participación de los barcelonetes pobres en la defensa de Francia durante la primera guerra mundial incrementó la decadencia de este grupo. Participaron en ella 1 238 hombres, de los cuales murió una quinta parte.[16] Se ha acusado a los barcelonetes ricos de haber devuelto, aprovechando la primera guerra mundial, una mano de obra inútil, y de que conservaron a los mejores trabajadores declarándoles personal indispensable. El regreso de algunos de estos empresarios barcelonetes fue visto con recelo en su país porque sus fortunas eran demasiado grandes para ser honestas y también por su falta de solidaridad con el porvenir de la colonia al liquidar sus bienes en el momento en que sus empleados luchaban en Francia. Desengañados, muchos de estos soldados, al terminar la guerra ya no regresaron a México. Los barcelonetes tuvieron su edad de oro en México durante el porfiriato y decayeron entre 1918 y 1939. En suma, se distinguen tres grupos en la colonia francesa: 1) el tradicionalista, 2) el modernista (matrimonios mixtos) y 3) los mexicanizados. Entre estos últimos se cuentan quienes por no haber triunfado rápidamente en sociedad se asimilaron, y aquellos para quienes la especificidad "barcelonete" se convirtió en confuso recuerdo.[17] Es significativo que en la segunda guerra mundial sólo combatieron voluntarios, *les cadres restaient au Mexique*.[18]

ALEMANES Y GUATEMALTECOS

G. Pagentscher escribió al derrocado presidente Díaz, desde Baden, manifestándole en nombre de la colonia alemana en México, su adhesión y admiración.[19] Más belicoso fue el cónsul alemán en Monterrey, a quien en 1914 se acusó de que organizaba

una rebelión de negros, indios y mexicanos.[20] Al año siguiente, se fundó la Asociación de Súbditos Alemanes del Imperio en México. Como sus fines eran de propaganda se consideró de gran importancia, el aprendizaje del alemán. Se calculó en 40 el número de alemanes, o bien de mexicanos de ascendencia alemana, en el ejército de Carranza. El ministro del káiser proyectó aprovechar a la Iglesia católica de Guadalajara en sus propósitos pero fracasó en este intento.[21]

En vista de la importancia del petróleo mexicano (en manos de ingleses y de americanos) el Departamento de Estado fue informado a mediados de 1918 que la Constitución de 1917, en particular su artículo 27, fue obra de un enviado del ministro alemán Heinrich von Eckart a fin de privar de este energético a Estados Unidos y a sus aliados.[22]

Los diplomáticos ingleses estaban seguros de que los alemanes hacían todo lo posible por enredar a Estados Unidos en una guerra contra México. Por ejemplo, el rumor de que en Tampico se preparaba el incendio de los almacenes de petróleo, hizo que se duplicara su vigilancia, con todo hubo algunos accidentes pero no se pudo probar que los hubieran causado los alemanes, pero sí que patrocinaron algunas huelgas contra El Aguila. Desde diciembre de 1916 el embajador alemán Von Eckart "aparentemente" ofreció a Carranza 60 000 pesos a cambio de la construcción de una base submarina en Tamaulipas; los alemanes además intentaron realizar el célebre plan Zimmerman, pero Inglaterra neutralizó con éxito esta situación en parte gracias a Peláez.[23]

En 1913 se estimó en 3 000 el número de alemanes avecindados en México, entre los cuales había comerciantes y médicos que se movían en los círculos más elevados; seis años después, un *trust* eléctrico alemán consideraba a México un campo fértil para los empresarios alemanes.[24] Los comerciantes alemanes vecinos de la capital (sobresalen J. Félix y Compañía, el ferretero Boker,

Wagner y Levien, vendedores de artículos musicales, etc.), continuaron subsidiando el Colegio Alemán.[25]

Los alemanes del Soconusco forman otro grupo alemán muy importante. Al iniciarse la primera guerra mundial algunos alemanes fueron aprehendidos en un barco español en el que se dirigían a Europa y se les encarceló en Canadá. Ya terminada la guerra, en 1922, la productividad de las fincas alemanas en Chiapas era la mayor: éstas, que sólo constituían el 34% producían 53%; las mexicanas (27%) únicamente el 21%; las españolas (14%) sólo 6%; en fin, las americanas (11%) producían únicamente 7%. Ingleses, franceses y suizos también tenían algunas propiedades en esa región. En realidad, algunos de estos finqueros ya habían nacido en México pero se educaron en Alemania, y al regresar a nuestro país aprovecharon su nacionalidad mexicana.[26]

Erasto Urbina (hijo de padre mestizo y madre chamula) fue encargado en 1928 por Migración para identificar en Suchiate y Comitán a los trabajadores ilegales: reportó rusos, alemanes, españoles, "hindúes" y numerosos centroamericanos; a estos últimos por su "sangre latina" y vecindad les gustaba mucho venir a México. En 1932 cuando se le designó jefe del servicio montado para vigilar la frontera, comprobó que muchos guatemaltecos que entraban a Chiapas por veredas acompañados de sus mujeres e hijos, se acasillaban en las fincas, y que los finqueros impedían su deportación utilizando radio inalámbrico. Su comida era insuficiente y sus jornadas excesivas porque trabajaban a destajo.

Pasaban la noche encerrados en jacalones de tablas, y como los domingos se les obligaba a acarrear leña no tenían tiempo de bañarse ni de lavar su ropa; si enfermaban no se les curaba, y si huían fácilmente se les aprehendía. Urbina renunció a su cargo en 1934 en protesta porque su nuevo jefe no aceptó su deseo de proteger a los mexicanos; dos años después la Procuraduría General de la República lo comisionó en San Cristóbal, donde fundó el Sindicato de Trabajadores Indígenas pese a la oposición de

los finqueros. Erasto calculó de 5 000 a 6 000 los acasillados, los cuales entre 5 y 10 por ciento eran mexicanos, el resto eran guatemaltecos que llegaban con sus propios medios, procedentes del Departamento Occidental de San Marcos. Por su conocida frugalidad y resistencia, se les prefería en lugar de los mexicanos en abierta violación de la ley mexicana. Como se ha visto se introducían cargando hasta el metate, pollos y otros animales domésticos, haciéndose pasar como mexicanos (cosa que facilitaba su aspecto físico) y, de cualquier modo, protegidos por las autoridades locales.

Cárdenas creó la Comisión Demográfica Intersecretarial el 24 de abril de 1935 que los naturalizó mexicanos para repartirles tierras. Como esto no entraba en los planes de Urbina ni de los propios guatemaltecos, el Sindicato Unico de Trabajadores de la Industria del Café y los comunistas los alentaron a luchar por la tierra. En 1927 se restituyó al pueblo Acacoyagua parte de las tierras que les habían quitado para dárselas a los colonos japoneses. Cuando se afectó a Adolfo Giesemann, éste calificó de absurdo que se les dieran tierras a los invasores guatemaltecos. En 1931 tras nacionalizarlos mexicanos, se reconoció la "venta" de sus tierras. De cualquier modo, Kahle objetó que se hubiera incluido 95% de guatemaltecos en el censo de Urbina. El presidente Cárdenas felicitó a Giesemann porque renunció a ser indemnizado, pero rechazó que los guatemaltecos constituyeran un peligro para México.[27]

En 1938 se calculó en 10 000 el número de guatemaltecos que de una manera fraudulenta entraban a México anualmente; las autoridades mexicanas decidieron obrar con cautela para evitar represalias a los 35 000 mexicanos que vivían en la frontera guatemalteca, y que tenían mejor situación económica que los guatemaltecos en Chiapas. En la región de Soconusco se localiza el problema: en 1938 se calculó que de sus 180 000 habitantes las tres cuartas partes eran mexicanos, 3 840 optaron por la nacio-

nalidad mexicana y 395 por la guatemalteca. Con la reforma agraria, la pugna se agravó por la pretensión de excluir de las dotaciones ejidales a los guatemaltecos de origen, actitud contraria a la política gubernamental, favorable a la naturalización privilegiada para los indolatinos, "quienes por su origen étnico, afinidad lingüística, condiciones económicas, estado, cultura y tradiciones históricas, no presentan diferencias sustanciales". El problema se agravó también por la depreciación del café en el mercado mundial y por la dificultad de impedir la inmigración guatemalteca fraudulenta, motivada por la servidumbre que padecían, con sus salarios de cinco centavos americanos. El gobierno mexicano se guió en este problema no por preferencias raciales, sino por "una lógica solidaridad de clase".[28]

Durante la presidencia de Cárdenas, 34 000 personas recibieron comprobantes de nacionalidad mexicana, 4 300 guatemaltecos de origen obtuvieron carta de naturalización mexicana y 1 600 hijos de guatemaltecos optaron por la nacionalidad mexicana.[29] No faltaron, sin embargo, críticas a la política oficial; se negó que el florecimiento del café y del plátano en Soconusco se debiera a los guatemaltecos y se le atribuyó a los 15 000 a 20 000 chamulas que bajaban anualmente a trabajar esos productos; pero al implantarse el salario mínimo, se prefirió a los guatemaltecos por su baratura. Estos recibieron gran parte de los beneficios de la reforma agraria: hubo ejidos en que ellos fueron la casi totalidad de los beneficiarios. La alegada dificultad para conocer la nacionalidad de los habitantes de esa región, en opinión de algunos, sólo fue un problema de venalidad de los empleados federales mexicanos, quienes por unos cuantos pesos convirtieron en mexicanos a millares de guatemaltecos. En 1941, frescas las anexiones territoriales nazis, llegó a temerse que Guatemala, con ayuda de alguna potencia enemiga, pudiera "crearnos un Súdete en México" porque en aquel país existía la doble nacionalidad.[30] Ese año el delegado del Departamento Agrario apoyó la moción

para que no se les dieran tierras a los guatemaltecos, pero la Suprema Corte de Justicia dispuso lo contrario. Sin embargo, cuando solicitaron las tierras de Giesemann, el censo se anuló por la "nacionalidad no definida" de los solicitantes que, además, eran acasillados.

La Comisión Demográfica Intersecretarial otorgó en 1947 constancias de nacionalidad mexicana a 749 habitantes de Soconusco.[31] México sufrió poco después un doble problema braceril, en el norte y en el sur, sólo que en éste los "espaldas mojadas" eran guatemaltecos; en 1952 se calcularon en 10 000, que se empleaban con éxito en las fincas cafetaleras, porque aceptaban más bajos salarios que los mexicanos.[32] Al año siguiente se estimó que estos braceros ganaban un salario promedio de cinco pesos diarios, por lo que en tres o cuatro meses de trabajo reunían entre tres y cuatro millones de pesos. El número de braceros guatemaltecos fue creciendo, en particular el de los "espaldas mojadas" del Suchiate, por la falta de vigilancia, y además porque la cosecha guatemalteca terminaba cuando se iniciaba la chiapaneca. Con frecuencia se pagaba a los braceros guatemaltecos en quetzales. A fines de 1954 se calculó en 30 000 el número de braceros guatemaltecos, quienes dejaban al país una contribución de un dólar al entrar y otro al salir; en total 60 000 dólares, y además el producto de sus compras en tierras mexicanas.[33]

A mediados del siglo se desintervinieron las fincas de los alemanes. La mayoría de los propietarios obtuvo certificado de inafectabilidad agraria a nombre propio o por medio de prestanombres. La recuperación de Alemania y la expansión de Estados Unidos facilitó el financiamiento extranjero.

Además de las reclamaciones de Soconusco, 139 alemanes reclamaron los daños sufridos en 1910-1920: más de 70% en propiedades rurales, el resto a comerciantes por préstamos forzosos y mercancías robadas; esto sucedía en particular en las ferreterías, que era uno de sus mayores negocios, como ocurrió en Pue-

bla, Mérida, Tuxtla Gutiérrez, en el Río Bravo, en Tamaulipas, León, Tuxpan (Nayarit), Monterrey, Parral, Morelia, Uruapan y el Distrito Federal. Sólo hubo reclamaciones por la muerte de dos alemanes en la fábrica textil La Covadonga en 1912, caso ya mencionado. Al igual que otros en situación semejante, el vincecónsul alemán en Chiapas izaba su bandera para protegerse; Madero había permitido al ministro alemán que solicitara que su país le enviara carabinas y cartuchos, y dos años después Von Hintze defendió las armas, propiedad del Colegio Alemán, porque pertenecían a Alemania. La gran mayoría de los alemanes no sólo salió ilesa de la Revolución sino enriquecida porque muchos los utilizaron como prestanombres; así se hizo en Guadalajara. De cualquier modo, Von Eckart temió que los revolucionarios acabaran con la "obra de civilización" emprendida por los alemanes en Chiapas.[34]

Por otra parte, en la década de los veinte chocaron los alemanes en México con las casas alemanas que tenían su matriz en Alemania; de cualquier modo, en 1926 se fundó la Unión del Comercio Alemán, entre otros fines para evitar la difusión de artículos contrarios a la "germanidad" y para "evitar la mendicancia de los alemanes en México". Tres años después se fundó la Cámara Alemana de Comercio, al igual que las de españoles, franceses, norteamericanos, italianos, chinos, libaneses y sirios, pero en 1935 Cárdenas las prohibió porque eran extranjeras. Todo los comerciantes extranjeros protestaron porque se entorpecería el comercio internacional, en el cual a nuestro país sólo le correspondía el papel de abastecer de materías primas. Al expedirse en 1931 la primera Ley Federal del Trabajo los empresarios alemanes persuadieron a sus empleados extranjeros a naturalizarse mexicanos, sobre todo a los de bajos puestos, bajo amenaza de perder su empleo. En los años veinte las grandes empresas empleaban gran número de cajeros, agentes viajeros, gerentes, técnicos, químicos. En general predominaba la clase media con un

salario entre 100 y 350 pesos. Los especialistas alcanzaban a ganar de 300 a 500 pesos.[35]

El Colegio Alemán tuvo gran importancia cultural y política. En 1927 incorporó a la Secretaría de Educación Pública sus estudios de primaria y de secundaria, al tiempo que se planteaba cómo podía suplir México a su patria. En cuanto escuela alemana quería que los alumnos estudiaran el idioma, la historia y la literatura alemanas; como colegio en el extranjero, tenía que contar con impresiones contradictorias sobre su patria, y como la mayoría de los estudiantes tenía que pasar su vida en el extranjero, era necesario darles conocimientos sobre el país anfitrión para hacerlos aptos en la competencia "para la obtención del pan de cada día". En 1933-1936 adquirió las obras de Hitler, Goebels y Rosenberg, así como las de Gunther, Clauss y Burgmuller sobre estudios raciales y familiares. Entre 1934 y 1942 sobresalen estos temas de estudio:

> ¿Son los extranjeros una bendición o una desgracia para México?
>
> ¿Cómo podemos apoyar a nuestra patria en su lucha desde acá?
>
> Figuras líder en el "Egmont" de Goethe.
>
> Pérdidas alemanas en Versalles.
>
> ¿Por qué leemos historias de guerra en la escuela?
>
> ¿Por qué necesita Alemania un plan de cuatro años?
>
> ¿Por qué pudo realizar el Tercer Reich la solución de la cuestión macroalemana?
>
> ¿Cómo se muestra en las obras de Ernst Jünger la conexión entre la experiencia de guerra y el pensamiento nacional-socialista?

La adopción del nazismo por el Colegio Alemán fue fácil porque desde la década anterior, en la alberca Pane, se mezclaban los idiomas: los alumnos usaban el español en lo recreativo y el alemán en lo académico; se formó el estereotipo del mexicano impuntual, demasiado católico, mojigato e hipócrita y poco amante del deporte; y del alemán recién llegado: pedante y poco conocedor del medio mexicano. Este ambiente propició la endoga-

mia. De cualquier modo, los familiares de algunos prominentes políticos (como los hijos de Maximino Ávila Camacho) estudiaron en el Colegio Alemán poblano. En las excursiones los alumnos hablaban con "terrible desprecio" de los indios; por ejemplo, según una alumna los mineros mexicanos eran la clase "infrahumana" con que debían convivir los cultos ingleses.[36]

Judíos y libaneses

A causa de la Revolución, buen número de los judíos de México dejó el país. El resto se concentró en 1912 en la Alianza Monte Sinaí, templo y sociedad mutualista. Jacobo Granat, el rico dueño de teatros y cines apoyó a Madero; el presidente lo recompensó con el permiso para establecer un cementerio judío. En 1918 más de la mitad de la población judía era árabe y turca; los azkenazis no excedían de 200 familias. Ese mismo año Carranza les permitió construir una sinagoga, primer reconocimiento formal de su existencia como comunidad judía. Obregón ofreció en 1922 a los judíos americanos que su gobierno estaba preparado para dar una calurosa acogida a los judíos de Europa del Este, agricultores e industriales. Por millares vinieron de Rusia, Polonia y Lituania, pero no por el ofrecimiento de Obregón sino porque Estados Unidos abruptamente les cerró sus puertas. Entre 1921 y 1929 vinieron miles de Europa del Este y así, los *yiddish* se constituyeron en la mayoría de la comunidad judía. En su mayoría eran pobres e impreparados, y precisamente por eso Estados Unidos los rechazó. Tres diferentes comités fracasaron en su intento de ayudarlos; los franceses al igual que en 1908 contribuyeron con dinero, pero sin que sus nombres aparecieran públicamente; en su mayoría estos judíos eran solteros que dejaron a sus familiares en Europa hasta que hubieran adquirido dinero suficiente.

The New York Daily News publicó en agosto de 1924 una invitación de Calles para emplear a varias decenas de millares de judíos, pero no insistió en el error de Obregón de ofrecerles trabajo agrícola. El año de 1930 se estimó en 30 000 el número de judíos en el país, entre los que destacan los recién llegados *askenazis* porque no eran religiosos; ellos, al igual que los judíos del bajo Lado Este de Nueva York ponían el acento en la cultura *yiddish*.[37]

Obregón deseó en 1921 recibir a 20 000 nobles rusos, que por supuesto no vinieron. En su lugar lo hicieron esos miles de judíos mencionados, que se dedicaron al comercio ambulante y a quienes afectó un decreto de 1930 que prohibió su inmigración por su competencia a los comerciantes mexicanos.[38] La crisis de 1929 afectó a los comerciantes de La Lagunilla, tanto que en 1931, los judíos fueron vistos como una amenaza.[39] Algunos piensan que en los treinta ya estaban mexicanizados, pero lo cierto es que en poco tiempo se transformaron de "aboneros" en pequeños empresarios textiles. Entre los que no triunfaron se cuenta el príncipe y gran terrateniente polaco Albert Stanislaw Radziwill, pese a haberse casado con la hija de Patricio Milmo, el poderoso capitalista de Monterrey de origen irlandés, quien solicitó el apoyo de la legación polaca en Washington. Estos judíos polacos vinieron huyendo de la proletarización a que se enfrentaban en Europa. En su gran mayoría se establecieron en la capital; otros en Veracruz, Monterrey, Puebla y Hermosillo.[40] En el callejón de La Santísima y en la avenida Cinco de Mayo fundaron varias sinagogas; en 1931, la Cámara Israelita de Industria y Comercio y dos años después el Banco Mercantil de México; también por entonces fundaron algunos grupos juveniles socialistas que no lograron, caso de que lo hayan intentado, vincularse con los obreros mexicanos porque procedían de un medio pequeñoburgués.[41]

Algunos mexicanos creían entonces que los judíos, con mayor o menor dificultad, podían esconder sus colas, pero no se expli-

caban qué hacían con sus cuernos. El sábado santo muchos se desquitaban quemando judas, identificados con los judíos.[42] Otros manifestaban su antisemitismo ridiculizando su martajado español: "Consoma artécolos del báos… grompre su beine para biojos… su navaja… sus tarjetas". Los muy enterados desenmascaraban las diversas nacionalidades en que se amparaban los judíos que formaban "en realidad un solo gremio: checoslovacos, turcos, siriolibaneses, polacos, rusos, etc.". Los judíos eran más temibles que los chinos "por sus indiscutibles facultades de mercaderes y financieros, su unidad y su reconocido poder mundial", y también porque reunían todos los tipos físicos: turco ropavejero, ruso abonero, alemán ferretero, anglosemita financiero y agiotista, etc., es decir, suplían su falta de un determinado tipo que los hiciera inconfundibles con una idéntica fisonomía moral. Así nacieron algunas organizaciones antijudías movidas por un deseo de chantaje y timo, más que por un programa.[43]

El Machete, órgano del Partido Comunista Mexicano, coincidió en parte, en 1932-1933, con algunas observaciones del conocido antichinista José Angel Espinoza. *El Nacional*, "fachista" órgano del gobierno mexicano, colaboraba en el "asqueroso chantaje" de la campaña antijudía que atacaba a los talleres que ocupaban entre tres y 20 trabajadores y no a los grandes explotadores imperialistas. Vicente Lombardo Toledano, el 15 de mayo de 1932, denunció que ya nadie creía en México que la Revolución fuera un movimiento en marcha, que el tan esperado Código del Trabajo sólo era "una ley fachista al servicio de un estado decadente". No podía hablarse de nacionalismo porque el petróleo, el azúcar, el calzado, los plátanos y los ferrocarriles pertenecían a Estados Unidos y a Inglaterra, y tan traidor y tan perjudicial a los obreros mexicanos era el capital yanqui como el mexicano. De cualquier modo, el Comité Pro Raza del Distrito Federal en diciembre de 1933, pidió que se impidiera la entrada de "razas exóticas" que ya se habían adueñado hasta de los puestos de ho-

jas de naranjo. Este comité, en febrero del año siguiente, ofreció colaborar gratis para someter a la ley a infinidad de fábricas de judíos que no pagaban un centavo al fisco.[44]

México, añade el comité mencionado, pese a la riqueza de sus dones naturales, era legítimo representante de la pobreza mundial, porque nunca había desarrollado una política nacional, había sido vencido por la competencia desleal y rapaz de extranjeros poco deseables: chinos, turcos, árabes, lituanos y otros usureros. Cierto, los ideales de la revolución social mexicana eran nobles pero aún quedaban tres millones de campesinos irredentos. Repudió a chinos, a aboneros y al comunismo, y pidió que se castigara a los mexicanos que no denunciaran los negocios de los extranjeros, y que se restringiera hasta donde fuera posible la naturalización de los extranjeros y se expulsara a quienes se opusieran al "progreso y bienestar de los mexicanos", así como que se impidieran los monopolios extranjeros. Con base en que el primer requisito para pertenecer a este comité era ser mexicano por sangre y por nacimiento, al año siguiente el Comité de Puebla se opuso al internacionalismo judío porque Cárdenas mismo descendía "de las idognitas (*sic*) Tribus Tarazcas".[45]

Nemesio García Naranjo en una conferencia en Monterrey respondió, en 1936, a una frase despectiva de Calles sobre los "judíos de Monterrey", calificando de superficiales a los maniqueos que sólo veían en los pueblos "angelitos" o "protervos"; los judíos sólo servían para amasar vastas fortunas olvidando a Spinoza, Marx, Lombroso, Disraeli, Einstein, Heine, Bergson, Freud, Stravinsky, hombres que "en cualquier campo abren rutas al porvenir".[46] Según el rabí Martín Zielonja del templo Monte Sinaí, de El Paso, Texas, los judíos que vinieron en los veinte se mexicanizaron gracias a los cursos y conferencias que recibieron, a que enviaron a sus hijos a escuelas mexicanas y a su poco interés en la religión formal y en los clubes establecidos. Atribuyó el antisemitismo de los treinta a que decidieron vivir

como extranjeros aislados.[47] Tal vez esa mexicanización es exagerada, pues olvida su endogamia y su aburguesamiento. Que los hijos de esos inmigrantes hayan aprendido el español sí puede considerarse mexicanización. De cualquier modo, un judío, vicecónsul británico en Orizaba, quien presidió la Cámara de Comercio y fue fundador del Club Rotario local, consideró el patriotismo de ciertos mexicanos, *jealousy of the foreigner, tinged by an inferiority complex*, y dada la baja ética comercial de los mexicanos, la asimilación de algunos judíos a México no significaba una pérdida para la comunidad judía.[48]

Las Juventudes Nacionalistas preguntaron a León Trostski si era judío, si sabía que el movimiento bolchevique había sido financiado por judíos americanos y alemanes y por qué si en su raza no había trabajadores se interesaban en liberarlos; ellos mismos se respondieron que lo hacían por odio semita a los "perros cristianos".[49] En 1938 se formó un Comité Central para unir a los judíos de la ciudad de México en el combate al antisemitismo y para ayudar a los pocos que amenazados por Hitler en Europa querían venir a México.[50]

El ministro mexicano en Francia, Adalberto Tejeda informó a su gobierno en febrero de 1937, que muchos de los judíos expulsados de Alemania se habían refugiado en Francia, donde habían acaparado "todas las industrias; hacen préstamos al gobierno que, en esta forma, ha podido sacar avante todas las finanzas y por ello tienen gran influencia en la vida de la nación".[51] Al despedirse Gilberto Bosques, al año siguiente, del presidente para ocupar un cargo diplomático en Francia le indicó la conveniencia de llevar a México a los técnicos alemanes, polacos e italianos refugiados en Francia. También le explicó a Cárdenas que el plan de fundar colonias agrícolas judías no era viable porque éstos se ocupaban del comercio y de la industria, deseosos de "levantar la tienda y volver al país de origen". Cárdenas le dio amplias facultades para que seleccionara los técnicos convenientes a nuestro

desarrollo económico, y se pensó incluso en una "migración masiva de familias israelitas". La persecución nazi facilitó la salida de judíos e hizo renacer la aceptación del proyecto de algunos diamanteros de Amberes que deseaban venir, porque serían útiles por sus recursos financieros y darían trabajo a unos 10 000 obreros mexicanos. Cuando ya llevaba documentadas varias visas se recibió la orden de recogerlas, pero no la cumplió por el buen nombre de México. De cualquier modo, el cónsul mexicano en Hamburgo Alfonso Guerra, auxilió, en 1939 a varios judíos mexicanos.[52]

El mayor Grajales calificó a Polonia, el 20 de diciembre de 1938, de ser la nación más atrasada de Europa: pueblo indolente, embrutecido por el clero, la miseria y "un altísimo porcentaje de judíos que lo explota y una pesada nobleza impertinente que también lo explota".[53] Poco después corrió el rumor de un plan para colonizar Huimanguillo, Tabasco, con 1 500 familias de Alemania, Checoslovaquia y Austria, muchas de ellas judías.[54]

En suma, en 1955 se calculó el número de judíos en México en 30 000, aunque no era fácil cuantificarlos en los censos porque no constituían una nacionalidad, ni por la religión ya que no todos eran religiosos. De cualquier modo, más o menos a partir de la segunda guerra mundial emigraron de los alrededores del Zócalo capitalino a las zonas residenciales; en su mayoría pertenecen a la clase media, si bien algunos calculan que 5% de ellos era pobre en 1955. Varios han sobresalido en la ciencia, las letras y el arte. Lingüísticamente están asimilados, los viejos se naturalizaron mexicanos pero nunca se ligaron al país, y algunos piensan que para los más jóvenes[★] su patria es México, pero todavía varios compran la carne a matarifes especiales, y desprecian a los *yahudim* asimilados y la endogamia subsiste en lo fundamental.[55]

Los libaneses tienen mucho en común con los judíos, pero tienen a su favor en México que son maronitas. Como se ha visto, los primeros llegaron en 1885 en pequeños grupos, unos trabaja-

ron en las calles más céntricas de la capital, otros contribuyeron a la fundación de ciudades tan importantes como Gómez Palacio y Torreón. Al igual que los judíos tropezaron con dificultades en materia del idioma y también como muchos judíos trabajaron como buhoneros; se les atribuye que introdujeron la venta a crédito, por eso se les conocía como "varilleros", "gringos baratieri" y turcos, confundiéndolos con los judíos provenientes del imperio otomano, principalmente de Siria.[56] En parte porque en un principio algunos conservaron su indumentaria oriental se les consideraba sucios y se les veía como pordioseros, y por esta razón eran rechazados. A diferencia de los judíos trabajaron mucho en las poblaciones pequeñas en la venta de botones, alfileres, agujas, cintas, resortes, hilos, camisas, pantalones, chamarras, etc. Por su estrecho contacto con poblaciones de habla indígena algunos libaneses primero aprendieron estas lenguas que el español; de cualquier modo, contribuyeron a la formación de un mercado nacional.

La primera guerra mundial estimuló su tradicional deseo de emigrar al extranjero, sobre todo a América o a Australia. En su mayoría proceden de pueblos de pobre agricultura pero con cierta tradición textil que desarrollaron sobre todo en Puebla donde desplazaron a los españoles, gracias a su moderna maquinaria.[57] Dib Morillo cuenta que emigró a México porque aquí tenía familiares, quienes lo recibieron en el puerto de Veracruz; dos cosas le llamaron la atención en su viaje por ferrocarril: los grandes y anchos sombreros de los campesinos y la manera de extraer el pulque. Ya en la capital se alojó en una vecindad en la calle que hoy se llama República de El Salvador, donde vivían más de ocho familias libanesas, casi todas de Zgorta, su pueblo natal. Un paisano que tenía una tienda de ropa en la calle Venustiano Carranza respondió por un préstamo de 300 pesos en telas, pagaderos en abonos semanales. Ofrecían sus mercancías de casa en casa en las orillas de la ciudad de México: San Ángel, Xochi-

milco, Cuautitlán, Lechería, Toluca; cerca de esta ciudad, en la estación Jajalpa, la clientela era buena paga a diferencia de la capital. Invitó a un hermano a que viniera a México, lo recibió en Veracruz en 1917 y al pasar por la ciudad de México alquiló un auto para mostrarle el Museo de Historia Natural, la villa de Guadalupe y el alcázar del Castillo de Chapultepec; al día siguiente se fueron a Pachuca. Pronto invitó a otro hermano a que viniera también y así, entre 1921 y 1930 pasaron de 20 las familias libanesas que vivían en Pachuca y en Real del Monte, donde vivieron "con toda comodidad", a la manera libanesa, por ejemplo, celebrando las bodas con ocho días de baile, "canciones estilo árabe" y comida árabe, que algunas veces compartían con mexicanos prominentes del lugar. En 1926 formaron una sociedad de beneficencia con una cuota mensual de dos pesos que durante cinco años les permitió enviar fondos a Líbano para mejorar el cementerio y la escuela de su pueblo y ayudar a las personas necesitadas; sin embargo, Dib Morillo, se retiró de esta sociedad decepcionado porque a la muerte de su padre, sus hermanos no pudieron pagar 100 libras libanesas y fue enterrado en una fosa común. Varios libaneses tuvieron un éxito económico sobresaliente, uno de ellos con el henequén, en Yucatán, y muchos con sus industrias en México y en Puebla. Esto les permitió hacer grandes caridades en Líbano, por ejemplo, uno solo construyó una iglesia en su país.[58]

Estos libaneses sobrevivieron con éxito la ola antijudía activada por la crisis de 1929 que casi no afectó sus negocios aunque los confundían con judíos. En 1937 fundaron una revista; al año siguiente contribuyeron con 8 070 pesos al pago de la expropiación petrolera; en 1941 organizaron un centro libanés y al año siguiente un cuerpo de defensa civil.★ En la capital cuentan con la iglesia maronita de Nuestra Señora de Balvanera atendida por cuatro sacerdotes desde 1955, y con la logia masónica Líbano No. 50. Celebran sus bodas a la usanza libanesa, pero ya los jóve-

nes las critican por su despilfarro. En 1955 se calculó que 1 350 000 libaneses vivían en su patria, millón y medio fuera, y más de 30 000 en México; entre éstos, los más famosos eran Domit, Simón Fajaer, Abed Aboumrad, Henaine, más unos doscientos profesionistas (se jactan de que ningún indigente se cuenta entre ellos). Ese año de 1955, 836 libaneses estaban casados con mexicanas y 282 libanesas con mexicanos. Muy atrás quedan los años en que se atacaba a los siriolibaneses (Francia había unido estas naciones) porque México necesitaba "arados, no mostradores". Algunos libaneses se jactan de que "Ehden" fue el paraíso de Adán y Eva, pues ese lugar cuando menos posee huertas muy finas. México no es el Edén, pero sí un país que auxilió aun a los libaneses que habían renunciado a la nacionalidad mexicana en el trance difícil de la segunda guerra mundial.[59]

EL REMOLINO MENONITA

Aunque Rómulo Escobar, entre otros, denunció en 1911 los fracasos de la colonización extranjera y señaló las ventajas de la nacional, todavía ese mismo año el gobierno porfirista creó una agencia para impulsar la colonización europea.[60] Dos años después, José González Rubio presentó a la Cámara de Diputados un proyecto para fundar colonias, agrícolas o ganaderas, en los terrenos baldíos o nacionales o en los de particulares que para tal fin comprara el gobierno. Los colonos, mexicanos o extranjeros, podrían establecerse en huertas con superficie de entre cinco y 15 hectáreas de regadío; en colonias agrícolas de 50 a 100 héctareas de temporal, y en colonias ganaderas de 500 a 2 000 hectáreas. Tendrían preferencia los labradores pobres, de acuerdo con el decreto del 12 de febrero de 1912; los mexicanos sobre los extranjeros; los vecinos sobre los no vecinos, y los peones, medieros y arrendatarios en las fincas que se fraccionaran. Los lotes se venderían o se arrendarían; quienes fraccionaran sus propiedades

estarían exentos del pago de las contribuciones prediales de diez a veinte años, según enajenaran la décima o la vigésima parte de sus tierras; por diez años, de los derechos de exportación y por cinco de los de importación; del impuesto del timbre por ventas e hipotecas y del impuesto a herencias; también se concederían primas en efectivo por cada familia establecida, de acuerdo con la superficie de los lotes y la categoría de la colonia.

De conformidad con el impulso que se dio en Jalisco al bien de familia, automáticamente lotes, semovientes y aperos adquirían un carácter de inalienables e inembargables. Los colonos extranjeros gozarían, además, de exención en los derechos de importación de sus instrumentos y en el pago de los pasaportes, y de descuentos en los transportes. Esta iniciativa perseguía resolver simultáneamente los problemas demográfico, agrario y agrícola del país, por eso disponía de una partida especial para la irrigación.[61]

Este proyecto puede considerarse de transición entre la concepción porfirista (resolver los problemas rurales mediante la inmigración extranjera y la irrigación) y la revolucionaria (transformación de la tenencia de la tierra). Por eso Luis Cabrera criticó en 1915 la colonización extranjera, porque, decía él, ocupaba a los mexicanos como peones.[62] Sin embargo, como al finalizar la primera guerra mundial se recibieron numerosas solicitudes para colonizar el país, principalmente de europeos, el gobierno de Carranza procuró satisfacerlas, proporcionándoles tierras baldías o nacionales o aun ayudando al fraccionamiento de las grandes haciendas para distribuirlas entre ellos.[63] El cónsul mexicano en San Francisco comunicó a su gobierno que 80 000 portugueses, hábiles viticultores, incapacitados de entrar a Estados Unidos en virtud de las nuevas disposiciones legales querían trabajar en México; aunque la Secretaría de Fomento se interesó en esa posibilidad, ésta no se materializó.[64]

Por esos años se escribieron otras obras de transición; Rafael Téllez Girón propuso resolver el problema de la inmigración y la colonización fundando un departamento *ad hoc* y un banco agrícola refaccionario con capital de 200 millones de pesos. Pero además era preciso garantizar la propiedad parcelaria, rebajar el precio de los transportes, impulsar la irrigación y las comunicaciones, favorecer la inversión de capitales extranjeros, gravar fuertemente los latifundios improductivos, eximir de impuestos durante cinco años a la propiedad parcelaria, construir alojamientos para los inmigrantes, el libre uso de los agostaderos para los colonos en los terrenos nacionales, etcétera.[65]

Fernando González Roa y José Covarrubias escribieron en 1919 que la colonización de las tierras nuevas siempre se hacía por los nacionales que deseaban hacerse de una posición independiente y por los extranjeros que habían ahorrado en las ciudades. La colonización no tenía por objeto aumentar el número de habitantes de un país (reflexión novedosa para la época) sino su riqueza, y en México sólo era posible hacerlo transformando el latifundió en pequeña propiedad.[66] Covarrubias repitió en 1922 que el propósito de la colonización no era aumentar la población sino la riqueza, y que para lograr este objetivo era preciso transformar el latifundio en pequeña propiedad familiar, para así elevar el rendimiento de la tierra y "la dignidad personal de los ciudadanos". La colonización de las tierras templadas sería previa a las calientes. Sólo buen clima y altos jornales, combinados, podrían atraer una inmigración en masa; pero además se necesitaba, en especial en la altiplanicie, incrementar la irrigación y los caminos; los colonos deberían recibir de 50 a 200 hectáreas bien regadas, y para tal fin deberían fraccionarse las haciendas en la Mesa Central.[67]

Antonio G. Canalizo ofreció en 1921 traer 10 000 familias extranjeras de agricultores, si el gobierno lo subvencionaba con una determinada cantidad; Obregón no aceptó argumentando

que era mejor gastar ese dinero en favor de muchos mexicanos carentes de medios para dedicarse a la agricultura.[68] Como una verdadera novedad, Obregón firmó ese mismo año dos acuerdos sobre colonización conforme a la ley de 1883, concediendo exenciones aduanales y subsidios de 30 pesos mensuales por familia por el término de seis meses. Pero con el fin de evitar la especulación ya no se dio en propiedad la tierra a las compañías colonizadoras, sino que directamente se expedirían los títulos a los colonos; sobre estas bases se concedieron 25 000 hectáreas de los terrenos nacionales a William Hetrick en Chihuahua y 150 000 a la compañía México Viejo, en 1921.[69] El criterio oficial se orientaba cada vez más a no gastar dinero en traer colonos, sino sólo en proporcionarles tierras.

En contra de este criterio Luis Híjar y Haro escribió en 1924 que entre las muchas exenciones y subsidios que debían otorgarse a los colonos debería incluirse el pasaje al que viniera con su familia, "condición esta que parece indispensable para el arraigo del colono que de venir solo, ofrecerá menos probabilidades de radicarse". Argentina y Brasil, en opinión de Híjar, demostraban la supremacía del colono italiano (laborioso, honrado, prolífico y asimilable); el sur de Brasil y Chile la del alemán, tan útil y laborioso como el italiano, "aunque por cuestión de raza más despegado para asimilarse a las costumbres latinoamericanas".[70]

Con mayor fuerza se expresó Gustavo Durón González en 1925: México debía impulsar la inmigración europea; más aún, italianos, españoles y portugueses nos eran "absolutamente indispensables". Si los recursos gubernamentales lo permitían, debía impulsarse la colonización subvencionada, siempre que se hiciera por genuinos agricultores en terrenos valiosos. Pero la miserable masa indígena dificultaba el establecimiento de agricultores europeos; la experiencia demostraba que los colonos, a los pocos meses de llegados o se convertían en capataces de las haciendas o abandonaban el campo y se iban a las ciudades; de he-

cho existía un círculo vicioso: el europeo no vendrá mientras el indio exista en su actual situación de miseria, y éste no mejorará mientras no inundemos el país de europeos.

Ni siquiera se sabía cuáles tierras podrían ofrecerse a los colonos, aunque, desde luego, debían desecharse las nacionales, porque se desconocían totalmente sus condiciones, y las baldías para evitar que por patriotería se dijera que se daba a los extranjeros lo que se negaba a los nacionales. Podrían ofrecérseles las haciendas de la Caja de Préstamo para Obras de Irrigación y Fomento, tanto porque pertenecían al gobierno como porque se había experimentado su calidad. Debía pagarse a los colonos su pasaje; 20 000 italianos o españoles anuales a razón de 82 pesos cada uno significarían 1 640 000 pesos, "suma que no tiene nada de fabuloso", máxime que esas 20 000 personas significaban, cuando menos, otras tantas que por sí mismas pagarían su pasaje. Durón González concluía que sólo una numerosa inmigración blanca (salvo los mormones y menonitas, por inconvenientes y peligrosos) podía hacer que desaparecieran las huellas de lás aún más indeseables inmigraciones africanas y asiáticas.[71]

Sin embargo, el gobierno ya no parecía dispuesto a subsidiar a los colonos extranjeros. En 1925 se derogó el decreto de 1921 que les otorgaba ciertos subsidios y exenciones (disposición que tuvo por objeto favorecer la inmigración menonita), porque si era importante la colonización extranjera en México, antes de autorizar gastos para ese fin debería estudiarse técnicamente el problema.[72] Ese estudio desembocó en el proyecto de ley de colonización que derogó la de 1883, que por haber propiciado el acaparamiento de enormes extensiones de terrenos en manos extranjeras era no sólo ineficaz, sino "contraria a las tendencias agrarias del país.[73] La ley del 5 de abril de 1926, inspirada en el derecho moderno, subordinaba los intereses privados al superior de la colectividad, exigía que los colonos nacionales y extranjeros fueran verdaderos agricultores y que las empresas garantiza-

ran su funcionamiento para evitar, concluía Calles "que se reproduzcan los fracasos que todos conocemos".[74] Esta ley declaró colonizables los terrenos nacionales, "pero previamente se construirían caminos y obras de irrigación. Las tierras de riego se fraccionarían en lotes de cinco a 150 hectáreas, las de temporal de buen cielo de 15 a 250, otras de temporal de 20 a 500 y de 50 a 1 000 las cerriles y de agostadero. Se preferirían los arrendatarios, aparceros, los agricultores locales y los repatriados. Tanto mexicanos como extranjeros deberían comprobar su experiencia como agricultores, edad, salud y crédito para el primer año de trabajo. Los extranjeros, además, deberían depositar mil pesos por familia en el Banco de Crédito Agrícola para garantizar el primer año de trabajo, pero se les concedían exenciones de impuestos aduanales y se procuraría pagarles el transporte en el interior del país; se daría prioridad a los más adaptables al clima y asimilables culturalmente.[75]

En la colonia italiana morelense Porfirio Díaz, los pocos y dispersos sobrevivientes se mexicanizaron tanto que hablan náhuatl y no su lengua materna.[76] En cambio, la Fernández Leal, en Puebla, se ha mantenido muy aislada; incluso hasta los años cuarenta, los párrocos y profesores los pagaba Italia.[77] La Manuel González de Huatusco, Veracruz, ha sido la de mayor éxito económico, pues no ha utilizado trabajo asalariado y su mexicanización ha sido rápida.[78] Pese al relativo fiasco de estas colonias, muchos siguieron anhelando la inmigración italiana; en 1912 se dijo que mil familias colonizarían Baja California.[79] En 1923 se proyectó colonizar también con italianos las haciendas, La Sauteña, en Tamaulipas y Atequiza y La Capilla, en Jalisco. Parece ser que algunos de esos colonos llegaron a Nayarit; Obregón ordenó en 1924 que se les dieran garantías para que se dedicaran a su trabajo.[80]

Las dos colonias más antiguas, San Rafael y Gutiérrez Zamora, fueron fundadas por franceses en Veracruz; su éxito econó-

mico ha sido grande, pues ambas han aprovechado la mano de obra mexicana y cultivado vainilla, de gran valor comercial. Hasta la primera guerra mundial sólo se hablaba francés en San Rafael; incluso los peones tuvieron que aprenderlo, pero actualmente el español predomina y gracias a la escuela ya no se celebra el 14 de julio sino el 5 de mayo. El desarrollo de las vías de comunicación y la escuela han favorecido la mexicanización de esas colonias; constantemente aumenta el número de matrimonios con mexicanos.[81]

En 1906 se fundó en la ex misión de Guadalupe una pequeña colonia rusa cerca de Ensenada, que contaba con 7 000 hectáreas. Al finalizar el porfiriato en casi la mitad de las tierras se cultivaba trigo. Tuvieron éxito económico, pero no se comunicaban con los mexicanos, entre otras cosas porque sólo hablaban unas pocas palabras de español; se creyó que eso podría remediarse con una escuela.[82] Se organizaron como una cooperativa de producción; hacia 1927, el número de los socios era de 40, y algunos de ellos ya se habían nacionalizado mexicanos. Parte de las tierras eran propias, parte rentadas al gobierno federal; en el molino de trigo ocupaban a cuatro mexicanos. La mayoría de los trabajadores ganaba seis pesos diarios; por excepción, catorce, pero todos trabajaban 12 horas diarias; es decir, tanto el salario como la jornada superaban los límites legales. El gobierno de ese territorio justificaba esa larga jornada de trabajo porque de otro modo no podrían competir con las empresas capitalistas.[83] La colonia tenía la propiedad, los colonos el usufructo. A mediados de siglo todavía conservaban varios elementos culturales rusos: religión, lengua, traje, explotación agrícola, etc. Aunque sus métodos de trabajo son atrasados han tenido un regular éxito económico. Pese a su elevada natalidad, la población se mantiene estacionaria, quizá a causa de la emigración a Estados Unidos. No se han casado con mexicanos y conservan su lengua eslava.[84]

También en La Sauteña se interesaron varios colonos checoslovacos en 1922; se presentaban, como era natural, como laboriosos y honestos, y también como era habitual, Obregón respondía que veía con simpatía que vinieran a México si se sujetaban a sus leyes.[85] La Oficina Internacional del Trabajo propuso colonizar con algunos millares de polacos en marzo de 1925; Calles respondió a otro grupo polaco que su gobierno veía con agrado la colonización con mexicanos y con extranjeros, armonizándolo con la solución del problema agrario. Los colonos extranjeros deberían ser agricultores, contar con los recursos necesarios hasta que levantaran la primera cosecha, antes de entrar al país comprobarían la adquisición de los terrenos que trabajarían, y no podrían adquirir más de 50 hectáreas de riego, 150 de temporal o 500 de pastos.[86]

Los alemanes fundaron varias colonias en el norte: en 1916 en Sonora, en 1922 en Coahuila y en 1923 en Tamaulipas.[87] En 1918 manifestaron interés por colonizar Michoacán; en 1923 proyectaron hacerlo en Sonora; ahí utilizarían peones mexicanos a los que enseñarían sus técnicas agrícolas y por su permanencia se pensó que serían una eficaz barrera contra norteamericanos y yaquis. Obregón se interesó en este proyecto, especialmente en la colonización de las riberas del río Yaqui.[88] Cinco años después se proyectó fundar una más en Nuevo León, pero en ese caso el director del Banco Nacional de Crédito Agrícola opinó que era inconveniente formar colonias exclusivamente con extranjeros; argumentaba que mucho mejor era el sistema empleado por esa institución en Atequiza, donde por cada dos familias mexicanas había una alemana.[89] En fin, ese mismo año de 1928 se proyectó fundar una colonia en una extensa hacienda potosina, en la cual las tres cuartas partes de los colonos serían alemanes y el resto mexicanos.[90]

En 1913 una compañía austrohúngara compró 22 000 acres cerca de Irapuato para que 400 familias de esa nacionalidad las

colonizaron.[91] La Oficina Internacional del Trabajo deseó enviar a México en 1925 parte de los 150 000 austríacos sin trabajo.[92] También algunos trabajadores ingleses se interesaron en colonizar Nayarit y Sinaloa, en 1918.[93] En 1922 se proyectó colonizar con judíos y con armenios, cuatro años después con escandinavos; las autoridades, como era de rigor, manifestaron su simpatía por esos proyectos que nunca se realizaron.[94] No faltaron japoneses en estos planes; con 30 000 de ellos se trató de sustituir en 1913 a los zapatistas que se pensaba expulsar de Morelos. Siete años después, el senador Albert B. Fall señaló con preocupación los progresos de la colonización japonesa: más de 300 familias japonesas se habían establecido en el distrito Jicoténcatl, Tamaulipas y otros japoneses se habían adueñado ya del comercio del istmo de Tehuantepec. Ese mismo año de 1920, unos norteamericanos recogieron el rumor de que 10 000 colonos japoneses, jóvenes y fuertes, llegarían a México semanalmente.[95] Varias de las colonias norteamericanas fundadas en el porfiriato desaparecieron a causa de la lucha revolucionaria, entre ellas la tamaulipeca Blalock Mexico Colony fundada en 1903, situada 80 millas al noroeste de Tampico. Las 55 familias fundadoras pronto aumentaron a 92. Contaban con magníficas casas y se ocupaban con éxito de la ganadería y de la agricultura, pero el trabajo se hacía a base de 325 familias de peones mexicanos. Én 1914 hubo un éxodo general de las familias norteamericanas, y aunque en 1916 regresaron 34 familias, en 1940 la colonia estaba prácticamente desintegrada, sólo quedaban 60 colonos de origen norteamericano, 20 de ellos naturalizados mexicanos. Como otras colonias semejantes, económicamente fue un éxito pero socialmente un fracaso.[96] La colonia de Metlaltoyuca fue fundada en Puebla al finalizar el siglo XIX y aunque nunca fue muy boyante por su aislamiento, tuvo el mérito de haber introducido ganado fino. Al iniciarse la Revolución los últimos colonos la abandonaron.[97] Muy corta vida y éxito tuvo la colonia puertorriqueña cañera

establecida en Huimanguillo, Tabasco, al finalizar el porfiriato; al iniciarse la Revolución desapareció, y el gobierno de Puerto Rico envió un barco a recoger a los colonos.[98]

Más larga fue la vida de la antigua colonia de indios kikapúes, establecida en Coahuila a mediados del siglo XIX: al finalizar el porfiriato la habitaban 202 colonos y 40 vecinos norteamericanos; en sus 7 022 hectáreas cultivaban algunos cereales y caña de azúcar.[99] En 1921 sus habitantes se quejaron ante Obregón de que los molestaban varios negros máscogos coludidos con las autoridades municipales; después pidieron autorización para cazar venado, a lo que Obregón accedió y además les obsequió implementos agrícolas por valor de cerca de 5 000 pesos, en atención a los servicios que prestaron durante la Revolución.[100] Aparte de la caza del venado su principal riqueza provenía de sus nogaleras, pero además de eso ya en 1938 levantaron su primera cosecha de trigo. Cárdenas les regaló animales, ropa, semillas y arados de madera que rechazaron porque algunos recibían regalías de sus terrenos petroleros de Oklahoma. En 1940 quedaban 354.[101] Su idioma principal era el alquino, si bien manejan defectuosamente el español y el inglés. En 1976 era ambivalente su *status* legal, pues todavía Estados Unidos no había resuelto si debían considerarse indios americanos o ciudadanos mexicanos; tal vez apoyaba la primera hipótesis que la principal fuente de sus ingresos provenía de la agricultura americana. Un consejo de ancianos gobernaba esta nación que tenía plena conciencia de su independencia, pues no en vano se consideraba el centro del mundo.[102]

Indios shanee, de Oklahoma, pidieron a Obregón en 1922, en su carácter de "padre de los indios", que les concediera tierras para radicar en México. El presidente no les respondió, pero a la tribu osage, también de Oklahoma, le manifestó que vería con gusto que vinieran a México, habida cuenta su laboriosidad si se sujetaban a las leyes del país.[103] En 1912 varios negros norteamericanos intentaron formar una colonia en Campeche, una década

después 200 de ellos se asentaron en San Luis Potosí y otros muchos solicitaron colonizar. Invariablemente Obregón les respondía que México gustoso aceptaba los buenos inmigrantes, sin tomar en cuenta su raza.[104] En 1922 se incrementó la colonización norteamericana, aunque de cinco compañías sólo dos empezaron a trabajar, en Tamaulipas y en San Luis Potosí; únicamente la de Arturo J. Braniff dio como domicilio México, aunque también él tenía su verdadera oficina en Estados Unidos.[105] Al lado de quienes formalizaron sus planes, hay algunas meras agrupaciones de rancheros norteamericanos y muchos proyectos que no se realizaron en absoluto.[106]

Las colonias mormonas fueron las más prósperas, pero también las más combatidas durante el porfiriato.[107] Con la Revolución la mayoría abandonó sus tierras y regresó a Estados Unidos.[108] La autoridades sonorenses lamentaron en 1939 la emigración de los laboriosos y pacíficos mormones a Chihuahua, a causa de una medida "socializadora" que dispuso su expulsión.[109] En 1946 sólo quedaban cinco colonias, todas en Chihuahua; las habitaban 810 colonos frente a 2 650 en 1912, pero actualmente abundan en ellas los mexicanos porque los colonos que huyeron a Estados Unidos vendieron sus propiedades indiscriminadamente. Utilizan métodos modernos en la agricultura y la ganadería, sus casas son buenas y cuentan con teléfonos, automóviles y plantas eléctricas; no existe analfabetismo entre ellos; buen número estudia en Estados Unidos y no regresa, pero su alto coeficiente de natalidad permite que la población no disminuya. A mediados de este siglo en cinco colonias vivían 765 mormones norteamericanos y gran número de mexicanos, unos 200 de ellos también mormones, pero todos peones. Su éxito ha sido evidente, aunque, conservan su lengua inglesa y no se casan con mexicanos.[110]

Igualmente inasimilables son los menonitas, una de las más antiguas sectas protestantes de los Alpes, su lugar de origen; han

peregrinado a Holanda, el sur de Rusia y Canadá, país este último al que llegaron por 1873. Al perder, en la primera guerra mundial sus exenciones, sobre todo en materia escolar, intentaron emigrar a Brasil, pero convencidos, en agosto de 1920, de que ese país no les concedería prerrogativas pensaron en venir a México. Desde marzo de ese año, Obregón había invitado a los extranjeros a que participaran en el desarrollo de las riquezas de México; el 25 de febrero del año siguiente accedió a eximirlos del servicio militar y del juramento, y les ofreció libertad religiosa y escplar.[111]

En 1921 se rumoró que 100 000 menonitas, procedentes de Canadá vendrían a colonizar Durango y Chihuahua; tenían fama de ser los mejores agricultores, pues habían triunfado donde otros habían fracasado: el sur de Rusia y Crimea. En 1922 empezaron a llegar a la hacienda de Bustillos, en Chihuahua. El gobierno mexicano pagó los pasajes de los ferrocarriles y Obregón ordenó a las autoridades militares que se les concediera toda la protección necesaria, porque se trataba de una inmigración que podía reportar grandes ventajas para el país. Al llegar a San Antonio de los Arenales (hoy Ciudad Cuauhtémoc) causaron gran impresión con sus vacas Holstein, grandes caballos belgas, tractores, etcétera.[112]

Mucho se especuló sobre los privilegios que México les había concedido. Obregón se sintió obligado a declarar en mayo de 1923 que estaban excluidos del servicio militar al igual que todos los extranjeros, por lo demás, Habían aceptado someterse a las leyes del país, si bien el gobierno les había otorgado algunas facilidades económicas para su transporte y el de su menaje. El periodista norteamericano James A. Hollomon insistió ante Obregón y le envió un cuestionario, al que éste respondió ampliamente: los hijos de extranjeros nacidos en México conservan la nacionalidad de sus padres, pero al llegar a la mayoría de edad si optaban por la mexicana quedaban sujetos a las leyes mexica-

nas; no podían adquirir en propiedad los edificios destinados al culto; legalmente la instrucción era laica, pero en algunas escuelas particulares se permitía la enseñanza religiosa; en cuanto particulares los sacerdotes podían tener propiedades y los cultos en México se regían por las disposiciones de sus iglesias respectivas.

Apenas al año de establecidas las colonias menonitas, una de ellas fue afectada por una dotación agraria. El gobernador de Chihuahua atribuyó esas dificultades a que los herederos del latifundio Zuloaga no querían vender tierras a los mexicanos; al fin les vendieron 10 000 hectáreas, en las que fundaron la colonia agrícola Alvaro Obregón. A mediados de 1923, 5 000 menonitas, con una inversión de más de cuatro millones de pesos, convirtieron una zona casi desértica en uno de los centros agrícolas más importantes del país. La noticia de ese éxito hizo que los menonitas radicados a la orilla del mar Negro, perseguidos por motivos religiosos y despojados de sus propiedades, pensaran en venir a México; concretamente deseaban comprar la hacienda de Atequiza, en Jalisco. Obregón, que los veía con buenos ojos por tratarse de hombres laboriosos y honestos, les ofreció las facilidades que las leyes y las finanzas del país permitieran. Luis L. León, ministro de Agricultura de Calles, por el contrario, pensaba que por su organización social y religiosa eran inasimilables, y que tendían a formar un Estado dentro de otro Estado. Esa colonización sólo aprovechaba a los intermediarios, para cobrar sus comisiones, y a los latifundistas que a buen precio les vendían sus tierras para eludir la reforma agraria.[113]

El número de menonitas no se precisó con exactitud porque se autorizó á las empresas colonizadoras a introducir los trenes por entero; en Bustillos, la más importante de las colonias en Chihuahua, en 1925 vivían alrededor de 5 000 y en Guatimapem, Durango, 263, cifra que casi concuerda con las fuentes menonitas. Autoridades y particulares coincidían en que presentaban el gravísimo inconveniente de no fusionarse con la pobla-

ción mexicana, si bien le habían enseñado modernos métodos de cultivo de avena y linaza.[114] Portes Gil los consideró útiles por su laboriosidad, y dispuso que se les dieran toda clase de facilidades a quienes demostraran tener un capital o tierras y útiles para trabajarlas, a condición de que no se concentraran excesivamente en una región, "por ser refractarios a asimilarse a nuestras costumbres". En 1930 varios menonitas se quejaron de que personas procedentes de Canadá habían secuestrado algunos niños y que otros habían abandonado la colonia con deudas pendientes.[115] En vista de que no eran asimilables, la Secretaría de Gobernación autorizó la inmigración menonita en 1931 sólo mediante su previo permiso.[116] Abelardo Rodríguez informó en septiembre de 1933, que se estudiaba la manera de fomentar una corriente de colonización extranjera "provechosa y asimilable".[117] Al año siguiente se reformó el decreto de 1909 (remedio tardío que suspendió el denuncio de baldíos y la venta de terrenos nacionales) estableciendo como requisito previo al arrendamiento el deslinde del predio solicitado. Se concedió preferencia a los mexicanos por nacimiento, por naturalización, y a los latinos e indolatinos pobres que se nacionalizaran antes de recibir el título.[118] Cuando la reforma agraria recibió de Cárdenas un radical impulso, fue natural que el problema se planteara en términos diferentes: el presidente declaró en 1937 que no debía colonizarse con extranjeros mientras indios y mestizos no gozaran de un nivel superior a ellos, porque los extranjeros moralmente despreciaban a los nativos y económicamente los explotaban.[119]

Varios robos cometidos por sus vecinos mexicanos y algunos actos de violencia obligaron al gobierno a proporcionar protección militar a los menonitas, incluso algunos de ellos se armaron pese a sus principios pacifistas. La violencia aumentó en 1933-1934: ésta se atribuye al resentimiento que causó en México la deportación de los mexicanos de Estados Unidos con motivo de la crisis de 1929. Diferente, pero también grave, fue el conflicto

a que se enfrentaron en 1935, al denunciarse las irregularidades de sus escuelas. El presidente Cárdenas les hizo saber que los privilegios concedidos por Obregón eran anticonstitucionales, pero después les ofreció respetarlos.[120] En 1940 se envió un agente de la Secretaría de Gobernación a Villa Cuauhtémoc, Chihuahua, para que atendiera especialmente a los menonitas, de quienes por entonces se dijo que en los últimos tiempos mostraban mejor disposición para cumplir estrictamente con su deberes de extranjeros.[121] Al año siguiente todavía entraron 250 en Chihuahua y 50 en Durango y 36 procedentes de Estados Unidos en 1934.[122]

En los años cuarenta existían tres colonias en Chihuahua, una en Durango y otra en Nuevo León, con una población total de 14 000 habitantes; en 1944 un grupo de 200 de una de las colonias chihuahuenses se mudó a Saltillo donde fundó otra colonia; también existía otro grupo de varias familias en el estado de San Luis Potosí. Los colonos hablan un dialecto alemán y no se han casado con mexicanos. Al contrario de los mormones cultivan un acendrado ascetismo, como artículos de lujo rechazan automóviles, refrigeradores, utensilios eléctricos, la fotografía, etc., y como diversiones profanas el deporte, el tabaco, la música, el alcohol. Su instrucción, también al contrario de los mormones, deja mucho que desear, de acuerdo con su idea de que favorece las vanidades humanas. Su altísima natalidad (54.6 al millar) y baja mortalidad (9.6 al millar) han ocasionado un elevado crecimiento vegetativo, lo que unido a su deseo de no emigrar para no perder los privilegios de su llamada carta de derechos, ha originado una fuerte presión demográfica. En Chihuahua muchos temían que si salían, como no pocos lo deseaban, se ocasionaría un desastre económico.[123] Todavía 45 000 menonitas solicitaron colonizar el país en 1947.[124]

No han faltado conflictos entre los menonitas y sus vecinos, particularmente los ejidatarios; por ejemplo, en 1962 francamente se pidió la expropiación de sus tierras. Al aproximarse el

término del "privilegio", algunos menonitas emigraron a Belice y Bolivia. Para entonces varios agricultores mexicanos no sólo habían aprendido sus técnicas sino que las habían superado. Aunque en general aún hoy los patrones menonitas tratan correctamente a sus trabajadores mexicanos, no ven con buenos ojos que sus hijos fraternicen con los hijos de aquéllos; esta actitud poco difiere de la mexicana, pero mientras el origen de la actitud de éstos es social, en aquéllos "la motivación es étnica". No es extraño, por tanto, el resentimiento mexicano. Por ejemplo, en un hotel de Ciudad Cuauhtémoc se pintó en un mural a unos menonitas excavando oro del suelo, al que dejan devastado, y un remolino que amenaza arrollarlos.[125]

Aunque no todos los canadienses son menonitas, su presencia se advierte a partir del censo de 1930. Curiosamente en ese año son más las personas de nacionalidad canadiense (7 779) que los nacidos en Canadá (5 486). Hasta 1950 ambas cifras son muy semejantes, pero ya en 1960 las personas de nacionalidad canadiense (1 705) son mucho menos que las nacidas en Canadá (5 631), tal vez porque aumentó el número de los que se nacionalizaron y disminuyó el de los que escogieron como patria el lugar en donde nacieron.[126] Tanto por este hecho como porque varios emigraron a Belice y Bolivia, es de pensarse que lo hicieron para precaverse del torbellino pintado en Ciudad Cuauhtémoc. En suma, la colonización norteamericana y canadiense, especialmente la mormona y la menonita, tal vez ha sido la más próspera, pero también una de las que menos se han integrado a México.

Nueva ley de colonización se decretó, en diciembre de 1946, para resolver el problema de la escasez de tierras laborables en relación con las personas ocupadas en la agricultura, su aglomeración en las tierras agotadas y su falta en las ricas costeras y tropicales. Con tal fin se creó la Comisión Nacional de Colonización.[127] Esa ley formó parte de un conjunto legislativo del que se

esperaba incrementara la producción agrícola y fomentara la auténtica pequeña propiedad. Con los tres millones y medio de hectáreas de terrenos nacionales se esperaba impulsar la repatriación de los mexicanos e impedir el éxodo de los braceros.[128]

La ley declaraba de utilidad pública la colonización de la propiedad rural, exceptuando las reservas forestales, las propiedades particulares que explotaban debidamente la agricultura o la ganadería (o sea las que aprovecharan más de la mitad) y las pequeñas propiedades agrícolas o ganaderas. Sólo se colonizarían con la conformidad de sus propietarios los terrenos debidamente explotados o aquellos que sin estarlo no permitieran el establecimiento de más de diez colonos. Los terrenos declarados legalmente colonizables no estarían sujetos a afectación ejidal en un plazo de cinco años. La extensión de los lotes de los colonos no excedería a la pequeña propiedad ni sería menor a la parcela ejidal, suficiente para el sostenimiento y mejoramiento económico de la familia del colono. La colonización se haría con nacionales o con extranjeros, o con ambos conjuntamente. Matrimonio civil o mayoría de edad, aptitud para los trabajos del campo, buena conducta, no padecer enfermedades crónicas, ni estar procesados por delitos que merecieran pena corporal, eran los requisitos para ser admitidos como colonos. Se preferiría a los arrendatarios, aparceros y ocupantes de buena fe de los terrenos por colonizar.[129]

Al igual que durante el porfiriato, la colonización extranjera sólo ha tenido un parcial éxito económico, y casi nulo socialmente. En suma, aunque en un principio se tuvo gran ilusión en atraer a los colonos extranjeros, éstos, en realidad, no vinieron en el número deseado porque México no ha sido atractivo para los inmigrantes agrícolas, pero sí para los comerciantes, e incluso para quienes se dedican a algunas actividades antisociales. La controvertida inmigración de capital extranjero ha sustituido la inmigración humana. De cualquier modo, el senador Manuel

Tello propuso el 24 de octubre de 1968, la derogación del artículo séptimo de la Ley General de Población, que ofrecía facilidades a la inmigración colectiva de extranjeros sanos y fácilmente asimilables. Aunque la ley no lo establecía expresamente podía suponerse, de acuerdo con la experiencia histórica, que se pensó en traer colonos de raza caucásica. Pero éstos ya no eran necesarios porque, según Tello, las condiciones físicas de los mexicanos habían mejorado y seguirían mejorando sin necesidad de ellos. México, orgulloso de ser un país mestizo, para remediar la situación de los indios que vivían al margen "de nuestra civilización", no necesitaba colonos blancos, le bastaba incorporar a los indios a nuestra civilización, como lo estaba haciendo el Instituto Nacional Indigenista. Esta tesis era congruente con la derogación de la Ley Federal de Colonización y con la idea de dotar de tierras a los campesinos que carecían de ellas; las pocas tierras disponibles podrían, llegado el caso, ofrecerse a los repatriados. La iniciativa se turnó a la Comisión de Migración.[130]

Gott und Volk, Mit Brennender Sorge

En 1934, un año después del triunfo nazi en Alemania, los patronos declararon en el primer Congreso Mexicano de Derecho Industrial que todos los pueblos por ser nacionalistas y socialistas a la vez "somos 'Nazi' sin saberlo y sin quererlo. Hacia allá nos empuja la interdependencia social y la creciente intervención del Estado".[131] Aunque no especificaron la naturaleza del nazismo dentro de la crisis del Estado liberal burgués, coincidieron con Cárdenas en la admiración por la disciplina y laboriosidad de los alemanes. Algunos consideraron a Alemania "nuestro mejor amigo"; el ministro Icaza escribió a su gobierno en 1936 que México debería ser neutral en la guerra que se avecinaba porque Alemania era un comprador de productos mexicanos; el general Azcárate, ministro mexicano en Alemania, se declaró enemigo

del bolchevismo y del capitalismo. Según el ministro alemán en México, Von Rudt, Cárdenas no era comunista, en todo caso sus drásticas medidas no hubieran sido necesarias si la industria no hubiera obtenido tan altas ganancias. En 1938 México vendió su petróleo a Alemania, Italia y Japón para vencer el boicot de americanos e ingleses; entre 1938 y 1942 Alemania absorbió 48% de las exportaciones e Italia 17%, por tanto, México debería agradecer a Alemania que lo hubiera salvado de una catástrofe, pero lo hizo porque así convenía a sus intereses.[132]

La colonia alemana en México, fuerte por su unidad interna, reforzó la política exterior del Tercer Reich, conforme al principio hitleriano de que a los pueblos de una misma sangre corresponde una patria común. Sumaron 17 000 alemanes en México al iniciarse la segunda guerra mundial porque se incluía a los menonitas y a los alemanes originarios de Rusia. También se exageraba la unidad de la colonia alemana; según la Asociación de Republicanos Alemanes en México la mayoría de los alemanes eran asalariados que por temor a perder su trabajo no expresaban sus convicciones, y se intentaba disimular estas divisiones con el argumento de que todos eran "hijos del mismo pueblo". La Comunidad del Pueblo Alemán, en 1936, tenía 1 665 miembros, 867 en el Distrito Federal, 93 en Monterrey, en un total de 23 grupos provincianos, dirigidos por los cónsules o por algún empresario. En opinión de Von Rudt los alemanes eran comerciantes, no colonos, deseosos de regresar a su patria porque los mexicanos eran "culturalmente inferiores". Las 600 damas de la colonia pagaban el regreso de los alemanes de escasos recursos, cuotas escolares y gastos hospitalarios a otros. Celebraron la toma del poder por Hitler y desde 1937 la XEB transmitía en onda corta programas de arte y música popular y culta alemanes, los domingos de las ocho a las nueve de la noche.

El Colegio Alemán fue convertido en un bastión nazi pese a que en 1937 sólo 39 de sus 401 alumnos tenían apellido germá-

nico. A quienes no simpatizaban con el nazismo se les hostilizaba de diferentes maneras; por ejemplo, una profesora fue cesada porque a fines de 1941 criticó los fusilamientos de los rehenes. La propaganda nazi recordaba la intervención francesa, que Belice estuviera en manos inglesas, la expropiación petrolera, que Alemania jamás se había entrometido en los asuntos de América Latina y que por haber llegado tarde al reparto del mundo le negaban "el espacio vital que con justa razón reclamaba". La Liga Pro Cultura Alemana, desde marzo de 1939 y la Asociación de Intelectuales Antinazis combatieron esta propaganda, mientras el presidente Manuel Ávila Camacho publicaba *El libro negro del terror nazi en Europa*.

Von Rudt escribió en su diario en 1937 que con la excepción de sus colegas de Washington, Moscú y probablemente Praga, ningún diplomático estaba tan expuesto como él a los ataques de los mexicanos, "indios y mestizos semisalvajes, acostumbrados al uso de revólveres y cuchillos". Inútilmente Von Rudt protestó contra los "mueras" al fascismo y a Hitler, y a las protestas por la persecución a los judíos; estos ataques desaparecieron con la tregua del pacto Hitler-Stalin de 1939, pero se reanudaron cuando se rompió. La película *El gran dictador*, de Chaplin, fue mejor recibida de lo que podía esperarse por parte de un público tal vez no proclive al nazismo, pero sí a una germanofilia producto del rencor antiyanqui.[133] Participaron de esta germanofilia políticos tan conspicuos como Calles, asiduo lector de *Mi lucha*, y en otro sentido el propio Manuel Ávila Camacho, presidente honorario del Club Hípico Alemán.[134]

Parte de la prensa mexicana apoyó los crecientes éxitos nazis. Juan Sánchez Azcona, por ejemplo, celebró la invasión alemana a Austria como la "fusión de dos ramas de la misma familia que habían sido distanciadas" por los 178 000 judíos de Viena. Rodolfo Reyes aplaudió la invasión alemana a Checoslovaquia. Mientras algunos utilizaban el temor a la competencia comercial

e industrial de los judíos, los barcelonetes subvencionaban a los "Dorados"; Rodolfo T. Loaiza atacó en el senado a los judíos y *El Universal* a la URSS porque eran "asiáticos".★[135]

Después de la rápida conquista de Polonia, del 22 de febrero al 15 de junio de 1940 se publicó la revista *Timón*. Se ha planteado la duda de quién la pagó, y, por tanto, a su colaborador principal: José Vasconcelos. No se conoce una prueba documental de que Vasconcelos haya sido pagado por los nazis pero sí existe la coincidencia de *Timón* con el racismo de *La Reacción* (dirigida por Aquiles Elorduy) y el antisemitismo de *Omega*, que el 16 de octubre de 1939 acusó a los judíos de "pulpos de la guerra" y a Vicente Lombardo Toledano de judío. La idea de la historia de México de *Timón* es vasconceliana: los pueblos pequeños como el mexicano, a cambio de una independencia teórica, habían dejado de participar del poderío del gran imperio español; la "guerra de los pasteles" costó a México 125 000 francos porque unos soldados rompieron unos bizcochos "de un paisano de Reynaud" (el primer ministro francés); Maximiliano fundó un imperio "amoroso" que fracasó en su intento de librarnos del "norte". *Timón* se congratuló de que la bandera alemana fuera ovacionada en los teatros populares capitalinos; no por eso deseaba la persecución de los judíos "ni de pueblo alguno". No estaba contra judíos, norteamericanos, indios o europeos, pero recordó que el estorbo a la circulación de las revistas había sido una de las causas del antisemitismo alemán; J (osé) V (asconcelos) deseó que México nunca se viera en la situación que obligó a Alemania a defenderse. Otros colaboradores fueron más descarados, según Carlos Roel ésa era la guerra de los judíos; Fernando de Euzkadi precisó que de un lado peleaban 15 millones de judíos y del otro dos mil millones de católicos (aumentando su número a más del doble) y que él deseaba que el "catolicismo" (no el de Pío XI en la encíclica *Con viva angustia*) aplastara el judaismo. El Dr. Atl pidió la expulsión de los judíos de México porque tres polacos asaltaron

una joyería; justificaba tal petición porque les atribuía estafas, propiedad de casas de vicio y de juego clandestinas, bares equívocos, masajes "más o menos médicos"; en suma, porque los vicios de los extranjeros encarecían la vida.

Timón escribió irónico que 99% de los mexicanos constituían una quinta columna platónica, y José Vasconcelos por su parte atribuyó la germanofilia mexicana a que veía la ruptura del orden internacional como una liberación, pero publicó sin firma un artículo en que un tal "Ribentrop" consideraba a Hitler "el hombre más grande que han producido los siglos". Francisco Struck, en cambio, argumentó que si Hitler había lastimado a ciertos pueblos lo había hecho contra su voluntad, pues no podía cumplir la misión que le había encomendado el Creador "en una forma menos enérgica y severa, Jesucristo también arrojó a latigazos a los mercaderes que profanan al templo". En fin, Carlos Roel respondió a una crítica de *Excélsior* sobre la persecución de los judíos acusando a Estados Unidos de perseguir a los negros, de tener a los indios en reservaciones, de su política antijaponesa y antichina, y de tratar a los mexicanos como a una raza atrasada.[136] Finalmente *Timón* fue clausurado, detenido su gerente César Calvo, y expulsado a mediados de julio el agregado de prensa alemán.

Escasos dos meses después de la clausura de *Timón*, el candidato Almazán consideró inoportuno el nombramiento de Vázquez del Mercado como presidente sustituto, pese a las "altas cualidades" que lo adornaban, tanto porque estaba casado con una italiana como porque en sus obras "dejaba traslucir ideas fascistas".[137] Jaime Torres Bodet, en ese tiempo encargado de negocios en Bélgica, cuenta que oyó por radio a Hitler anunciar la invasión a Polonia, el primero de septiembre de 1939; con su "voz estridente, dura, metálica, que por momentos remedaba un bestial rugido", acaso contribuyó a que Francia, de mala gana, movilizara su ejército no muy convencida de que valiera la pena

"morir por el coronel Beck". De cualquier modo, Torres Bodet tuvo que aceptar las máscaras contra gases, la acumulación de arena en los sótanos y de víveres en la bodega. Después, la delegación fiscal en Francia fue trasladada a Bélgica, entre otros por Renato Leduc; el 22 de septiembre Torres Bodet fue a observar qué estaba pasando en París. Delicado *gourmet*, registró que los restaurantes habían disminuido la variedad de sus platillos, pero no su calidad; pese a que en la noche se caminaba en absoluta oscuridad, las "falenas" continuaban su acostumbrado *trotoir.*[*] Jean Giradox redactaba misteriosos e inútiles comunicados periodísticos *quelque parte en France*. El 10 de mayo de 1940 en la azotea de la legación mexicana en Bruselas, contra las instrucciones de las autoridades, vio cómo silbaban las bombas destinadas a las estaciones de ferrrocarril y de autobuses, incluso una de ellas cayó cerca de su residencia; las ambulancias y los bomberos iban y venían sin cesar. Los vítores y las flores con que los belgas recibieron a los soldados aliados no bastaron para contener a los alemanes, por lo que el gobierno decidió trasladarse a Ostende dejando en libertad a los diplomáticos para que lo acompañaran o permanecieran en Bruselas (como hizo el nuncio apostólico); él viajó a Ostende, pero su salida se dificultó porque tuvo que retirar los fondos del banco; ahí lo sorprendió un ataque aéreo, por lo que en compañía de un guardián y del subgerente se refugió en el sótano donde disfrutó de sillones amplios y cómodos, buen alumbrado y adecuada ventilación, y aun le ofrecieron un whisky que no aceptó. Al silenciarse las sirenas dejó el banco con un retraso de 70 minutos; al continuar el viaje a París y pasar por la carretera a Gante vio muchas ruinas, tanques, cañones antiaéreos, casas incendiadas, "mujeres mudas bajo sus lágrimas, campesinos estupefactos y niños curiosos". Al fin llegó a París el 18 de mayo, donde permaneció hasta el 10 de junio; el domingo 9 vio *Ninotchka* en el cine Campos Elíseos, el cual estaba casi vacío por el temor de que los alemanes aterrizaran en el centro de la

ciudad. Petain capituló dominado por su "orgullo senil" y por su estancia en la España de Franco. El 4 de septiembre se embarcó en Lisboa en un pequeño barco norteamericano; durante la travesía, y ante el temor de un ataque submarino, todos los días practicaban el salvamento, aun en piyama; al fin llegaron a Nueva York el 23 de septiembre.[138]

Luis I. Rodríguez, en su calidad de ministro en Francia, organizó la salida inmediata de más de 50 mexicanos, mientras con sobrada razón comparaba la epopeya de la defensa de Madrid con la caída de París "sin lanzar una queja". El 16 de junio, el barcelonete Paul Reynaud le comunicó que volvería a su casa en los Alpes "con la conciencia tranquila. Para gemir da lo mismo cualquier sitio". Rodríguez volvió a ver a Reynaud en Vichy, víctima de un accidente automovilístico, le ofreció asilo en México por solidaridad, concepto que emocionó al político francés amargado porque algunos lo acusaban de traición; Rodríguez le pidió que confiara en la historia: "La historia—sonrió pesimista—escrita ¿cuándo, dónde y por cuál partido?", le preguntó el barcelonete, quien le pidió que dijera en México a quienes llevaban su sangre "que yo no significo una vergüenza para ellos". El guanajua-tense fue testigo de ciertas maniobras vaticanas para no desagradar a Mussolini y, en contraste, la invitación del arzobispo de Tours para resistir a los invasores después de que el ejército había evacuado esa bella ciudad. Precisamente en ella presenció la penosa escena en que un oficial alemán, mozalbete de veinte años, ordenó al mesero de un restaurante que dijera a un sujeto de "enorme nariz hebrea" que se retirara inmediatamente porque no podía permitir que un "inmundo judío" lo molestara con su presencia; el aludido respondió que lo haría cuando sintiera deseos de hacerlo, entonces el alemán lo amenazó con castigar esa insolencia: "Retírese al instante, puerco judío. Su presencia aquí es intolerable ¡Se lo exijo!" Sereno pero enérgico el ofendido respondió a su ofensor que no estaba dispuesto a complacerlo

al tiempo que le mostraba su tarjeta de secretario de la embajada de la URSS y exigía una explicación pública. Este incidente lo registra una persona que como Rodríguez algo tenía de antisemita, pues según él pocas gentes había en el mundo tan funestas como el "torvo judío calculador".

El primero de julio, Rodríguez vio en una *boite de nuit* cuando una rubia francesa de "extraordinaria belleza" se negó a bailar con un "brillante oficial de Goering", quien no resistió preguntarle si se negaba porque él era alemán. "No, le contestó la dama, porque yo soy francesa". Un diplomático argentino le reprochó en Vichy que Argentina no perdonaba a México que siguiera divorciado de la "Madre Patria". En la divisa de Petain "Familia, Patria, Trabajo", Luis I. Rodríguez oyó los aullidos de la reacción y en el lema *Gott und Volk* (Dios y la Nación) el antiguo miembro de la ACJM vio la locura de ese "verdadero y nuevo evangelio", que desplazaba el agua bendita y las oraciones cristianas. El llamado de la Iglesia a la defensa de la cultura cristiana era tardío, pues ya había comenzado la era alemana. Como la cristiandad era internacional, los alemanes no podían ser cristianos

> Dios, Alemania y Hitler: he aquí tres cosas distintas, pero un solo Dios verdadero. Somos los depositarios de la única verdad. Antes que el Verbo fue Alemania. Dios mismo no existiría sin Alemania. Como el Creador no sería conocido sin sus obras.

No faltaba razón a Rodriguez cuando comentó que más podía un vencido cuerdo que mil vencedores locos, y cuando confió en que otro brazo levantaría las banderas de Francia arriadas por Petain.[139]

México ocupó en abril de 1941 diez barcos del eje fascista en Tampico, dos en Veracruz; los italianos no pudieron hundir el *Atlas* en Tampico, sin embargo ya con bandera mexicana, dos de esos buques fueron hundidos por los nazis en 1942; México se

declaró en estado de guerra con el eje fascista. Lombardo Toledano presionó al gobierno mexicano para que su participación en la guerra no menoscabara la soberanía del país en favor de Estados Unidos; Alberto María Carreño se opuso a la guerra porque México no había recibido ofensa alguna de los países fascistas; por el contrario, nuestro país se había apoderado de embarcaciones que, conforme al Derecho Internacional, habían quedado abrigadas al estallar la guerra en Europa, y confiscado los cuantiosísimos bienes de alemanes, italianos y japoneses.[140]

Con la guerra llegaron a México varios fugitivos de Europa, entre ellos un aventurero coronado, el rey Carol de Rumania, quien en su casa de Coyoacán jugaba bridge con sus invitados.[141] Carol, tal vez ignorante de la tradición republicana de México, se llevó más de un chasco en 1941; por ejemplo, al asistir a una función en Bellas Artes el público aplaudió la entrada del director de la orquesta y el rumano se levantó a dar las gracias creyendo que la ovación era para él, lo que provocó la risa del público; su chambelán pretendía en los restaurantes que el *maitre* se dirigiera a él y no al ex rey.[142] A fines de ese año de 1941 las cosas se precipitaron: el 8 de diciembre México rompió sus relaciones con Alemania y el 11 con Italia. Desde el 7 de ese mes la Secretaría de Hacienda había ordenado que los súbditos del Eje sólo pudieran disponer de sus fondos en instituciones de crédito con su autorización, y además de que Relaciones Exteriores suspendió las cartas de naturalización a su favor. El 21 de enero de 1942 se concentraron 800 japoneses en el noroeste, 245 en la capital y irnos 300 en Guadalajara; 57 ciudadanos nipones se quejaron, al parecer con razón, de que el tesorero del gobierno de Chihuahua Tomás Valles los obligaba a trabajos forzados. Varios japoneses compraron la ex hacienda de Temixco, Morelos, y un pequeño campo agrícola en Querétaro para alojar a sus paisanos. En agosto de 1942 los japoneses naturalizados mexicanos perdieron su nacionalidad adoptiva aun si sus esposas e hijos eran mexicanos;

algunos criticaron esta medida, pero otros la defendieron por el peligro que representaba que los japoneses conocían la costa del Pacífico al dedillo. De cualquier modo, poco después se canjearon 33 japoneses por nueve mexicanos.[143]

Desde abril de 1942, 270 alemanes fueron internados en Perote, Veracruz; algunos más lo fueron en los siguientes meses. Fueron tan cómodamente instalados que se dijo que más parecía "un campamento vacacional"; varios marinos de los buques incautados manifestaron sus deseos de quedarse en México después de que fueran liberados al terminar la guerra. Por las dudas las autoridades veracruzanas vigilaron cuidadosamente a los subditos de los países que estaban en guerra con México, se les concentró en la capital por el peligro de que vivieran en las costas o cerca de ellas.[144]

A principios de 1943, los diplomáticos mexicanos en Alemania fueron llevados a un hotel-prisión en Bad Godesberg, donde permanecieron poco más de un año; soldados y agentes de la Gestapo los acompañaban incluso a visitar al médico. Para desaburrirse organizaron conferencias y conciertos que tuvieron gran éxito, y por supuesto celebraron el 15 de septiembre. Posteriormente fueron canjeados 12 alemanes por un mexicano.[145]

En 1944 fueron liberados los valores alemanes congelados menores de 25 000 pesos y no fue sino a mediados de 1948 que México devolvió 124 negocios intervenidos con un valor de 78 millones de pesos.[146] Desde el 11 de junio de 1942, al declararle México la guerra al Eje fascista, se creó una junta intersecretarial para hacerse cargo de sus propiedades y una junta de administración y vigilancia de la propiedad extranjera, presidida por Luis Cabrera. La embajada de Estados Unidos en México dirigió la toma de decisiones de esta junta después de investigar la vida privada de los afectados, muchas veces por medio de los cónsules. El problema era que muchos de los sospechosos eran mexicanos por naturalización y aun de nacimiento, pero algunos se sen-

tían más alemanes que los nacidos en Alemania; obviamente la junta ordenó la intervención de los bienes de éstos. La mayoría de estas empresas fue intervenida en 1942; solo se salvaron 14 de 258, y fueron las que se acercaron a tiempo a Estados Unidos o se disfrazaron mejor. Maximino Ávila Camacho, el poderoso hermano del presidente, los protegió en Puebla.

Como los alemanes eran muy importantes en la industria químico-farmacéutica, unos 11 000 mexicanos trabajaban en ella. Entre las empresas que se salvaron estuvo la Bayer. El oficial mayor de la junta recuerda que además no querían

> que todo cayera en manos de judíos que ganas tenían de quedarse con todo. Bueno, eran judíos americanos o de la nacionalidad que fueran pero judíos eran los que se querían quedar con todo. Realmente nosotros impedimos eso.

A quienes se les quitó su trabajo se les dio una suma mensual para que subsistieran; fue entonces cuando la colonia alemana colaboró eficazmente. En el lapso 1942-1943 las 300 empresas intervenidas tuvieron una utilidad de 12 347 904 pesos. Las fincas cafetaleras fueron administradas por el Banco Nacional de Comercio Exterior; en las 66 intervenidas en 1942 fue necesario conservar mecánicos, peritos agrícolas y contadores alemanes porque no había mexicanos que los sustituyeran. Al terminar la guerra, las fincas fueron devueltas a sus dueños, la mayoría de éstos regresó a Chiapas pero varios más emigraron a otras partes de nuestro país y otros a Alemania.[147]

En agosto de 1943 ya más de 11 000 mexicanos se habían enrolado en el ejército de Estados Unidos, cifra que al final ascendió a 15 000. Pelearon en Europa y en Asia sin perder su nacionalidad mexicana en virtud de un decreto del 22 de octubre de 1942. Por supuesto, fue mucho mayor la colaboración de los trabajadores agrícolas y de vías férreas y la exportación de centenares de toneladas de materiales estratégicos.[148] Según otras fuentes los mexicanos que pelearon bajo la bandera americana fueron

más de 250 000, de los cuales murió aproximadamente un millar. Por supuesto, ningún americano peleó bajo la bandera mexicana, entre otras razones porque sólo el Escuadrón Aéreo 201 participó en la guerra con bandera mexicana.[149] Esto significó un gran cambio en la actitud de los mexicanos; según una encuesta de mayo de 1942, 59% se oponía a que México participara en esta guerra, pero después del hundimiento de los dos barcos petroleros mexicanos 117 490 la apoyaban y sólo se oponían 3 225.[150]

LOS ESPAÑOLES, LOS "BÁRBAROS" MÁS ASIMILABLES

Después de 25 años de haber sido expedido el plan de Linares, los españoles continuaban siendo dueños de buena porción de la riqueza nacional; por ejemplo, de las dos terceras partes de la industria textil. La guerra civil española favoreció una nutrida inmigración hispana. El 7 de junio de 1937 llegó al puerto de Veracruz el primer contingente de españoles republicanos, formado por 464 niños. En los primeros días de ese año se publicaron en los periódicos españoles anuncios invitando a los padres a enviar a sus hijos de tres a quince años de edad a México; en la realidad algunos rebasaron esa edad. Un 40% procedía de Barcelona, la cuarta parte de Madrid, 12% de Andalucía, 9% de Valencia, etc. En su mayoría eran hijos de obreros, y en menor proporción, de pequeños comerciantes, empleados de bajos ingresos y campesinos; sólo tenían en común ser hijos de republicanos. Algunos padres creían que el viaje no excedería pocos meses, y que sería como las "colonias" en España; varios otros deseaban que sus hijos hicieran la América, otros deshacerse de los hijos "problema", y algunos hijos pidieron a sus padres que los enviaran deseosos de aventuras. Se reunieron a fines de mayo de 1937 en Barcelona; en el trayecto a Burdeos los mayores se emborracharon porque quitaron las botellitas de vino a los más pequeños. La travesía en el *Mexique*, en segunda y tercera clases, duró 14 días; al pa-

sar por La Habana los recibieron cantando La Internacional, ellos contestaron con el puño en alto. En el puerto de Veracruz los recibieron 15 000 personas, y en el trayecto a la capital les obsequiaron frutas en las estaciones. En la ciudad de México los esperaban 30 000 y en Morelia, su lugar de destino, también la multitud era de unos 15 000 mexicanos.

Algunos criticaron que a muchos niños mexicanos en pésimas condiciones no se les daba ni una pieza de pan, pero en el fondo había un gran temor al comunismo. Otros, en cambio, celebraron su venida porque México necesitaba sangre blanca en grandes cantidades, no 500, sino 500 000, para blanquear la raza y despertar la mente de los niños mexicanos que dormían "el fondo de un misterio asiático, inmóviles e inertes"; en opinión de Querido Moheno esta inmigración sería útil si no se les enseñaba la engañosa doctrina de que acababan de ser víctimas. Alguien dijo que ésta era la primera vez que a los españoles recién llegados no los recibían sus compatriotas porque no venían en calidad de conquistadores ni a hacer la América. Pese a que la Secretraría de Educación Pública creó el internado España-México destinándole mayores recursos que a instituciones mexicanas semejantes, hubo inevitable "desencuentro" entre estos niños y las autoridades mexicanas, esto precipitó el hecho de que uno murió electrocutado accidentalmente el 19 de agosto de ese año de 1937. Su entierro fue ordenado, pero los líderes del grupo ordenaron que se armaran de tenedores, cuchillos y cucharas afilados porque iban a conquistar el poder; al día siguiente golpearon a sus profesores y cuidadores y a punto estuvieron de matar al jefe de prefectos. Desesperado, el director los tachó de "caballos desbocados", y declaró que si pudiera se sacaría hasta la última gota de sangre española que tuviera. Por supuesto fue destituido, pero también por supuesto fue necesario que durante varios días los soldados guardaran el orden; seguramente cuando el ejército ya había abandonado el local el nuevo director fue abofeteado y un

niño le arrojó un vaso de café en la cara. Un nuevo director solucionó el problema creando una brigada de choque. Todo esto era natural porque estos niños tenían la experiencia de la guerra civil de su patria, adoctrinados en el odio a la autoridad y al clero, apedrearon algunas iglesias de la levítica Morelia y como varios muchachos mexicanos los retaron a pelear, de nueva cuenta tuvieron que intervenir los soldados. La "mayoría antirreligiosa hostilizó a la minoría católica; alguien pintó un "Santocristo con cabeza de burro en el comedor", se quitó tal pintura sustituyéndola con la de los dirigentes anarquistas españoles. También se burlaron de los niños mexicanos que usaban escapularios y cruces. Se ha excusado esta agresividad porque carecieron de psicólogos, pero me parece que el sistema escolar mexicano tampoco contaba con ellos.

Su vestido y su calzado eran humildes, insuficiente su comida (alguno recuerda que a veces tenían hambre), deficiente la higiene. El resultado es que casi todos estaban anémicos, el 60% padecía de sarna benigna, una quinta conjuntivisis catarral, pediculosis y tiña.* En varias ocasiones los encargados de la escuela robaron los alimentos; cuando ingresaron algunos niños de las escuelas Hijos del Ejército, el choque cultural repitió escenas de la conquista; según una niña española de ese tiempo eran "extraordinariamente feos", el contraste con los españoles era como la noche y el día. Como de cualquier modo, no todos los españolitos eran bellos, los vecinos sólo invitaban a los "más bonitos, los más güeritos". Los pocos españoles antiguos residentes de Morelia les hicieron muchos obsequios, también la más numerosa colonia de Guadalajara, y criollos de abolengo conservador como la familia Palomar. Varios niños aprovecharon la preocupación por su educación religiosa para hacer varias veces su primera comunión y así recibir otros tantos obsequios.

El 9 de agosto de 1939 la Beneficencia Española y varios centros españoles capitalinos pidieron al presidente su repatriación,

petición que fue apoyada por la Cruz Roja Internacional. El gobierno mexicano aceptó este deseo pero no se realizó por los peligros de la guerra; de cualquier modo, 61 regresaron. Algunos bebieron pulque, uno de ellos como si fuera un "vil garrotero de ahí". Cárdenas, tal vez cuando tuvo a su cargo la defensa de Baja California, llevó a unos 30 de ellos a colonizar un rancho cercano a Mexicali, pero no aguantaron porque era seco y árido. Sus penalidades aumentaron cuando llegaron sus paisanos mayores quienes en un principio los tacharon de vagos e inútiles; buen número de ellos obtuvo sus primeros empleos de la antigua colonia, y posteriormente de los propios refugiados.

La mayoría ha tenido problemas para definirse mexicano o español: con frecuencia se consideran, simplemente, "niños de Morelia", para los españoles son extranjeros mientras que para los mexicanos siguen siendo españoles. Uno de ellos precisa que los de abajo fueron rechazados porque quisieron sentirse rechazados. De 174 cuya nacionalidad se conoce (excluidos los que viven en España), 42% tiene la nacionalidad mexicana, 53.44% la española; según una autorizada investigadora los más asimilados a México han sido los más morosos en naturalizarse, pese a las facilidades que se les han ofrecido; precisamente porque no se les identifica como extranjeros, uno de ellos votó en unas elecciones porque pasaba por mexicano. En fin, Lázaro Cárdenas hasta su muerte se siguió reuniendo con ellos el 7 de junio, costumbre que después ha continuado su viuda. En 1979 buen número de estos niños, ya cincuentones, vivían en cómodas casas de clase media. Ascendieron de su origen obrero gracias al momento en que se incorporaron al mercado de trabajo y a que eran españoles; es decir, a sus relaciones con los antiguos residentes y con los republicanos mayores.[151]

Gilberto Bosques platicó con Cárdenas, al salir a París a ocupar el consulado general de México, acerca de los españoles, belgas, alemanes, italianos, y yugoslavos, etc. En el castillo Reynard

se alojaron de 800 a 850 y dispusieron de todo lo necesario; para levantar su ánimo formaron orquesta, teatro, biblioteca, y practicaron los deportes. El castillo Montgrand se destinó a 500 niños y mujeres; ahí, dentro de lo posible, su dieta era muy buena y disponían de pediatras, campos de recreo y escuela. Los cuáqueros ayudaron con médicos, medicinas y empleados administrativos; México lo hizo con el sostenimiento de 80 niños.[152]

Sin embargo, el 23 de junio de 1940, el ministro Luis I. Rodríguez manifestó al gobierno francés que México estaba dispuesto a recoger a todos los refugiados españoles de ambos sexos residentes en Francia, y que a partir del momento de su aceptación quedarían bajo la protección mexicana; también dirigió sendas comunicaciones a Alemania y a Italia con igual fin. El mariscal Petain le preguntó en Vichy el 8 de julio por qué México se interesaba en favorecer a "gentes tan indeseables". Como Rodríguez contestó que llevaban "nuestra sangre y nuestro espíritu", Petain insistió en el peligro de que fallaran porque eran unos "renegados de sus costumbres y de sus ideas"; en tal caso México ganaría trabajadores capacitados, dijo el ministro mexicano; "mucho corazón y escasa experiencia internacional" remachó el mariscal. Cuando el ministro mexicano cometió el error de decirle que México deseaba aligerar con este acto la pesada carga de Francia, el vencedor de Verdún precisó "que en las grandes miserias las ratas son las primeras que perecen". Concluyó suavizando el diálogo con un elogio a Cárdenas como soldado (arte en el que ciertamente no sobresalió) y como ciudadano, un comentario justo. Rodríguez fue autorizado a visitar otros campos de concentración, los que juzgó "dantescas cárceles con verdugos senegaleses":

> Agua caliente manchada de grasa, doscientos gramos de mal pan, verduras en estado de descomposición: he aquí el diario menú de la comida. El desayuno y la cena por su mezquindad y pestilencia casi siempre son rechazados entre inútiles protestas colectivas. Sin leña para amortiguar el frío rabioso.[153]

Desde 1937 habían llegado a México los futbolistas del equipo Barcelona, y a fines de 1938 otras dos avanzadas republicanas: los futbolistas vascos y un grupo de intelectuales y artistas, con estos últimos se fundó la Casa de España en México. El primero en pensar en esta Casa fue Daniel Cosío Villegas, quien compartió esta responsabilidad con Alfonso Reyes, presidente de esta benemérita institución. A Cosío Villegas le preocupó si "nuestra conocida xenofobia" perjudicaría esta empresa, sobre todo la actitud de Antonio Caso, frente al más joven José Gaos, conocedor del alemán y cercano discípulo de José Ortega y Gasset. Afortunadamente sus temores pronto se disiparon porque todos los invitados tuvieron un éxito inmediato y claro. Los poetas Enrique González Martínez y Carlos Pellicer, en un "banquete de simpatía", refinaron la cortesía mexicana; Enrique Díez-Canedo correspondió asegurando que ellos no se consideraban desterrados en México. Se organizaron ciclos de conferencias en la capital en los que participaron españoles y mexicanos. Se modificaron ciertos obstáculos legales para que ocuparan determinados empleos en México. En el caso de los médicos hubo cierta resistencia del Sindicato de Médicos Cirujanos del Distrito Federal, que se opuso a que sus colegas españoles trabajaran en las principales ciudades y porque algunos cobraban honorarios extraordinarios. Reyes cesó a Lafora y amonestó a otros médicos. Años después, José Torres Blanco minimizó este incidente asegurando que fueron recibidos fraternalmente. De cualquier modo estos cobros excesivos merecieron un epigrama de Kien:

> Porque ellos cobran menos
> y otros de más a sus clientes
> se enojan nuestros galenos…
> Ni que fueran los pacientes.[154]

Otros criticaron a los miembros de la Casa de España porque se dedicaban a la política y por sus muy elevados sueldos. Salvador Novo inicialmente los criticó, pero después los defendió. En

efecto, hizo esta tipología: 1) los políticos, y 2) los intelectuales de la con tan poco tino llamada La Casa de España en México, denominación que atribuyó a un complejo de inferioridad; en particular acusó a su presidente Alfonso Reyes de gozar de un sueldo de 30 pesos diarios. Después los defendió convencido de que habían venido a México por razones sentimentales y raciales, pues gente como Juan de la Encina, Adolfo Salazar, José Gaos, Lafora y Díez-Canedo honrarían las mejores universidades del mundo. Don Alfonso, de cualquier modo, preguntó al secretario de Hacienda Eduardo Suárez su opinión para transformar La Casa y apaciguar a sus críticos, entre otras cosas cambiándole de nombre a La Casa.[155] Algunos miembros de La Casa de España en México ayudaron a entender lo específico de México, situando a nuestro país dentro de la cultura mediterránea, así ocurrió con Jesús Bal y Gay, quien encuadró la música mexicana dentro en ese marco mayor.[156] En realidad, La Casa se fundó con dos sectores, el núcleo fundamental (catedráticos, investigadores y humanistas) y el más reducido (profesionistas, médicos en su mayoría); éste dejó primero La Casa.[157] Ciertos intelectuales franquistas trataron de disminuir la importancia de los exiliados en México, diciendo que eran figuras de segundo y tercer orden, pero algunos de ellos eran traductores o prologuistas de autores europeos de renombre. José Castán Toveñas elogió a Sánchez Román, Recaséns Siches y Medina Echavarría, pero no a Manuel Pedroso; de ninguno de éstos se acordaban en España, terció alguien más. Es verdad que las figuras mayores permanecieron en España: Gregorio Marañón, Ortega y Gasset, Jacinto Benavente, José María Pemán, Ramón Menéndez Pidal, Azorín, Pío Baroja, Eugenio D'ors, Zubiri, Cela, etc.,[158] pero también es cierto que algunos de los que vinieron a México eran jóvenes que aquí desarrollaron una obra importante y sin duda muy útil a México.[159] Se calcula en más de mil los que vinieron a México; La Casa de España sólo recibió a algunos de los mejores, no a to-

dos porque acaso por criterios políticos se excluyó a gente de la extrema izquierda.

Las preferencias políticas comenzaron desde el momento de la salida de Europa; se acusó a Bassols y a Fernando Gamboa de haber preferido a los comunistas, cosa factible dados sus antecedentes.[160] El gobierno mexicano, desde mayo de 1939, recomendó a los presuntos refugiados que se asimilaran a México. Con ese fin les dio información sumaria sobre su geografía, historia, cultura y economía. Sobre todo, no debían inmiscuirse en política; enterrar para siempre el "odio que nace en el destierro". Les encareció que de su buen comportamiento dependía que el pueblo mexicano continuara recibiéndolos, y que no debían olvidar que estaban en la casa del indio, a quien debían respeto y gratitud.[161] La utilidad de estas indicaciones lo comprueba el hecho de que algunos lo único que conocían de México era el nombre y la fama de Pancho Villa; por cierto un batallón republicano llevó este nombre y quién sabe cómo se hicieron de "esos sombreros en forma de cucuruchos alargados". Una mujer exiliada confesó que sólo sabía de México por Valle-Inclán, cuya obra coincide con las instrucciones de Mauricio Fresco. A uno que entró por Laredo le sorprendió ver muchos indios, tímidos y dignos, que hablaban su misma lengua pero con un acento diferente. Otra mujer hispana encontró a los mexicanos como "envarados, poco naturales con los españoles, algo les cohibía". Según Ernestina de Champourcin, en general las españolas se adaptaron mejor que los españoles. El pintor Antonio Ballester tuvo la fortuna de saber que la iglesia de Santa Rosa de Lima "estaba sin ninguna imagen"; aunque el padre Campa encargado de esta iglesia había estado con los franquistas en Valencia, sin más trámite le ofreció una copa de cognac y le adelantó 2 000 pesos para que decorara la iglesia, tarea a la que dedicó ocho años; posteriormente trabajó en otra iglesia de la colonia del Valle.[162]

Al igual que cuando llegaron los niños de Morelia, la Concanaco protestó porque millares de mexicanos carecían de trabajo; Aquiles Elorduy se opuso a estos "gachupines". Alfonso Taracena protestó porque en la frontera había braceros, Rafael Zubarán Capmany pidió que se les recibiera "¡qué caray!, ¡aun cuando sean mexicanos!" Taracena comparó que mientras en la calle capitalina Monte de Piedad había un comedor para los refugiados españoles, en el sur de Estados Unidos millares de mexicanos querían regresar a su patria y no podían. Cuando algunos de estos españoles hicieron gala de su anticlericalismo se originaron incidentes violentos: por ejemplo, en Teotihuacán se les atribuyó una granizada y la autoridad tuvo que protegerlos. Esto no era sólo cosa de fanáticos vulgares, pues el Dr. Atl, tan buen pintor como lamentable panfletista, calificó a los españoles republicanos de "desechos humanos… tipos absolutamente patibularios". Luis Cabrera manifestó su beneplácito por su llegada, pero temió que no se dedicaran a las profesiones que habían declarado (es de suponerse que las agrícolas); aunque *El Diario de Yucatan pidió* que se les recibiera sin alardes de fraternidad, sin embargo, en el puerto de Veracruz un desconocido invitó a comer a una persona sin más trámite, sólo porque era refugiado español. También es cierto que muchos vieron su llegada como una "invasión de gachupines rojos",[163] es decir, unían dos términos injuriosos. Seguramente esos mexicanos no creían en las palabras de Pedro Garfias, al desembarcar en Veracruz

> Pero eres tú, esta vez, quien nos conquistas
> y para siempre, oh vieja y Nueva España.[164]

La violencia de las elecciones presidenciales de 1940 aumentó el temor a la invasión de los "gachupines rojos", porque el gobierno mexicano los preparó para que lo ayudaran a rechazar un eventual levantamiento militar de los partidarios de Almazán; por supuesto que esta preparación fue discreta para no dar pie a

una reacción nacionalista mexicana. No se les distribuyeron armas, pero estaban listas. En el desfile del primero de mayo de ese año de 1940 los republicanos aparecieron enarbolando su bandera, la banda Madrid tocó pasodobles y música mexicana; Vicente Lombardo Toledano y la CTM los felicitaron porque creyeron que iban a ir unos cuantos y fue uno de los grupos más nutridos. En una manta se leía: "U.G.T. Los funcionarios españoles en el exilio reivindican un puesto en la lucha contra el fascismo".[165]

Ésta era un arma de doble filo, es decir, reforzaban sus lazos con el gobierno que los trajo, pero aumentaban el recelo de sus numerosos enemigos políticos. Muchas cifras se han dado sobre el número de estos inmigrantes, probablemente el mayor grupo extranjero que ha venido a México; algunos calculan que entre 1937 y 1942 llegaron unos 12 000, otros elevaron esa cifra a 40 000; en rigor, no existe una estadística confiable. Varios cronistas prefirieron tomar la cosa a chunga: eran tantos, que el censo de 1940 registró una mujer y media por cada varón y un refugiado español.[166] De cualquier modo, los adversarios políticos de Cárdenas combatieron esta inmigración; especialmente a los miembros de las Brigadas Internacionales, a quienes se acusó de comunistas, que finalmente entraron al país al amparo de la nacionalidad española, que el gobierno republicano les concedió.[167] Al finalizar mayo de 1939 se rumoró sobre un posible levantamiento de varios campesinos en Gutiérrez Zamora en contra de la "invasión" republicana española. El gobierno mexicano, para replicar las críticas a esta inmigración, anunció en junio de ese año la repatriación de los mexicanos en Estados Unidos.[168]

Lázaro Cárdenas lamentó que la inmigración de los españoles republicanos hubiera sido utilizada como un arma política, pero en su informe al Congreso de la Unión del primero de septiembre de 1939 confiaba en que al desaparecer la agitación electoral, se apreciaría debidamente esa aportación humana, afín al pueblo mexicano en espíritu y en sangre, que fundida con los aborí-

genes había contribuido a la formación de nuestra nacionalidad.[169] Cárdenas extendió su buena disposición a los antiguos residentes españoles que no habían podido, a causa de la guerra civil, regresar oportunamente a México, en virtud de su gran adaptabilidad y porque, "generalmente, el español tiene hondas raíces en la República", y a que algunos individuos de esta nacionalidad tienen esposa e hijos mexicanos y otros poseen bienes fincados en distintas partes y de distinta naturaleza.[170]

La Confederación de Trabajadores de México (CTM) destacó entre los organismos mexicanos que apoyaron la inmigración republicana española, aun a costa de la defección de 20 000 de sus miembros en julio de 1939.[171] Se temía que los refugiados españoles lesionaran los intereses de los trabajadores mexicanos, incluso se decía que la CTM pretendía darles prioridad, en detrimento de los mexicanos desempleados.[172]

En un principio se trató de que estos inmigrantes se ocuparan en la agricultura en lugares deshabitados del golfo de México y de Baja California, para que no compitieran con los nativos. Cárdenas acordó, el 2 de enero de 1940, fundar con ellos una colonia agrícola en Coscapa, Veracruz, en tierras libres de afectación ejidal para que los ejidatarios de esa región aprovecharan la experiencia de los hispanos. Esa colonia no prosperó, como tampoco la de Santa Clara, asentada en 140 000 o 150 000 hectáreas del municipio de Namiquipa, Chihuahua. Entre las razones aducidas para explicar este fracaso se cuenta la imposibilidad de competir con los campesinos mexicanos, a causa del bajísimo nivel de vida de éstos; el intenso individualismo, y las divisiones políticas de los españoles, pero sobre todo, al hecho de que no eran agricultores.[173]

Los "latinos" en general, los españoles en particular, fueron los colonos por los que más se suspiró en el porfiriato; en la época contemporánea varias veces se ha hablado de colonizar nuevamente con ellos. La guerra civil española de 1936-1939 pudo ha-

ber hecho realidad ese deseo.[174] En un principio se pensó en establecer a los españoles republicanos en Rodríguez Clara, Veracruz, pero no se hizo así debido a lo extremoso del clima.[175] En 1940, 450 colonos se establecieron en Santa Clara, Chihuahua, a un lado de los menonitas, en 150 000 hectáreas. Cultivaron, en forma cooperativa, con buena maquinaria agrícola algunos cereales; tuvieron éxito sobre todo con la avena. Para 1944 ya sólo quedaban 68 colonos; el fracaso se explica tanto por rivalidades políticas internas como porque buen número de ellos no eran agricultores.[176] El financiamiento de esta colonia, así como de las otras empresas a que se dedicaron los españoles republicanos, se hizo con sus propios recursos.[177] En 1940 se proyectó fundar otra colonia con españoles republicanos en Coscapa, Veracruz, y otra más al año siguiente en Maravatío, Michoacán.[178]

El 21 de noviembre de 1940 se concedió a los asilados españoles, internados después de esa fecha, que no serían sancionados por no haber refrendado oportunamente su documentación ni por dedicarse a actividades lucrativas (excepto cantinas, cabarets y similares) sin el permiso correspondiente, siempre que no lesionaran los intereses de los trabajadores mexicanos. Se les eximió, además, del requisito de garantizar su posible repatriación.[179] El presidente Ávila Camacho acordó, el 21 de enero de 1941, que los nuevos refugiados españoles deberían comprometerse a no dedicarse a actividades políticas mexicanas bajo pena de cancelarles el permiso de residencia. En lo posible, sólo se admitiría a prominentes hombres de ciencia, artistas o intelectuales, y no a los profesionistas que pudieran competir en perjuicio de los mexicanos. Se prefería a los agricultores (sobre todo a los de cultivos especializados), a los pescadores (en primer término a los peritos en la industria empacadora), a los artesanos, a los trabajadores calificados, etc. También se insistió en preferir a los solteros de ambos sexos en edad adulta, con la mira de buscar su pronta asimilación.[180] Se suponía que esta afinidad permitiría su

fusión "con nuestra raza autóctona robusteciendo así nuestra propia nacionalidad".[181]

Fracasaron en la agricultura, pero tuvieron éxito en otras actividades económicas y, sobre todo, en las culturales. Desde el punto de vista social esta inmigración fue un éxito, pues entre 1937 y 1942 una tercera parte se naturalizó mexicana y una décima se casó con mexicanos, cumpliéndose así la esperanza expresada. por las autoridades, cuando los consideraron "la raza más asimilable de acuerdo con nuestro proceso histórico".[182]

Muy poco después de que habían desembarcado los primeros republicanos, se fundó el Instituto Luis Vives en agosto de 1939, el cual proporcionó enseñanza primaria y secundaria; a principios de 1940 se esatableció la Academia Hispano-Mexicana y en 1941 el Colegio Madrid, que se dedicó sólo a la enseñanza primaria. Estas tres escuelas, pero especialmente el Vives y el Madrid, aceptaron el dinero que los padres pudieran pagar, en buena medida porque contaban con la ayuda del SERE y de la JARE, hasta que éstos agotaron sus fondos; afortunadamente cuando esto ocurrió un número suficiente podía pagar la colegiatura completa. El Madrid también proporcionaba a sus alumnos la comida del mediodía.[183] Algunos han elogiado estas tres escuelas porque en los cuarenta eran las únicas laicas de lengua española en México. En contraste con este laicismo, los antiguos residentes fundaron cinco escuelas con monjas traídas de España; poco después una para mujeres y otra para varones, a las cuales asistían tanto mexicanos como españoles. Las escuelas de los refugiados se organizaron creyendo, en un principio, en un pronto regreso a su patria.[184] Posteriormente, y con dinero de la República se fundaron otras seis escuelas en Tampico, Córdoba y Torreón.[185] Todas estas escuelas aceptaron la exigencia de la SEP de que la historia de México y el civismo los enseñaran profesores nacidos en México; las republicanas aun con exceso, como una galantería, como una "muestra de simpatía",[186] escogieron personas mode-

radamente favorables a España.[187] Convendría estudiar la enseñanza de la historia y del civismo en las numerosas escuelas extranjeras pese al número decreciente de los extranjeros.

Obviamente el primer problema de los republicanos fue encontrar trabajo, salvo en el caso de los pocos invitados por La Casa de España en México. El SERE y la JARE establecieron empresas editoriales, fabriles y financieras, pero pocas sobrevivieron más allá de dos o tres años. En un principio la necesidad de trabajar fue tan grande que aun algunos con elevada calificación intelectual aceptaron cualquier empleo; por ejemplo un antiguo juez de la Corte Suprema de Madrid vendió jabones en cantinas y prostíbulos hasta que después de muchos años pudo practicar el derecho.[188]

Numerosos republicanos descubrieron a los mexicanos, pero también a los antiguos residentes, a quienes en un principio sólo veían como panaderos y abarroteros gachupines, y éstos a su vez veían a los republicanos como anarquistas. Con los años se unieron por matrimonio ambos grupos, 28% de la primera generación y casi 30% de la segunda; tal vez algunos de esos noviazgos nacieron en el Parque Mundet o en algún colegio español. Manuel Súarez fue uno de los antiguos residentes que más abrió las puertas de sus negocios a los republicanos; también sobresalen en este aspecto José Muni y Ángel Urraza.[189]

La Secretaría de Gobernación facilitó los trámites migratorios a los republicanos, les concedió categoría de inmigrantes y bastaba una simple declaración para concederles la nacionalidad mexicana.[190] Una gran mayoría aceptó esta oferta; el doctor Puche, del SERE calcula entre 70 y 75 por ciento los que adoptaron la nacionalidad mexicana.[191] En parte el análisis de Alfonso Reyes de que a diferencia de los alemanes que sólo se ocupaban de la industria pesada y los franceses de la suntuaria; los ingleses que sólo enviaban su dinero pero ellos mismos no venían, y los norteamericanos (gerentes o turistas) que no convivían con el pueblo,

los rudos españoles se convertían en pequeños caciques y aun tomaban parte en aventuras revolucionarias, pero si perdían se acordaban de que eran extranjeros y reclamaban ayuda por la vía diplomática. La solución era reconocer que constituían "una nacionalidad intermedia, crepuscular". Al fin y al cabo si América existía era porque había habido españoles que al venir habían quemado sus naves quedándose para siempre aquí

> Esta incómoda y activa masa de embriones —inmigración bárbara en cierto modo, pero orgullosa de su ascendencia que un día dominó el mundo— no es ya España, no es todavía América: es el último envío de sangre de la conquista.[192]

Cárdenas en cierta forma (y no es una casualidad que haya aceptado que Reyes presidiera La Casa de España) se salió del derecho clásico para traer a los republicanos españoles.

Éstos, en los primeros años habitaron sobre todo en las céntricas colonias Roma, Cuauhtémoc, Juárez y San Rafael. En los mercados de San Juan y en el Juárez vendieron sabrosas butifarras, morcillas de arroz, chorizo y jamón serrano, y en las calles más céntricas establecieron cinco concurridos cafés en los que contrastaban sus voces estentóreas con el medio tono de los mexicanos. Max Aub escribió un cuanto en el que un mesero de uno de estos cafés soñó con que iría a España a matar a Franco, para así terminar con esa gritería.[193] Algunos de estos inmigrantes también asistieron al Centro Vasco y al Orfeo Catalá (se dice que salvaron de la decadencia a este último); en el Centro Asturiano, en cambio, no fueron bien recibidos, al grado de que algunos socios renunciaron porque se permitió su ingreso.[194]

Querido Moheno aseguró, en agosto de 1940, que migratoriamente hablando "el inmigrante español no tiene defectos": era robusto y membrudo, inteligente y generoso, y que como México y España eran "carne de la misma carne y alma de la misma alma", el español no era, no podía y no debía ser extranjero en México, como no lo habría sido el mexicano en la Repú-

blica Española. En cambio, según Jesús Rivera Quijano, igual que los italianos que convirtieron Chipilo de un erial en un oasis, "los [ahora] chipileños siguen siendo italianos", lo mismo habría ocurrido si se hubieran establecido aldeas españolas íntegras. México no debía buscar su felicidad en germanizarse sino en mexicanizar al inmigrante mediante la fusión de las dos razas, tal como hacía el español que formaba un hogar con la india.[195] Otros en cambio, como Diego Rivera, creían que "todos los españoles son malos".[196]

Éste era todavía el ambiente cuando *Población* publicó en febrero de 1942 una encuesta sobre la naturalización que Cárdenas concedió a los refugiados, aun sin contar con los años exigidos por la ley; como esto se había hecho por razones políticas, igual privilegio debía otorgarse a los antiguos residentes. César Garizurieta apoyó esta idea con el ejemplo de Benjamín Jarnés, José Gaos y León Felipe; según el senador Noé Lecona, la base de la nacionalidad mexicana era el mestizaje de indios y españoles; el también senador Alfonso Flores, por su parte pidió que se diera a los hispanos la oportunidad de que México fuera su patria.

Algunos recurrieron a exageraciones apologéticas, hubo quien apoyado en José Lorenzo Cossío aseguró que estaba probado hasta la evidencia que los españoles no habían despojado a "nuestros pobres indios", y que el gobierno "dulce y paternal" de la colonia tuvo brillante coronamiento al fundir a los aborígenes con "la noble sangre española". En opinión de Armando Villagrán, la inmigración española era útil a México; si los españoles, y en general los extranjeros, no se naturalizaban era porque los mexicanos habían sido influidos en su contra. El gobierno mexicano nunca se había preocupado por naturalizarlos, y esto lo confirmaba el empeño en verlos como extraños, la posibilidad de retirarles la carta de naturalización, las trabas, la voracidad de tinterillos y coyotes y el papeleo.

En marzo, otros objetaron que ya las leyes concedían abundantes franquicias a quienes deseaban naturalizarse; ésta fue la opinión, por ejemplo, de Alfonso Francisco Ramírez, magistrado de la Suprema Corte de Justicia. Alberto Bremauntz, magistrado del Tribunal Superior de Justicia, se opuso a ese argumento porque tal ampliación podía favorecer a falangistas, monárquicos y totalitarios. Armando Z. Ostos, con igual cargo, y con su experiencia en la Comisión Mixta de Reclamaciones, recordó que conocidos españoles habían reclamado los daños que les causó la Revolución; por si fuera poco, España estaba dirigida por un militar "sumiso a la barbarie nazifascista". Nemesio García Naranjo se opuso a facilitar la naturalización de los antiguos residentes porque el procedimiento era ilegal, si se concedió a los republicanos fue sólo "porque saludaban con el puño cerrado". Algunos españoles se resistían a naturalizarse porque no consideraban antagónicas su nacionalidad de origen y la mexicana, y porque lastimados por la hostilidad retórica contra ellos, se adherían "con mayor ternura a la tierra donde nacieron".[197]

José Vasconcelos, apoyado en historiadores norteamericanos, declaró que la conquista se hizo con un mínimo de crueldad, la indispensable para asegurar la dominación de 30 000 o 40 000 españoles sobre seis millones de aborígenes. En contraste con las facilidades que Argentina y Brasil, y los mismos Estados Unidos, dieron a la inmigración española, México expulsó a los españoles que ya tenía. Afortunadamente ahora nuestro país reconocía lo benéfico de la inmigración española, con independencia de su ideología reaccionaria o republicana, "porque nos dan la sangre que puede vivificar el tronco extenuado de nuestra raza".[198]

Por otra parte, en la medida en que los republicanos no perjudicaban el trabajo de los mexicanos, fue disminuyendo la oposición en su contra; se reconoció que unos cuantos millares de éstos, dispersos en todo el país (en realidad se concentraban en la capital) no hacían peligrar la economía nacional.[199] Es verdad que

algunos republicanos pudieron resentir que la Ley de Profesiones de 1944 les impidiera ocupar ciertos cargos en la UNAM, y que El Colegio Nacional y la Academia Mexicana de la Historia no les abrieran sus puertas sino hasta 1972 y 1976, respectivamente.[200] Varios republicanos consideraron que estas restricciones estaban dirigidas en su contra. Así, cuando la revista *Letras de México* anunció que su mayor responsabilidad era presentar a la opinión popular mexicana, el poeta español Juan Rejano interpeló a su editor, Ermilo Abreu Gómez que si eso significaba que se cerraban las puertas a las colaboraciones extranjeras; Abreu Gómez precisó que a los intelectuales españoles no se les consideraba extranjeros, que no necesitaban una invitación expresa, porque ésa era su casa.[201]★

Mucho se ha comentado la importancia de la aportación intelectual de los españoles a México. En los cuarenta se dijo que habían publicado más de 1 250 libros, traducido más de 1 600 y creado más de 50 editoriales e imprentas, continuando así una tradición secular. Su colaboración también sobresale en la industria, finanzas, seguros, agricultura y pesca.[202] Los médicos fueron de los profesionistas más numerosos: fuentes españolas los estiman en unos 500; las mismas fuentes justifican que se hayan establecido sobre todo en la capital, ya que fácilmente podía absorberlos;[203] este criterio no toma en cuenta las necesidades nacionales, pero tampoco lo hacen muchos médicos mexicanos. Según Francisco Giral emigraron a México la mitad de los universitarios españoles.[204] Según otras fuentes la Unión de Profesores Universitarios Españoles se formó en París en 1939, y adoptó México como su sede central seguramente porque aquí vino la mayoría. En menor medida emigraron a Francia, Argentina, Puerto Rico y otros países americanos. En un total de 347 se cuentan 76 farmacéuticos, 69 médicos, 55 abogados, 45 pertenecientes a las carreras de filosofía y letras, etc.[205] Se ha dicho que es superior el prestigio internacional de alemanes, austriacos,

húngaros, etc., que recibió Estados Unidos, también fugitivos del fascismo,[206] sin considerar la diferencia de recursos y el idioma. Pese a la preferencia mexicana por los agricultores y pescadores (se subvencionó a los italianos y se facilitó la inmigración de mormones y menonitas), fueron más los extranjeros que se ocuparon en actividades secundarias y terciarias. Cárdenas abrió las puertas a todos, aunque haya apoyado pequeños experimentos agrícolas; Manuel Ávila Camacho, al asumir la presidencia el 21 de enero de 1941 recordó la preferencia a los agricultores, sobre todo de cultivos especializados, los peritos en la industria empacadora de pescados, los artesanos y los trabajadores calificados. Aunque en un principio los bancos no querían admitir a los republicanos, unos meses después ocuparon hasta puestos directivos en algunos de ellos.[207] El acuerdo del 7 de febrero de 1941 ratificó la preferencia por agricultores y pescadores y el rechazo a los profesionistas. En general los exiliados españoles respetaron la condición de no dedicarse a actividades políticas de México o de España, so pena de cancelación de su permiso de residencia, que en un principio los obligaba a residir en el lugar que les señalara la JARE por un término de seis meses, prorrogable a juicio de esta agrupación y de la Secretaría de Gobernación.[208]

Toros y deportes son dos actividades que tradicionalmente unen y enfrentan a mexicanos y españoles. En el primer caso es de mencionarse el éxito "trepidante" de Joselillo, quien por ser nativo de un pueblo de León fue aclamado por los peninsulares, y por los mexicanos porque se había formado aquí, pues llegó a muy temprana edad. El torero propiamente del exilio fue Antonio Duran, quien no alcanzó la fama de Joselillo.[209] La contribución republicana a la industria cinematográfica ha sido grande; en unos casos han llevado a la pantalla argumentos basados en obras literarias españolas, en otros han representado la vida de los españoles y de sus hijos en México, como el célebre don Venancio, entre otros. Por supuesto, la figura máxima es Luis Bu-

ñuel con *Los olvidados*, entre los asuntos mexicanos, y *Nazarín* en los españoles. José Miguel García Ascot dirigió *El balcón vacío*, en 1963; es la tragedia de una mujer que no se adaptó cabalmente a México ni recuperó su patria natal cuando regresó a España. *Mecánica nacional* de Luis Alcoriza, estrenada en 1971, criticó con tino y acremente ciertas costumbres que hicieran que algunos recordaran su origen republicano español. De cualquier modo, 62 artistas de ambos sexos, 19 escritores, 12 directores, cinco músicos, tres escenógrafos y varios críticos españoles han trabajado en esta industria.[210]

Joaquín d'Harcourt, uno de los mejores cirujanos de este grupo, presidió el Ateneo Español de México que se constituyó el 4 de enero de 1949; 124 españoles participaron en su fundación, pero con los años su número aumentó a 850, entre ellos figuran también mexicanos por nacimiento y por naturalización.[211] Con buen tino el Ateneo conmemoró el sesquicentenario de la independencia de México, incluso algunos republicanos aportaron dinero para construir una escuela mexicana.[212]

La importancia cultural de los republicanos españoles ha hecho olvidar el calificativo de "españoles de alpargata", porque en las calles de la capitalina colonia del Valle abundan los nombres de algunos de ellos, creadores de industrias e instituciones de beneficencia.[213] De cualquier modo, al igual que algunos mexicanos, primero crearon los pobres.[214]

Desde que llegó a México el financiero Antonio Sacristán Colas, al igual que el filósofo Gaos, comprendió que la República estaba perdida; por eso organizó sólo con mexicanos la Sociedad Mexicana de Crédito Industrial, la primera financiera mexicana, en muy amistosa relación con el gobierno mexicano; en 1956 dejó Somex "por razones muy difíciles de explicar", después de que había contribuido, con la colaboración tanto de republicanos españoles como de mexicanos, a fortalecer numerosas industrias. Discretamente recuerda que para su mala fortuna el candi-

dato Adolfo López Mateos le encomendó algunos estudios para su campaña presidencial, lo cual despertó numerosas suspicacias. Acepta que los españoles republicanos sólo han tenido importancia temporal en algunos aspectos de la vida de México, tal vez esto se explique por

> resentimientos ancestrales que pueden tener legítimamente los mexicanos con los españoles. Nosotros procuramos ver las cosas de una manera ruda, hasta en las formas de la cortesía humana: ellos son mucho más elaborados en este sentido. Nosotros hemos contribuido al progreso de México pero posiblemente nuestro temperamento hispano nos hace que, con frecuencia, nos sobrestimemos y nos creamos más importantes de lo que somos. México ha creado un tipo de hombre complejo en el que se suman sus antecedentes autóctonos con las sucesivas inmigraciones españolas y, por lo tanto, es un contrasentido que la inmigración española pueda ser un factor dominante a pesar de que la emigración republicana ha sido la que mejor se ha asimilado al país.[215]

Lo anterior expresa con otras palabras el concepto de Alfonso Reyes sobre este tema, años atrás; lo corrobora el "trazo de humor" con que algunos republicanos se jactan de su contribución a la arqueología, una de las bases del nacionalismo mexicano.[216] También coinciden con esto las quejas que ahora expresan en voz alta algunos republicanos que consideran haber sido tratados como "mexicanos de segunda", porque la ley les prohibía que ocuparan puestos directivos en el gobierno y en la UNAM. En cambio varios republicanos de mayor edad, por ejemplo Enrique Díez-Canedo y José Gaos vieron las cosas con sentido histórico; Gaos por ejemplo, agradeció la hospitalidad de Antonio Caso en la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM y acuñó la frase de que ellos eran transterrados[217] y los invitó a "sentir una doble patria una"; Elvira Gascón lo expresó con tanta precisión como belleza: "México ampliación de mi patria; España ampliación de México". Paulino Massip en su libro *Cartas a un emigrado español*, postuló una solución semejante: la mejor manera de seguir siendo españoles era la entrega total al país que los acogía,[218] su epi-

tafio define su "destino de español a caballo entre dos mundos".[219]

Algunos, conforme a esa tradición secular recordada años atrás por Reyes, tomaron tan en serio su mexicanidad que se involucraron en el movimiento de 1968, aunque en mayor número lo hicieron sus hijos,[220] éstos ya ciudadanos de primera, o simplemente ciudadanos mexicanos. Según Wenceslao Roces, habían aprendido a ser mexicanos sin dejar de ser españoles, por esto un hombre como él pudo actuar con seguridad y aplomo en el movimiento del 68, signo de que estaba reconocido como mexicano sin nunca haber dejado de ser español "porque los problemas fundamentales son los mismos".[221] Roces igualó con la vida el pensamiento; no regresó a su tierra natal sino hasta 1977 y, pese a haber sido elegido senador por Asturias, al poco tiempo regresó a México.[222]

Andrés Henestrosa señaló que las diferencias entre España y México comienzan con el idioma; la lengua española es dogmática, "desde arriba, como ordenando", en la mexicana hay un "adarme de timidez… buscando concordia con el interlocutor". Niceto Alcalá y Zamora expresó correctamente que mientras en México coexisten los mayores hispanistas y los mayores enemigos de España, Argentina veía a los españoles con frialdad, sobre todo a los que llegan en condiciones modestas.[223] En el amplio y notable elenco de vascos inmigrantes a México hubo para todos los gustos, pero entre ellos destaca Francisco Javier Mina, quien declaró que vino a México a luchar "contra la tiranía, no contra los españoles".[224].

El recuerdo de España, idealizado por algunos, subsiste en numerosos republicanos que en grado diverso lo han transmitido a sus descendientes; entre vascos y catalanes abundaban más los matrimonios endogámicos. Aun los educados totalmente en México prefieren el español de España al de México, pues lo aprendieron en su hogar o en los colegios; algunos hablan con acento

castellano entre los españoles y con mexicano entre los mexicanos; varios adultos conservaron la pronunciación peninsular pero adoptaron la sintaxis mexicana, los más jóvenes, en cambio, usan la sintaxis mexicana pero exageran el acento castellano. Aproximadamente un tercio de los republicanos tiene una relación "cordial" con la antigua colonia española. Dos prominentes republicanos se quejan de que en un principio se les trataba como españoles, es decir, como extranjeros, pero como "Prominentes mexicanos" en cuanto adquirieron prestigio internacional. Este análisis peca de cierta ignorancia y prejuicio, y concuerda con Fagen en que México *is no less distintive as host country… have not encouraged foreign settlement. Unlike such countries as the United States or Argentina, Mexico has not long tradition of assimilating immigrants*. Aún ahora, la segunda e incluso las terceras generaciones son vistas como extranjeras, de igual modo que varios refugiados con frecuencia se identifican más con otros alienígenas y envían a sus hijos a colegios franceses, alemanes o americanos. En realidad algunos no se identifican como mexicanos o como españoles sino como "cosmopolitas".[225] La comparación con Estados Unidos y con Argentina es inexacta porque éstos son países de inmigración, y México lo es de emigración; en el siglo XIX una minoría criolla europeizante promovió la inmigración extranjera, pero a partir de la Revolución mexicana domina una mentalidad "mesti india".

¿FILIA YANQUI?

El Colegio Americano de la capital incorporó su primaria a la SEP en 1934, y a partir de entonces, a los estudios prescritos por las autoridades mexicanas se dedicaba una mitad del día y la otra mitad, a los estudios de las escuelas oficiales norteamericanas. La naturaleza de enclave de este colegio lo muestra, entre otros datos, el recuerdo de una profesora norteamericana: en los treinta,

vivían en un mundo propio; cuando a partir de su incorporación, asistió a una reunión con profesoras mexicanas lo primero que pensó fue que todas "parecían sirvientas"; afirma que las relaciones entre los estudiantes mexicanos y norteamericanos eran cordiales pero distantes, "dado que los planes de estudio y las diferencias culturales los dividían en dos mundos separados".[226] Conforme a la generalizada opinión de que una revolución sólo triunfa en México si la apoya Estados Unidos, Almazán apresuró su regreso a México en 1940 al saber que se preparaban manifestaciones hostiles al vicepresidente Wallace invitado a la toma de posesión de Manuel Avila Camacho. Almazán se esforzó por convencer a muchas mujeres que "por el bien de México" no hostilizaran al vicepresidente, ni a los residentes y turistas americanos que ninguna culpa tenían "por la conducta de los agentes secretos de aquel país".[227]

Almazán seguramente convenció a la mayoría de sus partidarios de que en esa ocasión observaran una conducta pacífica; pero cinco años después, al inaugurarse los cursos de verano en la UNAM por primera vez en el anfiteatro Bolívar, con la asistencia del embajador Messermith, varios estudiantes requebraron en una forma "soez y procaz" a las alumnas norteamericanas abrazándolas y aun "intentando llevárselas"; fue preciso que la policía interviniera enérgicamente para protegerlas.[228] De mucha mayor gravedad, a la mitad del siglo, fue el sacrificio del ganado vacuno con motivo de la fiebre aftosa, campaña en la que colaboraron varios norteamericanos, uno de los cuales fue asesinado.[229] La devolución de las banderas mexicanas conqusitadas por Estados Unidos en 1847 y la lentitud, a juicio de algunos impacientes, en la construcción del monumento a los Niños Héroes ocasionó el recrudecimiento de la yanquifobia de algunos.[230] El estreno de la película *Memorias de un mexicano* provocó silbidos al aparecer Huerta y al desembarcar los norteamericanos en el puerto de Veracruz.[231] El asunto de la fiebre aftosa recrudeció es-

ta actitud porque algunos atribuyeron las precipitadas matanzas a un plan de Estados Unidos por aniquilar la ganadería mexicana. Finalmente esta epizootia fue erradicada en 1954.[232] Como el año siguiente todavía un diputado californiano propuso la adquisición de Baja California para acabar con el tráfico de enervantes, algunos lo ridiculizaron sugiriendo que Estados Unidos también debería adquirir la India y China.[233] John y Robert Kennedy suavizaron esta tensión; en 1960 se fundaron clubes "Viva Kennedy"; dos años después, Robert a pregunta de estudiantes indonesios reconoció que la guerra del 47 había sido injusta; sin embargo, un senador y un gobernador norteamericanos criticaron estas palabras.[234]

De cualquier modo, a partir de la revolución de Cuba aumentan los ataques contra Estados Unidos por parte de los partidarios de Fidel Castro. Una investigación realizada en 1960 revela la naturaleza e intensidad de esta actitud. La consulta de un importante grupo de periódicos capitalinos y provincianos muestra las repetidas críticas a la política exterior norteamericana, a la que se acusa de interferir en los negocios internos de América Latina, de no llegar a un acuerdo atómico con la URRS, de inconsecuencia en su trato con los gobiernos antidemocráticos (si está contra Castro, también debiera estar contra Franco y contra Somoza), etc. Como rasgo positivo sólo se cuenta la admiración por su progresó científico, especialmente el médico.[235]

Complemento de esa investigación en la prensa fue el envío de 100 cuestionarios a otros tantos periodistas mexicanos, al parecer con un escaso conocimiento de primera mano de ese país, pues 70 de ellos no lo habían visitado, 50 desconocían totalmente el inglés, ninguno leía regularmente la prensa norteamericana, y sólo 68 habían leído obras sobre Estados Unidos; por tanto, sus fuentes principales eran mexicanas. Materialista, descortés, provinciano, inculto, paternalista, imperialista, cínico, etc., fueron los adjetivos con que los periodistas mexicanos calificaron al

pueblo norteamericano, especialmente a los turistas. El 92% de los periodistas consideró que el pueblo mexicano tiene una imagen esencialmente válida del norteamericano, a cuyo gobierno casi todos acusan de falta de interés en América Latina, de imperialismo económico, de no tratar de evitar la guerra con la URSS y de ser la potencia con mayores prejuicios raciales.[236] En los años más recientes, el conflicto cubano-norteamericano ha dado ocasión a nuevas manifestaciones públicas de protesta antiyanqui.[237]

Paralelamente al antiamericanismo se desarrolla un proceso de americanización: en los años finales del porfiriato los braceros reciben los primeros impactos del *ameritan way of life*, y posteriormente algunos jefes constitucionalistas y sus familiares son educados en Estados Unidos.[238] Como en México industrialización es sinónimo de americanización, Eyler N. Simpson encontró que, en los años treinta, 57% de la publicidad anunciaba productos norteamericanos, 9% de otras nacionalidades, y sólo el resto productos mexicanos. Historietas cómicas y rompecabezas norteamericanos, y chismes de Hollywood formaban una parte sustancial de la prensa mexicana. Las nueve décimas partes de las películas proyectadas en los cinematógrafos de México procedían de Estados Unidos. México compraba el 90% de los aparatos de radio a su vecino del norte; asimismo, en 1929 México era el segundo comprador de discos fonográficos norteamericanos, de lo cual se desprendía que la música norteamericana estaba ampliamente divulgada en México. Igualmente los deportes norteamericanos e ingleses eran muy populares entre el público mexicano; aunque esto ocurría con mayor fuerza en los grandes centros urbanos, también afectaba a las masas rurales.[239]

Por entonces ciertas autoridades desearon que la cortesía hacia los extranjeros se expresara sin perjuicio de la preservación de las tradiciones nacionales.[240] El gobierno del Distrito Federal criticó, más o menos al mismo tiempo que Simpson publicaba su cé-

lebre libro, la invasión de cosas extranjeras (pretendidamente artísticas), que además de relajar el gusto del público extranjerizaban la psicología colectiva en alarmantes proporciones por medio de la radio, el cine y la publicidad; y aun el teatro popular ("de expresión típicamente racial"), surgido del vigoroso nacionalismo de la Revolución, mostraba una alarmante decadencia. El pueblo mexicano estaba desorientado; se había pasado de la obsesión francesa a la imitación de Alemania, y el Estado tenía que solucionar esa situación, porque

> La ideología de un gobierno revolucionario (si lo es a plena sinceridad) y de origen netamente popular, por lo tanto, no puede ser la misma que la de un estado burgués conservador sustentado por el dominio de las clases privilegiadas.[241]

Las autoridades del Distrito Federal protestaron contra la imitación de Alemania y Estados Unidos en la arquitectura y propugnaron un nacionalismo vigoroso, pero no cerrar el país a la evolución mundial[242]

Dada la creciente importancia del cine, se formuló un reglamento para la supervisión de películas, labor que anteriormente se hacía sin base fija. De acuerdo con ese reglamento se rechazaron las películas

> que en cualquier forma lesionen la ideología que sustenta la mayoría del pueblo mexicano, ya sea porque la ataquen directamente o porque propaguen doctrinas antagónicas. Asimismo se rechazan las películas o las escenas que en alguna forma hieren nuestra nacionalidad en su historia, en su pueblo, en sus instituciones y en sus hombres representativos. Se evita la exhibición de películas que en su argumento contengan ataques para gobiernos o pueblos amigos de México.[243]

Por entonces las películas mexicanas eran poquísimas; por ejemplo, de 871 películas supervisadas del primero de julio de 1932 al 30 de junio de 1933 todas eran norteamericanas, excepto 73 (8% del total) que aparecen en la categoría de "Diversas", seguramente entre ellas figuraban las mexicanas.[244] Oscar Lewis realizó un estudio semejante con los mismos resultados: predo-

minio de los anuncios de los productos industriales norteamericanos; aproximadamente la mitad de las páginas de los periódicos dependen de fuentes de información norteamericana, que modelan la opinión pública mexicana de acuerdo con los patrones culturales norteamericanos. Sin embargo, Lewis advirtió que el influjo cinematográfico norteamericano había decrecido gracias al nacimiento de la industria de cine mexicana y en menor medida a la presencia de películas europeas.

Es natural que una encuesta de 1972 haya mostrado que una mayoría de los escolares mexicanos consideraran a Estados Unidos como un amigo de México, y que niños trabajadores o campesinos lo escogieran para vivir fuera de México,[245] después de todo los padres de algunos de ellos trabajan como braceros al otro lado o estaban educados por la televisión.

Por otra parte, los norteamericanos en México formaban un grupo muy heterogéneo: hombres de negocios, ex combatientes y turistas. Conforme a las fuentes censales anumentaban de 15 000 en 1910 a 20 000 en 1921; disminuyen a escasos 10 000 en 1940, y de nuevo aumentan a 30 000 en 1950 y a 97 000 en 1960 y en 1970; en este último año ya son un poco más de la mitad del total de los extranjeros: 51%. Guadalajara recibe un importante contingente de norteamericanos: aumentan de 3 966 en 1960 a 7 312 en 1970, por lo que su importancia en relación con el total de extranjeros se duplica de 4 a 8 por ciento. En el conjunto del país los pensionados son numerosos en el Distrito Federal, Cuernavaca, San Miguel de Allende, la península de Baja California, las costas de Sonora y de Guerrero, Puerto Vallarta y la ribera del lago de Chapala. Algunos de estos norteamericanos han justificado su preferencia por Guadalajara por su cercanía a la ciudad de México, sus buenas comunicaciones con el norte y el noroeste, su importancia comercial y administrativa, su clima saludable, y "su escasa población indígena".

La Universidad Autónoma de Guadalajara ha atraído a un buen número de estudiantes de medicina, odontología y arquitectura, porque los estudios son más baratos que en su país, pese a que pagan el triple que sus compañeros mexicanos. Los pensionados, entre los 40 y los 60 años de edad, en su mayoría sin hijos y con un escaso conocimiento del español representan 60%, y son otro importante subgrupo norteamericano en Guadalajara. En su país natal eran burócratas, profesores, enfermeras, profesionistas, artistas, amas de casa y uno que otro industrial o inversionista. Un medio millar de veteranos escogió Guadalajara, Zapopan, Tlaquepaque y Chapala para aislarse. Son paralíticos, lisiados, reumáticos, artríticos, cardiacos y, al decir de la jefe del departamento de seguros de veteranos del Hospital México-Americano, "todos son psicópatas", en especial los que pelearon en Vietnam. Muchos contrajeron matrimonio en segundas nupcias con mexicanas, al parecer sólo para aprovecharlas como sirvientas. Varios de ellos alardean de su superioridad sobre los mexicanos a quienes acusan de impuntuales, sucios y corruptos; los mexicanos corresponden tachándolos de achacosos, groseros y borrachos. Su aportación al país es irrelevante, pues muchos de sus bienes y servicios los adquieren en Estados Unidos, país que visitan por lo menos dos veces al año, entre otras razones para curarse en sus hospitales. El cónsul norteamericano James E. Henderson impulsó The American Society of Jalisco después de 1945, creando una red de servicios que mantiene a la comunidad norteamericana cerrada y aun hostil. Su buena conciencia queda a salvo porque anualmente celebran una feria de libros y artes en beneficio de los mexicanos. Lo cierto es que se han apoderado de la ribera del lago de Chapala, pese a la inútil protesta del presidente municipal de Ajijic en 1960; de hecho, desde un tercio de siglo antes se iniciaron las permutas de terrenos que han acabado por convertir a los agricultores en meseros, jardineros, sirvientes, cocineros y mozos.[246] Los indios de la ribera de Chapala re-

sistieron a los españoles en la isla de Mezcala, pero los actuales habitantes han sido vencidos por la conquista pacífica.

Asimilación y expulsión

Se puede estudiar el número total de los nacidos en el extranjero en todos los censos, y la nacionalidad de los extranjeros de 1921 a 1960, pues en los años anteriores no se distinguió entre unos y otros; tampoco el censo de 1970 informa de la nacionalidad. Los extranjeros aumentaron de 100 854 en 1921 (93.01% de los 108 433 nacidos en el extranjero) a 106 315 en 1950 (58% de los 182 707 nacidos en el extranjero). Aparentemente el número de extranjeros disminuyó a 52 276 en 1960 (23.39% de los 223 468 nacidos en el extranjero en ese mismo año; sin embargo, esta cifra sólo incluye la población extranjera económicamente activa); por desgracia el censo de 1960 no da el número de los extranjeros económicamente inactivos. Las personas nacidas en el extranjero disminuyeron a 216 673 en 1970.

Aunque no es posible estudiar la relación de extranjeros y nacidos en el extranjero por continentes en todos los años, sin embargo, siempre es mayor el porcentaje de los europeos de nacionalidad extranjera, aunque disminuyeron de las dos terceras partes en 1950 a una tercera parte en 1960. Los 28 609 extranjeros del continente americano (65.17% de los 43 900 nacidos en América en 1921) aumentaron a 47 271 (45% de los 105 666 nacidos en América en 1950) y disminuyeron a 20 090 (15.5% de los 129 537 nacidos en América en 1960). Por último, los asiáticos disminuyeron de 10 662 (64% de los 16 618 nacidos en Asia) en 1940 a 4 438 (30% de los 14 785 nacidos en Asia) en 1960. Tanto en 1921 como en 1930 es mayor el número de los extranjeros asiáticos que el de los nacidos en Asia. Incluso en 1930 es mayor el número total de extranjeros que el de los nacidos en países extranjeros; tal vez la diferencia se explique por las muje-

res nacidas en México que adquirieron la nacionalidad extranjera de sus esposos.[247]

Durante mucho tiempo se confió en que de la asimilación de los extranjeros a la población nativa, de su incorporación a la vida del país, sintiéndolo como propio, se obtendría no sólo una ganancia material, sino también moral; sin embargo, la historia mexicana mostraba que numerosos extranjeros se habían mantenido al margen de la vida nacional, colocándose en una situación superior que, en el fondo, se apoyaba en su dominio sobre la riqueza del país, dominio que, por ejemplo, les permitió poseer la cuarta parte de las tierras en 1910.[248] En realidad, como alguna vez escribió Fernando González Roa, los extranjeros habían sido en México "privilegiados entre los privilegiados". Por eso algunos mexicanos se hacían pasar como extranjeros, actitud que culminó en los años más violentos de la lucha revolucionaria, cuando la ciudad de México

> parecía una exposición internacional: todo el mundo enarboló banderas de otras naciones, y algunos hubo que hasta alteraron las letras de su apellido para pasar por norteamericanos o franceses.

Mientras en Estados Unidos y en Argentina los inmigrantes ocupaban los últimos rangos de la sociedad, en México, en general, por el solo hecho de serlo, jamás se situaban al lado del indio. Aunque vinieran sin capital, como los españoles, pronto sus paisanos los ayudaban a establecerse como dependientes de sus tiendas o administradores de sus fincas de campo; después de una etapa de arduo trabajo y privaciones, el paso siguiente era el matrimonio con alguna rica heredera. Quienes venían con un pequeño capital pronto ascendían a la dirección de los grandes negocios.[249]

En una sociedad "abierta" como la mexicana, las diferencias étnicas no han sido un obstáculo insalvable, de acuerdo con aquello de que la plata "blanquea".[250] La inasimilabilidad de los

extranjeros ha estado en función de su poder económico y de su privilegiada situación legal, disminuida por la Constitución de 1917, aunque esta disminución ha operado lentamente. Por eso resultaba inútil la cantinela de la asimilación de los extranjeros, con que particulares y autoridades clamaban sin descanso.[251] La concentración de los extranjeros en las zonas urbanas, especialmente en la ciudad de México, donde cuentan con toda clase de instituciones exclusivas (iglesias, escuelas, casinos, hospitales, panteones, etc.), les ha permitido mantenerse en buena medida, al margen de la población nacional.[252]

De 1928 a 1957, 32 033 extranjeros se naturalizaron mexicanos; de ellos 40.59% (13 003) fueron españoles, 16% (5 126) guatemaltecos, 5.24% (1 679) alemanes, 4.64% (1 485) chinos, 4.54% (1 453) polacos, 2.50% (810) libaneses, 2.36% (755) norteamericanos, etc. Por continentes, en números redondos, las dos terceras partes fueron europeos, americanos poco más de una quinta parte (19.23% latinoamericanos y 2.38% angloamericanos); poco más de una décima parte eran asiáticos. Anualmente se naturalizó un promedio de 246.[253] Las 11 669 cartas de naturalización otorgadas de 1928 a 1961 revelan que los nativos del continente americano aumentaron en 1937-1938 y 1938-1939 a 521 (69.93%) y 607 (72.78%), respectivamente, que corresponden a incrementos muy notables en el número de naturalizaciones de guatemaltecos, 498 y 579 (66.85 y 69.42 por ciento del total), en los años antes citados. Los europeos aumentan de manera extraordinaria en 1950-1951 a 1 096, o sea 87% de los 1 262 naturalizados; las dos terceras partes del total corresponden a 805 españoles. Las naturalizaciones de los asiáticos alcanzaron su máximo en 1928-1929, una cuarta parte de las 261; disminuyeron a una en 1960 (3.57%) de las 28 de ese año. En particular las naturalizaciones de los chinos alcanzaron su máximo en 1928-1929 (6), años en que fueron duramente perseguidos en el norte y en el Pacífico norte, especialmente en Sonora; en esos

años representaron 2.30% del total de las 261 naturalizaciones que disminuyeron a cero en 1960 (91).[254]

En un principio, el corto número de naturalizaciones revela el poco interés de los extranjeros por asimilarse al país, si bien esta actitud ha ido cambiando, sobre todo a partir de 1919, a medida que la legislación ha ido siendo más severa; de cualquier modo, las naturalizaciones no necesariamente prueban una verdadera asimilación, sino, con frecuencia, el deseo de protegerse mejor, del mismo modo que antes lo hacían enarbolando su nacionalidad extranjera; Se ha señalado a este respecto, como típica, la actitud de los italianos de Chipilo, o de los franceses de San Rafael, que se declararon extranjeros durante el periodo bélico de la Revolución, y mexicanos al aproximarse las guerras de 1914 y de 1939.[255] El gobierno mexicano sabedor de esta situación, en 1943 se propuso vigilar a los extranjeros naturalizados mexicanos, porque muchos de ellos "sólo jurídicamente están afectos a la nacionalidad mexicana, pero psicológica y moralmente conservan nexos con la nacionalidad de su origen".[256]

Otra manera de apreciar la asimilación de los extranjeros al país son los matrimonios de éstos con nacionales; en el periodo 1933-1940 sólo lo hizo poco más de 0.5% de extranjeros. Moisés T. de la Peña ha señalado que, contra una generalizada suposición, norteamericanos y alemanes se casan con mexicanas en mayor número que los españoles.[257] Por otra parte, en 1945, hubo 50 personas nacidas en México, hijos de padres extranjeros, que optaron por la nacionalidad mexicana y 256 por la de sus padres.[258]

En la asimilación de los italianos lo primero es distinguir entre los del norte y los del sur; el 12 de agosto de 1922, según *Los Angeles Times*, México rechazaba a los del sur porque en su mayoría eran analfabetos, viciosos y proclives al crimen; el 18 de ese mes y año se publicó una rectificación: México no tenía ningún prejuicio contra los italianos del sur.[259] Entre 1912 y 1920 el

ministro italiano reportó 237 robos y exacciones, pero ninguna de estas quejas se atendió. En la muy bien cultivada ex colonia Manuel González los revolucionarios causaron las mayores extorsiones; algunos italianos se quejaron de que excepto la tierra que no pudieron arrancarles, su fortuna se redujo a nada. El cónsul italiano en el puerto de Veracruz, Santiago Tress, Amado Tress y José Anhelen (de 47 años de edad), todos ellos se habían hecho de un pequeño patrimonio, pero siempre habían vivido apartados de los asuntos políticos "debido a que nuestras ocupaciones y nuestro carácter de extranjeros nos lo impiden absolutamente". Diez años después se registró la última solicitud de ayuda de los italianos.[260]

Humberto de Orsalino invitó al secretario de Relaciones Exteriores Ezequiel Padilla en 1945 para apadrinar a el bautizo de Chipilo con el nombre de Romexica (neologismo similar a los de Mexicali y Caléxico). Lo invitaba porque había sido ministro mexicano en Italia y había visitado Chipilo, y porque "no sabemos si somos italianos mexicanizados o mexicanos italianizados… este acto demostrará que se puede ser mexicano e italiano al mismo tiempo". Por intermedio del oficial mayor de la SRE Padilla respondió a Orsalino sugiriéndole que planteara este asunto al municipio correspondiente.[261] Veinticinco años después un vecino de Chipilo recordó que habían sido engañados por los embajadores porfiristas (se refiere a los de Manuel González) porque les dijeron que había tanto oro en la superficie que los cascos de los caballos resbalaban. De cualquier modo, vinieron acompañados de un intérprete y un sacerdote. Durante la Revolución pidieron ayuda a Carranza, quien les proporcionó 100 rifles, suficientes para que durante todo un día resistieran atrincherados en el centro del pueblo un ataque de los revolucionarios, al amparo de su bandera italiana, que afortunadamente tiene los mismos colores que la mexicana. Compusieron un corrido en español porque excepto unos cuantos todos lo hablaban, si bien en su ca-

sa hablaban en véneto; a raíz de esa batalla, Carranza lo nombró general y envió ingenieros que los convirtieron en pequeños propietarios. Como en los primeros años no se mezclaban, había más de 3 000 rubios; ahora lo hacían porque ya no había los problemas de antes: "Me siento orgulloso de mi origen pero esta tierra es mía. Aquí crecí y aquí voy a morir". En suma, la mayoría de los vecinos descendían de las colonias italianas y eran "mexicanos en toda la extensión del término".[262]

Según un reciente estudio de investigadores italianos, su problema principal fue que los mexicanos pertenecían al *cinquecento* y los italianos al *ottocento*. Por esta razón, los colonos tenían conciencia de su superioridad tecnológica y ambición, diversas del *cicio*, palabra que designa a los indígenas más con connotación de clase que de raza; de ahí que mientras los indios *son rinasti peones* los italianos progresaron económicamente. Fue crucial, para ellos un ataque a su pueblo por los revolucionarios, que vieron volar una paloma blanca, hecho que interpretaron como signo manifiesto de la protección divina. La electricidad también hizo lo suyo, llegó en 1927 y gracias a ella pudieron pasar de la elaboración del queso fresco al queso seco. Al crecer la comunidad se agrietó la endogamia, pese a la resistencia familiar. De los casi 3 000 habitantes que tenía en 1982 sólo una décima parte eran mexicanos y, pese a los frecuentes matrimonios mixtos, mantienen "una característica véneta de base, o venetizante, en la lengua". Sin embargo, los jóvenes en un acto realista "no se reconocen vénetos ni italianos, sino mexicanos de ascendencia véneta". Como muchos jóvenes de Chipilo trabajan en la cercana fábrica de la Volkswagen ya no quieren vivir entre moscas y vacas, sino realizar un trabajo más limpio e independiente y aspiran a vacacionar en Acapulco o en Estados Unidos; Paolo Rossi atrae los corazones de las "ragazzas" como en otro tiempo lo hiciera Rodolfo Valentino. No son pocos los que anhelan un bilingüismo ya no castellano-italiano o castellano-náhuatl, sino inglés-caste-

llano. La escuela de salesianos italianos fue sustituida en los cuarenta por una escuela pública. Se reconocen chipileños "pero también mexicanos", tanto así que la Virgen de Guadalupe es la mayor de sus devociones, y al lado de las tortillas de polenta comen sabroso mole poblano, enchiladas, barbacoa y chiles en nogada. Cuando los jóvenes ingresan a la universidad sufren una crisis de identidad de no fácil solución: sienten orgullo y afecto por su pasado, pero con realismo, aunque con dificultad, se proyectan al futuro.[263]

El catolicismo también ha favorecido la asimilación de los libaneses. Dib Morillo, autor de útiles memorias, se declara católico, apostólico y romano por herencia de sus padres, pese a que con la muerte todo se acaba. En 1928 ingresó a la masonería del Rito Nacional Mexicano, pasó al Rito Escocés seguramente al enriquecerse porque sus compañeros pertenecían a la "alta esfera social de Pachuca". Del código moral de esta asociación recuerda el respeto al extranjero y al viajero "porque su posición los hace sagrados para ti". Algunos de sus descendientes se han casado con mexicanos; a los 15 años y boda de una de sus nietas asistió el obispo de Aguascalientes en 1958. Cuando vivió en Actopan, en las fiestas cantaban en árabe; a la misma fiesta de los 15 años de su nieta en Aguascalientes asistieron tanto "paisanos" como mexicanos. Morillo aprendió a leer y escribir en español al llegar a México en los grandes letreros de las calles, preguntando a sus conocidos las letras; de ahí pasó a los periódicos, y esto el permitió enterarse de la historia mexicana que admira por algunos de sus grandes hombres. Cuando el 15 de octubre de 1959 su esposa quedó paralizada, al parecer renació su fe en que "DIOS" es grande y, por tanto, sus hijos y sus nietos no la abandonarían.[264].

Durante la xenofilia porfirista, la facultad de expulsar del país se aplicó poco y muy delicadamente. La reacción xenófoba revolucionaria tuvo una enérgica expresión en el voto particular de Francisco J. Múgica y Alberto Román, al discutirse el artículo

33 constitucional en el Congreso Constituyente. El voto particular propuso, sin éxito, que la expulsión de ciertos extranjeros (quienes se inmiscuyeran en asuntos políticos, los que se ocuparan de oficios inmorales, los vagos, quienes reclamaran falsamente contra el gobierno mexicano, los testaferros del clero, los ministros de los cultos religiosos y los estafadores) se aplicará sin apelación, pero concedía el recurso del amparo a quienes el Ejecutivo pretendiera expulsar por juzgar inconveniente su presencia en México.[265]

Durante los gobiernos de Obregón y Calles las puertas del país estuvieron abiertas casi sin limitaciones para los extranjeros; de este modo entraron al país muchos, después juzgados como indeseables. Por ejemplo, la resistencia a la aplicación de las leyes revolucionarias, en materia obrera y agraria, propició la entrada de un contingente de extranjeros indeseables, a los que se podrían añadir los 28 que Obregón calificó en 1921 de agitadores de las clases populares, y los chinos que se vieron inmiscuidos en sucesos sangrientos en Sonora en 1922.[266] Obregón expulsó a 224 extranjeros en 1922 y a 79 en 1923; Calles lo hizo a 120 en 1925, "para proteger la moral y el orden público", como medida administrativa de defensa social, aclaró, no como pena; lo elevado de esta cifra, explicó Calles, se debía a que la deficiente Ley de Migración permitía el ingreso al país de muchos extranjeros a quienes sólo hasta después se podía expulsar.[267] De un total de 136 extranjeros expulsados en 1929, 99 fueron chinos; 82 de los 120 expulsados en 1931 también lo eran.[268]

En la época de Cárdenas las expulsiones disminuyeron, 26 en 1938, y se orientaron principalmente a proteger a los trabajadores mexicanos; se expulsaba sólo a los extranjeros que ilegalmente competían con ellos.[269] Durante la segunda guerra mundial, de nueva cuenta aumentó el número de expulsiones: 73 en 1944, si bien se negó la de 24 de ellos, tanto porque no se comprobaron los hechos que se les imputaron como porque algunas

de esas personas ya se habían nacionalizado mexicanas.[270] Con la guerra fría, sin embargo, no hubo tanto respeto a la ley, como se denunció a la mitad del siglo cuando fueron secuestrados dos refugiados políticos, según algunos con la anuencia de las autoridades mexicanas, y fueron regresados a Estados Unidos, donde se les encarceló. Con motivo de los desórdenes de estudiantes y petroleros, en 1958 se deportó a algunos norteamericanos asilados políticamente.[271] El número de los deportados aumenta constantemente de 1965 a 1970: 572, 611, 974, 1 060, 1 377 y 1 472, también al parecer en relación con los conflictos políticos de ese sexenio.[272]

La colonización cuenta con buenos estudios, pero no se ha trabajado con igual profundidad la inmigración. Seguramente cuando se hagan esas monografías se comprobarán las etapas del inmigrante que Sauvy ha señalado: instalación, adaptación y asimilación; aunque esta última generalmente sólo ocurre en la tercera generación, se puede activar y afianzar mediante la dispersión geográfica, la escuela y el matrimonio mixto. El concepto mismo de asimilación supone una inexistente homogeneidad nacional, pues habría que saber a qué grupo se pide a los extranjeros que se adapten.[273]

Por supuesto, los conflictos a que da lugar la inmigración dependen tanto del país de recepción como del de salida. En México, como se ha visto, a partir del Reglamento de 1932 se insiste en la urgencia de la asimilación de los extranjeros, entendida incluso en el sentido físico del mestizaje, al grado de que la Ley de Población de 1936 facultó a la Secretaría de Gobernación para que, en nombre de esa asimilación, pudiera obligarlos a naturalizarse "en breve plazo", a adquirir el idioma oficial, a inscribirse en centros docentes nacionales y ofreció facilidades a los extranjeros que se casaran con mexicanas por nacimiento. Los misioneros protestantes norteamericanos adoptaron una política semejante, aconsejando a los mexicanos radicados en Estados Unidos

que aprendieran el inglés, se acomodaran a la vida norteamericana y no trataran de conservar sus sentimientos nacionales ni su lengua.

Sin embargo, pese a esos esfuerzos, en los que colaboraron algunas autoridades católicas, este empeño fracasó porque en los años veinte sólo 3% de los mexicanos se habían nacionalizado norteamericanos. Un estudio reciente muestra que el promedio del índice de naturalización de los mexicanos en Estados Unidos en 1959-1965 fue de 3.3, frente a 31 del total de los inmigrantes. La crisis de 1929, como se verá más adelante, incluso llevó a expulsiones ilegales de gran número de norteamericanos de origen mexicano. De cualquier modo, México ha sido para numerosos extranjeros de origen europeo un "peor es nada", lo contrario de lo que Nueva Zelanda piensa del inmigrante, que es muy desgraciado por no haber nacido ahí y que, por tanto, debe adaptarse a su nuevo país, y en la medida en que lo haga saldrá de su *status* inferior.[274]

En Nueva Zelanda el naturalizado incluso puede perder su ciudadanía a discreción del gobierno. Canadá y Australia, por el contrario, promueven la creación de asociados que mantengan los lazos de los inmigrantes con sus países de origen. Algunos piensan que hasta se debe permitir a los hijos de los inmigrantes que aprendan la lengua y la civilización de sus padres, medidas que otros consideran opuestas a la asimilación. Pero la cuestión no es asimilar a cualqueir precio, sino de una manera gradual que evite los conflictos al dar seguridad.[275] En suma, la naturalización por sí misma sólo ofrece estabilidad al inmigrante, pero no transforma sus actitudes profundas.[276] En este punto, cierta actitud mexicana parece desear que los hijos de los inmigrantes inmediatamente sean "puros mexicanos" y que, en cambio, los hijos de los mexicanos nacidos en el extranjero siempre sean mexicanos. Tal vez en todo esto influyan las diferencias económicas, culturales y aun físicas, visibles con respecto a los inmigrantes euro-

peos, norteamericanos y asiáticos; así varios mexicanos adquieren un complejo de inferioridad frente a europeos y norteamericanos y de pretendida superioridad frente a los asiáticos.

Notas al pie

[1] *Capitales, empresarios y obreros europeos en América Latina, Actas del VI Congreso de AHILA Estocolmo*, 1983, vol. I, pp. 181-184

[2] HM 74, pp. 206, 282 y 290.

[3] Young, *Member for Mexico. A Biography of Weetman Dearson, First Viscount Cowdray*, 1966, p. 201.

[4] Spender, *Weetman Pearson, First Viscount Cowdray, 1856-1927*, 1930, p. 201.

[5] HM 97, p. 125; Young, *Member*, pp. 111, 143 y 253-254.

[6] Young, *Member*, p. 147; Calvert, *The mexicacan* p. 26.

[7] Kaplan (estudio introductorio), *México frente al Anchluss*, 1988, p. 289.

[8] Todd, *The search for silver. Cornish miners in MexicOy 1824-1947*, 1977, pp. 5-6.

[9] *Mañana*, 23 de abril de 1955.

[10] Reyes, *La inmigración en Francia (1927)*, en *Archivo de*…, 1947, pp. 5-11, 18 y 30-32.

[11] Womack, *Zapata y la Revolución mexicana*, 1970, p. 190.

[12] Silva Castillo (coord.), *Las relaciones franco-mexicanas (1844-1911)*, tomo IV, 1987, página 312.

[13] Cuzin *Journal d'un francais au Mexique Guadalajara*, 1983, pp. 32-34, 40, 42, 45, 57, 59, 61, 70, 72, 75, 118, 123, 154-155 162-164, 167-171, 174-180, 182-184 186-189, 191, 196-197, 204 y 207.

[14] *Ibid*., pp. 6-7, 14-15, 21, 24-25, 29 y 41-42.

[15] Gouy, *Perégrinations des "Barcelonettes" au Mexique*, 1980, pp. 132-133.

[16] Nguyen-Dac, *Des Tisserands Francais au Mexique: Une minorité économique et sociale aux époques du Porfirio Diaz et de la Revolution Mexicaine (1876-1916*), 1985, p. 44.

[17] Gouy, *Pérégrinations*, pp. 93-104.

[18] Cuzin, *Journal*, p. 15.

[19] *Colección Porfirio Díaz*, L 36 c 20 D 9616-9619.

[20] Von Mentz, Radkau, Spenser y Pérez Monfort, *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, 1988, t. 11, p. 91.

[21] *Ibid*., pp. 92-94.

[22] Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero 1917-1942*, 1981, p. 116.

[23] HM 97, pp. 135-142.

[24] Middleton, *Industrial*, pp. 132-133.

[25] Von Mentz *et al*., *Los empresarios alemanes*, t. 11, p. 198.

[26] *ibid*., pp. 87-247 y 252.

[27] *Ibid.*, pp. 260-272, 284 y 302-303; MGob 1934-1935, p. 21.

[28] MGob 1937-1938, p. 92.

[29] MGob 1939-1940, p. 73.

[30] DDd 14 de octubre de 1941, pp. 21-22.

[31] IGob 1946-1947, p. 44.

[32] N 16 de noviembre de 1952.

[33] E 16 de febrero y 2 de diciembre de 1954.

[34] Von Mentz *et al.*, *Los empresarios alemanes*, t. 11, pp. 94, 97-104, 115, 284, 302 y 311.

[35] *Ibid.*, pp. 147-150, 162 y 208.

[36] *Ibid.*, t. 12, pp. 213, 216-217, 228-229, 232-233 y 243-247.

[37] Krause, *The Jews of Mexico. A social history*, 1970, pp. 138, 142, 153-155, 157-162, 281 y 303.

[38] De los Reyes, *Cine y sociedad en México 1896-1930*, II, p. 645; *Capitales*, I, p. 118.

[39] Krause, *The Jews*, p. 306.

[40] *Capitales*, II, pp. 493-497.

[41] Zárate, *México*, pp. 114-115, 119 y 132.

[42] Krause, *The Jews*, p. 287.

[43] Espinosa, *El ejemplo de Sonora*, 1932, pp. 182, 185, 373, 385 y 387.

[44] Monteón González y Trueba Lara, *Chinos y antichinos en México. Documentos para su estudio*, 1988, pp. 114-117, 120, 122 y 125.

[45] Pérez Montfort, *"Por la Patria y por la Raza". El discurso nacionalista en la derecha secular en el sexenio del general Lázaro Cárdenas*, pp. 149-163 y 171.

[46] García Naranjo, *Memorias*, 1956-1962, vol. II, pp. 285-288.

[47] Krause, *The Jews*, p. 307.

[48] *Ibid.*, pp. 311 y 316.

[49] Pérez Montfort, *"Por la Patria"*, p. 223.

[50] Krause, *The Jews*, pp. 184-186.

[51] Kaplan, *México*, p. 92.

[52] Bosques, *Historia oral de la diplomacia mexicana*, 1988, pp. 52 y 65-68.

[53] Kaplan, *México*, p. 92.

[54] E 17 de noviembre de 1989.

* El autor presenció un partido de baloncesto en los juegos olímpicos de 1968 en que numerosos jóvenes judíos apoyaron con gran entusiasmo al equipo de Israel contra el de México; del mismo modo numerosos norteamericanos de ascendencia mexicana apoyan a los equipos mexicanos de balompié contra los equipos de Estados Unidos en Los Angeles.

[55] Bosques, *Historia oral de la diplomacia mexicana*, 1988, pp. 52 y 65-68.

[56] Páez Oropeza, *Los libaneses en México: asimilación de un grupo étnico*, 1976, p. 171.

[57] Alonso, *Los libaneses*, p. 137.

[58] Morillo, *Memorias y biografía*, pp. 3, 39-45, 48-53, 58-64, 66-71 y 124.

* Cuando los norteamericanos invadieron el puerto de Veracruz en 1914, un libanés llamado Nicolás ofreció a Huerta sus seis hijos varones y 200 000 pesos para la defensa de la patria.

[59] Alonso, *Los libaneses*, pp. 156-161; Alcázar, *El gachupín, problema máximo de México*, 1934, p. 26; Morillo, *Memorias*, p. 52; *Mañana*, 11 de octubre de 1952.

[60] DDd 1 de abril de 1911, p. 6.

[61] DDd 18 de abril de 1913, pp. 4-8.

[62] Pue 2 de junio de 1915.

[63] DDd 1 de septiembre de 1919, p. 30.

[64] Middleton, *Industrial*, p. 127.

[65] Téllez Girón, *Estudio de adaptación correspondiente al proyecto del doctor Francisco Valenzuela sobre la inmigración y la colonización en México*, 1918, pp. 17-23.

[66] González Roa y Covarrubias, *El problema rural en México*, 1917, p. 105.

[67] Covarrubias, *La reforma agraria y la revolución*, 1927, pp. 11, 246, 263 y 275.

[68] AGN R Obregón Calles, Paq 113, Leg 1, Exp 823-C-2.

[69] Durón González, *Problemas migratorios de México. Apuntamientos para su resolución*, 1925, pp. 95-97; AGN R Obregón-Calles Paq 113, Leg 1, Exp 823 C-2.

[70] Híjar y Haro, *Influencia de la migración europea en el desarrollo de los principales países de Sudamérica. La colonización rural en México con aquellos factores para simplificar su problema indígena*, 1924, pp. 146-151.

[71] Durón González, *Problemas*, pp. 60, 65, 68, 70, 73, 75-76, 107, 112 y 149.

[72] AGN R Obregón-Calles Paq 113, Leg 2, Exp 823-M-3.

[73] DDd 1 de septiembre de 1935 p. 26.

[74] DDd 1 de septiembre de 1926 p. 15.

[75] De la Peña, "Problemas demográficos y agrarios", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, 1950, p. 189.

[76] De la Peña, "Problemas…", pp. 240, 246 y 248.

[77] Camacho, *La cuestión agraria*, 1939, p. 29.

[78] De la Peña, "Problemas…", pp. 228-230.

[79] Pa 7 de enero de 1912.

[80] AGN R Obregón-Calles Paq 113, Leg 2, Ep 823-I-1.

[81] De la Peña, "Problemas…", pp. 228-230.

[82] González Navarro, *La colonización*, p. 76.

[83] MBCN 1924-1927; *Memoria administrativa del gobierno del Distrito Norte de la Baja California 1924 1927*, 1928, pp. 205-206.

[84] De la Peña, "Problemas… ", p. 251; Whetten, "México rural", en *Problemas… Agrícolas e Industriales de México*, 1953, p. 126.

[85] AGN R Obregón-Calles Paq 113, Leg 1, Exp 823 Ch-1.

[86] AGN R Obregón-Calles Paq 113, Leg 2-J-l y Leg 1-A-1.

[87] Pue 25 de octubre de 1916; ICoah 1922 p. 10; ITamps 1923, p. 67; Díaz Babio, *Actividades de Pascual Ortiz Rubio*, 1929, p. 470.

[88] AGN R Obregón-Calles Paq 113, Leg 1, Exp 823-A-1.

[89] AGN R Obregón-Calles Paq 113, Exp 823 A-1.

[90] MDF 1924-1928, p. 24.

[91] Im 27 de junio de 1913.

[92] AGN R Obregón-Calles Paq 113, Leg 2, Exp 823-J-1.

[93] U 16 de mayo de 1918.

[94] AGN R Obregón-Calles Paq 113, Exp 823, Leg 1-A-3, Leg 2-J-1 y Leg 3-A-8.

[95] Im 9 de julio de 1913; Magaña y Pérez Guerrero, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 1934-1952, vol. III, p. 230; *66th Congress*, vol. 10, p. 3363 vol. 9 p. 1705.

[96] De la Peña, "Problemas…", pp. 251-253.

[97] De la Peña, "Problemas…", p. 253.

[98] De la Peña, "Problemas…", p. 255. Im 25 de agosto de 1911.

[99] González Navarro, "La colonización", p. 70.

[100] AGN R Obregón-Calles Paq 113, Leg 2, Exp 823-K-1.

[101] Fabila, *La tribu*, pp. 13, 17, 20 y 32.

[102] HM 109, p. 143.

[103] AGN R Obregón-Calles Paq 113, Exp 823-P-2 y 2.

[104] Im 7 de marzo de 1912; Durón González, *Problemas…*, pp. 99-100; AGN R Obregón-Calles Paq 113, Leg 3 823-N-1 y N-3, N-4.

[105] Durón González, *Problemas…*, pp. 97-98.

[106] *Memoria de la primera convención de fiebre amarilla (octubre 15-20 de 1921);* AGN R Obregón-Calles Paq 75 1, Leg 4, Exp 803-B-18 y C-32.

[107] González Navarro, *La colonización*, pp. 63-69. .

[108] Im 10 de julio, 28 de agosto y 20 noviembre de 1912; AGN R Obregón-Calles Paq 104, Exp 818-A-60.

[109] MSon 1937-1939, p. 203.

[110] Whetten, "México rural", pp. 119-123; De la Peña, "Problemas…", pp. 255-259.

[111] Sawatzky, *They sought a country. Mennonita colonization in Mexico*, 1971, VIII, pp. 1, 35, 40 y 53.

[112] *Ibid.*, p. 61.

[113] AGN R. Obregón-Calles Paq 113, Leg 2, Exp 823-M-3.

[114] Durón González, *Problemas*..., pp. 68 y 101; Sawatzky, *They sought*..., p. 65.

[115] MGob 1929-1930 pp. 255-256.

[116] MGob 1930-1931 p. 221.

[117] DDd 1 de septiembre de 1933, p. 4.

[118] De la Peña, "Problemas...", p. 189.

[119] Silva Herzog, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria. Exposición y crítica*, 1959, página 433.

[120] Sawatzky, *They sought*..., pp. 148 y 151-155.

[121] MGob 1939-1940, p. 70.

[122] MGob 1940-1941, p. 52; Sawatzky, *They sought*, p. 84.

[123] Whetten, "México rural", pp. 123-125; De la Peña, "Problemas...", pp. 260-277.

[124] De la Peña, *El pueblo y su tierra. Mito y realidad de la reforma agraria en México*, 1964, p. 347.

[125] Sawatzky, *They sought*..., pp. 189, 197, 324 y 329.

[126] CP 1930, cuadro XXV; CP 1940, pp. 8-9 y 46; CP 1950, pp. 163-230; CP 1960, páginas 251-263.

[127] DDd 10 de diciembre de 1946, p. 7.

[128] DDd 13 de diciembre de 1946, pp. 7-9.

[129] DDs 31 de diciembre de 1946, pp. 9-13.

[130] DDs 24 de octubre de 1968, pp. 2-5.

[131] Córdova, *La clase obrera en la historia de México. En una época de crisis (1928-1934)*, 1980, p. 190.

[132] Von Mentz, *Los empresarios alemanes*, t. 12, pp. 78, 84, 86, 90, 130-131 y 134.

[133] Kaplan, *México*, p. 18; Von Mentz, *Los empresarios alemanes*, t. 12, pp. 144-145, 151-152, 157-161 y 168-179.

[134] Von Mentz, *Los empresarios alemanes*, t. 12, pp. 104 y 106.

* Recientemente se han atribuido los problemas de la URSS a una razón semejante.

[135] HM 114, pp. 263 y 274-280.

[136] Bar-Lewaw, *La revista "Timón" y José Vasconcelos*, 1971, pp. 13-15, 45, 59, 65, 86-87, 91, 94, 102, 110, 140, 144-145, 149, 152, 215 y 218-225.

[137] Andrew Almazán, *Memorias*, p. 39.

* En francés en el original.

[138] Torres Bodet, *Memorias. El Desierto Internacional. La Tierra Prometida. Equinoccio*, 1981, vol. II, pp. 617-620 y 624-637.

[139] Rodríguez, *Ballet de sangre. La caída de Francia*, 1942, pp. 3, 51, 66, 112, 119-121, 191, 196, 200-203, 208-209 y 243-247.

[140] Torres Bodet, *Memorias*, vol. II, pp. 657 y 703-704; Carreño, *La diplomacia extraordinaria entre México y los Estados Unidos*, 1961, vol. II, p. 268.

[141] Torres Bodet, *Memorias*, vol. II, p. 490.

[142] García Naranjo, *Memorias*, 1956-1963, vol. X, p. 192.

[143] Ota Mishima, *Siete migraciones japonesas en México, 1890-1978*, 1982, pp. 96-100.

[144] *Estado de Veracruz. Informes de sus gobernadores 1826-1986*, 1986, vol. XIII, p. 6993.

[145] Bosques, *Historia oral*, pp. 75-76 y 79.

[146] Yon Mentz, *Los empresarios alemanes*, t. 12, p. 179.

[147] Von Mentz, *Los empresarios alemanes*, t. 12, pp. 215-219, 224-226 y 277-278.

[148] Torres Bodet, *Memorias. Tiempo de Arena. Años contra el tiempo. La victoria sin alas*, 1981, vol. I, p. 511. vol. II, pp. 681-682.

[149] Zorrilla, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América 1800-1958*, 1966, vol. II, p. 488; Schmitt, *México y Estados Unidos 1821-1973*, 1978, vol. II, p. 488.

[150] HM 114, pp. 292-293.

* De cualquier modo, el gobierno mexicano les dio mucho más que a los mexicanos, criterio común a la política demográfica nacional.

[151] Pía Brugat, *Los niños de Morelia*, 1985, pp. 13-15, 18-19, 20-21, 37, 39, 41, 43, 58-73, 106-108, 112-114, 117, 119-124, 131, 133, 138-139, 142-145, 147, 149-150 y 153-154.

[152] Bosques, *Historia oral*, pp. 40, 53 y 55.

[153] Rodríguez, *Ballet*, pp. 169 y 233-236.

[154] E 18 de noviembre de 1939.

[155] Lida y Matesanz, *La Casa de España en México*, 1988, pp. 25, 70-71, 73-86, 119-122, 128, 146-147 y 154-155.

[156] Cosío Villegas, *Memorias*, 1976, pp. 175-177.

[157] HM 69, p. 5.

[158] Chávez Camacho, *Misión de prensa en España*, 1948, pp. 188-190.

[159] HM 69, p. 2.

[160] Alonso Aub y Baranda, *Palabras del exilio de los que volvieron*, 1988, p. 91.

[161] Fresco, *La emigración republicana española: una victoria de México*, 1950, pp. 47-48.

[162] Alonso y Baranda, *Palabras*..., pp. 93, 95, 101, 103 y 107.

[163] *El exilio... español en México 1939-1982*, 1982, pp. 68-72.

[164] *Ibid.*, p. 56.

[165] Alonso y Baranda, *Palabras*..., pp. 115-116.

[166] Smith, *Mexico and the Spanish Republicans*, 1955, p. 5; Fagen, *Exiles and citizens. Spanish Republicans in Mexico*, 1973, p. 39; *El exilio*..., p. 48.

[167] Smith, *México*..., p. 220.

[168] *Ibid.*, p. 225.

[169] Na 2 de septiembre de 1939.

[170] MGob 1937-1938, pp. 76-77.

[171] Smith, *Mexico*..., pp. 226 y 258.

[172] *CTM 1936-1941*, p. 830.

[173] Smith, *Mexico*..., pp. 259-266; Na 1 de febrero de 1940; MAgr 1939-1940; 1940, vol. I, p. 341.

[174] Im 4 de febrero de 1913.

[175] MAgr 1938-1939, 1939; vol. I, p. 273.

[176] MAgr 1939-1940, p. 70; Whetten, "México rural", p. 126.

[177] MGob 1939-1940, p. 8.

[178] E 1 de febrero de 1940; Na 27 de abril de 1941.

[179] MGob 1943-1944, p. 136.

[180] *Manual del extranjero*, 1949, pp. 190-192.

[181] IVer 1939, p. 40.

[182] Smith, *México*..., pp. 297-298; MGob 1939-1940, p. 72; MGob 1940-1941, p. 6.

[183] Fagen, *Exiles*..., p. 85.

[184] Kenny, García, Icazuriaga, Suárez y Artis, *Inmigrantes y refugiados españoles en México. Siglo XX*, 1979, pp. 265-267.

[185] *El exilio*..., p. 117.

[186] Fresco, *La emigración*..., p. 145.

[187] Fagen, *Exiles*..., p. 87.

[188] Fagen, *Exiles*..., pp. 62-63.

[189] Fresco, *La emigración*..., p. 165; Alonso y Baranda, *Palabras*..., pp. 110-111; Kenny, *Inmigrantes*..., pp. 71-73.

[190] Bosques, *Historia oral*..., p. 63.

[191] Fagen, *Exiles*..., p. 59.

[192] Reyes, *Los siete sobre Deva. Sueño de una tarde de agosto*, pp. 24-25.

[193] Fagen, *Exiles*..., p. 84; *El exilio*..., pp. 73, 683; Alonso, *Palabras*..., pp. 46, 54-55 y 77.

[194] Fagen, *Exiles*..., p. 94; *El exilio*..., p. 111; Pla, *Los niños*, p. 101.

[195] *El inmigrante español*, 1942, pp. 145-146, 148, 153, 155 y 164-169.

[196] *El exilio*..., p. 711.

[197] *El inmigrante español*, pp. 11, 13, 38, 43, 45, 47-51, 54-61, 79, 82-83 y 84-85.

[198] *Ibid*., pp. 99 y 108.

[199] Fagen, *Exiles*..., pp. 50-51.

[200] Ascensión H. de León-Portilla, *España desde México. Vida y testimonios de transterrados*, 1978, p. 95.

[201] Fagen, *Exiles*..., pp. 205-206.

★ En relación con esto se ha señalado que los españoles frecuentemente se casan con mexicanas; rara vez las españolas con mexicanos, pues en una encuesta explicaron que los mexicanos no son cónyuges satisfactorios. Contrasta con esta observación que en otros casos se ha dicho que las españolas se adaptaron mejor a México.

[202] Fresco, *La emigración*..., pp. 92-93.

[203] Fagen, *Exiles*..., pp. 70 y 72.

[204] *El exilio*..., p. 76.

[205] Fresco, *La emigración*..., pp. 65-81.

[206] Fagen, *Exiles*..., p. 211.

[207] *El exilio*..., p. 52.

[208] *Relaciones diplomáticas México-España (1821-1977)*, 1977, pp. 317-318.

[209] *El exilio*..., pp. 697, 699 y 701.

[210] *El exilio*..., pp. 661, 666 y 667-671.

[211] Fresco, *La emigración*..., pp. 83-84.

[212] Fagen, *Exiles*..., pp. 99 y 102.

[213] H. de León-Portilla, *España*..., p. 127 nota 31.

[214] González Navarro, *La pobreza en México*, 1985.

[215] H. de León-Portilla, *España*..., pp. 369 y 374-379.

[216] *El exilio*..., p. 709.

[217] *Ibid*., 172 y 216.

[218] H. de León-Portilla, *México*..., pp. 99 y 101.

[219] Alonso, Aub y Baranda, *Palabras*..., p. 149.

[220] *Ibid*., p. 52.

[221] H. de León-Portilla, *España*..., p. 365.

[222] *Ibid*., p. 56.

[223] *Ibid*., pp. 97 y 167.

[224] González Calzada, *Los vascos en México*, 1981, p. 85.

[225] Fagen, *Exiles*..., pp. 149, 169, 175, 179, 181 y 213-214.

[226] Scalon: *Un enclave*..., pp. 44-45.

[227] Almazán, *Memorias*, pp. 92 y 108.

[228] Fernández MacGregor, *El río de mi sangre. Memorias. Autobiografía*, p. 401.

[229] Zorrilla, *Historia*..., vol. II, p. 271.

[230] Carreño, *La diplomacia*..., vol. II, p. 271.

[231] Turner, *The dynamic of Mexican Nationalism*, 1968, p. 297.

[232] Schmitt, *México*..., p. 183.

[233] Zorrilla, *Historia*..., vol. II, p. 564.

[234] McWilliams, *Al norte de México, el conflicto entre "anglos" e "hispanos"*, 1968, p. VI-II; McWhiney y McWhiney (eds.), *To Mexico with Taylor and Scott (1845-1847)* 1969, página VIII.

[235] Merril, *Gringo: The American as seen by mexican journalists*, 1963, pp. 7 y 12-19.

[236] *Ibid*., pp. 20-23.

[237] *Ibid*., p. 29.

[238] González Navarro, *La colonización*, p. 138; *66th Congress*, vol. 9, p. 666.

[239] Simpson, "El ejido: única salida para México", en *Problemas agrícolas e industriales de México*, 1952, pp. 270-273.

[240] NAM 1927, p. 243.

[241] IDF 1934, p. 74.

[242] IDDF 1935, pp. 99-100.

[243] MDF 1935-1936, p. 64.

[244] IDF 1932-1934, anexo 3.

[245] Schmitt, *México*..., p. 26.

[246] Palma Mora, *Los veteranos de la guerra en la ciudad de Guadalajara (una herencia del imperialismo norteamericano)*, pp. 2, 9, 13, 18-19, 27, 53, 60-63, 70, 73, 75, 81, 91, 99, 111, 150, 172, 218 y 231.

[247] González Navarro, *Estadísticas*, pp. 34-35; CP 1930, pp. 103-113; CP DE 1930, cuadro XX, por estados; cuadro XXV de cada uno de ellos; CP 1940, pp. 1, 8, 10 y 39; CP 1950, pp. 50-51 y 197-230; CP 1960, pp. 251-262 y 461-493; CP 1970, pp. 57-70.

[248] González Navarro, *La colonización*, p. 93.

[249] González Roa, *El aspecto agrario de la Revolución Mexicana*, 1919, p. 298; González Roa y Covarrubias, *El problema rural*, p. 65.

[250] González Navarro, "Las instituciones indígenas en el México independiente", en *La política indigenista en México. Métodos y resultados*, 1973, p. 166.

[251] U 11 de septiembre de 1924.

[252] Tamayo, *Geografía general de México*, 1962, vol. III, p. 436.

[253] Ae 1957 y 1959, p. 169.

[254] DDd 1 de septiembre de 1921; MR 1928-1929, II, p. 1240; MR 1934-1936, I, pp. 347-349; MR 1937-1938, II, pp. 260-261; MR 1938-1939, p. 161; MR 1942-1943, II, p. 165; MR 1944-1945, pp. 383-384; MR 1945-1946, p. 180; MR 1946-1947, pp. 46-47 y 253-254; MR 1947-1948, p. 464; MR 1948-1949, p. 278; MR 1949-1950, p. 521. MR 1950-1951 pp. 190-191. MR 1952-1953, II, p. 390; MR 1954, p. 678; MR 1955, p. 221; MR 1956, p. 350; MR 1957, p. 363; MR 1958, p. 289; AE 1960-1961, pp. 105-106.

[255] De la Peña, "Problemas…", p. 175.

[256] MGob 1943-1944, p. 54.

[257] AE 1939, pp. 120-122; AE 1941, p. 155; De la Peña, "Problemas…", p. 179.

[258] MR 1944-1945, pp. 385-386 y 388.

[259] Zilli, *Italianos en México*, 1981, p. 496.

[260] *Ibid*., pp. 448, 457 y 464.

[261] AHSRE III-730-19.

[262] Zilli, *Italianos*…, pp. 501-502 y 505.

[263] Sartor y Ursini, *Seguisino-Chipilo 1882-1982, cen'anni di emigrazione. Una comunitá veneta sugli altiplani del Messico*, 1983, pp. 47, 70, 98-99, 121-123, 172 y 266.

[264] Morillo, *Memorias*, pp. 74-75, 77, 79, 81, 89-91, 158, 164, 167-168 y 183.

[265] DDcc, 18 de enero de 1917, pp. 422-423.

[266] Loyo, *La política demográfica de México*, 1935, p. 126; AGN R Obregón-Calles Paq 32, Leg 2, Exp 241-G-W-3; Paq 42, Leg 6, Exp 407-P-12 (2); DDd 1 de septiembre de 1921, p. 10, y 1 de septiembre de 1922, p. 6.

[267] DDd 1 de septiembre de 1923, p. 4; 1 de septiembre de 1925, p. 7.

[268] MR 1928-1929, II, p. 1241; MGob 1930-1931, p. 164.

[269] MT 1937-1938, pp. 140-141.

[270] MGob 1943-1944, p. 14.

[271] Zorrilla, *Historia*…, vol. II, p. 562.

[272] AEC 1970, p. 50.

[273] Sauvy, *Théorie générale de la population*, 1956, vol. II, p. 329.

[274] Wentholt, "The case for cultural tolerante; arguments from a study of Dutch immigrants in New Zeland", en *Bulletin Research Group for European Migration Problems*, 1957, página 81.

[275] Zubrzycki, "Immigration and culture conflict", en *Bulletin Research Group for European Migration Problems*, 1957, pp. 76-77.

[276] Girad et Stoetzel, *Francais et Inmigrés. L'attitude francaise. L'adaptation des italiens et des polonnais*, 1953, p. 91.

4. LA EMIGRACIÓN (II)

FALTAN TIERRAS, SOBRAN BRAZOS

En 1910 vivían en México 116 527 extranjeros por 221 915 mexicanos en Estados Unidos. En los primeros años del porfiriato emigraban a Estados Unidos, principalmente del Pacífico norte y del norte, y en la primera década del siglo XX de los grandes estados meridionales del centro. En un principio, los mexicanos emigraban casi exclusivamente a Texas, Arizona y Nuevo México, después a California y al final llegaban hasta Kansas. La agricultura y los ferrocarriles norteamericanos recibieron eficaz ayuda de los braceros mexicanos; éstos, por su parte, recibían, generalmente, salarios más elevados que en su país natal. Al final del porfiriato los braceros enviaban anualmente medio millón de dólares a sus familiares, y además mejoraron su indumentaria y sus conocimientos técnicos y culturales. Sin embargo, a cambio de esos beneficios, recibían fraudes en sus salarios y discriminación a sus personas; en una palabra, sufrían un "viacrucis" de penalidades desde su salida hasta su regreso, pero todo lo soportaban porque su situación en México era peor.

Las autoridades atribuían esta emigración al deseo de obtener un mayor salario y a la oposición política al caciquismo; las primeras insistían en las causas "atrayentes", los segundos en las "expulsivas". Entre estas últimas habría que considerar una de creciente importancia que no se destacó entonces: la presión demográfica en la región central. Gracias a la política sanitaria por-

firista disminuyó la mortalidad; la expansión económica (desarrollo de las comunicaciones, de la industria de transformación, de la minería y de la agricultura de exportación) atrajo mano de obra rural a la ciudad, de la agricultura a la industria y a la minería, del centro al norte, y de ahí a Estados Unidos.

Los ferrocarriles hicieron posible el desplazamiento de la población. Si se recuerda que se ha calculado en más de 100 000★ el número de braceros que en 1910 fueron a Estados Unidos, para una población de quince millones de habitantes, es preciso aceptar que la servidumbre por deudas no impidió el éxodo braceril (seguramente entre los peones libres), hecho que ignoran o disminuyen por igual los apologistas y los críticos del porfiriato. Los primeros porque suponen que en esa época la situación del país era tan buena que no se registró ese fenómeno; los segundos, porque la imaginan tan mala que en ella no fue posible romper el cerco latifundista. Un grupo de hacendados atribuyó, al finalizar 1906, la crisis de la sumisión campesina a la "ida del Norte"; esto es, que el bracerismo los había transformado en "peones de contentillo", agravando su natural indolente y malvado, por lo que era preciso ponerse "durito con ellos", o los trabajadores se "comían" a los hacendados.[1] En fin, según Andrés Landa y Piña, México visto desde Europa aparecía como un país de inmigración, pero juzgado desde Estados Unidos, de emigración.[2]

En el amplio catálogo de explicaciones sobre las causas del bracerismo, alguna vez se atribuyó éste a una cosa tan simple como la falta de una bolsa de trabajo. Los braceros emigraban a Texas, en opinión del diputado Eleazar Espinosa, porque ignoraban que en México podían encontrar un trabajo tan bien remunerado y terrenos tan buenos como en Texas. Precisamente con el establecimiento del Departamento del Trabajo en 1911 se evitaría el éxodo de los braceros, y además algún día, afluiría a México una inmigración tan excelente como a la Argentina.[3] Pero ni llegó a México una inmigración tan excelente ni el Departamen-

to del Trabajo pudo evitar el éxodo de los braceros, quienes continuaron emigrando (incluso a Texas) pese a que los apodaban *miggers* y *greasers*, porque les pagaban bien.[4]

En la década 1910-1920 según el parecer más generalizado, el bracero emigraba en busca de un mayor salario, para huir de la servidumbre y por falta de garantías.[5] Sin embargo, en esta década no sólo emigraron braceros sino profesionistas y técnicos, propietarios en general; los porcentajes de profesionistas y de los gerentes son los mayores, y el de los propietarios rurales ocupaba el segundo lugar.[6] Según el cónsul mexicano en Estados Unidos, Manuel A. Esteva, cuando menos medio millón de mexicanos "cultos" vivían en ese país a principios de 1920. Henry Lane Wilson calculó en cerca de un millón los mexicanos refugiados en Estados Unidos, quienes en su mayoría eran terratenientes, intelectuales y de clase media, pero también numerosos trabajadores. Claramente ambas estimaciones son exageradas, si se comparan con las cifras oficiales sobre el número de inmigrantes mexicanos en Estados Unidos. Aunque los censos españoles indican que los mexicanos aumentaron a más del doble, de 491 en 1910 a 1 141 en 1920, de todos modos tampoco parecen comprobar las estimaciones de Esteva y de Lane Wilson.[7] Pero éstas son útiles para comprobar la importancia de los refugiados políticos, grupo muy diferente al de los braceros.

Ernestina M. Alvarado presentó una tipología sobre los mexicanos en Estados Unidos durante un congreso de trabajo social en Chicago, en 1920. En primer lugar, la aristocracia había inmigrado por razones políticas, educativas o de negocios. En segundo lugar, el grupo estimulado por el deseo de mejorar profesionalmente y, en fin, los trabajadores deseosos de mejorar económicamente; estos últimos, inteligentes e infatigables, en su mayor parte habían regresado a México lastimados porque se les trataba como ganado. Seis años después, Vasconcelos escribió que esos millones de iberoamericanos que emigraban a Estados

Unidos en busca de un jornal más firme y de mayores libertades, constituían la más tremenda acusación contra sus países. En particular México y Venezuela se habían despoblado por el "caudillo militar que hace irrisoria toda esperanza de progreso".[8]

Por otra parte, al lado de las explicaciones generales, de cuando en cuando otros señalaban causas más específicas, como el paro en la industria minera en Chihuahua en 1915.[9] Pero las explicaciones de las autoridades revolucionarias se orientaron a encontrar el culpable en el latifundismo, con su secuela de proletarizados peones con bajos salarios.[10] Bulnes, en cambio, en 1920 culpó a la Revolución del bracerismo. Las autoridades hacendarías aceptaron en 1925 que el fraccionamiento de los latifundios desorganizó momentáneamente la agricultura nacional, "disminuyendo la producción, perturbando nuestra balanza de 'cuentas' y, quizás incrementando el éxodo de braceros mexicanos hacia los Estados Unidos".[11] Sin embargo, Manuel Gamio señaló que la mayoría de los braceros procedían de Guanajuato, Jalisco y Michoacán, lo que probablemente podía explicarse por el latifundismo predominante en ellos, pues no era cuestión de mera sobrepoblación, porque estados igualmente poblados, como Puebla y Veracruz, apenas si aportaban algún contingente a esa corriente migratoria.[12]

Gamio, entre los investigadores revolucionarios, al igual que el periódico *El Impartial* en el porfiriato, explicó este fenómeno por causas económicas: era el resultado automático del incremento de la demanda de trabajo en Estados Unidos y de la oferta de trabajadores en México.[13] En efecto, al limitarse en Estados Unidos la inmigración de trabajadores extranjeros no calificados en 1921, los patrones norteamericanos, especialmente los del suroeste, lograron que los mexicanos no fueran incluidos en las cuotas restrictivas de 1921 y 1924, obteniendo así trabajo barato.[14] Coincide con el interés de los patrones norteamericanos, la escasez de trabajo en México, lo que obligó a "grandes efectivos

de obreros" a emigrar a Estados Unidos. Luis N. Morones, secretario de Industria, Comercio y Trabajo durante la presidencia de Calles, creyó resolver el problema con una bolsa de trabajo.[15]

Sin embargo, la bolsa de trabajo podía solucionar la desocupación ocasional y la estacional, pero no la estructural, señalada por las autoridades migratorias norteamericanas como la razón fundamental de la inmigración mexicana; era la misma que, por un siglo, había atraído a los europeos: más altos salarios. Los mexicanos, además, se aprovecharon de su exclusión de las cuotas y de su vecindad. Las causas "expulsivas" se conjugaban con las "atrayentes". En 1928 disminuyó la inmigración porque la prosperidad agrícola de la costa oeste mexicana atrajo a muchos mexicanos, al mismo tiempo que la crisis de la industria maderera en el noroeste de Estados Unidos dejó sin trabajo a otros tantos.[16] En el periodo 1920-1929 autoridades y particulares coincidieron en señalar que los altos salarios atraían una gran cantidad de inmigrantes; según Gamio, un operario mexicano ganaba al mes 36 pesos; para vivir normalmente necesitaría 284, o sea que percibía sólo una octava parte de lo que necesitaba; de ahí su fatal inclinación a probar fortuna en Estados Unidos, porque en este país podía ganar, cuando menos, seis veces más.[17] En suma, al decir de unos braceros de Arandas, Jalisco, el peor trabajo norteamericano superaba al mejor mexicano.[18]

La rebelión cristera, especialmente en Guanajuato, Michoacán y Jalisco, y el desempleo, ligado en esta década a la inestabilidad política del país, también contribuyeron a la emigración de los braceros.[19] La crisis minera igualmente afectó la intensidad del éxodo braceril.[20] A partir de la crisis de 1929 se contrajo la emigración de braceros.

Las causas "atrayentes" de nuevo operaron al aproximarse la segunda guerra mundial. La ocupación plena volvió a Estados Unidos con su participación en ese conflicto bélico; para suplir a quienes abandonaban las faenas agrícolas o el trabajo en las vías

férreas, se requirió de nuevo una creciente mano de obra mexicana. Las autoridades californianas, desde mediados de 1942, empezaron a solicitar millares de braceros mexicanos.[21] La guerra terminó, y sin embargo aumentó la demanda norteamericana de trabajadores mexicanos para levantar las cosechas del algodón, la remolacha y los frutales.[22]

Posteriormente, la guerra de Corea incrementó de nuevo el braceris-mo, al grado de que el gobierno norteamericano toleró a los "espaldas mojadas", a quienes se rechazó una vez que pasó esa crisis. De cualquier modo, la salida de los braceros llega a un máximo en 1958, después de esa fecha desciende constantemente.

A partir de la segunda guerra mundial muchos han atribuido el brace-rismo a la reforma agraria. En irónico contraste se registra una exportación humana y una importación agrícola.[23] Falta de garantías, de refacción económica, de crédito, de seguridad en la propiedad de la parcela, de irrigación, etc., son, en opinión de muchos, las causas de la emigración de los braceros.[24] En esta explicación insisten con mayor énfasis los políticos oposicionistas. Según el PAN las causas de la emigración de los braceros se deben a que el ejidatario no es el verdadero propietario de su parcela (sólo la tiene prestada); a que carece de crédito barato, fácil y oportuno, y de garantías; a la concentración de la tierra en manos de políticos influyentes; a la erosión de la tierra, y al atraso tecnológico de los campesinos. Pero esta explicación olvidaba, entre otras cosas, que no todos los braceros son ejidatarios, ni en general campesinos, sino también carpinteros, albañiles, mecánicos, cargadores, choferes, y hasta profesores y empleados públicos de bajos ingresos.[25] En efecto, según un muestreo realizado en 1946 entre los braceros de Wisconsin, 29.4% eran obreros; artesanos, 27.2%; 19.8% eran campesinos; 11% eran empleados, etcétera.[26]

De cualquier modo, algunos atribuyeron concretamente las fallas de la reforma agraria a la tardanza con que en la época de

Adolfo Ruiz Cortines se atendían las solicitudes agrarias, a la falta de libertad en la venta de los productos agrícolas, a la insuficiencia de la parcela ejidal, a la baja productividad agrícola, etcétera.[27]

Chihuahua, posiblemente con la única excepción de Guanajuato, era el estado que aportaba el mayor contingente de braceros, pero no porque en él hubiera fracasado la reforma agraria, sino porque carecía de tierras irrigadas como Sinaloa y Sonora y del rápido desarrollo industrial de Nuevo León.[28]

Algunos propusieron evitar el bracerismo mediante la apertura de nuevas tierras al cultivo, el respeto a la pequeña propiedad, la electrificación, la venta de tierra a largo plazo, el establecimiento de colonias agrícolas, etc.[29] Otros siguieron insistiendo en que la reforma agraria era sólo un disparate, y que la falta de garantías en el campo, por los abusos de los comisarios ejidales, causaba el bracerismo.[30]

Naturalmente no han escaseado los defensores de la reforma agraria. Según Román Badillo, sólo una dieciseisava parte de los ocho millones de campesinos adultos emigraban en 1955; además en el porfiriato los campesinos no emigraban porque estaban atados a la hacienda; el bracerismo actual significa, por tanto, la ruptura de las cadenas campesinas.[31] La reforma agraria, según otros, es culpable del bracerismo, y no por lo que ha hecho sino por lo que ha dejado de hacer: terminar de repartir la tierra, aprovechar mejor la ya repartida, impedir los nuevos latifundios en el norte; en una palabra, porque se han abandonado sus propósitos, escribió Manuel Mesa Andraca en 1954.[32] Dentro de esta corriente, el bracerismo se explica por los desajustes propios de los países en desarrollo, problema que en México se agrava por el rápido incremento de la población.[33] Para Ernesto López Malo es un fenómeno más económico que demográfico, y obedece principalmente a que el desarrollo económico, contradictorio y disparejo, ha creado más fuerza de trabajo que nuevas fuen-

tes de trabajo.[34] Para salvar esos desajustes, la solución estriba en liquidar lo más rápidamente posible el reparto de las tierras afectables y en incrementar la explotación colectiva de la tierra.[35]

Al lado de estas explicaciones, más o menos interesadas políticamente, ha habido otras más puramente técnicas. Moisés T. de la Peña escribió, al mediar el siglo, que millares de campesinos se expatriaban por falta de tierras y de oportunidades, y millones se mantenían en un ocio forzado buena parte del año, y más recientemente que el bracerismo exhibía la poca eficacia en la resolución del problema agrario.[36]

Según una encuesta de 1946, 71.8% de los braceros emigraban para ganar más dinero; 14.2% por razones afectivas; 12.4% por el deseo de aventuras, etc.[37] Nuevas entrevistas a los braceros revelaron que éstos emigraron por la insuficiencia de sus salarios, las exigencias del Banco de Crédito Ejidal, las exacciones de los líderes agrarios, la inadecuada fijación de los precios a los productos agrícolas, la falta de implementos de trabajo, de crédito y de seguridad en la posesión definitiva de su parcela, las deficiencias de los transportes y el deseo de que el precio a sus productos se fijara por la oferta y la demanda de los mismos.[38] Según una encuesta de 1954 de 160 "espaldas mojadas", 43.5% emigró por el poco trabajo que tenían en México, y la tercera parte por el deseo de ganar mayores salarios en Estados Unidos; 117 de los 160 entrevistados carecían de tierras y éstas eran de muy bajos rendimientos.[39]

Las autoridades han dado su propia versión acerca del bracerismo. Lázaro Cárdenas, en una época en que esta emigración era un problema menor, confiaba en que la libertad y el combate al desempleo bastarían para evitar el bracerismo.[40] No se vio entonces que los mayores salarios confluyeran con la necesidad de mano de obra a causa de la guerra; así se abrió de nuevo la compuerta de la emigración en gran escala en la época de Manuel Avila Camacho.[41]

Las propias autoridades desde entonces han considerado a las sequías, las inundaciones, en general la pérdida de las cosechas, la fiebre aftosa, el nacimiento del volcán Paricutín, como algunas de las causas que obligan a emigrar a los braceros, principalmente de Michoacán, Aguascalientes, Zacatecas, San Luis Potosí, Durango, Coahuila, Nuevo León y Chihuahua. En un principio las autoridades de esos estados autorizaron la salida de los braceros con optimismo, porque sin dañar su economía favorecían el envío de importantes cantidades de dinero a los familiares de los trabajadores emigrantes, quienes con sus ahorrros compraban pequeñas fracciones de terreno e implementos agrícolas; pero con el tiempo esos beneficios fueron cada vez más exiguos y aun nulos. Por esa razón las autoridades coahuilenses prefirieron limitar esa emigración desde 1956.[42]

La Secretaría de Relaciones Exteriores atribuyó el bracerismo, en 1951, a la vecindad de dos economías: la mexicana, poco desarrollada, y la norteamericana, sólida y poderosa; al notable crecimiento de la población y a la falta de trabajo. De ahí el constante incremento de la oferta de mano de obra mexicana, origen de los "espaldas mojadas".[43] Dos años después algunos funcionarios norteamericanos explicaron el origen del bracerismo de una manera semejante: la pobreza de la economía mexicana y la demanda de mano de obra agrícola por parte de Estados Unidos.[44]

El contraste entre los salarios mexicanos y norteamericanos era patente en la época de Ruiz Cortines: cinco pesos en México, 65 en Estados Unidos. Gilberto Loyo, secretario de Economía de Ruiz Cortines, en encuesta realizada en 1951 precisó que 80% de los braceros quería volver para seguir obteniendo un mayor salario que en México, el restante 20% por el deseo de aventuras.[45] Bastaba ese cotejo para que los braceros declararan que en México recibían un trato peor que en los Estados Unidos, pese a las dificultades a que se enfrentaban en este país.[46] Sin embargo,

con frecuencia no se les cumplían los ofrecimientos de mejorar sus salarios y las condiciones de trabajo.[47]

La Secretaría de Relaciones Exteriores reconoció en 1958 que, salvo donde verdaderamente regía el salario mínimo, en la gran mayoría del país el salario del peón del campo fluctuaba entre cinco y siete pesos. La mejora en los precios de los productos agrícolas beneficiaba al agricultor y al ejidatario, y la irrigación al colono, pero los peones continuaban con su jornal de cinco pesos y ellos integraban el mayor porcentaje de "braceros profesionales, que solamente laboran en el país mientras se les presenta la oportunidad de contratarse con destino al vecino país del norte".[48] El régimen de Adolfo Ruiz Cortines se vio especialmente castigado por las condiciones meteorológicas adversas a la agricultura, la baja de los precios de los metales de exportación, la recesión económica de Estados Unidos, y el grave deterioro que la inflación causó en los ingresos fijos de los trabajadores mexicanos, aumentando la desproporción entre los ingresos por habitante de uno y otro país: 2 199 dólares anuales en Estados Unidos en 1959, por sólo 253 en México.[49]

Durante la presidencia de Adolfo Ruiz Cortines se puso de moda atribuir la emigración de los braceros a tres causas principales: adversas condiciones meteorológicas, la "explosión" demográfica y el afán de aventuras.[50] Funcionarios de la Secretaría de Gobernación explicaron en 1953 que los emigrantes no se reclutaban entre los más pobres, sino entre los que teniendo cierta preparación ansiaban mejorar, fenómeno común a la emigración europea.[51] Así como algunos braceros habían informado a sus entrevistadores que emigraban por necesidad, otros confesaron que lo hacían por el afán de aventuras, cuyo precio pagaban con las humillaciones que padecían en el propio territorio mexicano para cruzar la frontera, en donde se empezaba por olerlos para que no desagradaran a sus patrones.[52] Ruiz Cortines atribuyó el bracerismo al elevado crecimiento demográfico del país, la abun-

dancia de tierras de temporal que obligaba al ocio rural de las dos terceras partes del año y al deseo de aventuras estimuladas por la radio, el cine y la televisión.[53] Mientras tanto, el gobernador de Tamaulipas coincidió con la explicación presidencial sobre el éxodo de los braceros atribuyéndolo, principalmente, al "espíritu migratorio de nuestras gentes";[54] los diputados del PAN por su parte, no compartieron esta tesis del bracerismo turístico.[55]

La CTM, en cambio, desde septiembre de 1942 había declarado que en México no existía problema de desocupación porque en Mexicali, Chihuahua y La Laguna faltaban brazos para la pizca del algodón.[56] De cualquier modo, desde los años cuarenta se habló del bracerismo turístico porque algunos aspirantes a braceros no tenían aspecto campesino y porque habían encontrado un cómodo sistema de trabajo: laborar dos o tres meses en Estados Unidos, lo que les permitía holgar el resto del año en México.[57] Por ejemplo, los granjeros de Guerrero, Chihuahua, enviaban a sus hijos de braceros y los remplazaban con trabajadores a los que pagaban bajos salarios.[58]

Cuando las autoridades de varios estados norteños ofrecieron trabajo a los aspirantes a braceros y éstos lo rechazaron, se reforzó la opinión gubernamental de que el espítiru de aventuras movía a los braceros.[59] El senador Pedro de Alba, para encontrar los antecedentes históricos al afán de aventuras de los braceros, se remontó en 1953 a la inquietud de viajar de los indios precortesianos y de los conquistadores españoles.[60]

El candidato presidencial Adolfo López Mateos rechazó, en febrero de 1958, que la Revolución mexicana fuera la causa de la emigración de los braceros. Esta se debía a que el insuficiente desarrollo económico del país aún no había absorbido los excedentes de la población.[61] Bartolomé Vargas Lugo propuso desde 1956, evitar el bracerismo mejorando la irrigación de los ejidos, usando exclusivamente la fuerza humana para dar trabajo al ma-

yor número posible,[62] lo cual se puso en práctica en Aguascalientes en 1958 con la construcción de los caminos vecinales.[63]

En fin, al igual que en el porfiriato, no han faltado autoridades que con soflamas patrióticas hayan creído poder convencer a los braceros para que no emigren.[64] Un bracero que en 1920 representó el papel de bandido mexicano en una película, mediante un estipendio de cinco pesos, a la pregunta de si no tenía empacho en desprestigiar a México, respondió sonriendo: "Cuando el hambre aprieta, señor, crea usted, no tenemos puntillo de patriotismo. Además eso de salir como *greaser* en películas del oeste es una pequeñez".[65] Podría añadirse que era también una pequeñez aun trabajar en Texas, estado que carecía de salario mínimo y en el que la discriminación era mayor; y, con mayor razón, en Chicago donde en 1969 en dos días ganaban lo que en México en un mes;[66] por supuesto se trataba del salario nominal. De cualquier modo, las causas de la emigración de los braceros son semejantes a las europeas "clásicas" (insuficiencia de recursos locales, crecimiento de la población, esperanza de hacer fortuna fácil y rápidamente, etc.), salvo el temor al servicio militar.[67]

TURISTAS Y BRACEROS

Como se ha visto es muy pequeña la significación de México como país de inmigración, pese a los numerosos esfuerzos para atraer a los extranjeros, principalmente a los europeos, y en particular a los latinos. En la emigración, fenómeno tan universal como antiguo, la colonización europea de América inicia la etapa de la emigración transoceánica. Entre 1800 y 1930 unos cuarenta millones de europeos abandonaron definitivamente el Viejo Mundo; a mediados del siglo pasado, Inglaterra fue el país de mayor emigración y a fines del mismo, Italia ocupa ese lugar.[68]

Muy pocos de esos europeos vinieron a México pero, en cambio, muchísimos son los mexicanos, en principio más con carác-

ter temporal que definitivo, que han emigrado a Estados Unidos; acaso después de la canadiense sea esta emigración la mayor de América. Entre 1820 y 1968, de seis países procede el mayor número de inmigrantes que recibe Estados Unidos: Alemania (6 896 085), Italia (5 122 086), Gran Bretaña (4 762 241), Irlanda (4 711 113), Canadá (3 912 555) y México (1 502 023).[69]

El cuadro 2 muestra el crecimiento de la inmigración que procedente de México, recibió Estados Unidos, e incluye tanto mexicanos como extranjeros; el cuadro distingue ambos conceptos. Este hecho debe tenerse presente porque hasta los años veinte hay frecuentes quejas de que numerosas personas aprovechaban México para internarse después a Estados Unidos, algunas veces ilegalmente. Estos inmigrantes aumentan ininterrumpidamente en 1910-1912 (comienzos de la Revolución), en 1916 (después de las grandes batallas y del hambre), en 1919-1920 (ruptura de Obregón y Carranza) y 1926-1927 (comienzos de la rebelión cristera); en todos estos casos destacan las causas "expulsivas", que acrecientan la inmigración tradicional, producto de las causas "atrayentes". En el quinquenio 1925-1929, los 238 527 inmigrantes mexicanos[★] representaron 16% de los inmigrantes a Estados Unidos, porcentaje sólo igualado en 1955-1959 (214 746) (cuadro 3) y en 1960-1964 (217 827).[70] En los cuadros se advierte el impacto de la crisis de 1929, los inmigrantes disminuyen ininterrumpidamente hasta 1935, aumentan en las dos décadas siguientes, después el movimiento es irregular y, ciertamente, ya no vuelve a alcanzar cifras tan altas como las de 1923-1924.

CUADRO 2
Inmigrantes* procedentes de México a Estados Unidos (1910-1954)

1910	18 691	1925	32 964	1940	2 313
1911	19 889	1926	43 316	1941	2 824
1912	23 238	1927	67 721	1942	2 378
1913	11 296	1928	59 016	1943	4 172
1914	14 614	1929	40 154	1944	6 598
1915	12 340	1930	12 703	1945	6 702
1916	18 524	1931	3 333	1946	7 146
1917	17 869	1932	2 171	1947	7 558
1918	18 524	1933	1 936	1948	8 384
1919	29 818	1934	1 801	1949	8 083
1920	52 361	1935	1 560	1950	6 744
1921	30 758	1936	1 716	1951	6 153
1922	19 551	1937	2 347	1952	9 079
1923	63 768	1938	2 502	1953	17 183
1924	89 336	1939	2 640	1954	30 645

* Las cifras corresponden a años fiscales.
Fuente: U.S. Census, *Historical Statistics*, p. 58.

CUADRO 3
Inmigrantes* mexicanos y procedentes de México a Estados Unidos (1955-1970)

	Mexicanos	*Procedentes de México*		*Mexicanos*	*Procedentes de México*
1955	50 772	43 702	1963	55 253	55 986
1956	65 047	61 320	1964	32 967	34 448
1957	49 154	49 321	1965	37 969	40 686
1958	26 712	26 791	1966	45 163	47 217
1959	23 061	22 909	1967	42 371	43 074
1960	32 684	32 708	1968	43 563	44 716
1961	41 632	41 476	1969	44 623	45 748
1962	55 291	55 805	1970	44 469	44 821

* Las cifras corresponden a años fiscales.
Fuentes: U.S. Census, *Statistical Abstract*, 1958, p. 95; U.S. Census, *Statistical Abstract*, 1959, p. 94; U.S. Census, *Statistical Abstract*, 1961, p. 94; U.S. Census, *Statistical Abstract*, 1962, p. 99; U.S. Census, *Statistical Abstract*, 1964, p. 95; U.S. Census, *Statistical Abstract*, 1965, p. 95; U.S. Census, *Statistical Abstract*, 1967, p. 97; U.S. Census, *Statistical Abstract*, 1968, p. 93; U.S. Census, *Statistical Abstract*, 1969, p. 89; U.S. Census, *Statistical Abstract*, 1970, p. 93; U.S. Census, *Statistical Abstract*, 1971, pp. 91-92.

Las fuentes mexicanas permiten estudiar de 1908 a 1970 (cuadro 4); la entrada comprende a inmigrantes (repatriados nacionales e inmigrantes extranjeros) y no inmigrantes (visitantes, inmi-

grados, turistas nacionales y extranjeros y transmigrantes); la salida a emigrantes (nacionales y extranjeros) y no emigrantes (emigrantes temporales, extranjeros, turistas nacionales y extranjeros y transmigrantes). Salvo en 1913 (1 122), 1919 (3 170) y 1927 (200) fue mayor la entrada que la salida, seguramente porque no se registran todas las salidas y sí todas las entradas, esto sin contar las defunciones en uno y en otro casos.

En 1909 (58 448), 1917 (90 699), 1924 (56 970) y 1931 (125 633), se registran las cifras máximas de exceso de la entrada sobre la salida, o sea en vísperas de iniciarse la Revolución y al término del periodo bélico más sangriento, después de la sublevación de Adolfo de la Huerta y durante la crisis iniciada en 1929; en las tres primeras fechas por circunstancias mexicanas, y norteamericanas en la última. A partir de 1948 (21 710) seguramente se acentúa la diferencia entre la entrada y la salida por los turistas norteamericanos que en número cada vez mayor visitan México. Mientras en 1951-1957 son más los mexicanos que salen que los que entran, lo contrario ocurre en 1958-1964. Asimismo, de 1951 a 1964 son más numerosos los extranjeros que entran que los que salen; es decir, desde 1958 la inmigración supera la emigración. Desgraciadamente estas estadísticas sólo a partir de 1926 distinguen entre inmigrantes, que aumentaron de 16% del total de las entradas en 1926 a 98% en 1970; los no emigrantes, igualmente, de 17 a 98 por ciento en las mismas fechas.

Además, de 1951 a 1970 se cuenta con estadísticas del movimiento social de la población que distinguen, tanto en la entrada como en la salida, tres categorías: turistas, inmigrantes e inmigrados y "otras calidades".* El cotejo de los datos totales de ambas series estadísticas muestra que de 1951 a 1958 (salvo 1953) son menores las cifras de la primera serie, pero coinciden en 1959-1970, tal como debe ser. La inclusión en la segunda serie del concepto de los turistas, afina la explicación sobre la verdadera naturaleza de los movimientos migratorios mexicanos; en

1970 los turistas representaron 92% de las entradas y 95% de las salidas, porcentaje casi igual en los otros diez años.[71]

Existen diferencias fundamentales entre las fuentes norteamericanas y las mexicanas, explicables porque más de 75% de los mexicanos que regresan de Estados Unidos no se registran en las oficinas norteamericanas de migración, pero sí en las mexicanas, pues las primeras no exigen ese requisito.[72] De acuerdo con esta idea, Manuel Gamio explicó que en 1920-1925 regresaron a México de Estados Unidos 488 748 personas; según fuentes norteamericanas sólo lo hicieron 38 740, probablemente los que recogieron sus depósitos en las oficinas norteamericanas y los deportados.[73]

CUADRO 4
Entrada y salida del país de nacionales y extranjeros, por calidad migratoria (1908-1970)

	Entrada					*Salida*				
Años	*Suma*	*Inmigrantes*[1]	*No inmigrantes*[2]	*Nacionales*	*Extranjeras*	*Suma*	*Emigrantes*[3]	*No inmigrantes*[4]	*Nacionales*	*Extranjeros*
1908	24 537	24 537	—	—	—	—	—	—	—	—
1909	58 448	58 448	—	—	—	—	—	—	—	—
1910	86 909	86 909	—	—	—	44 491	46 491	—	—	—
1911	76 745	76 745	—	—	—	73 582	73 582	—	—	—
1912	102 088	102 088	—	—	—	98 595	98 595	—	—	—
1913	63 272	63 272	—	—	—	64 394	64 394	—	—	—
1914	20 381	20 381	—	—	—	16 897	16 897	—	—	—
1915	24 127	24 127	—	—	—	15 230	15 230	—	—	—
1916	54 762	54 762	—	—	—	56 725	56 725	—	—	—
1917	122 405	122 405	—	—	—	31 706	31 706	—	—	—
1918	53 780	53 780	—	—	—	45 374	45 374	—	—	—
1919	60 327	60 327	—	—	—	63 497	63 497	—	—	—
1920	91 211	91 211	—	—	—	68 158	68 158	—	—	—
1921	149 302	149 302	—	—	—	35 938	35 938	—	—	—
1922	90 859	90 859	—	—	—	63 145	63 145	—	—	—
1923	132 806	132 806	—	—	—	119 097	119 097	—	—	—
1924	150 507	150 507	—	—	—	93 537	93 537	—	—	—
1925	127 336	127 336	—	—	—	81 757	81 757	—	—	—
1926	108 497	93 569	14 928	—	—	92 150	78 182	13 968	—	—
1927	100 019	84 419	15 660	—	—	100 219	88 330	11 889	—	—
1928	105 376	88 186	17 190	—	—	86 073	74 940	11 133	—	—
1929	104 316	85 152	19 164	—	—	60 972	43 337	17 635	—	—
1930	114 965	85 190	29 775	—	—	51 592	31 665	19 927	—	—

1931	185 613	134 616	50 997	—	—	59 980	21 780	38 200	—	—
1932	135 248	82 336	52 912	—	—	59 257	10 089	49 168	—	—
1933	95 934	37 232	58 702	—	—	62 174	7 622	54 552	—	—
1934	111 873	27 607	84 266	—	—	85 994	8 107	77 887	—	—
1935	114 007	19 005	95 002	—	—	97 791	9 159	88 632	—	—
1936	134 405	15 572	118 833	—	—	118 719	7 966	110 753	—	—
1937	169 447	11 972	157 475	—	—	157 281	6 501	150 780	—	—
1938	143 283	12 732	130 551	—	—	132 459	5 934	126 525	—	—
1939	182 726	23 022	159 704	—	—	156 061	4 675	151 386	—	—
1940	167 161	15 129	152 032	—	—	150 509	5 418	145 091	—	—
1941	204 218	9 012	195 206	—	—	193 563	6 984	186 579	—	—
1942	134 613	9 825	124 788	—	—	124 706	6 109	118 597	—	—
1943	168 623	6 521	162 102	—	—	153 737	7 328	146 409	—	—
1944	162 656	9 714	152 942	—	—	151 260	6 936	144 324	—	—
1945	207 826	9 431	198 395	—	—	192 147	9 219	182 928	—	—
1946	319 576	10 089	309 487	—	—	303 260	12 719	290 541	—	—
1947	308 180	9 131	299 049	—	—	293 100	11 319	281 781	—	—
1948	315 035	8 932	306 103	—	—	293 325	11 011	282 314	—	—
1949	374 760	11 282	363 478	—	—	342 944	14 279	328 665	—	—
1950	456 356	12 754	443 602	—	—	410 875	13 358	397 517	—	—
1951	504 267	22 615	481 652	48 537	455 730	458 539	15 449	443 090	48 847	409 692
1952	524 878	24 265	500 613	50 430	474 443	478 730	16 961	461 769	53 449	425 281
1953	504 067	28 114	475 953	56 253	447 814	458 114	13 961	444 725	57 507	406 607
1954	593 898	29 315	564 583	54 838	539 060	528 300	15 604	512 696	56 382	471 918
1955	636 944	26 852	610 092	59 318	577 626	569 463	19 768	549 695	66 172	503 291
1956	711 399	29 252	682 147	75 966	635 433	645 152	22 919	622 233	83 284	561 868
1957	756 792	35 406	721 386	93 709	663 083	673 562	19 749	653 813	94 938	578 624
1958	795 778	36 408	759 380	105 713	690 065	715 054	19 715	695 339	103 570	611 484
1959	856 519	39 736	816 783	122 558	733 961	776 442	20 211	756 231	117 945	658 497
1960	884 573	43 872	841 701	137 945	746 628	803 277	21 703	781 574	131 677	671 609
1961	934 183	43 003	891 180	159 140	775 043	829 578	22 339	807 239	144 972	684 606

CUADRO 4 (*conclusión*)

		Entrada					*Salida*			
Años	*Suma*	*Inmigrantes*[1]	*No inmigrantes*[2]	*Nacionales*	*Extranjeras*	*Suma*	*Emigrantes*[3]	*No inmigrantes*[4]	*Nacionales*	*Extranjeros*
1962	1 089 952	45 529	1 044 423	191 898	898 054	959 297	28 400	930 897	176 729	782 568
1963	1 226 877	49 345	1 177 532	213 894	1 012 983	1 042 460	33 881	1 008 579	184 170	858 290
1964	1 405 534	56 166	1 349 368	249 148	1 156 386	1 186 216	36 287	1 149 939	208 727	977 489
1965	1 557 938	41 110	1 516 828	279 829	1 278 109	1 322 723	41 976	1 280 747	234 485	1 088 238
1966	1 732 355	42 815	1 659 540	320 560	1 411 795	1 454 992	42 817	1 412 175	263 709	1 191 283
1967	1 903 511	44 036	1 859 475	371 467	1 532 044	1 595 274	44 699	1 550 575	304 030	1 291 244
1968	2 229 205	44 927	2 184 278	469 702	1 759 503	1 807 363	46 340	1 761 023	351 965	1 455 398
1969	2 450 065	48 095	2 401 970	535 472	1 914 593	2 010 193	49 798	1 960 395	421 202	1 588 991
1970	2 710 395	47 987	2 662 408	625 456	2 084 939	2 151 850	49 002	2 102 848	444 497	1 707 353

[1] 1908-1950 comprende repatriados nacionales e inmigrantes extranjeros.
[2] 1908-1950 comprende visitantes inmigrados, turistas nacionales y extranjeros y transmigrantes.
[3] 1908-1950 comprende nacionales y extranjeros.
[4] 1908-1950 comprende emigrantes temporales extranjeros, turistas nacionales y extranjeros y transmigrantes.
Fuentes: AE 1938, p. 86; AE 1961-1969, p. 103; AE 1964-1965, p. 116; AEC 1970, pp. 49-50.

Por otra parte, el cotejo de las cifras de Emory S. Bogardus y de la Secretaría de Relaciones Exteriores, ambas basadas en fuentes norteamericanas, sobre el porcentaje que los mexicanos representaron de la inmigración total que recibió Estados Unidos hasta 1929, muestra una proporción levemente mayor en las cifras de Bogardus. De cualquier modo, hay un incremento muy considerable en ambos casos; en 1899 los mexicanos sólo representaban 0.05% del total, aumentaron a 2.14% en 1911 y con

pequeñas alternativas alcanzaron su máximo en 1918 (15.9%), 1919 (20.44%) y 1920 (11.9%); disminuyeron mucho en 1921 y 1922, pero de nuevo aumentaron a partir de 1923 y representaron una cuarta parte en 1927 y 1928, para disminuir muy notablemente con motivo de la crisis mundial y quedar reducidos a sólo 0.6% del total de inmigrantes en 1933. En suma, en la década 1921-1930 los mexicanos representaron 11.1% del total de los inmigrantes a Estados Unidos.[74] Las estadísticas anteriores corroboraron que la sublevación de Adolfo de la Huerta y la rebelión cristera, por el lado mexicano, aceleraron la emigración mexicana a Estados Unidos.

Pero ya desde la época colonial vivían en lo que hoy es el suroeste de Estados Unidos y en California algunos millares de mexicanos. Al parecer su número varió poco pese a la guerra de 1847, y permanecieron en esas tierras norteamericanas a partir de entonces. En 1880 se les unieron numerosos operarios para trabajar en las vías de los ferrocarriles; en cada centro ferrocarrilero se establecieron colonias de mexicanos que perduran hasta la fecha.[75] De hecho, en buena parte de ambos lados de la frontera se trata del mismo pueblo; a la mitad del siglo se calculó que los hispanoparlantes de esos lugares fronterizos sumaban dos millones y cuarto de habitantes en cada uno de estos países. Esto explica que los braceros hayan encontrado una gran semejanza física y cultural en Estados Unidos. En contraste con esta península cultural mexicana, en lugares más alejados como Chicago y Detroit, donde la población de origen mexicano es menor, sí se desenvuelven como cualquier otro grupo de inmigrantes. También conviene recordar que los norteamericanos de origen mexicano han ido perdiendo su carácter predominantemente rural. La población mexicana y de origen mexicano en Estados Unidos, ha aumentado de 103 391 en 1900 a 1 735 992 en I960;[76] hasta 1930 (1 422 533) prácticamente se fue duplicando cada diez años, pero a partir de ese año su crecimiento ha sido más lento.

En 1940 sólo se registran 377 433 mexicanos nacidos en México. Lo bajo de esa cifra se explica porque muchos se naturalizaron norteamericanos presionados por las leyes de Estados Unidos; además, no incluye a sus hijos que, de acuerdo con las leyes mexicanas, también son mexicanos. Los datos de 1940 pecan por exceso porque no se refieren exclusivamente a los mexicanos residentes en esa nación, sino a personas blancas de otras nacionalidades nacidas en México.

De cualquier modo, en 1900 los mexicanos representaban 0.14% de los 76 303 387 habitantes de Estados Unidos; en 1960 era 1% de los 179 325 653. Es preciso distinguir entre los nacidos en México y los nacidos en Estados Unidos, y entre los que conservaron su nacionalidad y los que se naturalizaron norteamericanos. Los datos de 1900, 1910 y 1920 se refieren a los mexicanos nacidos en México. En 1950 y 1960, la tercera parte nació en México. Por otra parte, en 1960 se consideró blancos a 99.36% de los mexicanos. Ese mismo año de 1960, 53% de los nacidos en México eran hombres, lo mismo que la mitad de los norteamericanos de origen mexicano. En 1900 en Arizona, California, Nuevo México y Texas vivían 99 969 mexicanos (96.69% del total); 200 815 (90.5%) en 1910; 422 450 (87%) en 1920, y 1 167 669 (87%) en 1950. En particular, en Texas, en 1900, vivían 71 062 (69%) y aunque aumentaron ininterrumpidamente en números absolutos hasta sumar 574 662 en 1950, en números relativos disminuyeron a 43%. California, en cambio, aumentó ininterrumpidamente, de 8 086 (8%) en 1900 a 481 014 (36%) en 1950. Estos cambios corresponden al desplazamiento de la población de Arizona, Nuevo México y Texas, a California, Colorado (0.26 a 1.54%, o sea de 274 a 20 630), Illinois (0.15 a 2.57%, 156 a 34 538), Kansas (0.7 a 1%, 71 a 13 429) y Michigan (0.05 a 1.23%, 56 a 16 540); la primera fecha corresponde a 1900, la segunda a 1950.[77] En estos últimos estados trabajaron en la minería, la industria y los ferrocarriles.[78]

Por otra parte, se distingue la emigración de los conmutantes (salen regularmente del lugar de su residencia al de trabajo) de los estacionales (emigran a intervalos regulares). El origen de los primeros se remonta a la segunda mitad del siglo XIX, por entonces se trataba de pastores, labradores y vaqueros; en 1909 se generalizaron al sur de California para el trabajo de la recolección de remolacha. Cincuenta años después el Programa Nacional Fronterizo estimó su número en 60 000, cálculo que algunos consideran muy bajo. Pero además, entre los conmutantes cabe distinguir entre los mexicanos y los norteamericanos, incluyendo entre éstos a los mexicanos naturalizados norteamericanos que viven en México. A los conmutantes mexicanos, o sea inmigrantes en Estados Unidos, se les conoce como *green-card;* los *blue-card* sólo pueden cruzar la frontera por un máximo de 72 horas.[79] En realidad, el principal grupo de la emigración mexicana lo forman los braceros.

Después de la contracción producida por la crisis de 1929, los braceros afluyeron caudalosamente con motivo de la segunda guerra mundial. Tiene interés comparar su número con los que emigraron a Estados Unidos de manera permanente. En 1942 los braceros representaron 57% de los 2 378 inmigrantes permanentes mexicanos, luego descendieron muy bruscamente a sólo 5.5% (4 172) en 1943, para aumentar de nuevo un poco más de la tercera parte de 8 384 en 1948, y disminuyeron a sólo 2% (6 153) en 1951 (años críticos del bracerismo ilegal); en 1961 los 41 632 inmigrantes permanentes representaban alrededor de una séptima parte del número de los braceros. En fin, los 32 967 inmigrantes de 1964 son 19% de los 177 736 braceros admitidos ese año. Dentro de las variaciones de estos datos, de un año para otro, los inmigrantes permanentes mexicanos, salvo 1958 y 1959, han sido los más numerosos.[80] Entre los inmigrantes permanentes se incluyeron trabajadores campesinos que legalmente abandonan México para radicar por tiempo indefinido en Esta-

dos Unidos. La Secretaría de Relaciones Exteriores estima su número en 10% del total de los inmigrantes permanentes.[81] De cualquier modo, tienen en común con los braceros su condición de trabajadores, si bien estos últimos son temporales (cuadro 5).

CUADRO 5
Movimiento de braceros a Estados Unidos (1919-1964)

	I *Salieron*	*II* *Regresaron*	*III* *Admitidos**	*Coeficiente I por 10 000 habitantes*	*Coeficiente III por 10 000 habitantes*
1919	46 080	40 428	—	—	—
1920	50 569	64 620	—	—	—
1921	9 165	106 242	—	6	—
1922	33 180	50 171	—	—	—
1923	80 793	85 825	—	—	—
1924	57 269	105 834	—	—	—
1925	41 759	77 056	—	—	—
1926	56 534	67 970	—	—	—
1927	76 398	69 604	—	—	—
1928	65 180	70 414	—	—	—
1942	4 152	903	4 203	2	2
1943	75 923	42 368	52 098	35	24
1944	118 059	64 257	62 170	53	30
1945	104 641	79 190	49 454	46	22
1946	31 198	37 597	32 043	13	14
1947	72 769	27 796	19 632	30	8
1948	24 320	18 789	35 345	10	14
1949	19 866	27 880	107 000	8	43
1950	23 399	5 034	67 500	9	26
1951	308 878	6 510	192 000	116	72
1952	195 963	7 187	197 100	72	72
1953	130 794	5 511	201 380	41	72
1954	153 975	2 196	309 033	53	107
1955	398 703	—	398 650	136	136
1956	432 926	424 677	445 197	142	146
1957	436 049	405 215	436 049	138	138
1958	432 491	436 353	432 857	134	134
1959	444 408	426 536	437 643	133	131
1960	319 412	325 999	315 846	92	90
1961	296 464	292 520	291 420	82	81
1962	198 322	217 761	194 978	53	52
1963	189 528	188 512	186 865	49	49
1964	179 298	179 535	177 736	45	45

* Al igual que las cifras mexicanas, están computadas por años calendáricos.

Fuentes: I, II: Gamio, *Mexican*, p. 24; Gamio, *Quantitative*; AE 1943-1945, pp. 148-149; AE, 1951-1952, p. 197; AE 1954, pp. 144-145. Los datos 1955-1957 fueron proporcionados por la Dirección General de Estadística; CE 1962, p. 41; AE 1962-1963, p. 107; AE 1964-1965, pp. 118-119. III: Department of Labor, citados en Grebler, *Mexican-American Study*, p. 60.

Por otra parte, el cuadro informa sobre entradas y salidas entre 1919 y 1928, pero no distingue entre emigrantes permanentes y temporales; de 1942 a 1964 se conoce el número de los tra-

bajadores migratorios, de acuerdo con fuentes mexicanas y norteamericanas. Conforme a las primeras, salvo 1946 y 1949, las salidas de México son mayores que las entradas. Estas diferencias se acentúan exageradamente de 1951 a 1954 tal como se advierte en el mismo cuadro. Durante la guerra aumentaron las salidas, casi ininterrumpidamente, de 4 152 en 1942 a 104 641, para disminuir a sólo 37 597 en 1946 y casi sin interrupción a 23 399 en 1950; aumentaron bruscamente a 308 878 en 1951, disminuyeron en el trienio 1952-1954, y se recuperaron a partir de 1955 (398 703). Alcanzaron la cifra máxima en 1959 (444 408) y a partir de entonces disminuyeron, sin interrupción a 179 298 en 1964. En realidad, hasta 1955 el número de braceros no varió mucho de un año a otro,

> lo que cambió fue la calidad individual de quienes pueden o no obtener un contrato legal, lo que los convierte en trabajadores legales o ilegales, pues de una manera u otra se proponen salir al extranjero, una vez que han dejado a sus familias y pueblos de radicación.[82]

Habría que añadir las defunciones registradas en Estados Unidos, los que renuevan sus contratos en el propio territorio norteamericano y, sobre todo, quienes permanecían ilegalmente, o quienes entraban ilegalmente y regresaban legalmente, y la falta de correspondencia entre los ciclos agrícolas y el año calendárico, pues la mayoría de los trabajadores emigran en la primavera y en el otoño.[83]

Además, el cotejo entre los braceros que salieron de México y los admitidos en Estados Unidos muestra que en 1947 y en 1951 son mucho más los primeros que los segundos; lo contrario ocurre de 1948 a 1954 y en 1956 porque seguramente entre los admitidos se incluyeron "espaldas mojadas secados", es decir, aquellos a quienes las autoridades norteamericanas expulsaban simbólicamente llevándolos a la frontera y readmitiéndolos después ya legalizada su estancia, y quienes, por tanto, no figuraban en las estadísticas de los centros oficiales de reclutamiento de brace-

ros. En 1957 es exactamente igual y casi igual en 1958 el número de braceros que salieron de México y el de los admitidos en Estados Unidos; pero de 1959 a 1964 es mayor el número de los braceros que salieron de México que los que fueron admitidos en Estados Unidos, hecho que significa la regularización de la emigración de los braceros, porque es de suponerse que la pequeña diferencia entre ambas cifras la representan, los trabajadores migratorios rechazados en la frontera norteamericana o que por alguna otra circunstancia no llegaron a su destino.

El cuadro 6 completa el anterior sobre el número de braceros a Estados Unidos y lo precisa* porque ofrece el total del número de braceros que recibió Estados Unidos. En él se advierte la disminución de los mexicanos a partir de 1964 al terminar la vigencia del tratado y cómo van siendo suplidos por los jamaiquinos, aunque probablemente no en el suroeste. El total de los braceros disminuye muy notablemente; la cifra de 1970 es sólo una décima parte de la de 1959 (año máximo) porque algunos ya no son necesarios por la mecanización agrícola y otros, de nueva cuenta, son ilegales. También se observa cómo braceros canadienses tienen poca importancia, en contraste con los inmigrantes de esa misma nacionalidad.

CUADRO 6
Trabajadores agrícolas extranjeros admitidos en Estados Unidos bajo palabra (*paroled*), por país de última residencia (1954-1970)

	Total (I)	*México (II)*	*Canadá*	*British West Indias*	*% II de I*
1954	221 709	213 763	1 448	6 488	96.41
1955	351 191	338 996	7 578	5 617	96.24
1956	431 985	416 833	7 210	7 911	96.49
1957	466 913	450 422	7 015	8 244	96.51
1958	433 704	418 885	7 381	7 085	96.58
1959	464 128	447 535	6 892	8 712	96.42
1960	444 207	427 240	7 804	10 812	95.98
1961	312 991	294 149	8 543	9 515	94.00
1962	303 634	282 556	8 462	11 567	93.06
1963	243 120	195 450	9 832	15 377	66.49
1964	237 700	181 738	9 530	12 550	28.54
1965*	155 761	103 563	8 149	15 377	66.49
1966	64 881	18 544	5 251	12 550	28.54
1967	57 720	7 703	4 634	12 652	13.25
1968	50 782	6 127	4 687	11 081	12.07
1969	43 527	—	3 366	12 822	—
1970	47 483	—	3 156	15 887	—

* Incluye 100 876 admitidos "P.L." 78, anterior al 31 de diciembre de 1961.
Fuentes: US Census, *Statistical Abstract*, 1961, p. 96; US Census, *Statistical Abstract*, 1965, p. 96; US Census, *Statistical Abstract*, 1967, p. 98; US Census, *Statistical Abstract*, 1969, p. 94; US Census, *Statistical Abstract*, 1970, p. 97.

Los braceros, se pueden dividir en varias categorías: agrícolas y de vía; éstos descendieron de 72% en 1943 a 61% en 1944 y a sólo 53% en 1945.[84] En años más recientes destacan los "especiales", o sea los que por estar dedicados a alguna especialidad en las labores agrícolas y ser conocidos de los patronos, éstos los solicitaban por nombre, de este modo regresaban sin pasar por las estaciones migratorias mexicanas, sino directamente a los centros norteamericanos de recepción. En 1955 fueron 25 574; 19 360 en 1958, 0 sea 6% del total en el primer caso y 4% en el segundo.[85] El primero de julio de 1960 fueron suspendidos estos trabajadores porque en más de una ocasión se descubrieron arreglos entre ellos y sus patronos para eludir el pago del salario o de algunas otras prestaciones, a más de que algunos enganchadores les exigían dinero para volver a contratarlos.[86] Una tercera categoría

los divide por la legalidad de su entrada, pero la importancia de este caso exige un amplio tratamiento posterior.

En los primeros años del porfiriato, los mexicanos del Pacífico norte formaron el mayor contingente de los emigrantes a California; en los finales, a todo Estados Unidos. La mayoría de este grupo procedió de Guanajuato, Jalisco, Michoacán y Zacatecas.[87] De abril de 1926 a junio de 1927, en el Valle Imperial, 45% de los mexicanos registrados en las oficinas de trabajo procedían del Pacífico norte, 30% del centro y 23% del norte.[88] De 1942 a 1967 se cuenta con datos regulares sobre el lugar de procedencia de los braceros; según el cuadro 7 en 1942 las tres cuartas partes de los braceros procedían del Distrito Federal; probablemente ese elevado porcentaje corresponda al lugar de salida y no al de nacimiento; de nuevo en 1945 el Distrito Federal aportó el mayor número de braceros. En 1943, 1944, 1947, 1950, 1951, 1956, 1959-1964 del centro del país salió el mayor número de braceros, en los otros años, del norte. El golfo de México, el Distrito Federal y el Pacífico norte (pese a su proximidad con Estados Unidos) son las zonas de las que han salido en esos años el menor número de braceros. A partir de 1953 el porcentaje del Pacífico sur ha sido el tercero en importancia (fundamentalmente Guerrero y Oaxaca), aún mayor que el Pacífico norte, zona de inmigración. Por tanto, la proximidad no es en sí misma una causa de emigración; por ejemplo, en 1964, del lejano Yucatán salieron 1 347 y de Baja California Norte sólo 331. Otro fénomeno notable es que mientras más lejos han nacido, llegan a Estados Unidos con menos mujeres e hijos.[89]

CUADRO 7

Movimiento de braceros mexicanos a los Estados Unidos de Norteamérica por entidades federativas y zonas (1942-1964)

	1942		*1943*		*1944*		*1945*	
Zonas	*Entrada*	*Salida*	*Entrada*	*Salida*	*Entrada*	*Salida*	*Entrada*	*Salida*
Estados Unidos Mexicanos	903	4 152	42 368	75 923	64 257	118 059	79 190	104 641
Pacífico norte	—	16	65	399	271	555	58	43
Baja California Norte	—	2	4	24	10	18	—	6
Baja California Sur	—	—	—	3	1	—	1	—
Nayarit	—	7	45	240	220	476	41	21
Sinaloa	—	4	8	53	26	33	9	7
Sonora	—	3	8	79	14	28	7	9
Norte	18	82	924	4 164	7 927	17 335	10 146	22 308
Coahuila	2	8	66	277	201	212	578	1 347
Chihuahua	—	8	25	142	149	1 179	779	2 110
Durango	2	5	73	368	596	3 680	2 109	2 556
Nuevo León	2	6	29	103	92	140	45	38
San Luis Potosí	2	17	96	357	2 670	3 408	719	1 768
Tamaulipas	4	11	52	186	329	1 267	1 401	3 076
Zacatecas	6	27	583	2 731	3 890	7 449	4 515	11 413
Centro	172	852	29 638	46 169	30 461	65 232	23 496	27 106
Aguascalientes	3	12	133	737	1 755	2 718	2 190	4 146
Guanajuato	48	240	9 928	13 258	9 298	16 318	5 896	6 302
Hidalgo	8	41	240	680	806	3 390	1 145	1 726
Jalisco	25	128	2 517	3 903	3 352	7 701	2 396	2 960
México	10	57	720	1 823	1 040	3 496	603	1 451
Michoacán	70	312	15 606	24 166	11 546	22 132	5 496	7 058
Morelos	—	8	108	400	313	1 191	426	568
Puebla	5	23	134	328	407	2 367	653	505
Querétaro	2	19	174	695	1 685	3 097	4 259	1 506
Tlaxcala	1	12	78	179	259	822	432	884
Distrito Federal	687	3 074	11 311	24 012	23 953	29 282	36 154	36 686
Golfo de México	20	69	175	472	479	3 268	3 775	7 019
Campeche	2	3	4	8	5	17	8	41
Quintana Roo	—	—	—	2	—	—	1	2
Tabasco	—	4	17	39	92	889	1 125	2 482
Veracruz	13	42	129	373	362	2 280	2 554	4 230
Yucatán	5	20	25	50	20	82	87	264
Pacífico sur	6	59	255	707	1 166	4 387	5 561	11 479
Colima	—	6	49	175	98	219	30	15
Chiapas	1	18	19	49	41	221	36	34
Guerrero	3	7	95	222	276	1 592	2 117	3 288
Oaxaca	2	28	92	261	751	2 355	3 378	8 142
Trabajadores contratados en la frontera	—	—	—	—	—	—	—	—

CUADRO 7 (*continuación*)

Zonas	1946		1947		1948		1949	
	Entrada	*Salida*	*Entrada*	*Salida*	*Entrada*	*Salida*	*Entrada*	*Salida*
Estados Unidos Mexicanos	37 597	31 198	27 796	72 769	18 789	24 320	27 880	19 866
Pacífico norte	22	9	34	4 671	104	15	2 618	2 722
Baja California Norte	—	1	7	2 381	61	1	8	32
Baja California Sur	—	—	—	23	—	—	2	1
Nayarit	10	3	20	284	7	5	11	23
Sinaloa	6	—	3	643	15	3	21	79
Sonora	6	5	4	1 340	21	6	2 576	2 587
Norte	13 705	20 813	4 984	30 267	13 308	13 490	16 132	11 081
Coahuila	1 079	1 441	364	4 030	916	349	1 724	717
Chihuahua	1 728	6 230	1 573	9 447	6 279	45	3 949	3 808
Durango	1 893	3 011	895	3 309	2 436	3 613	4 025	2 578
Nuevo León	27	6	22	4 186	447	1 824	853	414
San Luis Potosí	1 519	975	346	2 869	366	1 279	1 011	217
Tamaulipas	675	3	14	2 846	850	2 205	630	92
Zacatecas	6 784	9 147	1 770	3 580	2 014	4 175	3 940	3 255
Centro	9 387	6 818	18 548	36 288	4 339	9 283	7 937	4 334
Aguascalientes	466	32	268	742	327	471	847	1 130
Guanajuato	3 257	788	7 160	11 157	2 531	7 523	3 639	1 242
Hidalgo	722	937	225	73	20	42	71	45
Jalisco	2 014	2 927	3 378	11 175	783	265	1 822	918
México	140	75	199	113	22	36	86	118
Michoacán	1 270	416	5 045	10 035	460	550	1 202	648
Morelos	167	470	116	31	11	23	62	104
Puebla	249	61	55	59	119	235	95	84
Querétaro	610	2	1 897	2 899	47	32	94	13
Tlaxcala	492	1 110	205	4	19	6	19	32
Distrito Federal	11 573	326	3 080	1 071	751	933	867	1 296
Golfo de México	1 329	1 070	340	271	208	523	219	289
Campeche	5	2	2	6	3	6	—	1
Quintana Roo	1	—	1	—	1	—	2	2
Tabasco	779	1 036	277	6	5	6	8	11
Veracruz	509	29	53	237	58	135	193	258
Yucatán	35	3	7	22	141	376	16	17
Pacífico sur	1 581	2 162	810	201	79	78	107	144
Colima	12	8	10	26	4	7	5	5
Chiapas	22	9	15	15	7	1	8	10
Guerrero	383	416	105	107	33	24	40	61
Oaxaca	1 164	1 729	680	53	35	46	54	68
Trabajadores contratados en la frontera	—	—	—	—	—	—	—	—

CUADRO 7 (*continuación*)

Zonas	1950 Entrada	1950 Salida	1951 Entrada	1951 Salida	1952 Entrada	1952 Salida	1953 Entrada	1953 Salida
Estados Unidos Mexicanos	5 034	23 399	6 510	308 878	7 187	195 963	5 511	130 794
Pacífico norte	308	1 242	778	7 237	144	394	89	285
Baja California Norte	2	25	6	419	3	10	—	13
Baja California Sur	—	8	—	28	—	2	—	1
Nayarit	5	127	50	942	45	253	61	126
Sinaloa	12	416	58	964	15	56	24	129
Sonora	289	666	664	4 884	81	73	4	16
Norte	3 142	9 263	1 310	140 416	489	98 776	1 101	97 552
Coahuila	301	4 671	192	14 425	14	6 449	15	11 889
Chihuahua	1 069	104	24	55 002	5	35 984	23	54 392
Durango	792	592	192	28 152	193	41 403	407	15 576
Nuevo León	66	1 040	308	7 872	49	1 799	11	717
San Luis Potosí	85	895	211	10 957	51	1 671	112	2 003
Tamaulipas	29	512	109	4 629	17	628	17	392
Zacatecas	800	1 449	274	19 379	160	10 842	516	12 583
Centro	1 552	12 382	4 004	148 073	6 150	86 848	4 052	25 533
Aguascalientes	205	277	55	4 974	246	3 101	463	3 880
Guanajuato	347	3 947	805	46 862	1 103	32 454	667	8 690
Hidalgo	8	78	30	1 154	7	328	37	379
Jalisco	468	4 601	1 441	51 457	3 062	43 298	2 052	5 764
México	21	64	59	2 389	20	869	53	1 413
Michoacán	160	3 235	1 546	36 934	1 673	5 479	734	3 929
Morelos	21	16	24	1 627	10	320	3	248
Puebla	10	58	23	1 184	21	483	21	456
Querétaro	6	89	13	1 161	7	347	15	402
Tlaxcala	6	17	8	336	1	169	7	372
Distrito Federal	253	246	246	5 413	94	2 454	56	1 417
Golfo de México	45	92	48	2 136	13	437	6	436
Campeche	1	2	1	108	—	24	—	13
Quintana Roo	—	2	—	16	—	1	1	—
Tabasco	1	6	6	392	—	28	—	38
Veracruz	37	78	28	1 404	12	348	5	332
Yucatán	6	4	13	216	1	36	—	53
Pacífico sur	34	174	124	5 603	297	7 054	207	5 571
Colima	1	32	10	176	21	58	32	76
Chiapas	1	5	1	62	—	7	—	7
Guerrero	18	36	41	1 706	125	2 815	73	2 374
Oaxaca	14	101	72	3 659	151	4 174	102	3 114
Trabajadores contratados en la frontera	—	—	—	—	—	—	—	—

CUADRO 7 (*continuación*)

Zonas	1954 Entrada	1954 Salida	1955* Entrada	1955* Salida	1956* Entrada	1956* Salida	1957* Entrada	1957* Salida
Estados Unidos Mexicanos	2 196	153 975	—	398 703	424 677	432 926	405 215	436 049
Pacífico norte	36	514	—	4 497	—	8 616	—	10 097
Baja California Norte	—	46	—	713	—	3 261	—	3 125
Baja California Sur	—	11	—	—	—	—	-	—
Nayarit	14	32	—	1 254	—	1 443	-	2 092
Sinaloa	19	11	—	727	—	2 220	—	2 462
Sonora	3	[illegible]	—	1 803	—	1 692	—	2 418
Norte	576	105 976	—	180 401	—	192 371	—	181 157
Coahuila	6	9 500	—	19 612	—	21 771	—	22 629
Chihuahua	4	43 939	—	31 142	—	29 965	—	28 092
Durango	253	16 613	—	35 477	—	43 034	—	35 150
Nuevo León	33	6 261	—	21 987	—	23 217	—	17 963
San Luis Potosí	46	8 576	—	25 530	—	24 160	—	22 908
Tamaulipas	13	2 805	—	5 605	—	8 269	—	6 076
Zacatecas	221	18 282	—	41 048	—	41 955	—	48 339
Centro	1 373	39 249	—	157 493	—	190 152	—	180 366
Aguascalientes	100	1 567	—	6 717	—	6 002	—	7 762
Guanajuato	294	14 864	—	67 250	—	54 890	—	53 804
Hidalgo	9	1 024	—	1 983	—	3 278	—	2 349
Jalisco	645	7 568	—	30 476	—	48 660	—	44 155
México	53	1 413	—	5 184	—	11 314	—	9 402
Michoacán	275	9 123	—	37 060	—	51 015	—	48 280
Morelos	2	387	—	1 541	—	3 155	—	2 988
Puebla	7	1 039	—	3 040	—	5 703	—	6 011
Querétaro	9	569	—	3 050	—	4 329	—	3 861
Tlaxcala	16	485	—	1 192	—	1 806	—	1 754
Distrito Federal	22	1 268	—	4 324	—	4 586	—	3 715
Golfo de México	7	717	—	1 684	—	3 217	—	3 248
Campeche	—	10	—	8	—	7	—	13
Quintana Roo	—	3	—	—	—	18	—	1
Tabasco	1	250	—	559	—	1 156	—	964
Veracruz	4	419	—	756	—	1 398	—	1 097
Yucatán	2	35	—	361	—	638	—	1 173
Pacífico sur	182	6 251	—	19 062	—	33 984	—	29 311
Colima	8	303	—	1 756	—	2 469	—	1 764
Chiapas	—	12	—	30	—	16	—	56
Guerrero	61	2 387	—	6 840	—	15 941	—	14 838
Oaxaca	113	3 549	—	10 436	—	15 558	—	12 653
Trabajadores contratados en la frontera	—	—	—	21 242	—	—	—	28 155

CUADRO 7 (*continuación*)

Zonas	1958 Entrada	1958 Salida	1959 Entrada	1959 Salida	1960 Entrada	1960 Salida	1961 Entrada	1961 Salida
Estados Unidos Mexicanos	436 353	432 491	426 536	444 408	325 999	319 412	292 520	296 464
Pacífico norte	—	11 912	—	25 784	—	18 831	—	16 358
Baja California Norte	—	2 252	—	6 746	—	277	—	202
Baja California Sur	—	—	—	—	—	—	—	—
Nayarit	—	2 855	—	5 287	—	4 856	—	4 941
Sinaloa	—	3 691	—	6 962	—	6 731	—	6 056
Sonora	—	3 114	—	6 789	—	6 967	—	5 159
Norte	—	200 068	—	171 792	—	129 361	—	130 069
Coahuila	—	24 160	—	18 818	—	11 887	—	13 760
Chihuahua	—	37 402	—	35 509	—	32 897	—	32 800
Durango	—	38 627	—	31 365	—	16 937	—	18 170
Nuevo León	—	23 285	—	25 637	—	21 631	—	12 483
San Luis Potosí	—	23 308	—	18 043	—	17 120	—	18 343
Tamaulipas	—	8 200	—	7 631	—	7 473	—	9 811
Zacatecas	—	45 086	—	34 789	—	21 416	—	24 703
Centro	—	176 804	—	192 979	—	137 003	—	120 678
Aguascalientes	—	6 963	—	5 503	—	5 245	—	8 241
Guanajuato	—	61 381	—	57 419	—	35 804	—	32 533
Hidalgo	—	1 909	—	2 317	—	2 631	—	3 091
Jalisco	—	41 224	—	46 681	—	32 494	—	24 111
México	—	7 168	—	10 897	—	7 911	—	5 494
Michoacán	—	46 654	—	54 374	—	38 152	—	30 229
Morelos	—	1 763	—	2 744		1 817	—	1 979
Puebla	—	4 609	—	6 245	—	5 892	—	7 018
Querétaro	—	3 568	—	5 221	—	4 635	—	4 724
Tlaxcala	—	1 565	—	1 578	—	2 422	—	3 258
Distrito Federal	—	2 222	—	3 277	—	2 967	—	2 671
Golfo de México	—	1 980	—	3 537	—	3 462	—	3 869
Campeche	—	9	—	15	—	30	—	83
Quintana Roo	—	2	—	18	—	1	—	6
Tabasco	—	244	—	1 019	—	476	—	724
Veracruz	—	670	—	892	—	892	—	738
Yucatán	—	1 055	—	1 593	—	2 063	—	2 318
Pacífico sur	—	23 983	—	31 837	—	21 564	—	22 819
Colima	—	1 236	—	1 348	—	468	—	483
Chiapas	—	64	—	69	—	43	—	23
Guerrero	—	10 993	—	17 591	—	10 928	—	13 344
Oaxaca	—	11 690	—	12 829	—	10 125	—	8 969
Trabajadores contratados en la frontera	—	15 522	—	15 252	—	6 224	—	—

CUADRO 7 (*conclusión*)

Zonas	1962 Entrada	1962 Salida	1963 Salida	1964 Salida
Estados Unidos Mexicanos	217 761	198 322	189 528	179 298
Pacífico norte	—	15 458	10 053	12 194
Baja California Norte	—	419	139	331
Baja California Sur	—	—	—	—
Nayarit	—	5 556	5 626	7 723
Sinaloa	—	5 821	1 299	1 360
Sonora	—	3 662	2 989	2 780
Norte	—	58 226	61 146	52 567
Coahuila	—	6 194	7 406	4 316
Chihuahua	—	10 765	15 111	12 769
Durango	—	10 196	9 428	7 317
Nuevo León	—	6 339	5 105	3 967
San Luis Potosí	—	7 534	8 398	7 062
Tamaulipas	—	567	2 329	1 424
Zacatecas	—	16 631	13 369	15 712
Centro	—	102 358	95 247	92 879
Aguascalientes	—	7 621	6 607	5 453
Guanajuato	—	23 917	20 184	19 825
Hidalgo	—	2 257	4 720	5 359
Jalisco	—	23 115	18 327	12 007
México	—	5 967	4 324	2 157
Michoacán	—	23 796	22 057	29 293
Morelos	—	2 213	1 258	450
Puebla	—	6 360	5 969	4 985
Querétaro	—	4 144	6 764	7 277
Tlaxcala	—	2 968	4 837	6 073
Distrito Federal	—	2 432	1 908	3 243
Golfo de México	—	2 940	3 473	2 865
Campeche	—	110	184	129
Quintana Roo	—	1	—	3
Tabasco	—	461	912	1 033
Veracruz	—	392	377	353
Yucatán	—	1 976	2 000	1 347
Pacífico sur	—	16 908	17 701	15 550
Colima	—	299	208	191
Chiapas	—	89	279	587
Guerrero	—	9 843	9 541	8 264
Oaxaca	—	6 677	7 673	6 508
Trabajadores contratados en la frontera	—	—	—	—

* Los datos de 1955-1957 fueron proporcionados por el Departamento de Estadísticas Sociales de la Dirección General de Estadística.

Fuentes: AE 1943-1945, pp. 148-149; AE 1951-1952, p. 197; AE 1954, pp. 144-145; CE 1962, p. 41; AE 1962-1963, p. 107; AE 1964, pp. 43-44.

Por otra parte, el porcentaje de los braceros que salieron aumentó, con respecto al total de la población, de 0.02% en 1942 a 0.45% en 1964; saltó del 0.09% en 1950 a 1.16% en 1951; en la década de los cincuenta sobrepasó en casi todos los años el 1%; el

porcentaje máximo corresponde a 1946 (1.42%). Si se recuerda que al doblar el siglo fue mayor el número de "espaldas mojadas", se corrobora lo dicho poco antes de que, sustancialmente, el número de braceros, legales e ilegales, es el mismo (por lo menos hasta 1955), lo que cambia es su condición jurídica en Estados Unidos. En 1942-1945 los porcentajes de procedencia del Distrito Federal fueron los más elevados, en los otros años fueron los del norte, cosa explicable porque en la mitad de los años de ese periodo, en números absolutos, el mayor contingente braceril salió del norte, y dada su corta población, es natural que estos porcentajes hayan sido los mayores. En general la proporción de los braceros es insignificante en el Distrito Federal y el golfo de México; en el centro, pese a ser la zona más poblada, su número casi iguala al del norte.

Hasta mediados del siglo las entradas y las salidas de los braceros son casi iguales, pero de 1951 a 1954 el desequilibrio es enorme: salieron de México 789 608 y sólo entraron 21 404; esto se acentúa especialmente en el norte, y se explica por los "espaldas mojadas".

Las autoridades estudiaron los contingentes de braceros que cada entidad podía soportar, tomando en cuenta su densidad de población, fuerza de trabajo, ocupación, etc. En 1956 se estimó en 148 188 los trabajadores migratorios potencialmente disponibles, pero ese número no habría cubierto ni la mitad de los solicitados por Estados Unidos. Si se recuerda que la agricultura mexicana sólo requiere del trabajo de los campesinos durante 90 días anuales,* en temporadas espaciadas, y que los ciclos agrícolas de los dos países no coinciden por la diversidad de climas y latitudes, pudo aumentarse a más del doble el número de braceros sin perjudicar la agricultura mexicana. Además Chihuahua, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Guanajuato y Michoacán proporcionaron contingentes muy superiores a los excedentes potenciales de sus necesidades de mano de obra agrícola. Guererro,

Oaxaca y Coahuila dieron contingentes muy aproximados a sus cuotas, el resto del país, con un potencial disponible de 54.2%, no aportó braceros. La aridez chihuahuense, las prolongadas sequías duranguenses, la crisis minera de Zacatecas y la numerosa población rural desocupada de Guanajuato y Michoacán en la época de mayor demanda de brazos por parte de Estados Unidos, explican los elevados contingentes que esos estados aportaron al bracerismo. En suma, entre 1942 y 1954 más o menos una mitad de los braceros emigró del none y la otra mitad del centro, si bien algunos calcularon que en numerosas poblaciones de Michoacán, Jalisco y Guanajuato, hubo hasta 20 aspirantes por cada bracero contratado.[90]

En 1954 se contaba con cuatro estaciones migratorias. Por Irapuato salió 7% de los braceros, por Chihuahua 27%, por Mexicali 28% y por Monterrey 37%.[91] En 1959 desapareció la estación de Irapuato; Empalme sustituyó a Mexicali; por la ciudad sonorense salió 37%; por Chihuahua (23%); disminuyeron por Monterrey (35%). Tanto en 1959 como en 1964, en general, la mayoría de los braceros procedentes del Pacífico salió por Empalme; la mitad de los que salieron por Chihuahua procedían de Chihuahua misma; guanajuatenses y norteños formaron la mayoría de los que salieron por Monterrey.[92]

En fin, 325 999 braceros regresaron a México en 1960: 135 573 (41%) lo hicieron por Mexicali, 12 223 (6%) por Nogales, 67 501 (20%) por Ciudad Juárez, 42 842 (13%) por Piedras Negras y 67 860 (20%) por Reynosa. En 1964 regresaron 179 535 braceros: 131 827 (74%) lo hicieron por Mexicali, 22 873 (12%) por Ciudad Juárez y 24 835 (14%) por Piedras Negras.[93]

En septiembre de 1942 llegó el primer contingente de braceros a California durante la segunda guerra mundial. Durante la guerra este estado fue el más favorecido; en 1945 recibió casi las dos terceras partes del total, Washington recibió 6%, Idaho 5% y Oregon 4%. En 1949 las cosas habían cambiado mucho: Califor-

nia sólo recibió 8%, Washington, Idaho y Oregon ninguno; en cambio Texas recibió 46%, Nuevo México 17% y Arkansas 16%; ninguno de ellos había recibido braceros en 1945.[94] Por 1953 ciertas zonas agrícolas de Texas, California y Arizona dependían de los braceros: 87% de los pizcadores de algodón y 74% de los cuidadores de ganado en Texas; en Artesia, Nuevo México, representaban 59% de los trabajadores agrícolas; la mitad de los recogedores de melón en Yuma, Arizona, y en Valle Imperial en 1954 de 66 a 80 por ciento.[95]

Confirma lo anterior una estadística de 1963. En ese año 39.34% de los braceros extranjeros en Estados Unidos (en su mayoría mexicanos) trabajaban en Texas, en California una cuarta parte, 11% en Arkansas, 5.74% en Nuevo México, 4.59% en Arizona, etc. En Nuevo México los braceros extranjeros (mexicanos en su mayoría, como ya se dijo) representaban 93% del total de los trabajadores migratorios, tanto norteamericanos como extranjeros; en Arkansas 81%, poco más de las dos terceras partes en Arizona, 58% en California y 59% en Texas.[96]

Los trabajadores migratorios eran, a mediados del siglo XX, 7% de la fuerza de trabajo agrícola de Estados Unidos, y ejecutaban menos de 5% de las jornadas-hombre requeridas. De ellos dependía 2% de los agricultores de la nación, cuyas propiedades producían menos de 10% del valor de la producción agrícola norteamericana.[97] Por tanto, dentro del conjunto de Estados Unidos la significación de los braceros es pequeña, es importante sólo en Texas y en California. Por ejemplo, en 1962 menos de 8% del total de los agricultores californianos en gran escala contrató aproximadamente la mitad del total de los braceros mexicanos.★ Estos agricultores han triunfado sobre los pequeños, por la ventaja de la diferencia en el costo de la mano de obra.[98]

Hasta ahora sólo se ha estudiado la emigración de los braceros al norte, pero también ha existido al sur del país, sobre todo durante los años veinte. En efecto, cuando el pago del pasaje de los

braceros españoles resultó incosteable, los ingenios cubanos contrataron mexicanos para trabajar en la zafra del azúcar.[99] Pero mucho más importante fue la emigración a Guatemala. En 1928 las autoridades mexicanas calcularon en 15 000 el número de mexicanos residentes en ese país y en 10 000 los braceros que temporalmente trabajaban en él. Al parecer ésta fue una emigración familiar: los sexos estaban casi equilibrados; en 1925-1927, 59% de los emgirantes fueron hombres. En 1928 y 41% de los emigrantes a Guatemala fueron chiapanecos y 11% yucatecos; de Tabasco, Campeche y Veracruz salió una quinta parte; de Oaxaca, Guerrero, Michoacán y Jalisco salió 22%. Fueron jornaleros 42% del total.

En Guatemala los solicitaban por su fama de buenos trabajadores, mientras que la falta de trabajo en el sur de México los expulsaba. Se clasificó 27% de los emigrantes como "varios" y una décima parte como comerciantes; entre éstos predominaban emigrantes del norte y del centro y aun de poblaciones importantes del sur; los más ilustrados triunfaban en el comercio y en las actividades que exigían una cierta preparación. Como buen número de estos emigrantes se internaban ilegalmente en Guatemala, tenían que cumplir el servicio militar, trabajar gratuitamente en la construcción de caminos, como mozos de oficio en los ayuntamientos, etcétera.[100]

En cambio, de 3 000 a 5 000 guatemaltecos emigraban a México, es decir menos que los mexicanos que iba a Guatemala. Varios mexicanos continuaban a Belice y Quintana Roo y de ahí a Nueva Orleans, regresando a México por algunos de los puertos fronterizos del norte o por Progreso, Yucatán, como trabajadores en los barcos en que originalmente emprendían el viaje.[101] Actualmente, como se ha visto, la emigración mexicana a Guatemala es inferior a la guatemalteca a México.

Quizá la razón más generalizada para apoyar la emigración braceril, lo fue el beneficio económico que reportaba tanto individualmente, a cada uno de los braceros como colectivamente, a la balanza de pagos. Al finalizar el porfiriato los braceros enviaban cerca de dos millones de pesos en giros postales, sobre todo a pequeños pueblos de Michoacán y Guanajuato; estos envíos los hacían sólo durante uno o dos años; después, muchos se establecían en forma definitiva en Estados Unidos.[102] Con el aumento del número de braceros aumentó también el monto de sus envíos; Manuel Gamio estudió con datos de la Dirección de Correos (seguramente cubren casi el total) las cantidades que los braceros enviaron en giros postales durante el periodo 1919-1928.

Hay una correlación obvia entre el número de braceros y las cantidades que enviaron a México; sin embargo, en 1929, de 40 164 mexicanos a quienes se les exigió la comprobación del efectivo para hacer sus gastos durante los primeros días de su estancia en Estados Unidos, 12 011 llevaban más de 50 dólares y 28 153, cantidades menores; en total 2 108 021 dólares, o sea, poco más de cuatro millones de pesos mexicanos, cifra que, en opinión de la Secretaría de Relaciones Exteriores, de haberse invertido en México, su rendimiento habría casi igualado los cálculos hechos por Gamio, "con la ventaja de que esta inversión sería permanente en México, con rendimientos anuales y constantes y probablemente aumentados año con año".[103]

Gamio escogió enero como punto mínimo y julio como máximo, del movimiento migratorio, lo que no es válido en todos los años; esa muestra representa 14% de la emigración total. Salvo en 1927, en todos los años regresaron más braceros de los que salieron, probablemente porque retornaron algunos que habían emigrado con anterioridad. A juzgar por el número de giros en-

viados, los braceros procedían en gran mayoría del centro (las dos terceras partes en enero y 69% en julio); le sigue el norte (28% en enero y 26% en julio), el Pacífico norte (4 y 3 por ciento), y son insignificantes el golfo de México y el Pacífico sur. A sólo tres estados (Guanajuato, Michoacán y Jalisco) se enviaron en enero 57% de los giros, y en julio 62%.[104] Los giros enviados (cuadro 8) sugieren el número y distribución de mexicanos residentes en Estados Unidos. De sólo tres estados se enviaron alrededor de las dos terceras partes: de California 36% en julio-agosto de 1926 y 37% en enero-febrero de 1927; de Texas 15% y 17% en las mismas fechas, y de Illinois 12% en ambas; sin embargo, se ha hecho notar que la cantidad de giros enviados no necesariamente equivale al número de mexicanos que viven en cada estado; la frecuencia de los giros puede revelar también el número de familiares o la frecuencia con que se les envió el dinero.[105]

CUADRO 8
Giros postales enviados por los braceros (1919-1928)

Años	*Pesos*	*Enero*	*Julio*
1919	5 020 500	—	—
1920	8 915 295	9 868	9 998
1921	4 508 867	8 278	6 138
1922	6 465 485	6 791	10 139
1923	16 013 475	13 700	23 602
1924	10 752 482	11 234	18 414
1925	9 950 131	14 493	17 877
1926	13 307 046	14 413	22 610
1927	16 630 189	18 247	26 516
1928	14 197 450	17 959	25 378
Total	100 740 420	114 983	160 672
Media	11 193 380	12 775	17 853

Fuentes: 1919: Gamio, *Mexican*, p. 24; 1920-1928: Gamio, *Quantitative*.

Según Gamio, además de obtener ventajas económicas, los braceros mejoraban sus conocimientos técnicos y culturales, aun a costa de la pérdida de 9% de la población mexicana económicamente activa, si bien esa emigración prevenía posibles conflictos entre los desocupados.[106] El diputado José María Dávila calificó

en 1932 de "válvula de escape" el hecho de que el bracerismo impidiera que surgieran revoluciones entre los desocupados. Según Dávila, por concepto de giros postales, telegráficos y del Banco de México, excluidos los de otras instituciones y el dinero en efectivo, en el periodo 1919-1926 se enviaron 74 933 284 pesos, para 375 000 individuos; o sea, un promedio de 200 dólares anuales per capita, cantidad que un jornalero no podía ahorrar en México y ni siquiera ganar; el cálculo anterior se hizo sobre la base de que los braceros, a razón de 4 dólares diarios en 250 días de trabajo, ganaban mil dólares.[107] La Secretaría de Gobernación anunció en 1938 que trabajaba en la tabulación de los giros postales correspondientes a 1929-1937; hasta la fecha no se saben los resultados de ese trabajo.[108]

Cuando en 1943 el número de braceros creció de nuevo notablemente, como una cooperación de México a la guerra contra los países fascistas, en algunos sectores agrícolas se sintió cierta escasez de trabajadores. Ezequiel Padilla, a la sazón ministro de Relaciones Exteriores, señaló la conveniencia de que la población flotante urbana remplazara a los braceros.[109]

Las autoridades de ambos países destacaron las ganancias económicas de los braceros.[110] Pese a que algunos funcionarios norteamericanos declararon en 1950 que gozaban de mejores seguros que sus colegas norteamericanos, la delegación soviética en las Naciones Unidas, acusó a Estados Unidos de las malas condiciones en que trabajaban los mexicanos en su país. El gobierno mexicano, por medio de Gilberto Loyo, respondió que las condiciones de trabajo de los braceros mexicanos en Estados Unidos habían mejorado (sin llegar a ser satisfactorias), que una parte de ellos aprendía nuevos sistemas de trabajo, sobre todo en fruticultura, y que además con sus ahorros mejoraban, en cierta medida, la balanza de pagos.[111] Sobre todo, Loyo rechazó la afirmación soviética de que el trabajo de los braceros mexicanos fuera "forzado". De cualquier modo, las autoridades mexicanas se preocu-

paron por ayudar a los braceros de diferentes maneras; entre otras, concedieron franquicias aduanales en 1948 para que libremente introdujeran automóviles, refrigeradores, radios, etcétera.[112]

Los ahorros de los braceros desmentían, se dijo, la tesis de que emigraban por el solo afán de aventuras.[113] Resultado de ocho meses de trabajo en 1947, era el envío de un promedio de 232 pesos mensuales y el ahorro de unos 500 pesos, promedio que variaba de 50 a 2 000 pesos. Poco más de una tercera parte invirtió sus ahorros en la agricultura; otros instalaron pequeños talleres o se ocuparon del comercio o de otras actividades; excepcionalmente, uno construyó una escuela en su pueblo, Mesa Chica, cerca de Actopan, Hidalgo.[114] En general los braceros han ahorrado para mejorar su economía, y una de las mayores ventajas de las remesas de dinero enviadas por ellos, es que van al sector económico más necesitado, es decir, que no se gastan en lujos como otras divisas extranjeras.[115]

También se ha señalado la importancia del aprendizaje cultural de los braceros o en general de los inmigrantes a Estados Unidos; desde luego, gran número de los jefes revolucionarios, hasta la época de Calles, fueron norteños.[116] La indumentaria de los braceros ha mejorado poco a poco, aunque no siempre perduren los nuevos hábitos.[117] Según una encuesta de 1947, se modificaron también favorablemente, los hábitos de aseo personal de los braceros.[118] Sin embargo, el general Cárdenas dudaba de estos beneficios, porque sus ahorros rápidamente se los bebían, pronto olvidaban su deficiente inglés y no podían poner en práctica las ideas que aprendían por falta de implementos.[119]

El promedio del dinero enviado por los braceros (véase cuadro 9) aumentó notablemente en 1921, y en 1925-1928 es superior a la media de la década 1919-1928. En el segundo periodo (1943-1946) se relacionan los envíos de los braceros legales con los que salieron (es de suponerse que son los legales y los admitidos, en

los que pueden haberse incluido los "espaldas mojadas secados" y, por tanto, tal vez no registrados en las oficinas mexicanas de salida). En 1946, 1948, 1949, 1950, 1953, 1954 y 1956 son más elevados los promedios correspondientes a los braceros que salieron; exactamente iguales en 1952, 1955, 1957 y 1958; en el resto, los promedios son casi iguales, en la medida en que al acabarse los "espaldas mojadas" son casi iguales los braceros que salieron y los admitidos. Por último, al dinero enviado por los braceros habría que añadir lo que traen en efectivo y en especie, y restar, en cambio, los gastos de viaje; también habría que tener en cuenta el tiempo en que se obtuvo ese dinero, y los salarios y el costo de vida del lugar de origen de los braceros.

En 1926 y 1927 dificultades políticas locales e internacionales coadyuvaron a desnivelar la balanza de pagos, anulando la inmigración de capitales.[120] La crisis mundial iniciada en 1929 entorpeció la exportación de los productos básicos mexicanos: minerales, henequén, petróleo, café, chicle, ganado, etc.[121] Al iniciarse el gobierno de Cárdenas, la balanza comercial tuvo un saldo deficitario, pero gracias a los "invisibles" (sólo movimientos de capital en estos años) la de pagos no fue adversa;[122] sin embargo, la expropiación petrolera en 1938 afectó muy fuertemente al país, sobre todo porque las compañías petroleras retiraron violentamente sus fondos, como represalia.[123] La segunda guerra mundial tuvo dos consecuencias favorables para México: la afluencia de capitales extranjeros y la repatriación de los nacionales, además del incremento del turismo norteamericano, impedido de visitar Europa; tuvo también una consecuencia perjudicial, la supresión del comercio hacia Europa.[124]

CUADROS 9
Dinero* enviado por los braceros (1919-1964)

Años	*Pesos por bracero que salió*	*Pesos por bracero admitido*
1919	109	—
1920	176	—
1921	492	—
1922	195	—
1923	198	—
1924	188	—
1925	238	—
1926	235	—
1927	218	—
1928	218	—
1943	950	1 387
1944	1 610	3 153
1945	2 022	4 278
1946	4 195	4 089
1947	1 765	7 042
1948	7 681	5 285
1949	7 664	1 427
1950	5 562	2 232
1951	830	1 332
1952	1 272	1 272
1953	2 132	1 445
1954	2 263	1 125
1955	775	775
1956	1 088	1 063
1957	957	957
1958	1 025	1 025
1959	1 063	1 075
1960	1 413	1 425
1961	2 013	1 463
1962	2 013	2 038
1963	2 013	2 038
1964	2 013	2 026

* Los promedios de 1943-1947 se obtuvieron convirtiendo un dólar en 4.85 pesos, en 1948-1953 en 8.65 y en 1954-1964 en 12.50 pesos.

Fuentes: Gamio, *Mexican*, p. 24; Gamio, *Quantitative*, cuadros.

La balanza comercial se fue deteriorando más a causa de la disminución de las exportaciones y del incremento de las importaciones. Antes de la guerra, México realizaba una tercera parte de su comercio internacional con Europa; esto, más la producción de los metales preciosos, le permitía liquidar sus saldos deudores con Estados Unidos. A partir de 1941 México prácticamente dejó de exportar a Europa y Asia y hubo que importar casi todo de

Estados Unidos, cuyos productos aumentaron considerablemente de precio. Si se excluyen los metales preciosos, desde 1938 la balanza comercial fue deficitaria: 16.5 millones de dólares en 1940 y 82.6 en 1941. El incremento de las importaciones se explica por la fuerte demanda de artículos durables y por la creciente industrialización del país, urgida ésta de maquinaria y de ciertas materias primas.[125] Aunque el comercio exterior se realizó principalmente con Estados Unidos, México procuró incrementarlo en América Central y del Sur, dentro de las precarias condiciones de los transportes marítimos durante la segunda guerra.[126]

El saldo positivo de la balanza comercial en 1942, así como la paz en el campo y en las relaciones obrero-patronales, hicieron renacer las esperanzas de las autoridades.[127] La estabilidad de la balanza comercial dependía en buena medida de Tláloc; su generosidad en 1943 favoreció una buena cosecha de semillas oleaginosas, que por sus precios remuneradores sustituyeron al maíz.[128] Pero este saldo favorable de la balanza comercial, unido a la retención de las utilidades de los extranjeros y a la importación de capitales, originaron un aumento excesivo de la circulación monetaria.[129] Sin embargo, ese año también se iniciaron muchos negocios industriales, algunos de ellos totalmente nuevos.[130]

El diputado Bernardo Norzagaray propuso (idea ratificada por Cárdenas dos años después) que para combatir esa inflación se vendiera a México, a cambio del esfuerzo de sus braceros, maquinaria agrícola.[131]

Desde 1944 la balanza comercial ha sido negativa, pero los "invisibles" han equilibrado la balanza de pagos (cuadro 10); en la zona fronteriza se repatriaron buen número de capitales que no por mucho tiempo habían residido en Estados Unidos y, partir de 1943, el dinero de los braceros★ (14 900 000 dólares en 1943, 39 200 000 en 1944) y el de los turistas[132] (29 700 000 y 32 700 000 en las mismas fechas), casi equilibró el déficit de la

balanza comercial, que en 1944 fue de 74 636 000.[133] También en 1945 los envíos de los braceros (43 600 600 dólares) superaron al saldo de lo gastado por los turistas (33 800 000), y juntos casi equilibraron el déficit de la balanza comercial: 89 322 000. Con la terminación de la guerra las divisas de los turistas superaron a las de los braceros, tanto porque aumentó el número de los primeros como porque disminuyó el de los segundos. Para 1964 el saldo de "invisibles" ascendió a 330 690 000 dólares, por sólo 28 898 000 dólares remitidos por los braceros; mientras éste sólo se duplicó en 1943-1964, aquél aumentó 11 veces.

Por otra parte, la diversificación de las exportaciones mexicanas ha contribuido a defender la balanza comercial mexicana. En efecto, en 1938, plomo, cobre, zinc y café representaban 51.4% del total de las exportaciones; en 1945 esos cuatro productos más telas de algodón, pescados y mariscos frescos y henequén 50.8% de las exportaciones. Los "invisibles" no alcanzaron a compensar en 1946, como ocurrió en 1944 y en 1945, el déficit de la balanza comercial, por lo que fue preciso enviar al exterior parte de los recursos acumulados de metales y divisas. La reserva de oro del Banco de México registró una baja considerable en 1946, más por el aumento de las importaciones que por el decrecimiento de las exportaciones; pero turistas, braceros y préstamos de los organismos internacionales dieron una considerable cantidad de divisas.[134]

CUADRO 10
Balanza de pagos. Millares de dólares (1943-1964)

Conceptos	*1943*	*1944*	*1945*	*1946*	*1947*	*1948*	*1949*	*1950*	*1951*	*1952*	*1953*
Balanza comercial											
Exportación de mercancías	211 627	203 161	241 015	287 747	372 719	427 300	394 100	482 700	576 900	617 700	561 300
Importación de mercancías	177 418	277 793	330 337	543 002	660 228	596 800	519 900	597 300	889 200	830 900	811 000
Saldo	+ 34 209	– 74 632	– 89 322	– 255 255	– 287 509	– 169 500	– 125 800	– 114 600	– 312 300	– 213 200	– 249 700
Invisibles											
Turismo y transacciones fronterizas extranjeras	–	–	–	151 600	147 300	–	182 500	238 900	271 600	275 054	302 307
Turismo y transacciones fronterizas mexicanas	–	–	–	64 100	62 900	–	–	82 800	96 500	110 245	137 185
Saldo	+ 29 700	+ 32 700	+ 33 800	+ 87 500	+ 84 400	+ 90 600	+ 132 300	+ 156 100	+ 175 100	+ 164 809	+ 165 122
Turismo											
Extranjero	–	–	–	–	–	–	100 400	117 000	123 300	111 988	100 497
Mexicano	–	–	–	–	–	–	–	6 300	8 100	8 675	8 944
Saldo	–	–	–	–	–	–	–	110 700	115 200	103 313	91 553
Transacciones fronterizas											
Extranjeras	–	–	–	–	–	–	82 100	121 900	148 300	163 066	201 810
Mexicanas	–	–	–	–	–	–	43 900	76 500	88 400	101 570	128 241
Saldo	–	–	–	–	–	–	38 200	45 400	59 900	61 496	73 569
Braceros legales	14 900	39 200	43 600	27 000	28 500	21 600	17 600	19 400	29 500	28 900	33 700
Saldo de balanza comercial menos braceros	+ 19 309	+ 35 432	– 45 722	– 228 255	– 259 009	– 147 900	– 108 200	– 95 200	– 282 800	– 184 300	– 216 000
Saldo de invisibles más braceros	44 600	71 900	77 400	114 500	112 900	112 200	149 900	175 500	204 600	193 709	198 822
Saldo de balanza comercial menos saldo de invisibles más braceros	– 10 391	– 2 732	– 11 922	– 140 755	– 174 609	– 57 300	+ 24 100	+ 60 900	– 107 700	– 19 491	– 50 878

Conceptos	*1954*	*1955*	*1956*	*1957*	*1958*	*1959*	*1960*	*1961*	*1962*	*1963*	*1964*
Balanza comercial											
Exportación de mercancías	615 926	759 634	807 195	706 116	709 103	723 004	738 713	803 545	899 447	935 922	1 069 046
Importación de mercancías	788 737	883 659	1 071 626	1 155 153	1 128 637	1 006 609	1 186 448	1 138 633	1 143 000	1 239 678	1 492 950
Saldo	–172 811	–124 025	–264 431	–449 037	1 419 534	1 283 605	1 447 735	–335 088	–243 553	–303 756	–423 904
Invisibles											
Turismo y transacciones fronterizas extranjeras	364 800	336 800	508 169	591 479	541 600	636 700	669 800	715 156	585 324	656 465	703 852
Turismo y transacciones fronterizas mexicanas	164 600	173 200	215 535	242 164	237 600	295 700	296 800	319 850	279 295	303 784	373 162
Saldo	+200 200	+163 600	+292 634	+349 315	+304 300	+341 000	+373 000	305 306	+306 029	352 681	330 690
Turismo											
Extranjero	96 900	87 600	146 176	173 701	134 200	141 800	152 200	155 400	–	–	240 568
Mexicano	11 900	10 800	15 626	19 879	19 400	24 500	28 500	30 700	–	–	96 565
Saldo	85 000	76 800	130 550	153 822	114 800	117 300	123 700	124 700	–	–	144 003
Transacciones fronterizas											
Extranjeras	267 900	249 200	361 993	417 778	407 400	494 900	517 600	552 800	–	–	463 284
Mexicanas	152 700	162 400	199 909	222 285	218 200	271 200	268 300	292 100	–	–	276 597
Saldo	115 200	86 800	162 084	195 493	189 200	223 700	249 300	260 700	–	–	186 687
Braceros legales	27 900	24 764	37 779	33 192	35 681	37 750	36 077	34 186	31 893	30 480	28 898
Saldo de balanza comercial menos braceros	–144 911	– 99 261	–226 652	–415 845	–383 853	–245 855	–411 698	–300 902	–211 660	–273 276	–395 006
Saldo de invisibles más braceros	228 100	188 364	330 410	382 507	339 681	378 750	409 077	339 492	337 922	383 161	359 588
Saldo de balanza comercial menos saldo de invisibles más braceros	+ 55 289	+ 64 339	+ 65 982	– 66 530	– 79 853	+ 95 145	– 38 658	+ 4 404	+ 94 369	+ 79 405	– 64 316

Fuentes: BM 1947, p. 57; BM 1948, p. 56; BM 1949, p. 52; BM 1951, p. 182; BM 1954, p. 146; BM 1955, p. 34; BM 1956, p. 71; BM 1958, p. 82; BM 1959, p. 88; BM 1960, p. 94; BM 1961, p. 90; *México 1963*, p. 287. *Estadísticas Económicas*, p. 117; AE 1962-1963, p. 565; RE noviembre de 1965, p. 1339.

El creciente turismo mexicano al exterior, como se verá más adelante, viene restando importancia al ingreso de divisas provenientes del turismo extranjero que visita México. Desde la segunda guerra mundial la balanza comercial de México y Estados Unidos no ha vuelto a ser favorable a nuestro país. De toda Ibe-

roamérica sólo Cuba dependía de Estados Unidos con un porcentaje mayor que México en sus importaciones de esos años.[135]

A partir de la presidencia de Miguel Alemán, las autoridades se han propuesto diversificar las exportaciones, no sólo de materias primas sino de productos elaborados o de materias primas con cierto proceso de elaboración, y que las importaciones estén formadas preferentemente por bienes de producción. Esta aspiración se está realizando muy lentamente. Estados Unidos seguía siendo en 1947 el principal comprador y vendedor, por lo que el déficit de la balanza comercial con ese país aumentó en más de 25%; aunque el comercio con América Latina descendió notablemente en 1947, a diferencia de 1946, el saldo fue favorable.[136] Con motivo de la reapertura de los centros turísticos de Europa y América disminuyó el turismo de México en 1947; para impulsarlo se creó la Comisión Nacional de Turismo.[137] Ese mismo año, con el fin de reducir la demanda de mercancías del exterior, se intensificó la producción agrícola e industrial, canalizándose los recursos bancarios con ese fin; se prohibió la importación de artículos superfluos y una nueva tarifa arancelaria gravó las compras al exterior en forma específica y *ad valorem*; por otra parte, con los préstamos del Banco de Exportación e Importación se adquirió maquinaria, equipo y materias primas y además se redujeron los impuestos a la exportación para facilitar la entrada de divisas al país. Este año la balanza comercial fue menos adversa y en la de pagos se acentuó el desequilibrio.[138] En 1948 el saldo de los turistas aumentó a favor de México, tanto por el incremento del número de turistas extranjeros a México como por el decrecimiento del número y gastos de los nacionales en el exterior.[139]

El producto de las exportaciones disminuyó en 1949, debido principalmente a la baja de precios en los mercados mundiales; esta disminución hubiera sido aún mayor si la devaluación del peso no hubiera estimulado el volumen de ventas al exterior de

varios importantes productos.[140] Otro efecto favorable de la devaluación fue el incremento del turismo, atraído por la ventajas del nuevo tipo de cambio del dólar.[141] En suma, el control de importaciones, el establecimiento de la tarifa arancelaria mixta y la devaluación dieron como resultado una balanza de pagos favorable, pese a que la comercial continuó siendo adversa, aunque en menor grado.[142] Una acentuada y prolongada sequía causó grandes trastornos a la agricultura en 1951, especialmente en el centro y en el norte; en cambio, la balanza de pagos mejoró a raíz de la guerra de Corea.[143]

Gracias a la recuperación de algunos países de Europa occidental fue posible incrementar la diversificación del comercio exterior, de tal modo que mientras en 1950 el 86% de las exportaciones se dirigieron a Estados Unidos, en 1951 sólo lo fue 72%.[144] En 1952 se registró un saldo favorable en la cuenta corriente con el exterior (4.6 millones de pesos), frente al déficit de casi mil millones en 1951; este saldo fue posible gracias a la baja de los egresos en la importación de mercancías, al incremento de los gastos de los turistas extranjeros y a una mayor producción de oro y plata; sin embargo, la balanza comercial, aunque se redujo, siguió siendo desfavorable, cosa natural porque un país en vías de desarrollo requiere importar un volumen mayor de materias primas y de bienes de capital, si bien las primeras ya se producen en el país en cantidades apreciables para satisfacer algunos renglones de la demanda interna. Precisamente los ingresos por turismo, y en menor medida por los braceros, permiten la compra de maquinaria, equipo e instalaciones necesarias para la industrialización.[145] De 1952 a 1953 disminuyó el número de turistas y de los gastos que hicieron en México; aumentó, en cambio, el número y envíos de los braceros. Cuando el gobierno norteamericano se propuso contratar en forma unilateral e incondicional a los braceros, el mexicano declaró que por ningún motivo autorizaría la salida de trabajadores no protegidos por un

convenio internacional, por ser contrario a las leyes mexicanas.[146]

En 1953, como una manifestación del reajuste inflacionario provocado por la guerra de Corea, aumentó el saldo desfavorable de la balanza de pagos, ya que los precios de exportación disminuyeron y aumentaron los de importación.[147] El peso fue de nuevo devaluado en abril de 1954, pese al incremento de los gastos de los visitantes fronterizos norteamericanos, y a las buenas cosechas de trigo, maíz y frijol, lo que evitó las fuertes importaciones que de esos productos se hicieron en años anteriores; disminuyeron, en cambio, los gastos de los turistas propiamente dichos y las remesas de los braceros; esto último en virtud de las drásticas medidas del gobierno norteamericano para devolver a México cerca de medio millón de braceros ilegales.[148]

Gracias al aumento de la exportación de productos agrícolas, a la mayor afluencia turística, a la repatriación de capitales y al incremento de los créditos exteriores, 1955 fue un año favorable para las transacciones de México con el exterior. Una causa importante del incremento del turismo ha sido el aumento de las cantidades de que pueden disponer los viajeros norteamericanos. Las remesas de los braceros, en cambio, disminuyeron, en virtud de que prosiguió la severa política norteamericana para impedir la entrada de braceros ilegales.[149] La favorable balanza de pagos en 1956 se debió al incremento del volumen de mercancías exportadas, al alza de los precios de algunos de esos productos y al aumento del turismo y las transacciones fronterizas. Algodón en primer lugar y café en segundo, han sido los principales artículos exportados en esos años. El incremento en las transacciones fronterizas se debe tanto al aumento del ingreso disponible de los viajeros norteamericanos, como a la mejor organización del comercio mexicano de esa zona. Zapatos, telas de algodón y lana, medias y calcetines, por su precio, fueron preferidos sobre todo por los mexicanos residentes en las ciudades fronterizas

norteamericanas. El turismo en el interior continúa aumentando gracias a la mayor capacidad de alojamiento, a las mayores facilidades en las carreteras y a la propaganda, así como a la inseguridad mundial que hace preferir a México. Las remesas de los braceros aumentaron levemente ese año, merced al incremento de su número.[150]

En 1957 aumentaron los ingresos por concepto de turismo, inversiones extranjeras y créditos del exterior a medio y largo plazo; disminuyeron, en cambio, las exportaciones de algodón, cobre, plomo y zinc. En los últimos años ha aumentado el turismo procedente del norte, que es el más rico; a fines de 1957 se inauguraron rutas aéreas directas al norte y noroeste de Estados Unidos.[151]

En 1958 continuó el descenso de los precios de los principales productos de exportación; para contrarrestarlo se incrementó su oferta. Fue preciso seguir importando maíz (en 1957 por valor de 56 millones de dólares y por 48 millones en 1958) porque continuó la sequía. Aumentó el número de turistas, pero hubo una contracción en su gasto medio per cápita, principalmente por la reducción de la cantidad disponible a causa de la recesión económica en Estados Unidos, país del que procedía 90% del turismo extranjero a México. Sin embargo, en 1958 mejoraron los hoteles y las vías de comunicación.[152]

En 1959 la balanza de pagos fue favorable, invirtiéndose la tendencia de 1957 y 1958; influyeron en este cambio, además de un préstamo de 190 millones de dólares, las favorables condiciones climáticas que permitieron mayores cosechas de maíz y caña de azúcar, la elevación del salario de importantes grupos de trabajadores, el aceleramiento de la inversión pública y el aumento de las exportaciones de mercancías y servicios. En este año se recuperaron los ingresos provenientes del turismo y de las transacciones fronterizas. El factor más importante fue la reducción de 11% de las importaciones de manufacturas y de petróleo y una

disminución de adquisiciones por parte del sector público. En 1959 también aumentó el número de braceros.[153]

La irregularidad de las condiciones climáticas hace que de un año a otro cambie la producción agrícola; en 1960 disminuyó la de maíz y aumentó la de exportación. Debido a la crisis cubana, México pudo exportar una cuota extraordinaria de azúcar a Estados Unidos, por valor de 52.9 millones de dólares, o sea 38.1 millones más que en 1959; de este modo el azúcar se situó en el tercer lugar en las exportaciones, precedido por el algodón y el café. Pese a la compra de las empresas eléctricas extranjeras y a la amortización anticipada de la antigua deuda exterior, la reserva de oro alcanzó 410.2 millones de dólares. En 1960 el equilibrio de la balanza de pagos descansó principalmente en los préstamos a largo plazo, en el turismo y en las transacciones fronterizas.[154]

Aumento de exportaciones y disminución de importaciones, junto con créditos del exterior, permitieron que mejorara considerablemente la balanza de pagos. Pese al aumento del número de turistas, los ingresos por este concepto se incrementaron poco debido a una leve disminución de la permanencia media y a la limitación del número de mercancías que pueden importar a Estados Unidos sin pago de aranceles. Las remesas de los braceros disminuyeron levemente porque el número de éstos también disminuyó.[155] La economía ha podido crecer, con estabilidad cambiaría y de precios, en un periodo de recesión en los principales países industriales y pese al deterioro de los principales productos de exportación, por su mayor integración y diversificación. El déficit de la balanza de pagos se redujo de 174 millones de dólares en 1960 a 70.7 millones de dólares en 1961.[156]

En suma, examinando en conjunto el turismo extranjero y las transacciones fronterizas extranjeras, de acuerdo con el cuadro 11 el primero ha disminuido de 55% en 1949 a 34% en 1964. Inversa ha sido la distribución del turismo nacional, y las transacciones fronterizas mexicanas aumentaron de 7.6% en 1950 a

26% en 1964. En 1943 las dos terceras partes de la suma del saldo de los invisibles y los braceros corresponden al primero de estos conceptos; en 1964 representaba 92%. El equilibrio del déficit de la balanza de pagos se ha logrado, descontando los movimientos de capital, con las aportaciones de braceros y de los turistas, principalmente en la frontera. Por este camino, en parte con la explotación de los vicios en la frontera, México se resarce de las materias primas que exporta baratas y de los bienes de producción que importa caros.[157]

CUADRO 11
Gastos (dólares) de los turistas y transacciones fronterizas (1965-1970)

	Turistas		*Transacciones fronterizas*	
	Mexicanos	*Extranjeros*	*Mexicanos*	*Extranjeros*
1965	119 300 000	277 600 000	295 159 000	499 499 000
1966	136 000 000	322 840 000	331 581 000	520 985 000
1967	172 000 000	363 000 000	359 100 000	599 600 000
1968	193 000 000	429 000 000	437 400 000	712 900 000
1969	235 000 000	527 800 000	501 500 000	761 200 000
1970	266 000 000	575 000 000	585 000 000	878 900 000

Fuentes: BM 1966, p. 35; BM 1967, p. 31; BM 1968, pp. 31-32; BM 1969, p. 41; BM 1970, pp. 37 y 42; AEC 1968, p. 340; AEC 1970, p. 371.

Cierto que las autoridades de Baja California desde la época en que gobernó el territorio norte el general Abelardo Rodríguez rechazaron que explotaran los vicios para atraer turistas, a éstos sólo se les ofrecía "satisfacción honesta y placentera", como lo probaba la prensa "seria",[158] Treinta años después las autoridades bajacalifornianas comentaban que, pese a una publicidad insidiosa, especialmente contra Tijuana, los 20 millones de turistas que había recibido el estado de Baja California situaban a éste "como el primer estado turístico de cualquier pane del mundo".[159] Para 1963 Tamaulipas reclamó este título; ese estado había recibido 280 892 turistas y 29 millones de pesos en tráfico local fronterizo.[160]

En su conjunto, el número de turistas ha aumentado enormemente de 14 000 en 1929 (0.15% de los habitantes de México en

1930) a 1 985 925 (4% de la población en 1970). Los efectos de la crisis de 1929 sólo se manifestaron de 1931 a 1932, cuando su número bajó de 41 000 a 37 000. Ininterrumpidamente aumentaron hasta 160 000 en 1941, pero con motivo de la segunda guerra mundial disminuyeron a 90 000 en 1942, se recuperaron al término de ésta, para de nueva cuenta disminuir a causa de la guerra de Corea, de 443 000 en 1952 a 420 000 en 1953. A partir de entonces aumentan constantemente a casi dos millones en 1970. Pese a que, al igual que en el comercio exterior, México se ha esforzado por diversificar la procedencia de los turistas, éstos siguen siendo norteamericanos en su gran mayoría: 87.89% en 1961, 89.25% en 1964 y 86.57% en 1970.[161]

El senador Carlos Loret de Mola explicó que, en 1963, cinco de los nueve millones de turistas norteamericanos visitaron Canadá, pero sólo cerca de 780 000 vinieron a México; lo mismo ocurría en el movimiento fronterizo. Inversamente, aumentaba tanto el número de turistas mexicanos a Estados Unidos como sus gastos en ese país.[162] Pese a que esta tendencia fue nuevamente denunciada cinco años después por el presidente Díaz Ordaz, también conviene recordar el aumento (absoluto y relativo) de los gastos norteamericanos en sus viajes al extranjero: en 1929 de un total de 483 millones de dólares, en México gastaron sólo 36 (7.45%), de 1 275 en 1956 en México gastaron 279 (21.88%).[163]

Por otra parte, como ya hemos dicho antes el bracero no sólo se beneficia económicamente, sino que también mejora sus conocimientos sobre la agricultura intensiva y el moderno trabajo industrial; si bien sobre todo en los años veinte, por regresar en pequeños grupos, con frecuencia han sido reabsorbidos por las antiguas condiciones de atraso. En este punto, como prácticamente en todos, el beneficio y el perjuicio es mutuo para ambos países. Los patronos norteamericanos se benefician, sobre todo antes de la vigencia de los tratados internacionales, con una ma-

no de obra barata. Gamio explicó en 1930 que la emigración permanente de trabajadores mexicanos a Estados Unidos podía crear problemas de trabajo y aun raciales a este país, y a México quitarle lo mejor de su población trabajadora.[164] En parte se han cumplido estas profecías, pero también es cierto que, especialmente durante la segunda guerra mundial, numerosos braceros recibieron cursos de agricultura y de inglés.[165] Recientemente algunos funcionarios mexicanos han destacado entre los beneficios que reciben los braceros, su arraigo en la frontera o, cuando menos, su ayuda temporal en las tareas agrícolas.[166]

Algunos braceros han reconocido el buen trato y las atenciones que reciben en Estados Unidos.[167] En California disponían, en 1943, de habitaciones higiénicas y cómodas, comida abundante, campos deportivos y escuelas nocturas; en los ferrocarriles de Nueva York en 1944, además de disfrutar de iguales salarios y condiciones de trabajo que los empleados regulares, contaban con una alimentación semejante a la que estaban acostumbrados, y aun se procuraba que recibieran periódicos mexicanos.[168] Durante la guerra, la Secretaría del Trabajo y la de Relaciones Exteriores comprobaron que en Arizona, California, Oregon, Illinois, etc., en general en el norte, los dormitorios estaban bien ventilados, contaban con agua caliente, comida abundante aunque insípida, luz eléctrica, salones de recreo; y en algunos lugares señoras norteamericanas les enseñaban inglés. En cambio, en Michigan carecían de agua y dormían en tablas; en este estado percibían los peores sueldos, los mejores los recibían en California. En general, los braceros se hacen apreciar por su formalidad y capacidad, pero algunos jóvenes inexpertos fracasan y se quejan del trato que reciben.[169] Probablemente la situación de los braceros haya sido desventajosa frente a la de los trabajadores norteamericanos, pero superior a la que disfrutaban en México. Leche, café, verduras, carne, pan, galeras bien ventiladas, camas tipo literas, son una alimentación y una habitación

mejores que las usuales en sus lugares de origen en México. Además, acaso por primera vez en su vida, gozaron de la seguridad social.[170] En una población texana, estado que mucho lo necesitaba, en 1960 se realizó el proyecto "Buenos Vecinos", creado por el comité Norteamericano Pro México, para ayudar a los braceros.[171]

En fin, proporcionar trabajo a más de un millón de personas ha sido, en opinión de Lucio Mendieta y Núñez (que repite la de José María Dávila, de 22 años antes), el gran servicio de la emigración de los braceros: gracias a esa "válvula de escape" no ha estallado una nueva revolución ante el fracaso de la reforma agraria.[172] Aunque esta opinión es visiblemente exagerada, sí puede aceptarse que la emigración de los braceros algo ha aliviado el desempleo en algunas áreas del país.[173] En efecto, varias autoridades reconocen que la emigración de los braceros ha sido un pequeño alivio, pero no una solución, al problema de fondo: falta de tierras y aumento de la población. En Oaxaca se pensaba que este problema, agudo en la Mixteca y en los valles centrales, se podía resolver desplazando esa población a Choa-pan, Mixes, Tuxtepec y Juchitán, lugares con buenas tierras y reducida población, pero ese movimiento sólo debería hacerse mediante una intensa labor de persuasión.[174]

Algunos beneficios obtenidos por los braceros mexicanos en Estados Unidos son semejantes a los de los italianos también en Estados Unidos (el envío de dólares ha favorecido la balanza de pagos de Italia). En México, en cambio, no han aumentado los salarios porque, pese a esa emi|jración, no escasean los trabajadores ni ha mejorado la mecanización agrícola.[175] La comparación con la emigración de los argelinos a Francia es más exacta porque se trata de dos culturas diferentes (al igual qúe la norteamericana y la mexicana) y también con una relación de dependencia económica. La población argelina, al duplicarse en la primera mitad de este siglo, creó un excedente rural que en gran parte ha

permanecido inmóvil porque la industria no ha podido absorberlo, de ahí la emigración de hombres sin formación profesional que, a menudo, sólo vegetan en los suburbios urbanos de Argelia. La emigración de otros a Francia juega, al igual que en México, el papel de válvulas de escape… En realidad, en las condiciones actuales, la sobrepoblación rural de Argelia conduce fatalmente a una emigración a la metrópoli, puesto que ofrece más oportunidades de empleo que Argelia.[176] En suma la emigración es perjudicial para México porque lo despoja de sus mejores elementos, pero lo beneficia, en cambio, la transitoria.[177]

DE LA RAZA CAUCÁSICA INFERIOR

Las ventajas que se obtienen del trabajo de los braceros se pagan a un elevado costo en penalidades para ellos y en perjucio para el país. Para evitar esos males, la Secretaría de Fomento indicó, en septiembre de 1911, que en México existían comarcas en las que los braceros podían obtener salarios tan elevados como en Estados Unidos.[178] Dos años después esa misma secretaría habló de presentar un proyecto de ley para remediar el mal trato que recibían los braceros en Estados Unidos.[179]

Sin embargo, el problema apenas empezaba en México. El candidato presidencial Alvaro Obregón denunció, el 7 de noviembre de 1919, que en numerosas ocasiones había sido testigo ocular de la descarga en Nogales

> de furgones enteros de gente, como a jaulas de ganado, que los enganchadores vienen a sacar de nuestro país, aprovechando este apremio económico en que los tienen la falta de trabajo, y he visto volver a muchos de esos hombres, pocos días después, llegar a la línea internacional, pidiendo un plato de comida y un pasaje para volver a su hogar.
>
> Hombres que para salir al extranjero han tenido que vender su metate, algún burro, y hasta las vigas de sus chozas, hechas leña, atraídos por las halagadoras promesas de los enganchadores, y cuando han vuelto ya no hay metate, y ya no hay burro, ni hay choza.

La solución para Obregón no era la del tradicional exagerado nacionalismo, para el cual México no necesitaba del resto del mundo, ni de una igualdad utópica que sólo haría retroceder al país un siglo, sino abrirlo al capital extranjero, buscando el equilibrio entre éste y el trabajo nativo, o sea dar zapatos a quienes ya tenían huaraches, "y no quitárselos a los que han logrado adquirirlos",[180]

Con motivo de la entrada de Estados Unidos a la primera guerra mundial, el presidente W. Wilson expidió una proclama, el 18 de mayo de 1917, para que todos los varones residentes en ese país, comprendidos entre los 21 y los 31 años, se registraran en el ejército, y que una vez cumplido ese trámite podrían hacer valer las excepciones pertinentes. Multitud de mexicanos residentes en Estados Unidos no presentaron sus excepciones, entre otras razones porque carecían de las actas de nacimiento que acreditaban su nacionalidad mexicana, con el resultado de que fueron obligados a ingresar a filas e incluso enviados al campo de batalla. Ante la creciente necesidad de mano de obra agrícola mexicana en Estados Unidos, el gobierno mexicano, ya que legalmente no podía impedir la salida de los braceros, quiso informarles de los peligros a que estaban expuestos. La Secretaría de Relaciones Exteriores intentó impedir el enrolamiento de los mexicanos por nacimiento en el ejército norteamericano, y, además, formuló un proyecto de contrato de trabajo que garantizara el pago íntegro de su salario, buen trato y su regreso.[181]

Otros perjuicios dimanaban de la insolvencia de los contratistas (generalmente japoneses, griegos, italianos, etc.), que muchas veces defraudaban a los braceros, al igual que los patronos, quienes les descontaban dinero por provisiones que les proporcionaban a precios exorbitantes y porque el trabajo a destajo era incosteable en ciertas tareas agrícolas. La Secretaría de Relaciones Exteriores se propuso remediar en 1923 esos abusos, así como los de las oficinas de enganche, donde los encerraban para impedirles

obtener trabajo en otras partes, no sin antes cobrarles una cuota de inscripción de un dólar y medio y una "chaza" de dos dólares al ser ocupados. La situación en algunas poblaciones texanas era tan crítica que la policía de Fort Worth intentó obligar a los mexicanos carentes de empleo a trabajar en los caminos de ese condado, para que de ese modo pudieran disfrutar, al menos, del alimento cotidiano. El cónsul mexicano evitó, parcialmente, ese acto "humanitario" de las autoridades texanas.[182]

Frecuentemente los agricultores retenían a los braceros una cuarta parte de su salario hasta que cumplieran satisfactoriamente con su trabajo, por lo que se veían obligados a hacer trabajar a su esposa y a sus hijos, y el patrono además de que no aceptaba ninguna responsabilidad por el trabajo de la familia y del bracero, acusaba a este último de violar la ley y de no proporcionar educación a sus hijos.[183]

Los braceros tropezaban con la diferencia de lengua y costumbres y con el desconocimiento de la moderna maquinaria agrícola e industrial que en algunos casos debían utilizar.[184] Precisamente porque eran trabajadores no calificados, se les ocupaba en las labores más duras y peligrosas.[185]

A estas dificultades se añadía la discriminación racial que sufrían en hoteles, fondas, barberías, escuelas, iglesias, y en general en los lugares públicos; discriminación contra la que protestó enérgicamente Venustiano Carranza en 1919, cuando un mexicano fue herido por varios norteamericanos en un astillero texano.[186] Aunque según la Secretaría de Relaciones Exteriores, para 1926 había disminuido la discriminación contra los mexicanos, de todos modos informó de las compañías que no cumplían los contratos, para impedir que los braceros trabajaran en ellas.[187] La razón de estos prejuicios raciales la expusieron unos influyentes agricultores de Denver: "los mexicanos son de raza inferior"; si bien se distinguía entre el *Spanish*, mexicano de situación económica bonancible, y el mexicano propiamente dicho (*greaser*),

pobre y generalmente moreno, que habitaba en un barrio especial en las ciudades del sur, barrio que se caracterizaba por sus pésimas condiciones sanitarias.[188]

Manuel Gamio hizo una amplia investigación antropológica sobre los mexicanos en Estados Unidos; se empeñó en distinguirlos por "raza" (si bien no precisó este concepto) y religión. La razón de la omisión del concepto de raza es un poco peregrina: como el número de los blancos era muy pequeño, la ignorancia de sus características raciales no afectaba la investigación. De la mayoría de los mestizos había datos en la Dirección de Antropología tomados de estudios científicos de mexicanos y extranjeros, pese a que no satisfacían plenamente los requerimientos de la antropología se podía llegar a ciertas conclusiones. La verdad es que Gamio no encontró ninguna fuente que informara sobre *The physical characteristics of the Mexican Immigrations living in the United States nor of Americans of Mexican origin*.[189]

De acuerdo con la investigación de Gamio, de Guadalajara emigraron un mestizo y un blanco; sendos indígenas de Coahuila y de Torreón (en el primer caso el hombre hacía jaulas de pájaro, la mujer era limosnera), y un sonorense que era masón, al que nada le gusta de Estados Unidos. Un indígena de 24 años de Aguascalientes trabajó del otro lado tres años y medio, regresó un mes a su tierra natal pero no le gustó porque encontró "que todo estaba cambiando y feo"; por esa razón regresó a trabajar en un sanatorio de Phoenix, donde un enfermo impaciente lo injurió por la lentitud con que lo atendía, entonces el director del nosocomio calmó al enfermo explicándole que los mexicanos eran como niños o como locos. De cualquier modo, aspiraba a permanecer en Estados Unidos porque las norteamericanas eran más limpias que las mexicanas, nunca lo habían infectado. Un jalisciense blanco y de 28 años de edad, con año y medio de residir en el otro lado, trabajó en un grupo en que casi todos procedían del mismo pueblo o ranchos cercanos, por eso todos

cooperaron para comprar el féretro de la esposa de uno de ellos y a él lo ayudaron cuando se dislocó un brazo. Era católico pero no practicante, si bien portaba una estampa de la virgen de Guadalupe que le regaló su madre.[190]

Cuando una chihuahuense liberó a los trabajadores de su hacienda, sus parientes se disgustaron con ella pero los favorecidos y aun desconocidos, en Ciudad Juárez y en El Paso le besaban la mano. En su juventud casó con un alemán y organizó Las Hijas de Cuauhtémoc en favor del PLM, acabó en la miseria y en la amargura porque declaraba creer en Dios, pero todos los hombres y los sacerdotes le parecían iguales; incluso se supo que un obispo quiso casarse con ella.[191]

Aunque en opinión de un indígena de Pénjamo, Estados Unidos es un país muy bonito, nada iguala a México. Se declaró católico pero no fanático; según opinaba, Calles hacía bien en perseguir a la Iglesia; su catolicismo era pecular, no sabía si había un Dios "porque nadie puede decir que lo haya visto", pero si existe perdonará a todos, incluidos los sacerdotes que por una parte predican la paciencia y por otra se levantaron en armas. Esta constante actitud anticristiana sugiere el patrocinio oficial del trabajo de Gamio.★ De cualquier modo, a un indígena zacatecano con más de 25 años de vida consecutiva en Estados Unidos le desagradaban las americanas porque son muy libres. Aunque la "Raza" se vuelve egoísta en Estados Unidos, él prefería que le cortaran la cabeza a renunciar a su nacionalidad mexicana. Era católico porque así lo enseñaron sus padres, pero casi nunca iba a misa o rezaba. No pone reparos a ninguna comida porque todo va al estómago. Un carnicero jalisciense, cuyos padres tenían bastantes animales y una tienda en Zapotlán, se declara católico pero no fanático, si bien asiste a la misa dominical. Le gusta la igualdad que hay en Estados Unidos, pues allá no son como en México "donde algunos se sienten aristócratas". Un indígena duranguense, muy moreno, no habla inglés, quiere que sus hijos

conserven el español y el amor por México porque quiere regresar algún día a su país natal y que sus hijos sean mexicanos. Una poblana tiene humildes grabados de Hidalgo, de Juárez y de la virgen Guadalupe; ya no se confiesa y sus hijos son protestantes. Un leonés blanco opina en forma semejante, reconoce que los japoneses los tratan muy bien, critica a la Iglesia porque explota al pobre y a los pochos porque sólo quieren hablar en inglés. En cambio, un fotógrafo originario de la ciudad de México no piensa regresar a México mientras subsista la persecución a la Iglesia y tampoco piensa cambiar su nacionalidad mexicana; dice que los norteamericanos tratan perfectamente bien a los mexicanos, y que son nuestros paisanos quienes siempre están dispuestos a robar y a pelear "por lo cual el nombre de México se desacredita".

Una rica parralense avecindada en El Paso se declara católica pero no fanática; se confiesa de vez en cuando porque no cree tener pecados (no roba, no mata, no murmura), pero se acusa de todos los demás pecados, "pues soy mujer o más bien un ser humano". Un tapatío emigró en compañía de su madre y de su familia, y siguen conservando la comida estilo Jalisco. Una cajista saltillense al igual que la rica de Parral que mecionamos antes, no se confiesa porque no cree tener pecados; su esposo, sus hermanos y sus hijos sí se confiesan. No ha pensado cambiar su ciudadanía y ninguna de sus costumbres mexicanas por nada del mundo; hasta entonces no había podido aprender el inglés porque en San Antonio todos hablan español; las cantinas son lo que más extraña de México. Un obrero duranguense se considera satisfecho porque habla algo de inglés y sabe trabajar y ahorrar, pero dice que muchos mexicanos son mariguanos. Una mujer blanca, nativa de Guaymas con dos años de residencia en Estados Unidos se entusiasmó recordando el patriotismo con que los sonorenses habían defendido su patria y el reciente enfrentamiento en Nogales con soldados negros (el 16 de septiembre de 1919), para

que no se juntaran las banderas de los dos países. Un zamorano, hijo de una arrendataria rural, desde que llegó a Estados Unidos no había tenido tiempo de rezar, pero sus hijos estaban bautizados y él deseaba que sus hijas fueran católicas. Semejante es la actitud de un gua-najuatense, muy católico "al estilo de nuestro país", pero que en Estados Unidos no había ido a la iglesia porque su trabajo no se lo permitía (era dueño de 26 acres que trabajaba con maquinaria); no deseaba cambiar su nacionalidad, pese a la insistencia de sus patrones para que lo hiciera.

Un mestizo tapatío se queja de que los mexicanos no tienen ninguna protección en Estados Unidos y de que los norteamericanos los despreciaban; se declara católico pero casi nunca va a la iglesia. Un leonés blanco engañó al sacerdote cuando se casó porque ellos también engañan, y casi había borrado las ideas católicas a su esposa; en su casa cocinan estilo Guanajuato; quisiera regresar a su patria aunque le gusta más Estados Unidos porque no hay revoluciones. Un nativo de Culiacán refiere que cuando un norteamericano lo quiso engañar con el peso del algodón, se insultaron, toda la "chicanada" lo ayudó "y casi lo linchamos". Del matrimonio de un indígena de Uruapan y una blanca de Ojinaga nacieron hijos blancos; él lee español e inglés, se declara masón e inclinado al socialismo. Nunca va a la iglesia pero permite que lo haga su familia; pertenece a El Pensador Mexicano, celebra el 16 de septiembre y asiste a conferencias mexicanas. Un mestizo michoacano llegó a los 12 años a Estados Unidos; en el momento de ser entrevistado ya tenía 32; cuando llegó, la dueña del hotel donde se alojó, durante seis meses lo vistió, lo paseó y le dio de comer hasta que él se cansó y se fue a Miami, donde se convirtió en el "morrongo" de todas las prostitutas; cuatro años vivió con ellas "feliz y contento"; combina su papel de Don Juan con rezos a la virgen de Guadalupe para que lo inspire en su trabajo; un compatriota le dio un secreto para que todas las mujeres se enamoraran de él, pero no lo usa porque la mujer "no

debe caer de esa manera"; él usa el "fuerte poder de sugestión que tengo en los ojos"; regresará a México cuando sepa dónde están sus padres.

Algunos de estos mexicanos regresan al país con libros; por ejemplo, un jalisciense, tras diez años de residencia en el otro lado, los trajo de ciencias ocultas, de amores y de agricultura. Un nativo de Pénjamo con residencia en Estados Unidos tenía libros de naturalismo y recibía *El Machete*. Un michoacano tenía novelas en español, pero sus hijos libros en inglés. Un mestizo de Parral, aunque hablaba bien el inglés, no había encontrado un buen trabajo porque no aprendió ningún oficio, por eso había tenido que trabajar el algodón, el betabel, el asfalto y como elevadorista; casó con mexicana de aquel lado, bautizó a sus tres hijos pero no los había confirmado por falta de dinero para la ceremonia y para "la fiestecita"; como no es ciudadano de Estados Unidos le resulta difícil encontrar trabajo y ya debe dos meses de renta a una norteamericana de ascendencia mexicana; el cónsul se ha negado a tener trato con él; le gustan la comida y las canciones mexicanas. Un alteño de Ojuelos, Jalisco, blanco, se queja de que lo han explotado en el trabajo de pavimentación, inspirado en las ideas socialistas que ha adquirido en "la placita"; La AFL por su "terrible prejuicio racial" no quiere a los mexicanos porque les quitan el trabajo a los americanos; este alteño reconoce que algunos mexicanos tienen la culpa de esta situación; renegó del catolicismo porque todo eso "son invenciones de los burgueses". Otro mexicano, blanco también, abandonó el catolicismo por el naturalismo y el socialismo, y se encamina al ateísmo, al parecer adoctrinado por el IWW; a su regreso a México ingresará a la CGT; por supuesto le desagrada Estados Unidos "porque son muy imperialistas y muy capitalistas". Un zacatecano vendedor de periódicos mexicanos en Estados Unidos nunca cambiará de nacionalidad pero reconoce que las minas del otro lado son limpias, se vive mejor porque no hay revoluciones, y como la mayoría de

los entrevistados se declara católico, pero no fanático por lo que aprueba el anticlericalismo de Calles; su comida es mexicana aunque algunas veces se ve obligado a comer a la americana; de cualquier modo, sufre porque quisiera que sus hijos fueran ciudadanos mexicanos y ellos se han americanizado. En fin, un mestizo con siete años de residencia tiene próspero taller de reparación de autos; dice que cuando haya paz espera regresar a Guaymas, pese a que él no tiene motivos de queja y en Arizona no hay prejuicios raciales como en California y en Texas; como católico y como liberal rechaza la persecución a la Iglesia; él ha registrado a sus hijos en el consulado y tal vez por eso, los pochos no los quieren; en la celebración del 16 de septiembre y del 5 de mayo tienen que poner juntas las banderas de México y de Estados Unidos.[192]

Algunos inmigrantes sufrieron frustraciones mayores, como un guana-juatense analfabeta con casi 23 años de residencia en Estados Unidos, y un analfabeto blanco con 17 años de residencia porque dos veces le han pagado con cheques sin fondos. Un oriundo de Cuernavaca, blanco, se quejó de que ni pochos ni "bolillos" quieren a los mexicanos; un policía mató a un mexicano cuando se llevó la mano a la bolsa para sacar una botella de whisky; se considera "casi católico y casi no, no ha vuelto a la iglesia después de que lo llevaba su madre". Un minero mestizo chihua-huense que casi podía leerán inglés es contundente: "Los odiamos del mismo modo que ellos nos odian", porque quieren cogerse todo lo nuestro y nosotros los rechazamos; cree en Dios pero no en las religiones; asiduo lector de Víctor Hugo y de Vargas Vila conserva el gusto por la comida mexicana.[193]

Una mazatleca blanca y divorciada, como no sabía hacer nada tuvo que ganarse la vida bailando, actividad mal vista en México pero que a ella le permitía obtener de 20 a 30 dólares semanales; es católica pero casi no va a la iglesia, su madre y su hermana menor sí asisten a la misa dominical; los americanos le parecen

muy zonzos, ella preferiría un pocho. Un matrimonio declaró haber emigrado por las revoluciones, el esposo cree en Dios pero no va a la iglesia porque el sacerdote español habla mal del gobierno mexicano a causa de que persigue a la Iglesia; ella es analfabeta pero el esposo lee mucho, aunque "indio es muy bueno y muy hombre", no como los pochos que quieren aprovecharse de los mexicanos ignorantes. Una indígena duranguense se convirtió al metodismo por la educación de sus padres; su esposo la deja ir a bailes; llama a los gringos ladrones cuando le van a comprar leña; su comida es por mitad mexicana y americana. Uno de Mocorito, de piel clara, casado con hermosa mujer blanca viste como los campesinos de Estados Unidos, pero su comida es mexicana y quiere que sus hijos sean mexicanos; no es católico y está de acuerdo con el deseo gubernamental de destruir el fanatismo, pero permite que su esposa vaya a misa. Un zapatero tapatío, blanco, salió de México por un pleito; al ver en San Francisco un letrero de que no se admitían negros, mexicanos ni perro sin collar, y pese a que protestó con el cónsul, el cartel permaneció mucho tiempo; casó con nativa de Tucson donde vive; considera traidores a quienes se nacionalizan americanos y está seguro de que "algún día vamos a recuperar lo que hemos perdido"; atribuye el atraso de México al mucho fanatismo; admira a Villa y le repugna la comida americana.

Algunos blancos anglófonos ofrecen opinar de manera diferente. Por ejemplo, un fundidor de Fresnillo oyó en un viaje por ferrocarril de Kansas a Topeka, que los americanos gritaron que no querían viajar con gente de color; algunos paisanos se desquitaron tratando mal a los meseros que no querían servirlos, entonces los "botudos" (los vaqueros) respondieron abriendo agujeros en los sombreros de los mexicanos; en Amarillo, varios mexicanos bien vestidos fueron enviados al departamento de la gente de color, él decidió morir de hambre antes que comer con los negros, y los mexicanos acabaron comiendo sardinas en el

hotel; como es blanco y de ojos claros le dicen español o italiano; según él, los sindicatos no querían a los mexicanos; él se iría a Acámbaro porque no le gustan las costumbres americanas para sus hijas, aunque un hermano suyo ya tiene una casita, buen coche y diez mil dólares en el banco; de cualquier modo, no creía que para ser bueno deba gritarse ¡Viva Cristo Rey! y matar a sus hermanos. Según un cantinero blanco y de ojos azules, que llegó a El Paso a los diez años de edad, a los americanos sólo les interesa el dinero, algunos hasta permiten que sus esposas se vayan con otros hombres "siempre que les den dinero"; en México eso es intolerable; en 1918 fue internado en Fort Bliss porque creían que era espía ya que su padre era alemán, "pero no soy ni seré nunca más que mexicano".[194]

A un teósofo regiomontano, Estados Unidos le gustaba mucho; los mexicanos no se adaptaban por su incultura y, como aprenden todo lo malo, se les explota y se les humilla; el mayor problema de Estados Unidos según su opinión, es el negro; en una conferencia que dio en la Cámara de Comercio de una ciudad californiana citó a un autor anglo que le dijo que a los mexicanos, pese a ser de color se les consideraba blancos, porque los mexicanos no tenemos sangre negra; además de ignorante, este regiomontano era fantasioso, pensó que en vista de que Estados Unidos se estaban apoderando de la Baja California lo mejor era vendérsela a mil millones de dólares y con ese dinero formar una buena flota de guerra que nos pusiera "quizá al nivel de este país". Alguien más dijo que en Los Angeles, a los paisanos muy oscuros o que ignoraban el inglés, se les negaba el acceso en los balnearios, albercas y salones de baile. Según un capitalino, hijo de francés, de 30 años de edad, blanco y de pelo castaño que cursó tres años en la Escuela Nacional Preparatoria, los americanos no consideraban a los extranjeros como sus iguales; por su parte él seguía siendo católico y comiendo platillos mexicanos.[195]

El protestantismo evangélico hizo muchos prosélitos en las cárceles americanas proporcionando a los presos baños de regadera gratis con agua fría, y sólo pagaban diez centavos si usaban agua caliente; esto lo informa un capitalino mestizo, de 24 años de edad, hijo de padre muy católico pero de madre protestante que estudió en el Seminario Bautista de Los Angeles. En opinión de un duranguense, ministro bautista, blanco, como el director del Seminario Bautista de Durango era americano era un poco egoísta "como lo son todos"; sólo les permitían que avanzaran hasta cierto punto, pues en realidad ésta era la política americana, traer bien a los mexicanos, pero hasta cierto punto; él no pensaba cambiar su nacionalidad por nada del mundo. Un ministro metodista, de 47 años de edad, casado, que en Fresnillo trabajaba como arriero prefería "quedarse desnudo pero ser siempre mexicano, se enoja cuando los muchachos hablan en inglés en la casa". Pero su comida era norteamericana aunque de vez en cuando comían enchiladas o mole; por lo demás, estaba orgulloso de su parecido físico con Juárez, y de su discreción porque muchos ignoraban que él era protestante.[196]

Según algunos, Arizona era el lugar donde trataban menos mal a los mexicanos, muchos de ellos incluso eran propietarios. La celebración del 5 de mayo suscitaba dificultades entre los mexicanos del otro lado y los mexicanos inmigrantes. Alguien destacó que por primera vez se hubiera sentenciado a un americano por haber matado a un mexicano. Un mestizo, hijo de un inglés y de "una indita mexicana", piel morena y ojos azules, no necesitaba hablar inglés para vender obras como *El automóvil gris, Heraclio Bernal*, etc.; no era católico ni protestante, sólo creía en Dios. Un antiguo alcalde de un pueblo duranguense y dueño de minas y tierras, envió a su hijo mayor a México a estudiar en los cursos de verano para que amara a México porque ya se había americanizado bastante, pero él no regresaría hasta que hubiera paz absoluta y tampoco por nada cambiaría su nacionalidad.

Según el corresponsal viajero de un periódico mexicano los mexicanos, por su ignorancia y torpeza, eran los culpables de que los trataran mal en algunos condados texanos; eran los únicos culpables de que hasta chinos y negros se consideraran superiores a ellos; en los restaurantes mexicanos le cobraban más porque era recién llegado; según él como los mexicanos hablan con temor con los americanos, éstos los maltrataban; en México somos leones, pero en Estados Unidos nos dejamos insultar; en las escuelas les dicen a los mexicanos que no estudien porque nadie los va contratar como abogados; deberían aprender a cosechar el algodón y a trabajar en los ferrocarriles. En Donna, Texas, a los escolares mexicanos los bañaban con gasolina; los mexicanos católicos de cierta educación permiten que los apostólicos o "aleluyas" los dirijan porque dicen curar con oraciones. En realidad, ya eran pocos los que se preocupaban por la religión; su situación en Texas era tal, que el gobierno mexicano debería enviar maestros a educarlos, pero Estados Unidos no lo permitiría.[197]

Algunos de los entrevistados atribuyeron el atraso de México a que había más iglesias que escuelas, en clara correspondencia con el criterio de Calles. Un nativo de Nuevo México, blanco, de ojos castaños, de 34 años de edad, casó con mexicana de tipo indígena, su comida era mexicana; ninguno de los dos conocía México, pero en caso de guerra entre su país natal y el nuestro, él dijo que pelearía en el ejército de Estados Unidos, ella que se iría de enfermera a México; en su opinión era más criticable que Santa Anna hubiera vendido el territorio mexicano a que Estados Unidos lo hubiera comprado, dijeron que las conferencias de García Naranjo los asustaron; además, no consideraban indispensable que sus hijos aprendieran el español. Una mestiza blanca de 71 años, dueña de algunas propiedades, con bisabuelos nativos de Arizona, y quien se expresaba en buen español, se sentía mexicana pero no le gustaba que en México siempre pelearan ni que se atacara tanto al clero, pero rechazaba la intervención de

Estados Unidos; estaba satisfecha porque en su región no se maltrataba a indios ni a mexicanos. Un hijo de chihuahuenses, blanco, que cruzó El Paso cuando no había dificultad para hacerlo, peleó en la primera guerra mundial; lo creían gringo, italiano o español, pero él respondía que era yaqui; en su restaurante vendía comida mexicana; hasta ahí llegaba su simpatía por México, porque en caso de guerra entre los dos países pelearía del lado de su patria, Estados Unidos, aunque admirara el heroísmo de Veracruz y de Chapultepec, y México fuera su "madre patria".[198]

Según Gamio, la segunda generación se asimila, sobre todo los descendientes de europeo. En efecto, un blanco, de ojos azules y cabello castaño, llegó a Dallas en 1917, lo obligaron a nacionalizarse para poder trabajar; casó con alemana en Detroit en una iglesia bautista; defendía el control de la natalidad, la comida americana porque le parece más sana, era masón *shriner* grado 32.5. Una mazatleca hija de padre austríaco (dueño de uno de los mejores hoteles de ese puerto) y madre hija de español y mexicana, blanca, de pelo casi rubio, aunque seguirá mexicana de corazón, no lee los periódicos mexicanos porque casi no le interesa su país natal, al que sólo regresará cuando haya paz; en su familia son católicos, pero casi nunca van a la iglesia ni se confiesan, si bien ella reza mañana y noche; nunca ha tenido dificultades en Estados Unidos; cuando una vez le preguntaron si era española respondió que en México había mujeres tan blancas, rubias, inteligentes y limpias como en cualquier otro país del mundo; se considera muy moderna pero no se baña en lugares públicos porque no le gusta que vean su cuerpo. Tan adaptados como la anterior era una familia rica (casada canónicamente) que se instaló en San Antonio en 1915, todos blancos (nietos de franceses y de españoles) y anglófonos; el esposo regresó a México, la esposa se fue a vivir a Los Angeles aunque no le gustaban las costumbres americanas para sus hijas; asisten a la misa dominical y de precepto; rezan en la noche si bien se confiesan poco; aunque nada

tienen en común con los trabajadores mexicanos sufren sus humillaciones; su comida es internacional: francesa, americana y mexicana.

Una tapatía emigró a Estados Unidos para olvidar su divorcio; le gusta aquel país porque ahí la mujer es libre; reza a la virgen de Guadalupe en las noches y asiste a la misa dominical. Otra divorciada emigró a Tucson y a San Francisco, lleva una vida "absolutamente libre": no usa anticonceptivos porque sus amigos son "siempre decentes y limpios"; asiste a la iglesia en la cuaresma, confiesa sus pecados pero los vuelve a cometer, sin embargo, no daña a nadie; a sus amigas de sangre mexicana les gustan los mexicanos de México porque "no son tan corrientes como los pochos"; como habla muy bien el inglés y el español algunos la consideran pocha, pero ella vino a muy temprana edad. Una hija de español, educada en un convento, casó con un muchacho michoacano que la trataba brutalmente; por esta razón ella no cumplía con el débito conyugal, y como un sacerdote le dijo que eso era pecado mortal optó por abandonar al esposo; vivía dividida entre "mexicanos salvajes" y norteamericanos que no le interesaban; en una ocasión en la Asociación Cristiana Femenina, unas incultas texanas golpearon a una mexicana, y fueron expulsadas; acabó divorciándose y abandonando la iglesia. Una mestiza mazatleca de 39 años se quejaba de que los americanos y los judíos pagaban salarios insignificantes a sus costureras; estaba casada con un mestizo que lavaba botellas; ambos asistían a la misa dominical y rezaban el rosario en la noche; él además, era borracho y mariguano y quería que los sobrinos que vivían con ellos aprendieran el inglés, no el español. Una zamorana con 13 años de residencia en Arizona tenía discos mexicanos (*Las golondrinas* y *Perjura*, entre otras canciones); no había informado a su esposo que tenía dos propiedades en Zamora por temor a que por ser extranjera quisiera quitárselas; ella las quería conservar para su hijo; de cualquier modo, le gustaba Estados

Unidos porque podía andar sola. Un nativo de Cananea llegó a Estados Unidos a los siete años, ya llevaba 14 años en el otro lado, pero sus hijos todos morenos y todos de lengua española, habían decidido conservar su nacionalidad, porque de nada les serviría la americana; preferían a las americanas porque "lo besan a uno hasta excitarlo", no así las mexicanas; preferían, en cambio, la comida mexicana; atribuyó el atraso de México a las revoluciones. Un queretano contrabandista en licores a quien llamaban *Mexican greaser* declaró que en caso de guerra entre los dos países pelearía por México.[199]

Por supuesto, no todos los mexicanos inmigrantes a Estados Unidos eran indios, aunque sí indígenas; aunque también cabría insistir en que hay de indios a indios, según quién los califique. Según Daniel Cosío Villegas, Manuel Gómez Morín era un "indio bien plantado y guapo", Julián Carrillo sólo un "modesto indito que se había levantado a pulso".[200] Como es sabido, Gómez Morín era criollo, no indio.

Lo anterior viene a cuento porque según Querido Moheno el "indio es incapaz de soportar la civilización", aunque deja a salvo de esa condena al huichol Victoriano Huerta porque era mestizo. González Blanco protestó porque según él, el indio mexicano es el japonés de América.[201] Dos años después, en 1916, Gamio escribe que el indio tiene iguales aptitudes para el progreso que el blanco: "no es superior ni inferior a él". En cuanto dejara de considerarse "zoológicamente inferior al blanco" y mejorara su alimentación, indumentaria, educación y esparcimientos, abrazarían la cultura contemporánea "al igual que el individuo de cualquier otra raza". Los mexicanos, advierte Gamio, debían evitar el ridículo de competir con los artistas extranjeros en las artes extranjeras. No se debería "europeizar" al indio de golpe; era mejor que nos "indianizemos nosotros un tanto" para presentarle diluida nuestra civilización, y así no la encontraría "exótica, cruel, amarga e incomprensible". Como según Gamio las

mexicanas no se prostituían por corrupción y perversión sexual, a los extranjeros viciosos y nuestros "jóvenes dorados" al regresar de París, las mexicanas les parecían "sosas y desabridas". Esto en contraste con "poetas chirles y críticos extranjeros", probablemente de países fríos, que con frecuencia disertaban sobre las "tropicales mexicanas".[202]

En la década siguiente se desarrolló en Estados Unidos la eugenesia como una ciencia "respetable" con el fin de demostrar la inferioridad genética y biológica de negros y mexicanos.[203] Seis años después, José Vasconcelos reconoció en Chicago el innegable atraso económico de los indios, aunque exaltó que su aptitud mental y sus cualidades morales eran tan buenas como las mejores. Vasconcelos reiteró la distinción entre los indios del altiplano y los de las costas, entre los bárbaros de Sonora y los refinados del sur; en algunos predominaba el tipo mongólico, en otros el clásico y otros más guardaban misteriosas semejanzas con el hindú: "Todas estas diferencias, ¿acaso no se encuentran también entre las naciones de la raza blanca?", se pregunta. A esto añade que si los españoles no habían segregado a los indios deberíamos hacerlo nosotros

> aunque no sea más por la razón de que si hacemos reservaciones podría resultar difícil precisar quiénes deben quedar adentro y quiénes afuera, por supuesto que muchos de los que abogaban por el sistema americano habrían sido internados por indios, si se presentan en los Estados Unidos.

Gamio añadió que gran parte de los indios hablaban español, pero sus jacales, metates, petates, huaraches, huacales, politeísmo pagano, su brujería y su magia eran casi idénticos a los precortesianos.[204] Gabriela Mistral, poco antes, había advertido en la hacienda El Lencero, Veracruz, "la repugnancia del indio hacia el blanco, y no digamos al 'rubio', es grande y viva".[205]

Por otra parte, además de los perjuicios que resentían los braceros, el país, según expresó Calles en 1927, veía disminuir su

población.[206] Si era exagerado decir que se estaba despoblando, no lo era señalar la desmexicanización de los emigrantes y la desintegración de sus familias.[207]

En las crisis económicas de 1921 y de 1929, las autoridades norteamericanas extremaron su vigilancia sobre los braceros, en marcado contraste con las épocas de prosperidad en que consintieron su internación ilegal.[208] A causa de la crisis de 1929, los braceros se repatriaron hasta en un 50% y casi todos perdieron trabajo y ahorros. La situación de algunos que se quedaron fue tan desesperada, que a cambio de la ayuda económica trabajaron la tierra, uncidos como bestias de carga, en Arizona y en California. Los que trabajaban en Detroit en la industria automovilística perdieron su empleo; algunos engrosaron las filas de la criminalidad, otros se vieron obligados a pedir trabajo en los campos petroleros, donde además de ser muy reducidos los salarios, las condiciones de trabajo eran "verdaderamente terribles y las de vida muy difíciles"; otros más imploraban la caridad pública.[209] En el condado de Los Angeles, el Departamento de Beneficencia se hizo cargo de 23 000 mexicano-norteamericanos y 40 000 mexicanos, proporcionándoles alimentos, el pago de la renta, la luz, el agua y la atención médica. Los cónsules mexicanos colaboraron con las autoridades norteamericanas en la tarea de reunir fondos para alimentar, albergar y repatriar a los mexicanos. Sin embargo, quienes conservaron su trabajo fueron tratados de modo tan injusto que con frecuencia se vieron precisados a promover huelgas, continuación de las verificadas en 1903, 1922, 1927 y 1928, en los campos agrícolas y en los ferrocarriles de Califprnia.[210]

Una de las consecuencias de la participación de los trabajadores mexicanos en esas huelgas fue que, al desaparecer el mito de su docilidad, los agricultores presionaron para que se les retirara la ayuda que recibían con motivo de la crisis económica, esto originó su deportación y repatriación a México. A mediados de

1933, 10 000 trabajadores mexicanos se declararon en huelga contra sus patronos japoneses en California, porque sólo ganaban de nueve a quince centavos por hora, o sea de 0.81 a 1.35 por nueve horas. El cónsul mexicano, de acuerdo con instrucciones de su gobierno, después de eliminar a varios comunistas que dirigían la huelga, logró que los braceros recibieran un dólar y medio por una jornada de nueve horas y el reconocimiento tácito de la Unión de Campesinos Mexicanos. Las autoridades del condado Kern justificaron su oposición a los huelguistas porque su obligación era proteger a los granjeros, la mejor gente del lugar y no a los mexicanos, quienes sólo eran "basura…, nosotros los manejamos como puercos".[211]

Pero apenas resuelta favorablemente esta huelga, se inició otra en abril de 1934, que afectó a California, Arizona, Nuevo México y Texas, si bien en ésta los mexicanos fueron minoría. La Secretaría de Relaciones Exteriores procuró ayudar a los braceros, dentro del respeto a las leyes norteamericanas, tanto porque los mexicanos en esta ocasión sólo eran un grupo minoritario, como porque la promovió el Partido Comunista, el que había intentado atraerse a los huelguistas desde 1932. De cualquier modo, el gobierno mexicano informó satisfecho que la mayoría de esas huelgas se resolvieron favorablemente.[212] Después de participar en una huelga en 1935 y en dos en 1936, en California y en Nuevo México, en 1937 gran número de mexicanos se vio inmiscuido en movimientos huelguísticos, que degeneraron en actos violentos en los centros fabriles de California, Pennsylvania, Texas, Arizona, Illinois y Michigan. La Secretaría de Relaciones Exteriores intervino para proteger a los huelguistas mexicanos, empeñados en "lograr un mejoramiento que en justicia les correspondía", lo que originó el cargo velado de que los cónsules mexicanos eran "agentes distribuidores de propaganda radical".[213]

Cinco años después de la expulsión de los japoneses de la costa del Pacífico, los norteamericanos de origen mexicano los sustituyeron como chivos expiatorios, al impulso de una campaña de los periódicos de Hearst. Cuando en julio y agosto de ese año de 1942 lucharon unas pandillas de jóvenes de ascendencia mexicana, un alto funcionario de la policía de Los Angeles, después de explicar que los mexicanos de origen norteamericano eran los únicos que hacían cierta clase de trabajos y recibían los más bajos salarios, atribuyó la diferente manera de pelear de los jóvenes caucásicos, especialmente los anglosajones, y los de origen mexicano (usaban puñales) a características innatas. Los países fascistas aprovecharon la ocasión para demostrar que la policía de Los Angeles compartía las doctrinas de Hitler y, al iniciarse en 1943, informaron de una supuesta rebelión de los 360 000 mexicanos de Los Angeles. A petición de Nelson Rockefeller los periódicos dejaron de relacionar a los norteamericanos de origen mexicano con la criminalidad, pero ampezaron a atacar a los "pachucos" (*zoot-suits*). Así, el 3 de junio de 1943, para vengar el ataque (supuesto o real) de una pandilla de jóvenes norteamericanos de origen mexicano a varios marinos, durante una semana marinos, soldados y civiles se adueñaron de la ciudad atacando a los "pachucos", con el respaldo de numerosos periódicos y la indiferencia policiaca. Cuando el embajador mexicano pidió una investigación formal al Departamento de Estado, éste solicitó prudencia a la prensa, mientras Eleanor Roosevelt denunciaba el carácter racial de esos motines. Apenas terminados estos ataques en Los Angeles, continuaron en San Diego, Filadelfia, Chicago, etc. El 29 de septiembre del año anterior habían llegado los primeros braceros a Stockton, California, con el lema "De las democracias será la victoria", escrito con gis en los carros de ferrocarril.[214]

Mientras los norteamericanos de origen mexicano sufrían esos ataques en Estados Unidos, al reanudarse la emigración en masa de los braceros, se acentuaron los problemas de los aspirantes a

trabajar en Estados Unidos. Unas veces en la capital, otras cerca de la frontera, millares de braceros esperaban su salida un promedio de tres semanas, a campo raso y mal alimentados, por lo que frecuentemente enfermaban; máxime que las autoridades sanitarias los bañaban primero con agua y después con aguarrás.[215] A mediados de febrero de 1944 los aspirantes a braceros se amotinaron en la ciudad de México, disgutados por las preferencias que se otorgaban a quienes pagaban por acelerar sus trámites. Las cosas empeoraron al conocerse, a fines de ese año, la falsificación de 30 000 tarjetas de salida de braceros; en ese fraude, por cierto, se vieron inmiscuidos tres diputados federales.[216]

Las gratificaciones a los empleados encargados de la contratación y las asociaciones de los aspirantes a braceros que a cambio de unos pesos les entregaban una inútil credencial, fueron otros de los perjuicios que sufrían. La Alianza de Braceros Nacionales fue declarada ilícita desde 1946; diez años después la Suprema Corte de Justicia declaró ilegales las asociaciones de aspirantes a braceros.[217] A mediados del siglo millares de ellos vagaban por las calles de Monterrey, y acompañados de sus familiares, dormían a la intemperie o en los quicios de las puertas.[218] A consecuencia de una situación similar, en Chihuahua aumentaba la criminalidad, sobre todo los delitos contra la propiedad.[219] También Hermosillo se enfrentó a este problema, pues tuvo que atender a 14 000 braceros, muchos de ellos hasta por dos meses. En su alimentación colaboraron tanto el gobierno federal como "las fuerzas vivas de Hermosillo"; a quienes fueron rechazados en la inspección médica se les ayudó con pasajes hasta Guadalajara.[220] Lo que un tercio de siglo antes había denunciado Obregón no sólo continuaba, sino que se había agravado; el regreso forzado al centro del país era el fin de las ilusiones y de los sacrificios de muchos fallidos braceros, que en su deseo por trabajar en Estados Unidos gastaban hasta mil pesos.[221]

Los fraudes a los braceros se multiplicaron, principalmente en los grandes estados exportadores (Jalisco, Guanajuato, Michoacán, etc.), y en los de salida (Baja California, Chihuahua, etc.). En 1960 Baja California intentó paliar el problema proporcionando trabajo agrícola a 7 400 trabajadores, o sea 41% de los 17 983 solicitantes. Las autoridades de Baja California, además, consignaron penalmente a 38 presuntos defraudadores, pero a quienes por falta de pruebas no se encarceló; para que su crimen no quedara impune, y señalados por la opinión pública y por sus víctimas, tuvieron que salir de ese estado. Con el objeto de evitar los fraudes algunos estados recurrieron a sortear a los candidatos. Pese al optimismo de varias autoridades los fraudes prosiguieron, entre otras razones porque muchos de los aspirantes a braceros eran analfabetos.[222]

Los sufrimientos de los braceros continuaban a su regreso a México. Desde los años veinte, la Secretaría de Relaciones Exteriores denunció que multitud de "coyotes" defraudaban a los braceros en la frontera con el pretexto de cambiarles sus dólares. Logró que en Laredo y en San Antonio se clausuraran algunas casas de cambio que los explotaban, así como que las compañías de autobuses otorgaran fianzas para cubrir las posibles reclamaciones.[223] Cuando se repatriaron en masa los "espaldas mojadas", abundaron las quejas contra los malos tratos y la pésima alimentación.[224]

Aunque tradicionalmente los braceros han desempeñado las tareas más duras y mal pagadas (recolección de algodón, betabel, papa, etc.), de cualquier modo, sus salarios son superiores a los que reciben en México, pero inferiores a los que ganan los braceros de otras nacionalidades. En los primeros años, los braceros hacían un cálculo muy simplista: ganarían dólares, olvidando que también gastarían dólares. Aunque no se les pagaba el séptimo día ni los que por mal tiempo no trabajaban, buen número de ellos confesaba que no se les trataba mal, "pero tampoco nos

dan libertad e igualdad de oportunidades".[225] La Secretaría de Relaciones Exteriores, por supuesto, desmentía estas acusaciones, pero en octubre de 1945 un grupo de 170 braceros mexicanos se declaró en huelga a causa de los bajos salarios que recibían.[226] También se ha podido comprobar la denuncia de que en los campos de remolacha del centro y del norte de Estados Unidos, especialmente en Montana y Colorado, la primera cosecha, la más fácil, la hacían los norteamericanos, y las otras dos, que requerían mayor esfuerzo físico Ípor las que se pagaba menos, los mexicanos.[227] En un intermedio del traajo en el betabel, algunos son empleados en la cosecha del pepino, tarea que exige conocimientos para seleccionar los frutos maduros. Como frecuentemente se pagaba por peso se rechazaba gran parte de lo recolectado, de modo que solo obtenían, después de una jornada de más de diez horas, "un salario a veces insuficiente para su manutención".[228]

Las autoridades mexicanas se enfrentaron al problema de cómo proteger el salario de los braceros en un país extranjero, ya que se carecía de las ventajas del regateo que permite el libre juego de la oferta y la demanda. Se desechó la idea de fijar salarios mínimos, suponiendo que originarían constantes conflictos por ignorarse las condiciones de los mercados de trabajo en las diferentes zonas del territorio norteamericano; con mayor razón si se consideraba que de los trece millones de trabajadores agrícolas nativos, los mexicanos sólo representaban en 1956, 3.1%. Por este motivo, el gobierno mexicano aceptó que los trabajadores fueran contratados de acuerdo con el principio de los "salarios prevalecientes", que se basaba en la igualdad de nativos y mexicanos; en realidad la aplicación de este principio, como lo reconoció la Secretaría de Relaciones Exteriores, también ha causado múltiples y complejos problemas de los que han dimanado frecuentemente reclamaciones, gracias a las cuales el gobierno mexicano ha recuperado importantes sumas de dinero de los brace-

ros. En suma, sobre la base aproximada de 400 000 braceros en ese año de 1956, hubo una queja por cada 40 trabajadores; a estas quejas pueden añadirse otras tantas verbales, o sea una queja por cada 20 trabajadores, 5% del total, cifra superior a la usual en las relaciones de trabajo.[229]

De acuerdo con esta experiencia, la Secretaría de Relaciones Exteriores reconsideró en 1958 el principio de los "salarios prevalecientes", cuya aplicación es muy difícil, especialmente en las regiones en que la mayoría de los trabajadores son mexicanos, pues se carece de base para investigar los salarios de los trabajadores nativos. En esos lugares, el salario por destajo ha resultado sumamente bajo, lo que obligó a gestionar, ante el Departamento de Trabajo en Washington, que en los casos en que el trabajo a destajo no dé un promedio que equivalga, por lo menos, al salario mínimo por hora, deberá pagarse al trabajador este último.[230]

La discriminación había disminuido mucho en 1943, en opinión de la Secretaría de Relaciones Exteriores, excepto en los estados que antiguamente fueron mexicanos. Todavía durante la segunda guerra mundial los mexicanos no fueron aceptados en algunas industrias de guerra, ni como miembros de varios sindicatos. Por falta de oportunidades no aprendieron el manejo de implementos mecánicos con lo cual hubieran podido mejorar su salario. Con el pretexto de que su alimentación era especial, no comían con los demás e igualmente se les negaba el derecho de habitar en las zonas residenciales. A las autoridades mexicanas se les ocurrió que el mejor medio para acabar con la discriminación en Estados Unidos era establecer escuelas nocturnas de asistencia obligatoria para los trabajadores mexicanos, sancionar a quienes ejecutaran o permitieran actos de segregación, y prohibir (como desde 1915 lo había dispuesto el ayuntamiento de Mazatlán) absolutamente las películas cinematográficas que representaran a los mexicanos como bandidos u hombres malos, lo mismo que propugnar que se hagan películas en donde resalte la nobleza,

valor, patriotismo y generosidad, que son cualidades relevantes del mexicano.

Y sobre todo, educar al pueblo norteamericano en la idea de que los mexicanos, desde el punto de vista de la etnología, son de raza blanca y que tiene iguales derechos y prerrogativas que los norteamericanos. De acuerdo con estas ideas, la legislatura texana declaró el 5 de mayo de 1943, en el documento conocido como *House Concurrent Resolution* número 105, que toda persona de raza caucásica tenía derecho a gozar de iguales privilegios en Texas; quien los negara sería tenido por infractor a la política de buena vecindad. Esta resolución, por carecer de sanciones, no constituía una verdadera norma jurídica. En cierta forma se liga con este cambio la denuncia del arzobispo de San Antonio, ese mismo año de 1943, de que en algunas iglesias reservadas a los blancos no se permitía la entrada de los mexicanos.[231]

No parece que aquella resolución haya contribuido mucho a disminuir la discriminación racial en Texas; apenas si se ganó que en 1945 el 16 de septiembre fuera declarado día de fiesta.[232] Los braceros tenían su jerarquía del valor de los pueblos y mucho sufrían porque los japoneses eran mejor tratados que ellos, y porque se les continuó negando el servicio en lugares públicos y el derecho de poseer bienes raíces en diversas poblaciones; continuaron recibiendo un trato injusto de las autoridades policiacas inferiores, en su trabajo, en las escuelas, etc. Esto último fue combatido por un juez federal en 1948. La resolución de la legislación texana del 5 de mayo de 1943 quedó casi como un buen deseo oficial.[233] Aunque gracias a la eficacia y tenacidad de los cónsules mexicanos, las autoridades mexicanas declararon en 1949 que ya habían disminuido mucho las prácticas discriminatorias, sobre todo en Texas, el gobierno mexicano declaró culpables de discriminación a un gran número de condados texanos.[234] Para 1954 ya se había logrado que desapareciera la separación de los niños mexicanos en algunas escuelas texanas, gracias a las lis-

tas que excluían de la contratación a los lugares en que se discriminaba a los mexicanos. Sin embargo, el racismo persitía todavía en Los Angeles, donde al parecer había disminuido después de la segunda guerra mundial; el jefe de la policía de esa ciudad atribuyó en 1960 el "gran problema" de los latinos a que algunos de ellos apenas habían emigrado de sus "tribus salvajes del interior de las montañas de México. Y no creo que se pueda prescindir de los genes cuando se estudian patrones de conducta de la gente".[235]

En el capítulo de malos tratos se distinguían capataces mexicanos y casas de asistencia de mexicanos,★ aunque muchos norteamericanos no les fueran a la zaga.[236] A la mitad del siglo, en opinión de la Secretaría de Relaciones Exteriores, las habitaciones más antihigiénicas eran las de las regiones algodoneras (Louisiana, Mississippi, Arkansas) y de producción de betabeles (Michigan, Wisconsin e Idaho). Las más aceptables, en cambio eran las de Minessota, ambas Dakotas, Nebraska y Colorado. Y donde mejor se les trataba era en California.[237] Excepcionalmente algunos campamentos contaban con salas de descanso semejantes a las usadas por el ejército norteamericano, y aunque en otros casos los propios braceros fueron responsables del mal estado de sus habitaciones, la Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas de Estados Unidos denunció en 1957 una campaña para impedir que las autoridades de Trabajo inspeccionaran las viviendas de los braceros.[238] En honor a las autoridades norteamericanas debe recordarse que las legislaturas de Texas y California intentaron obligar en 1957 a los patrones a proporcionar alojamiento decoroso a los braceros, y en 1959 el secretario de Trabajo de Estados Unidos ordenó la clausura de una granja californiana que les proporcionaba alojamiento antihigiénico.[239] Los transportes fueron mejorados a partir de 1957; se sustituyeron los vehículos en malas condiciones por otros legalmente autorizados para el servicio normal de pasajeros[240] Un grave accidente ocurrido en

1959 motivó una enérgica condenación del secretario de Trabajo de Estados Unidos.[241]

Texas ha sido el estado que ha tratado peor a los braceros. En 1948 trabajaban en tan malas condiciones como los negros; el gobierno mexicano prohibió el envío de trabajadores nacionales a ese estado, pero los granjeros obligaron al gobierno local a permitir la entrada ilegal de los braceros.[242] De todos modos, las autoridades federales norteamericanas notificaron a las texanas que ningún trabajador agrícola mexicano laboraría por menos de cuarenta centavos la hora; los granjeros texanos no lo aceptaron porque sabían que la oferta de trabajo superaba con mucho a la demanda.[243]

Al mediar el siglo menudearon las quejas de los braceros por los descuentos que sufrían en sus salarios; entonces, fueron acusados de agitadores y amenazados con cárcel o deportación.[244]

Por estas razones la emigración perdió algún atractivo. A los anteriores agravios se unió la práctica de proporcionar trabajo unas pocas horas y acusar de comunistas a quienes protestaban.[245] En algunos lugares, principalmente en Texas, se mantenían veladas tiendas de raya, y no se proporcionaba agua para vender refrescos embotellados.[246] La reducción de los contratos a sólo 45 días también contribuyó a que se redujera el atractivo de enrolarse de braceros. Para remediar esta crisis, la Alianza de Braceros de México propuso en 1959 que se contratara la mitad por el doble número de días.[247]

La discriminación en los salarios no fue "privilegio" exclusivo de los mexicanos. Ellos la sufrían en el sur, principalmente en Texas, y los jamaiquinos en Florida;[248] sin embargo, las autoridades norteamericanas retiraron en 1955 a varios braceros que recibían un salario inferior en el bajo valle del río Bravo.[249] También fueron frecuentes las quejas por el incumplimiento en la obligación de pagarles una determinada cantidad cuando no trabajaran

por causas de fuerza mayor, así como por desempeñar excesivas jornadas de trabajo.[250]

Con ser tantos los motivos de queja, éstos no abundaron por la dificultad de ponerse en contacto con los cónsules o con los inspectores de trabajo. Además, el bracero lo piensa mucho antes de reclamar un faltante o un descuento por temor a la represalia, sobre todo porque un contrato de 45 días es un plazo muy breve para una reclamación pero suficiente para que sea trasladado o repatriado; por eso algunos de ellos prefieren reclamar hasta su regreso a México. La Secretaría de Relaciones Exteriores ha logrado recuperar miles de dólares anuales por este motivo.[251]

A los prejuicios personales que sufren los braceros hay que añadir los que resiente el país; desde luego, una merma de su fuerza de trabajo que, contra lo que algunos suponen, no se neutraliza por el excedente del crecimiento natural, porque no es posible comparar la población infantil improductiva con la población adulta en la edad máxima de producción. En Estados Unidos se calculó en 10 000 dólares el valor de un inmigrante; los 400 000 braceros mexicanos representarían entonces unos 400 millones de dólares.[252] Aunque el argumento esgrimido en la época de Calles de que el país se estaba despoblando a causa de la emigración de los braceros era exagerado, a partir de la segunda guerra mundial se han resentido perjuicios en este sentido, pese a que S. Mosk ha considerado que su salida no perjudicó el trabajo agrícola porque no disminuyó la producción, pero sí la encareció.[253] Por ejemplo, el éxodo de los braceros afectó tanto el trabajo fabril en Monterrey y en Chihuahua, como en La Laguna y en Sonora el agrícola.[254] Alguien propuso en 1951 que para evitar esa clase de inconvenientes se reclutaran los braceros entre los desocupados en las áreas sobrepobladas; esto es, podrían salir del país de 30 000 a 130 000 sin perjudicar la economía.[255]

Desde los años veinte, Anacleto González Flores lamentó los perjuicios que el éxodo de los braceros causaba a la integridad familiar. Esta queja la repitieron las autoridades guanajuatenses en 1945.[256] El doctor Antonio Prado Vértiz cuantificó este problema en 1954, sobre la base de que 80% de los 350 000 braceros eran casados, y de un promedio familiar de dos a tres hijos, esta emigración causaba el abandono de unos 600 000 niños.[257] Según la Iglesia católica, un millón de braceros, de un total de dos millones y medio, había regresado a sus hogares a la mitad del siglo.[258]

A esto se añaden las enfermedades: locura, en casos extremos, y frecuentemente "psicosis de situación". La Secretaría de Salubridad y Asistencia se ocupó desde 1954 de atender a estos enfermos.[259] Una epidemia de meningitis cerebro-espinal y la fiebre de San Joaquín (coccidiodomicosis), se atribuyeron a los braceros, en 1945 y en 1956, respectivamente.[260] El examen que médicos norteamericanos hicieron en 1945 a 10 000 braceros, aparentemente sanos, todos campesinos de 25 a 45 años de edad reveló un índice de tuberculosis de 1.25%. Los braceros han regresado con dólares, por lo menos algunos de ellos, pero también con sífilis y blenorragia.[261] Por ejemplo, en 1946 de los braceros enfermos en Wisconsin, 31% padecían sífilis, además de 60% en el condado de Doña Ana, Nuevo México.[262] Conviene comparar este dato con un optimista informe de las autoridades sanitarias mexicanas: en 1958 más de un cuarto de millón de braceros fueron objeto de un estudio serológico, de examen clínico los positivos, de tratamiento los enfermos, sin que ninguno de ellos fuera rechazado por esa causa.[263] Mucho se ha dicho también que los braceros transmitieron la poliomielitis a México, lo que se ha intentado comprobar relacionando las estadísticas de entrada de braceros y turistas con las altas y bajas de esa enfermedad, hasta 1946 poco conocida en México, pues aunque

ya existía fue a partir de ese año que adquirió un carácter paralítico grave y de proyecciones peligrosas.[264]

A título de comparación puede recordarse que en la historia de los braceros españoles a América en este siglo, también abundan reclutadores y agentes clandestinos que mediante préstamo usurarios les proporcionaban contratos de trabajo; los abusos de las empresas que los transportan; los contratos falsos, y los verdaderos para desempeñar trabajos peligrosos o insalubres.[265] Asimismo, durante mucho tiempo se criticó en Argentina a los trabajadores italianos porque abarataban el salario y porque eran ignorantes y pobres. Con frecuencia eran maltratados, especialmente por los gauchos, y algunas veces eran vejados por las propias autoridades. Generalmente se les reprochaba ser sucios, sobrios y dóciles, rasgos considerados característicos de las "razas inferiores". Hasta aquí la semejanza de españoles e italianos con los mexicanos, porque los italianos, en la segunda generación ya eran argentinos y rápidamente pasaban de asalariados a propietarios.[266]

ALAMBRISTAS, *WET FEET Y WET BACKS*

Los chinos sobresalen en los primeros años de este siglo entre los trabajadores ilegales que entran a Estados Unidos procedentes de territorio mexicano, incluso en 1903 se creó una guardia fronteriza norteamericana para impedirles que ingresaran a ese país.[267] De San Diego a El Paso los ilegales cortaban-saltaban la cerca de alambre para cruzar la frontera, ésos son los "alambristas"; a quienes cruzan el Bravo se les apoda "pies" o "espaldas mojadas", según el caudal del río,[268] a estos últimos se les elogió por los años cincuenta porque convirtieron en un vergel la orilla septentrional del río Bravo y porque sus nietos fueron los mejores ciudadanos del sudoeste de Estados Unidos.[269] La inmigración ilegal es casi tan antigua como la legal. Desde la segunda dé-

cada del siglo XX, pese a la prohibición legal, hubo agentes que contrataron braceros en México. Cuando en 1917 se sancionó penalmente a quienes contrataran braceros en países extranjeros, se acentuó la inmigración ilegal de estos trabajadores. Al entrar Estados Unidos a la primera guerra mundial, se atenuaron las prohibiciones, pero a partir de 1924, y sobre todo con motivo de la crisis de 1929, de nuevo se impidió la entrada de braceros a ese país. Por entonces los braceros que cruzaban ilegalmente el río Bravo, los *wet feet* eran explotados tanto por los "coyotes" como por sus patrones; su situación se asemejaba a la del peonaje.[270]

A fines de los veinte llegaban a Ciudad Juárez en grupos de tres o cuatro, se alojaban en hoteles o casas de huéspedes cercanos a la estación ferrocarrilera, a razón de unos 15 centavos oro por persona; pero si cuatro o cinco compartían una habitación pagaban 30 centavos por el cuarto, por supuesto sin baño, por esta razón hasta diez compartían un cuarto y hasta tres dormían en anchas camas. Mitigaban la espera cantando, jugando cartas y quienes querían entrar legalmente estudiando inglés para aprobar el examen correspondiente; en restaurantes baratos la comida les costaba 25 centavos. Los indocumentados, generalmente en la noche, saltaban la valla para trabajar en los ranchos cercanos por bajos salarios, porque sus patrones se aprovechaban de su situación. Salían de El Paso o de San Antonio en grupos de 50 a 60, ocultos en un camión que soló se detenía para que comieran o para cargar gasolina, usaban latas como orinales. En el Valle Imperial los patrones los explotaban acusándolos de "rojos", y los sindicatos americanos los rechazaban. Algunas autoridades advertían que si no estaban satisfechos podían regresar a México.[271] En suma, la patrulla fronteriza emuló a los *rangers*.

Los norteamericanos de origen mexicano fueron tal vez quienes más resintieron la competencia de los indocumentados; César Chávez los acusó de esquiroles; de cualquier modo, por ser "desesperadamente pobres" continuaron entrando a Estados

Unidos, y como las autoridades sólo a ellos castigaban, y no a los contratistas, se comentó que eso indicaba dónde estaba el interés real.[272]

Por su propia naturaleza las estadísticas de la inmigración ilegal son imprecisas; según fuentes norteamericanas ascendían a varios millares desde los años treinta, calculada sobre la base de que equivale a 30% de la legal.[273] En la década siguiente los ilegales ya superaban a los legales; en Texas eran más abundantes porque México excluyó a este estado del programa legal a causa de que discriminaba a los mexicanos. El Servicio de Inmigración y Naturalización calculó en 1953 que por cada bracero legal aprehendía a cuatro ilegales.[274] La patrulla fronteriza realizó tres campañas contra los ilegales (1930, 1945 y 1947) y se transformó en un pequeño ejército. Alquiló camiones para transportar a los capturados hasta un determinado punto del territorio mexicano, en este procedimiento calificado de ilegal, algunos choferes hacían un negocio redondo: regresando a los deportados y llevando a nuevos indocumentados. Algunas americanas, generalmente de origen mexicano, se casaban con los ilegales por 200 o 300 dólares rembolsables en uno o dos años; después simplemente se separaban o se divorciaban. Según una encuesta realizada en El Paso, 63.5% de los ilegales entraba a pie, el resto a nado; en su mayoría (86%) eran menores de 30 años, la mitad de ellos solteros, de baja escolaridad; la mayoría tenía un nulo conocimiento del inglés, en cambio, algunos ya habían vivido en Estados Unidos y hasta tenían hijos ciudadanos americanos. Los más ambiciosos y con mayores conocimientos del inglés preferían trabajar en las industrias del norte. Temían más a la policía local que a la patrulla fronteriza porque según algunos policías los "malditos mexicanos" sólo sabían robar. En 1969 se enviaron de regreso casi 13 000 ilegales al interior de México. El Servicio de Inmigración utiliza tanto norteamericanos como mexicanos para localizarlos; por esto y porque abarataban los salarios hay cierta

hostilidad entre los mexicanos de ambos lados de la frontera.[275] El temor de no pasar las pruebas de lectura empuja a muchos a internarse ilegalmente a Estados Unidos; en su mayor parte salían de Ciudad Juárez. Los "coyotes" los pasaban cobrándoles de 50 centavos a un dólar, a veces en connivencia con las autoridades norteamericanas y mexicanas, cruzando el río (solución peligrosa) o alquilándoles un pasaporte; su negocio era tan excelente que podían pagar las multas, cien pesos, sin perjuicio alguno.[276] El éxito de ese negocio se basaba, además, en que era facilísimo cruzar la línea divisoria; con sólo pagar más dinero se evitaban las dificultades del ingreso.[277]

La historia de los "espaldas mojadas" fue durante algunos años la de una pelota que se arrojaban las autoridades mexicanas y las norteamericanas, porque ambos países se beneficiaban y se perjudicaban con ese tráfico. Un hacendado texano anunció en 1937 en una estación radiodifusora de El Paso, Texas, que podían pasar pizcadores de algodón a Estados Unidos, aunque carecieran de documentos, con el resultado de que varios incautos fueron deportados y multado el agricultor.[278] Los grandes agricultores norteamericanos obtenían con los "espaldas mojadas" los trabajadores abundantes y baratos que necesitaban. Con la entrada de Estados Unidos a la segunda guerra mundial aumentó de nuevo la demanda de mano de obra mexicana, y aunque existía el camino legal, los granjeros preferían el ilegal por ser más barato. En este sentido fue inútil la circular del 15 de diciembre de 1943, de la Secretaría de Gobernación a los gobernadores de los estados y de los territorios federales, dándoles a conocer el informe del consulado mexicano en McAllen, para proteger a 15 mexicanos hechos prisioneros por haberse internado ilegalmente a Estados Unidos. En efecto, antes de 1944 se calculó el número de los trabajadores ilegales en unos 10 000. En un principio sólo iban a las regiones cercanas a la frontera, pero a partir de los cuarenta, a todos los estados de la Unión Americana; también en un princi-

pio se ocupaban casi exclusivamente en la agricultura, después lo hacían también en otras tareas. Uno de los rasgos distintivos de los "espaldas mojadas" es que con frecuencia llevaban a sus familiares o bien formaban sus familias allá.[279]

En 1946 algunos calcularon en 20 000 el número de braceros que entraron ilegalmente a Estados Unidos; la Secretaría de Relaciones Exteriores en 130 000, seguramente con más exactitud.[280] Un convenio celebrado el 13 de marzo del año siguiente intentó legalizar la situación de quienes se encontraban en Estados Unidos ilegalmente; 55 000 lo hicieron en ese año, y de ese modo sólo se contrataron directamente en México en 1947, cerca de 20 000. Al año siguiente no se repitió la contratación de los "espaldas mojadas", por lo que gran número de ellos se acumuló en la frontera y poco después se internó ilegalmente en Estados Unidos; el gobierno de ese país en lugar de expulsarlos inmediatamente los confió "bajo palabra" a los granjeros; a raíz de ese incidente, el gobierno mexicano anuló el convenio. De 1947 a 1949 se contrataron 74 600 en el interior y se legalizaron 142 200, mediante una deportación simbólica.[281]

Dada su situación irregular, los "espaldas mojadas" han sufrido mucho más que los legales en cuestión de alojamiento, comida y transporte.[282] En 1948 la Secretaría de Relaciones Exteriores calculó su número en poco más de 310 000 anuales, y en dos años más habían aumentado a medio millón; sin embargo, estos cálculos con frecuencia se hicieron sobre el número de deportados, y algunas veces duplican, o aún más, la cuenta de las personas y, en cambio, no consideran los que regresan voluntariamente. De cualquier modo, había en el lado mexicano una reserva de mano de obra siempre lista para pasar: en 1952 los algodoneros de Matamoros necesitaron 25 000 trabajadores y acudieron 60 000, de los que estaban listos para cruzar la frontera a cualquier precio.[283] Investigadores norteamericanos cálcularon en 1950, como ya lo habían hecho otros de esa misma nacionalidad 20

años antes, que una tercera parte de los braceros mexicanos eran ilegales, principalmente por incumplimiento de sus contratos.[284]

Por el hecho de que los braceros ilegales depreciaban la mano de obra nativa, los sindicatos los combatieron enérgicamente.[285] Uno de ellos propuso, al principiar 1949, que para impedir esa inmigración se castigara a quienes los introdujeran y se prohibiera su envío a los patronos que los discriminaran.[286] El Congreso norteamericano prohibió en 1951 a los agricultores que empleaban "espaldas mojadas" que contrataran braceros en los centros de recepción. No tuvo éxito tampoco el proyecto, drástico pero acaso más efectivo, que proponía castigar penalmente a los granjeros que ocuparan trabajadores ilegales.[287] Los "espaldas mojadas" depreciaban el trabajo indígena, y junto con los legales, escribió el *New York Times* en marzo de 1951, convertían el sudoeste de Estados Unidos en una península cultural de México, retardando su asimilación; esto sin contar con que los ilegales creaban un ambiente de amoralidad semejante al de la época de la prohibición.[288]

Al principiar 1952, se aprobó en Estados Unidos penar hasta con 2 000 dólares y cinco años de cárcel a quienes, a sabiendas, albergaban a los extranjeros que entraran clandestinamente.[289] Para los norteamericanos empezó a hacerse cada vez más urgente impedir la inmigración ilegal porque, como lo expresó el senador Hubert H. Humphrey, propagaban enfermedades, delincuencia y pobreza.[290] El fiscal general de California temió otro peligro: con los "espaldas mojadas" podían colarse quintacolumnistas.[291] Al alcalde de El Paso, Texas, no le preocupaban los posibles espías, pues los "espaldas mojadas" eran inofensivos, pero sí que en la primavera de 1954 removieran los basureros de esa ciudad en busca de alimentos y ropa. A las autoridades mexicanas correspondía impedir su salida, y podrían hacerlo si se lo propusieran.[292]

En este juego de pelota, el gobierno mexicano respondía que estaba en las manos del norteamericano resolver el problema, pues bastaría con que sancionara severamente a los granjeros que se aprovecharan de este tráfico ilegal,

> pues bien se comprende que, mientras éstos encuentren facilidades para obtener empleo introduciéndose clandestinamente en el país vecino, persistirán en su actitud de desobediencia a nuestras leyes y a las de dicho país, sin medir las consecuencias y los graves peligros a que se exponen.[293]

El gobierno mexicano pretendió disminuir este tráfico proponiendo en 1953 al norteamericano la contratación de los residentes en los estados mexicanos fronterizos, para que trabajaran en granjas cercanas a la frontera, sin el requisito de que esos trabajadores tuvieran que ir al centro de México para ser seleccionados en las estaciones migratorias. Tomando en consideración para esta propuesta que la mayoría de los deportados residían en los estados del norte de México, y que por esa razón fácilmente se volvían a internar ilegalmente a Estados Unidos en cuanto eran repatriados.[294] De cualquier modo continuó el éxodo de los trabajadores ilegales; según el gobierno mexicano, en 1952 fueron deportados 62 293, el norteamericano los estimó en poco más de medio millón. Al año siguiente, las autoridades mexicanas calcularon en 150 000 los "espaldas mojadas", las norteamericanas en 651 000 y aun en un millón.[295] De acuerdo con una información del *New York Times*, alguien sumaba a los deportados otros tantos que no eran descubiertos, y de ese modo calculaba que uno de cada diez habitantes de México había abandonado el país.[296] Pero este erróneo cálculo no tomaba en cuenta que un mismo bracero entraba y regresaba en repetidas ocasiones.

Fuentes norteamericanas informaron que un cuarto de millón de "espaldas mojadas" habían sido deportados en 1954, pero advirtieron que muchos habían regresado voluntariamente.[297] Aunque todavía para mediados de ese año se calculaba que en California había 100 000 trabajadores ilegales, las medidas toma-

das para impedir su salida fueron haciendo disminuir su número y aumentar correlativamente el de los legales.[298] Esta campaña fue enérgicamente combatida por los granjeros texanos, temerosos de arruinarse sin la ayuda de los "espaldas mojadas". En varias ocasiones se hostilizó en Texas a los agentes de migración, acusados de la desaparición del trabajo barato.[299] Ernesto López Malo calculó el número de trabajadores mexicanos ilegales aprehendidos en Estados Unidos, en el periodo 1928-1950, con base en el promedio registrado en 1951-1952. De acuerdo con esa hipótesis, los trabajadores aprehendidos aumentaron de 25 000 en 1925 a 35 000 en 1929 y disminuyeron all 450 en 1940; a partir de entonces aumentaron hasta alcanzar casi millón y medio en 1954.[300] El cotejo con fuentes oficiales norteamericanas, de 1949 a 1962, coincide en 1952 y en 1953, pero en 1954 sólo calcula poco más de un millón. De acuerdo con esas fuentes, los "espaldas mojadas" aumentaron de los dos tercios del total de braceros en 1949 a 83.4% en 1954; a partir de este año disminuyeron casi sin interrupción a sólo 10% en 1962. En el periodo 1946-1957 sumaron en total cuatro millones y medio.[301] Como se ha visto, estas estadísticas son exageradas porque registran aprehensiones, no personas, y algunas de éstas fueron aprehendidas varias veces.

Desde 1955 este problema estaba en vías de liquidación. Gracias a las medidas emprendidas por ambos gobiernos, los trabajadores ilegales disminuyeron en 90%; en efecto, mientras en 1954 fueron deportados 209 317, al años siguiente sólo 14 855;[302] a mediados de 1956 se deportaron 47 441 trabajadores ilegales. El gobierno mexicano se propuso entonces preferir la agricultura nacional; con tal fin se reclutarían los braceros entre los desocupados de manera escalonada durante el año agrícola, evitando aglomeraciones innecesarias en los centros de contratación, y procurando también que se ausentaran poco tiempo para no deteriorar la familia, base y fundamento "de la estructura social y política de la República",[303] En el primer semestre de 1956 fue-

ron detenidos 3 500 "espaldas mojadas", en contraste con 1.7 millones del periodo 1953-1955.[304] En efecto, mientras en 1953 se realizaron 803 618 aprehensiones de trabajadores ilegales, en 1960 su número disminuyó a sólo 28 492. Según la Secretaría de Relaciones Exteriores esta disminución se debió tanto a la mayor vigilancia de las autoridades norteamericanas, como al convencimiento

> de que si salen de México con un contrato aprobado por el gobierno de su país, obtendrán mayores salarios, seguro por accidentes y enfermedades profesionales y no profesionales, transportes y libertad de acción en el lugar en que se encuentren prestando sus servicios.[305]

En opinión de unos investigadores norteamericanos, entre los "espaldas mojadas" predominaban los jóvenes; tres de cada cinco eran casados, en su mayoría jornaleros y ejidatarios; estos últimos afirmaban que sus parcelas eran insuficientes para sostener a sus familias; casi las dos terceras partes procedían del interior, principalmente de Guanajuato (lo que coincide con lo señalado por Gamio 20 años antes, pero no con lo que supuso el gobierno mexicano en 1953, de que la mayoría eran norteños). De una muestra de 2 475 "espaldas mojadas" 14.2% habían permanecido en Estados Unidos menos de cinco días y 43.5% menos de un mes. La mayoría declaró que no deseaba regresar por las limitadas oportunidades de ganar dinero y por la posibilidad de ser expulsados. Una tercera parte declaró como razón de su emigración los mejores salarios y la mitad, la falta de trabajo en México; 82.2% pasó el río a nado o vadeándolo, el resto en balsas, botes, etc.[306] Con toda razón estos investigadores señalaron que el gobierno mexicano sostenía una política doble sobre esta cuestión: oficialmente se oponía, aduciendo que México necesitaba todos sus brazos, pero de hecho la toleraba porque alivianaba la desocupación y proporcionaba divisas; lo comprobaban señalando que el gobierno mexicano no impedía cruzar el río, ni castigaba a quienes lo hacían.[307] Pero lo mismo podría decirse del go-

bierno norteamericano, que hasta 1954 no castigó a quienes contrataban a los "espaldas mojadas", ni impidió su entrada, aunque oficialmente dijera oponerse, porque sabía que los granjeros los necesitaban.

Mucho se dijo que los "espaldas mojadas" eran particularmente explotados y maltratados, y aunque no faltaron algunos de ellos que negaran estas acusaciones, ni ocasiones en que se les regalaran algunos panes para mitigar su hambre, ni observadores de otras nacionalidades que declararan haber visto el trato correcto que les daban las patrullas fronterizas, las autoridades mexicanas pudieron comprobar que, especialmente en Texas, se les utilizaba para las pizcas de segunda y tercera mano (la primera la hacían los norteamericanos, generalmente con máquinas automáticas).[308] Las propias autoridades federales norteamericanas de migración calificaron en 1948 de verdadera servidumbre el trabajo de los "espaldas mojadas", pero creían que México tenía la culpa por haber puesto en la lista negra a Texas, obligando a los granjeros de ese estado a recurrir al trabajo ilegal.[309] Según la Liga de Ciudadanos Latinoamericanos Unidos, los granjeros texanos, en su mayoría de origen alemán, además de proporcionar a los "espaldas mojadas" bajos salarios, tiendas de raya, pésima comida y habitación, algunas veces, para no pagarles, los denunciaban a las autoridades para que los deportaran.[310] No es de extrañar, por tanto, que en ciertos distritos texa-nos la tasa de mortalidad de la población hispanoparlante fuera dos veces mayor que la de habla inglesa. En 1949, 48% de las defunciones ocurrieron entre menores de un año de edad (en México en esa misma fecha fue de 27%), diezmados por la disentería y la tuberculosis.[311] En California el coeficiente de mortalidad infantil era 28.6; en Valle Imperial, ocupado por los braceros, 56.2%.[312] Del mismo modo en los campos de remolacha aunque los braceros sólo representaban 1.5% de la población, formaban la cuarta parte de los tuberculosos hospitalizados.[313]

Según un funcionario mexicano, los braceros vivían en un "infierno", que empezaba con la explotación de que eran objeto en su propio país por el comisario ejidal y los caciques; su desesperación era tanta que en California cruzaban a nado un canal de aguas negras para llegar a Estados Unidos.[314] Varios sindicatos norteamericanos denunciaron esta explotación; en Arizona y en California las patrullas fronterizas los hacían trabajar en las obras públicas a cambio de la comida y de un lugar para dormir.[315]

Algunas veces se les capturaba con ayuda de perros entrenados para rastrear y vigilar, no para atacar, tareas que realizaban con gran delicadeza, gruñendo en tono bajo, al decir de las autoridades norteamericanas.[316] La rapidez con que se les deportaba se prestó a abusos adicionales, como la pérdida de su ropa y su dinero.[317] A partir de 1951 se les deportó en avión, con la esperanza de que al alejarlos mucho de la frontera se dificultara su regreso, lo que no se logró en un principio.[318] McAllen fue un campo texano de concentración de triste recuerdo para los "espaldas mojadas"; en él eran alojados a la intemperie y hasta golpeados; algunos de los guardias y cocineros eran mexicanos que se esmeraban en maltratarlos.[319] A princi pios de 1955 se les embarcó en Brownsville rumbo al puerto de Veracruz; funcionarios norteamericanos denunciaron que ese viaje era sumamente peligroso por las condiciones de la corbeta en que eran transportados; viajaban en condiciones que sólo tenían "comparación con las galeras de esclavos del siglo XVIII".[320] A raíz de un motín se suspendieron esos viajes y se usaron ferrocarriles, autobuses y de nuevo aviones, pero éstos, por lo anticuados, resultaban aún más peligrosos.[321] Las ciudades fronterizas mexicanas resintieron entonces los perjuicios, pues los "espaldas mojadas" llegaban sin dinero.[322] El gobierno mexicano rehusó, en 1956, permitir que buques de matrícula mexicana regresaran a los deportados, porque las autoridades norteamericanas eran las más interesadas en deportarlos. En abril del año siguiente, éstas proyectaron regresar-

los a Veracruz en los barcos utilizados en la guerra para desembarcar a los soldados.[323] También han emigrado mujeres "espaldas mojadas"; por los cincuenta se dijo, probablemente con exageración, que su número era tan considerable como el de los hombres. Sus patronas estaban muy contentas porque por su condición ilegal, trabajaban intensamente; ellas, por su parte, estaban satisfechas porque ganaban de dos a cuatro dólares diarios, más casa y comida, por un trabajo más sencillo que en México, pues estaba muy mecanizado.[324]

Aunque como se ha visto la mayoría de los braceros son varones, desde 1919 hubo información sobre mujeres.[325] Desde luego los tratados posteriores no se refieren a embarazo, parto y lactancia, pese a que la proporción femenina aumenta de 20% en los primeros años del siglo a 46% en 1964.[326] Desde la mitad del siglo se dijo que emigraban tantas mujeres como hombres ilegales; exagerado o no ese dato lo cierto es que las patronas las recibían muy contentas porque por su condición ilegal su trabajo era más intenso. Algunas mujeres cruzaban el puente en El Paso en la mañana con permiso de visitantes, del otro lado las recibían sus patronas, quienes las regresaban en la noche; en sentido estricto no eran conmutantes porque no tenían visa de inmigrante, pero de hecho lo eran porque iban a trabajar todos los días. De cualquier modo, un subcomité del Senado americano propuso expulsarlas por ilegales.[327] En fin, la gravedad de este problema se reflejó en varias películas mexicanas que en los años cincuenta criticaron la situación de los "espaldas mojadas"; tal vez la más célebre de ellas es la que lleva ese título.[328]

Notas al pie

* Aunque mas bien parece tratarse del registro de entrdas, y una misma persona puede entrat varias veces.

[1] González Navarro, *La colonización en México*, 1960, pp. 123-140; Whetten, "Internal Migrations", en *Rural Sociology*, p. 141; Glade y Anderson, *The Political Economy of Mexico*, 1963, p. 19; Molina Enriquez, *Los grandes problemas nacionales*, 1909, p. 89.

[2] MGob 1929-1930, p. 371.

[3] DDd 16 de noviembre de 1911, p. 8.

[4] *66th Congress. 2nd Session, December 1, 1919-June 5, 1920; Senate Documents. Investigation of Mexican Affairs, Preliminary Report and Hearing of the Committee of Foreign Relations to investigate the matter of outrages on citizens of United States in Mexico*, 1920, vol. 10, pp. 2 y 328.

[5] Silva Herzog, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria. Exposición y crítica*, 1959, p. 131; DDd 6 de diciembre de 1917, p. 8; Pue 27 de agosto de 1915.

[6] Grebler, *Mexican-American Study Project. Advance Report 2. Mexican Immigration to the United States: The record and its implications*, 1966, p. 48.

[7] *66th Congress*, vol. 9, p. 1369; vol. 10, pp. 2 y 302; González Rothvoss y Gil, *Los problemas actuales de la emigración española*, 1949, p. 167.

[8] *A Documentary History of the Mexican-A mericans*, 1972, p. 265; Vasconcelos, *Indoiogía. Una interpretación de la cultura iberoamericana*, 1926, p. 193.

[9] IChih 1916, p. 11.

[10] Pue 14 de agosto de 1916.

[11] MH 1923-1925, p. 345.

[12] Gamio, *Mexican Immigration. A study of human migration and adjustment*, 1930, p. 30.

[13] *Ibid.*, p. 30.

[14] Bogardus, *The Mexican in the United States*, 1934, p. 14.

[15] *La industria, el comercio y el trabajo en México durante la gestión administrativa del señor Gral. Plutarco Elias Calles*, 1928, vol. III, pp. 533-534.

[16] MGob 1929-1930, p. 405.

[17] DDd 1º de septiembre de 1921, p. 4; Gamio, *Mexican*, p. 37; Bogardus, *The Mexican*, página 39.

[18] Taylor, *A Spanish-Mexican Peasant Comunity: Arandas in Jalisco, México*, 1933, p. 40.

[19] Gamio, *Mexican*, p. 171; Santibáñez, *Ensayo acerca de la inmigración mexicana en los Estados Unidos*, 1930, p. 40.

[20] IDgo 1926-1927, p. 16; IDgo 1935, pp. 8-9.

[21] N 17 de junio de 1942.

[22] Na 13 de junio de 1948; Alanís Patiño, López Bermúdez y Mesa Andraca, "Problemas de la tenencia y aprovechamiento de la tierra en México", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, 1953, p. 154; E 12 de abril de 1958.

[23] HL 15 de marzo de 1944.

[24] Pr 24 de marzo de 1944; U 6 de diciembre 1948 y 15 de marzo de 1950.

[25] E 6 de septiembre de 1953 y 24 de enero de 1954; *Memoria del Congreso de Toluca*, página 368.

[26] TE enero-marzo de 1950, p. 35.

[27] N 23 de enero de 1954; E 27 de enero y de 11 de febrero de 1954; N 20 de octubre de 1954.

[28] Hancock, *The role of the bracero in the economic and cultural dynamics of Mexico. A case study of Chihuahua*, 1959, pp. 3 y 65-66.

[29] U 27 de mayo de 1957; N 16 de marzo de 1958; U 13 de marzo de 1959; *Memoria del Congreso de Toluca*, p. 11.

[30] E 27 de agosto de 1955 y 30 de julio de 1956; N 15 de junio de 1956; Na 29 de septiembre de 1950; E 11 de marzo de 1957; U 28 de mayo de 1958; *Memoria del Congreso do Toluca*, p. 116.

[31] U 13 de julio de 1955.

[32] Po 16 de julio de 1951; E 15 de enero de 1954.

[33] Po 27 de mayo de 1957.

[34] López Malo, *Ensayo sobre localización de la industria en México*, 1960, p. 56.

[35] E 3 de junio de 1958.

[36] De la Peña, "Problemas demográficos y agrarios", en *Problemas agrícolas e industriales de México*, 1950, p. 11; De la Peña, *El pueblo y su tierra: mito y realidad de la reforma agraria en México*, 1964, p. 149.

[37] TE enero-marzo de 1950, p. 36.

[38] MR 1947-1948, p. 20.

[39] U 11 de mayo de 1954.

[40] MGob 1937-1938, p. 84.

[41] DDd 1º de septiembre de 1946, p. 5.

[42] N 10 de octubre de 1949; IZac 1944-1945, p. 15; IZac 1946, p. 36; IZac 1955, p. 13; IZac 1954, p. 12; ICoah 1955-1956, p. 18; U 9 de julio de 1960; IAgs 1960, p. 15; ISLP 1959, p. 10; ISLP 1964, p. 11; MGob 1943-1944, p. 130; IQro 1958, p. 42; N 17 de junio de 1942.

[43] MR 1950-1951, p. 11.

[44] N 18 de febrero de 1953.

[45] U 3 de abril y 6 de mayo de 1954; Gamio, *El inmigrante mexicano. La historia de su vida*, 1969, p. 26.

[46] E 20 de enero de 1954.

[47] E 7 de junio de 1956; 5 de marzo y 16 de julio de 1957.

[48] MR 1958, pp. 302-303.

[49] *Ibid.;* Leal Carrillo, *Importancia económica y social de la población mexicana en Estados Unidos de Norteamérica*, 1963, p. 84.

[50] DDd 1º de septiembre de 1953, p. 4.

[51] N 8 de octubre de 1953.

[52] U 26 de agosto de 1954.

[53] DDd 1º de septiembre de 1957, pp. 4-5.

[54] ITamps 1951-1957, p. 210.

[55] DDd 6 de septiembre de 1957, p. 14.

[56] Po 8 de septiembre de 1942.

[57] U 18 de septiembre de 1946 y 9 de febrero de 1954.

[58] Hancock, *The role*, p. 112.

[59] U 7 de junio de 1951.

[60] N 14, 16, 20, 24 y 25 de julio de 1953.

[61] Po 2 de febrero de 1958.

[62] E 27 de septiembre de 1956.

[63] IAgs 1957-1959, p. 101.

[64] Na 23 de septiembre de 1955.

[65] Garcia Riera, *México visto por el cine extranjero*, 1987, vol. I, p. 104.

[66] Julián Samora, *The wet back story*, 1971, pp. 24 y 61.

[67] Chatelain, "Les migrations fran£aises vers le Nouveau Monde au XIX et XX e siecles", en *Annales Economies Sociétés-Civilisations*, 1947, p. 55.

[68] Gonnard, *Essai sur Vhistoire de la emigration*, 1928, pp. 26, 31 y 235; Reinhardt, *Histoire de la population mondiales de 1700 a 1948*, 1949, p. 323; González Rothvoss y Gil, *Los problemas*, p. 32.

[69] U.S. Bureau of the Census, *Statistical Abstract of the United States: (90th edition)*, 1969, p. 90.

* Cifra citada por Grebler un poco mayor que la del cuadro 4: 243 171.

[70] Gleber, *Mexican-American Study*, p. 8; Greer, *The Demographic impact of the Mexican Revolution, 1920-1921*, 1965, p. 59.

* En la entrada incluye visitantes, asilados, estudiantes, repatriados, diplomáticos nacionales y extranjeros y permisos de cortesía; excluye transmigrantes. En la salida

incluye visitantes, asilados, deportados, emigrantes temporales nacionales, diplomáticos nacionales y extranjeros; excluye transmigrantes.

[71] AE 1953, p. 159; AE 1955-1956, pp. 129-130; AE 1958-1959, p. 130; AE 1960-1961, p. 103; AE 1964-1965, p. 116; AEC 1970, p. 49.

[72] MR 1927-1928, p. 818.

[73] Gamio, *Quantitative Sources and distribution of Mexican Immigration into the United State*, 1930, p. 9.

[74] MR 1929-1930, II, pp. 1714-1716, Bogardus, *The Mexican*, pp. 13-14.

[75] Leal Carrillo, *Importancia*, p. 47; De la Peña, "Problemas", p. 305; AE 1941, p. 20.

[76] *The 1973 World Almanac*, pp. 138-139. En 1970 se censaron 2 311 251 personas nacidas en México y segunda generación, es decir, 1.13% de los 205 400 000 habitantes en Estados Unidos en esa fecha.

En suma, los mexicanos nacidos en México y sus descendientes aumentan, en números absolutos y relativos (en relación con el total de habitantes en México), de la siguiente manera:

1900: 103 391 0.76%.

1910: 221 675 1.46%.

1921: 487 768 3.40%.

1930: 1 242 533 8.59%.

1940: 337 433 1.87%.

1950: 1 342 542 5.21%.

1960: 1 735 992 4.97%.

1970: 2 311 251 4.78%.

[77] *The 1973 World Almanac*, pp. 138-139. En 1970 destaca un hecho fundamental, California se convierte en el principal foco de atracción; en números absolutos los nacidos en México y la segunda generación suman 1 112 008, o sea 48.11% del total. Texas pasa al segundo lugar con 711 058 y 30.76 por ciento.

[78] Gamio, *Quantitative*; AE 1940, p. 34; AE 1942, p. 37; U.S. Department of Commerce Bureau of the Census: *1950 Census of Population*, 1954, tabla 13; U.S. Department of *Reports*, 1962, pp. 5-6; *Twelfth Census of the United States*, I, p. XVIII; McWilliams, *North from Mexico. The Spanish-speaking people of the United States*, 1968, pp. 222, 294; Grebler, *The Mexican*, p. 9.

[79] Leal Carrillo, *Importancia*, pp. 6, 94, 97; MR 1959, p. 389; Grebler, *The Mexican*, pp. 73-74.

[80] *Ibid*.

[81] MR 1957, p. 393.

[82] MR 1955, II, p. 243.

[83] NA 14 de noviembre de 1952.

★ Sin embargo, hay algunas diferencias entre ambos, en 1954, 1955, 1956 y 1958 las cifras del cuadro 5 son mayores que las del cuadro 6; en los otros años ocurre lo contrario.

[84] MGob 1942-1943, p. 75; MT 1943-1944, p. 45; MT 1944-1945, p. 37.

[85] MR 1955, II, p. 241; MR 1958, p. 296.

[86] MR 1960, p. 729.

[87] González Navarro, *La colonización en México*, 1960, pp. 123-124

[88] Taylor, *A Spanish-Mexican*, p. 20.

[89] Gómez Quiñones y Maciel, *La clase obrera en la historia de México. Al norte del río Bravo (pasado lejano) (1600-1930)* 1981, p. 201; MR 1956, pp. 372-375.

★ Tal vez esta cifra de la Secretaría de Relaciones Exteriores no toma en cuenta las diferencias regionales y de cultivos.

[90] Hancock, *The role*, p. 22; De la Peña, *El pueblo*, p. 142.

[91] MR 1954, p. 697.

[92] MR 1959, p. 393; Tamayo, *Geografía general de México*, 1962, vol. III, pp. 440-441.

[93] AE 1964-1965, p. 119.

[94] IAGr 1945-1946, p. 419; Hecke *et ai*, "Los trabajadores migratorios en la agricultura norteamericana", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, 1958, p. 121.

[95] Galarza, "Trabajadores mexicanos en tierra extraña", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, núms. 1-2, enero-junio de 1958, p. 4.

[96] Leal Carrillo, *Importancia*, p. 111.

[97] Hecke, "Los trabajadores", p. 91.

★ En 1963 trabajaba en California una cuarta parte de los braceros extranjeros (mexicanos en su mayoría), en 1962 la mitad de los mexicanos.

[98] Leal Carrillo, *Importancia*, p. 111.

[99] U 2 de enero de 1917

[100] MR 1927-1928, pp. 857-866.

[101] MGob 1929-1930, pp. 392-394.

[102] N 23 de septiembre de 1955.

[103] Covarrubias, *La reforma agraria y la revolución*, 1928, p. 10.

[104] MR 1928-1929, III, p. 1570.

[105] Gamio, *Quantitative*, pp. 15-16.

[106] Gamio, *Mexican*, pp. 24-25.

[107] DDd 15 de diciembre de 1932, pp. 3-4.

[108] MGob 1927-1938, p. 60.

[109] MR 1942-1943, I, p. 516.

[110] E 14 de diciembre de 1945.

[111] E 2 de junio de 1950 y 15 de marzo de 1951.

[112] N 10 de julio de 1948.

[113] U 7 de julio de 1951.

[114] N 25 de agosto de 1947; U 22 de febrero de 1957.

[115] IDgo 1946, p. 98; Lewis, "Mexico since Cardenas", en Adams *et al., Social change in Latin American today. Its implications for United States Policy*, 1960, p. 749; Hancock, *The role*, p. 25.

[116] Gamio, *Mexican*, pp. 160-162.

[117] Taylor, *A Spanish Mexican*, pp. 56-61.

[118] N 25 de agosto de 1947.

[119] Townsend, *Lázaro Cardenas demócrata mexicano*, 1959, p. 309.

[120] BM 1928, pp. 27-28.

[121] BM 1931, p. 27.

[122] BM 1937, p. 18.

[123] NF 1939, p. 14.

[124] BM 1941, p. 22; BM 1940, p. 20.

[125] BM 1942, pp. 17-18 y 23.

[126] bm 1943, p. 18.

[127] NF 1943, pp. 16-18.

[128] BM 1944, p. 25.

[129] NF 1943, p. 19.

[130] NF 1944, pp. 15-16.

[131] DDd 7 de noviembre de 1944, p. 11; Townsend, *Cárdenas*, p. 306.

* Las remesas de los braceros se estiman con base en sus ahorros obligatorios, suponiendo que el monto total de sus salarios guarda relación con los envíos que hacen en giros postales, telegráficos y bancarios. Una vez conocidos los salarios totales, se ha estimado que los envíos y el dinero en efectivo representan la cuarta parte de los ingresos totales en los meses en que salen al exterior y 30% en los que regresan. Estas estadísticas excluyen tanto los dólares que los braceros cambian en la frontera (éstos se captan en las transacciones fronterizas), como los que retienen al internarse al país. Sin embargo, en 1957 se incluyeron en las remesas de los braceros las ventas de dólares que hacen las oficinas de cambio del Banco de México en las ciudades fronterizas.

Es curioso que los datos del Banco de México y de la Secretaría de Relaciones Exteriores discrepen mucho en 1960, ya que el primero calculó que las remesas de los braceros ascendían a 36 millones de dólares y la segunda los fijó en sólo 20 a 25. Pero más importante aún es recordar que mientras en 1919-1926 se calculó que cada bracero

ahorraba unos 229 dólares anuales, a partir de la segunda guerra mundial sólo de 60 a 80, seguramente porque trabajaban alrededor de cuatro meses.

[132] BM 1946, p. 14; BM 1947, p. 56; BM 1957, p. 39; BM 1958, p. 35; MR 1960, p. 733. El cálculo de los gastos de los turistas es el resultado de diversas encuestas, a las que se aplican promedios según la nacionalidad, zona visitada, alojamiento utilizado, permanencia, motivo del viaje, etcétera.

[133] BM 1945, p. 15.

[134] BM 1947, pp. 15, 19 y 43.

[135] Zorrilla, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América*, 1965-1966, vol. II, p. 557.

[136] NF 1946, p. 32; BM 1948, p. 10.

[137] BM 1948, p. 19.

[138] BM 1949, p. 19.

[139] *Ibid*., p. 21.

[140] BM 1950, p. 30.

[141] BM 1951, p. 178.

[142] NF 1950, p. 24.

[143] BM 1952, p. 19; NF 1951, p. 12.

[144] BM 1952, p. 158.

[145] BM 1953, pp. 57-60.

[146] BM 1954, p. 51.

[147] NF 1954, p. 36.

[148] BM 1955, pp. 31-39; MH 1954, I, p. 156.

[149] BM 1956, pp. 13 y 24-31.

[150] BM 1957, pp. 15-16 y 31-39.

[151] HM 1958, pp. 16 y 28-35.

[152] BM 1959, pp. 32-34; NF 1958, p. 153.

[153] BM 1961, pp. 19-23.

[154] BM 1961, pp. 19-23 y 40-45.

[155] BM 1962, pp. 17-43.

[156] NF 1961, pp. 33-36.

[157] E 17 de junio de 1965.

[158] MBCN 1924-1927, pp. 24-25.

[159] IBC 1956, p. 35.

[160] ITamps 1963, p. 196.

[161] 50 *años de Revolución Mexicana en cifras*, 1963, p. 14; AEC 1966, p. 46; AEC 1970, pp. 51 y 54.

[162] *Memoria Quinta Reunión Parlamentaria*, pp. 178, 181.

[163] U. S. Bureau of the Census, *Statistical Abstract of the United States: 1958*, 1958, página 99.

[164] Gamio, *Mexican*, pp. 160-162.

[165] MGob 1943-1944, p. 130.

[166] U 21 de mayo de 1955.

[167] U 3 de octubre de 1943.

[168] E 10 de octubre de 1943 y 6 de enero de 1944.

[169] E 11, 12 y 13 de diciembre de 1944.

[170] U 9 de septiembre de 1949; E 14 de julio de 1955; Jones, *Los braceros mexicanos en los Estados Unidos durante el período bélico. El programa mexicano-estadounidense de prestación de mano de obra*, 1946, p. 16.

[171] N 1º de octubre de 1960.

[172] E 27 de febrero de 1954.

[173] TE vol XII, 1945, p. 33.

[174] MGto 1951-1952, p. 31; IOax 1959-1960, p. 92.

[175] Gonnard, *Essai sur l'histoire de la émigration*, 1928, p. 237.

[176] *Les algeriens en France. Étude demographique et sociale*, 1955, pp. 26-27.

[177] MGto 1951-1952, p. 31; IOax 1959-1960, p. 92.

[178] DDd 30 de septiembre de 1911, p. 4.

[179] Im 22 de diciembre 1913.

[180] *Discursos del general Obregón*, 1932, pp. 70-73.

[181] DDd 1º de septiembre de 1918, pp. 10-11; IJal 1914-1916, p. 36, Ulloa, *Revolución Mexicana 1910-1920*, 1963, p. 374.

[182] BGob, IV, pp. 21 y 312-316.

[183] Bogardus, *The Mexican*, pp. 40-41.

[184] MGob 1929-1930, p. 409; Gamio, *Mexican*, p. VII.

[185] González Roa, *El aspecto agrario de la Revolución Mexicana*, 1919, p. 196.

[186] DDd 1º de septiembre de 1919, pp. 9-10.

[187] MR 1925-1926, p. 151.

[188] Santibáñez, *Ensayo acerca de la Revolución Mexicana*, 1930, p. 73; Bogardus, *The Mexican*, p. 34.

[189] Gamio, *Mexican*, pp. XIV-XV.

[190] Gamip, *El inmigrante*, pp. 87-94 y 102.

[191] *Ibid.*, pp. 104 y 107.

* Lo comprueba el archivo de Plutarco Elías Calles.

[192] *Ibid.*, pp. 113-130, 135-151 y 153-173.

[193] *Ibid.*, pp. 177-185.

[194] *Ibid.*, pp. 186-201.

[195] *Ibid.*, pp. 203-204.

[196] *Ibid.*, pp. 210-218.

[197] *Ibid.*, pp. 219-228 y 230-251.

[198] Ibid., pp. 256-267.

[199] *Ibid.*, pp. 229-251.

[200] Cosío Villegas, *Memorias*, 1976, pp. 50 y 57.

[201] González Blanco, *Carranza y la Revolución de México*, 1914, p. 97.

[202] Gamio, *Forjando Patria (pro-nacionalista)*, 1916, pp. 39, 93, 172, 227 y 230.

[203] Gómez Quiñones y Maciel, *La clase obrera*, p. 174.

[204] Vasconcelos y Gamio, *Aspects of Mexican Civilization*, 1926, pp. 37 y 135-136; Vasconcelos, *Indoiogía. Una interpretación de la cultura Ibero-Americana*, 1926, pp. 70 y 160.

[205] Torres Bodet, *Memorias. El Desierto Internacional. La Tierra Prometida. Equinoccio*, 1981, vol. II, pp. 56-57.

[206] DDs 1º de septiembre de 1907, p. 4.

[207] AGN R Obregón-Calles PI num. 62 Diversos 104-M-49; *Curso Zapopano*, pp. 234-237.

[208] Gamio, *Mexican*, p. 164; MR 1931-1932, p. 332.

[209] MGob 1929-1930, p. 289.

[210] Bogardus, *The Mexican*, p. 164; MB 1931-1932, p. 332; McWilliams, *North*, p. 190.

[211] MT 1933-1934, pp. 197-199; MB 1932-1933, pp. 230-236; McWilliams, *North*, pp. 191, 194.

[212] MR 1933-1934, pp. 411-412; Ulloa, *Revolución*, p. 465.

[213] MR 1936-1937, vol. II, pp. 305-306; McWilliams, *North*, pp. 192 y 195.

[214] McWilliams, *North*, pp. 227-251 y 266.

[215] U 27 de agosto de 1942; N 11 de febrero de 1943.

[216] Correa, *El balance del avilacamachismo*, 1946, pp. 294, 297 y 305.

[217] E 17 de abril de 1956; MT 1945-1946, pp. 74-75; E 21 de octubre de 1956.

[218] E 13 de septiembre de 1951.

[219] He (Chih) 16 de septiembre de 1952; N 17 de septiembre de 1954.

[220] ISon 1950-1951, p. 48.

[221] Leal Carrillo, *Importancia*, p. 114.

[222] MJal 1943-1947, p. 45; MGto 1952-1953, p. 49; IMich 1955-1956, p. 16; IBC 1961, p. 41; IChih 1964, p. 4; IDgo 1961; IDgo 1964, p. 59.

[223] N 22 de agosto de 1944; MR 1947-1948, pp. 401-402.

[224] N 11 de enero de 1956.

[225] Na 14 de diciembre de 1943; E 7 de abril de 1944; McWilliams, *North*, p. 215.

[226] E 7 de mayo de 1944 y 19 de octubre de 1945.

[227] Na 22 de septiembre de 1946.

[228] MR 1947-1948, p. 18.

[229] MR 1956, pp. 375-378.

[230] MR 1958, pp. 296-297.

[231] MR 1942-1943, II, pp. 27-34; Pue 12 de abril de 1915; McWilliams, *North*, p. 272.

[232] E 5 de diciembre de 1943; DD 11 de septiembre de 1945, p. 3.

[233] N 22 de agosto de 1944; MR 1947-1948, pp. 401-402.

[234] MR 1948-1949, p. 214; E 29 de septiembre de 1949; Na 17 de junio de 1952.

[235] MR 1954, p. 654; Grebler, *The Mexican*, p. 530.

* Probablemente también se trate de norteamericanos de origen mexicano.

[236] Na 4 de julio de 1944; E 28 de junio de 1948; E 3 de agosto de 1948; E 3 de agosto de 1945; U 14 de diciembre de 1945; Hancock, *The role*, p. 69.

[237] MR 1947-1948, p. 17.

[238] E 28 y 30 de abril; 26 de mayo de 1947; N 20 de febrero de 1957.

[239] Po 20 de septiembre de 1957.

[240] MR 1958, p. 297; MR 1960, p. 732.

[241] U 9 de junio de 1959.

[242] U 19 de octubre de 1948.

[243] N 20 de octubre de 1949; E 5 de septiembre de 1947.

[244] N 6 de marzo de 1950.

[245] U 16 de abril de 1957; E 21 de mayo de 1957.

[246] E 24 de noviembre de 1957.

[247] *Ibid*.

[248] Hecke, "Los trabajadores", p. 19.

[249] E 31 de mayo y 19 junio de 1955.

[250] U 22 de agosto y 14 de octubre de 1955.

[251] U 29 de julio de 1956; Galarza, "Trabajadores", pp. 83-84; Jones, *Los braceros*, p. 14.

[252] NF 1945, p. 20; Leal Carrillo, *Importancia*, pp. 117-119.

[253] MSA 1944-1945, p. 70; Mosk, "Revolución", p. 164.

[254] U 18 de febrero de 1956; N 5 de mayo de 1956; U 19 de septiembre de 1957; ISon 1950-1951, p. 48.

[255] E 10 y 12 de abril de 1951.

[256] E 2 de abril de 1945.

[257] N 6 de mayo de 1954.

[258] Hancok, *The role*, p. 39.

[259] E 25 de agosto de 1944; MT 1944-1945, p. 43.

[260] E 21 de septiembre de 1945 y 22 de octubre de 1956.

[261] MSA 1944-1945, p. 68.

[262] Na 21 de septiembre de 1959; TE, enero-marzo de 1950, p. 45; Hancok, *The role*, p. 124.

[263] MSSAP 1952-1958, p. 142.

[264] Po 16 de junio de 1946; N 6 de marzo de 1950; Na 21 de febrero y E 4 y 31 de agosto de 1953.

[265] González Rothvos, *Los problemas actuales de la emigración española*, 1949, pp. 25-26.

[266] Gonnard, *Essai*, pp. 245-247.

[267] Samora, *The wetback story*, 1971, pp. 34 y 63.

[268] *Ibid*., p. 5.

[269] E 24 de marzo de 1952.

[270] *Origins Texas*, pp. 11-18.

[271] Gómez Quiñones y Maciel, *La clase*, p. 176; Gamio, *Mexican*, pp. 204-205.

[272] HM 110, pp. 178-180.

[273] Bogardus, *The Mexican*, p. 15.

[274] Grebler, *Mexican American Study*, p. 34.

[275] Samora, *The wet back story*, pp. 43-45, 51, 75-78, 94-95, 117-119 y 168.

[276] Gamio, *Mexican*, pp. 205-207.

[277] MGob 1929-1930, p. 295.

[278] G 28 de octubre de 1937.

[279] Na 25 de septiembre de 1941; Hecke, "Los trabajadores", p. 127; MGob 1943-1944, página 130.

[280] E 12 y 18 de febrero de 1946; MR 1945-1946, p. 109.

[281] E 13 de marzo de 1947; Hecke, "Los trabajadores", p. 118; Na 21 de octubre de 1948.

[282] U 3 de enero de 1949.

[283] MR 1947-1948, p. 20; E 28 de julio de 1950; U 19 de junio de 1952.

[284] Hecke, "Los trabajadores", p. 113.

[285] E 26 de febrero de 1949.

[286] E 16 de febrero de 1949.

[287] E 1º de julio de 1951; Na 28 de junio de 1951.

[288] "Artículos publicados en la prensa norteamericana", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, 1958, pp. 223-224.

[289] E 5 de febrero de 1952.

[290] E 16 de mayo de 1953.

[291] U 3 de diciembre de 1953.

[292] N 6 de mayo de 1954.

[293] MR 1951-1952, p. 184.

[294] MR 1952-1953, II, p. 405.

[295] IGob 1951-1952, II, p. 405; E 26 de junio de 1952 y 18 de febrero de 1953; U 17 de diciembre de 1953.

[296] E 18 de marzo de 1954.

[297] N 8 y 9 de octubre de 1954.

[298] E 18 de junio y N 24 de diciembre de 1954.

[299] E 3 de agosto de 1954.

[300] López Malo, *Ensayo*, p. 55.

[301] Leal Carrillo, *Importancia*, p. 116; Hancock, *The role*, p. 17.

[302] DDd 1º de septiembre de 1955, p. 6; Na 9 de diciembre de 1955.

[303] E 25 de julio de 1956; MR 1956, p. 382.

[304] N 17 de julio de 1956; Lewis, "México", p. 132.

[305] MR 1960, p. 731.

[306] Saunders y Leonard, "Los espaldas mojadas en el bajo valle del Río Grande, de Texas", en *problemas Agrícolas e Industriales de México*, 1952, pp. 23-31.

[307] *Ibid*., p. 56.

[308] U 6 de mayo y 7 de septiembre de 1950; Leroy, *Contribution a l'étude du probleme des wetbacks*, 1951; Anexo I, MR 1947-1948, p. 17.

[309] E 2 de diciembre de 1948.

[310] Na 10 de julio de 1949.

[311] Saunders y Leonard, "Los espaldas mojadas", pp. 21-22.

[312] Hecke, "Los trabajadores", p. 135.

[313] Williams, "Los cuervos", pp. 174-182.

[314] U 4 de marzo de 1952 y 14 de julio de 1954.

[315] Po 25 de junio de 1953; Na 20 de enero de 1954; N 6 de rñarzo de 1954.

[316] E 7 de agosto de 1955.

[317] N 1º de agosto de 1954.

[318] N 21 de junio y 9 de agosto de 1951.

[319] N 16 de junio de 1952; U 21 de febrero de 1955.

[320] E 29 de enero de 1955; Na 13 de agosto de 1956.

[321] E 17 de septiembre de 1956; N 22 de septiembre de 1956; E 22 de diciembre de 1957.

[322] E 13 de septiembre de 1956.

[323] N 23 de octubre de 1956; E 5 de abril de 1957.

[324] E 24 y 25 de febrero de 1955.

[325] Gómez Quiñones y Maciel, *La clase*, p. 210.

[326] García Téllez, *La migración de braceros a los Estados Unidos*, 1955, pp. 38-39; Loyo, *El inmigrante*, p. 46.

[327] Samora, *The wetback*, pp. 59, 134, 156 y 166.

[328] Turner, *The Dynamic of Mexican Nationalism*, 1968, p. 302.

5. LA EMIGRACIÓN (III)

No vayáis al Norte (II)

Algunas veces las autoridades mexicanas y americanas han intentado impedir o, cuando menos restringir, la emigración de los braceros. La comisión Dillingham los rechazó en 1911 porque eran inferiores, por el gran apego a su tierra, su analfabetismo y sus pocos deseos de naturalizarse; eran por tanto, indeseables como ciudadanos de Estados Unidos, pero deseables como trabajadores.[1] La prensa de Victoriano Huerta inventó dos años después una revolución negra en Estados Unidos y los constitucionalistas invocaron la protección a los trabajadores para disuadir a los aspirantes a braceros.[2] Al caer Huerta, algunos de sus seguidores y varios empleados inferiores emigraron a Estados Unidos; entre estos últimos se cuenta Luis Fernández MacGregor, quien fracasó en el rudo trabajo fabril (objetos de hule, pinturas, carros de ferrocarril) nuevo para él; la cortedad del salario lo obligaba a compartir la cama turnándosela con otro mexicano. Angustiado pidió ayuda a su familia y ésta le proporcionó el pasaje de regreso,[3] pero muchos miles de mexicanos no tenían a quién pedir ayuda para regresar al país.

Las autoridades intentaron, a partir de 1917, sujetar la salida de los trabajadores a la aprobación del Departamento de Trabajo y de los cónsules del país al que fueran contratados, con el objeto de protegerlos convenientemente.[4] La Secretaría de Gobernación ordenó, el 22 de febrero de 1919, que los presidentes muni-

cipales informaran a los presuntos braceros de las asechanzas de los enganchadores y remitió un modelo de contrato, válido únicamente para los campesinos, en el que se exigía un depósito en metálico para garantizar el cumplimiento de dicha obligación, especialmente en caso de ser necesaria su repatriación.[5]

No parece, sin embargo, que estas advertencias hayan tenido éxito, en Michoacán al menos, entre otras razones porque muchos de los candidatos a trabajar en Estados Unidos eran analfabetos y, sobre todo, porque tenían gran necesidad de emigrar.[6] Los gobernadores de Chihuahua, Sonora, Tamaulipas y Coahuila acordaron que los patronos avisaran inmediatamente de la llegada de los braceros al cónsul mexicano más próximo.[7] Las autoridades neoleonesas y sonorenses informaron satisfechas que, gracias a estas disposiciones, se evitaron varios enganches de braceros; las duranguenses, en cambio, confesaron que, pese a sus excitativas, habían expedido 250 pasaportes al finalizar 1918.[8]

El gobierno de Jalisco reconoció la justicia de esta prohibición, pero la desautorizó en 1921 por juzgarla violatoria de la libertad constitucional de viajar.[9] Las autoridades tlaxcaltecas y duranguenses, en cambio, prosiguieron cumpliendo celosamente las instrucciones del gobierno federal, el que confesó en 1926 que las restricciones habían tenido muy poco éxito, y de acuerdo con la nueva Ley de Migración, dispuso no autorizar la salida de los trabajadores que carecieran de recursos suficientes para sostenerse, a menos que llevaran un contrato previo de trabajo. La Secretaría de Relaciones Exteriores reconoció que esta disposición acarrearía muchas dificultades, puesto que en Estados Unidos no se permitía la entrada a los braceros que llevaran ese contrato previo de trabajo. Como ya para estas fechas las autoridades norteamericanas también intentaban restringir la inmigración de mexicanos, gran número de éstos se internaban ilegalmente, exponiéndose a ser deportados: en mayo de 1926 sólo por Laredo, Texas, fueron expulsados 60, que habían entrado por ese país

fraudulentamente. El gobierno mexicano decidió suspender las repatriaciones, con la esperanza de que de ese modo los braceros ya no intentaran salir de México por la falta de ese aliciente, en caso de fracasar.[10]

Pese a las prohibiciones de ambos gobiernos, el éxodo de los braceros continuó. Las autoridades mexicanas lo atribuyeron, desde 1927, a "la idiosincrasia de los mexicanos que son naturalmente aventureros". La conveniencia de cruzar la frontera sin el cumplimiento de los onerosos y variados requisitos legales, convirtió el contrabando de los inmigrantes ilegales en uno de los más favorecidos negocios en el sur de Estados Unidos.[11] El cónsul mexicano en Yuma, Arizona, solicitó que se diera la mayor publicidad a la precaria situación en que se encontraban muchos braceros en Estados Unidos, siendo no pocas las veces en que "mueren de hambre o de enfermedad sin el menor auxilio".[12]

Se ha acusado al gobierno mexicano de que en los años veinte "impelido por un feroz orgullo revolucionario" y preocupado por la disminución de los habitantes, hizo todo lo posible para resistir la asimilación "al coloso yanqui" inyectando por medio de los cónsules una conciencia de mexicanidad en los mexicanos, y con tal fin patrocinó la formación de clubes, organizaciones de ayuda mutua, y la celebración de las fiestas patrióticas.[13] Los misioneros protestantes se opusieron a la inmigración mexicana porque su catolicismo obstaculizaba su americanización. Algunos empresarios testimoniaban que sus trabajadores mexicanos temían a Dios, amaban a su familia y respetaban la ley, pero según varios texanos su condición genética los obligaba a regresar a México; otros no se metían en honduras genéticas: decían que el frío los haría morir de consunción o de neumonía. Los nativistas simplemente los rechazaban porque no eran nórdicos.

La ley de inmigración norteamericana de 1924 prohibió la entrada a quienes tuvieran más de 50% de sangre india, pero como muchos mexicanos culturalmente eran mestizos aunque física-

mente indios puros, declaró que los mexicanos eran "blancos" para evitar confusiones. Esta decisión irritó a quienes se oponían a la inmigración mexicana; por ejemplo, la AFL porque devaluaban el salario; una comisión privada se opuso a su inmigración por razones genéticas, y varias descaradamente racistas, porque eran *creeping blight*, es decir, pulgones rastreros como los gorgojos del algodón sureño.

Este racismo se inspiraba en *Madison Grant's, The passing of the Great Race*, libro que en 1916 atribuía la grandeza de la población de Estados Unidos a que era producto de razas del norte y del occidente de Europa, y ahora estaba amenazada por los "bastardos" mexicanos, el mejor ejemplo de las razas inferiores, combinación de la "mala" sangre india y la "buena" española; además este híbrido sólo heredaba los rasgos malos de sus padres. No faltó quien alertara contra el peligro de que esos híbridos sobrepasaran a los americanos porque la familia americana sólo tema tres hijos en promedio, y la mexicana de nueve a diez. Algunos nativistas declararon que los mexicanos "nacían comunistas", y no faltó experto en genética que señalara el peligro de que el suroeste americano ganado en el XIX se perdiera en el XX por obra de los despreciables animales mexicanos, sólo deseosos de comer, dormir y fornicar. En las chozas mexicanas, sucios chiquillos con sus caras cubiertas de moscas vivían en la misma ociosidad que sus montones de perros hambrientos; dormían de día como los coyotes y pillaban de noche. Y aun así, algunos americanos pedían que esa gente inmigrara a Estados Unidos.

John C. Box, diputado demócrata de Texas, durante dos años intentó limitar la inmigración de trabajadores mexicanos apoyado en sindicatos, pequeños agricultores, trabajadores sociales, "eugenistas" y organismos de asistencia pública; lo vencieron la Cámara de Comercio de Los Ángeles (que agrupó a los agricultores y cultivadores), los ferrocarrileros y los industriales, con el argumento de que cerrar la frontera sería desastroso para el su-

roeste. A principios de 1928 el debate dividió al gobierno federal: el Departamento de Estado apoyó a los antirrestriccionistas, el del Trabajo a los restriccionistas que contrataron al novelista Kenneth Roberts para que justificara la inferioridad racial de los mexicanos y criticara el alto costo que representaban para la asistencia pública. Algunos periódicos mexicanos calificaron de racista a Box; D. Morrow fue más allá, y dijo que si los mexicanos eran realmente tan inferiores, los americanos no deberían invertir en México. La ley del 2 de marzo de 1929 permitió a quienes no tenían una residencia legal anterior al 3 de junio de 1921, que legalizaran su situación acreditando su buena conducta con juramerito de dos ciudadanos dignos de crédito. Inmediatamente varios grupos empresariales indujeron a los braceros a regresar a Estados Unidos, lo que por Nuevo Laredo hicieron algunos millares. Los políticos republicanos aprobaron la ley del 2 de marzo de 1929 con el argumento de que los mexicanos tenían tan buenas aptitudes como los blancos. De cualquier modo, la campaña de Box recrudeció la discriminación en los lugares públicos, impidiéndoles la entrada en los restaurantes, atendiéndolos de muy mala manera en el comercio, impidiéndoles comprar casa en Los Ángeles y ni siquiera rentarlas en Houston. El proyecto de Box contó con el apoyo de prominentes personalidades de la política, el magisterio y los sindicatos. No menos conspicuos fueron sus adversarios, entre ellos el ex secretario de Estado Frank D. Kellog, quien consideró que ese proyecto distanciaría inútilmente a los gobiernos de ambos países porque bastaría aplicar en sentido estricto las leyes de migración para disminuir la entrada de mexicanos.[14]

La derrota del general Escobar hizo que en abril y mayo de 1929 entraran a Estados Unidos algunos de los vencidos (desde soldados rasos hasta generales, y civiles), al decir del cónsul americano en Nogales "la mejor clase de mexicanos". Seguramente los restriccionistas hicieron valer el argumento de que el mejor

mexicano era inferior al peor americano, porque bastó el cumplimiento estricto de los reglamentos vigentes para que disminuyeran la entrada de mexicanos de 1 778 en agosto de 1928 a 363 en junio de 1929, tal vez con la excepción de los partidarios de Escobar. Ante esta situación otros mexicanos optaron por entrar ilegalmente, pero al Departamento de Estado le bastó la reducción de las entradas legales. Seguramente esto satisfizo a los norteamericanos de origen mexicano porque se consideraban de origen español (algunos de California, aún más de Nuevo México), por lo que al igual que los anglos no querían la compañía de sangre india y bajo nivel educativo, pero en el fondo rechazaban a quienes no podían vencer a causa de su pobreza, temerosos de bajar al nivel de *lumpen*.[15]

La crisis de 1929 en este punto, como en muchos otros, repercutió en los movimientos migratorios de muchos países, cuando los nacionales disputaron a los extranjeros el derecho a la disminuida demanda de trabajo. Esto fue visible en Francia (uno de los países europeos que recibía mayor inmigración) y en España (uno de los países europeos de mayor emigración), donde afloró o se recrudeció la xenofobia; en Francia esta actitud fue más común entre las mujeres, los viejos y los agricultores, lo que se atribuye a la necesidad de encontrar un responsable en los momentos de crisis.[16]

Una de las primeras medidas mexicanas para controlar la emigración de trabajadores mexicanos a Estados Unidos fue que, a partir de 1929, se estableció un registro para conocer los estados norteamericanos a los que afluían más mexicanos.[17] De esta manera más directa, la Secretaría de Gobernación redobló sus esfuerzos para impedir la salida de los braceros, advirtiéndoles los requisitos que deberían cumplir: certificado de vacuna, acta de nacimiento, saber leer y escribir, visa del consulado norteamericano de su lugar de residencia, tarjeta de identificación expedida por la oficina de migración de la frontera por donde salieran y

100 dólares para demostrar que podían sostenerse mientras encontraban trabajo.[18] El presidente Emilio Portes Gil declaró, en septiembre de 1929, la necesidad de evitar que los braceros fueran explotados por los "coyotes", lo cual se lograría permitiendo sólo la salida de quienes lo hicieran debidamente documentados.[19]

Según Gustavo Durón González, la única manera de impedir el éxodo de los braceros eran perseguir implacablemente a los enganchadores por medio de leyes especiales, que el gobierno norteamericano cumpliera con sus propias leyes migratorias y celebrar un tratado con Estados Unidos sobre esta materia.[20] La Secretaría de Gobernación, en combinación con la de Industria, Comercio y Trabajo, y oon la de Agricultura y Fomento, apuntó uno de los problemas de fondo: proporcionar trabajo a quien por falta de él deseara emigrar del territorio nacional.[21]

También en Estados Unidos se recrudeció una poderosa corriente adversa al bracerismo aunque, como es natural, por diferentes razones. A la primitiva, irrestricta apertura de sus puertas siguió una creciente serie de medidas tendientes a limitarla, en 1891, en 1903 y en 1910; al participar Estados Unidos en la primera guerra mundial, Washington exigió a quienes quisieran entrar en su territorio un certificado de vecindad de las autoridades mexicanas del punto de procedencia, licencia de pasar a Estados Unidos expedida por un cónsul norteamericano y el pago de ocho dólares para entrar en territorio norteamericano. En esta virtud se redujo notablemente la emigración de mexicanos a Estados Unidos; el gobierno de Chihuahua juzgó benéfico para México esta restricción porque

> gracias a tales dificultades, han quedado retenidos aquí buen número de braceros de los que eran antes llevados a territorio americano por explotadores sin conciencia, bajo las promesas alucinantes de altos salarios y favorables condiciones de trabajo, pocas veces cumplidas.[22]

En 1918 se modificó la prohibición de ingreso a los analfabetos en favor de los mexicanos, antillanos y canadienses; en 1921 se dictó la primera ley que fijó una "cuota" de 3% con respecto del total de inmigrantes que cada país hubiera enviado a Estados Unidos en 1910. En 1924 se modificó esta ley que de nuevo exceptuó a México.[23] Los mexicanos no fueron incluidos en estas leyes con el fin de satisfacer las necesidades de trabajo de agricultores y compañías ferrocarrileras del suroeste norteamericano. En cambio, propugnaron restringuir la entrada de mexicanos los racistas (especialmente del este): la American Federation of Labor (AFL) que en 1927 pretendió que se incluyera a los mexicanos en las "cuotas"; los trabajadores sociales: los profesores de escuela, y los propios mexicanos del suroeste. La oposición de la AFL se basaba en que los trabajadores mexicanos depreciaban los salarios y en que generalmente se unían al Industrial Workers of the World. Combaten las restricciones los jóvenes norteamericanos que rehúsan desempeñar trabajos agrícolas manuales, pues juzgan que incluir a los mexicanos en las "cuotas" sería una afrenta y creen que bastaría con reforzar la vigilancia de la frontera e impedir la entrada a las personas que constituyeran una carga pública.

Sin embargo, en los años más álgidos de la crisis aumentó la oposición a los braceros. Por ejemplo, el arzobispo de San Francisco, Edward J. Hanna, presidente de la Comisión de Inmigración y Habitación en California, protestó contra la inmigración irrestricta de los mexicanos porque poblaban los hospitales, cárceles y centros asistenciales; además creaban problemas laborales por su baja mentalidad que requería una atención especial en las escuelas, y porque disminuían el porcentaje de población blanca y no se asimilaban al país. Por ejemplo, en Los Ángeles sólo 7% de la población era mexicana, pero 28% de personas que recibían auxilios eran mexicanos.[24] Algunos deseaban restringir la inmigración mexicana, los sindicatos por ejemplo, porque los brace-

ros mexicanos aceptaban salarios más bajos; los braceros respondían que hacían esto porque no se les permitía ingresar a los sindicatos, por ser extranjeros. En particular a la AFL le desagradaba que algunos braceros ingresaran al sindicato que coincidía mejor con los principios revolucionarios de los braceros. Después de que Samuel Gom-pers fracasó en su intento de incluir a México entre los países sujetos a las cuotas establecidas en la ley de 1924, su sucesor William Green intentó un nuevo método: persuadir a la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) de que presionara al gobierno mexicano para que éste impidiera la emigración. El 27 de agosto de 1925 se reunieron en Washington representantes de la CROM y de la AFL para resolver este asunto. Los mexicanos se quejaron de la discriminación y pidieron el establecimiento de tarjetas sindicales internacionales, e incluso que los braceros mexicanos se organizaran en sindicatos antes de salir de México. Los norteamericanos, por su parte, propusieron la autorrestricción voluntaria, la cual podría lograrse mediante la presión de la CROM a su gobierno. El resultado de estas discusiones fue una transacción: la AFL logró que ambas agrupaciones obreras se comprometieran a presionar la restricción en sus respectivos países.

Pero en vista de que la restricción voluntaria no resolvió el problema, una nueva reunión se verificó dos años después, de nueva cuenta en Washington. La AFL amenazó con que si México no autorrestringía la emigración propugnaría que se le aplicara el sistema de cuotas. Ante esa amenaza, la CROM se comprometió a aceptar una cuota voluntaria de 2% e impedir que los japoneses nacionalizados mexicanos entraran a Estados Unidos aprovechando que como mexicanos no estaban sujetos a la cuota. La AFL prometió, en cambio, no presionar para que México fuera incluido en la cuota oficial y a conceder igualdad de derechos a los trabajadores mexicanos en los sindicatos norteamericanos, pero rechazó la principal aspiración de la CROM: la tarjeta sindical in-

ternacional. De cualquier modo, con motivo del asesinato de Obregón, en julio de 1928, al perder fuerza política la CROM, la AFL perdió el interés en buscar su apoyo para solucionar este problema, e incluso nuevamente recomendó que se aplicara a México el sistema de las cuotas.[25]

Otros propugnaron restringir la inmigración mexicana porque el dinero que enviaban a México representaba una pérdida para Estados Unidos, cuyo gobierno además gastaba grandes sumas en auxiliarlos. Sin embargo, según Gamio muchos de quienes recibían estos auxilios eran ciudadanos norteamericanos de origen mexicano, y según Bogardus, quienes se quejaban de que Estados Unidos sufría una sangría por el envío de dinero que hacían los braceros a México, no reflexionaban que era una cantidad insignificante al lado de los millones que los norteamericanos obtenían de sus negocios en México. En fin, el mexicano iba a Estados Unidos a ganar un salario más elevado; el norteamericano venía a México a obtener mayores dividendos, y ambos regresaban a sus respectivos países sin que se afectara su lealtad hacia ellos.[26]

En suma, a partir de la crisis de 1929, el gobierno norteamericano aumentó la severidad de su política migratoria para hacer efectivas las deportaciones de los mexicanos que se encontraban en ese país; por ejemplo, se aumentó de uno o dos años de prisión y mil dólares de multa a quienes reincidieran en entrar ilegalmente a Estados Unidos, y, desde luego, serían deportados nuevamente después de cumplir su sentencia. La ejecución de estas medidas entonces, como 20 años después con motivo de los "espaldas mojadas", dio lugar a frecuentes escenas de violencia; por eso alguien comentó que en Estados Unidos "se quedan con lo bueno que de la inmigración reciben y devuelven lo que no les conviene a las tierras mexicanas".[27] Sea de eso lo que fuese, en 1929 fueron deportados 9 265 mexicanos de Estados Unidos, 85% de ellos por violaciones a las disposiciones migratorias.[28]

California negó el empleo en obras públicas a los extranjeros en 1934,[29] todavía dentro del espíritu xenófobo de la crisis iniciada en 1929.

Aunque el bracerismo disminuyó a partir de la crisis de 1929, no acabó del todo, por lo que las autoridades mexicanas continuaron exhibiendo la multitud de penalidades a que se exponían los braceros en el extranjero.[30] El primer plan sexenal del PNR propuso la expedición de una ley que permitiera a las autoridades trasladar los contingentes humanos, tanto de las zonas excesivamente pobladas como de aquellas en que hubiera crisis de trabajo, a los lugares en que pudieran encontrarlo. Se prohibiría, además, la emigración individual, sujetando la colectiva a la previa celebración de contratos con las empresas que garantizaran los intereses de los braceros. En fin, se recomendaría a las autoridades locales que prestaran "seguridades, garantías y posibilidades de trabajo" y se persuadiría a los candidatos a braceros sobre los perjuicios "que les reporta su emigración".[31] El presidente Lázaro Cárdenas, en cumplimiento de esas ideas, simultáneamente a la labor de repatriación renovó la del convencimiento para evitar la salida de los braceros.[32]

Cuando se inició su salida en masa durante la segunda guerra mundial, las autoridades de Jalisco y de Guanajuato, dos de los estados que exportaban mayor número de braceros, intentaron impedirla por ser inmoderada y por los perjuicios económicos que causaba. El gobierno federal, por su parte, dispuso en 1944 poner fin a la contratación de braceros guanajuatenses, jaliscienses y michoacanos.[33] Como solía ocurrir en estos casos, no parece que estas recomendaciones fueran escuchadas, por lo que las autoridades advirtieron repetidas veces a los trabajadores carentes de contratos, que se abstuvieran de seguir emigrando a Estados Unidos para evitarse gastos y molestias inútiles, además de exponerse a ser deportados.[34]

Desde que se firmó el primer tratado con Estados Unidos, en 1942, la Secretaría de Gobernación exigió a los braceros un examen médico, realizado por las autoridades locales, y que acreditaran el contrato respectivo, el cual debería garantizarse mediante una fianza de 250 pesos para los gastos de la posible repatriación. Gente con trabajo, ejidatarios y obreros especializados no serían aceptados.[35] Tampoco los menores de 21 años, los ejidatarios con parcela, los obreros especializados que contaran con trabajo, y quienes no hubieran cumplido con el servicio militar obligatorio, los que tuvieran un peso inferior a 50 kilos o padecieran alguna enfermedad.[36] La Secretaría de Gobernación coordinó con las autoridades locales la movilización de los aspirantes a braceros: sólo se autorizaría la salida cuando lo pidiera la oficina de trabajadores migratorios de la ciudad de México. En algunas ocasiones las autoridades locales desautorizaron la salida de los braceros cuando estimaron indispensable su concurso para las actividades económicas de esos lugares.[37] Esta disposición se basa en el Reglamento de Migración de 1932, que autorizaba a la Secretaría de Gobernación a restringir la salida de braceros cuando faltaran en México.[38] Las Secretarías de Gobernación, de Relaciones Exteriores y de Trabajo, a mediados de este siglo, insistieron en impedir la fuga de braceros por los perjuicios que causaban a la economía nacional, autorizando solamente la salida de los excedentes de población.[39] Las autoridades, para impedir "las fugas de braceros" a Estados Unidos, otorgaron pasaportes provisonales a quienes invocaban el pretexto de salir al extranjero a visitar a sus familiares.[40]

Sin embargo, recientemente se calculó que se podría disponer de más de un millón de braceros al año, y tal vez hasta tres más en las estaciones de ocio rural en las zonas de temporal, sin perjuicio de la producción agrícola. Por tanto, la prohibición de que no se contrataran ejidatarios se interpretó como producto del deseo de contar con una mano de obra abundante y barata.[41]

A mediados del siglo se puso en práctica la sugerencia que unas dos décadas antes había hecho Gustavo Durón González sobre castigar a los enganchadores. Con tal fin se reformó la Ley General de Población penando con tres a nueve años de prisión, y multa hasta de 10 000 pesos, a quienes por cuenta propia o ajena pretendieran llevar o llevaran braceros al extranjero, sin autorización previa de la Secretaría de Gobernación.[42] Guanajuato, a la vista de la multiplicación de los delitos relacionados con la contratación de los braceros, reformó su legislación penal en el sentido de castigar no sólo al sujeto activo de estos delitos, sino también al pasivo.[43]

En esta etapa el problema de fondo ha sido el desequilibrio entre la oferta y la demanda de trabajo producido por el acelerado crecimiento de la población, que no ha podido satisfacer una industrialización lenta y desigual. En este sentido importa destacar el ofrecimiento de trabajo que por primera vez hizo a los braceros, en el verano de 1946, la Asociación Agrícola de Matamoros para la pizca de algodón.[44] En los años posteriores, en esas ricas tierras tamaulipecas irrigadas se calculó en varias decenas de millares los trabajadores necesarios para levantar las crecientes cosechas algodoneras; se les ofrecieron buenos salarios (hasta de 100 pesos incluyendo la participación de la esposa e hijos), alojamiento y pasaje.[45] También Sonora y Sinaloa solicitaron hasta 100 000 braceros, y las ofrecieron hasta 100 pesos diarios (incluyendo el trabajo de la esposa y los hijos), más los pasajes; en suma, las mismas prestaciones establecidas por el tratado con Estados Unidos.[46] Según fuentes oficiales 20 000 braceros trabajaron en 1955 en Sonora y 30 000 en Tamaulipas.[47]

Aun en la región densamente poblada del valle de México y en Querétaro, los agricultores demandaron gran número de braceros y solicitaron a la Secretaría de Gobernación que antes de permitir su salida al extranjero se les orientara a la provincias.[48] Así lo dispusieron las autoridades de Baja California en 1954 y

de Chihuahua en 1955, ordenando que los aspirantes a braceros trabajaran cuando menos 15 días en sus campos algodoneros.[49] En el estado de Baja California, de un total de 12 631 aspirantes a braceros se enviaron a Estados Unidos 6 100, casi la mitad, frente a una proporción, ya señalada, de 20 aspirantes por bracero en Michoacán, Jalisco y Guanajuato; los contratos tuvieron que comprobar haber trabajado previamente en labores agrícolas en Baja California, no tener malos antecedentes y una residencia mínima de un año en ese estado.[50] Algunos tacharon de anticonstitucional★ la disposición de trabajar en México, cargo injustificado en opinión de otros, porque los trabajos serían pagados equitativamente, garantizados por la Secretaría de Gobernación, y no se estorbaría la salida de los braceros.[51] Sin embargo, algunos otros recordaron el engaño que habían sufrido los braceros en Sonora, donde no se les cumplieron los ofrecimientos: sobre todo

> entristece pensar que esto sucede en México, después de una revolución que tuvo, entre otros objetivos, el de suprimir la apenas disfrazada esclavitud campesina que antes de ella existía.[52]

En 1950 se creó el ejido modelo Miguel Alemán en el municipio de Nuevo Laredo; para detener el éxodo de los braceros, la Secretaría de Bienes Nacionales lo dotó de implementos mecanizados de labranza, almacenes, canales de riego y casas-habitación. Al primer año de labores se esperaba una utilidad mayor a un millón de pesos;[53] sin embargo, no parece que este ejido "modelo" verdaderamente lo haya sido de los 20 000 que entonces existían en el país, pero el presidente Alemán esperaba que las grandes obras agrícolas e hidráulicas que su gobierno realizaba y la creciente industrialización, evitarían la salida de los trabajadores al extranjero, al proporcionarles mejores medios de vida en el campo y en las fábricas.[54] Jalisco confiaba en 1953 que las tierras vírgenes de su costa aliviarían las necesidades de los aspirantes a braceros, mientras Emilio Portes Gil proponía que se dieran a los

campesinos las tierras recientemente irrigadas en el norte concedidas a influyentes políticos, y que se redujera la propiedad agrícola inafectable, de 150 a 30 hectáreas cuando no se cultivara directamente por sus dueños. La CNC, más prudente, confiaba en que la colonización de las tierras ociosas resolvería este problema.[55]

Las autoridades de Coahuila y de Baja California esperaban restringir al máximo la emigración de los braceros proporcionándoles medios de trabajo y también creándoles la conciencia de que se debería desdeñar un bienestar fugaz en el extranjero.[56] En Sinaloa al mediar el siglo, al decir de sus autoridades, no existía el problema del bracerismo porque había trabajo para todos; los sinaloenses no se ilusionaban con unos cuantos dólares obtenidos en tierra extraña a cambio de su dignidad y de su orgullo; preferían los pesos mexicanos "porque llevan en su cuño mucho de nuestra historia, parte de nuestras vidas y toda nuestra fe",[57] concluían con un discurso de sabor septembrino. También Colima veía este problema con igual optimismo, porque gracias a la incesante creación de nuevas fuentes de trabajo había podido conservar sus propios habitantes y aun proporcionar ocupación a numerosos de otras entidades. El gobierno de Colima atribuyó la falta de braceros a la abundancia de trabajo, a las garantías de que disfrutaban todos los colimenses ("preferentemente los hombres de empresa para proteger sus inversiones"), a las fuertes erogaciones en obras públicas y al aumento de la producción agrícola. Sin embargo, cuando en abril de 1959 las salinas de Cuyutlán fueron dañadas por las lluvias fue preciso, después de asegurar los brazos necesarios para la agricultura local, enviar a algunos campesinos como braceros. Al parecer, esta emigración fue sólo pasajera.[58]

La Confederación Nacional de Cámaras de Comercio creó una bolsa de trabajo en 1956 para evitar el inevitable éxodo de los braceros.[59] Veracruz, en opinión de sus autoridades, era otra

feliz excepción a la regla del bracerismo, lo que atribuían a su esfuerzo por difundir la educación.[60]

También Puebla se jactaba de que, pese a sus carencias, de ese estado no emigraban braceros.[61] Otros estados, en cambio, recurrieron a drásticos procedimientos para impedir la salida de los braceros: Oaxaca, por ejemplo, exigía una cuota de 100 pesos a los aspirantes a braceros, los destinaba a obras de interés colectivo o a liberarlos de los compromisos de trabajo que acostumbraban imponerse en los pueblos. Muy pronto el gobierno oaxaqueño recaudó 500 000 pesos o sea la cuota de 5 000 campesinos.[62] En el otro extremo del país, en Tamaulipas, la Comisión Coordinadora para la Contratación de Trabajadores Agrícolas de la región algodonera obtuvo de la Secretaría de Gobernación el envío de aspirantes a braceros a Estados Unidos; terminada la pizca, éstos obtenían un certificado de trabajo que los autorizaba a emigrar a Estados Unidos. Con este sistema trabajaron 65 000 personas, 20 000 de la zona algodonera, los otros del resto del estado y del país. Además de una ración de maíz, frijol y café, recibieron un salario de 40 pesos diarios.[63] Durango, por su parte, prefirió contratar como braceros a quienes trabajaban en beneficio de su comunidad, pero se ignora si este trabajo era gratuito.[64]

Con la inmigración masiva de braceros, a partir de la segunda guerra mundial, se renovó este debate en Estados Unidos, especialmente cuando el Congreso de la Unión norteamericano aprobó la ley pública 78 para permitir el empleo temporal de trabajadores mexicanos en la agricultura. De 1942 a 1951 habían trabajado al amparo de diversas autoridades, solución insatisfactoria para ambas partes.[65] Entre los más constantes y acérrimos adversarios de la inmigración mexicana se cuentan los norteamericanos de origen mexicano y los sindicatos, temerosos ambos de que con la competencia depreciaran sus salarios y los obligasen a emigrar[66] La AFL propuso sustituir con puertorriqueños a los mexicanos, porque los primeros son ciudadanos norteamericanos.

En cambio, el presidente del Sindicato Nacional de Trabajadores Agrícolas pidió que los trabajadores extranjeros, mexicanos o jamaiquinos, deberían contar con los mismos derechos que los norteamericanos, incluso el de huelga.[67] Otros sindicatos insistieron en que los trabajadores norteamericanos deberían preferirse a los extranjeros; en particular podrían emplearse los cesantes, los puertorriqueños y los hawaianos.[68] También acusaron a los braceros mexicanos de "esquiroles".[69]

Algunos granjeros texanos confiaban, a mediados del siglo, en que con la creciente mecanización de las pizcadoras de algodón muy pronto ya no necesitarían braceros mexicanos;[70] sin embargo, llamaron muy poco después a millares de "espaldas mojadas". En 1956 los agricultores de la costa occidental de Estados Unidos intentaron importar braceros japoneses y filipinos para que sustituyeran a los mexicanos, porque éstos ganaban salarios mayores en virtud de gozar de la protección del tratado sobre esta materia.[71] Se dijo que el gobierno mexicano se opuso a que se firmara un convenio para que entre 5 000 y 10 000 braceros filipinos trabajaran en California.[72]

En octubre de 1956 varios sacerdotes católicos mexicanos y norteamericanos declararon en Monterrey que el bracerismo era un mal social. Los mexicanos juzgaron la contratación legal como un mal menor, y que su realización por medio de recomendaciones y coacciones económicas agravaba el problema.[73] Tanto para ayudarlos en lo social como para combatir la propaganda protestante, el Secretariado Social Mexicano envió un grupo de sacerdotes para que acompañara a los braceros.[74] Más recientemete, algunos sacerdotes católicos norteamericanos se han opuesto a la inmigración de braceros, "sustituto no muy sutil de la esclavitud", y el Consejo Nacional de Iglesias Cristianas porque disloca la vida familiar de mexicanos y de norteamericanos.[75] En los años más recientes en los círculos gubernamentales

ha aumentado el deseo de acabar con la inmigración de braceros mexicanos, para preferir a los desocupados nativos.[76]

Desde 1951 se han propuesto muy drásticas sugerencias para acabar con la inmigración de braceros mexicanos; incluso alguien pensó que lo mejor sería formar con ellos una legión extranjera para que combatiera en Corea; esta medida beneficiaría a los mexicanos pues ganarían en el ejército más de lo que les pagaban los granjeros, y a los norteamericanos porque mientras mercenarios sustituían a su ejército, éste desempeñaría tranquilamente sus trabajos normales.[77] El fin de la guerra de Corea no dio oportunidad para que se pusiera en práctica esta idea, pero en 1953 el secretario de Justicia planeó enviar tropas a la frontera para contener la invasión de los braceros; desistió de esta idea porque el comisionado de Inmigración calificó ese plan de "perfectamente horrible", muy apropiado para destruir las buenas relaciones entre México y Estados Unidos.[78]

En suma, en 1959 las autoridades y los patronos norteamericanos ponían especial énfasis en la necesidad de salvar las cosechas: era preferible la contratación legal de trabajadores a la invasión irrestricta de los ilegales, pues los legales estaban sujetos a vigilancia y podían ser eliminados en cuanto dejaran de necesitarse sus servicios. De cualquier modo, sólo aceptaban temporalmente, a título de emergencia, la inmigración de los trabajadores mexicanos, con la esperanza de que acabara en un futuro más o menos próximo, mediante la redistribución de los trabajadores domésticos o del uso de maquinaria. El buen trato a los braceros mexicanos repercutía ventajosamente en los domésticos: contribuía a elevar su nivel de vida. El punto de vista de los sindicatos norteamericanos, en cambio, era adverso a los braceros mexicanos, porque éstos competían con los trabajadores norteamericanos y abarataban sus jornales; según ellos debían ser eliminados totalmente. La opinión mexicana exigía una amplia protección a los braceros, cuya salida debía regularse de acuerdo con las nece-

sidades de la agricultura y de sus familias; en el interés de México estaba reducir sustancialmente el número de braceros y aumentar su remuneración. El gobierno mexicano confesaba que la emigración en masa de trabajadores era un fenómeno inevitable de vasos comunicantes aplicado a los principios de la oferta y la demanda; en vez de intentar inútilmente eliminarlo, era preferible reglamentarlo y controlarlo. Las autoridades mexicanas estaban convencidas de que la protección a los braceros redundaba en provecho de los trabajadores norteamericanos, al darse cuenta éstos de que sus compañeros de trabajo extranjeros gozaban de derechos de los cuales ellos tal vez no disfrutaban.[79]

Asimismo, el año de 1964 en que expiró el tratado sobre los braceros, mediante el control de los bancos de sangre se logró evitar la exportación clandestina de otra sangre mexicana, también proveniente de las clases más humildes.[80]

MÉXICO PARA LOS MEXICANOS (II)

La élite porfirista manifestó una decidida preferencia por los extranjeros, pero diversos sectores de la opinión pública defendieron el valor de la población nativa y la autocolonización. En el campo de. las letras y del arte también en los primeros años del siglo XX fue creciendo una conciencia nacionalista. Pedro Henríquez Ureña recuerda que desacreditaron todo arte *pompier*, y Alfoso Reyes que sus compañeros pintores ya no iban a Europa a inspirarse en la falsa tradición de las academias sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; después regresaban a México en aptitud de descubrir lo que daba de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico. La revista *Savia Moderna*, en 1906, organizó una exposición en la que por primera vez exhibieron Ponce de León, Francisco de la Torre y Diego Rivera; el animador del grupo era el inquieto Dr. Atl, recién llegado de Europa, quien

provocó efervescencia por el impresionismo y la muerte súbita del estilo *pompier*. Según Reyes, sólo Daniel Cosío Villegas destacó la trascendencia de esta exposición.[81]

José Clemente Orozco, por su parte, señaló la necesidad que tenían los artistas de liberarse de las metrópolis europeas de donde todo tenía que venir porque éramos "una rama inferior y degenerada"; los mexicanos tenían que pintar como en París y esperar a que los críticos parisienses dieran su fallo definitivo. Imposible que el mexicano soñara en igualarse con el extranjero, todos iban a París en busca de la consagración, lo que no impedía que allá los consideraran "rastacueros tropicales". De cualquier modo, Saturnino Herrán pintó criollas y no manólas como Zuloaga, el Dr. Atl se fue a vivir al Popocatépetl, y Orozco se dedicó "a explorar los peores barrios de México",[82] cosa semejante a la que hacia Toulouse-Lautrec en París. La Secretaría de Instrucción concedió de 20 000 a 25 000 pesos para una exposición de pintura española contemporánea, sin contar el costoso pabellón expresamente construido frente al Hotel Regis; entonces, varios pintores protestaron contra esa exposición preguntando si se daría algo a los mexicanos, cuya independencia se iba a celebrar. El también jalisciense Dr. Atl logró, al menos, 3 000 pesos (menos de una octava parte de lo que se dio para la exposición española) para que expusieran 50 pintores y diez escultores mexicanos.[83]

Ya se ha hablado de la revolución *bóxer* (defensora del idioma castellano y del trabajador mexicano) y que, sobre todo en el norte, radicalizó el lema "México para los mexicanos, Estados Unidos para los gringos".[84] Los partidarios del antiguo régimen tildaron este nacionalismo como propio de los *bóxer*, calificativo que Luis Cabrera rechazó porque la política revolucionaria, en particular la de Carranza, no era similar a la *bóxer* (en el sentido egoísta de únicamente querer los beneficios del desarrollo económico para los mexicanos por nacimiento, con exclusión de los extranjeros), sino que aspiraba a la igualdad de unos y otros y al

establecimiento de negocios que, aunque organizados con capital extranjero, fueran tarde o temprano mexicanos.[85]

La contrarrevolución de Victoriano Huerta desarrolló su propio nacionalismo por la vía de un violento antiamericanismo, justificación de su anglofilia en la lucha por el petróleo. La mexicana "raza del maíz" era superior, por su mayor unidad étnica, a la heterogénea norteamericana. Huerta se convirtió así en el "campeón del honor y de la dignidad nacionales" y de la doctrina "México para los mexicanos". Con ese propósito se exaltó un indigenismo superficial e insincero. Superficial porque sintetizaba la historia de México en media docena de indios "de raza pura o casi pura": Cuauhtémoc, Morelos, Guerrero, Juárez, Díaz y Huerta; insincero porque consideraba el mestizaje la causa de la "degeneración" del pueblo mexicano.[86]

La Revolución ocasionó una inmensa migración, interna (sobre todo de los ejércitos) y externa. Así, el antropólogo Manuel Gamio en 1912 pidió en Mérida una cerveza extranjera, pensando que le darían una alemana o una americana, y le sirvieron la mexicana "Dos equis"; al reclamar al "moreno fámulo", éste le replicó: "—Es la única extranjera que tenemos: si desea usted nacional, traeré yucateca". Según Gamio, en rigor no había una cerveza mexicana: la malta, el lúpulo, la maquinaria y, lo que era más sensible, los técnicos que la fabricaban eran extranjeros; lo único nacional eran el terreno donde se asentaban las fábricas, los obreros que la envasaban, "y los estómagos que la consumen".[87] Gamio olvidó el agua, que también era mexicana.

Por otra parte, el nacionalismo revolucionario favoreció la repatriación de los mexicanos radicados en Estados Unidos; en este empeño participó el propio gobierno porfirista.[88] Posteriormente Madero se propuso adquirir tierras de propiedad particular para ofrecerlas, en fáciles condiciones de pago, a quienes desearan repatriarse.[89] Poco después alguien pidió los mismos privilegios y la exención del pago de derechos aduanales en el paso

de sus pertenencias.[90] En 1912 se repatriaron varios centenares; entonces el Consejo de Ministros acordó dar toda clase de facilidades a quienes desearan regresar al país.[91]

En 1913 una compañía particular estableció en Coahuila 400 familias procedentes de Texas, parte pequeña de los muchos que deseaban regresar a México, a causa de los malos tratos que recibían en ese estado.[92] Al principiar 1914 un paro en la construcción de las líneas ferrocarrileras en Kansas dejó sin empleo a 2 000 mexicanos deseosos de regresar a México; varios hacendados les ofrecieron trabajo: en Tampico con un jornal de dos a tres pesos diarios; en Veracruz de 62 a 80 centavos más la comida, y en la época de zafra un peso más la comida y 25 centavos por bote recolectado en la pizca de café; en Yucatán de 50 a 75 centavos de corte del millar de hojas de henequén (era posible cortar 3 000 hojas diarias), etc.[93] Poco después se habló de la fundación de una colonia agrícola militar con 5 000 mexicanos radicados en California; no parece que este proyecto se haya llevado a la práctica, pero sí continuaron repatriándose algunos mientras otros instaban a los latifundistas a que fraccionaran sus tierras en beneficio de los mexicanos residentes en Estados Unidos.[94] Salvador Alvarado ofreció tierras a quienes quisieran repatriarse, y las autoridades coahuilenses por su parte solicitaron permiso al gobierno federal para crear colonias con los mexicanos residentes en Texas, pero apenas tres de ellos llegaron a Veracruz en marzo de 1916.[95]

Al año siguiente, el gobierno federal transportó gratuitamente en los ferrocarriles a más de mil repatriados pobres de solemnidad.[96] Ese mismo año se hicieron planes de mexicanizar las concesiones porfiristas; en el río Colorado, Sonora, por ejemplo, se reformaron algunos pequeños asentamientos.[97] En concordancia con esta actitud, Venustiano Carranza reiteró el primero de septiembre de 1918 que todos los países debían someterse al principio universal de la no intervención; que ningún individuo debe-

ría pretender una situación mejor que la de los ciudadanos del país al que inmigrara, ni hacer de su condición de extranjero un título de protección y de privilegio.[98]

El gobierno de Sonora también proporcionó carros de ferrocarril para repatriar mexicanos, interesado como estaba el gobernador Adolfo de la Huerta en colonizar con repatriados la margen izquierda del río Colorado.[99] Jalisco, estado que aportaba uno de los más nutridos contingentes del bracerismo, de acuerdo con informes previos de los presidentes municipales, envió 1 178 pasajes a los braceros más necesitados de auxilio en 1919.[100] Al año siguiente, el presidente Adolfo de la Huerta continuó concediendo pasajes gratuitos a los repatriados, mientras varios particulares, combinando lo útil con lo patriótico, ofrecían sus tierras para que aquéllos las colonizaran.[101] Ese mismo año de 1920, varios diputados propusieron que se dispensara el pago de derechos a los artículos destinados al uso y consumo de los repatriados.[102]

En octubre del año siguiente, de casi medio millón de mexicanos una quinta parte perdió su trabajo, pues la AFL instó que fueran obligados a sindicalizarse. Esto urgía porque el sentimiento popular consideraba que los primeros que deberían perder su trabajo en una época de crisis eran los mexicanos. En Texas, como de costumbre, pusieron manos a la obra y en incursiones nocturnas destruyeron las propiedades de los mexicanos; pero también en Oklahoma atacaron la preferencia hacia los agricultores migratorios. Se reanudó el viejo juego político de arrojarse la pelota: las autoridades federales de Trabajo rechazaron que a ellos correspondía deportar a los 70 000 que habían ingresado gracias a las evaciones legales durante la guerra, argumentando que sus patrones estaban obligados a pagarles el regreso. El alcalde de Fort Worth pidió a Obregón que lo ayudara a regresarlos porque ya había agotado los fondos disponibles para ese fin; Obregón, entonces, le envió 5 000 dólares.[103]

Alvaro Obregón ante la gravedad de este problema creó temporalmente un Departamento de Repatriaciones, que en 1921 repatrió casi 24 000 mexicanos que se encontraban sin trabajo en el extranjero, quienes recibieron subsidios pecuniarios, alimentos y pasajes gratuitos de ferrocarril hasta las poblaciones del interior del país.[104] Al año siguiente fueron repatriados 3 605, concediéndoles también pasajes gratuitos de ferrocarril.[105] En marzo de 1923, de 3 000 expulsados de Estados Unidos, 13 murieron de hambre, el resto —hombre, mujeres y niños— "en horrible confusión se resguardaban en los árboles y paredes de los edificios públicos". Los diputados aprobaron que una comisión se acercara al presidente para que éste dispusiera de una cantidad adecuada para auxiliarlos.[106] Obregón ordenó ampliar en un cuarto de millón de pesos el presupuesto para el auxilio de los braceros indigentes.[107]

Plutarco Elias Calles, en ese tiempo secretario de Gobernación, ante el espectáculo de los miles de braceros mexicanos aglomerados en la frontera, pidió en 1923 a Obregón que sólo se vendieran boletos de segunda clase a la frontera a las personas que llenaran los requisitos migratorios norteamericanos, para prevenir los problemas de la repatriación; pidió también de 20 a 25 carros caja para transportar a cerca de 3 000 individuos. En cuanto Obregón accedió a esta petición de Calles, inmediatamente recibió otra de Nazario Ortiz Garza, presidente municipal de Torreón, en la que también pedía que se proporcionara pasajes a esas personas, ya que él estaba alimentándolos. El alcalde de Fort Worth, Texas, solicitó a Obregón que evitara que los mexicanos fueran a Estados Unidos, porque a causa de la crisis, centenares de ellos carecían de trabajo. Mientras tanto, Ortiz Garza alimentó en Torreón a 1 500 repatriados, procedentes de Ciudad Juárez, con la ayuda del comercio local.[108]

Afortunadamente la autocolonización de Mexicali proseguía con tanto éxito que algunos la consideraban tanto o más eficaz

que la del oeste americano; los repatriados trabajaron tierras ociosas, ante la protesta del jefe de la Colorado River Land Company, quien pidió ayuda al presidente para rechazar a esos intrusos.[109]

Por su parte Daniel Cosío Villegas obtuvo que el presidente Carranza aprobara su sugerencia de enviar agregados estudiantiles a algunos países de América del Sur; varios de ellos, con el tiempo, sobresalieron en el servicio de la Secretaría de Relaciones Exteriores. El propio Cosío Villegas organizó el Congreso Internacional de Estudiantes de 1921; se pensó en invitar de preferencia a norteamericanos para que crearan una opinión favorable de México, pero sólo vino una de Nueva York, tampoco vinieron europeos pero lo hicieron, en cambio, tres buenas delegaciones, de Venezuela, Perú y Argentina, esta última fue la más numerosa y variada. Los venezolanos se llevaron la satisfacción de que al final de una ceremonia, los estudiantes gritaron en las calles "mueras" a Juan Vicente Gómez. Según Cosío Villegas el nacionalismo de 1921-1924 fue "maravilloso", no tenía la menor traza de xenofobia, "no era anti nada sino pro México". Así, los estudiantes atraían muchedumbres en el bosque de Chapultepec para escuchar cantantes; Roberto Montenegro decoraba San Pedro y San Pablo con loza tapatía; Rivera y Orozco hacían del indio el personaje central de su obra; se releía *El Periquillo* y *Los bandidos de Río Frío*; en la Escuela de Derecho se estudiaban los problemas económicos de México y sociología mexicana; se pusieron de moda la jicara de Olinalá, la olla de Oaxaca y el quesqueme chiapaneco. En suma, "el mexicano había descubierto a su país y, más importante, creía en él". El todavía joven Pedro Henríquez Ureña (cabeza de esos jóvenes de 20-25 años) explicaba a cincuentones americanos en los cursos de verano de la Universidad Nacional los nuevos problemas; el curso de Daniel Cosío Villegas sobre la Revolución fue el que más atrajo su atención, según el propio don Daniel.[110] En feliz coincidencia con es-

te entusiasmo nacionalista juvenil, gracias a la recuperación de la economía americana, ya no fue necesario un programa especial para repatriar a los mexicanos desempleados.[111]

Al reanudarse el problema se renudó la repatriación, pero el desequilibrio del presupuesto obligó al presidente Calles a suspender la ayuda pecuniaria, máxime que en 1926 el gobierno devolvió los Ferrocarriles Nacionales a sus propietarios y éstos ya no concedieron descuentos en los pasajes de los repatriados. Afortunadamente se pudo continuar la repatriación, sin costo para el país, gracias a la ayuda de varias instituciones benéficas mexicanas y a que las compañías petroleras aceptaron regresar a los braceros en sus barcos, a cambio de la prestación de servicios durante el viaje. En 1926 se repatriaron 173 personas por cuenta del gobierno mexicano, 147 procedentes de Estados Unidos, ocho de Europa y el resto de otros países americanos.[112] Al año siguiente se repatriaron 144, en su mayoría de Estados Unidos.[113]

En contraste con el nacionalismo de Obregón tan elogiado por Cosío Villegas, el de Calles fue criticado por Orozco como pintura de pulquería.[114] De más fondo era el problema de los mexicanos que en 1927 deseaban repatriarse de Estados Unidos, carentes de información geográfica, agrícola y económica. Por estas razones algunos que regresaron con sus automóviles y tractores no podían utilizarlos por el elevado precio de la gasolina, y sus estufas de gas eran inservibles porque el único combustible barato era la madera; en fin, sus animales murieron al poco tiempo porque no se aclimataron. Según Gamio a estos inconvenientes se unía el que los repatriados regresaban a un medio culturalmente inferior.[115] El gobierno veracruzano fue uno de los que se interesaron en repatriar mexicanos porque cada familia podría traer entre 3 000 y 5 000 dólares y porque eran trabajadores y previsores que de inmediato podrían trabajar en la agricultura.[116]

Pero el nacionalismo del Jefe Máximo ya no era el de Obregón, pues no iba más allá de considerar antipatriótico utilizar el

bushel, que era una medida extranjera; de más fondo fue su crítica a un informe de Cosío Villegas sobre la cuestión arancelaria porque los "señores de Roma" ignoraban la agricultura sonorense, él, Calles, en cambio, sí la conocía porque era un ranchero sonorense. Pese a las explicaciones de Cosío Villegas el Jefe Máximo insistió en la ignorancia de "esos señores de Roma" y tachó de ingenuo a ese joven economista mexicano.[117]

Mientras tanto, en el segundo semestre de 1930 la mayoría (unos casi 20 000 repatriados) salió de Texas, pero también de estados más lejanos: Michigan, Indiana, Iowa, Kansas, Missouri, Nebraska, Ohio, Pennsylvania, las Dakotas y Wisconsin. El regreso ya en tierras mexicanas seguía siendo difícil; en Saltillo les dieron de comer, pero no en Monterrey. En 1931 se repatriaron casi 50 000; a Ciudad Juárez llegaron a pie, en automóvil o en tren, y todavía destaca un buen número procedente del este y del oeste central; sólo medio millar permaneció en Ciudad Juárez, el resto se fue al interior a sus lugares de origen. Charles P. Visel, director del comité de ciudadanos de Los Ángeles encargado de la deportación, anunció en la prensa en diferentes lenguas que se harían redadas de deportables. Como algunos periódicos insinuaron que todos los mexicanos serían deportados, varios norteamericanos de origen mexicano temieron su deportación. Los repatriados de California formaban familias de más de tres, los varones tenían de 30 a 40 años, las mujeres de 20 a 30 y los niños eran menores de diez años. Pese a la crisis, el director del Departamento de Agricultura de la Cámara de Comercio de Los Ángeles insistía en que se retuviera a los mexicanos para el trabajo agrícola, pero el gerente de esa misma cámara no los quería mientras hubiera blancos desempleados, no era pues una cuestión de pigmento, "sino de ciudadanía o de derecho". Unos americanos apoyaron la huelga de Monte Berry en Los Ángeles en 1933 (dirigida por el Partido Comunista), otros la combatieron trabajando como esquiroles, y la Cámara de Comercio pidió

la deportación de todos los mexicanos, incluidos los ciudadanos norteamericanos de ascendencia mexicana. A diferencia de la actitud frente a los europeos, en el caso de los mexicanos hay ambivalencia de empresarios, trabajadores y autoridades americanos, entre otras razones porque inmigraban tanto hombres como mujeres.[118] Según una balada de la época, se deportó a los amancebados y a los bebedores de cerveza, aunque tuvieran pasaporte.[119]

Aunque entre algunos intelectuales revolucionarios subsistía la idea porfirista de la inferioridad de ciertas razas, a diferencia del porfiriato se declaraba que la mexicana se origanaba en dos razas superiores, la altiva castellana y la estoica indígena. Contra la tesis de Gustavo Le Bon, en la América hispana no eran los mestizos los seres inferiores, sino los criollos corruptos.[120] Según Andrés Molina Enriquez la Revolución aspiraba a fincar el desarrollo económico del país en la capitalización interna, en contraposición al porfirismo que sostenía la primacía del capital extranjero.[121] La Confederación Nacional Agraria, órgano del propio Molina Enriquez, incluyó en su programa el rechazo a todo lo español, autorizó la compra de los artículos extranjeros exclusivamente necesarios, y propició la venta de los mexicanos por todos los medios posibles, etc.[122] Las autoridades mexicanas impulsaron el nacionalismo entre los mexicanos residentes en Estados Unidos, aprovechando que muy rara vez los braceros contraían matrimonio con mujeres extranjeras, a lo sumo con mexicanas de origen; los cónsules desarrollaron una activa campaña para mantener vivo el espíritu patrio entre ellos, "dando conferencias y haciendo labor de acercamiento".[123]

Las estadísticas de repatriación durante las tres primeras décadas del siglo XX, convencieron a las autoridades mexicanas de que aquélla era más intensa cuando las condiciones de México eran más bonancibles; además, estaba en razón inversa del tiempo de su permanencia en Estados Unidos.[124] Lo cierto es que a partir de

la crisis de 1929 se aceleró la repatriación (y la deportación), especialmente en la década de los treinta.[125] Con base en los informes consulares la Secretaría de Relaciones Exteriores firmó una estadística sobre la población mexicana en Estados Unidos en 1931, año en que la repatriación alcanzó mayor fuerza. Precisamente en ese año el cónsul mexicano en Denver, Colorado, informó que la situación de los mexicanos en Estados Unidos era tan desesperada, que gran número de ellos sólo pedía comer una vez al día, y que incluso algunas familias se vieron "en la necesidad de comer alfalfa cocida".[126]

Advirtió, sin embargo, que en muchos casos esos informes eran vagos e inciertos por la diversidad de las fuentes: censos, periódicos, conversaciones con autoridades locales y con elementos representativos de las colonias mexicanas y aun algunas "estimaciones arbitrarias". En el cuadro 12 se advierte que la crisis de 1929 repercutió en general con mayor fuerza en algunas de las ciudades industriales del norte y del este; Milwaukee, Chicago, Nueva York, Pittsburgh, Cleveland, Detroit. En la frontera (Yuma, Laredo, Naco, Corpus Christi, McAllen, Brownsville, etc.), y en California (San Francisco, Los Ángeles, San Bernardino, etc.). La proporción de los mexicanos sin trabajo alcanza elevados porcentajes en San Luis, Milwaukee, Nueva Orleans, San Diego, Detroit, Galveston, Oklahoma, etc.; los de Yuma, en cambio, son muy bajos porque habían emigrado. En fin, en Nueva York, Naco, Fresno, Chicago, Phoenix, San Francisco, más de una décima parte de los mexicanos debían repatriarse. Una manera complementaria de apreciar el éxodo de los mexicanos (tanto los que conservaban su nacionalidad como los norteamericanos) es comparar su número en 1930 (144 533) y 1931 (1 033 080), o sea una diferencia de 389 453, cifra superior a los 194 560 repatriados durante esos dos años, según el mismo cuadro. Conforme a unas fuentes norteamericanas el número de los nacidos en México radicados en Estados Unidos disminuyó de 639

000 en 1930 a 377 000 en 1940, o sea 262 000,[127] pero esta cifra no necesariamente significa que ésos sean los que se repatriaron. Los mexicanos que permanecieron en Estados Unidos fueron siendo desplazados por los norteamericanos que empezaron a aceptar los trabajos que antes rechazaban; de ese modo disminuyeron los días de trabajo (en Galveston, por ejemplo, a unas cuantas horas un día a la semana) y, consecuentemente, sus ingresos. En algunos lugares de California sólo se le daba trabajo a un hombre de cada familia.[128]

CUADRO 12
Mexicanos en Estados Unidos (1931)

Distritos consulares	*Residentes enero (1)*	*Emigrados noviembre (2)*	*Sin trabajo noviembre (3)*	*Necesario repatriar (4)*	*% 2 de 1*	*% 3 de 1*	*% 4 de 1*
Alburquerque	4 300	100	325	325	2.32	7.54	7.54
Los Ángeles	170 000	20 000	15 000	6 000	11.76	8.82	3.53
Baltimore	100	—	—	—	—	—	—
Beaumont	1 750	100	250	50	5.71	14.29	2.86
Boston	29	2	—	—	6.90	—	—
Brownsville	22 020	4 020	3 600	1 000	18.26	16.35	4.54
Buffalo	500	100	50	50	20.00	10.00	10.00
Caléxico	20 000	850	600	700	4.25	3.00	3.50
Cleveland	1 000	200	250	100	20.00	25.00	10.00
Corpus Christi	31 500	7 025	7 300	2 000	22.30	23.17	6.35
Chicago	25 200	6 200	7 500	3 000	24.60	29.76	11.90
Dallas	51 700	2 500	10 000	1 500	4.84	19.34	2.90
Del Río	11 000	1 865	—	—	16.95	—	—
Denver	36 000	3 000	1 000	200	8.33	2.78	0.56
Detroit	17 400	2 020	7 500	—	11.61	43.10	—
Douglas	4 100	450	530	400	10.98	12.93	9.76
Eagle Pass	9 924	1 620	—	—	16.32	—	—
Filadelfia	3 500	100	150	50	2.86	4.29	1.43
Fresno	25 000	1 400	8 000	3 000	5.60	32.00	12.00
Galveston	4 680	200	2 000	200	4.27	42.74	4.27
Houston	50 000	2 000	10 000	1 000	4.00	20.00	2.00
Indianápolis	10	—	—	—	—	—	—
Kansas	17 620	2 735	2 600	1 000	15.32	14.76	5.67
Laredo	14 465	5 000	1 000	—	34.56	6.92	—
McAllen	14 800	2 800	3 375	—	18.91	22.80	—
Milwaukee	600	100	400	20	16.66	66.66	3.33
Mobile*	100	25	10	—	25.00	10.00	—

Naco	2 500	600	240	350	24.00	9.60	14.00
Nueva Orleáns	1 990	45	1 000	50	2.26	52.76	2.51
Nueva York	4 000	900	930	700	22.50	23.25	17.50
Nogales	5 790	100	580	100	1.73	10.02	1.73
Norfolk	3	—	—	—	—	—	—
Oklahoma	7 350	500	2 740	—	6.80	37.28	—
El Paso	148 000	10 000	9 000	5 000	6.76	6.08	3.38
Phoenix	45 000	6 400	14 000	5 000	14.22	31.15	11.11
Pittsburgh	2 750	805	600	200	29.27	21.82	7.27
Presidio	15 225	1 765	3 800	1 000	11.59	24.96	6.51
Providence	3	—	—	—	—	—	—
San Luis	15 000	350	12 000	200	2.33	80.00	1.33
Salt Lake	8 550	400	2 775	600	4.69	32.46	7.02
San Antonio	98 350	5 000	18 000	5 000	5.08	18.30	5.08
San Bernardino	50 000	5 200	13 000	4 000	10.40	26.00	8.00
San Diego	15 900	1 400	7 500	1 000	8.80	47.17	6.29
San Francisco	40 000	6 000	10 200	4 000	15.00	25.50	10.00
Savannah*	1	—	—	—	—	—	—
Seatle	600	50	420	200	8.25	70.00	33.33
Tampa*	100	25	10	—	25.00	10.00	—
Toledo	665	53	150	20	7.67	22.47	3.01
Tucson	26 000	2 000	6 000	800	7.69	23.08	3.08
Yuma	4 000	1 500	100	50	37.50	2.50	1.25
Zapata	4 000	70	600	—	1.75	15.00	—
Total	1 033 080	107 515	185 085	48 865	10.40	17.91	4.73

* "Estimaciones arbitrarias".
Fuente: Apéndice *MR* 1931-1932, pp. 970-982.

Al finalizar 1932 se estableció un Comité Nacional de Repatriación con la mira de reunir medio millón de pesos destinados a acomodar a algunos millares de mexicanos repatriados, pero el diputado José María Dávila juzgó esa cifra demasiado pequeña para propósito tan ambicioso. De cualquier modo, algunos gobiernos de los estados se unieron al federal en esta colecta; por ejemplo, Sinaloa aportó 10 000 pesos, Guanajuato cerca de 6 000, etc. Según datos de la Secretaría de Relaciones, en 1932 se repatriaron 126 154, en su mayoría de Texas y California; 547 por cuenta del erario, 13 462 a cargo de las autoridades extranjeras, 3 519 por las sociedades de beneficencia, 6 166 por su cuenta y el resto (102 460 o sea 81.22%) "no especificados"; muchos de éstos recibieron pasajes gratuitos de ferrocarril desde la frontera hasta el interior, proporcionados por el gobierno mexicano. Gran número sufrió cuantiosas pérdidas por las quiebras bancarias, pero al menos muchos pudieron regresar con sus menajes de casa, implementos agrícolas, etc. Entre los medios empleados en Estados Unidos para expulsarlos se cuenta el exigirles que comprobaran su estancia legal en ese país, negarles trabajo, atacarlos en la prensa para hacerles incómoda su estancia e incluso el te-

rrorismo, si bien en este punto el gobierno mexicano reconoció que las autoridades norteamericanas habían procedido con "extraordinaria actividad para investigar los hechos y otorgar seguridades a la colonia mexicana". En realidad desde 1924 se había empezado a exigir el cumplimiento de la Ley de Migración y como muchos mexicanos no podían hacerlo eran deportados.[129]

Emory S. Bogardus analizó de manera semejante la repatriación de los mexicanos; se componía de tres grupos:

1) los que voluntariamente regresaban a México,

2) los que regresaban *under polite coercion* y

3) los deportados.

El segundo grupo se compuso de aquellos a quienes las autoridades del condado correspondiente, o las instituciones públicas de beneficencia, les ofrecieron pagar los gastos de transporte hasta la frontera; en caso de no aceptar esta proposición se les negaría la ayuda. La actitud de las autoridades y de las instituciones benéficas se explica porque trasladar 9 000 mexicanos de Los Ángeles a la frontera costó cerca de 155 000 dólares, cuando la ayuda anual significaba 800 000 dólares. El propio Bogardus calculó que 80% de los repatriados regresó a los pueblos, 15% a las grandes ciudades y 5% a las colonias fundadas especialmente para ellos. Los hijos mayores de estas familias, más norteamericanos que mexicanos, rehusaban regresar a México.[130]

Otro autor norteamericano ha distinguido dos etapas en la repatriación; la primera hasta 1931, la más importante numéricamente, "pudo" haber sido en su mayor parte voluntaria; posteriormente la repatriación es organizada y se realiza en Detroit, Los Ángeles, Chicago, etc. Más aún, en la primera etapa muchos mexicanos "pudieron" haber regresado a México con motivo del fin de la rebelión cristera.[131] Sin embargo, la Secretaría de Relaciones Exteriores informó en julio de 1932 que los repatriados de Los Ángeles fueron transportados por cuenta exclusiva del

departamento de beneficencia de esta población, lo que "no fue posible en Chicago, Fresno y Detroit". En efecto, algunos pudieron haber regresado al cesar la rebelión cristera, pero es más importante precisar el concepto de regreso "voluntario"; dentro de éste cabe incluir, de hecho, quienes lo hicieron *under polite coercion*, y los deportados, sobre todo si se recuerda que la precipitación con que se repatriaron los obligó a malbaratar sus bienes.[132]

Ya en México primero se les acomodó en dos haciendas de Durango, Peñón Blanco y Cuencamé; en los distritos de riego 1 y 4 de Coahuila y Nuevo León, y en la hacienda de Santa Clara Namequipa, Chihuahua. Los lotes se vendieron a 60 pesos la hectárea de primera clase y 44.46 la de segunda, pagaderos de la siguiente manera: 5% al levantarse la primera consecha y el resto de 10 a 25 años. También se proyectó acomodarlos en las fincas cafetaleras de Chiapas y en algunas haciendas de Tamaulipas, Baja California, Sonora, Sinaloa, Guanajuato, etc. En 1932 se repatriaron 115 705, en los cuales el gobierno mexicano gastó 73 404 pesos sólo en auxilio alimentario; Baja California organizó con ellos colonias agrícolas en Mexicali y en San Quintín; Sonora, en Bacum y en Hermosillo, y en Sinaloa arrendaron la hacienda El Pigar. En la hacienda El Coloso, cerca de Acapulco, y en Collantes, Pinotepa Nacional, Oaxaca; al fundar las colonias recibieron aperos de labranza, materiales de construcción, alimentos, ropa, brigadas sanitarias y escuelas. Sin embargo, las 600 personas que formaron la colonia de Pinotepa Nacional recurrieron al trabajo de peones para abrir las tierras al cultivo; esto, unido al hecho de que la mayoría no eran verdaderos agricultores y que sus exigencias resultaron desmesuradas para el medio, llevó al fracaso a la colonia en sólo dos años. Casi todos estos intentos fracasaron porque la mayoría no eran agricultores sino trabajadores industriales, y con frecuencia regresaron sin tener una idea clara de la naturaleza de las tierras a las que se dirigían. En algunos lugares se les acusó de "ayankados" masones, paganos, etc. El

resultado final fue que agotados sus recursos abandonaron las colonias para radicar en las grandes ciudades, donde ya otros habían encontrado trabajo en los centros industriales de Nuevo León, Coahuila, Puebla, Veracruz y el Distrito Federal.[133]

Las autoridades elogiaron el acendrado nacionalismo de los repatriados que prefirieron sacrificar sus intereses y comodidades antes de renunciar a su nacionalidad:

> Seguramente que México no puede encontrar mejores elementos de colonización que éstos a los que nos referimos y que por su número, preparación, costumbres adquiridas, estándard de vida y muchos otras cualidades de gran valor social, si se les agrupa, si se les dan facilidades para adquirir propiedades de suficiente extensión para su capacidad de trabajo, si se les organiza y se anima su progresivo desenvolvimiento, pueden convertirse en una clase media campesina que sin el sentido de explotación de hombres, lleguen a construir un elemento de alto potencial en la producción agropecuaria nacional.[134]

El punto máximo de la repatriación en 1931 coincidió con una intensa campaña nacionalista en pro "de la raza, de nuestra economía y de nuestra cultura". En los "domingos nacionales" se expedían exclusivamente artículos mexicanos a precios fijos para desterrar "la inmoral y retrasada costumbre del regateo". Se izaba la bandera nacional con los honores de rigor y se pronunciaban discursos patrióticos, generalmente a cargo de los directores de las escuelas. Este nacionalismo adquirió en algunos lugares un marcado antiextranjerismo, que las autoridades se vieron obligadas a reprimir, como ocurrió en Sinaloa.[135] Mientras tanto, la Liga de Latinoamericanos lograba que la Corte Suprema de Estados Unidos reconociera que los mexicanos pertenecían a la raza blanca y, por tanto, era ilegal segregarlos en las escuelas por motivos raciales.[136] Todavía en 1934 se gastaron 135 000 pesos en pasajes para repatriarlos,[137] y las autoridades mexicanas continuaron comentando orgullosamente que "multitud" de mexicanos preferían regresar a México antes que nacionalizarse norteamericanos,

> no porque supongan que hay para ellos detrimento alguno en adquirir una ciudadanía extranjera, sino porque su apego patriótico a su tierra de origen, los hace preferir el conservar su nacionalidad, aun a costa de cualquier sacrificio.[138]

Ese mismo año de 1934 en Baja California se fraccionaron 24 500 hectáreas para instalar 1 600 repatriados; en Guerrero y en Oaxaca a 1 200.[139]

El primer plan sexenal propuso organizar un servicio especial de repatriados que, en combinación con los cónsules, estimulara el retorno de los mexicanos, quienes deberían acomodarse preferentemente formando colonias agrícolas en las zonas poco pobladas, pero que al mismo tiempo estuvieran lo suficientemente cercanas a los centros de población para facilitar la reincorporación a México de los recién llegados y para que los vecinos asimilaran sus conocimientos. Al año siguiente, 1935, la Tercera Convención de Migración informó que seguían insolutos su apropiado acomodamiento y su reincorporación al país, especialmente de los niños, quienes tal como también lo había señalado Bogardus, no eran mexicanos espiritualmente.[140]

Sin embargo, pese a las críticas que se hicieron a la colonización de los repatriados, ya desde 1935 era palpable el progreso agrícola de Baja California, especialmente en el valle de Mexicali, obra suya.[141] Un año después el presidente Cárdenas propugnó "mantener las características raciales" de Baja California y Quintana Roo, extremos del país, creando en esos territorios fuentes permanentes de producción.[142] La repatriación, al principiar el régimen cardenista disminuyó mucho, pero las autoridades siguieron considerando que el millón de trabajadores mexicanos radicados en Estados Unidos, diestros en las modernas técnicas agrícolas e industriales, así como con hábitos de ahorro, debía utilizarse en beneficio de México; mientras se lograba repatriarlos, se intentó mantener viva su conciencia mexicana.[143]

Nuevas inquietudes surgieron cuando una vez más se exigió el requisito de nacionalización a quienes quisieran trabajar en Es-

tados Unidos.[144] Cárdenas envió entonces a Ramón Beteta, subsecretario de Relaciones Exteriores, a Estados Unidos para promover la repatriación: de manera inmediata la de quienes se encontraban en malas condiciones y a largo plazo la de quienes tuvieran que liquidar sus negocios. Más de un millar de mexicanos que vivía en el sur de Estados Unidos fueron repatriados gracias a esa campaña.[145]

Cálculos muy fantasiosos empezaron a circular sobre numerosos mexicanos que regresarían de Estados Unidos, en mayo de ese año de 1939; se habló de repatriar al 15 000 familias para destinarlas a labores agrícolas. Algunos precipitadamente vendieron todo para apresurar su regreso, sólo para encontrarse con que el servicio norteamericano de migración no podía transportarlos y la colonia 18 de Marzo sólo podía recibir 500 personas mensualmente; por tanto, varios fueron enviados a Nuevo León, Coahuila y Jalisco.[146]

A fines de 1939 se había gastado cerca de medio millón de pesos en la colonia 18 de Marzo, fundada en 1933 con 849 habitantes, la que para esas fechas ya tenía 3 750 moradores, 900 de ellos mayores de 16 años, dotados con una parcela de 19 hectáreas cultivables cada uno.[147] En el propio estado de Tamaulipas, en ese mismo año, se inició el acondicionamiento de los terrenos de La Sauteña, para acomodar a los repatriados; las obras se suspendieron por órdenes expresas del presidente Cárdenas, quien acordó que se les colocara precisamente en terrenos de riego, los cuales se localizaban en los municipios tamaulipecos de Aldama, González y Padilla; con 2 700 000 pesos se proyectó acondicionar 10 000 hectáreas, para acomodar a mil familias.[148] Este plan incluía regresar a México 200 familias por mes, a partir de 1940; pero al estallar la segunda guerra mundial decreció la repatriación por la demanda de brazos para la industria de guerra norteamericana. Además, la colonia 18 de Marzo fracasó por falta de agua y algunos otros elementos básicos.[149]

Desde mediados de 1939, de nueva cuenta en California, se proyectó autorizar el empleo de fondos para devolver a los extranjeros indigentes a sus lugares de origen, porque la ley prohibía socorrer a quienes hubieran vivido en ese estado norteamericano durante cinco años sin manifestar intenciones de hacerse ciudadanos estadunidenses; en ese caso se encontraban de 40 000 a 60 000 mexicanos. Al igual que a principios de esa década, se habló entonces de que Estados Unidos se proponía devolver a México, convertidos en "harapos humanos", a quienes habían dejado sus energías en aquel país "confiados en mentidas promesas".[150] Mientras tanto se iniciaron los preparativos para colonizar 50 000 hectáreas del Valle del Naranjo, San Luis Potosí, con 16 000 repatriados.[151] Mexicali fue uno de los pocos lugares donde efectivamente tuvieron éxito las colonias de los repatriados.[152]

El impulso que Beteta dio a la repatriación se advierte en el hecho de que en 1938 fueron repatriados 12 024 personas, y el año siguiente su número aumentó a 15 295. Beteta hizo notar que el casi millón y medio de mexicanos que había emigrado a Estados Unidos, ayudando al desarrollo del suroeste, no se habían integrado a su país de adopción, que con tanto éxito había asimilado a otros pueblos. Esto se explica, por lo menos en parte, por los prejuicios raciales en su contra; por esa razón y con motivo de la crisis económica desearon regresar a México, aunque muchos de ellos ya fueran americanos desde el punto de vista legal de Estados Unidos. Con tal fin el gobierno mexicano preparó su repatriación planeándola conforme a la reforma agraria.

> Los mexicanos que fueron a los Estados Unidos no abandonaron su país en busca de aventuras ni fueron atraídos por costumbres, religión y climas tan diferentes de los suyos; salieron de México porque la población rural mexicana había sido desposeída de su tierra y pudo fácilmente ser desarraigada durante la época álgida de la lucha. Gracias a la Reforma Agraria, el campesino vuelve a México no en calidad de peón, sino de colono, toda vez que el gobierno mexicano está ahora en posibilidad de ofrecer a los repatriados tierra que antes estaba acaparada en unas cuantas manos.[153]

A causa de la guerra, la repatriación se fue haciendo cada vez menor, aunque el gobierno todavía le prestó alguna atención, pues gastó en ella poco más de 43 000 pesos en 1943.[154] En 1958 se estudió la posible repatriación de mexicanos residentes en Estados Unidos, algunos dueños de una regular fortuna y otros pensionados que deseaban regresar a México. Mario Lazo, ex cónsul de México en Chicago, propuso venderles tierras nacionales a largo plazo, mediante la creación de un banco refaccionario destinado exclusivamente a este fin.[155] Un propietario duranguense donó tierras en 1960 para acomodar a 25 familias mexicanas que querían repatriarse, procedentes de Los Ángeles.[156]

Los repatriados de Estados Unidos fueron el grupo mayor, pero no el único; de Belice regresó un número importante en 1939, descendientes de mexicanos emigrados con motivo de la guerra de castas de Yucatán en 1847. El gobierno mexicano acogió con beneplácito a este nutrido grupo de origen maya, diestro en la explotación del chicle y la madera, les concedió tierras para que levantaran sus casas y les permitió que participaran en las cooperativas locales.[157] Sin embargo, se planteó el problema de su nacionalidad, pues legalmente tenían la inglesa y, por tanto, en la adquisición de bienes raíces tropezaban con las prohibiciones respectivas. Mientras se resolvía el problema de su doble nacionalidad, las autoridades de Quintana Roo desarrollaron una intensa campaña para cultivar su nacionalismo mexicano.[158]

Así como la crisis de 1929 ocasionó la repatriación masiva de Estados Unidos, la guerra civil española y después la segunda guerra mundial incrementaron la repatriación de Europa, especialmente de España, y de algunos países latinoamericanos: Colombia, República Dominicana, Cuba y Guatemala.[159] Mucho más grave fue el problema de las mexicanas casadas con chinos y a quienes sus maridos abandonaron en China. En 1933 se calculó que 400 de ellas se encontraban en difícil situación; 216 fueron repatriadas en 1937.[160] Dos años después se iniciaron nuevas ges-

tiones para repatriarlas, y con un optimismo exagerado, se consideró resuelto ese problema en 1940, cosa que el tiempo demostró no era cierta, pues en noviembre de 1970 regresaron poco más de 100.[161]

LA "RAZA"

En la significativa semana del 14 al 22 de septiembre de 1911 se celebró el Primer Congreso Mexicanista en Laredo, Texas, aún frescos el linchamiento de León Cárdenas Martínez y el chamuscamiento de Antonio Rodríguez, ambos crímenes impunes ocurridos en ese estado. Entonces nació la Gran Liga Mexicanista de Beneficencia y Protección, para que los braceros, agrícolas y fabriles, establecieran ligas mexicanistas para defenderse de los malos hijos del Tío Sam que se creían superiores a los mexicanos *because of the magic of the word white*. Esta preocupación la compartían los mexicanos de ambos lados del río, los del lado americano se quejaban de que pese a haber prestado juramento de lealtad a Estados Unidos, no se les consideraba blancos porque eran mexicanos; en efecto, desde 1856 los anglos amenazaban que si ganaban las elecciones en San Antonio se sublevarían. En realidad, los norteamericanos de origen mexicano sólo tenían una fuerza real en Laredo y en Brownsville.[162]

Cinco años después de este congreso se publicó un artículo en el *New Republic* que explicó de manera peregrina el "poco" prejuicio racial contra los mexicanos en San Antonio: no podía vérseles con desagrado porque habían convivido con ellos toda la vida. En consecuencia, no se les segregaba en las escuelas públicas, tanto así que muchos de los mejores estudiantes eran los más morenos; eran mejores que los anglos en escritura, dibujo y música, iguales a ellos en matemáticas, y sólo inferiores en inglés. En el suroeste de Texas el vaquero suplantaba al *cowboy*, porque trabajaba por un salario menor y frecuentemente rendía más. Su

conocimiento del inglés dependía de la cercanía de la frontera y la magnitud del rancho en que trabajaba; en los fronterizos casi todos hablaban el español, incluso los patrones americanos, por esta razón no había problemas laborales. En los ranchos mexicanos cantaban *Las golondrinas* y *Las cuatro milpas*, y sus héroes eran Pancho Villa o algún contrabandista asesinado por los *rangers*.[163]

El embajador Ignacio Bonillas en Washington protestó en 1919 por la campaña de Oklahoma contra los *idle greasers*, que autorizó a la policía a arrestar a todos los que encontraran en la calle acusándolos de vagancia, dándoles a escoger entre la cárcel o la deportación. De acuerdo con las instrucciones de Bonillas, los cónsules mexicanos deberían presionar a las autoridades, federales o texanas, en los linchamientos de los mexicanos.[164] La huelga del carbón en Colorado, en octubre de 1927, duró cinco meses y costó varios millones de dólares; en ella participaron varios mexicanos. Al final los huelguistas vencieron, en parte, porque casi se agotó el presupuesto para el mantenimiento de los presos.[165]

La "raza" era ambivalente frente a México:

> *I grant that Mexico's very pretty*
> *but it is down and out*
> *one works day and night*
> *and never ceases to be a pelado.*

Pese a cierta nostalgia (en algunos casos tal vez más imaginada que real) la "raza" prefería vivir en Estados Unidos porque, pese a todo, podían dejar de ser un "pelado". Para lograr ese propósito fundaron The League of United Latin-American Citizens (Lulac) en Corpus Christi en febrero de 1929, para luchar contra los malos tratos, acelerar su asimilación (mediante el aprendizaje del ingles), obtener el respeto a sus creencias religiosas y oponerse a la segregación escolar[166] que, por lo visto, existía pese al optimista artículo del *New Republic* de 1916.

Manuel Gamio comenzó una encuesta de 1929 preguntando si se habían nacionalizado americanos, y. si en el amplio término "the race", incluían no sólo a descendientes de mexicanos sino también a franceses, italianos, etc. Lo cierto es que en Texas y en otras partes de Estados Unidos a los inmigrantes mexicanos se les llamaba cholos y chícanos, pochos a los Mexican-Americans, bolillos a los americanos y cristalinas a las americanas. Según los Mexican-Americans, México era un país desordenado, y los mexicanos eran peleoneros; les desagradaba la miserable condición en que la mayoría llegaba a Estados Unidos. Los mexicanos de acá de este lado por su parte juzgaban a los Mexican-Americans como descastados; en particular criticaban la "americanización" del vestido femenino. Los mexicanos inmigrantes sufrían profundamente el prejuicio racial en su contra porque el examen médico demostraba que eran normales; los deficientes y los enfermos sí eran rechazados y entonces quedaba la posibilidad de que se pensara en los ilegales, pero éstos demostraban, con su en ocasiones temeraria manera de cruzar la frontera su valor, valor que les daba el hambre. El prejuicio racial era mayor en Texas, menor en otros estados sureños, mucho menor en el norte y en el este, suficiente para que la fusión de americanos y mexicanos fuera insignificante. Algunos mexicanos de California criticaron al renegado como un ser asqueroso y ruin porque

> no reniega jamás
> un buen mexicano
> de la Patria querida
> de sus amores.

Pese a todos sus sufrimientos, al preguntarles si eran "españoles" respondían que tenían a orgullo ser mexicanos.

De la "raza" habían salido muy pocos funcionarios y militares de alta graduación; los sacerdotes eran enviados a las parroquias de los Mexican-Americans, quienes rara vez estudiaban en la *high school*, en el colegio, y casi nunca en la universidad. Muchos

Spanish-Americans admitían que su lento aprendizaje del inglés y la poca aceptación de los ideales americanos, así como su desaseo algo excusaban este prejuicio racial; de cualquier modo, su tez oscura mucho tenía que ver en esto, porque los anglos transfirieron sus prejuicios hacia los negros contra la "raza". Los anglos aprendían en la escuela, en las novelas de un *dime* y en el cine que los hispanoparlantes eran crueles y traidores bandidos. En marcado contraste con los mexicanos inmigrantes los Spanish-Americans de Nuevo México eran francamente leales a Estados Unidos, como lo probaron en la guerra contra España en 1898 y en 1917-1918, en que proporcionalmente ofrecieron un mayor contingente de voluntarios que otras razas. Algunos atribuían a la Iglesia católica la lentitud con que los neomexicanos aceptaron la escuela pública y otras instituciones americanas; incluso calificaban su lealtad de meramente formal.

Entre los Spanish-Americans y los anglos había indiferencia; aquéllos se quejaban de que no los admitían en los restaurantes, aun en Santa Fe había el humillante letrero: "*No Mexicans*", y esta discriminación se extendía a barberías, hoteles, iglesias y otros lugares públicos; por ejemplo, un mexicano fue sacado de un teatro a punta de pistola. Pero peor que eso fue un linchamiento en Colorado. Estos casos extremos solían ocurrir fuera de Nuevo México donde no se distinguía a los Spanish-Americans de los inmigrantes mexicanos. La propaganda anticatólica los hacía perder su "fanatismo", caían en la indiferencia o se pasaban al protestantismo, aunque Gamio juzgaba dudosa esta conversión porque en Nuevo México subsistía el diezmo. De cualquier modo, la indumentaria masculina era moderna en las ciudades, mientras que la femenina en el campo conservaba más elementos coloniales. En general en el campo las cosas habían cambiado poco, tanto en la cultura material como en la espiritual. Pero los inmigrantes se convertían en omnívoros, incorporando leché y

carne a su dieta; en casi todos los restaurantes pobres se escuchaba preferentemente música mexicana.[167]

Frente a la lealtad de los neomexicanos a Estadós Unidos, destaca la violencia de una huelga de 5 000 pizcadores de algodón en Corcoran, la cual tuvo un saldo trágico de dos muertos y muchos heridos. El asistente del sheriff local justificó esa violencia porque los granjeros eran la mejor gente del condado Kern:

> Ellos siempre están con nosotros. Hacen que el país funcione. Ellos nos pusieron y ellos pueden quitarnos, por eso les servimos. Pero los mexicanos son basura. No tienen ningún nivel de vida. Los manejamos como a una piara de cerdos.

El *Corcoran News* escribió en octubre de 1933 que los mexicanos eran unos tontos porque querían alcanzar una meta fuera de su alcance, y que si la huelga continuaba, los mexicanos irían a parar a un corral, donde inmediatamente serían despiojados. Éstos, sin embargo, con todo y piojos lograron un aumento de 20%.[168] En ese mismo año, en una huelga en una fábrica de vestidos en Los Ángeles, las mujeres fueron más agresivas que sus compañeros, incluso llegaron a la violencia física. Rose Pesota atribuyó su triunfo a que se ganaron a los mexicanos porque ellas eran los únicos anglos que los trataban como iguales. El *New Deal* de Roosevelt sólo hizo una ley específicamente favorable a los trabajadores agrícolas mexicanos: la que en 1937 fijó un salario mínimo a los trabajadores de la remolacha azucarera. La Lulac, al año siguiente, no apoyó la huelga de los trabajadores de la pacana en San Antonio; el arzobispo de San Antonio tampoco, porque la patrocinaban los comunistas, pero pidió un aumento salarial porque los bajos salarios alimentaban el comunismo.[169]

Dos años después, Washington patrocinó una investigación sobre los bajos salarios y el desempleo de los *pecan shellers* de San Antonio. Éstos ganaban de uno a dos dólares semanales durante la depresión, lo cual favoreció el trabajo manual sobre la maqui-

naria pero oblieó a la ayuda de la asistencia pública para paliar sus malas condiciones habitacionales, escolares, alimentarias y sanitarias; por ejemplo, como las tres cuartas partes carecían de luz eléctrica y casi 90% de cañería, había una alta mortalidad por tuberculosis. Por su trabajo migratorio y falta de zapatos y de vestido no podían asistir a la escuela. "Mexicano" era más una designación racial y' cultural que de nacionalidad; en efecto, en su gran mayoría eran ciudadanos americanos, pero pertenecían a la "raza". En diciembre de 1938 muchos tenían que caminar más de dos millas para recibir el obsequio de un bollo o dos panes. Las dos terceras partes de los niños sólo terminaban el quinto año, y chiquillas de escasos 13 años se prostituían. La mayoría de los anglos de San Antonio no se interesaba por ellos porque consideraban que se contentaban con tortillas y frijoles, y que si se les pagaba más de un dólar diario lo gastarían en tequila. Se les segregaba en salas de espera y en vehículos, no por una cuestión racial como a los negros, sino a causa de su pobreza.[170]

Otro caso tal vez tan extremo como el de los *pecan shelters*, fue el de los trabajadores agrícolas del condado Hidalgo, en Texas, y acaso precisamente por eso lo estudió el gobierno federal. En efecto, en 1943 casi una quinta parte de estos niños estudiaba a una edad mayor que la usual. Los menores generalmente dormían sobre mantas en el suelo y, en algunos casos, hasta cinco personas se acostaban en una misma cama. Bebían agua contaminada, rara vez comían verduras frescas o bebían leche y pocos recibían atención médica. La mayoría de los adultos habían nacido en México, pero casi todos los niños en Estados Unidos. Como frecuentemente rebasaban la edad en sus estudios se sentían estúpidos, fuera de lugar.[171]

El 3 de junio de 1943 se iniciaron unos motines en Los Ángeles. En respuesta a la acusación, hecha a los norteamericanos de origen mexicano de que eran "retrasados mentales", el *Times* de Los Ángeles explicó que como los pachucos no pertenecían a

una sola raza, el que predominaran los latinos no podía generalizar una acusación en su contra. Sobre todo, los califomianos sentían afecto por sus conciudadanos de ascendencia mexicana, pues su cultura influía en el modo de vida, arquitectura, música, idioma y alimentación de California. Aunque según el alcalde de Los Ángeles no había prejuicios contra las personas de ascendencia mexicana, otros felicitaron a los soldados por su "valiente" participación en estos hechos. Un periódico angelino llegó al extremo de calificar de "prostitutas de lo peor" a las "cholitas" y pachucas, infectadas de enfermedades venéreas y adictas a la mariguana. Diciocho de las aludidas refutaron esta acusación, pero la prensa metropolitana rehusó publicarla; sólo aceptó hacerlo el *East Side Journal* el 16 de junio de ese año de 1943. Esas 18 muchachas retaron a sus acusadores, ya que podían probar que eran vírgenes.[172] Esto ocurre en un momento en que se inicia una guerra en la que participó más de un tercio de millón de personas de ascendencia mexicana. Como se ha visto, gracias a su lealtad a Estados Unidos pudieron desempeñar trabajos calificados.[173]

Por supuesto, no todos abandonaron de inmediato sus *frogtowns* y sus *jimtowns*.[174] En efecto, un trabajo de campo del National Child Labor Committee entre las familias agrícolas migratorias de Colorado reveló, en 1951, que 40% de los mayores de 16 años y las dos terceras partes del grupo entre los 7 y 16 años sólo hablaban español y casi un tercio era analfabeta. Casi la mitad vivía en un cuarto redondo, 92% carecía de refrigeración, una tercera parte de agua segura, 60% de baño, 85% de atención médica (salvo por razón de maternidad) en el último quinquenio, por tanto el coeficiente de mortalidad infantil era el doble que el de Colorado. Además, se discriminaba a los inmigrantes en escuelas, comercios, centros recreativos, restaurantes, iglesias, oficinas gubernamentales, tiendas al menudeo; es decir, prácticamente se les discriminaba en todos lados. Lo peor era que en opinión de los

funcionarios escolares nada podía hacerse por ellos: la escuela más los dañaba que los beneficiaba, lo mejor sería que la naturaleza tomara "su curso con ellos", palabras crípticas que acaso significaran su muerte porque no eran aptos. En efecto, un labrador norteamericano no quería que sus hijos se contaminaran con los sucios y "piojosos muchachos mexicanos". Otro francamente temía que si se les educaba perdería su mano de obra barata; algunos estaban dispuestos a darles trabajo semicalificado o calificado sólo si un "blanco" no lo quería.

Los clérigos atribuían su ausencia de las iglesias a que tenían que trabajar toda la semana, en tanto que los feligreses lo atribuían a que eran sucios y a su ignorancia del inglés; aquéllos confesaron que no tratarían de obligarlos a que fueran a sus iglesias porque no sabrían cómo tratarlos. Los trabajadores creían, y no les faltaba razón, que a los clérigos lo que les interesaba era su comunidad; uno de los sacerdotes aceptó que no tenía tiempo de atender las quejas de los trabajadores inmigrantes, pero que si alguno se presentaba ante él haría lo que pudiera por ayudarlo.[175] En fin, los anglos en Texas seguían considerando a la "raza" inasimilable por su diferente cultura; ya no la linchaban, pero todavía a mediados del siglo una sutil discriminación les hacía sentir que no eran iguales a los blancos.[176] Con todo, la "raza" siguió siendo fiel a Estados Unidos; en la guerra de Vietnam, por ejemplo, como en las anteriores, proporcionalmente sufrieron mayores bajas que otros grupos.

Rodolfo "Corky" González fundó la Crusade for Justice en Denver en 1965 para mejorar su educación, reformar la tenencia de la tierra y afirmar el separatismo chicano; "Corky" se radicalizó cuatro años después. César Chávez fundó en 1963 la Asociación Nacional de Trabajadores de Granjas, adherido a la AFL-CIO, y a partir de entonces ha promovido algunas huelgas en California. Tal vez su éxito se deba a que se han integrado a una poderosa organización nacional y a su firmeza dentro de los lí-

mites de un sindicalismo no revolucionario. Reies López Tijerina, después de haber sido procesado en 1968 por asalto, en 1969 fundó la Alianza Pueblos Libres en defensa de las mercedes de tierras de Nuevo México, con apoyo en el Tratado de Guadalupe. Más radical que Chávez, López Tijerina denunció el silencio de las Iglesias y de los intelectuales en perjuicio de los indohispanos de Nuevo México. Joe Bernal en su libro *I am Mexican-American*, ese mismo año, pidió respeto a la contribución de sus antepasados a Texas, y una estudiante partidaria de Beraal declaró que no era americana, sino "mexico-americana" y morena como la "Virgen Morena". Henry B. González, representante de Texas ese mismo año, rechazó que ese racismo al revés fuera la respuesta correcta a la discriminación. Ramón Maclas, editor de la revista *El Pocho*, explicó en marzo de 1970 la etimología de la palabra chicano: *chi* viene de Chihuahua y *cano* de mexicano. Esta palabra era común en los treinta, mucho antes que *Mexican-American;* lo importante es que significa que los chícanos no son ni enteramente mexicanos ni americanos. Además del problema de la identidad está el de la escolaridad: la de los chicanos en 1970 era de ocho años, de diez la de los negros y de doce la de los blancos.[177] Los anglos, en Texas, no querían que la "raza" aumentara su escolaridad porque los analfabetos eran su mejor mano de obra agrícola.[178]

Armando M. Rodríguez, director de la oficina de asuntos de hispano-parlantes del Departamento Federal de la Salud, propuso sustituir en 1970 el término de "raza" por el de "mi pueblo", porque no se trataba de una cuestión étnica sino cultural. Los miembros de "la raza" defendían un pluralismo cultural y no aceptaban el *melting pot*. Citó las palabras de un joven mexicano-americano, estudiante de secundaria de California, quien orgulloso afirmó que ellos habían construido las misiones y cultivado los ranchos, habían estado en El Álamo, dentro y fuera. "¿Quién soy?", se pregunta, y él mismo se contesta: "en realidad quien tú

quieres que sea".[179] De cualquier modo, hacia 1970 una quinta parte de la "raza" ya no vive en el suroeste, sino que se ha desplazado al centro-oeste, vive en zonas urbanas y desempeña trabajos industriales.[180]

Su nombre ha variado con los años y según las regiones donde se establecen, desde los años veinte, si no es que antes; los hispanoparlantes de Nuevo México preferían llamarse hispanoamericanos o Spanish colonials para disociarse del "oprobioso" Mexicans. En California, Arizona y Texas prefieren llamarse latinoamericanos, pretenden ser de pura sangre española y, por ende, superiores a los mexicanos; esta actitud ha causado cierto antagonismo con los inmigrantes.[181] En efecto, la clase media rechazaba el término chicano, tan de moda actualmente, porque lo consideraba peyorativo; los de origen rural prefieren la denominación de mexicanos.[182] De cualquier modo, la "raza" amortigua la adaptación de los inmigrantes a Estados Unidos, ya que rara vez hay conflicto entre los norteamericanos de origen mexicano pobres y los mexicanos ricos; es mayor la lucha entre los ricos de ambos lados. Algunos sacerdotes desalientan los matrimonios de chícanos y mujeres norteamericanas porque tienden a fracasar; en cambio, alientan el de chicanas y anglos porque tienen éxito en 80%; atribuyen estos desajustes a diferencias culturales y de ingresos.[183]

LOS TRATADOS

El cónsul general de México en San Antonio, Texas, en septiembre de 1912 exhortó a los aspirantes a braceros a que no trabajaran sin antes celebrar un contrato por escrito con los empresarios norteamericanos.[184] Precisamente la falta de protección internacional de los trabajadores es una de las diferencias principales entre el bracerismo porfirista y el contemporáneo. Desde principios de 1914, la Secretaria de Fomento encomendó a un

destacado jurista la elaboración de un proyecto para proteger a los braceros.[185] Como al parecer ese proyecto no se realizó, la protección se redujo a la tradicional de los cónsules mexicanos en Estados Unidos.[186] El número de los muy antiguos tratados internacionales sobre trabajadores aumentaron durante la segunda guerra mundial.[187]

Al finalizar en 1941 la Southern Pacific Company de San Francisco solicitó trabajadores para la conservación de las vias, petición que por entonces fue rechazada por la oposición sindical norteamericana. Al principiar 1942, los cultivadores de remolacha de California también pidieron braceros mexicanos, y en mayo de ese año la compañía ferrocarrilera insistió en su petición, en un momento en que la evacuación de japoneses había agravado la falta de trabajadores.[188] Finalmente, el primer tratado se firmó el 23 de julio de 1942.[189] En él se estableció que los braceros no prestarían el servicio militar en el ejército norteamericano, ni serían discriminados; gozarían de las garantías de transporte, alimentos, hospedaje y repatriación ordenados por el artículo 29 de la primera Ley Federal del Trabajo de México; no se les emplearía para desplazar a otros trabajadores, ni para abatir salarios previamente establecidos. La Farm Security Administration, del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, fungía como "empleador", y como "subempleadores" los propietarios o administradores de las fincas en que trabajaban los braceros. Los contratos se verificarían entre el "empleador" y el trabajador, éste bajo la supervisión del gobierno mexicano; el "empleador" contrataría con el "subempleador" para garantizar el cumplimiento del contrato. Los gastos de transporte, alimentación y hospedaje, desde los lugares de origen hasta los de destino, así como los originados por los trámites migratorios, correrían por cuenta del "empleador".

El salario sería igual al pagado para trabajos similares, pero en ningún caso inferior a 30 centavos de dólar la hora; el trabajo a

destajo se arreglaría de modo que el trabajador de habilidad común disfrutara del salario establecido. Previa autorización del gobierno mexicano, se pagarían salarios menores a los familiares (mujeres mayores de 14 años) que no pudieran rendir el promedio de trabajo ordinario. El bracero trabajaría exclusivamente en el trabajo para el que fuera contratado. Se prohibió el cobro de cualquier comisión; los menores de 14 años gozarían de las mismas oportunidades de educación que los hijos de los demás trabajadores agrícolas. Los braceros serían libres de adquirir los artículos de consumo en los lugares que quisieran; su habitación, servicios sanitarios, atención médica, prestaciones por las enfermedades profesionales y accidentes de trabajo, serían iguales a las de los demás trabajadores agrícolas. Los trabajadores podrían agruparse y nombrar sus representantes para tratar con los "empleadores". Recibirían hasta 75% de su salario por el tiempo que fueran contratados, excepto los domingos, y tres dólares diarios a título de subsistencia cuando estuvieran desocupados; por el 25% restante durante el tiempo que permanecieran inactivos, recibirían su subsistencia en los términos en que se proporcionara a los trabajadores agrícolas en Estados Unidos.

Si al terminar el contrato, éste no se renovaba se consideraría ilegal la permanencia del bracero, salvo caso de fuerza mayor. Se prevería la formación de un fondo de ahorro campesino, que se transferiría al Banco Nacional de Crédito Agrícola de México, el cual cuidaría que esos ahorros se invirtieran en la adquisición de implementos agrícolas. Ante la imposibilidad de fijar inmediatamente la cantidad de trabajadores necesarios, el "empleador" informaría al gobierno mexicano oportunamente de sus necesidades, que éste procuraría satisfacer sin quebranto de su propia economía. Se dio por sobreentendido que los trabajadores no agrícolas estarían sujetos a los mismos principios fundamentales que los agrícolas.[190] Manuel Ávila Camacho informó satisfecho al Congreso de la Unión, el primero de septiembre de 1942, que

gracias a este tratado los braceros gozarían de la absoluta seguridad del cumplimiento del artículo 29 de la Ley Federal del Trabajo.[191]

Según un senador norteamericano, las condiciones de este tratado eran de tal modo difíciles de cumplir que sería imposible llevar trabajadores a Estados Unidos.[192] Pero probablemente más perjudicial para los braceros era el hecho de que ni el acuerdo colectivo ni el contrato individual mencionaban la posibilidad de participar en huelgas, y el hecho de que los trabajadores tuvieran que nombrar sus representantes dentro del mismo grupo, Seralmente constituido por personas inexpertas. Al parecer estas fallas se ieron a que la propia delegación mexicana desconocía el mercado agrícola de trabajo en Estados Unidos.[193]

La Secretaría del Trabajo designó en 1943 dos clases de inspectores para vigilar el cumplimiento del tratado; en territorio mexicano para la distribución de tarjetas, el examen de documentos, la identificación del trabajador, la exclusión de los menores de edad y de los extranjeros, la preparación y explicación de los contratos y el transporte por ferrocarril, exhortándolos a comportarse correctamente en el país vecino, a tratarse fraternalmente olvidando los regionalismos, a que ahorraran y enviaran dinero a su familia, teniendo presente que su esfuerzo era una aportación a la victoria de las Naciones Unidas sobre el Eje fascista. Los inspectores designados para trabajar en territorio norteamericano servirían como intérpretes y visitarían los centros de trabajo para atender las quejas de los braceros.[194]

El 29 de abril de 1943 se modificó el convenio firmado el año anterior, para reforzar las estipulaciones sobre salarios y habitaciones; por concepto de desocupación se limitó la ayuda a los casos en que carecieran de trabajo involuntariamente; además de tres dólares diarios recibirían alojamiento y alimentos gratuitos.[195] También se autorizó el envío de trabajadores de vía.[196] Ávila Camacho, una vez más, informó satisfecho al Congreso de

la Unión que estos convenios aseguraban a los braceros un salario justo, de conformidad con el nivel de vida de Estados Unidos, capaz de permitirles regresar con un merecido beneficio económico.[197] Tres años después, como colaboración a la campaña norteamericana de auxilio alimentario a Europa, el gobierno mexicano autorizó la salida de 54 000 trabajadores agrícolas, con base en los anteriores convenios.[198]

Guillermo Martínez Domínguez criticó este tratado en 1947, porque al firmar el contrato, el trabajador no sabía dónde trabajaría, porque autorizaba sueldos menores para los familiares de los braceros con lo que se les reducían las oportunidades de trabajar horas extraordinarias y se abatían los salarios, y porque violaba las fracciones II, III, VII y IX del artículo 123. Además, concluía Martínez Domínguez, el tratado no se cumplió en sus aspectos favorables a los braceros.[199] Ernesto Hidalgo, oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores cuando se firmó este tratado, respondió que para juzgarlo no debía olvidarse que con el envío de trabajadores mexicanos se proponía ayudar al triunfo contra el nazismo. A la crítica de que esas negociaciones habían sido desventajosas para México porque los representantes mexicanos no eran técnicos en la materia y los norteamericanos sí, Hidalgo replicó que la delegación mexicana estuvo encabezada por los oficiales mayores de las Secretarías de Gobernación, Trabajo y Relaciones Exteriores. Los comisionados mexicanos no aceptaron incondicional y calladamente las propuestas de los norteamericanos, concluía Hidalgo; en el archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores constaba el texto de sus réplicas en las discusiones.[200]

Ese mismo año de 1947 se creó una comisión intersecretarial para atender a los braceros, formada por los oficiales mayores de las Secretarías de Gobernación, Relaciones Exteriores y del Trabajo y Previsión Social. Inmediatamente esta comisión exigió a los patronos extranjeros que comprobaran su solvencia económi-

ca mediante cartas de crédito que debían agregarse al original de cada contrato, además de depositar en la sucursal del Banco de México 30 dólares en la contratación individual, o 5% de los salarios quincenales de los trabajadores, a fin de garantizar su repatriación. Con esta comisión, la protección del gobierno federal a los braceros, según informaron satisfechas las autoridades, dejó de ser ocasional, insuficiente y esporádica, para convertirse en permanente y eficaz, "como cumple a un gobierno que lo mismo en el interior del país, que fuera de él, se preocupa por el bienestar de sus clases laborantes".[201]

El gobierno mexicano denunció en octubre de 1947 este tratado; al mes siguiente, a instancias del norteamericano, se iniciaron las pláticas para sustituirlo. Durante la vigencia de los anteriores convenios, la contratación se efectuó directamente con el gobierno norteamericano, mediante la intervención de la War Food Administration; entonces no se respetaron las condiciones básicas de los contratos, y la mayoría de los juicios contenciosos por accidentes de trabajo se resolvieron mediante la intervención de los cónsules y aun algunos quedaron sin solución, como ló prueba el que, pese a haber caducado el convenio anterior, aún permanecían én Estados Unidos cerca de 20 000 trabajadores, parcialmente recontratados, cuyos saldos por concepto de descuento de 10% se encontraban pendientes de aplicación en el Banco Nacional de Crédito Agrícola.

El oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores propuso a la comisión intersecretarial apartarse de los convenios firmados a partir de 1942, convenios sistemáticamente violados en su mayor parte, y pidió sustituirlos por intercambio de notas entre ambos gobiernos en las que se concretaran, entre otras, las siguientes cláusulas: no discriminar por razones de raza, religión, color o nacionalidad; empleo por un periodo limitado, amparado por documentación especial autorizada por ambos gobiernos; de acuerdo con el artículo quinto constitucional ningún trabaja-

dor quedaría sujeto a obligaciones contractuales con determinado patrón, pudiendo, por tanto, cambiar de patrón mediante el solo requisito de hacer la notificación correspondiente; después de un determinado período de trabajo se les prestaría la asistencia social prevista por las leyes; tomando en consideración que el trabajo de los braceros es necesario a la economía norteamericana, se les eximiría de toda clase de impuestos interiores; en caso de guerra no se les incorporaría al servicio militar en Estados Unidos; no se les descontaría 10% de su salario para el fondo de ahorro, porque en la mayoría de los casos los bancos o los patronos se habían quedado con esas cantidades.

En fin, el propio oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, tomando en consideración los informes consulares, precisó que ningún documento que firmaran México y Estados Unidos sería efectivo en materia de salarios y demás prestaciones, porque los braceros no iban a sustituir a los norteamericanos de origen anglosajón, "sino a sus hermanos México-Texanos, o a jamaiquinos, o a negros de otras procedencias, que son los que sirven de instrumento para fijar el salario prevaleciente", o sea personas generalmente explotadas en el cultivo del algodón y del betabel. El 21 de ebrero de 1948 se firmó el nuevo tratado; en él se estipuló que no se trasladaría a los braceros de un lugar a otro sin su consentimiento y se fijó una fianza para su repatriación en caso de inconformidad por maltrato o inadaptación para la labor a la que se les destinara.[202]

La Unión de Trabajadores del Campo, organismo sindical norteamericano, denunció que el tratado fue redactado bajo la presión de los hacendados norteamericanos para aprovechar al trabajador importado en lugar de mejorar al local; en su elaboración no habían intervenido sindicatos de ninguno de los dos países. Concretamente, el trabajador mexicano carecía de medios para investigar si los informes que se le proporcionaban eran exactos; aunque el salario se fijaba por hora, se dejaba la puerta

abierta a determinarlo por desujo, lo que era injusto para el bracero mexicano y para el norteamericano porque rebajaba los salarios; se concedían iguales garantías en materia de alojamiento, atención médica, accidentes y enfermedades que a los norteamericanos; sin embargo, éstos no esuban protegidos en Estados Unidos; el derecho a nombrar representantes lo anulaba el temor a que se les deportara por agitadores; la protección contra la discriminación era ineficaz porque en Estados Unidos se carecía de órganos que pusieran en vigor esa garantía; el contrato individual de trabajo podía terminar antes de su expiración, sólo a petición del hacendado, no del trabajador. En suma, que ese acuerdo violaba en muchos capítulos las leyes mexicanas del trabajo; su fin era romper las huelgas de los trabajadores norteamericanos.[203]

El primero de agosto de 1949 se firmó un nuevo acuerdo, principalmente destinado a suprimir a los braceros ilegales. Los contratos para trabajar en las plantaciones de remolacha podrían tener una vigencia de seis semanas, en los campos algodoneros de tres meses y cuatro meses para cualquier otro trabajo. Aunque la duración máxima de un contrato era de seis meses, con el consentimiento de las autoridades de ambos países podrían permanecer hasta un año.[204] Miguel Alemán estaba convencido de que gracias a este convenio mejoraron los salarios de los braceros y que en algunas regiones se eliminó la discriminación.[205]

La contratación de bahameños y jamaiquinos era mucho más sencilla, pues sólo se regía por negociaciones privadas y por la ley de inmigración. En sus contratos de trabajo no se señalaba ningún procedimiento para la ventilación de quejas. El convenio con México prohibía deducciones o ahorros forzados de los que pudieran recuperarse los gastos de deportación; en cambio, las permitían los convenios con las Bahamas y Jamaica. El convenio mexicano, de acuerdo con la legislación, obligaba al patrón a pagar por entero el transporte de ida y vuelta (incluyendo los gas-

tos de alimentación durante el viaje); en cambio con los bahameños y jamaiquinos cada pane pagaba uno de los viajes, y los puertorriqueños viajaban por su cuenta. Se ha dicho que las diferencias se deben a que México no tenía interés en que sus trabajadores salieran fuera de sus fronteras; lo contrario ocurría con las Indias Occidentales Británicas y con Puerto Rico.[206]

Al principiar 1951 se iniciaron las conversaciones para modificar el convenio de 1949; los representantes mexicanos insistieron en que se sancionara a los granjeros norteamericanos que no respetaran los convenios y utilizaran trabajadores ilegales.[207] También se opusieron a que los braceros pagaran por el retiro, puesto qúe no podían permanecer en Estados Unidos mas de seis meses y no gozarían de ese beneficio.[208] Para marzo de 1951 ya se habían logrado ciertos puntos de acuerdo: al patrón que no cumpliera con los contratos individuales de trabajo inmediatamente se le cancelarían los permisos para ocupar trabajadores mexicanos; el bracero que por causa de fuerza mayor quisiera retomar temporalmente a México podría hacerlo y reanudar posteriormente su trabajo, si así lo deseaba. El trabajador seleccionado para trabajar en la frontera que no llenara los requisitos sanitarios norteamericanos, sería regresado al lugar de su contratación por cuenta de los patronos respectivos.[209]

Hasta 1951 se permitió el ingreso de trabajadores mexicanos a Estados Unidos bajo el amparo de diversos departamentos y autoridades gubernamentales: la Ley Pública 78 autorizó el empleo temporal de trabajadores mexicanos en la agricultura.[210] El Acuerdo Básico del 11 de agosto de 1951, de conformidad con la Ley Publica 78, estableció que una dependencia del gobierno norteamericano garantizara el cumplimiento de las cláusulas esenciales de los contratos de trabajo y sancionó a los patronos que otorgaran empleós a los trabajadores ilegales. Este acuerdo tuvo una vigencia experimental de medio año.[211]

El gobierno mexicano, deseoso de tomar en consideración las necesidades de la agricultura mexicana, procuró armonizar los ciclos agrícolas de ambos países. No se enviarían braceros a los lugares donde fueran discriminados y se negaría servicio a los patronos que emplearan braceros ilegales; los legales no se destinarían a los fugares donde razonablemente se pudieran obtener trabajadores norteamericanos.[212] Se detallaron las condiciones de los alojamientos, herramientas, transporte, agua potable y combustible para la calefacción a cargo del patrón, se concedió permiso a los braceros para que una vez por semana pudieran adquirir los artículos que necesitaran. El patrón cobraría por las tres comidas a lo sumo un dólar setenta y cinco centavos, mientras que el trabajador que prepara sus comidas recibiría gratuitamente los utensilios y el combustible necesarios; la documentación migratoria correría a cargo del patrón; se concederían permisos para ausentarse en casos urgentes; se alejaría de los centros de trabajo a los vendedores de bebidas embriagantes, tahúres, etc.[213] Se creó una comisión mixta, con un representante de cada gobierno, para resolver en forma inapelable los problemas que se suscitaran entre patronos y trabajadores.[214]

Este nuevo acuerdo fue el resultado del esfuerzo del gobierno mexicano por obtener plenas seguridades para los braceros, dispuesto como estaba a que de no conseguirlas denunciarían el acuerdo existente, pero el presidente Harry S. Truman y el Congreso norteamericano comprendieron la justicia de las demandas mexicanas. Truman nombró una comisión especial, dependiente directamente de él, para que estudiara este problema; las sugerencias de esta comisión coincidieron "medularmente" con las demandas de México. De este modo se firmó el Acuerdo del 11 de agosto de 1951 que tuvo, además de las ventajas ya señaladas, eliminar el complicado procedimiento de contratación dentro del territorio mexicano, con el establecimiento de estaciones migratorias en México para concentrar y examinar a los aspirantes,

y evitar las aglomeraciones a quienes esperaban ser contratados. Una de las mayores ventajas del nuevo arreglo fue la garantía del gobierno norteamericano para cumplir con las obligaciones de una comisión mixta en Washington, compuesta por un representante de cada gobierno, para resolver los conflictos de trabajo en forma inapelable. El gobierno de Estados Unidos garantizó el pago de las cantidades fijadas en los laudos dentro de un tiempo perentorio. Tanto las autoridades norteamericanas como los patronos llevarían un registro pormenorizado de sus trabajadores mexicanos. Se fijó un salario mínimo de cincuenta centavos dólar por hora, para evitar que se aplicaran las tarifas de salarios prevalecientes en regiones en que se pagaban bajos salarios. Por último, las indemnizaciones por accidentes de trabajo y enfermedades profesionales se equipararon a las de los trabajadores industríales.[215]

Por las razones anteriores, las autoridades mexicanas juzgaron que gracias a este acuerdo, la contratación de los trabajadores agrícolas se había realizado con mayor método y mejores garantías.[216] Algunos investigadores norteamericanos reconocieron que este acuerdo de 1951 colocaba al bracero mexicano probablemente en una situación única en el continente americano, porque en él coincidía lo mejor de la legislación de ambos países; sin embargo, la experiencia no corrobora esta suposición. Las disposiciones sobre alojamiento higiénico y seguridad en los transportes son superficiales e insuficientes en comparación con las leyes estatales, las de California, por ejemplo.[217]

El acuerdo de 1951 tuvo su primera aplicación en el otoño y principios del invierno de ese año; mediante una mejor coordinación de las estaciones migratorias en México y ios centros de recepción en Estados Unidos. El 2 de enero de 1952 se creó la Dirección de Asuntos de Trabajadores Migratorios, dependiente de la Secretaría de Relaciones Exteriores; esta dirección procuró resolver el problema de la reexpedición de las numerosas remesas

de dinero que enviaban los cónsules a los braceros por concepto de salarios no pagados y otras violaciones a los contratos de trabajo. En febrero de ese año acordó con la Dirección General de Correos que ésta reexpidiera ese dinero en moneda nacional.[218]

El 16 de julio de 1954 hubo un intercambio de notas diplomáticas entre los gobiernos de México y Estados Unidos para establecer contratos especiales de cuatro semanas, plazo inferior al mínimo de seis fijado para los normales. Poco después se reformó el procedimiento ante la Comisión Mixta, se facilitó el cobro de los cheques evitando su caducidad en ausencia del trabajador beneficiario y se garantizaron los derechos de los braceros en el periodo de entrenamiento.[219]

El acuerdo de 1951 fue prorrogado varias veces, por periodos no mayores a dos años y medio, porque el gobierno mexicano seguía considerando la contratación de los braceros como una emergencia, que esperaba terminara cuando el desarrollo económico de México permitiera ocupar todo los excedentes de su población. En las pláticas celebradas por ambos gobiernos en 1956, se amplió de 15 a 30 días el llamado "periodo de gracia", o sea la prórroga automática de los contratos de trabajo, sin más requisito que el expreso consentimiento de ambas partes y la aprobación del cónsul mexicano, con la mira a darle al granjero la oportunidad de levantar su cosecha cuando el tiempo previsto hubiera resultado insuficiente y que de ese modo el bracero obtuviera un beneficio económico mayor. También se dispuso hacer más expedito el regreso de los braceros afectados de enfermedades mentales. En 1952 se ordenó que los braceros fueran protegidos con tres clases de seguros:

1) Contra accidentes y enfermedades profesionales, a cargo del patrón;
2) contra accidentes y enfermedades no profesionales, a cargó del trabajador y,

3) seguro de vida por 1 350 dólares, también a cargo del trabajador.

El gobierno mexicano se reservó todos sus derechos para que posteriormente el IMSS tomara a su cargo, sin ninguna finalidad de lucro, los dos seguros sufragados por los trabajadores. De este modo se confiaba economizar a los braceros 1 471 272 dólares, o sea 30% de los cinco millones de dólares que recaudaban las compañías aseguradoras por estos dos seguros.[220]

El 23 de octubre de 1959, al prorrogarse la contratación de trabajadores hasta el 30 de junio de 1961, se confirió al IMSS hacerse cargo del seguro de vida de los braceros, en sustitución de las compañías norteamericanas, a partir del primero de febrero de 1960. Se dispuso la creación de una comisión conjunta para estudiar el programa del seguro de accidentes y enfermedades no profesionales, con miras a incorporar también este servicio al IMSS.[221]

Los granjeros texanos se opusieron insistentemente al mejoramiento de los braceros. La legislatura de Texas aprobó pedir en 1959 al Departamento de Trabajo de Estados Unidos que se modificaran los tratados, para que no se perjudicaran sobre todo los pequeños granjeros.[222] Al año siguiente, un diputado texano protestó contra el reclutamiento "de trabajadores especiales", mientras que la Dirección de Asuntos de Trabajadores Migratorios declaraba en México que sólo se permitiría que salieran braceros si se les pagaba bien y que trabajaran no menos de tres meses y no más de seis, para que de ese modo alcanzaran a ahorrar una cantidad suficiente sin que se debilitaran sus lazos familiares.[223] Precisamente ese año de 1960, fecha en que la Dirección de Asuntos de Trabajadores Migratorios deseaba que los braceros trabajaran un mínimo de tres meses y un máximo de seis, 70% de los 315 846 contratos tuvieron un término de mes y medio o dos meses y el resto menos de seis semanas. Sin embargo, una quinta parte de los trabajadores firmaban nuevos contratos con

otros patronos mientras se encontraban en territorio norteamericano; posiblemente otra quinta parte prorrogaban sus contratos con sus mismos patronos, de manera que su estancia era mayor que la fijada inicialmente; así se calculó que en 1960 la duración de los contratos aumentó en un promedio de 13.5 días con respecto a años anteriores, o sea, alcanzó a ser de unos cuatro meses y medio.[224]

Los ganaderos texanos, por su parte, protestaron porque sus intereses se habían perjudicado al transferirse la administración de los acuerdos con México, del Departamento de Agricultura al del Trabajo.[225] La oposición llegó al grado de que un juez de distrito consignó provisionalmente en Texas al secretario de Trabajo por haber fijado un salario de dos dólares y medio para la recolección del algodón.[226] La Secretaría de Gobernación declaró en México que continuaría suspendido el envío de braceros a Texas mientras los agricultores de ese estado se negaran a pagar dos dólares y medio por 100 libras de algodón, cantidad esta que había sido aprobada en el último convenio celebrado entre México y Estados Unidos; los algodoneros insistieron en pagar 2.30 dólares, pero al final aceptaron la cantidad establecida por el convenio.[227]

Durante 1960 disminuyó sensiblemente la contratación de braceros, en parte por la mecanización de la agricultura, pero también por el deseo del gobierno norteamericano de proporcionar empleo a sus trabajadores agrícolas cesantes. De cualquier modo, todo parecía indicar que el número de los braceros mexicanos continuara disminuyendo; la Secretaría de Relaciones Exteriores calculó que en los años próximos se reduciría a unos 150 000 o 200 000. Esto planteaba a México el problema de proporcionar ocupación permanente a unos 250 000 o 300 000 hombres económicamente activos, de quienes dependía más de un millón de personas.[228] Al aproximarse el término del tratado el 31 de diciembre de 1964, aumentó el nerviosismo de los legisla-

dores mexicanos, quienes advirtieron el peligro de retroceder a las épocas de la inmigración ilegal. En su opinión ese acuerdo internacional siempre había sido benéfico para ambos países y señalaron, además, que una experiencia de 22 años demostraba que a mayor número de contratos firmados menor número de aprehensiones y deportaciones; es decir, de trabajadores ilegales. Esta situación se agravaba para México porque coincidía con la progresiva salinidad de las aguas del río Colorado que Estados Unidos le entregaba.[229]

Sinfonía Inconclusa

La inquietud que el gobierno mexicano manifestó al aproximarse el término del tratado sobre los trabajadores migratorios, se acentuó a mediados de febrero del año siguiente, en la quinta reunión de los parlamentarios de ambos países. En efecto, según Alfonso Guerra el hecho de que continuaran trabajando 6 432 braceros al amparo del anterior tratado evidenciaba que sus servicios seguían "siendo indispensables". Su colega, el senador George D. Aiken manifestó que, cuando menos, debería esperarse un mes para saber si los trabajadores norteamericanos se interesaban en trabajos hasta entonces tan poco atractivos para ellos como la pizca del dátil. Alguien más recordó que no sólo los sindicatos norteamericanos se oponían a los braceros, sino que se les habían unido ciertos grupos religiosos, "compuestos de personas buenas y sinceras" que, si bien por razones diferentes, consideraban inhumana la explotación de los braceros. Aunque según el senador Wayne L. Morse este argumento distaba de ser cierto, pues los braceros habían sido "los aristócratas de los trabajadores agrícolas migratorios", reconoció el esfuerzo inútil por sustituirlos con "vagos y borrachos… muchos de ellos ni siquiera terminaban de trabajar el primer día, pero de acuerdo con lo convenido, se les tenía que enviar de regreso cuando lo quisieran".

Los sindicatos norteamericanos también se oponían a los conmutantes, especialmente en las fábricas textiles, donde aceptaron 40 centavos por hora, frente a 1.25 que ganaban los norteamericanos. Mientras al senador Paul J. Fannin le preocupaba que al terminar el tratado aumentarían los precios de frutas y verduras, el diputado Francisco Pérez Ríos precisó que en ese momento el problema de los conmutantes era mayor que el de los braceros, tanto porque los primeros ascendían de 220 000 a 280 000, cuanto porque eran trabajadores permanentes. El diputado James C. Wright señaló que también había influido en la terminación del tratado el desarrollo tecnológico, por ejemplo, la pizca mecánica del algodón.[230] En realidad, desde el 19 de diciembre de 1964 el secretario de Trabajo determinó que en la fijación de los sueldos agrícolas no se permitiría una competencia desleal a los trabajadores norteamericanos, y que sólo en el caso que no se obtuvieran trabajadores domésticos se autorizarían extranjeros, los cuales no podrían permanecer más de 120 días en Estados Unidos. En opinión de Wright en dos o tres meses los norteamericanos se darían cuenta "del error cometido al dar por terminado tan abruptamente el programa de braceros". Según un diputado mexicano la cuestión era que los braceros emigraban a Estados Unidos con tratado o sin él, problema que embarazaba las posiciones de ambos gobiernos: el norteamericano deseaba que los braceros entraran de acuerdo con la Ley de Inmigración y Nacionalidad, el mexicano pretendía protegerlos mediante un tratado.[231]

En la reunión del Comité Sindical Mixto México-Estados Unidos, Fidel Velázquez expresó que la CTM no se oponía a que se cerrara la frontera, siempre que se diera un trato justo a los braceros.[232] A fines de marzo la Secretaría de Relaciones Exteriores pidió a los aspirantes a braceros que no intentaran emigrar porque no había seguridad de que pudieran ser contratados; un mes después, la embajada mexicana en Washington declaró

que México se mantenía indiferente frente a la decisión norteamericana de permitir la entrada de 1 500 braceros a California.[233]

Desde fines de 1964 fue aumentando la oposición de los norteamericanos de origen mexicano a los braceros mexicanos, a quienes acusaban de quitarles sus empleos.[234] El secretario del Trabajo precisó que el problema de los braceros era regional (Arizona, Arkansas, Colorado, Nuevo México, Texas y California), no nacional, pues sólo los utilizaba el 0.75% de los agricultores; precisamente en California (el mayor importador de braceros) se estaba obteniendo mano de obra entre los 300 000 y 400 000 desocupados.[235] Sin embargo, en febrero aumentó el rumor de que faltaban trabajadores, pese a los esfuerzos por interesar a las mujeres en las labores agrícolas con el señuelo de que podían adelgazar en el desempeño de esas faenas.[236] Mientras los sindicatos insistían en que habría suficientes trabajadores si se les ofrecían buenos salarios, el secretario del Trabajo reconoció que se estaban perdiendo las cosechas en Florida y California, aunque esas noticias se habían "exagerado mucho", pero si se perdían era culpa de los empresarios pues ellos sabían que el tratado terminaría el 31 de diciembre de 1964.[237] Culpables o no, los granjeros se quejaron de que la falta de trabajadores mexicanos les ocasionaban pérdidas por millones de dólares. Para remediarlas se pensó entonces en reclutar a los estudiantes de secundaria.[238]

La falta de mano de obra hizo que los granjeros exaltaran las "virtudes" de los braceros, sobre todo su baratura.[239] Los granjeros señalaron, además, el error de la Secretaría del Trabajo de creer que los obreros industriales cesantes del este se interesarían en cosechar cebollas en el oeste. Un diputado californiano criticó al gobierno federal porque permitía que los europeos trabajaran en hoteles y restaurantes en el este, pero impedía que lo hicieran los mexicanos en la agricultura del oeste.[240] Algunos agri-

cultores decidieron cambiar sus cultivos, otros instalarse en México y otros más utilizar escolares.[241]

En mayo de 1965, 165 personas procedentes de la lejana isla de Guam, y poco después algunos centenares de puertorriqueños, se dedicaron a la agricultura.[242] La sangrienta rebelión de los negros en Los Ángeles, en agosto de 1965, reforzó la renuencia a permitir la entrada de los braceros mexicanos, pues se pensaba que gran número de negros sin trabajo se interesaría en levantar las cosechas; esto no ocurrió porque ellos preferían trabajar en otras actividades y, desde luego, vivir del seguro de desempleo. El cumplimiento de la ley que obligaba a las empresas que ocuparan a más de 200 trabajadores a reservar 10% de los puestos a los negros, perjudicó a los mexicanos y provocó que entre 6 000 y 7 000 se repatriaran en agosto de 1965. Esto no inquietaba a quienes creían que en México nunca había existido el problema de la desocupación: "La casa de la patria es grande todavía", según el cincelado poema de López Velarde.[243]

Cuando el 3 de mayo de 1965 el gobierno de Estados Unidos solicitó un número "limitado" de trabajadores migratorios, el gobierno mexicano aceptó esta petición. Hasta entonces, México había sostenido el criterio de que aceptar o no trabajadores extranjeros era de la competencia del gobierno norteamericano, pero éste también estaba obligado a impedir la contratación ilegal. México, por su parte, sólo autorizaría la salida de braceros si se les ofrecía un mínimo de garantías semejantes a las que habían disfrutado por el Acuerdo Internacional de 1951. Conforme a lo convenido en mayo de 1965, el gobierno mexicano recibió una carta de crédito por 100 000 dólares, otorgada por los granjeros, para asegurar el cumplimiento de sus obligaciones, entre ellas garantizarles un mínimo de trabajo de seis semanas. Hasta el 31 de agosto de 1965 la nueva experiencia (en la que no intervenían como partes las autoridades) había dado "resultados satisfactorios", pese a que los contratos tenían una duración de seis sema-

nas, los aumentos de los salarios les habían permitido obtener "ingresos sustanciales que justifican las contrataciones por esa temporalidad".[244]

El acuerdo básico y el contrato-tipo de trabajo de mayo de 1965 fueron renovados en 1966 y en 1967, si bien en este último año durante un tiempo se le dejó en suspenso por la experiencia de que en 1965 y 1966 los cálculos preliminares excedieron considerablemente a las contrataciones efectivamente realizadas, y la inútil movilización ocasionó ciertos problemas a los aspirantes a braceros. Los sindicatos norteamericanos de nueva cuenta protestaron contra los braceros, pero más particularmente contra los conmutantes, al grado de que se empezó a hablar de exigirles residencia en Estados Unidos. De cualquier modo, el acuerdo se ratificó el 16 de julio de 1968, con una interpretación conjunta para que si se cancelaba la contratación el patrono pagara los gastos de transporte y subsistencia, además se aumentó el salario mínimo por hora de 1.40 en 1966 a 1.60 en 1967, se duplicó la cobertura para los gastos de atención médica y hospitalaria, etc. Sin embargo, ante la presión de los sindicatos, las autoridades norteamericanas ya no solicitaron trabajadores en 1968. De acuerdo con ese antecedente cuando en junio de 1969 la California-Arizona Farm Labor Association exploró la posibilidad de obtener braceros, se le contestó que sólo se aceptaría esa petición si contaba con la anuencia de las autoridades norteamericanas.[245]

Numerosos granjeros se acostumbraron a recibir a los trabajadores que México se comprometía a entregar conforme a los tratados; uno de ellos confesó cínicamente, "antes tentamos esclavos, ahora los rentamos al gobierno".[246]

Para apreciar mejor el cuadro 13 conviene recordar que al finalizar 1965 los asesores del secretario del Trabajo norteamericano comentaron satisfechos que la reducción del número de los trabajadores extranjeros en la agricultura de California significaba un ahorro de 50 millones de dólares a Estados Unidos;[247] esta

cantidad superaba la mexicana sobre las ganancias de los braceros legales; acaso incluye también las de los ilegales.

CUADRO 13
Los braceros (1965-1969)

Año	*Salieron**	*Admitidos*	*Dólares***	*Pesos por bracero que salió*	*Pesos por bracero admitido*
1965	19 970	20 264	12 141 000	7 597	7 486
1966	7 703	8 647	11 409 000	18 657	16 620
1967	6 127	6 125	12 920 000	26 359	26 359
1968	—	—	15 036 000	—	—
1969	—	—	18 400 000	—	—

* Regresó el mismo número.
** Los dólares se convirtieron a 12.50 pesos.
Fuentes: BM 1966, p. 67; BM 1968, p. 61; BM 1969, p. 75; AEC 1968, p. 44; AEC 1970, pp. 8 y 391; U.S. Department of Agriculture, en Grebler, *The Mexican-American*, p. 68.

Aunque ya no hubo braceros legales en 1968 y 1969, todavía el Banco de México enumeró los dólares que enviaron en esos años seguramente los ilegales; posteriormente ese dinero se ha incluido en "Otros conceptos" de la Balanza de pagos. En 1965 no enviaron braceros tres estados fronterizos (Chihuahua, Nuevo León y Tamaulipas), uno del Pacífico norte (Sinaloa), México, Colima y tres del sureste (Campeche, Chiapas y Quintana Roo). Todavía más se redujeron los estados exportadores de braceros legales en 1966, pues sólo enviaron Baja California (500 de los 1 633 braceros de este estado fueron campesinos a quienes no se les había podido dar tierras), Durango, San Luis Potosí, Zacatecas, Nayarit, Jalisco, Michoacán y Tlaxcala; para 1967 su número se redujo a sólo cinco: Nayarit, Jalisco, Guanajuato, Oaxaca y Yucatán. Por otra parte, estos braceros sólo fueron enviados a California. También destaca que el promedio del dinero supera al de años anteriores.[248]

En fin, mientras la aportación del turismo extranjero en México tiene una importancia absoluta y creciente, en la balanza de pagos, con los braceros ocurre lo contrario. Díaz Ordaz en 1967 y Echeverría en 1970 señalaron que peligrosamente se acortan

las distancias entre lo que gastan los turistas extranjeros en México y los mexicanos en el exterior (véase cuadro 14). En efecto, en 1965-1970 mientras el índice de crecimiento de los gastos de los turistas mexicanos es 223, el de los extranjeros es sólo 207. Corrobora este cálculo el hecho de que 97 de cada 10 000 mexicanos visitan Estados Unidos, frente a sólo 68 norteamericanos que vienen a México.[249]

CUADRO 14
Gastos (dólares) de los turistas y transacciones fronterizas (1965-1970)

	Turistas		*Transacciones fronterizas*	
Año	*Mexicanos*	*Extranjeros*	*Mexicanos*	*Extranjeros*
1965	199 300 000	277 600 000	295 159 000	499 499 000
1966	136 000 000	322 840 000	331 581 000	520 985 000
1967	172 000 000	363 000 000	359 100 000	599 600 000
1968	193 000 000	429 000 000	437 400 000	712 900 000
1969	235 000 000	527 800 000	501 500 000	761 200 000
1970	266 000 000	575 000 000	585 000 000	878 900 000

Fuentes: BM, 1966, p. 35; BM 1967, p. 31; BM 1968, pp. 31-32; BM 1969, p. 41; BM 1970, pp. 37 y 42; AEC 1968, p. 340; AEC 1970, p. 371.

Por otra parte, la reanudación de los braceros legales en 1965 (la de los ilegales nunca se ha interrumpido) continuó con su habitual secuela de fraudes a los aspirantes a braceros, y motines de éstos.[250] También ininterrumpida es la emigración de los "espaldas mojadas", tanto porque los granjeros los siguen necesitando como porque subsisten las causas de su emigración, desempleo y subocupación. Un campesino de Celaya explicó en marzo de 1965, después de varias semanas de esperar ser contratado en la ciudad de México, que no quería regresar a su tierra a ganar nueve pesos diarios los tres días de la semana que tenía trabajo:

> si no hay contratación para braceros, me voy de "mojado". Total, ¿para qué me quedo en mi tierra, sin trabajo ni esperanzas de conseguirlo, sin darles de comer y de vestir a mis hijos y a mi mujer?[251]

No es extraño, por tanto, el creciente número de "espaldas mojadas", principalmente en California; en los primeros diez meses de 1965 fueron detenidos 15 422 (casi la mitad en ese esta-

do del total de Estados Unidos) y más del doble que en la misma fecha del año anterior.[252] Al año siguiente se calculó que sólo a Los Ángeles llegaban 600 diariamente, y para 1967 se estimó que de los 94 778 deportados, 91% eran mexicanos.[253] En 1968, en la VIII Reunión de Parlamentarios mexicanos y norteamericanos, cuando una vez más se trató este asunto, varios senadores norteamericanos consideraron un error haber eliminado la contratación legal.[254] La cuota por internar a los braceros ilegales aumentó de 125 dólares en 1965 a 200 en 1968.[255] Algunas veces más peligroso que cruzar el río Bravo a nado era internarse en ciertos vehículos, como ocurrió en octubre de 1968 a 44 trabajadores que fueron encerrados en un pequeño remolque con destino a Chicago y sólo llegaron a San Antonio.[256] Pese a estas sonadas detenciones, el tráfico ha continuado porque en él están involucrados funcionarios de ambos países.[257] En el primer semestre de ese año de 1969 fueron deportados más de cien mil.[258]

Paradójicamente varios norteamericanos de origen mexicano se cuentan, aún hoy, entre los mayores adversarios de los braceros, legales e ilegales. John Kennedy descubrió a los norteamericanos de origen mexicano en su campaña política de 1960, que uno de los premios que obtuvieron fue la terminación del tratado sobre los braceros en 1964, si bien ese beneficio parcialmente ha sido anulado por los conmutantes y los "espaldas mojadas". La actitud de los norteamericanos de origen mexicano frente a éstos fue ambivalente, por un lado acusan a los braceros de abaratar los salarios, pero por otro muchos de ellos tienen parientes y amigos en México.[259] Es decir, se oponen a ellos como grupo competidor, pero no individualmente.

Los norteamericanos de origen mexicano han desarrollado, particularmente en California, una cultura que busca su raíz mexicana, pero al mismo tiempo un elevado porcentaje de ellos no quiere más mexicanos en Estados Unidos para proteger sus empleos; en esta actitud destacan muchos recién establecidos en Es-

tados Uni dos.[260] Al mismo tiempo son muy sensibles para protestar contra las manifestaciones racistas antimexicanas en la televisión, y en general en la publicidad, porque están orgullosos de su origen.[261] Estos sentimientos no impiden que rechacen a los mexicanos, braceros o conmutantes, que al aceptar bajos salarios (en ocasiones hasta seis veces menores) se convierten en rompehuelgas.[262] Aunque la CTM negó que los conmutantes fueran esquiroles, aceptó que en dos ocasiones los braceros ilegales habían sido utilizados con ese fin pero que en ambos, ellos habían impedido que pasaran a Estados Unidos.[263]

La Secretaría de Relaciones Exteriores, después de reconocer que el número de los conmutantes había aumentado, explicó que el problema se agravaba porque las autoridades norteamericanas, para concederles visas de residencia permanente, les exigían registrarse en el servicio militar, por lo cual podrían perder su ciudadanía mexicana. El senador Edward Kennedy presentó un proyecto de reformas a la ley de inmigración de Estados Unidos, el 14 de diciembre de 1967, para condicionar la admisión de los conmutantes (80 000 según cálculo del gobierno mexicano) a la certificación de que emplearlos no perjudicaría a los norteamericanos ocupados en labores semejantes.[264] Ante los rumores de esas restricciones, varios de los 12 000 conmutantes avecindados en Ciudad Juárez (entre otras razones porque el costo de la vida era inferior en México) y que trabajaban en Estados Unidos, decidieron radicarse del lado norteamericano para no perder sus "tarjetas verdes". Otros norteamericanos de origen mexicano propusieron que para resolver esta situación ya no se admitieran braceros, a cambio de conceder a mayor número de mexicanos la residencia permanente y la ciudadanía norteamericana. El año de 1968 se calculó en 1 600 000 el número de los iberoamericanos residentes en Estados Unidos: 43% (686 821) de ellos eran mexicanos.[265] Las autoridades escolares de Tamaulipas dispusieron, en mayo de 1968, que sólo se admitiría en las escuelas primarias,

oficiales y particulares incorporadas al sistema oficial, a quienes acreditaran haber nacido en México. Se calculó en 20 000 el número de escolares a quienes afectaría esa medida, por ser hijos de mexicanos trabajadores conmutantes, inmigrantes en Estados Unidos, o descendientes de los 759 000 deportados entre 1930 y 1938, que eran legalmente norteamericanos. En este caso, al reconocérseles su nacionalidad nortamericana podrían regresar a Estados Unidos.[266] Según otras fuentes, 700 000 tenían esta clase de visa en 1968; los trámites para obtener la de residencia podrían durar hasta un año.[267]

El senador Edward Kennedy insistió en marzo de 1969 en que se prohibiera la entrada de braceros mexicanos a Estados Unidos; un mes después, en la IX Reunión de Parlamentarios de ambos países, se defendió a los conmutantes mexicanos que tenían esa calidad desde hacía más de 40 años, con base en que las autoridades judiciales norteamericanas habían favorecido con sus decisiones a esos trabajadores. Las secretarías de Relaciones Exteriores y de Gobernación sugirieron que el problema de los conmutantes lo estudiara, a nivel técnico, el Grupo de Mano de Obra y Trabajo de la Comisión México-Estados Unidos de América para el Desarrollo y la Amistad Fronterizos, en forma de recomendaciones no obligatorias a sus respectivos gobiernos.[268]

Centenares de norteamericanos de origen mexicano (de un total de 3 000), avecindados en México, en junio de 1967 proyectaron regresar a Estados Unidos, al saberse la noticia de que la Suprema Corte de Justicia de ese país consideraba que no habían perdido su nacionalidad por haber desertado del ejército norteamericano durante la segunda guerra mundial y en las guerras de Corea y de Vietnam. Unos cuatro meses después se informó que 23 500 mexicanos luchaban en Vietnam, 6 000 habían nacido en México y eran hijos de padres mexicanos; parte de ellos eran verdaderos voluntarios, otros habían tenido que enrolarse en el ejército norteamericano porque las personas en edad militar con

más de un año de residencia en Estados Unidos debían ingresar al ejército norteamericano.[269]

Al finalizar el programa de los braceros, algunas empresas norteamericanas proyectaron trabajar en México, siempre en busca de mano de obra barata; en 1970, 52 industrias de maquila trabajaban en Tamaulipas, con un capital de 59 millones de pesos, empleaban a 8 000 obreros, a quienes pagaban diariamente un cuarto de millón de pesos;[270] o sea, un poco más de 31 pesos diarios por persona, inferior al salario mínimo tamaulipeco y una cuarta parte del salario norteamericano, menor incluso al que se pagaba a algunos mexicanos en Texas. En suma, es visible que detrás de todo se encontraba el alto grado de desocupación en México.

Hay, en fin, otro tipo de migraciones entre México y Estados Unidos: por ejemplo, la estudiantil, que en 1964 se calculó en 1 200 mexicanos que estudiaban en Estados Unidos y más de 1 500 norteamericanos que lo hacían en México.[271] La importancia de estos estudiantes mexicanos es que, en algunos casos, constituyen el primer paso de la emigración de profesionistas a Estados Unidos. Recientemente se ha señalado que, contra una opinión general, esta emigración no perjudica a los países subdesarrollados.[272] Al parecer, esta emigración tenía entonces poca importancia en México, el cual, por el contrario, recibe un número considerable de estudiantes extranjeros, e incluso tal vez algunos de ellos se radiquen definitivamente en México.[273]

En los últimos años los problemas migratorios siguen siendo, fundamentalmente, de trabajadores no calificados, sea de los braceros guatemaltecos que trabajan en México o de la búsqueda de otros países de braceros mexicanos. Por ejemplo, Belice pidió el año de 1965 que fueran mexicanos quienes trabajaran en ese país, no sólo en la agricultura, sino en diversos oficios y artesanías (albañilería, carpintería, plomería, electricidad, etc.), con miras a la construcción de su nueva capital. En enero de 1968 el gobierno

mexicano recibió una nueva solicitud para el envío de braceros mexicanos. Un empleado de la Secretaría de Relaciones Exteriores informó que los salarios mínimos (28 pesos mexicanos) por una jornada de ocho horas y los dos tipos de trabajos calificados (34.80 y 37.40 pesos mexicanos) eran muy bajos, e inadecuados los transpones y las habitaciones destinadas a los trabajadores que se ocuparían en el corte de la caña. El gobierno de Belice hizo saber al mexicano que estaba dispuesto a equiparar las prestaciones con las proporcionadas por Estados Unidos a los braceros mexicanos. Ese mismo año de 1968 se mencionó la posibilidad de que Canadá también recibiera braceros mexicanos.[274] Tal vez si Belice estuviera más cerca de las zonas mexicanas exportadoras de braceros, éstos intentarían emigrar a ese país, sobre todo en vista de las crecientes dificultades para hacerlo a Estados Unidos. En realidad, en los años más recientes ya emigran a Canadá.

Notas al pie

[1] Samora, *The wetback story*, 1971, p. 17.

[2] Im 25 de noviembre de 1911; *Boletín de la Secretaría de Gobernación*, 1923, vol. III, página 295.

[3] Fernández McGregor, *El río de mi sangre. Memorias*, 1969, pp. 247-248.

[4] U 4 de enero de 1917.

[5] ISin 1918-1919, p. 11.

[6] Díaz Babio, *Actividades de Pascual Ortiz Rubio*, 1929, p. 418.

[7] Dem 20 de diciembre de 1919.

[8] INL 1918, pp. 8-90; ISon 1918, pp. 5-6; IDgo 1919, p. 30.

[9] IJal 1921, p. 10.

[10] ITlax 1923-1924, p. 54; IDgo 1925, p. 11; MR 1925-1926, p. 157.

[11] MR 1926-1927, p. 510.

[12] ISin 1927-1928, p. 20.

[13] HM 86, pp. 218-219.

[14] MR 1928-1929, pp. 1566-1567; Cardoso, *Mexican Emigration to the United States 1897-1931. Socio-Economic Patterns*, 1980, pp. 111-143; *A Documentary history of the Mexican-Americans*, 1972, pp. 251-253; *Al norte del río Bravo (pasado inmediato) (1930-1981)*, 1981, páginas 31-33.

[15] *A Documentary history*, p. 251.

[16] Lannes, *L'immigration en France depuis de 1945*, 1953, p. 6.

[17] MEN 1929, p. 26.

[18] MGob 1929-1930, pp. 280-282.

[19] DDd 1º de septiembre de 1929, p. 6.

[20] Durón González, *Problemas migratorios de México. Apuntamientos para su resolución*, 1925, pp. 148-149.

[21] MR 1928-1929, vol. III, pp. 1545.

[22] IChih 1918, p. 11.

[23] Santibáñez, *Ensayo acerca de la inmigración mexicana en los Estados Unidos*, 1930, páginas 40-42.

[24] Gamio, *Mexican immigration. A study of human migration and adjustment*, 1930, página 118.

[25] *Ibid.*, pp. 31-33; Levenstein, "The AFL and Mexican Immigration in the 1920s: An Experiment in Labor Diplomacy", en HAHR, vol. XLVIII, num. 2, 1968, pp. 207-218.

[26] Bogardus, *The Mexican in the United States*, 1934, p. 80.

[27] MGob 1928-1929, pp. 154-155; Santibáñez, *Ensayo*, pp. 81-83.

[28] MGob 1929-1930, p. 300.

[29] Maciel, *Al norte del río Bravo (pasado inmediato) (1930-1981)*, 1981, p. 17.

[30] IOax 1934, p. 29.

[31] *Plan sexenal PNR*, p. 94.

[32] MGob 1937-1938, p. 79.

[33] E 2 de febrero de 1944; Na 2 de abril de 1944.

[34] IGto 1949, p. 12; U 3 de abril de 1954.

[35] Po 10 de junio de 1942; IDgo 1945, pp. 79-80; MGob 1943-1944, p. 16; Correa, *Balance del avilacamachismo*, 1945, p. 190.

[36] DDd 1º de septiembre de 1943, p. 4; U 10 de septiembre de 1946.

[37] E 23 de febrero de 1957; IMex 1953-1954, p. 28.

[38] *Manual del extranjero*, 1949, p. 71.

[39] MR 1947-1948, p. 22; MR 1949-1950, p. 481; N 21 de septiembre de 1949; IGto 1955, página 22.

[40] ITab 1949, p. 14.

[41] De la Peña, *El pueblo y su tierra. Mito y realidad de la reforma agraria en México*, 1964, p. 141.

[42] DDs 23 de diciembre de 1950, p. 2.

[43] IGto 1951, p. 6.

[44] E 18 de julio de 1946.

[45] Na 19 de junio de 1950; E 14 de agosto de 1954.

[46] E 8 de junio; U 12 de junio; N 14 de junio; N 27 de julio de 1955.

[47] DDd 1º de septiembre de 1955, p. 6.

[48] U 14 de noviembre de 1954; U 12 de octubre de 1955.

[49] U 14 de noviembre de 1954; U 12 de octubre de 1955.

[50] IBC 1960, p. 34.

* Como se ha visto, la ley de población de 1926, para evitar la despoblación autorizó a la Secretaría de Gobernación a reglamentar la emigración colectiva. Dos años después el reglamento correspondiente facultó a la misma secretaría a restringir la salida de los braceros cuando hicieran falta en México.

[51] E 13 y 14 de junio de 1956.

[52] U 14 de junio de 1956.

[53] BM 1951, p. 179; Na 3 de agosto de 1951.

[54] DDd 1º de septiembre de 1951, pp. 5 y 22.

[55] U 5 de marzo de 1953; N 16 de diciembre de 1953; Na 20 de enero de 1954.

[56] ICoah 1955, p. 25; IBC 1961, p. 67.

[57] ISin 1948-1949, p. 12.

[58] ICol 1949-1950, en *6 Años*, p. 192; ICol 1955, p. 12; ICol 1956, en *Estado de Colima*, p. 11; *Estado de Colima. Tres años de gobierno*, pp. 14 y 95.

[59] Po 31 de diciembre de 1956; ISLP 1960, p. 6; E 26 de abril de 1960.

[60] Na 1º de diciembre de 1956.

[61] IPue 1954-1956, p. 25; IPue 1955-1956, p. 9.

[62] IOax 1959-1960, p. 26.

[63] ITamps 1958, p. 26.

[64] MDgo 1960, p. 18.

[65] Leal Carrillo, *Importancia económica y social de la población mexicana en Estados Unidos de Norteamérica*, 1963, p. 22.

[66] N 16 de junio de 1942; E 17 de agosto de 1951; E 3 de julio de 1958; N 10 de febrero de 1943.

[67] E 10 de diciembre de 1948.

[68] E 31 de enero de 1951; Hecke *et al.*, "Los trabajadores migratorios en la agricultura norteamericana", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. X, núms. 1-2, 1958, página 108.

[69] E 7 de junio de 1951.

[70] N 10 de septiembre de 1948.

[71] E 15 de julio de 1956.

[72] E 22 de junio de 1956.

[73] U 18 de septiembre de 1956.

[74] E 26 de enero de 1957.

[75] N 13 de junio de 1958; E 26 de marzo de 1960.

[76] E 7 de marzo y 13 de abril de 1958.

[77] E 22 de febrero de 1951.

[78] U 7 de julio de 1956.

[79] MR 1959, pp. 369-370.

[80] MSSA 1958, p. 45.

[81] Reyes, *Pasado inmediato y otros ensayos*, 1941, p. 49.

[82] Orozco, *Apuntes autobiográficos*, 1966, p. 20.

[83] *Ibid*. p. 25.

[84] Im 4, 7, 13, 17 y 19 de octubre; 1º de noviembre de 1911 y 6 de enero de 1912; Pa 30 de junio, 13, 14 y 18 de julio de 1911; *66th Congress, 2nd Session, December 1, 1919-June 5, 1920 Senate Documents Investigation of Mexican Affairs*, vol. 10, pp. 2727-2736 y 3343.

[85] Bulnes, *The whole truth about President Wilson's responsability*, 1916; p. 143; Urrea, *La herencia de Carranza*, 1920, p. 40.

[86] Doblado, *México para los mexicanos. El presidente Huerta y su gabinete. Documentos para la tercera independencia mexicana*, 1913, pp. 16, 31, 58-62, 69 y 74.

[87] Gamio, *Forjando patria (pro nacionalismo)*, 1916, pp. 18 y 259-260.

[88] DDd 13 de mayo de 1911, p. 5.

[89] Hernández, *Política agraria (julio de 1911 a junio de 1912)*, 1912, p. 33.

[90] Im 9 de enero de 1912.

[91] Pa 24 de enero de 1912; Im 12 de septiembre de 1912; IChis septiembre de 1912, p. 7; Im 2 de octubre de 1912.

[92] Pa 14 y 26 de enero de 1913; Im 10 de diciembre de 1913.

[93] Im 19 de febrero de 1914.

[94] Im 13 de abril; Pue 18 de diciembre; 23 de diciembre de 1914.

[95] Dem 12 de diciembre de 1915; Pue 13 de septiembre y 22 de marzo de 1916.

[96] DDd 1º de septiembre de 1917, p. 6.

[97] *Historia general de Sonora*, 1985, vol. 17, p. 279.

[98] *Relaciones Mexicano-Soviéticas (1917-1980)*, 1981, p. 12.

[99] ISon 1916-1917, pp. 12 y 33.

[100] IJal 1914-1919, p. 14.

[101] DDd 1º de septiembre de 1920, p. 83; 3 de noviembre de 1920, p. 37.

[102] DDs 7 de diciembre de 1920, pp. 19-21.

[103] HM 104, pp. 537 y 584.

[104] DDd 1º de septiembre de 1921, pp. 4 y 9.

[105] DDd 1º de septiembre de 1922, p. 6.

[106] DDd 22 de marzo de 1923, p. 2-11.

[107] DDd 2 de mayo de 1923, pp. 6-7.

[108] AGN R. Obregón-Calles Paq. 112-1, Leg. Exp. 822 C-5.

[109] Herrera Carrillo, *Colonización del Valle de Mexicali*, 1976, pp. 113 y 203.

[110] Cosío Villegas, *Memorias*, 1976, pp. 15-16.

[111] HM 104, p. 589.

[112] MR 1925-1926, pp. 152-153.

[113] MR 1926-1927, p. 515.

[114] MR 1926-1927, p. 515.

[115] Orozco, *Apuntes*, p. 95.

[116] Gamio, *Mexican Immigrations*, p. 178 y 237.

[117] *Estado de Veracruz: informes de sus gobernantes 1826-1986*, 1986, vol. XI, p. 6018.

[118] Cosío Villegas, *Memorias*, pp. 298-299.

[119] Cardoso, *Mexican Emigration*, p. 147.

[120] González Roa y Covarrubias, *El problema rural en México*, 1917, pp. 186-188.

[121] *Bol. Gob*. 1 núm. 5, octubre de 1922, p. 386.

[122] AGN R Obregón-Calles Paq. 106, Leg. 6, Exp. 818, E-28.

[123] MR 1928-1929, II, p. 1570.

[124] *Ibid*. p. 1569.

[125] DDd 1º de septiembre de 1919, p. 6; Apéndice MR 1931-1932, p. 1959; MR 1931-1932, pp. 181, 194 y 226; MR 1933-1934, p. 44. Aunque la gran mayoría procedía de Estados Unidos algunos regresaron de Guatemala, Panamá, pero sobre todo de Cuba, cerca de mil en 1932 y 1934, y de Europa, principalmente de España, quince en 1932.

[126] MR 1930-1931, vol. II, p. 1802.

[127] Grebler, Moore y Guzmán, *The Mexican-American People: the nations's second largest minority*, 1970, p. 526.

[128] MR 1921-1932, pp. 940-958.

[129] MR 1921-1932, pp. 310-319 y 330-336; ISin 1933, p. 22; IGto 1933, p. 6.

[130] Bogardus, *The Mexican*, pp. 90-95.

[131] Hoffman, "Mexican Repatriation Statistics. Some suggested alternatives to Carey Mc Williams", en *The Western Historical Quarterley*, octubre, 1972, pp. 398-401.

[132] MR 1931-1932, p. 319.

[133] MR 1930-1931 H, pp. 1802 y 1811; MGob 1930-1931, p. 177; MNL 1931-1932, p. 3; MIC 1932; DDd, 15 de septiembre de 1932, pp. 5-15; ISin 1932, p. 13; ISon 1932, p. 8; MBCN 1924-1927, p. 179; Gamio, *Mexican*, pp. 178-184 y 325-328; ISin 1933, p. 22; IGto 1933, p. 6; DDd, 19 de septiembre de 1933, pp. 9 y 13; MR 1932-1933, p. 239; De la Peña, "Problemas", página 293.

[134] MAgr 1932-1933, p. 108.

[135] ITab 1931, pp. 11-12; ISin 1930-1931, pp. 4-6 y 18-19.

[136] MR 1931-1932, p. 328.

[137] DDd 1º de septiembre de 1934, p. 10.

[138] MR 1933-1934, p. 415.

[139] DDd 1º de septiembre de 1934, p. 12.

[140] Loyo, *La política demográfica de México*, 1935, p. 368; *Plan Sexenal PNR*, p. 95.

[141] MGob 1934-1935, p. 35.

[142] Herrera Carrillo, *Colonización*, p. 145.

[143] MGob 1937-1938, p. 85.

[144] *Gráfico*, 2 de mayo de 1939.

[145] MR 1938-1939, pp. 185-190; MGob 1938-1939, p. 53.

[146] E 16 de mayo de 1939; Na 14 de junio de 1939; E 14 de junio de 1939; U 22 de junio de 1939.

[147] *Informe Cárdenas 1939*, pp. 31-32.

[148] MAgr 1938-1939, pp. 31-32.

[149] Meneffe, "Los trabajadores migratorios mexicanos al sur de Texas", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, 1958, p. 212; MGob 1939-1940, p. 59.

[150] U 10 de junio de 1939.

[151] Na 20 de julio y 5 de septiembre de 1939.

[152] Na 15 de agosto de 1939.

[153] MR 1939-1940, p. 22.

[154] MGob 1942-1943, p. 22.

[155] U 31 de enero de 1958.

[156] E 31 de julio de 1960.

[157] MGob 1938-1939, p. 89; MGob 1939-1940, p. 74.

[158] MGob 1942-1943, p. 89; MGob 1939-1940, p. 74.

[159] MGob 1936-1937, pp. 27-28; E 27 de octubre de 1939; MR 1939-1940, p. 425; MGob 1943-1944, pp. 14 y 130; MGob 1946-1947, p. 43.

[160] MR 1932-1933, p. 229; MGob 1936-1937, p. 28.

[161] E 27 de octubre de 1930; E 10 de octubre y 14 de noviembre de 1964.

[162] Weber (ed.), *Foreigners in their native land. Historical roots of the Mexican Americans*, 1973, pp. 145-146 y 250.

[163] *A Documentary*, pp. 261-262.

[164] Cardoso, *Mexican*, p. 67.

[165] Maciel, *La clase 1930-1981*, p. 47.

[166] *A Documentary*, p. 281.

[167] Gamio, *Mexican*, pp. 52, 55, 90, 107, 117, 129-131, 143-145, 198, 201 y 211-214.

[168] Maciel, *La clase 1930-1981*, pp. 37-40.

[169] *Ibid*., pp. 21, 76 y 84-85.

[170] Menefee y Cassmor, *The pecan shelters of San Antonio. The problem on underpaid and unemployed Mexican labor*, 1940, pp. XV, XVIII, 24, 38 y 45-59.

[171] War burton, Wood y Crane, *The work and welfare of agricultural laborers in Hidalgo Country, Texas*, 1943, pp. 5-6, 9 y 47.

[172] Me Williams, *Al norte de México, el conflicto entre "anglos" e "hispanos"*, 1968, pp. 304 y 312.

[173] Maciel, *La clase 1930-1981*, pp. 92-93.

[174] *Ibid.*, p. 117.

[175] Thomas y Taylor, *Migrant farm labor in Colorado. A study of migratory families*, 1951, pp. 1-5, 9, 71-72 y 95-99.

[176] Leon, *They called them greasers. Anglo attitudes toward Mexicans in Texas, 1821-1900*, 1983, pp. 105-106.

[177] *A Documentary*, pp. 365, 367, 373-378 y 381-382.

[178] Maciel, *La clase 1930-1981*, p. 110.

[179] *A Documentary*, pp. 382 y 396.

[180] Maciel, *La clase 1930-1981*, p. 197.

[181] Weber, *Foreigners*, p. 224.

[182] Maciel, *La clase 1930-1981*, p. 135.

[183] Gamio, *El inmigrante mexicano. La historia de su vida*, 1969, pp. 64-65.

[184] Im 6 de septiembre de 1912.

[185] Im 28 de enero de 1914.

[186] DDd 1º de septiembre de 1921, p. 21.

[187] Durand, *La politique contemporaine de sécurité sociale*, 1953, p. 537.

[188] Jones, *Los braceros mexicanos en los Estados Unidos durante el periodo bélico. El programa mexicano-estadounidense de prestación de mano de obra*, 1946, pp. 1, 28 y 45.

[189] MR 1947-1948, p. 504. Sin embargo, es de suponerse que en el cuarto de millón de mexicanos (no incluye los norteamericanos de origen mexicano ni los casos dudosos de personas de doble nacionalidad) que pelearon en el ejército norteamericano en la segunda guerra mundial figuren buen número de braceros.

[190] MR 1941-1942, vol. I, pp. 419-422.

[191] DDd 1º de septiembre de 1942, p. 10.

[192] E 29 de septiembre de 1942.

[193] Pinal, "Los trabajadores mexicanos en los Estados Unidos", en *El Trimestre Económico*, vol. XII, pp. 10 y 12.

[194] MT 1942-1943, pp. 132-133.

[195] MR 1942-1943, vol. I, pp. 537-543.

[196] MT 1942-1943, p. 49.

[197] DDd 1º de septiembre de 1943, p. 8.

[198] MR 1945-1946, p. 112.

[199] E 28 y 30 de abril; 2 y 6 de mayo de 1947.

[200] E 9, 10 y 14 de mayo de 1947.

[201] MT 1946-1947, p. 82; IGob 1946-1947, pp. 75-77.

[202] BM 1949; MR 1947-1948, pp. 15, 16, 18 Y 20-22.

[203] E 8 de julio de 1948.

[204] BM 1950, p. 180.

[205] DDd 1º de septiembre de 1950, p. 6.

[206] Hecke, "Los trabajadores", pp. 114-117.

[207] U 3 de febrero de 1951.

[208] Na 16 de febrero de 1951.

[209] U 7 de marzo de 1951.

[210] Leal Carrillo, *Importancia*, p. 72.

[211] DDd 1º de septiembre de 1951, p. 5.

[212] Na 3 de agosto de 1951.

[213] N 4 de agosto de 1951.

[214] U 19 de agosto de 1951.

[215] MR 1950-1951, pp. 9-12.

[216] MR 1951-1952, p. 186.

[217] Galarza, "Trabajadores mexicanos en tierra extraña", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, 1958, pp. 14-17.

[218] MR 1951-1952, pp. 187-190.

[219] MR 1954, pp. 694-698.

[220] MR 1956, pp. 369-370 y 379-381.

[221] MR 1959, pp. 385-386.

[222] E 12 de junio de 1959.

[223] E 5 y 14 de marzo de 1960.

[224] MR 1960, p. 728.

[225] N 22 de marzo de 1960.

[226] E 30 de junio y 19 de julio de 1960.

[227] E 22 de julio de 1960; N 23 de julio de 1960.

[228] MR 1960, pp. 727 y 733.

[229] DDd 20 de agosto de 1964.

[230] E 5 de noviembre de 1965. Ese año de 1965 de 20 a 25 por ciento de la cosecha del tomate de California fue recogida automáticamente; se calculó que al siguiente ese porcentaje aumentaría a 80 por ciento.

[231] *Memoria de la Quinta Reunión Parlamentaria*, pp. 163 y 177; Na 2 de enero de 1965.

[232] U 29 de enero de 1965.

[233] U 27 de abril de 1965.

[234] U 16 de diciembre de 1964.

[235] U 20 de diciembre de 1964; U 8 de enero de 1965.

[236] E 6 y 13 de febrero de 1965.

[237] E 4 y 23 de febrero, 25 de marzo de 1965; U 29 de marzo de 1965.

[238] E 10 y 21 de abril, 5 de mayo y 9 de junio de 1965; N 16 de abril y 12 de mayo de 1965.

[239] E 12 de febrero de 1965.

[240] N 17 de abril de 1965; N 12 y 16 de febrero de 1965.

[241] E 29 de abril de 1965; N 12 de mayo de 1965.

[242] E 19 de mayo y 8 de septiembre de 1965.

[243] N 16 y 25 de agosto de 1965; E 13 de octubre de 1965; *The New York Times*, 16 de marzo de 1965.

[244] MR 1964-1965, pp. 511-517.

[245] MR 1965-1966, p. 55; MR 1966-1967, pp. 86-87; MR 1967-1968, pp. 120-121.

[246] *A Documentary*, p. 344.

[247] E 2 de diciembre de 1965.

[248] AEC 1968, p. 44; AEC 1970, pp. 8 y 371; IBC 1956.

[249] DDd XLVII II 31 de agosto de 1969, p. 4.

[250] E 25 de marzo, 28 de mayo de 1965; Na 26 de marzo, 19 de octubre de 1965; N 19 de mayo de 1965; U 28 de agosto de 1965.

[251] N 10 de marzo de 1965.

[252] N 22 de febrero de 1965; E 17 de junio y 15 de septiembre de 1965; U 14 de octubre de 1965.

[253] N 24 de abril de 1966; E 6 de diciembre de 1966; E 23 de enero de 1968; N 19 de mayo de 1968.

[254] DDd 31 de agosto de 1968, p. 88.

[255] E 15 de septiembre de 1965; 26 de enero de 1968.

[256] E 2, 3 y 8 de octubre-diciembre de 1968.

[257] U 25 de marzo de 1969; E 21 de mayo de 1973.

[258] MR 1968-1969, p. 101.

[259] Grebler, *The Mexican*, pp. 553 y 587.

[260] N 1º de octubre de 1965 y 30 de septiembre de 1966.

[261] E 7 de mayo, 22 de junio y 5 de diciembre de 1966.

[262] N 1º de febrero de 1968; U 12 de febrero de 1968.

[263] E 26 de marzo y N 8 de mayo de 1968.

[264] MR 1967-1968, pp. 121-122.

[265] U 17 de octubre de 1967; U 8 de febrero de 1968; E 10 de enero de 1968.

[266] E 25 de marzo de 1968; E 27 de junio de 1970.

[267] Schmitt: *México y Estados Unidos 1821-1973. Conflicto y coexistencia*, 1978, p. 191.

[268] E 27 de marzo de 1969; DDd 31 de agosto de 1969, p. 4; MR 1968-1969, p. 102.

[269] N 20 de junio de 1967; E 4 y 5 de noviembre de 1967.

[270] E 20 de febrero de 1965; N 2 de octubre de 1965; ITamps 1971, p. 37.

[271] DDd 20 de agosto de 1964, p. 11.

[272] Kannapan, "The brain drain and developing countries", en *International Labor Review*, 1968, p. 26.

[273] Gonzalez, "The migration of Latin American High Level Manpower", en *International Labor Review*, 1968, pp. 552-558.

[274] Na 11 de agosto de 1965; U 4 de julio de 1968; MR 1967-1968, pp. 122-123.

6. EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO (I)

¡VAE PAUPERIBUS!

Federico Gamboa (1864-1939), literato, diplomático y en la vejez picado de la viruela de la política, en su *Diario* dejó constancia de 19 años (1892-1911) de sus andanzas en el extranjero. A fines de 1876 vio la entrada de los victoriosos soldados de Porfirio Díaz a la capital, mal vestidos, "torvos, callados, siniestros. ¡La horda!" Las orejas de su jefe, "un acabado tipo masculino", correspondían a un probable longevo. El guerrillero el 18 de diciembre de 1893 ya se había transformado en un caballero vestido a la inglesa, "muy afeitado, muy serio, irreprochable", como correspondía al "árbitro de 14 millones de seres".[1]

El año anterior Gamboa se había irritado al enterarse en Buenos Aires del proyectado intercambio de las banderas de la guerra del 47; él preferiría que en lugar de que volvieran a manos de nuestros "salteadores", se quemaran delante del ejército, guardándose las cenizas en una urna en la Rotonda de los Hombres Ilustres: "allí donde reposa lo que 'fue' nuestro y 'ya no lo es'". Al ver en una vidriera de la calle Florida la partitura de *Sobre las olas* de Juventino Rosas, preguntó si sabían que ese vals era mexicano, satisfecho se retiró porque sí sabían que ese vals era mexicano y le preguntaron si él también lo era. Una década después, Henry Lane Wilson atribuyó este vals a un alemán; al menos no se equivocó cuando escribió que se escuchaba en todo el mundo.[2] Admiró la bella capital argentina, pero le desagradó que en

el cementerio de la Recoleta depositaran los cadáveres en bóvedas subterráneas donde podían verse con sólo abrir la tapa del cajón, afortunda-mente esto tan antihigiénico como irrespetuoso no se practicaba, los deudos se limitaban a llevar flores. Mucho más le desagradó la manera de beber el mate en la estancia El Dorado: sin cambiar la bombilla ni cambiar la yerba pasa a otra boca "y luego a otra y otra… Excusado es decir lo que beberá el último: la saliva y los humores de una muchedumbre campesina… no siempre estricta en su aseo". En materia de costumbres populares, a cuenta de su "latinidad", a ojos cerrados prefiere las "riñas de gallos y las corridas de toros", aunque no fueran de su gusto, a las peleas de box de creciente éxito en Estados Unidos. También a cuenta de su "latinidad" podría interpretarse su complacencia porque en el ferrocarril inglés del sur la gorra del empleado argentino del coche dormitorio tuviera la leyenda "camarero", no "porter" como en los ferrocarriles mexicanos, en rigor norteamericanos, cabría precisar.

Gamboa, siempre dispuesto a admirar la belleza femenina, recreó sus ojos en el balneario del Mar del Plata viendo cómo los trajes de baño se adherían a los soberbios cuerpos femeninos "detallando los encantos ocultos". Los bailes del carnaval de Buenos Aires en 1893 le parecieron, a diferencia de México, "en su casi totalidad limpios y decentes". Sin embargo, la prensa de Buenos Aires criticó que en la Semana Santa de ese año los jóvenes se desmandaran de palabra y obra tocando las espaldas de las damas; al parecer había sido en vano que el año anterior se hubiera formado una *sociedad protectora de señoras*.* Gamboa juzgó esta práctica común a los países hispanos. A principios de ese año un tipógrafo mexicano, a quien había conseguido un buen trabajo, tanto en su juicio como ebrio vitoreaba continuamente a México y a Juárez. En fin, atribuyó el éxito de su tertulia en Buenos Aires a que era literato, célibe, y extranjero oriundo de un país distantícimo "que nunca podrá ser amigo ni rival de éste porque nada

se disputarán, ni un peso ajeno, ni un grano propio, ni un inmigrante útil".[3] En el último punto se equivocaba un poco: México envidiaba la numerosa inmigración europea que recibió Argentina.

A su paso por Río de Janeiro (julio de 1892) y por Bahía (agosto de 1893), manifestó su racismo. La bahía de Río de Janeiro era "maravillosa", le pareció que sería un paraíso sin sus enfermedades, sin sus negros y sin el portugués, pues "hasta el idioma se me atraviesa". Bahía era "horrible" y "monstruosa", los negros y los simios se le mezclaban y confundía, "huele a fiebres, a pantanos, a muerte".[4] A su paso por Dakar, en este lugar de nueva cuenta dio rienda suelta a su racismo cuando escribió que los negros chillaban y gesticulaban "como chimpacés en recreo" para recoger las monedas que les arrojaban algunos pasajeros. Por cierto, en ese viaje una señora le preguntó por los "pieles rojas" de México.[5]

Burdeos olía a ajo y a violeta. En París un mes después, en octubre de 1893, conoció a Zola y a Émile Goncourt. Del primero quedó si no desilusionado sí un poco desconsolado; nada le reprochaba a su recibimiento, nada, "pero yo necesitaba otro Zola muy distinto, el que yo cariñosamente teníame engendrado en mi propio cerebro". Tal vez Gamboa sintió cierta frialdad, aun superioridad, natural de parte de franceses consagrados, hacia un joven mexicano. Para despreciar a Saint Nazaire recurrió a calificarlo de "muy cercano pariente de El Paso, Tejas", en efecto, le pareció una ciudad fea, por sus calles estrechas, pestilentes y tortuosas. Al enterarse de que las boticas cerraban los domingos a las once de la mañana comentó: "¡Bendita civilización la de estos *países cultos*!"[★] Inicialmente sólo le gustó el jardín de plantas de Nanter, después aceptó que abundaba "en rincones, callejas y detalles bellísimos". De cualquier modo, ofrecía una falta de temperancia absoluta

por donde quieran míranse ebrios de los dos sexos, de la clase baja, que en grupos, en parejas, solitarios recorren la ciudad entonando cantos destemplados, deteniéndose a disputar entre sí, o a orinar en las aceras, contra las paredes de los edificios… Ya nadie se sorprende, la fuerza de la costumbre impera.[6]

El 21 de noviembre de 1893 emprendió el regreso a México en *La Navarre*, barco de la Compañía General Trasatlántica; el día siguiente lo invadieron boinas y alpargatas en Santander, españoles analfabetas enriquecidos "en nuestra América, que aún se creen sus conquistadores y dueños, que nos miran por encima del hombro, que apestan la limpidez oceánica con el humo de sus cigarros, con el eco bruto de sus 'co..rchos' y 'p..einetas'". El 24 continuó la invasión del día anterior en la tercera clase: para entonces ya había más de 800 españoles con destino a Cuba y a México; el 25 presenció desde lo alto un espantoso drama en el entrepuente. Su argumento era el hambre, varios inmigrantes los actores; comparsas, chiquillos y mujeres mareados, "tumbados al sol, luciendo su porquería, su miseria". Se arrojaron sobre la olla de judías "como bestias hambrientas y feroces", cuando varios de ellos se apoderaron del caldero se entabló "horrible lucha a puñadas, a coces, a mordiscos". Un andaluz rechazó las gestiones pacificadoras del diplomático mexicano

—Carmese uzté, cabayero. Carmese uzté… y si está resentido, pues, ná, me lo dice usté en tierra, en La Habana… y ya verá uzté, ya verá uzté.

El 16 de diciembre de 1893, después de tres años y medio de ausencia, regresó a ta capital ahora "hermosísima" pero sin un "asomo de arte, como en África ¡la política impera!". Sobre todo le irritaba que todo era yanqui. Algo mitigó este desagrado recordar la simpatía con que América del Sur vio la lucha contra Maximiliano y la belleza

a la vez provocante y delicada de la hembra del Norte, con sus cabellos rubios y el color de su tez que parece formado de rosas, leche y mármol; con sus ojos azules

que miran hondamente, y su boca impecable, y su peinado a la griega, y su cuerpo altísimo, y su busto estatuario.

Lo entristecía, en cambio, que muchos talentos mexicanos se inclinaban por Estados Unidos en su lucha contra España.

A mediados de 1897 escuchó el Alabado en la hacienda Los Llanos, Hidalgo, en cuya capilla dieron gracias a Dios. Si ellos, pese a su esclavitud sin término daban gracias, nosotros ¿qué deberíamos dar?, se pregunta Gamboa, por supuesto, no llega a la raíz del problema, la conquista. En efecto, el 29 de septiembre de 1897 dio una conferencia en la Preparatoria durante la que defendió la conquista como un beneficio, pese a las múltiples leyendas con que

> pretendemos engalanar un pasado que no es nuestro, que nos queda tan distante casi como los esplendores del Egipto antiguo y al que queremos dar forzada carta de naturaleza en nuestros antecedentes de familia, para pavonearnos con títulos de nobleza originaria, y penetrar en el escenario del mundo revistiendo un disfraz de mal zurcidos guiñapos que oculten nuestro traje de pueblo joven, libre y viril.

De cualquier modo, la independencia de España fue justificada y "la expulsión de sus gentes una necesidad biológica". No hallaba en México vestigios indígenas, sólo un "empobrecido rebaño de indios", el fin de una raza que nada dejaba, ni siquiera deudos que la lloraran. Las excepciones confirmaban la regla: Juárez, Ramírez, Altamirano, fuera del físico "no me resultan indios", si ellos alardeaban de serlo era por coquetería de hombres superiores, pero eran los primeros en comprender que su raza no producía individualidades de su talla, "visten como nosotros, se ilustran, piensan, escriben y obran mejor que nosotros… Su opaco color no es sino una equivocación de la naturaleza". En suma, en términos actuales se diría que eran indios aculturados; Gamboa hasta piensa que Estados Unidos, Argentina y Chile "quizá han estado en lo exacto, cuando los han destruido o los han relegado a los desiertos, aunque con tal medida no se hayan acreditado de humanitarios". Manuel Sánchez Mármol en su

cátedra en la Preparatoria y un editorial de *El Diario del Hogar* refutaron a Gamboa.[7] Al pasar por Estados Unidos percibió que algunos franciscanos españoles seguían viendo a México como la "hija predilecta de España", y un catalán, obispo de una diócesis texana urgía a los hispanoamericanos a juntarse para evitar que se los tragara "la insaciable fiera norteamericana".

En 1899 Gamboa escribió sobre América Central. A Guatemala, que ya había visitado once años antes, la siguió considerando un país remoto, en el cual la mayoría de sus habitantes era hostil a los mexicanos. Tenían en común con México, entre otras cosas, su privilegiada naturaleza y cierto aire de ferocidad de la policía secreta, que en México se delataba por el sombrero jarano y en Guatemala por el panamá. En El Salvador, en cambio, en todas partes se levantaba un himno de gratitud hacia México. Con meticulosidad y simpatía comenta el baile de las *mengalas* (muchachas trabajadoras) en lo general de rostro agraciado y airoso cuerpo, y a su manera, distinguidas en el vestir. Ningún salvadoreño, por elevado que fuera, desdeñaba tratarlas con cierta igualdad afectuosa y recíproca; en general eran buenas madres de familia. El presidente mismo bailó una cuadrilla en honor de las *mengalas*, su acompañante lucía en su chal los colores mexicanos, la del diplomático mexicano los salvadoreños. En los alrededores de San Salvador había un precioso lugar denominado "Los Mexicanos" en recuerdo de las tropas de Filisola que ahí acamparon.

Le llamó la atención el helenismo de Costa Rica, pues un poblado se llamaba Esparta y otro Atenas; en el primero había un "pseudo-hotel" que por su desaseo recordaba las ventas del Quijote y en el que menudeaban gritos e insolencias porque alojaba a unos 40 comediantes españoles. San José, dentro de su pequeñez, era una ciudad bella y simpática en extremo, ahí por primera vez vio un tranvía eléctrico. Como el presidente de este país trabajaba por la reconciliación centroamericana bajo la égida de Méxi-

co, tal vez por eso Gamboa destacó su aseo y coquetería en contraste con Guatemala; lo cierto es que era el único país unido al Atlántico por un camino de hierro, también contaba con un teatro que de tan extraordinario resultaba un "desmán" para su pequeñísima capital. Los costarricenses afearon tanta belleza cuando tocaron *The Star Spangled Banner* como si fuera el himno mexicano, pero advertidos de su error interpretaron "maravillosamente" el verdadero. En comparación con los puertecillos centroamericanos, Puerto Limón era un formidable Liverpool pese a su "diluvio de negros".

De paso, Gamboa señaló que no conocía un colombiano que no fuera inteligente, podría haberlos picaros, farsantes, ignaros "pero tontos, ¡ni para remedio!" Lamentó que los extranjeros analfabetas se enriquecieran en América, porque encontraban "amplios campos ya rozados de sangres de revoluciones y apatías indígenas con pródromos de incurables".

Nicaragua y Honduras no le agradaron. En los arenales de Managua vio chiquillos desnudos ventrudos, algunos ancianos completamente negros y porción de gente con la progenie indígena muy marcada. Al sofocante calor se unía la abundancia de *animalas* (víboras) que tranquilamente paseaban en las calles. Todo recordaba Africa: sol, suelo, fauna, flora, etnografía, usos, costumbres, escribe coincidiendo con la reacción de los Cusí en Michoacán. Salvo el hijo del secretario de Relaciones Exteriores no vio muchas caritas infantiles agraciadas. No podía explicarse cómo pudo Rubén Darío haber iniciado ahí sus primores literarios. Los soldados, descalzos y desaseados, tenían el aire menos marcial que imaginarse pueda, aunque también así habían visto los viajeros extranjeros al ejército mexicano hasta antes del fusilamiento de Maximiliano. Como la leyenda hacía de todo mexicano un militar, un guardia le preguntó si lo era y amenazó con apresarlo al acercarse al palacio del gobierno, pero al identificarse como ministro de México, el guardia le pidió le hiciera el "obs-

equio" de irse por la vereda correcta. Después de visitar el puerto Amapala en Honduras, comprendió aquello de "No meterse en Honduras".[8]

El 17 de diciembre de 1900 Gamboa llegó a Salina Cruz, puerto en construcción, que corría parejas con cualquier pueblo de Mozambique porque estaba sometido al antojo de los empleados extranjeros del ferrocarril ístmico, que tenían el derecho de ocuparlo con preferencia porque era suyo; cuando le pidieron que lo desalojara a su vez pidió que le mostraran a los empleados de ese ferrocarril: eran rubios, no supo si británicos o yanquis, vestidos de kaki, insolentes y conquistadores. Los mexicanos los imitaban exagerando su brusquedad. Sin embargo, el huésped del hotel le dijo en inglés que todo estaba bien, que sabía quién era él, que podía permanecer en su habitación. En el viaje por el río San Juan rumbo a Alvarado no tuvo igual fortuna con "un rozagante teutón" que no le cedió su camarote para su esposa e hijo, a quienes logró acomodar en el comedor; en cambio, un ibero que había sido preceptor en Centroamérica le prestó su pañosa (capa española) para que se protegiera del frío pues durmió en la cubierta. En Alvarado, en cambio, los recibió un empleado de Pearson explicándole que el tren sólo esperaba su llegada para partir a Veracruz, la ciudad más sucia, enfermiza y descuidada de México, calificativos semejantes a los que le merecieron Río de Janeiro y Bahía. El 22 de diciembre en la capital se alojaron en el Hotel de France, nuevo y deslumbrante. Pese a su racismo, o tal vez por eso mismo, en los primeros días de 1901 escribió que los mexicanos descendemos de indios, iberos y africanos, de éstos por partida doble: por lo mucho que los iberos tienen de Africa y por los directamente importados durante la colonia. Atribuyó a esa mezcolanza étnica que los mexicanos hubiéramos recibido prácticas de sumisión y "respeto al color blanco", lo cual probaba la rápida preponderancia que adquirían los extranjeros en México, "así sean unos muías y buenos para nada". De esa misma fe-

cha data su desprecio por el "imbécil e inmoral *sufragio universal*"★.[9]

Poco antes de viajar de nueva cuenta a América Central, en los primeros días de 1901, Gamboa escribió que al regresar a México, Europa, Estados Unidos y Argentina en ciertos aspeaos le parecían superiores a nuestro país; en cambio, los países centroamericanos, "innegablemente eran muy inferiores". A mediados de ese año, de paso hacia Guatemala describió a las tehuanas

> indias, casi todas bellas, altas y bien formadas, frescas, agresivos los senos tras los sueltos y polícromos corpiños gráciles, acentuados los muslos mórbidos y las duras caderas amplias de hembras fecundas y prolíficas, capaces de repoblar los mundos; las dentaduras que ponen al descubierto las sonrisas y los pregones de frutas y flores, como perlas iguales y vivísimas; las gargantas de paloma, colgadas de collares con amuletos, medallas y monedas hasta de oro, las sayas estrechas, pegándose a las curvas tentadoras de sus nubiles cuerpos femeninos, que huelen a limpio; los ojos expresivos y rasgados, de colores, o medio ocultas dentro de las albas cofias tradicionales que usan de siglos… Algunas son blancas, con carnaciones a la moda de Flandes, como las que pintaba Rubens… Y todas, hasta las chiquillas precoces que en otros climas no fueran todavía mujeres, todas son provocativas y voluptuosas, se arriman al comprador y consienten que éste las palpe, para enardecerlo, todas se ofrecen con sus ademanes y mirares de animal en celo; ninguna propuesta las ruboriza, ningún trato rechazan, ningún contaao las acobarda.

Ocho años después José Vasconcelos visitó Salina Cruz cuando en 1909 ya se había convertido de aldea de pescadores en puerto mundial con espléndidas obras de ingeniería. En sus casas de madera se albergaban personas de todas partes de la Tierra, que consumían cerveza de Monterrey o de Alemania. Los chinos explotaban el azar y el amor; había ahí desde rubias canadienses hasta negras antillanas. El mestizaje produjo en Juchitán los "tipos esculturalmente más hermosos y sensuales, estrechas de hombros y de cinturas, amplias de caderas, duros y punteados los senos y negros ojos… en sus desnudas pantorrillas hay la consistencia de la palma real. Y en sus labios la frescura opalina del agua de coco tierno".[10]

David Alfaro Siqueiros corroboró estos juicios al comienzo de la Revolución. Una tehuana le enseñó a decir *Dane tibi hi duna chunco escarnio* (dame un beso hermosa, preciosa). Se movían provocativamente, en particular sus duros senos que de tan duros desgastaban sus huípiles en las partes correspondientes de los pezones, cosa que las madres se complacían en mostrarles. "Aquello era un paraíso, un edén, posiblemente un nirvana porque aquellas mujeres parecían tener más relación con la India que con México", escribe el pintor chihuahuense. Por supuesto le platicaron el cuento del mestizaje con los soldados franceses que acompañaron a Maximiliano, lo cual creyó porque eran muy comunes los ojos verdes y azules y abundaban los apellidos franceses. Sin asombro de nadie se bañaban totalmente desnudas en los ríos; sus madres les enseñaban todo lo relativo a los afrodisiacos y las jóvenes comerciaban con sus cuerpos "a muy buenos precios".

Un medio siglo después, Siqueiros llevó a Paul Éluard a Tehuantepec pues el poeta estaba deseoso de ver a las tehuanas en traje de Eva, pero el día estaba nublado y no apareció ninguna, cuando ya se iban llegaron cuatro o cinco de ellas dando saltos; una mujer bien vestida las increpó explicándoles que eran prostitutas interesadas en ellos porque eran gringos y lamentó que la malicia estuviera acabando con las costumbres honestas.[11]

Como se ha visto, Eisenstein en sus películas se limitó a dejar discreta constancia del matriarcado tehuano.

En Guatemala, Gamboa reflexionó sobre los odios instintivos, implacables y eternos, entre los países limítrofes; el mexicano se creía en Guatemala más grande, fuerte, próspero y libre; los guatemaltecos correspondían con odio hacia los mexicanos, sobre todo los niños de las clases inferiores. El 15 de agosto de 1901 en inesperada visita nocturna al presidente Estrada Cabrera, éste le obsequió legítimo tequila de Jalisco que acababa de recibir. Menos de diez meses después, esta visita se utilizó como

pretexto para pedir su retiro de Guatemala, argumentando que a media noche en compañía del ministro de El Salvador había despertado al presidente para pedirle una copa, y que otra noche armado de pistola o de espada había exigido en un prostíbulo le mostraran "lo mejorcito de su ganado".

A los mexicanos se les trataba con desconfianza, pero los "chapines" humildes eran como los mexicanos de igual condición: se franqueaban hasta cierto punto, a reserva de *enconcharse*★ cuando sus refinadas y recónditas malicias creyeran advertir riesgos o responsabilidades con sus respuestas. La melancolía guatemalteca era mayor que la de México por la mayor proporción india en su población. En la mañana de cada 16 de septiembre, los trabajadores mexicanos visitaban a "su ministro", pronunciaban sinceros discursos, él los despedía estrechando la mano a cada uno de ellos, "nos separábamos queriéndonos de veras, unos instantes al menos".[12]

Durante su estancia en Estados Unidos (desde los primeros días de 1903 hasta mediados de 1905) llamó su atención que en la inconclusa iglesia de San Mateo de Washington, favorita de los diplomáticos y de la *high life*, hubiera gran escasez de imágenes y altares laterales, la valentía del sermón y los bancos acojinados, por todo eso se preguntó si el catolicismo en los países predominantemente protestantes estaba contagiado "de ciertas rigideces del protestantismo, en la forma externa cuando menos".

En estos tiempos era tal la locura que provocaba el circo Barnum en el vecino país del norte que sólo se le permitía que permaneciera un día en las poblaciones de segundo y tercer orden para no desequilibrar su economía. El entusiasmo que despertaba una corrida de toros en Madrid o en México era nada frente al lento y aplaudidísimo desfile matutino del circo y las funciones vespertina y nocturna a las que asistían hasta 14 000 o 15 000 espectadores, a quienes faltaban ojos para admirar los actos simul-

táneos de sus tres pistas. En el fondo de esta actitud de Gamboa está su orgullo de ser "hijo legítimo de un mutilado en la gloriosa batalla de la Angostura". Esto lo acerca al imperialista José Manuel Hidalgo y lo aleja de Justo Sierra Méndez. Según su opinión, en lo personal los yanquis eran más simpáticos que en lo colectivo: marchaban hacia todas las conquistas gracias a su carácter ambicioso, resuelto, brutal, eran tanto una máquina perfeccionadísima de hacer dinero como celosos guardianes de sus libertades individuales, sobre todo la religiosa, causa y origen de las demás. Los hombres, eran atléticos y medio niños; bellas y frívolas las mujeres en su juventud, *bas-bleu* cuando maduras, encantadoras cuando viejas. Románticas y extravagantes, algo soñadoras, pero también "la máquina más perfeccionada de gastar dinero". De colegios y universidades salían más licurgas que sabias, pero todo se les perdonaba "porque en lo general son lindísimas, con tentaciones, y peligrosas, como abismos".

Por supuesto estas reflexiones valen sólo para los anglos, los negros son otro mundo; a mediados de 1903 algunos se quejaban de que estaban peor que cuando eran esclavos: los perseguían y los humillaban, pagaban contribuciones pero no podían votar, trabajaban en cambio, en las ocupaciones más peligrosas: policías, bomberos, y como soldados en Cuba y Filipinas. En manso de 1904, Gamboa califica a los italianos, de modernos "garañones", generadores de buenas razas que estaban poblando Estados Unidos y Argentina. Por sucios, ignorantes y viciosos se alardeaba de despreciarlos como inmigrantes, pero ellos se vengaban inyectando sangre latina en hembras fecundas, "engendrando rapaces escultóricos, hermosos, fuertes, que allá van ¡a todas las conquistas! con el indeleble sello de su *eugeneia* inmortal, mal que pese a los sajones y a los adoradores de los sajones".★

Mucho irritó a Gamboa a mediados de 1904 saber que las embajadas de Estados Unidos se denominarían de América, porque otros países también se denominaban Estados Unidos, entre ellos

México, desde luego. Al despojo del nombre seguiría el de la tierra, pero ciega Hispanoamérica seguía brindándoles facilidades. Irritado, escuchó al dueño de su *cottage* en Washington que arrogante le dijo que ellos respondían por toda la América, la defendían frente a Europa: "Ya ve usted lo que hemos hecho en Cuba". Antes de que John K. Turner escribiera su *México bárbaro*, anticipó datos para unos Estados Unidos Barbaros: millares de linchamientos, crímenes espeluznantes, suicidios, variados robos, frecuentísimos peculados, adulterios "y cuanto hay… que ellos ni los ocultan o excusan ni impiden que esta tierra anormal siga adelante y adelante". Por ejemplo, la azotaina legal a una mujer presa en Georgia porque no accedió a los deseos de su guardián, igualmente salvajes eran las peleas de box. Esto y peores cosas abrían sus viejas heridas no cicatrizadas de mexicano, "de vencido sin esperanzas de revancha, antes continuamente amenazado de posibles despojos nuevos y de posibles humillaciones futuras". Frente a la terrible historia de los siete grandes feudos de Kentucky, la *vendetta* italiana era casi una ocupación filantrópica y humanitaria. Ante la conquista de Panamá exclama *Vae victis* o mejor *Vae paupertbus*, "que por serlo resultan vencidos en todos los mundos, en todas las escalas y en todos los órdenes, hasta en el de la Naturaleza ¡Quién nos manda carecer de músculos!" Sin embargo, el recuerdo del *Washington Post* de Texas y la crítica de varios periódicos neo-yorkinos a esa invasión ubican mejor la opinión de Gamboa. De cualquier modo, añadió a estas "barbaridades" las sangrientas huelgas obreras, un peonaje semejante al mexicano en el Far West, el trato a los negros en los estados del golfo de México "lo mismito que antes de Lincoln", los linchamientos encabezados por niños, el hundimiento de un vapor con un millar de víctimas porque los salvavidas estaban podridos, el asesinato de un niño de nueve años por un compañero de igual edad sin que hubiera habido protestas, acostumbrados como estaban a ver el boxeo. Anota, en cambio, que cuando su

perro fue atropellado gran parte del pueblo se interesó por él y cuando protestó en un almacén porque cierta máquina no funcionó y se quejó, un policía blanco quiso sacarlo por la fuerza del lugar, aunque media ocena de espectadores le ofrecieron testimoniar a su favor. Asimismo, pese al protestantismo el gobierno norteamericano a la muerte de Manuel Aspíroz, al saber que su familia era católica le ofrecieron que un sacerdote acompañara el cadáver a México para que los deudos no carecieran de las misas y devociones del caso. Cierto, mucho tenía de bárbaro el proyecto presidencial de restablecer la picota a los maridos golpeadores de sus mujeres. Acepta la crítica de *Colliers* sobre los fusilamientos de yaquis, pero le recuerda que las armas se compraban en Estados Unidos.

Califica a Washington de ciudad lindísima, una de las mejores del universo, "señorial, triste y bella", pero afeada por su clima. La Biblioteca del Congreso era maravillosa. Le sorprendió que el 4 de julio no se celebrara con un desfile militar, y le molestó, fiel a su negrofobia, que en la noche todo fuera "cohetes y negros; bombas y negros; negros y petardos; negros y negros… ¡Oh Washington!, digo, ¡Oh Liberia!". Sarcástico, escribió que a Washington no le faltaba, para ser una de las ciudades más agradables de la tierra, enfermedades tales como el tifo (más abundante que en México), viruela, el corazón, tisis; arañas homicidas y víboras. El libro de Carnegie sobre la riqueza (quien muere rico muere deshonrado, salvo cortadísimas excepciones) lo obliga a preguntarse "¿cómo debemos declarar que mueren nuestros ricos, nuestros pobres ricos? ¿honrados…?" La sangrienta huelga de Chicago, de mayo de 1905, lo obliga a reflexionar acerca de si los conflictos del capital y el trabajo van a ser dentro de poco el problema más grave del mundo, sobre todo en los países industrializados, pero su *Diario* no registra las huelgas de Cananea y de Río Blanco. Desde los primeros días de 1904 reprochó a Justo Sierra sus elogios a Estados Unidos, país que merecía el califi-

cativo "de nido de las grandes iniquidades humanas". El 22 de mayo de este año se alegró de haber escrito *La venganza de la gleba* en favor de nuestros desheredados, azotando en plena cara no sólo a nuestras clases privilegiadas ¡que tanto se lo merecen!, sino también a todas nuestras otras clases "¡que quiza se lo merezcan más!... su título me suena a himno de purificación y de castigo".[13]

Gamboa tachó de locos a un guanajuatense y a un capitalino que se proponían viajar a pie de México a Buenos Aires, lo que calificó como un desperdicio de energías. En octubre de 1905 las tehuanas le siguieron pareciendo provocativas, sensuales y "magníficas de cuerpo y hechuras", idénticas a las que había conocido en 1901 y en 1902. El 16 de septiembre de 1906 describió con mayores detalles que en 1901 la recepción que ofreció en la embajada mexicana en Guatemala: reiteró que en la mañana recibía a labriegos, peones, mozos de cuerda, artesanos, con sus sendos estandartes, todos muy limpios "y ... muy oradores"; después de estrechar su mano le espetaban discursos más o menos largos, más o menos torpes, pero muy conmovedores porque en ellos persistía el recuerdo de la patria, orgullosos de que México, pese a todos sus defectos e imperfecciones, era manifiestamente superior a Guatemala. En la tarde recibía autoridades y colegas, es decir, las conversaciones se desarrollaban en distintos idiomas con el común denominador de la insinceridad y la falta de enjundia. Por la noche se iluminaba la fachada de la legación y había una gran comida para los miembros prominentes de la colonia mexicana; en esa ocasión, un cargador mexicano se presentó sobradamente "alumbrado" echando abajo el aldabón, al intervenir la policía el patriota mexicano preguntó si no era ésa la casa de México, Gamboa su ministro y él mexicano: "Entonces tengo derecho a que me den más 'trago' y me dejen dormir adentro". Le dio un peso para que se fuera a dormir a un mesón, agradecido se retiró gritando: "¡Viva México, ch...!" El gusto

por el alcohol (chicha o "guaro") lo compartían los mix-queños, tumbados a la bartola mientras sus esposas ganaban el pan como inagotables nodrizas. Un hecho revelador de la dictadura de Estrada Cabrera es que en el desfile del Jueves Santo de 1907 los fieles inclinaron tres veces una escultura de Cristo frente al presidente.[14]

Cuando a mediados de ese año Gamboa de nueva cuenta visitó Salina Cruz encontró que el hotel de ese mismo nombre era "muy pasadero", en esa ocasión el ferrocarril de Pearson puso a su disposición un vagón especial. Con motivo del viaje de Root reiteró su yanquifobia y manifestó cierta oposición a la emigración: "Estése cada cual en su casa y procure vivir en ella, hasta donde lo primero es humanamente posible, amando a su prójimo como a sí mismo, y a Dios sobre todas las cosas". Al saberse que el gobierno mexicano había autorizado al norteamericano a utilizar la bahía Magdalena se sorprendió de que Porfirio Díaz hubiera concedido tal permiso, después de que él la había reintegrado a México anulando una concesión de Juárez. No cegaba el nacionalismo a Gamboa, al menos en cosas menores; por ejemplo, aceptaba que Chapala era inferior a Amatitlán en Guatemala y harto inferior a los dos principales lagos nicaragüenses. Elogió al pintor jalisciense Dr. Atl por su indiscutible talento y le llamó la atención su exaltado socialismo, teórico hasta entonces. Criticó al "núcleo comunista" de partidarios de los Flores Magón que en Viesca, Coahuila, causaron destrozo y medio, porque las autoridades americanas les permitieron actuar.

Su visita a una hacienda de Calpulalpan, TlaxCala, propiedad de Ignacio Torres Adalid, amigo de su suegro, lo confirmó en su indiferencia, casi desprecio hacia los peones, pues él ponía la esperanza de México en administradores, medieros, mayordomos, dependientes, caporales y amansadores.

Nos dice que en el periodista José Porrúa, como en todo español culto, había un orador, "y a veces hasta en el fondo de los in-

cultos, que son millares". Por eso es importante que haya anotado en su *Diario* que cuando José María Vigil "se allanó" a confesarse, al aproximarse su muerte puso dos condiciones, que su confesor no fuera jesuíta ni español, ambas condiciones le fueron obsequiadas. En 1908 Gamboa ocupó un escaño en la Cámara de Diputados, pese a sus protestas de seis años antes, pero lo hizo en cumplimiento de la "sabia política" presidencial que hacía diputados a todos los subsecretarios, y él llegó a serlo de Relaciones Exteriores.[15]

En marzo de 1909 se preguntó si los españoles que venían a hacer la América se enriquecían porque atesoraban virtudes innegables o porque la hospitalidad americana los metamorfoseaba. Durante ese viaje, como tantos otros mexicanos, fue a misa a la Madelaine en París, y le molestó que los suizos o perdigueros uniformados quitaran la devoción de los fieles. Mucho más le disgustaron, días después, los numerosos homosexuales, entre ellos algunos oficiales, tanto en Austria como en Alemania. Admiró, en cambio, las hercúleas anatomías de los alemanes, los espléndidos colores de las alemanas y la prosperidad de su comercio, que atribuyó a su "muchísima disciplina". También advirtió que la mayoría de los médicos en Alemania eran judíos y, por ende, muy inteligentes en su profesión. Lamentó que una alemana le preguntara si México estaba en Venezuela y que otra alemana, tan guapa como conocedora de Platón, no supiera si México era república, monarquía o colonia británica. Elogió la catedral de Colonia por su "masa elegante y armoniosa" y los ferrocarriles alemanes porque eran los más cómodos y mejor atendidos de toda Europa; los belgas, en cambio, ni siquiera tenían retrete. Lamentó que en el barco en que regresó a México se publicara un periódico hostil a México, y observó que los viajeros de tercera clase bailaban con una gaita gallega, cantaban flamenco los de segunda y los de primera asistían a los conciertos de un cuarteto. Repitió su "curso práctico de socialismo": los pobres

se tumbaban al sol "encima de su propia mugre y de la mugre del piso de tablas, jugaban ochavos a la lotería de cartones".

A fines de octubre de ese año de 1909 *El Imparcial* reprodujo un artículo del *Colliers* del 24 de julio que censuraba la barbarie norteamericana, al parecer en respuesta a Turner, pero confesó que había sido necesario que ojos extranjeros, y por extranjeros apasionados, sacaran a la picota nuestra barbarie para que los mexicanos admitiéramos su existencia. Cuando en mayo de 1910 Gamboa preguntó a un fotógrafo por qué utilizaba un nombre inglés en su negocio si no tenía aspecto de descender de extranjeros, aquél le respondió que lo mexicano perecía en México, entonces Gamboa sentenció: "cualquier extranjero, sobre todo si luce ojos azules y barbas rubias ¡es Quetzalcóatl redivivo!" Él, en cambio, a mediados de 1910 calificó a Europa con mucha severidad de "vieja prostituta" porque hacía sus últimas muecas para agradar a Roosevelt. Juzgó el predominio negro en el boxeo de Estados Unidos como un desquite de esa "raza envilecida". Tampoco le atraían los japoneses, que con su comercio, astucia, audacia y sonrisas lentamente penetraban en México. Pero no todos los extranjeros triunfaban, aun los americanos pedían limosna para comprar un pan. Muy graves incidentes ocurrieron con motivo del cruel asesinato de Antonio Rodríguez en Texas; Gamboa en su carácter de subsecretario enfrentó una multitud que entre "mueras" a los yanquis le pedía justicia. Explicó a Henry Lane Wilson que lamentaba que esa multitud hubiera quemado una bandera norteamericana en una cantina, acto que de haber ocurrido en la embajada le podía asegurar que no se repetiría.[16]

A principios de 1910 visitó España, "cuna de mis antepasados". En Madrid se alojó en la casa de Telésforo Gatcía, "ilustre y noble español" que, sin dejar de serlo en alma y pensamiento, se había vuelto mexicano de corazón por los muchos años que había vivido en México, donde casó con una señorita Castañeda y Nájera, con quien formó una familia, y prosperó "merced a su

talento y a su esfuerzo" (cabe añadir que también lo hizo por su inescrupulosidad y apoyos políticos). Gamboa se prendó de Madrid, ciudad de irresistible "ángel"; muchas cosas le gustaron: la manera graciosa y orgullosa de los mendigos para pedir limosna; Ribera, Velázquez, El Greco y Goya en el Prado; los ojos árabes de las chulas y la "fiereza secular, casi animal" de los chulos, como arrancados ambos de Goya y Pérez Gal-dós. Se dio tiempo para todo: asistió a sesiones en su honor en los círculos literarios; en alguna ocasión, y fuera de programa, escuchó declamar *México y España* de Juan de Dios Peza, y visitó a la Biblioteca Nacional en la sabia compañía de Marcelino Menéndez y Pelayo. También asistió a teatruchos en que el público exigía que las actrices bailaran desnudas en medio de los aullidos de los espectadores, mientras la autoridad salía de la sala a fumar un cigarrillo y el público se prorrateaba el pago de la multa. En Toledo presenció maniobras del ejército español, soldados no muy altos pero a quienes nadie aventajaba en ardimiento individual. Toledo le pareció una ciudad más islámica que cristiana y como en visión cinematográfica: la catedral ("uno de los más notables monumentos de arquitectura religiosa") y San Juan de los Reyes ("filigrana de piedra"); mudo, admiró *El entierro del conde de Orgaz*. Recobró la voz con los vivas a México de los 48 cadetes que por su intercesión obtuvieron gracia del director para que los liberara e cierto arresto por alguna infracción. En el Ateneo de Madrid habló de la novela mexicana y adelantó unas páginas de su *Reconquista*.

En Zaragoza, al igual que había sucedido en Costa Rica, se equivocaron al tocar el himno nacional mexicano. Admiró Barcelona porque en ella todo era "comercio, industria y trabajo", Montserrat y el Montmartre barcelonés, aunque en este último barrio no se divirtió en las tres casas que visitó porque ya no era joven. Al asistir a la representación de *Tierra baja* en compañía de Angel Guimerá, la concurrencia lo saludó con efusivas palmas. En fin, asistió a un homenaje a Prim en esa "arrogante y bella

ciudad condal", pero lamentó no haber platicado con Pérez Galdós. Seguramente fue agasajado tanto por sus méritos literarios como porque había representado los intereses de España en Centroamérica con sumo esmero y sin aceptar un centavo; se sintió muy honrado porque España, al fin y al cabo, era la madre de América, y aunque sólo fuera una potencia de segundo orden, era europea y él americano. Años antes se había hecho cargo de la legación de Colombia, pero España era superior a México y a Colombia juntos, y esto que, como se ha visto, tenía a todos los colombianos por hombres inteligentes.[17] En fin, a Gamboa le tocó ver cuando el marqués de Polavieja devolvió el uniforme de Morelos en las fiestas del Centenario en medio de atronadores aplausos que quebraron la voz del octogenario presidente mexicano.

Desde mediados de 1909 comentó que aun cuando los franceses por lo general acusaban salud y fuerza manifestaban cierto cansancio por haber *vivido*★ mucho (guerras, voluptuosidad, intemperancia de siglos en el beber y en el comer, etc.). Los españoles viejos, en cambio, eran unos robles. Los franceses como nación valían un potosí, pero como individuos eran intratables por su impertinencia, arrogancia, avaricia y "*morgue*★ hiperestasiada". El 19 de abril de 1911 rectificó parcialmente este recelo cuando le pidieron que sacara del comedor del tren a su perro, a lo que se negó porque un caballero francés (que resultó ser Edmond Rostand) también tenía entre sus manos un perrito; temió un desenlace desagradable por el carácter puntilloso de los franceses, pero su perro permaneció a condición de que se portara con tanta "urbanidad" como el de Rostand; al final, "cortésmente nos saludamos", escribe orgulloso. El 20 de junio de 1911 recibió en El Havre a Porfirio Díaz, se desconcertó cuando el ex presidente le dijo que no esperaba verlo ahí. De cualquier modo, tradujo para un periódico francés la entrevista con don Porfirio, en la cual éste dijo no explicarse por qué importantes grupos de

ciudadanos se habían levantado en su contra; que él había renunciado para evitar una intervención extranjera, y que sólo reanudaría su vida activa para defender México como soldado contra una amenaza extranjera.

Holanda cautivó a Gamboa pese a su clima ingrato y a su media luz. En Amsterdam visitó el "hervidero" de comercio en que los judíos vendían todo lo imaginable, como de paso desmintió la pretendida limpieza de esta ciudad porque en sus canales se arrojaban toda clase de inmundicias. En Bélgica imperaban la libertad y la justicia; aunque la plaza del Hotel de Ville no tenía rival, la plebe belga, como la de todo el mundo, era "ineducada en palabras y ademanes". Acaso por el derrumbe porfirista, a mediados de ese año de 1911 escribió que mientras más conocía Europa más descubría sus defectos, y confirmaba que desde luego era inferior en lo material a Estados Unidos. Aunque le pareció exagerado el número de ciclistas y de *cabarets*★ belgas, su clase media, esa burguesía tan zarandeada sin razón ni justicia, era el cimiento de Bélgica. A fines de ese año, en la casa de la condesa de Flandes, cuando alguien dijo que Maximiliano no había sido acreedor a que se le asesinara, rectificó que había sido un "ajusticiamiento", pero en su fuero interno, no como ministro de México, reconoció que había sido un asesinato.[18]

MIGHT IS RIGHT

Al iniciarse el año de 1910 Henry Lane Wilson no compartía la confianza del Departamento de Estado en el gobierno de Porfirio Díaz porque conocía la situación de México. Wilson calculó en unos 10 000 el número de los americanos residentes en la ciudad de México, en su mayoría personas valiosas; tuvo, sin embargo, diferencias con algunos que deseaban erigir un monumento a la paz dedicado al presidente Díaz porque ese proyecto era poco ético e impolítico, en cambio, prevaleció su opinión de

manifestar esa simpatía con un monumento a George Washington. *The Mexican Herald* fue un excelente periódico comparable a los mejores americanos; con valentía defendió a éstos cuando comenzó a desarrollarse el antiamericanismo, pero su editor fue obligado a abandonar el país, mientras el "notable" presidente Porfirio Díaz festejó el Centenario con ceremonias "monárquicas".

Wilson admiró Mérida por ser una ciudad escrupulosamente limpia y moderna, se construyó gracias a la riqueza henequenera y cuyas instituciones caritativas y penales estaban a la altura de las mejores del mundo. Aun más le impresionó la maravillosa limpieza'de sus habitantes, infrecuente en el trópico latinoamericano. Puebla, la segunda ciudad de México, se parecía a Lisboa y a Montevideo: contaba con bellos edificios, y los yanquis la habían dotado de electricidad, agua y luz. Oaxaca era un sueño de belleza, con sus calles estrechas y curvas, misteriosos jardines con rosas, fuentes, capillas, iglesias, perfecto clima y tranquilas serenatas. La mitad de los habitantes de la capital vivían con una riqueza y confort relativos, la otra mitad en las condiciones más penosas, incluso afirmó que sus barrios pobres eran "una desgracia para la civilización".

Los mayas, *white indians*; por su carácter mental, moral y físico superaban a los descendientes de aztecas y toltecas. Atribuyó la mayor importancia de la Revolución mexicana en el none a que su tradición racial y confon era menor que en el sur. Defendió el hecho de que Edward L. Doheny hubiera tratado a sus trabajadores de una manera "benévola y generosa" comparable a como lo hacían las industriáis americanas: les proporcionó hospitales, confonabies hogares y escuelas. Aunque gracias a la excesiva vigilancia y presión al presidente, a la Secretaría de Relaciones Exteriores, a los gobernadores y a los tribunales, pudo prevenir que se cometieran injusticias contra los americanos en México; de todos modos no había refugio en el país para ellos. En fin, tal vez

lo más importante es que Wilson calificó de leyenda su responsabilidad en la caída del presidente Madero, "repetida pese a que su autor fue silenciado por una decisión judicial de su país".[19]

Varios literatos y periodistas americanos incursionaron en México después del asesinato de Madero. Ambrose Bierce, por ejemplo, escribió en el otoño de 1913 que "ser un gringo en México ¡eso sí que es eutanasia!". El socialista Jack London, dos años antes, al conocerse la toma de Mexicali en febrero de 1911 por "ladrones de gallinas" (como se llamaba a los revolucionarios) deseó que hubiera más ladrones, pero en 1914 justificó el desembarco norteamericano en el puerto de Veracruz porque los mexicanos, en cuatro siglos, no habían logrado una civilización similar a la británico-americana; censuró el "fracaso" de los mestizos pero elogió la honradez de los indios que siguieron trabajando los pozos petroleros en ausencia de los norteamericanos; en suma, Estados Unidos debía salvar a México, y por lo pronto, alabó que los americanos hubieran limpiado Tampico y Veracruz.[20] Henry Neill Marshall Everett en sus *Experiences in our war with Mexico*, elevó el tono de las injurias contra los mexicanos ("salvajes, sanguinarios, indolentes"): los indios seguían practicando los "horribles" sacrificios de los aztecas; su maniqueísmo lo llevó incluso a asegurar que las dificultades en las relaciones entre México y Estados Unidos se debían al choque de los "bellos ideales" americanos y al bandolerismo de los mexicanos.[21]

Por supuesto, hubo plumas más lúcidas y equilibradas. Por ejemplo, la de Edith O'Shaugnessy, esposa del encargado de la embajada de Estados Unidos en México. El 12 de octubre de 1913, su esposo Nelson recibió la visita de un prominente directivo del Partido Católico Nacional (¿Federico Gamboa?), quien deseaba lanzar su candidatura a la presidencia del país. Según Edith, su esposo no se comprometió en ese asunto porque no pertenecía a su campo; con exageración pero con algo de verdad comentó que el presidente Victoriano Huerta era "completa-

mente anticlerical". Pero no le faltaba razón en asegurar que el infortunado pueblo mexicano se encontraba entre "el diablo y un mar profundo, entre su propio desorden y nosotros". El 30 de octubre de 1913 penetró en el círculo interno de los aristócratas, al que rara vez tenían acceso los extranjeros; según su opinión eran gente deliciosa y encantadora que le recordaron el *cousinage* de la *"first society"* de Viena (un grupo endogámico y amante de viajar, pero que rara vez se aliaba con los extranjeros). En sus casas abundaban las obras de arte coloniales; las mujeres eran bellas, agradables, amables, vestían ropa parisina y joyas de Cartier; los hombres se vestían en Londres; sus reuniones eran dignas de cualquier capital europea por la belleza, riqueza y distinción de los asistentes. Estos propugnaban un gobierno paternal, semejante al de sus haciendas; conscientes de la necesidad de un gobierno muy centralizado en un país de 13 millones de indios, en el cual los dos millones restantes eran gachupines, mestizos y extranjeros. En alguna ocasión, Victoriano Huerta le comentó a Nelson que los gachupines habían desperdiciado una buena raza.

Edith advierte en su libro la concordancia entre el pensamiento de las clases superiores y el de ellos mismos; es decir, si Estados Unidos debía intervenir debería hacerlo rápidamente antes de que el país se arruinara: "Come in immediately and clear up this impossible situation, or leave us alone". Los aristócratas urgían la intervención para salvar sus haciendas azucareras, el problema militar era lo de menos, lo difícil sería la administración posterior: "Cuba and the Philipinnes are mere child's play to it".[22] Este angustioso llamado de la aristocracia azucarera recuerda el de Alamán 60 años antes.

De cualquier modo, Edith no era pesimista del porvenir de América Latina, pues confiaba en el estrato medio, generalmente mestizo (en coincidencia con Molina Enriquez), porque era la parte activa de la población. El español podía manejarse por sí

mismo pero el indio, salvo un genio individual, no reunía las cualidades para formar el elemento dominante. Por lo pronto eran indios la mayoría de los soldados que atados eran llevados de leva. Edith registró la persecución de Villa a los españoles (además de confiscarles sus propiedades los hizo caminar a pie de Chihuahua a Torreón), a los americanos, a los alemanes y a los británicos. A mediados de 1913, después de calificar de horrible el aspecto de Tampico (infestado de insectos y malárico), pero capaz de proporcionar a los navios del mundo el petróleo que necesitaban. Aun así se resistía a aceptar que el petróleo fuera la raíz de todas esas tragedias.

A fines de enero alabó la caridad de la esposa e hijas de Luis García Pimentel, ocupadas en hacer *layettes* para la Casa de Maternidad. Edith temblaba al ver a las indias obligadas a envolver a sus hijos con periódicos. Pero no sólo las mujeres sufrían, también lo hacían todos los indios, muy oprimidos por los españoles y los terratenientes, pero no relacionó la caridad de las García Pimentel y el trabajo en sus haciendas morelenses tal vez porque en su opinión lo urgente en ese momento no era establecer una democracia sino el orden. Desde el 28 de febrero de 1913 la señora O'Shaugnessy escribió que cuando Luis García Pimentel se quejó con Huerta de que había perdido millón y medio de pesos, Victoriano sarcástico, le respondió que era un afortunado que tenía que perder. Cuando el presidente reforzó el ejército en Morelos, García Pimentel pudo levantar la cosecha azucarera, Edith comentó que Huerta estaba haciendo lo posible, pero la hija de García Pimentel (que fue quien le platicó esa conversación) sonriente comentó: "Perdóneme, ¿pero, qué podemos hacer con Mr. Wilson a nuestras espaldas?"

Como a regañadientes aceptó que el petróleo era una de las causas de la Revolución mexicana, pero también señaló que ésta era *largely an agrarian revolution*, y que Huerta era el primero en comprenderlo. El 5 de abril de 1914 consignó el rumor de que

los zapatistas pedían un gran rescate por el obispo de Chilapa, el que no podía pagarse porque todas las familias ricas habían salido o habían sido robadas; no creyó en la amenaza de crucificarlo el Viernes Santo porque acarrearía una gran maldición sobre esa gente. Una semana después, escribió que Estados Unidos estaba tratando de moldear a su imagen y semejanza esa extraña república india que, en opinión del agregado militar francés, era más complicada que Africa del norte porque en México había una *salada* de razas mientras que en sus colonias las razas eran puras.

Registró en su libro que los niños extranjeros en México preferían hablar el español y que esta actitud sugería una posible asimilación. A partir del 20 de abril, el interior de la embajada americana tuvo que ser defendida por sus propios gendarmes bien pertrechados de rifles y ametralladoras, mientras que en el exterior, continuamente daba vuelta al edificio un escuadrón de automóviles, esto sin contar con los 100 jinetes que les enviaron las autoridades mexicanas. De cualquier modo, en la noche una multitud más bien inofensiva, enarbolando banderas mexicanas, vitoreaba a los japoneses y decía cosas poco halagadoras a los gringos. Pero los muchos y competentes americanos estaban listos y aun deseosos de usar sus armas. La ocupación de Veracruz la hizo comentar *Might is rights*; en tanto, la prensa mexicana se desahogó: las balas de los soldados federales ya no derramarían sangre de hermanos sino que perforarían cabezas rubias y pechos blancos hinchados de vanidad y cobardía; los bravos costeños harían que los ladrones extranjeros mordieran "el polvo que han manchado con su sangre impura". Adjetivos aparte, tenían razón en que habían desembarcado sin declaración de guerra, con felonía y ventaja, no era una simple medida policiaca.

Victoriano Huerta, aun en una situación tan difícil, el 22 de abril, se dio tiempo de invitarlos a la boda de su hijo Víctor al día siguiente. Ésa fue la última conversación que tuvo con un hombre fuerte, de otra psicología que la suya, en vísperas de una

guerra que él sabía que terminaría en un desastre para él y para su pueblo. Acepta que tal vez idealizó a Huerta, la historia diría la verdad. El 25 de abril, O'Shaugnessy escribió que Estados Unidos había hecho un gran daño a México, porque en lugar de cortar todas sus llagas sólo habían metido sus dedos en ellas enconando sus heridas, en algo que Washington pretendía que era una "ocupación pacífica". La "majestad y poder de nuestra gran marina", le permitió conciliar el sueño que había perdido el 19 de abril cuando tres ferrocarrileros le comunicaron el rumor de que todos los americanos serían asesinados. Seis días después, los marinos americanos en Veracruz parecían "felices, orgulllosos y complacidos, con la excitación y orgullo de la conquista"; al igual que Jack London exaltó que ese puerto debió a la ocupación americana su limpieza, alegría, prosperidad e higiene. Empañó su jactancia saber que 30 000 americanos habían sido expulsados de sus confortables hogares, pero se recuperó pensando que volverían cuando Estados Unidos se lo propusiera.[23]

John Reed, ese mismo año de 1914, escribió un vivido reportaje periodístico sobre la Revolución en el norte, a los 27 años de edad y después de pasar de "poeta" a activista social. Reed conoció en un pueblo duranguense a un árabe que consideraba El Paso la más bella ciudad del mundo, pero quien prefería negociar en México porque los pocos judíos que había en nuestro país no podían competir con sus paisanos; también descubrió en el aspecto distinguido de Isidro Fabela una cara delicadamente judía. Los chinos monopolizaban restaurantes y hoteles en casi todas las poblaciones pequeñas, asi como alguna que otra cantina, otros eran cocineros del ejército revolucionario. Valiente, una ochentona señora americana, con 45 años de vivir en México, no admitió a Pascual Orozco en su hotel porque su negocio era decente; despectivamente llamaba "chango" a su sirviente chino, a quien despreciaba por sucio y porque se conformaba con un salario de un níquel. En la plaza de Jiménez, Chihuahua, cinco sol-

dados de fortuna americanos le confesaron su desprecio por *all these damned greasers*, estaban hartos de ellos. En parte su enojo se debía a que Villa les había ordenado que regresaran a su país. El capitán Montoya respondió, cantando, que tenía una pistola para matar a todos los gringos; Reed no se dio por aludido porque nunca se sabe lo que puede hacer un mexicano borracho. Montoya violentamente entró al cuarto de Reed pero al ver su reloj de pulsera se maravilló, y cuando el periodista se lo regaló, el capitán lo trató de "compadre" y acabó siendo su mozo. Un anciano pastor de cabras acusó a los americanos de querer apoderarse de México, pero otro lo corrigió: eran los ricos americanos quienes querían robarnos igual que los ricos mexicanos, pues los ricos en todo el mundo roban a los pobres.

Un sacerdote español le confesó que no lo querían en México, afortunadamente "Dios es mejor en España que en México"; los mexicanos se desquitaban llamando "chapulines" a los españoles. Reed también registró la presencia de un francés capitán de artillería y de un canadiense encargado de una batería de ametralladoras, Villa les ofreció al instante dos intérpretes, pero éstos nunca estaban en su puesto.

Un coronel villista preguntó a Reed si los americanos habían perdido el uso de las piernas porque no vio caballos en las calles, además de que le parecía increíble que no hubiera ganado en Nueva York; un hermano de ese coronel, que trabajaba en un ferrocarril en Kansas estaba maravillado de Estados Unidos, pero no resistió que un americano lo llamara *greaser* y lo mató. Reed se sorprendió, como tantos otros extranjeros, de la hospitalidad de los peones mexicanos con los extranjeros; de cualquier modo, según él no debía confiárseles dinero porque eran "deliciosamente irresponsables".[24]

Reed se sorprendió al oír "La princesa del dólar" en un fonógrafo del general Urbina; "La viuda alegre" era tan popular que un soldado creía que era mexicana. Un soldado de Urbina, que

nunca había salido de Durango creía que había un gran mar entre Estados Unidos y México y que el resto del planeta era agua. Otro quería ser americano para abrir una cantina al otro lado del río. Al preguntar a un capitán qué pasaría si Estados Unidos invadía México, respondió que los harían retroceder hasta la frontera y al día siguiente quemarían su capital. Un soldado le explicó que peleaba por la libertad de poder hacer lo que quisiera, como alguien le objetó que eso podía significar daños, un tercero respondió con la frase de Juárez sobre el respeto al derecho ajeno. Vio soldados menores de 17 años, aun de 11 y 14 años. Según los americanos los mexicanos eran fundamentalmente deshonestos, sin embargo, Reed convivió, desarmado, con soldados a quienes no se les había pagado en seis semanas, que odiaban a los americanos y pese a colocar ostensiblemente en su cama 150 pesos al acostarse, nunca se le perdió nada; más aún, no le permitían pagar su comida y le regalaban tabaco, cualquier intento suyo de pagarles lo consideraban un insulto. Le sorprendió el entierro de un niño acompañado de música y que los campesinos trataran a sus mujeres como a sus sirvientas; también le pareció extraordinario el caso de un coronel que trataba a su amante como a una gran dama. En general las mujeres se unían a los hombres por guapos y valientes, y los oficiales ascendían por su valor en el combate; los soldados veían a su general como a un señor feudal. Según un maestro de escuela, mientras a los soldados les debían nueve meses de sueldo, los oficiales se aprovechaban de la Revolución; también afirma que los soldados de Villa eran profesionales no voluntarios. No se sabe si todos los soldados eran tan crueles con los animales como los de Urbina; éstos, durante una corrida picaron a los toros con una espada, les clavaron dagas en lugar de banderillas y al final los descuartizaron.

Cuando Villa salió de Chihuahua explicó a los extranjeros que ya no habría más palacios en México porque las tortillas del pobre son mejores que el pan de los ricos, sus oficiales de artille-

ría le premiaron con una medalla de oro entre vítores a la "república india". Palabras congruentes con su hispanofobia: los mexicanos teníamos tres siglos de sufrir a los conquistadores, a quienes no les habíamos pedido que mezclaran su sangre con la nuestra. También los acusó de haber apoyado a Díaz, a Huerta y a la Iglesia católica, y que sólo esto último era razón suficiente para matarlos. Dispuso que las mujeres y los niños no siguieran al ejército, el cual se movilizaba en 40 carros de ferrocarril, bien abastecido de alimentos y con 60 médicos (americanos y mexicanos) y enfermeras. Pese al anticlericalismo de Villa, acaso exagerado por Reed, algunos de sus soldados llevaban impresa la virgen de Guadalupe en sus grandes sombreros. En fin, pese a la simpatía de Reed por la Revolución mexicana estaba seguro de que un americano podía *lick fifty mexicans*.[25]

H.H. Dunn, periodista menos célebre y agudo que Reed, calificó al guerrillero duranguense de "bandido negroide" y *apeman* analfabeto. La Legión de la Muerte, núcleo del ejército de Zapata, enarbolaba una bandera con la imagen de la virgen de Guadalupe. Dunn vio el cadáver desnudo de un blanco clavado en un maguey, otros crucificados en los árboles, y otros más hundidos en la tierra a merced de las hormigas. Zapata propugnaba la restauración del reinado de los *indios puros*,★ o sea aproximadamente las dos terceras partes de los habitantes de México. Zapata ("cobra del Nuevo Mundo") le informó que su único deseo era quitar las tierras a los extranjeros blancos y a los mestizos nativos. Fue testigo del reparto de dos jovenci-tas blancas a sus soldados, en venganza de lo mucho que los blancos habían hecho sufrir a los indios; en Yautepec oyó cómo se alternaban los vítores a Zapata y los mueras a los blancos. Zapata comparó *La Ilíada* y *La Odisea* con los corridos y le pidió a Dunn que le repitiera tres o cuatro veces la historia de Atila, pues dijo que él sería otro Atila pero no permitiría que los dioses se mezclaran en su lucha; él sería "el machete de México". Los dioses no se mezclarían en

su lucha, pero sí un joven que se decía sobrino del arzobispo José Mora y del Río y que misteriosamente desapareció en 1912.

Zapata también reclutó extranjeros en su ejército, como el ametralladorista August Mann; por cierto, según Zapata un hispanoparlante no era un extranjero: *he thinks in our language*, escribió Dunn. Este autor imaginó un viaje de Zapata a Veracruz cuando este puerto fue ocupado por los americanos en 1914, quienes por cierto alimentaron a los *pelados*★ mexicanos abundantemente. Zapata se maravilló de lo que en pocas semanas habían hecho los blancos del norte en este puerto. En fin, le sorprendió la apariencia extrañamente caucásica de los huicholes.[26]

Por otra parte, Joseph Hergeshmeier elogió los guardias blancas de los petroleros de Tampico en 1918, mientras el nacionalista indio Manbendra Nath Roy fue obligado por el presidente Wilson a abandonar Estados Unidos. Roy y varios escritores americanos radicales avecindados en México a principios de 1919 ingresaron al Partido Socialista Mexicano; después Roy. dio varias conferencias sobre la Doctrina Monroe en la Universidad de México, elogiadas por Antonio Caso. Por entonces llegó a México Miguel Borodin, enviado de Lenin, en compañía de su intérprete Manuel Gómez. El presidente Carranza, a quien la derrota de Alemania colocó en difícil situación por su germanofilia, pidió a Borodin que transmitiera a los nuevos dirigentes rusos sus mejores deseos, en cierta forma reconoció *de facto* a la URSS. Roy firmó la declaración de principios del Partido Nacional (entendido este vocablo en el sentido del conjunto de México) Socialista en nombre del periódico *Socialista* del Distrito Federal, y su compañera Evelyn lo hizo en nombre del Centro Radical Femenino de Guadalajara. Carranza le dio pasaporte mexicano. En la naciente URSS destacó su colaboración en la cuestión colonial y nacional, tanto que Lenin adoptó su terminología, sólo sustituyó el término movimientos "democráticos burgueses" por "nacional revolucionario". En 1922 Roy influyó

en la formulación de la tesis sobre la lucha en los países coloniales y semicoloniales; aportó a la fundación del Partido Comunista Mexicano un nacionalismo anticolonialista que se volvía socialista, marxista y leninista, es decir, la idea del internacionalismo proletario. Por paradójico que parezca, Carranza aportó el caudillismo nacionalista, en el cual también colaboraron laboristas, socialistas y anarquistas, varios de éstos norteamericanos. El PCM se formó con un heterogéneo grupo de personas de clase media y obreros.[27]

Muy opuesto fue el signo político de la inglesa radicada en México Rosalie Evans, quien en defensa de sus tierras murió en una emboscada en 1924; sus cartas se plublicaron dos años después; según Anne Porter, Evans fue dura de corazón y murió por una "causa grotesca". El año de 1924 en que la inglesa fue asesinada, llegó a Oaxaca el ex boxeador John Dibrell en busca de una existencia primitiva, quien al menos logró que varios extranjeros lo imitaran en el uso de la indumentaria indígena prohibida por el gobierno.[28] Mientras John Steinbeck escribía en su natal California sobre chícanos agresivos y desventurados, Carleton Beals en *Black River* denunció la rapiña de los petroleros ingleses, holandeses y americanos, refutó a Hergeshmeier, pero México lo desconcertó: Japón había logrado pasar del feudalismo al mundo moderno merced a que era una nación compacta; México, en cambio, tenía problemas raciales y culturales, su molde posiblemente seguiría siendo hispano-mestizo-indígena. Aunque tal vez este último era el elemento más logrado, la invasión industrial americana de nuevo obstruiría "la emergencia de esa raza".[29]

Bruno Traven coincidió desde 1921 con Beals y confirmó su crítica contra los extranjeros en su libro *La rosa blanca* en 1929.[30] Este mismo año el filósofo y educador John Dewey señaló la obvia dureza de la Constitución de 1917 contra la Iglesia en México; esta lucha ya había terminado en Europa con la definitiva su-

bordinación de la Iglesia al Estado, pero en el caso mexicano se complicaba por la explotación del clero agravada por la presencia de sacerdotes extranjeros, especialmente españoles e italianos; el registro de los extranjeros (tan criticado por los cristeros) era la única manera de impedir que el clero extranjero pudiera reasumir sus actividades. En contraste con la acentuada xenofobia de los países atrasados, la asistencia de más de 300 profesores americanos a los cursos de verano de la Universidad Nacional de México demostraba que ese fenómeno no era grave en México. Le impresionaron los viejos edificios en que trabajaban las escuelas de Tlaxcala, pero también sus jardines anexos alegres y bien cuidados. Exaltó la música popular mexicana como algo sin paralelo en el mundo contemporáneo. Pero la americanización era inevitable para bien y para mal: el coche Ford y el cine estaban causando una revolución, el inglés era prácticamente la única lengua extranjera que se enseñaba en las escuelas. También destacó la gran emigración a Estados Unidos de trabajadores y estudiantes, y el gran número de artículos americanos que aun en los más remotos lugares afectaban los hábitos populares. Explicó el imperialismo porque de un lado había una nación con capital, técnica, y necesitada de materias primas (en especial hierro y petróleo), y del otro, un país atrasado, con grandes recursos naturales y un gobierno ineficiente e inestable, o ambas cosas. Pero también recordó que los petroleros de Tampico habían dicho que ellos podían cuidarse mejor que el Departamento de Estado porque habían armado a 2 000 de sus trabajadores. Acabó preguntándose "¿cuántos aceptarían que los americanos que invinieran en países atrasados lo hicieran a su riesgo?".[31]

Lo que es bueno para la Standard Oil no es bueno para México

Por entonces visitaron México dos grandes artistas soviéticos. El primero fue Vladimir Maiakovski quien llegó a Veracruz el 8 de julio de 1925, en el tren nocturno, en segunda clase, viajó a la capital donde lo recibieron algunas personas de su embajada y Diego Rivera, su intérprete y su guía. Este poeta casi nunca se sentía bien cuando viajaba, y México no fue la excepción: nuestro país le pareció sucio, no muy bonito y aburrido. Sus críticas comenzaron en Veracruz donde le llamó la atención ver tanta gente pequeña (él medía dos metros) y morena, y donde había un limpiabotas por cada cinco personas con calzado; también le llamaron la atención los vendedores de billetes de lotería y la costumbre de cargar el dinero en bolsas por desconfianza del papel moneda. Le divirtió el reclutamiento y la corrupción del ejército. Como tantos otros viajeros extranjeros, en las corridas estaba de parte del toro. Lamentó que nada quedara de Tenochtitlán y que no hubiera una arquitectura revolucionaria, pues según él sobraban casas "históricas" de curas y ricos; por otro lado, le impactaron las casas de los barrios pobres por su suciedad, y criticó que los indios se envenenaran en las pulquerías. En suma, en su poema *Meksika* lamentó que la conquista, el capitalismo y el imperialismo hubieran arruinado a los descendientes de los aztecas. No comprendía el gusto de los mexicanos por los costosos artículos extranjeros, el uso ostentoso de la electricidad, los vestidos elegantes y el que algunos obreros olieran a perfume. Criticó que todos los mexicanos anduvieran empistolados; Diego Rivera mismo tenía un revólver en la cabecera de su cama.

Ser revolucionario en la URSS y en México significaban cosas distintas: en primer lugar en nuestro país había muy pocos auténticos revolucionarios. Comprendió la gringofobia pero no aceptó que "norteamericano" fuera sinónimo de explotador, y afirmó que los inmaduros mexicanos debían sustituir su atrasado nacionalismo por el internacionalismo proletario. Se ha atribuido la dureza de algunos de estos juicios a la cultura urbana de

Maiakovski, quien al final suavizó sus críticas alabando la amabilidad mexicana. De cualquier modo, se llevó reproducciones de los murales de Rivera con las que ilustró sus conferencias sobre México; de este modo, cuando Diego fue a la URSS en 1927-1928★ ya era conocido. En fin, México le dio temas sobre la injusticia pero el puente de Brooklyn le inspiró el canto a un mundo nuevo "industrializado e inevitablemente comunista".

Alejandra Kollontai escribió, en cambio, que los mexicanos eran gente maravillosa y México un país de mucha cultura y belleza, cuya fortaleza lo salvó del agobio de la dominación española y por lo mismo no permitiría que lo destruyera el capital neoyorkino.[32] Así hablaba una diplomática, no un poeta.

Hay cierta afinidad entre la simpatía de la Kollontai y el cineasta Serguei Eisenstein, quien a los 32 años de edad llegó a México después de haber puesto en escena el cuento de Jack London, *El mexicano* y de haber leído *México insurgente* de Reed, de haber conocido al también americano Albert Rhys Williams, autor de varios textos sobre México, de haber admirado las reproducciones de los murales de Rivera y de haber gozado de la pintoresca conversación del pintor guanajuatense en Moscú. Así, después de visitar Tijuana, estaba decidido a filmar el documental *Vida en México*. Ya en la capital fue aprehendido junto con sus dos compañeros en el Hotel Imperial, pero al día siguiente los liberó el representante español Julio Alvarez del Vayo, y aunque se les declaró huéspedes de honor, se encargó su vigilancia a Adolfo Best Maugard y a Agustín Aragón Leiva. Eisenstein se puso en contacto con Rivera, Orozco, Siqueiros, Jean Chariot y Roberto Montenegro; reforzó sus lecturas con *Idols Behind Altars* de Anita Brenner, visitó los cementerios donde la gente come, juega y canta sobre las tumbas, y conoció el matriarcado tehuano. Entonces abandonó la idea de hacer un documental y decidió filmar *¡Que viva México!*, con música que Leopoldo Stokovski le ofreció para tal fin. La película constaría de cuatro epi-

sodios: Maguey (en la hacienda Teltapayac tres peones son enterrados hasta el cuello y sus cabezas pateadas por caballos al galope); Sandunga (la vida en Tehuantepec); Fiesta (corrida de toros en Mérida mezclada con un adulterio); Soldadera (la Revolución de 1910). En lugar del adulterio del tercer episodio, filmó una crucifixión de penitentes, que al final de cuentas fue lo que más le satisfizo.[33]

Eisenstein consideró la celebración del día de muertos como el delirio de un loco, y México le causó una impresión "maravillosa", pues le pareció como acabado de surgir, como si estuviera en proceso de formación. Pese a la mugre de las ollas que lamían perros sarnosos, la indignante injusticia social, el sanguinario espectáculo de los toros, algo del edén había "¡en algún lugar entre el golfo de México y Tehuantepec!". De las tehuanas retuvo el recuerdo de su mirada fija con sus negros ojos almendrados. México eran tan tiernamente lírico como cruel: en las guerras civiles, los fusilados agonizaban en el desierto bajo las agudas espinas, mismas que también se clavaban los devotos de la virgen de Guadalupe. Un sacerdote de Los Remedios, tan alegre como sucio, todos los jueves viajaba en su bicicleta a las "casas alegres" de Guatimotzin; Villa colgaba desnudos a los prisioneros para divertirse viendo las últimas reacciones fisiológicas propias del caso. Mucho le impresionaron las "vaciladas" de los mexicanos que Carleton Beals caracterizó muy bien en su *Laberinto de México*: el desprecio del mexicano hacia la muerte y, como todo pueblo heroico, a quienes no la desprecian, el mexicano iba más lejos, se burlaba de ella.[34] En fin, se ha dicho que el eurocentrismo de Eisenstein no está libre de reflejos condicionados colonialistas,[35] esto vale también para Maiakovski.

Como Dewey había señalado oportunamente, el cine causó una revolución en México. En efecto, en particular el norteamericano manifestó su prepotencia, codicia, prejuicios, paranoia, ignorancia y egoísmo, y una condescendencia más o menos cari-

tativa. Los héroes anglos parecían explicar los beneficios de la conquista de California, Arizona, Nuevo México y Texas y eventualmente otras tierras. Judíos y católicos (italianos e irlandeses) eran el público mayoritario de las películas del saltimbanqui Douglas Fairbanks, obvio contraste con el mexicano dormido en cuclillas, oculto bajo su enorme sombrero, junto a un nopal y frente a una iglesia. Aunque los brincos de Fairbanks emulaban los de los *Rough Riders* del primer Roosevelt vencedor de España en 1898, acaso inconscientemente dos extras mexicanos en Monclova se enfurecieron porque los tenían que capturar Tos americanos en cierta película, y dispararon contra ellos sus balas de salva hasta que fueron sometidos por los soldados de verdad. Un español criticó las películas del Far West en abril de 1914 porque en ellas los traidores y asesinos siempre eran mexicanos, siendo que México tenía poetas como Ñervo y dibujantes como Montenegro. Hollywood fue más benévolo con Argentina pero también con los californios, criollos de tez más clara. Por supuesto en nuestro país se criticaba ese cine en que México era visto como una hacienda ganadera, los hoteles se llamaban mesones, los mexicanos se pasaban la vida durmiendo y los empleados de los hoteles tenían una actitud servil frente a los extranjeros, es decir, frente a los americanos. En una película de 1937, mientras el juez del registro civil pronunciaba ridículo discurso Cary Grant y Grace Moore le dan la espalda; esto era poca cosa frente a *Saved by the Flag*, película de 1911 en la que un teniente americano obliga a un general mexicano a excusarse por haber insultado la bandera americana, en la cual envueltos desafían a los mexicanos. Las cosas llegaron a lo grotesco cuando en una escena de *A Mexico Mix* de 1914, durante la guerra contra México todos terminan bailando tango. En cambio, al año siguiente se encomendó a David W. Griffith una película sobre los penitentes de Nuevo México que repetían la crucifixión del Viernes Santo.

El vals "Sobre las olas" es música obligada en circos y ferias sin acreditar su origen mexicano, y algunos creen que la mariguana popularizó "La cucaracha". La Revolución mexicana mereció un largo metraje en 1912, por supuesto denominado *Barbarous Mexico*. Ese mismo año *Under a Mexican Skie* es un filme equilibrado: una americana hace retroceder a un mexicano mostrándole un crucifijo, pero ese mismo mexicano después la salva de un matrimonio forzado con un anglo. Siete años después la muerte de Amado Ñervo mereció un documental; pero Villa, por supuesto, fue más taquillero. Wallace Beery lo encarnó en 1934 pero antes Lee Tracy (quien representaría a Reed), borracho escandalizó en el hotel Regis; la Metro Goldwin Mayer tuvo que disculparse ante el presidente Rodríguez y despidió a Tracy. En la capital, algunos vitorearon al Villa de México y criticaron al de Hollywood en el que, por supuesto, "La cucaracha" juega un importante papel.

Paul Muni interpretó en *Bordertown*, también de 1934, al chicano Johnny Ramírez, quien pretendía casarse con una joven de sociedad que lo rechaza porque era un salvaje y le ordena que vuelva con su tribu de los barrios bajos de Los Ángeles. La historia de J.A. Sutter, alemán hijo de suizos a quien hemos visto antes como próspero colono californiano en los años treinta del siglo pasado, mereció la película *Der Kaiser von Kalifornien* en 1936. El legendario Murrieta también tuvo su película: *Robin Hood of El Dorado* en 1936, que fue un caso insólito porque en ella los mexicanos son las víctimas y los americanos los verdugos. La República española hizo la película *Los niños españoles en México* en 1938; al año siguiente Paul Muni encarnó a Juárez y John Garfield al joven Porfirio Díaz, pero el público se interesó más en Maximiliano (representado por Brian Aherne) y en Carlota (Bette Davis) que en el zapoteca. Esto nada tiene de extraño porque una encuesta realizada tres años después reveló que 60% de los americanos consideraba a los mexicanos "definitivamente

inferiores", que el "simiesco" Juárez era menos atractivo que Maximiliano y, en suma, que los mexicanos eran los extranjeros menos apreciados. El documental francés *Les Indiens, nos frères* intentó mostrar la evolución del indio degenerado a la mecanización ruso-americana. Por supuesto se filmaron pintorescos rótulos de las pulquerías, a los seris comiendo pescado podrido y sus bailes "extremadamente rítmicos y salvajes".[36]

Muy diferente fue la experiencia de Leone Blakemore de Moats, quien llegó a la capital a mediados de 1906 cuando sólo contaba con 19 años de edad. En *Thunder in their veins. A Memoir of Mexico*, publicado en 1932, relata cómo seducidos por su extraordinaria belleza más de 30 jóvenes tapatíos la siguieron hasta su hotel; como todos la piropeaban se creyó con derecho a ser mimada por los mexicanos, mezcla de gentes con truenos en la sangre, individualistas e indisciplinados, ni españoles ni indios y en constante lucha por coexistir y sobrevivir. Luis Cabrera la refutó en *El Universal* el 22, 23 y 24 de diciembre de 1932 porque como revolucionario no podía guardar silencio. El eurocentrismo de esta bella mujer es tan ingenuo que para exaltar a Obregón supone que era un irlandés apellidado O'Brien. Desde que llegó a México se propuso entenderlo, pese a la advertencia de su esposo de que mientras más lo intentara menos lo lograría, pues de los mexicanos sólo podía esperar lo inesperado. En el choque de dos culturas y dos temperamentos, vio a un indígena comprar un dólar de boletos, para llegar tan lejos como su dinero lo llevara. Los criollos eran otro mundo, Ernesto Madero, por ejemplo, en muy distinguido inglés le dio la bienvenida a Méda a México. El señorío criollo se manifestó cerrando un negocio por 25 000 dólares sólo bajo la palabra y ofreciendo una comida de 14 platillos. La gente en Monterrey la identificaba como extranjera porque caminaba del brazo de un joven de su elección.[37]

Cuando Josephus Daniels informó a su esposa el 7 de marzo de 1933 que había sido nombrado embajador en México, ésta le

dijo que no podía ir a ese país porque el 21 de abril de 1914 había ordenado la expedición a Veracruz. Daniels le respondió que la había olvidado por completo, pero su esposa insistió en que la habrían olvidado Franklin Roosevelt y él pero que los mexicanos seguramente la recordaban muy bien. También el presidente había olvidado esa "expedición" que ellos realizaron en cumplimento del deseo de Wilson de ayudar a los mexicanos amantes de la libertad a sacudirse el yugo del absolutismo de Huerta. Apoyaba el recelo de su esposa el que México había rechazado al mayor Cheadle como agregado militar porque había participado en la ocupación de Veracruz. El presidente Abelardo Rodríguez confesó a un hombre de negocios norteamericano que México no deseaba recibir a Daniels, pero que se veía obligado a aceptarlo. Daniels, prominente metodista, como secretario de la Marina se mostró respetuoso de los católicos en 1915 y en 1924 fue uno de los pocos sureños que combatió el Ku Klux-Klan.[38] El Departamento de Estado anticipó su nombramiento a la Secretaría de Relaciones para que ésta orientara a la prensa, confiando en que el secretario Puig Casauranc conocía sus puntos de vista liberales.

Daniels tenía otra desventaja: no hablaba español, pero ésta era mínima frente a la denuncia del Partido Comunista Mexicano del 18 de marzo de 1933: la presencia de Daniels era "un escupitajo a la memoria de los que murieron defendiendo a Veracruz". El gobierno impidió la circulación de un volante en Oaxaca en el que se le acusaba de ser un emisario de los pulpos de Wall Street y asesino de mexicanos en Veracruz. El 24 de marzo fue lapidada la embajada americana como protesta por su designación y el 28 el presidente tuvo que amenazar con usar la fuerza para reprimir la agitación de los estudiantes nacionalistas de la Universidad Nacional, en este acto coincidentes con el PCM. *La Palabra* calificó de "humorista" la sugerencia de Daniels de que los mexicanos deseaban imitar las costumbres americanas, es de-

cir, gangsterismo, divorcio y otras vulgaridades como que Estados Unidos deseaba copiar la Constitución mexicana. El embajador metodista también tropezaba con su propio agregado militar, que enviaba informes sobre posibles medidas punitivas contra México, al parecer ignorante de la política de buena vecindad de Roosevelt.[39]

Un ingeniero británico comentó al embajador a mediados de ese año de 1933 que nunca debía olvidar que no podía confiar en mexicano alguno. Daniels asistió a varias ceremonias en la Catedral; en especial le sorprendió una en la que oficiaban más de 50 sacerdotes. Esto no fue obstáculo para que un fanático arrojara una bomba en los jardines de la embajada porque se le acusaba de ser enemigo de la Iglesia. En el problema de las reclamaciones, mientras las de los americanos sumaban medio billón de dólares, las mexicanas menos de la mitad de esa cantidad. Pero Daniels siguió la regla de Poinsett ("nuestro más brillante representante en la República Mexicana"): defender con vigor los derechos de los americanos, pero cuando alguna reclamación fuera injusta rápidamente excusarse. Esto no era fácil porque la mayoría de los americanos eran prósperos hombres de negocios que dominaban el petróleo, la minería, las maderas preciosas y empresas y servicios públicos. De cualquier modo, Daniels siguió la regla de Poinsett y "no tuvo estómago" para apoyar una reclamación que pedía 42 millones de dólares por las ganancias que esperaba obtener con una patente, ni otra de quienes pedían el pago de buena parte de la ciudad de Los Ángeles, de cuyas tierras se decían propietarios.

El presidente Cárdenas explicó a Daniels que como México deseaba impulsar las inversiones americanas, la ley de expropiación de 1936 no se aplicaría a minas y petróleo, ya que estaba destinada a impedir que se paralizaran los negocios que afectaran el bienestar público. Sin embargo, se aplicó primero para expropiar los ferrocarriles en junio de 1937 y en marzo del año si-

guiente el petróleo. Cuando a fines de 1937 avanzó en la reforma agraria en el valle del Yaqui, el presidente sugirió a los americanos que dividieran sus propiedades entre sus familiares para que pudieran conservar la mayor porción de tierra. En lo particular los funcionarios mexicanos comentaban a los americanos que ellos teman más derecho que mexicanos y españoles a una compensación, pues muchos de éstos habían recibido gratis las tierras.[40]

La política del buen vecino (el respeto al derecho de los otros) tropezaba con la tesis de la Standard Oil: lo que era bueno para ella debía serlo para México, pero Daniels no la aceptaba porque había amasado mucho dinero merced a salarios "absurdamente" bajos. Cuando un conflicto laboral se fue agravando en marzo de 1938, el representante de una compañía petrolera preguntó a Cárdenas cómo garantizaría el cumplimiento de sus promesas, el presidente ofreció su palabra, el petrolero después de pensarlo un momento dijo: "That is hardly sufficient", contestó así porque las compañías americanas más que las inglesas estaban seguras de que los mexicanos estaban *bluffing*. En efecto, Summer Welles comunicó al embajador Castillo Nájera, tres días después de la expropiación, que como las compañías controlaban la mayoría de los buques-tanques, México debía rescindir la expropiación. Según Daniels, México cometió un serio error con la expropiación, pero en ese momento contaba con un sólido apoyo de los mexicanos; entonces, según él era el momento de probar la política del buen vecino y no exigir vigorosamente el pago a un país pobre como México mientras nada se reclamaba a Inglaterra y a Francia.

En efecto, mientras tanto en Estados Unidos se desarrolló una intensa campaña contra los bandidos *greasers* mexicanos, recomendando incluso la guerra. Daniels anotó el notable entusiasmo de los católicos (resaltó el caso del arzobispo de Guadalajara) en apoyo de la expropiación, al grado de que el 3 de mayo los

obispos aprobaron colectas especiales en las iglesias con ese fin, colectas que no resolverían el problema pero sí mostrarían el apoyo moral al gobierno. El 12 de abril, miles de mujeres regalaron diversos objetos con ese fin, por un valor de no más de cien mil pesos, comenta Daniels con cierto desdén. La Standard Oil de Nueva Jersey publicó *The Lamp* para convencer a los americanos de que los mexicanos eran felices cuando robaban a los americanos. Ingenuamente *The Lamp* publicó una carta de siete petroleros (en total eran 18 000), deseosos de volver a los salarios y condiciones del pasado.

De cualquier modo, un coronel americano propuso bloquear la exportación de petróleo mexicano, y la legislatura de Texas protestó porque el petróleo barato mexicano estaba dañando a los productores de ese estado.[41]

Ese año de 1938, Daniels elogió la construcción por parte del Ejército de Salvación de dormitorios en la capital; también se ocupó del problema del antisemitismo en México, el cual ignoraba que existiera en nuestro país; el rabí Stephen Wise le explicó que hacía largos años habían llegado a México muchos judíos del sur de Europa en calidad de agricultores, actividad a la que eran ajenos por completo; se ocuparon entonces del comercio ante la protesta de pequeños comerciantes e industriales que los acusaron de que vendían más barato, incluso pidieron su expulsión pero el gobierno se negó porque eso significaría "ponerlos en medio del océano en una barca de velas de plomo". El 22 de octubre de 1938 se ordenó la expulsión de quienes hubieran entrado para trabajar el campo, así fueran "judíos, católicos, protestantes o de cualquier otro credo". Nathaniel Weil lo visitó el 8 de noviembre para informarle que disponía de tierras para acomodar en Michoacán a quienes llegaban de Alemania, pero la Secretaría de Gobernación decretó que México sólo recibiría inmigrantes que se convirtieran en ciudadanos mexicanos y por completo identificados con México; es decir, comenta Daniels, les

dio con la puerta en las narices porque los judíos por regla general sólo se casan "con miembros de su raza y religión". A raíz de un pleito entre un judío y un mexicano, en febrero de 1939, un millar de personas gritó "mueras" a los judíos; según las autoridades, aquéllos eran opositores de Cárdenas, no verdaderos antisemitas. En septiembre de 1940 se impidió la entrada de 80 judíos en Veracruz; mientras, Diego Rivera denunciaba que los alemanes eran obligados a entregar de 5 a 25 por ciento de sus utilidades a los nazis, y lamentaba que los españoles hubieran traído tan pocos judíos a México, si bien la mayoría de las familias acomodadas de Monterrey tenían ese origen. Según la United Press sumaban 100 000 y disponían de tres sinagogas.[42]

La expropiación petrolera recrudeció la mexicanofobia en Estados Unidos: para muchos americanos, en México sólo había cactus, bandidos y pobreza; Daniels rectificó con discreción: México era un país de contrastes, muchos lugares eran deliciosos, muchos otros no. La yanquifobia consecuentemente también se recrudeció, así, cuando a mediados de 1939 el avión de Francisco Sarabia cayó en el río Potomac, algunos lo atribuyeron a sabotaje y lapidaron la escuela americana (a la cual asistían los hijos de Sarabia) hiriendo a un estudiante mexicano. La policía protegió a los americanos mientras el secretario de Relaciones calificaba de "estúpidos" a los provocadores de esos disturbios. En abril del año siguiente un senador americano pidió que se prohibiera la entrada de mexicanos a Estados Unidos, recordando a sus colegas los numerosos huérfanos y viudas, víctimas de la expropiación petrolera. Cuando a fines de diciembre de ese año de 1940 el vicepresidente Henry Wallace asistió a la toma de posesión del presidente Manuel Avila Camacho, una multitud pretendió demostrar su yanquifobia en la embajada, y no faltó un macanazo a un coronel americano al que éste respondió con un fuerte puñetazo. Todo esto ocurría entre "mueras" a los gringos porque se metían en los asuntos mexicanos; unos volantes protestaban por-

que Almazán había sido obligado a renunciar a la presidencia, otros incitaban a amotinarse. Betty Kirk vio en esto, literalmente, la mano del director del Colegio Alemán; efectivamente, al día siguiente supo que otros dos alemanes se habían mezclado en ese tumulto. Roosevelt aconsejó a Wallace que honrara a los jóvenes cadetes del Colegio Militar que habían muerto en Chapultepec en 1847, hecho que rindió óptimos frutos: el Congreso mexicano le prodigó cálida ovación durante varios minutos, aplauso sólo superado por el que recibió Avila Camacho al referirse a la solidaridad interamericana. Daniels recuerda satisfecho el gran éxito de Cantinflas en su campaña de ridiculización de los nazis. Con motivo del terremoto que destruyó Colima en 1941, los refugiados españoles contribuyeron con 20 000 dólares, la Cruz Roja americana sólo con 10 000 porque el secretario Ezequiel Padilla rehusó 200 000; Daniels atribuyó esta actitud "a un falso sentimiento de orgullo", muy opuesta a lo que habrían hecho sus paisanos de Carolina del Norte: éstos habrían utilizado peritos para demostrar que de no recibir ayuda se morirían de hambre; de cualquier modo, poco después se aceptó la ayuda de varios jóvenes cuáqueros. En fin, el embajador señaló una respuesta mexicana a la discriminación en Texas: en un restaurante ofrecieron que cualquiera podía comer en él, "hasta los texanos".[43]

De 1936 (año de publicación de *Tempest over Mexico* de Rosa E. King) a 1965 (fecha de publicación de *The X in Mexico* de Irene Nicholson) se publicaron numerosas obras en lengua inglesa sobre México. King compara la Cuernavaca de 1905 y con la de 25 años después; a su regreso encontró que sus propiedades le habían sido expropiadas, cosa que aceptó con gusto porque así contribuía a la prosperidad mexicana. En efecto, Cuernavaca ya era una ciudad moderna, y mejor aún, sus habitantes tenían el orgullo de pertenecer a una raza ancestral, tal como Diego Rivera lo expresó en su mural en el palacio de Cortés.[44] Muy opuesta

es la actitud de Conrad Aoeken, quien en una de sus novelas, publicada en 1937, criticó que al entrar de noche a Nuevo Laredo le molestó la voz chillona de los indios en el sucio vagón del ferrocarril; sus risas burlonas y demoniacas, llenas de odio, arrogancia de autocondenados, sus ojos siempre móviles con sus párpados de reptil escudriñaban lenta y maliciosamente a los tres gringos, "con qué amorosa y aterciopelada oscuridad criminal se encendían ante estas víctimas naturales",[45] escribe con temor, rabia y desprecio para sus inferiores.

Graham Green acaso fue el autor anglófono de mayor jerarquía que entonces escribió sobre México. En su *Another Mexico* de 1939 señala que todos los monumentos conmemoran muertes violentas; lo deprimen las pirámides de Teotihuacán, en especial el muro de Quetzalcóatl decorado con horrores y serpientes, y más o menos lo mismo sintió en Mitla. En cambio la Alameda y Chapultepec los domingos, Puebla y naturalmente la villa de Guadalupe lo pusieron de buen humor, pero no tanto que le impidiera detestar intensamente México. Acaso por enfermizo individualismo no intentó conocer a ninguna personalidad mexicana, británica o americana, sólo trató a algunos sacerdotes y a dos oscuros poetas católicos. Pese a sus fuertes prejuicios contra los españoles y la Iglesia católica respetó algunas obras de Rivera y elogió a Orozco.

A partir del fin de la segunda guerra mundial se refugiaron en México escritores, artistas y meros escapistas. George Woodcok en *City to the dead* de 1956 vio en San Miguel algunos orgullosos alemanes, "ambiguos" ingleses y refugiados españoles; pero la mayoría eran americanos y canadienses frustrados: pintores de segunda, guionistas de radio en busca de una gran novela, profesores fugitivos de insignificante colegio, divorciadas pensionadas, homosexuales diletantes, pálidía sombra del París de los años veinte.

Tenessee Williams en *Summer and Smoke* de 1948 escribe con realismo sobre una familia González en Piedras Negras; Rosa, una de las protagonistas, se lamenta de cuán sucio era ser mexicano (física y moralmente). Williams suprimió esta parte en la edición de 1964. Jack Kerouac, en 1951, escribe *On the Road* (publicada seis años después) sobre la "maravillosa" policía mexicana y, en 1960, en *Mexico Fedayin* entrevé un México sombrío en las corridas de toros, los Cristos ensangrentados y los ritos aztecas. El mucho más conocido John Steinbeck se ocupa en cine tanto de los chícanos en *Tortilla Falt*, como en 1952 de *Zapata*. Con justicia se criticó que en esta última omitió la responsabilidad de Estados Unidos en el asesinato de Madero, y que lo más afortunado de la película es la caracterización de Anthony Quinn de Eufemio Zapata. Denise Levertove en *Tomatlán*, de 1957, describe el fascinante mundo del viento marino y la selva costera; cinco años después Tenessee Williams logra un gran éxito con el guión de la película *Night of the Iguana*, en el cercano Puerto Vallarta. Wright Morris en *Love among the Cannibals* de 1957, se ocupa del México que "un día de éstos" tendrá electricidad y toda clase de comodidades, y en *Mexican Journey*, de 1959, se queja de que México es demasiado para el extranjero, pues lo obliga a poner en orden sus ideas, incluso algunos fracasan en ese empeño y enferman. En fin, Irene Nicholson, chilena de nacimiento e hija de un banquero británico, en *The X in Mexico* considera nuestro país como el más asiático del hemisferio occidental y, sin embargo, guía de los países hispanoparlantes. Como ese libro lo publicó en 1965 todavía pudo escribir sin ironía sobre el "noble cielo azul" de la ciudad de México.[46]

AMERICAN GREASERS

Nemesio García Naranjo nació en Monterrey, hijo de un padre francmasón y liberal, que desilusionado de la política, emi-

gró a Estados Unidos en 1886, vivió expatriado 28 años; orgulloso de eso, García Naranjo comentó que salvo Leonardo Márquez, Aureliano Urrutia y Rodolfo Reyes, ningún mexicano había tenido tan prolongado destierro; por supuesto, no incluye a los braceros. En 1893 sufrió que despreciaran a sus compañeros "de raza" de Encinal, Texas, de clases media y baja, porque eran mexicanos. Ni a él ni a su hermana los discriminaban porque eran blancos, de ojos azules y verdes, bien vestidos y aseados, y su padre era el jefe del comercio más importante de la localidad; supone que a sus compañeros se les habría discriminado igualmente en la capital mexicana, en lo cual exagera. Los niños mexicanos sufrían la forma en que los anglos se referían a la guerra del 47: los americanos eran superheroes, cobardones los mexicanos. Aconsejado por su padre defendió la versión mexicana: los americanos (que no eran texanos) fueron autorizados para colonizar, no tenían derecho a segregarse. Su profesora pidió a sus condiscípulos anglos que respetaran ese punto de vista mexicano, y al día siguiente preguntó a su padre por qué inculcaba a Nemesio un criterio antitexano cuando probablemente se convertiría en ciudadano americano; su progenitor contestó que como ellos no estaban desterrados, su obligación era fortalecer la mexicanidad de su hijo.[46bis] García Naranjo volvió a Estados Unidos de paso a Europa, en octubre de 1906, en compañía de Jesús Pallares. Poco antes, en La Habana, se sorprendieron de no ver ni un soldado americano; un joven puertorriqueño, estudiante de contabilidad en la Universidad de Columbia, les informó que cuando Estados Unidos ocupó Puerto Rico lo primero que hizo fue higienizar San Juan y fundar muchas escuelas; naturalmente él consideraba a Estados Unidos el país del porvenir, Europa era el pasado. En Nueva York conocieron el Park Row Building, que con sus 32 pisos era entonces el más alto edificio del mundo; pagaron un dólar diario en el hotel y cinco centavos en el *ferry* de esa "la metrópoli más ruidosa del mundo". Los ma-

ravillaron el *subway* que trabajaba casi todo el día (1 200 viajes de ida y vuelta), los ferrocarriles elevados y la universalidad de sus cinco millones de habitantes: más de un millón de irlandeses, otros tantos judíos, casi un millón de alemanes, y más de medio millón de italianos. Con base en el trato a dos americanas opinó que éstas, por no ser coquetas, eran las mejores amigas. Ocho años después, a la caída de Huerta, García Naranjo de nueva cuenta pasó por Cuba, ya no como inquieto estudiante sino como vencido político. La mayoría de los refinadísimos porfiristas se quedó en La Habana porque creían que en unas cuantas semanas regresarían a México, se asombraron cuando les explicó que así se habían equivocado los nobles franceses en la Revolución francesa.[47]

José Vasconcelos (1881-1959), al igual que García Naranjo se irritaba por el desprecio de los anglos de Eagle Pass hacia los mexicanos, aunque exceptuara al civilizado caballero "Joe", quien defendió su patria a puñetazos hasta que un maestro separó a los rijosos. Su padre al ver las huellas del combate en el rostro de Vasconcelos, intentó quejarse en el consulado suponiendo que había peleado con un condiscípulo de mayor edad. Al día siguiente un muchacho nacido a orillas del río le prestó un "fierro", el americano se negó a continuar el pleito. Ese "fierro" lo salvó de los puñetazos, y lo protegió de la absorción el *Atlas* de García Cubas que sus padres le regalaron. Cuando en 1909 de nueva cuenta volvió a Texas, de paso a Nueva York, advirtió el contraste entre *greasers* y anglos; por escasez de fondos no viajó a Nueva York en cama, y seguramente por la misma razón se alojó en un hotel de 35 centavos la noche, en un cuarto con cama estrecha pero limpia, comparable a una celda de la recién inaugurada penitenciaría capitalina. Posteriormente vivió en una pensión a razón de seis dólares semanarios; en la calle comía tiernas jaibas y ostiones fritos. Los domingos se encerraba en el Museo Metropolitano; le desagradaron, en cambio, los juegos mecáni-

cos de Coney Island. Así vivió tres meses en Nueva York trabajando como traductor, no como abogado; se dio tiempo para conocer los parques de Washington con sus duraznos en flor, sus arroyos y las "pantorrillas con medias de seda de las mujeres sajonas".[48]

Francisco I. Madero (1873-1913), a los trece años de edad estudió en un colegio cercano a Baltimore; también peleó con un condiscípulo americano en el recreo, y también acabó chorreando sangre, pero su natural pacífico lo hizo despedirse, con un apretón de manos, de su contendiente.[49] Después de una estancia de cinco años en Europa, regresó a Estados Unidos a estudiar agricultura en Berkeley; en esos ocho meses perfeccionó su inglés y adquirió algunos muy útiles conocimientos generales de agricultura. En compañía de su hermano Gustavo admiró los gigantescos árboles de Santa Cruz y Yosemite ("uno de los puntos más hermosos del globo"), pero en Yuma sufrió un calor terrible: 116° Fahrenheit.[50] Otro futuro presidente mexicano, el también norteño Abelardo Rodríguez Luján (1889-1967) en una ocasión en que su madre lo envió de vacaciones a Nogales, Arizona, a los 11 años, peleó con muchachos americanos dos o tres años mayores que él, quienes lo lastimaron; a los 17 años después de aprender box fue a Nogales a vengarse pero no encontró a sus enemigos, pues uno había muerto y el otro vivía en Los Ángeles; Rodríguez recapacitó y renunció a la venganza.[51] Ricardo Flores Magón y su compañero Rivera pasaron la mayor pane del quinquenio 1912-1917 en las cárceles americanas.[52] A Víctor Manuel Villaseñor a sus nueve años de edad le impresionaron el Wool-wonh (el más elevado edificio), los grandes puentes, las amplias avenidas, el enorme gentío y el *subway* de Nueva York.[53] Alberto J. Pani a los 35 años de edad fue a Washington y a Nueva York en viajes de negocios relacionados con la Revolución, en la primera de esas ciudades se alojó en la misma pensión que el ingeniero Juan F. Urquidi por cinco a seis dólares semanales,

incluida la alimentación, pero en Nueva York vivió en el mismo lujoso hotel que Luis Cabrera.[54]

Victoriano Huerta renunció a la presidencia y viajó a España a mediados de 1914; fue a Nueva York al año siguiente. Cuando Enrique Creel le pidió ayuda el 15 de mayo de 1915 en nombre de los exiliados de San Antonio, Victoriano ya estaba considerando regresar a México apoyado por el kaiser Guillermo II; a fines de abril o principios de mayo los alemanes depositaron 895 000 pesos a su favor y le prometieron 10 000 rifles; los exiliados fijaron el 28 de junio como la fecha de su revuelta. Como en Nueva York hizo imprudentes declaraciones sobre esos propósitos, al dirigirse a El Paso lo aprehendieron el 27 de junio, junto con Pascual Orozco, acusados de violar las leyes de neutralidad. En la cárcel de Fort Bliss lo visitaron varios militares americanos, entre ellos el propio general Pershing, para platicar sobre la guerra en Europa; el 3 de julio escapó de esa cárcel, pero el 30 de agosto de ese año de 1915, él y cuatro de sus acompañantes fueron muertos; a su entierro el 3 de septiembre asistieron 3 000 mexicanos.[55]

En otro texto, el viajero Vasconcelos, recordó complacido que el tren Southampton-Londres atraviesa praderas esmeraldas semejantes a la verde Erin; la sensación de vida ordenada y segura se tornaba agradable cuando los camaristas ofrecían té con panecillos y jaleas; a los ingleses bastó su declaración de que no llevaba tabaco para que no abrieran su equipaje. Aunque el tránsito londinense era más "pletórico de humanidad" que el neoyorkino, el relente del mar y de los siglos le daban un tono sombrío; Europa tenía, además, el encanto de la singularidad, en Estados Unidos en cambio dominaba la uniformidad, "lo mismo en fealdad que en magnificencia". Criticó el insolente letrero que vio en la sala de Fidias del Museo Británico: "Fueron rescatadas estas obras por Lord Elgin que las trajo a Inglaterra a fin de ponerlas a salvo de la incuria de los nativos", recordando que todo

lo bello de los museos londinenses era producto de otras tierras. También criticó el fracaso del norte de Europa en su imitación del sur de ese continente, por ejemplo, el monumento de Nelson era inferior a la columna Vendóme, consagrada a las estériles victorias de Napoleón.[56]

En 1917 varios mexicanos se refugiaron en Estados Unidos, entre ellos Ursulo Galván.[57] El abogado Genaro Fernández MacGregor en compañía de su socio, el ingeniero José de las Fuentes, fue a Estados Unidos a patentar un procedimiento para producir cianuro con fondos que obtuvo de otro socio, un industrial español. En Laredo fueron objeto de minuciosa pesquisa durante más de dos horas, pero esto fue nada en comparación de las bofetadas que un aduanero yanqui propinó a un labriego mexicano que huyó con la espalda encorvada. Lo sublevó ese incidente "simbólico de la actitud de dos razas". Ya en territorio americano todo cambió, comenzando por el pobre hotel de ese poblacho en el que se disfrutaban de comodidades "inusitadas por acá". Se maravilló en el hotel St. Anthony de San Antonio cuando en el *grill room* le ofrecieron un *oyster cocktail* en una fuente de hielo rallado. Más lo maravillaron las magníficas pantorrillas de las *girls*, pero le molestó visitar El Alamo, donde Santa Anna mató quizá con derecho a varios prisioneros porque eran filibusteros. La visita a los barrios residenciales, alegres y limpios, fue la primera lección de la distancia entre los dos países, el mexicano con lenta formación por el lastre del indígena incapaz de asimilarse a la civilización occidental; de esta situación emanaban todos nuestros problemas, escribe, como buen porfirista. En Washington llegaron a un magnífico hotel de 30 dólares diarios, Alejandro Quijano no quiso cambiarse para no hacer el ridículo, pero él usó su *broken* inglés para mudarse a uno más económico, donde él desayunaba por 75 centavos, mientras Quijano lo hacía por cuatro dólares; Alejandro no se avino a ese cambio porque su "mamacita" lo había enseñado a comer "pan en manteles".

Cuando llegaron, la primera guerra mundial estaba en su apogeo: la propaganda dominaba en cartelones, periódicos y teatros. Disfrutó horas muy sabrosas en la Biblioteca del Congreso, en el Instituto Smithsoniano, en el Capitolio y en el obelisco. Después pasaron dos días aplastados por Nueva York, "urbe tentacular". En esa ciudad visitaron a Antonio Canalizo (tío de Quijano), quien le pidió a su sobrino que no mostrara su dinero porque eso sólo lo hacían los *tenderfoot*, y los neoyorkinos eran muy listos para explotar a los incautos. También saludaron a familiares de Fernández MacGregor, fugitivos de México: su tía ("hermosa y equilibrada") logró que sus hijos de nueve y doce años, en la mañana vocearan periódicos y en la tarde estudiaran en las escuelas públicas; todos sus primos fueron después hombres de provecho.

Platicó con su primo Manuel Calero, quien incapaz de amoldarse a la Revolución triunfante (era más viejo que Genaro) continuamente anunciaba la caída de los gobiernos revolucionarios. Al igual que Vasconcelos, varias veces visitó el Museo Metropolitano, escuchó a Caruso cantar "Aída" y vio a la danzarina Isadora Duncan, quien en su opinión nada añadía a la música que intentaba interpretar. Visitó varios cabarets, desconocidos en México; en el Rector's por ejemplo admiró bellas y bien vestidas americanas que, sin embargo, al doblar los 30 años se vuelven obesas; las judías se cubrían con muchas joyas, pero no las suficientes para cubrir sus holgados escotes y cortas faldas. Bailaron dos docenas de mujeres con lo estrictamente necesario para que no se dijera que estaban desnudas; después, todo el mundo bailó *fox-trot, one step*, pero todo en silencio, sin los gritos propios del temperamento latino. Advirtió la protección policiaca a las mujeres, acaso innecesaria porque las "mujeres-mariposas" se convertían en "mujeres-vampiros" estafando a los varones incautos; en su opinión, era a los hombres a quienes debía protegerse.

Al entrar a México de regreso, se alojaron en un mesón de ínfima calidad (catres sucios y sin colchón); ahí conocieron a un sonorense que se había elevado desde muy abajo, lo probaban su tez "asaz morena y biliosa", su cara lampiña, y "sus ojos mongoloides, torvos y desafiantes, y su ademán un poco altanero", aunque por dentro todo era de oro, salvo lo último todo era digno de su credo porfirista. A Fernández MacGregor le impresionó los Estados Unidos por su vitalidad, pero también se convenció de que su extrema industrialización lo llevaba al imperialismo. Admiró la belleza de la mujer americana pero le desagradó su independencia que rayaba en el libertinaje. Al lado de tanta riqueza constató la miseria de los tugurios que rodean el río del Este. En el ferrocarril subterráneo vio muchachas blancas que parecían tísicas, y quienes seguramente soñaban con armiños de la Quinta Avenida. El indio mexicano, en cambio, pese a vestir de manta y habitar un jacal no estaba roído por la envidia, porque sus ideales eran distintos de los de la raza blanca; la suya no era miseria sino pobreza, "que es noble y poética, no sórdida y rencorosa como aquélla",[58] así justifica de manera semejante a Guillermo Prieto y Justo Sierra, el *statu quo* mexicano.

José Clemente Orozco tuvo algunas experiencias semejantes a las de Fernández MacGregor. Los aduaneros de Laredo le despedazaron unas 60 estampas por inmorales, aunque según el pintor jalisciense nada había en ellas de procaz, "ni siquiera desnudos"; tal vez las rompieron, comenta sarcástico, porque creyeron que ya había "demasiada concupiscencia dentro para aumentarla con la de fuera". Vio un San Francisco ya recuperado y muy animado, los oficiales con sus brillantes uniformes, las hermosísimas enfermeras, mofletudos hombres de negocios que hacían colosales fortunas, y las muchachas chinas con sus pantalones bordados. En todas partes había tiendas de campaña con *buffets* dignos de la recepción de una embajada, cómodos sillones para leer revistas y magazines, cigarros, tabacos, puros, cerillos, timbres,

tarjetas postales, bolerías "y otra infinidad de cosas innecesarias", pero destinadas a apoyar la guerra. Eran tantos los mexicanos (algunos de ellos exiliados de Sonora y Sinaloa), que con frecuencia en las calles sólo se oía español. También abundaban las fotografías de los bandidos mexicanos de 1848, es decir, de quienes fueron despojados de sus tierras en la guerra. En el barrio chino había seda, oropeles y misterio, "negritas muy guapas y bien plantadas, en busca de 'admiradores' y güeras robustas en busca de lo mismo".

En Nueva York encontró a Siqueiros, quien se disponía a ir a Europa, en el *subway* discutieron sobre los prodigios de la mecánica en relación con el arte.[59] Según Siqueiros se vieron en el invierno de 1919, y cuando él manifestaba su admiración por la portentosa obra de ingeniería del *subway*, el jalisciense le respondía exaltando a Rodin. Cuando cenaban en un elegante restaurante, Orozco en voz alta despotricó contra las "ultraprostitutas" americanas, "insensibles, estúpidas, témpanos de hielo", quienes tenían a flor de labio llamar *honey* a sus compañeros de juerga. Un mayor del ejército americano se acercó a su mesa y en muy buen español dijo a Orozco: "Muchas gracias, muchas gracias por la opinión que tiene usted, desgraciado, del país donde está viviendo. Sólo porque observo que es manco no le rompo la cara".[60]

Según Orozco, cada persona dispone en Coney Island de medio metro cuadrado los domingos en el verano, tanto en la playa como en el agua; les gusta estar juntos pero no revueltos: cada uno con su mujer, sus hijos, sus amigos y sus perros. A lo largo de la playa hay un sinfín de atracciones: la mujer con barbas y la más gorda del mundo, el hombre mono y el bicéfalo (una cabeza masculina y otra femenina), y otros "varios adefesios", los que anuncian en un catálogo ilustrado. Le pareció natural que en el Museo de Arte Moderno de Nueva York alquilaran pintura cubista, surrealista, dadaísta, mexicana o combinaciones Picasso-

Braque, Picasso-Roualt, Picasso-Chirico. En 1917 fue de Nueva York a las cataratas del Niágara, y después de contemplarlas dos horas, un policía le pidió su pasaporte; al ver que era mexicano lo expulsó, por temor de que fuera a atentar contra el príncipe de Gales (quien también visitaba el lugar), pues ese día la prensa había publicado enormes encabezados acerca del asalto de los villistas a un tren en Sonora; naturalmente para ese policía "mexicano y bandido eran sinónimos".[61]

Otro jalisciense, el literato Carlos González Peña, también incursionó en Estados Unidos; producto de ese viaje es el libro *Hacia el Far West*, publicado en 1918. A González Peña le deslumbró el largo, cómodo y lujoso vagón cuyos asientos acojinados se convertían en camas; también contaban con *toilettes* e higiénicos vasos de papel para beber agua fresca. Admiró las ciudades americanas construidas en tierra arrebatada palmo a palmo al "indio indolente y refractario"; el día en que faltaran las tierras penetraría la maquinaria. Estados Unidos no estaba en el caso de invadir tierra ajena, sino de pedir más hombres. Después de tomar un *luncheon de primerissimo cúrtelo* sufrió una náusea porque atravesó un vagón de ínfima clase, por equivocación enganchado entre el comedor y su vagón especial; en el vagón equivocado viajaban trabajadores ocupados en la terracería, en su mayoría americanos de clase baja:

> Visten holgados chaquetones y pantalones gruesos. Gastan burdos zapatos. Echados en los asientos fuman sin cesar, y a menudo se llevan a los rostros amarillentos y fatigados las callosas manos. Poco podría imaginarse de más grosero, de más sucio, de más desagradable. Huelen a mantequilla rancia, a tabaco podrido… Mentalmente comparo a esa chusma con nuestros clásicos pelados, y en verdad os juro que éstos no salen perdiendo. ¡Siquiera son menos tétricos y su mugre no nos trae a la imaginación la silueta del cadalso.

González Peña olvidó los *Mexican greasers* que tan a mano tenía, y a los españoles que vio Gamboa en uno de sus viajes de España a México. Por supuesto, los anglos de la clase dominante

también olvidaban a esos trabajadores anglos. La conclusión es obvia: tanto la cultura de la pobreza como la de la riqueza son transnacionales.

Tal vez González Peña sufrió tan fuerte impacto a la vista de esos trabajadores que cuando visitó Nueva York, Detroit y Chicago ya no se preocupó por visitar los barrios de los *ceux d'en bas*. Estados Unidos hacía el mayor esfuerzo por suprimirlos, la plebe se reclutaba entonces entre los inmigrantes, esa "abominable turba" de italianos, griegos y polacos que pululaban en las grandes ciudades. La plebe americana había disminuido gracias a la escuela y a la industria; en fin, atribuyó el rápido engrandecimiento de Estados Unidos, en buena parte, a que no habían "llevado a cuestas el lastre de las razas aborígenes". Se pregunta qué sería de Estados Unidos sin las reservaciones, crueles y terribles, pero necesarias; obviamente anticipa una respuesta igual a la de Federico Gamboa, es decir, porfirista. Afortunadamente para la Revolución, los porfiristas refugiados en México a principios de 1917 (presididos por Manuel Calero en la Liga Pacifista Mexicana) no se pusieron de acuerdo ni siquiera para hacer una declaración conjunta a la prensa.[62]

Martín Luis Guzmán comparó en las orillas del Hudson, a Estados Unidos (grande, rico, fuerte, bien organizado y bien gobernado) con México (pobre, mal organizado, mal educado y, por ende susceptible y temeroso). En el pueblo americano subsistía una ofensiva "ininteligencia" de Hispanoamérica, y el mexicano reaccionaba convencido de que lo despreciaba y lo ofendía. Esta era la raíz de la "absurda germanofilia" mexicana durante la primera guerra mundial.

Unos doce años antes, Federico Gamboa había expresado la misma idea con una metáfora canina: Estados Unidos era un mastín enorme, fuerte, gordo y lucio, México "harto menor, más débil, medianamente nutrido y de malísimas pulgas". Consecuentemente ambos países se miraban de reojo. México no ol-

vidaba que los tatas del mastín enorme lo habían dejado "con media perrera menos"; como el perro chico ya se estaba curando de la roña de sus malas costumbres, los extraños lo acariciaban, esto enfurecía al mastín americano que furioso ladraba "azuzado por el satánico orgullo a ser el amo único de todo el continente, y si su magnífica estrella continúa en el cénit, del universo entero".[63]

En su opinión, Nueva York era una ciudad imperfecta porque carecía de bulevares. Su autocrítica también fue severa: el mexicano era un ser indefinido, ayer meteco afrancesado pese a su ignorancia del francés y desconocimiento del cielo parisiense, juzgaba el *Mío Cid* conforme al gusto galo, y hoy conforme al creciente gusto inglés por los poetas chinos, "tan de moda en estos días y a Paul Claudel". Supo apreciar la importancia creciente de "arbitrios mecánicos" tales como el cine, la pianola y el fonógrafo, este último en particular era hijo del muy peculiar oído norteamericano. Crítico de cine, calificó de insuperables las "vistas" yanquis de asuntos humorístico-grotescos y de escenas de la vida infantil y de la adolescencia. Los italianos fueron los primeros en alcanzar efectos escénicos grandiosos y en perfeccionar el drama policiaco, los franceses en el humorismo picante, y los daneses en crear tipos definitivos sacados de la más humilde realidad. Chaplin es el personaje "heroico-aristocrático, desinteresado, iróni-co-ignorante de su ridiculez y superior a ella, pariente de los personajes de las ediciones de los periódicos dominicales yanquis". En fin, denunció que la señora O'Shaugnessy por sus prejuicios de norteamericana y mujer de sociedad, sólo podía ofrecer a México mano de hierro o intervención; según Guzmán, Calero escribió *The Mexican policy of president Wilson* con criterio norteamericano.[64]

Cuando García Naranjo salió de México en 1914, de nueva cuenta pasó por Nueva York, donde conoció el edificio Woolworth, que era el nuevo gigante con sus cincuenta y tantos

pisos. Al año siguiente fundó en San Antonio la *Revista Mexicana* dedicada a los mexicanos desterrados, misma que murió en 1919 por razones económicas cuando Carranza permitió el regreso de algunos expatriados. Una de las hijas de este ex ministro de Huerta se educó en un colegio de monjas en Canadá; ahí celebraban el 12 de diciembre con misa cantada, desayuno con panecitos de día de fiesta, antojos en la comida, y canciones mexicanas en la tarde. No es de sorprender que aprendiera a querer más a México en Canadá. Así como Nemesio Naranjo se asombró de que estas monjas permitieran la lectura de Voltaire a sus alumnas, trozos escogidos por supuesto, los hoteleros europeos se sorprendían que esa familia estuviera dispuesta a pagar una cantidad extra por el baño diario, por supuesto se trataba de hoteles modestos; conforme a la costumbre europea viajaban en segunda clase en los ferrocarriles.[65]

PARÍS, PARÍS, AL FIN PARÍS

Poco antes, García Naranjo había visitado Europa, París en primer lugar como era de rigor. Junto con Pallares juzgó París "la ciudad más simétrica y bien proporcionada… la que más convida a vivir". Primero pagaron cinco francos diarios en un hotel y en humilde fonducha tres francos por *ragout* de carnero, queso Camembert y vino, incluida la consabida propina. Al azar descubrieron un cuarto doble por 260 francos mensuales con la alimentación incluida. Por supuesto vieron a Sarah Bernhardt interpretar a *Juana de Arco*, visitaron la tumba de Margarita Gautier, el sauce de Musset y las frías tumbas de Victor Hugo y Zola; a este último ya nadie lo consideraba "un titán de las letras", tal vez con la excepción de Gamboa, podría corregirse. Las peripecias de este viaje hicieron que García Naranjo comentara que la mejor caricatura de un viaje a Europa la había hecho E$a de Queiroz en *La ciudad y las sierras*: el día más dulce de su viaje, pa-

ra el novelista portugués, fue cuando encontró en Venecia a un inglés que vivía en Oporto. Cosa semejante le pasó a él cuando casualmente encontró a José María Aguirre (cuñado de su maestro Genaro García), quien buscaba el consulado mexicano para que le dieran su domicilio. Nemesio acompañó a Aguirre a conocer París viajando en ómnibus; así se formó reputación de cicerone, en esta tarea ganaba de 20 a 30 francos, una que otra buena comida y asistencia al teatro; así ganó en total 300 francos. García Naranjo sentenció que Londres es hombre y París mujer "sintética y universal", en concordancia con esta opinión calificaba a la Venus de Milo de la joya número uno del Louvre. Contrató a una sobrina de Henri Matisse para mejorar su francés; temeroso, le confesó que no le gustaban los *fauves*, tampoco a 99% de los franceses, le respondió su profesora.[66]

Francisco I. Madero se embarcó en Nueva York un 13 de octubre de 1886 rumbo a París, primero lo internaron en una pensión particular, el año siguiente cuando ya dominaba el idioma estudió en un liceo en Versalles durante un año y varios meses; después en una escuela de altos estudios comerciales en París, hasta junio de 1892. Francisco guardó muy buenos recuerdos de su estancia en Francia: como los franceses eran muy hospitalarios y afables con los extranjeros, las personas de raza latina se sentían como en su casa en Francia, porque congeniaban más con ellos que con los anglosajones. Francia era un país tan republicano e igualitario que en los colegios del gobierno trataban sin distinción a los franceses y a los extranjeros, aunque éstos fueran negros africanos, turcos, chinos o de las regiones más atrasadas del globo. El método de enseñanza francés era excelente: los alumnos tomaban notas en cuadernos especiales para grabarse mejor las ideas. Vio la Exposición Universal de París e hizo buenas relaciones con el ministro mexicano Ramón Fernández, con el cónsul Ignacio Altamirano y con Juan Sánchez Azcona, amistad que aún perduraba. En compañía de José González M. visitó

Bruselas, La Haya, Amsterdam y Polonia. Regresó a México muy contento después de cinco años de ausencia. Tal vez le habría gustado conocer Japón porque el mikado hizo más por este país en una década que ningún otro gobernante del mundo en igual tiempo.[67]

Alfonso Reyes dejó amplio testimonio de su estancia en París. Es significativo que muchos escritores hispanoamericanos se conocieran en la capital de Francia, no en sus respectivos países. En esta ciudad, Leopoldo Lugones y Rubén Darío tuvieron frecuente trato;[68] el argentino dijo a Alfonso Reyes en 1913 que México era casi europeo porque era un país con tradiciones, tenía cuentas históricas que liquidar y podía *jouer a l'autochtone* con los indios; en fin, era un pueblo vuelto de espaldas. Argentina, en cambio, miraba al porvenir, al igual que Estados Unidos y Australia, pueblos sin historia. Cuenta Reyes que Keyserling, pese a reconocer su poco conocimiento sobre México, encontraba la principal diferencia entre Argentina y México en que nuestro país era melodramático, es decir, exagerado; don Alfonso entonces acota lo obvio: la letra de los tangos "deja muy poco que desear en materia de melodrama", si bien tenían un dudoso valor como documento histórico. Trece años después, al recordar esa conversación Reyes comentó que, al parecer, los argentinos llevaban en todos sus actos, por insignificantes que fueran, "una secreta y arrogante consigna nacional".[69] Ramos Martínez asombró a París con cuadros pintados por niños de ocho a 15 años, y Picasso mismo retrasó un viaje para conocerlos. Algunos dudaron que fueran obra de tan pequeños artistas, pero según Alfonso Reyes aun si eran obra de cuarentones era "una exposición admirable y desconcertante". Cuando alguien preguntó cómo mantendría el gobierno mexicano a tantos pintores, Reyes contestó: "Hacer revoluciones. Tolondrones a los preguntones".[70]

Víctor Manuel Villaseñor también visitó París a los ocho años de edad, acompañado de sus padres por supuesto; fue internado

en un liceo para que aprendiera el francés. En cierta ocasión oyó a sus padres, a quienes veía los fines de semana, comentar el controvertido estreno de *La consagración de la primavera* de Stravinski. En ese viaje lo impactaron el monumento a los Inválidos en París y la visita a Porfirio Díaz en Biarritz. Cuando el ex presidente correspondió la visita le llamó la atención su "imponente empaque", su sordera y su interés en Morelos. Villaseñor regresó a México en octubre de 1913.[71]

Vasconcelos se burló de la costumbre de exclamar en actitud beatífica: "París, París, al fin París", pero la juzgó natural entre quienes consideraban esa ciudad como "La Metrópoli espiritual del mundo". En 1913 la cortesía londinense y las conversaciones sobre intereses financieros le dejaron una impresión de decadencia, en cambio, en París era de refinamiento y excesiva sensualidad: numerosos ancianos llenaban "los lugares de exhibición sensual", ese relajamiento moral preludiaba la necesidad de un correctivo. El Moulin Rouge con sus jóvenes y hermosas mujeres "descubiertas sus blancuras de leche, rosados los senos, rojos los labios, producían estremecimientos en ojos acostumbrados a la pudibundez de los espectáculos americanos"; como se ha visto antes, otros mexicanos consignaron semejante falta de pudor también en Estados Unidos. De cualquier modo, le complacieron las canciones francesas, pese a su acento gangoso, por su gracia contagiosa e intención picante. París estaba dominado por el sexo; sin ningún recato, en las calles se ofrecían "figurillas como sombras chinescas que imitaban los movimientos eróticos". Versalles le pareció de mal gusto y le aburrió el sonsonete de los actores de la Comédie Fran£aise, pero se alegró de haber asistido, al igual que los padres de Villaseñor, al estreno de la *Sacre du printemps*. En cuanto a las cosas políticas que lo llevaron a Francia publicó el periódico *La Revolution au Mexique*, que el Dr. Atl vendió frente a la Bolsa haciendo fracasar el empréstito solicitado por Huerta. Admiró a las profesionales de Marigny no sólo

por su belleza sino por sus conocimientos de literatura, arte, negocios y política, lo cual les permitía una clientela de alcurnia.[72]

SUBHOMBRES EN ESPAÑA, SUPERHOMBRES EN AMÉRICA

Pese al afrancesamiento porfirista que subsiste hasta bien entrada la Revolución, España seguía siendo el punto central del interés de muchos mexicanos. Así García Naranjo se congratuló de la exquisita cortesía con que él y Pallares fueron tratados por los aduaneros españoles en 1907, no abrieron sus maletas y, pese a que eran pasajeros de tercera clase, los trataron como si fueran proceres; los franceses habían sido afables y corteses, cariñosos los españoles. Por ejemplo, en Burgos subieron al tren dos empleados de una ganadería de reses bravas con quienes de inmediato se habló de los perfectos volapiés de Mazzantini, de los pases de capa de Antonio Fuentes y de los recortes "capote al brazo" de Reverte, con una camaradería que casi rayaba en la intimidad, estimulada por una buena botella de amontillado y aceitunas. En Madrid transbordaron inmediatamente hacia Toledo, "la ciudad más evocadora del planeta… la más espiritual del mundo". Por su premura sólo contemplaron un cuarto de hora *El entierro del conde de Orgaz*, poquísimo tiempo porque cualquiera de sus figuras reclamaba varias semanas de análisis y meditación. Tres días pasaron en Madrid, la mitad de uno en el Museo del Prado, los restantes los emplearon en conocer a Rafael Altamira (quien después deslumbró a México con su profunda sabiduría), contentándose con ver de lejos en la cafetería Fornos a Jacinto Benavente, Ramiro de Maeztu y otros personajes de igual jerarquía.[73]

Regresaron en el barco de carga "Bavaria" por sólo 40 dólares, o sea 70 pesos mexicanos, por supuesto en tercera clase, pero advertidos de las incomodidades que pasarían ya que era el trans-

porte utilizado por los inmigrantes europeos. La advertencia se cumplió: un capataz los condujo a un galerón oscuro que daba casi en la popa al dormitorio colectivo, camas hechas con barrotes metálicos que encaramadas unas sobre las otras daban cabida a más de 100 personas. Los colchones y las almohadas eran de paja, sin sábanas ni mantas; todo despedía un "tufo odioso" que le hubiera gustado describir a Zola. Este espectáculo le recordó su visita a la cárcel de Belén en 1905, lo sacó de sus recuerdos la protesta de un asturiano contra ese trato propio de reses, no de seres humanos. La comida corroboró esa opinión: una campana con tonalidades de cencerro era la señal para que recogieran un plato de peltre, un pedazo de pan y una jarra de hojalata llena de vino; los pasajeros, furiosos, devoraban la comida en la cubierta tal como Gamboa también lo había escrito. Sin embargo, no durmieron tan mal como temían porque los venció la fatiga y porque un ventilador arrojaba el aire viciado. Amortiguado el asco inicial producido por ese rebaño de "subhombres" (labriegos, albañiles, carpinteros y artesanos), que ambicionaban convertirse en hombres completos en América, fueron asediados en solicitud de consejo por ser ellos los únicos originarios de América. En La Habana, melancólicos, se despidieron de ese montón de haraposos que les dieron una lección de "energía, de ilusión y de fe". Ellos regresaban fracasados, pero gracias a Dios, a tiempo para apreciar que ningún país les podía dar lo que México.[74]

Diferentes eran las condiciones en que viajaban a Europa los pintores pensionados, quienes tenían la obligación de enviar un cuadro anual, entre esas obras destacan *Las Baleares*, de Montenegro; *La casa sobre el puente*, de Rivera, y varias pinturas de Ramos Martínez, Angel Zárraga, Goitia, etc.[75] El cubismo de Rivera a punto estuvo de causar que el populacho rompiera el escaparate donde exhibía el retrato de Ramón Gómez de la Serna, y fue preciso pedirle que no exhibiera hacia la calle sus pinturas. Según Martín Luis Guzmán, Picasso era "flexible, vaporoso y su-

surrante, Rivera súbito, dominante e inconmovible porque nació en Anáhuac donde lo primero que aprendió fueron las montañas".[76]

Casi todos los criollos mexicanos, al llegar a España, inmediatamente se sentían en casa de sus abuelos. José Vasconcelos juzgó fea la arquitectura madrileña pero encantadores los barrios bajos, "origen de todo lo nuestro". En Castilla todo poseía distinción y gracia, y por sólo oír hablar a los castellanos valía la pena visitarla; los sirvientes españoles parecían señores en contraste con los franceses e ingleses, dominados por la jerarquía social. Un español comentó que los americanos cometían el error de primero visitar Francia y después España, cuando ya habían consumido dinero y atención. Según Vasconcelos, Velazquez y Goya dominaban el panorama madrileño; se deleitó con el sazón y abundancia de la comida de Toledo, y elogió la bondad de sus gentes. El pueblo de la costa era mal hablado, republicano y rudo, "pero hidalgo en su aspereza".[77]

El fracaso de Bernardo Reyes en el asalto al Palacio Nacional, en 1913, obligó a sus hijos Rodolfo y Alfonso a emigrar a Europa. El primero se embarcó el 14 de febrero de 1914 en el viejo buque francés "La Navarre" rumbo a Francia; desembarcó en marzo cuando todavía sin sarcasmo podía hablarse de la "dulce Francia". Saludó a Limantour, merecedor de una estatua en el Paseo de la Reforma por su obra financiera, la cual al día siguiente habría que destruir porque había sido un "desastroso político". En París saludó a Francisco León de la Barra, cordial y afectuoso; vio a Porfirio Díaz muy agotado, y aunque conservaba plenas sus facultades, ya no tenía el poder magnético "de dominador de hombres"; de cualquier modo, el ex presidente lo abrazó exclamando varias veces "¡pobre Bernardo!". La inminencia de la guerra hizo que la "dulce Francia" comenzara a ser áspera con los extranjeros; por eso se fue a España en plena movilización militar abandonando casi todo su equipaje, en dos días hizo

un viaje que normalmente se hace en 12 horas. Se propuso que como mexicano en el extranjero, sólo pondría calificativos a su gentilidad dentro de los linderos de su patria misma. En la bellísima ciudad de San Sebastián se instaló en una modesta pensión, y cuando en el Paseo de Concha le mostraron dos *grandes*★ de España su hijo Bernardo comentó: "¡Qué grandes tan chiquitos!", decepción semejante sufrieron al ver al rey, pues esperaban que tendría igual indumentaria y actitud que los reyes de las barajas, los únicos que conocían. De cualquier modo, Rodolfo sólo se sintió extranjero en España por la ley. Al comenzar 1915 dio una conferencia sobre el trabajo español en México; tiempo después recordaba el carácter ligero, simpático, inteligente y cordial de Alfonso XIII. El nacimiento de su cuarto hijo, un 25 de julio en España, lo consideró un remache más a la "Madre Patria". En octubre de 1916 se instaló en Madrid. Sus hijos de 8, 11 y 13 años estudiaron en un colegio basado en la moral cristiana, pero no clerical. La gente de Bilbao, su segunda patria chica, era dura y difícil de forma, pero ejemplar de fondo. Rodolfo, padre de hijos españoles y mexicanos, radicales y falangistas, adoptó un lema chauvinista: "Contra la patria y contra la madre nunca, con la patria y con la madre siempre, con razón y sin razón, con derecho y sin derecho", tal vez movido por cierta amargura del exiliado.[78]

Victoriano Huerta vivió brevemente en España a raíz de su derrota. Sus ahorros le permitieron instalarse en Barcelona en un chalet cerca del Tibidabo; el cónsul mexicano en Barcelona atribuyó su buena vida a que vendía billetes falsificados del Banco Nacional de Francia. A fines de diciembre de 1914 se celebró la suntuosísima boda de su hija, en ella oficiaron dos sacerdotes españoles que al parecer lo acompañaron desde México; en esa ocasión el cónsul mexicano en Barcelona se quejó de que en esta ceremonia se abusó del himno nacional.[79] Victoriano, pese a que en la ciudad condal también había un café Colón, se aburría por-

que no había generales que lo acompañaran y el cognac sabía diferente.[80]

Muy diferente fue la experiencia del joven Alfonso Reyes, quien al estallar la primera guerra mundial propuso a las demás legaciones hispanoamericanas que viajaran conjuntamente a la frontera española; en cumplimiento de ese plan todos los días se añadía un vagón americano a la cola del expreso español. Reyes y su esposa sufrieron mucho para alojarse en Burdeos por el gentío que se refugió en esa ciudad y los precios "criminales" de las habitaciones; afortunadamente el vicecónsul Contreras les consiguió una buhardilla; había tanta gente que era preciso hacer largas colas para entrar a los restaurantes. Por temor al espionaje, Mauricio Barrés fue aprehendido por un bordolés a quien preguntó por una calle porque no hablaba el francés como en Burdeos; la policía se disculpó al liberarlo "entre la rechifla general". Don Alfonso presenció la llegada del fugitivo gobierno de París a Burdeos en 1914 y cinco años después la alegría de la victoria. Soldados y estudiantes americanos participaron en esa celebración, convencidos de que no todos los franceses eran ligeros del mismo modo que los galos aprendieron que no todos los americanos eran acróbatas. Reyes comprobó que en Burdeos casi todos entienden el español, pues cuando Azorín y él hablaban en francés en los mercados, las mujeres les contestaban en correcto castellano.[81] México salió del aislamiento en que vivió en la primera guerra mundial con un "airecillo de altanería" que, afortunadamente, duró poco pero que no ha dejado de estimular una "discolería nacionalista",[82] acota Reyes.

En España saludó a algunos mexicanos exiliados. Pablo Macedo le confesó un día en Madrid que los mexicanos habíamos vivido muy engañados sobre el verdadero valor de España.[83] Reyes supo valorar a las madrileñas; todas, rudas o finas, eran hermosas, acaso con la excepción de las empleadas en una taberna para soldados. Como buen regiomontano recordó las andanzas del

padre Mier en Castilla, quien dio clases de literatura a la engreída nobleza. El regiomontano, reprochó al arqueólogo Gómez Moreno que vivía preso entre los muros del "dialecto castellano", pero aquél se defendía argumentando que el mexicano le quería enseñar castellano a él, nativo de Toro; así se enfrascaban en dimes y diretes, cuando Reyes decía "No más eso faltaba", Gómez Moreno castizo y directo le reprochaba que no empleara la frase: "¡No faltaba más!".[84] El joven Alfonso se desquita aludiendo a los tópicos de los cafés madrileños, en los que durante varias horas se hacían vagas alusiones a una realidad que escapaba a la mente misma.

> Una tenuísima corriente de evocaciones pasa cosquilleando el espíritu. No se define nada. Precisar, duele… ¡Oh, voluptuosidad. Rueda, por las terrazas de Alcalá! calle arriba, allá abajo un vago rumor de almas en limbo.[85]

Reyes disfrutó de la compañía de Ramón del Valle Inclán en el café Regina y fue testigo de la ternura y de la aspereza de las madres madrileñas con sus hijos, y también de la corte de los milagros madrileña: guitarristas, cantadores, recitadores, implorantes, salmistas y maldicientes; unos se hacían acompañar de mujeres, otros de niños y otros más de perros. Remata con una paradoja: el mendigo español se vestía de mendigo. Una horda de carne seca y de harapos vociferando y alzando los puños, no sabían si para amenazar o para pedir, se les acercó amenazadoramente en San Esteban del Castillo; para su fortuna la sacristana del lugar los salvó haciéndolos entrar por una puerta y salir por otra, pero todavía los siguieron "unas cuantas mujeres con la cría a cuestas y los senos desnudos".[86]

La polémica latinos *versus* sajones la sintió muy cerca en España; por ejemplo, un agricultor andaluz rechazó que los latinos fueran mutilados porque la luz del sol no baña a la vez toda la Tierra: "Que hoy estemos así. Qué más da, si por nosotros pasó la luz y ha de volver". Cuando ese agricultor le preguntó si los

hispanoamericanos creían en España, le respondió que los de su edad ya todos creían en España; él antes de visitarla creía en la grandeza de su pasado, ya estando en España creía en su presente y en su porvenir. La lucha de clases asoma en la respuesta de ese agricultor: sólo tenía un revólver frente a 40 de sus trabajadores, y éstos pretendían no sólo ventajas justas sino aniquilar sus bienes. Maura era incapaz de resolver esos problemas. En Sevilla descansó de la gritería de Madrid y de la bufonada que confundían con la gracia andaluza, "fuerza ligera, libélula de color, querubín del alma". El americano, al llegar a Sevilla, sentía que había llegado a la puerta del mundo. En el hampa sevillana se reclutaron marineros y soldados que conquistaron y colonizaron el Nuevo Mundo: "¡Hasta los patios y naranjas de Sevilla me recuerdan mi casa de Monterrey!" Consignó que a los gitanos los llamaban "egicios", y mucho llamó su atención un venerado Cristo suave, rubio, dulcísimo, a quien no herían los clavos de la cruz, y que parecía flotar sobre las olas, que iba a "lanzarse del madero; en un vuelo de vaivenes líricos".[87]

El país vasco era otro mundo. Mes y medio disfrutó la estación veraniega en San Sebastián a partir de septiembre de 1914. Ahí platicó con Pablo Martínez del Río y compartió con Angel Zárraga horas "atléticas". En compañía de este pintor viajó en ferrocarril, en tercera clase, entre la servidumbre de las clases ricas que retornaban del veraneo, y no faltó mozo que le enseñara las piernas de una chica dormida y que guiñándole el ojo le dijera: "¡menos mal que hay cine!", chiste rudo y grosera bondad, comenta. En el tren de Santander a San Sebastián les preguntaban lacónicamente: "¿De fueras de España?" Cuando respondían que procedían de Madrid les preguntaban por las marquesas. La muchacha de una fonda les ofreció "jamón y paño", así "anda ya el español por estas tierras, a trastazos con el vascuence". Le sorprendió que la Guadalupana de México tuviera una capilla en Santa Ana. Por otra parte les desagradó la visita a un taller por-

que los obreros (por el abuso del vascuence y las juergas dominicales facilitadas por la proximidad de la frontera) habrían perdido el don de expresarse y querían que "con gestos, contorsiones del cuerpo y vagos mugidos" entendieran la fabricación de escopetas y pistolas. Delicado, Reyes se molestó porque estos hombrones rudos no supieran distinguir el tenedor para la fruta del tenedor para carne. Los hombres viejos y fuertes, vestían trajes negros y boinas azules, las mujeronas, feas, gordas, comelonas y viejas, vestían de manera igualmente insípida; contrastaban sus pendientes de piedras riquísimas "con sus zapatos torcidos y de tacón bajo y con sus peinados innobles". Los muchachos eran "unos becerros entre atontados y rabiosos"; él escuchaba "siempre con recogimiento y temor" su lengua que suena a disparate sagrado. Sorprendido averiguó que esos mal vestidos y mal lavados habían abandonado el balneario en espléndidos autos propios. En fin, Azorín le preguntó si ya conocía el balneario Zaldívar, *"lugar codiciado para hombre casado"*.★[88]

Mientras Martín Luis Guzmán recuerda las joyas falsas que vendía en la Puerta del Sol de Madrid, algunos españoles pedían en las Cortes ayuda para Amado Ñervo, porque hacía dos años y medio que no recibía su sueldo; en ese momento alguien recordó a los españoles expulsados de México.[89] Miguel Alessio Robles un año después, en 1916, explicó que los descendientes de Inglaterra y de España continuaban luchando en América, por lo tanto los mexicanos debíamos esperar todo lo malo de nuestros vecinos del norte. Luis G. Urbina sintió el hechizo de "la fantástica Toledo, goda, moruna, judaica" a la vista de sus chucherías.[90] Alfonso Reyes, después de ser confundido con su tocayo el rey de España en Lyon, llegó a Italia, por eso le pareció silenciosa la Península. En efecto, en Turin, hablaban como en Sevilla, suave y quedito. Afirma que los italianos acabaron por imponer "la disciplina del dibujo sencillo, sintético a nuestro Diego Rivera".[91]

En ese tiempo, el ex villista Manuel Chao luchaba por la libertad de Centroamérica y Argentina.[92] José Vasconcelos gozaba del castellano andaluzado de La Habana donde pese a la americanización de bares y hoteles de lujo todavía era "demasiado fuerte la savia allí vertida". En Peni Vasconcelos juzgó triste el Callao por falta de vegetación y por las brumas; decía que era como una especie de Veracruz con menos color y tráfico; en este puerto peruano abundaban *mestizos* y zambos, pero había pura sangre blanca en las clases media y alta. Al llegar a la aduana advirtió la afabilidad con que trataban a los extranjeros. La catedral de Lima no era comparable a la de México si bien no carecía de encanto, y los dulces que vendían en los portales eran de una refinada voluptuosidad. Riva Agüero le platicó que el ministro de Guerra peruano había hecho la "mexicanada" de fusilar a los principales oficiales en determinada ocasión. Vasconcelos señaló que los ricachos peruanos, al igual que los mexicanos anteriores a la Revolución, presumían de una superioridad biológica, pues uno de ellos le platicó que había enseñado a dañe baños de pies a "una jovencita que usufructuaba". Según el futuro "Ulises Criollo", eso era una cuestión de dinero, pues no era raro percibir incluso en la parte alta de los teatros de los barrios pobres y las aglomeraciones de los templos neoyorkinos el olor a "cabezas femeninas mal lavadas". En Perú, al igual que en México, minas, petróleo y grandes empresas-de transporte pertenecían a extranjeros, quienes importaban a sus propios empleados y sólo dejaban a los nativos las tareas serviles. En Lima lo llevaron a fumar opio a una casa regenteada por un chino, ahí lo hizo por primera vez pese a que en México tenía mucha clientela china en su bufete de abogado. Ingirió tres o cuatro raciones o pipas, esta droga no le produjo sueño "sino un despejo engañoso de la mente", y se prometió no volver a consumirlo. En los mejores sitios de galanteo admiró la hermosura del promedio de la raza peruana: cintura angosta, piernas largas, trato afable y finura de rasgos. Por influen-

cia de Riva Agüero dio una conferencia sobre "El pensamiento mexicano contemporáneo"; González Prada le pareció un hombre recto, pero lamentó su deseo de desquite contra Chile.

Dos años después Santiago de Cuba, le pareció una bahía muy hermosa, pero más hermosas eran sus mujeres, tanto que no podía imaginar cómo los cubanos podían "hacer otra cosa que estarlas galanteando". Kingston, en cambio, arquitectónicamente era inferior a otras ciudades antillanas: carecía de plaza con arcadas como La Habana, murallas como Cartagena, o catedral como Santo Domingo. Sobre todo, el negro no bromeaba con el blanco como en Cuba; el mulato (piel oscura y pelo rizado) abundaba pero era ignorado, al igual que en Estados Unidos volvía "a tirar a lo negro, porque lo otro le está vedado por la costumbre".

En fin, al término de la primera guerra mundial los ricos porfiristas desterrados vivían en París, los revolucionarios de medio pelo en Nueva York donde podían trabajar, los ínfimos en San Antonio.[93]

VICTORIA DEL HOMBRE MEDIOCRE SOBRE LOS PICAPEDREROS

En efecto, después de la primera guerra mundial muchos mexicanos fueron a Estados Unidos; fue en Nueva York donde comenzó la verdadera jornada. Vasconcelos juzgó ridicula la comparación de Nueva Orleans con París, ya que en realidad se parecía a Veracruz o a La Habana; la catedral y lo que quedaba de la plaza eran obra de un español. Los Ángeles era una ciudad nueva con edificios poco elevados, todos flamantes y playas de ensueño; en algunas de sus esquinas vendían flores como en México; en el ambiente había frescura y limpidez. El aire y las montañas seguían siendo mexicanos, pero las casas modernas y las gentes eran extranjeras, es decir, no mexicanas. De cualquier modo, Los

Ángeles no pasaba de ser un "rancho grande… orgullo de rastacueros" que no llegaron a Europa y patria predestinada de la ramplonería del cine mudo y hablado. En Santa Bárbara había mansiones patricias y lujosos hoteles. Chinos y españoles habían dado a San Francisco una aureola de misterio y de leyenda. San Diego, por sus mansiones y jardines merecía el calificativo de bella, y en sus inmejorables playas había "una abrumadora exhibición de cuerpos femeninos, escultóricos y ágiles en su semidesnudez descarada"; por la noche comían sandwiches o chorizos asados, y las parejas desaparecían con el pretexto de caminar la cena: *"Honi soit qui mal y pense*;* aprendió esa saludable lección frente al pecado de la murmuración usual en México en casos semejantes. Al visitar la biblioteca de San Diego recordó que en la construcción de California contribuyeron castellanos, holandeses, franceses, italianos y mexicanos mestizos, aun de Oaxaca, esto es, que no siempre habían sido "los nuestros esos parias picapedreros que hoy reparan el pavimento por donde pasan los coches de los amos nuevos". De ahí saltó a la autodenigración calificando a los mexicanos de "bastardos hijitos de Hidalgo", que al igual que ex mexicanos de Texas y California celebran el grito de Dolores, es decir, el cambio de yugo.

Los Ángeles poseía todo el encanto de una ciudad de jardines, la gente vestía como de nuevo y las casas tenían el brillo de lo recién barnizado, pero no tenía la "más leve huella de alma". Las chicas concurrían a, bailar y a beber a los cabarets. Divide a los metecos en italianos (dagos), *jew* (excluidos los pobres y los personajes de Israel) y los *Mexicans*. Una de 40 bailarinas hispanas que trabajaban en Los Ángeles manifestó un gran alboroto por visitar México para hacerse de un amante indio; de inmediato, el compañero de Vasconcelos se ofreció como voluntario, pero fue rechazado porque era blanquito, la española lo quería "auténtico". En California celebraron la victoria de la primera guerra mundial con pitos y el ruido de cacerolas, bocinazós, y silbatos;

ese ruido sajón le pareció áspero y arrítmico, en contraste con "el tumulto melodioso de nuestras multitudes". En el baile de las naciones en Washington triunfaron las hispanoamericanas; algunas veces en la vida real triunfaban modelos y coristas que se casaban con millonarios porque la plutocracia no era una casta cerrada. En compañía de una bailarina española asistía en Nueva York a las localidades altas del Columbus Circle; en esos teatros el público de todas las localidades circulaba por salas y vestíbulos "en democrática confusión". En cierta ocasión cenó chop suey con té a discreción por sólo 25 centavos. Invitado por la junta patriótica de mexicanos de San Diego, el 15 de septiembre de 1918 pidió vítores simultáneos a Hidalgo y a España; un empleado carrancista protestó contra todo lo español con morbo de mestizo, de "indio y de judío… de indio y de negro de Pullman". Vasconcelos recuerda que la mayoría del público lo apoyó.[94]

Dos años después se discutió en Washington intervenir en México a propuesta del senador Fall; Sánchez Gavito (ex senador en 1912), aunque aprobaba en general los libros de Bulnes y de Calero, consideraba que la única esperanza de orden en México eran los expatriados pero rechazó una intervención extranjera por innecesaria. México, a la larga, solucionaría sus problemas y la intervención sólo empeoraría las cosas. Interrogado por el plazo de la solución respondió que la vida de un hombre es corta frente a la de un país: los acreedores ingleses, por ejemplo, esperaron 70 años a que se les pagara.[95] Los antiguos porfiristas Julio García y Genaro Fernández MacGregor participaron en calidad de técnicos, de asesores, de Fernando Iglesias Calderón a mediados de 1920 para convencer a Estados Unidos que los autores del Plan de Agua Prieta reunían los requisitos necesarios para asumir obligaciones internacionales. Fernández MacGregor recuerda que Washington entonces era una ciudad provinciana, y sus vecinos serviciales y simpáticos. Trocó pechera, cuello y puños al-

midonados y chaleco por un traje blanco *palm beach* y calzado de lona. Mayores molestias les causó la reducción de su servidumbre mexicana de cuatro o cinco personas a una camarera para todo el servicio.[96]

Víctor Manuel Villaseñor se diplomó en 1920, a los 17 años de edad, en la escuela de leyes de la Universidad Americana de Los Ángeles, siendo el primer mexicano que logró ese honor. En los años 1921-1924 estudiaba en las mañanas en la Southern California University, en las tardes corría las 440 yardas, pero ni en California ni en las olimpiadas de Holanda de 1928 obtuvo el primer lugar. Villaseñor creía vivir en el mejor de los mundos posibles: tenía salud, juventud y (descontado el gasto de su colegiatura) 200 dólares mensuales que le permitían vivir "con largueza"[97] Por entonces Vasconcelos juzgaba a Nueva York como un "monstruo fascinante y sombrío", la patria de Mammon, una lacra del mundo; el arquetipo del futuro para él eran Río de Janeiro y Buenos Aires.[98] Nueva York poseía todo lo feo del mundo, pero también todas las audacias; era una ciudad para ser vista a distancia o desde arriba; ninguna ciudad del mundo terminaba sus casas con tanto lujo; su vista nocturna era el espectáculo más asombroso que pudieran disfrutar los ojos humanos.[99]

El secretario de Hacienda Adolfo de la Huerta roció con abundante alcohol la comida que ofreció a cinco senadores americanos, además de obsequiarles sendas botellas de licor. Así le fue fácil explicarles que la Constitución de 1917 transformaba a los propietarios en concesionarios.[100] De la Huerta vio una película de Wil Rogers en la que con razón se comentaba que era sumamente raro ver a un ex presidente mexicano vivo; olvidaba, sin embargo, que no pocos presidentes americanos también habían sido asesinados. Agustín Lazo escribió a Carlos Chávez, en mayo de 1925, que San Antonio era tan grande como la ciudad de México (seguramente exageraba); esa ciudad y el jazz le habían gustado muchísimo y se divirtió viendo a las gringas refre-

garse contra los americanos "y a ellos importarles un comino". La comida era admirable pero absolutamente química.[101]

Una señora americana, ese mismo año de 1925, hizo una colecta para que Daniel Cosío Villegas estudiara un semestre en Harvard; en Nueva York lo recibió Octavio Barreda quien lo llevó a vivir a su departamento, le enseñó el *subway* y lo acompañó a teatros, cines, museos y conciertos. Cosío Villegas se encolerizaba porque su inglés entonces se reducía a *ham and eggs*. Estudió en esa época el comercio del azúcar en el siglo XVI en un seminario de historia económica del periodo 1450-1750 que por primera vez se impartía en una universidad. Pese a comer o cenar con sólo 30 o 35 centavos de dólar casi no podía enviar dinero a su esposa en México; a ésta incluso le cortaron la luz de su casa en una ocasión. Estudió el segundo semestre con una beca de 80 dólares de la World Peace Foundation, pero subsistieron sus problemas familiares. Después, con una beca de la Fundación Rockefeller, estudió en Wisconsin y de paso escuchó las conferencias de Vasconcelos en Chicago; el oaxaqueño, que no era un buen profesor, atribuyó su insatisfacción a la ingenuidad de los estudiantes americanos que no tenían la malicia y perspicacia de los preparatorianos mexicanos. La situación de los Cosío Villegas cambió en Boston porque ahí había de todo. Después de ver una manifestación en homenaje a Lindbergh se fue a estudiar economía agrícola a Cornell, donde no había ni cine. Ahí conocieron a León Felipe, de quien fueron sus primeros amigos mexicanos. Washington le pareció entonces una ctudad sumamente agradable, entre otras razones porque la mayoría de sus 300 000 habitantes eran blancos. Cosío Villegas admiró los catálogos de la Biblioteca del Congreso, superiores a los del Museo Británico. En cierta ocasión el embajador F. Castillo Nájera (al parecer siguiendo la tradición de Adolfo de la Huerta) ofreció abundante whisky a cuatro senadores platistas y colocó una caja de esa bebida en la cajuela de sus respectivos automóviles; los senadores

agradecidos le ofrecieron que lograrían que el secretario del Tesoro suspendiera las compras de plata para dar tiempo a México a encontrar una solución al problema de ese metal. Muy satisfecho Castillo Nájera le comentó: "Ya vio usted… así hay que tratar a estos hijos de la.. Ese mismo año de 1925 Cosío Villegas fue a oír al Town Hall de Nueva York el Sonido 13 de Julián Carrillo, esto fue posible porque a cuatro o cinco damas americanas les cayó en gracia ese vivaracho "indito"; esas damas gastaron 50 000 dólares en presentar su concierto. Carrillo, vestido con un "levitón negro, mal planchado y reluciente" y hablando un inglés "bien martajado, pero comprensible explicó su teoría".[102]

El curso de Vasconcelos sobre sociología hispanoamericana en Chicago» en 1926, contó con un buen número de alumnos, le dio ese título, no historia, porque los hechos no le interesaban. Al año siguiente Vasconcelos se enteró en Nueva Ybrk del viaje de 100 "maestrítas" mexicanas a Boston donde estudiarían un mes. Se enteró también que varios pensionados mexicanos en la Universidad de Columbia, elegidos entre protestantes nativos, justificaban los crímenes de Calles; durante un debate público, al denunciar los asesinatos de Serrano y de Gómez se ganó un aplauso general, repetido y prolongado. Una "paisanita trigueña", probablemente aleccionada por el consulado, le preguntó si esos generales representaban a la reacción y Calles a la revolución, Vasconcelos Te respondió que Calles representaba el crimen. Un joven haitiano le preguntó qué papel asignaba al negro en la cultura hispanoamericana, le contestó que el mismo glorioso que Bolívar al aceptar la protección del presidente negro de Haití, y cuando un norteamericano le preguntó si era correcto que abusara de la hospitalidad de Estados Unidos para censurar a sus estadistas le respondió:

> Y qué es peor, señor mío: venir aquí desarmado a condenar la injusticia, o ir por allá con escuadras a cometer atropellos y fusilar patriotas ¡como, por ejemplo, en Nicaragua!

Su respuesta fue recibida con aplausos y vivas a Nicaragua. *The New York Times* escribió que a Vasconcelos no le gustaba que Lindbergh hubiera visitado México. Con cierta preocupación se enteró de que su discípulo Eyler N. Simpson, después de estudiar dos o tres años en México al amparo de generosa beca, investigaría las posibilidades económicas de nuestro país; de este modo el Departamento de Estado aprovecharía los conocimientos de ese americano que sabía más de México que ningún mexicano. Estados Unidos estaba formando una verdadera aristocracia en sus universidades. La metodista North Western University, fue tolerante con él, pero ya no volvió a invitarlo. De Chicago recuerda el frío, la colección de estampas de Goya y sus barrios exóticos, pero un poco falsificados de chinos, sirios, negros, mexicanos e italianos. Vasconcelos, que no carecía de prejuicios raciales, no quiso dejar a su hija en esa ciudad por temor a que se enredara "o peor aún", que se casara con un chofer italiano o con un peluquero filipino. Era mejor que se casara entre los suyos, en Los Ángeles podría volver a -tratar gente "de su raza y condición".

Estados Unidos era un país monótono, al igual que Nueva York todas las ciudades tenían su Broadway y su Main Street. Elogió, en cambio, la cortesía americana, espontánea y no formal como la europea. Texas era un desierto salpicado de poderosos centros ganaderos e industriales como Dallas y Fort Worth; San Antonio, en su tropicalismo industrializado disponía de algodón y petróleo; en fin, en las orillas del río Bravo había un fértil valle de frutas. Identificó en un joven amigo que lo había acompañado a Chicago, al idealista de *The Plumed Serpent* de Lawrence; ese amigo le platicó que Mabel Dodge no era la primera ni la última blanca que se había casado con un indio puro. Las casas blanqueadas de Taos, típicamente árabes o españolas, recordaban las Baleares o las Canarias. Santa Fe era idéntica a cualquier ciudad provinciana mexicana, pero aún más pobre

porque fue el extremo de la cultura colonial hispanoamericana, en efecto, las

> viejecitas enlutadas como las que todavía salen de las viejas casas de Santa Fe, las vemos por todos los sitios de influencia árabe española desde el interior de México a los barrios pobres o de Salónica o de Cádiz o de Lima. La nota indígena falta por completo.

Taos, típico pueblo indígena del norte, era un aduar; los indígenas danzaban con sus trajes de gamuza decorados con espejos y plumas, enfundados sus pies en *maucasin*; las indias, de sedosos ojos, eran bonitas. Mal tocaban en viejas guitarras canciones con letra inglesa, residuos del folklore mexicano.

El Gran Cañón le pareció encantador. Admiró los viñedos de California aunque los californios no quisieran recordar su origen mexicano, "acaso tengan razón". En flamante expreso (disponía de biblioteca, sala de baños y barbería) atravesó de Oregon hasta Seattle. También lo cautivó la sencillez del lenguaje americano. En septiembre y octubre dio varias conferencias, generalmente pagadas, a un público tan atento como numeroso. En Corpus Christi, un grupo de texanos de origen mexicano, bien establecidos y acomodados, le ofrecieron repatriarse con sus capitales si en México se establecía un gobierno civilizado. Un senador de California elogió la política escolar anticatólica de Calles, pues también a él le gustaría cerrar las escuelas parroquiales.[103]

Jaime Torres Bodet, joven poeta que había sido secretario particular de Vasconcelos en la Secretaría de Educación, hizo un rápido viaje a Toronto, Montreal, Washington y Nueva York en 1926 en compañía del doctor Gas-telum con motivo de una conferencia sanitaria celebrada en la capital de Estados Unidos. Torres Bodet comenzó a formarse la idea de que el norteamericano individualmente a menudo es franco, recto, sencillo, intrépido y generoso, pero colectivamente adquiere una insolencia imperial que necesariamente choca con el resentimiento mexi-

cano presto a defenderse de una invasión armada, si bien aceptábamos, "casi con gratitud, la invasión pacífica y económica".[104] En medio siglo nuestro país aceptó con entusiasmo la tan temida conquista pacífica.

José Clemente Orozco volvió a Nueva York gracias a la generosa ayuda de Genaro Estrada (pasaje y dinero para subsistir tres meses). Orozco admiró el muy digno porte de los negros de Harlem, "algunos tan negros como la pulpa del zapote prieto", todos muy altos y bien formados; las jóvenes estaban desesperadas por blanquear su cutis y volver lacio su pelo ensortijado. Algunos negros enriquecidos se daban el lujo de tener servidumbre de raza blanca. Las muchachas eran de rasgos sumamente enérgicos, fuertes, duras, y de una increíble esbeltez; las actrices y bailarinas no se parecían a las de ninguna otra raza. Ellos, pese a su vigor lloraban como niños. En el barrio italiano vio una obra hablada en *yiddish*: el hijo mayor de una familia, sonsacado por un sacerdote católico a punto estuvo de abandonar su fe mosaica. En el barrio italiano las familias se sentaban en plena calle a platicar y escuchar los cilindros, mientras la ropa se secaba atravesada de ventana a ventana. Teatritos de títeres representaban dramones y tragedias truculentas de amor, traición y celos, en formidables castillos. Cerca de ahí en su Greenwich Village, visitó la casa de Carlos Chávez, pequeña pero suficiente para alojar su gran piano. En sólo dos minutos se podía llegar a China y a Japón, es decir, a sus respectivos barrios; el primero celebraba su año nuevo a mediados del nuestro, con las ondulaciones de un dragón de cartón y manta pintada que ocupaba tres calles y con tronadera de cohetes, chop suey y langosta; los japoneses comían corales, pulpas, estrellas y caracoles.[105]

Nemesio García Naranjo vivió de nueva cuenta en Estados Unidos del otoño de 1920 a principios de 1928. Angustiado porque los 600 dólares mensuales que obtenía de sus colaboraciones periodísticas en Estados Unidos, México, Cuba, Caracas y

Buenos Aires se redujeron cuando Calles prohibió la publicación de sus artículos en México, se dedicó a dar conferencias, muy bien recibidas, sobre la persecución religiosa desde una perspectiva liberal, no católica ortodoxa. Trató a la mayoría de los obispos desterrados, muchos lo honraron con su amistad personal, a sabiendas de que no era ultramontano sino liberal, pero no jacobino; el neoleonés estaba convencido de que (acaso con la excepción de Manríquez de Zarate) los obispos no pretendían resucitar las pugnas del pasado. Como su cuñado Ignacio E. Lozano y el gerente de *La Prensa* lo vieron muy enfermo cuando llegó a San Francisco le pidieron que suspendiera su conferencia, pero se negó porque ya lo esperaban más de mil personas. Suspendió, en cambio, la de Brownsville porque se preparaban desórdenes en su contra; esto aumentó la asistencia del público en Weslaco, MacAllen y Río Grande; centenares fueron de Matamoros a escucharlo a Estados Unidos; de esas conferencias obtuvo una ganancia neta de más de mil dólares. García Naranjo disponía de dos guardaespaldas para defenderlo de agresiones como las que sufrió Lucio Blanco; el cónsul mexicano en El Paso maniobró inútilmente para impedir que diera su conferencia en esa ciudad. Aburrido por el alejamiento de su patria, en tres semanas recorrió Detroit, Chicago, Pittsburgh y otras ciudades, donde palpó la capacidad económica de los americanos, a quienes en un principio creyó esclavos de sus fabulosas fábricas, pero después comprendió que se servían de ellas para fortalecer su país. Vio la quiebra de la bolsa de valores en Nueva York en 1929, al parecer sin entender la gravedad de la crisis, que para él tuvo la feliz consecuencia del abaratamiento de los hoteles.[106]

Otros dos mexicanos también fueron testigos de la crisis de 1929. José Clemente Orozco, una mañana, vio correr más de lo acostumbrado a los neoyorkinos; los bomberos, la policía y la Cruz Roja recogían de las calles a los suicidas, algunos empleados apostaban a qué hora se suicidarían sus patrones.[107] Víctor

Manuel Villaseñor vio largas filas de hombres y mujeres de todas las edades que en Nueva York, Pittsburgh y Filadelfia esperaban una taza de café sin comprender el abismo en que habían caído. Al parecer el joven burgués Villaseñor encontró su camino de Damasco en esta crisis, pues a partir de entonces se dedicó a estudiar a Marx en francés, y a Lenin en inglés y otras muchas obras marxistas y sobre la URSS. Se hizo amigo del presidente de la Sociedad de Amigos de la URSS en Estados Unidos y trató a John Strachey y a varios amigos de Diego Rivera, quien acababa de pintar un mural en el Rockefeller Center.[108]

El empeño norteamericano por dominar a Calles obligó al presidente mexicano a ordenar a Cárdenas que incendiara los campos petroleros si los norteamericanos desembarcaban en Tampico; el presidente Coolidge también se moderó porque agentes mexicanos se apoderaron de documentos que mostraban un plan para derrocar a Calles y éste amenazó también con publicarlos si desembarcaban.[109] Mientras tanto, Vasconcelos proseguía su odisea; era uno de los tres millones de mexicanos que el militarismo había arrojado del país; en su creciente amargura calificó de "mezquino" el barrio mexicano de San Francisco, lo cual le parecía natural porque en todas partes los mexicanos se encontraban en lo más bajo de la escala social.[110] Pablo González y Jacinto B. Treviño también huyeron a Estados Unidos; este último presenció las colas que se formaron en 1929 para recibir alimentos. En lo personal su situación mejoró porque se ocupó de la compra de bienes raíces y de la promoción de algunos valores de la bolsa de Nueva York; así pudo educar a sus hijos, uno de ellos, por cierto, rehusó adoptar la nacionalidad americana para obtener una beca universitaria; al final de cuentas a su regreso a México, ese muchacho asesoró a grandes empresas mineras. Por su parte Pablo González, sorteó el problema económico encabezando un negocio bancario.[111]

Salvador Novo visitó Estados Unidos en un viaje de muy diferente naturaleza. Le sorprendió que en los comercios de El Paso, Texas, se hablara español, pero los empleados, aunque "mexicanos evidentes", pretendían hacerlo con dificultad; lo más probable, era que fueran americanos de origen mexicano. En su hotel de Nueva York le mostraron las llaves del agua fría y caliente, el sacacorchos, las agujas y el hilo, el "servidor" donde se coloca la ropa sucia y se devuelve limpia, y el radio. Atenta voz automática le preguntó si estaba cómodo en su cuarto, por supuesto sin esperar la respuesta le dio las gracias y terminó la conversación. Novo no resistió tantas maravillas y presuroso se mudó a la casa de una tía suya, vecina de esa ciudad.[112] Poco después, cuando Cosío Villegas fue a Washington a dar una conferencia sobre comercio, Fernando González Roa registró a Jesús Silva Herzog como J. Silva H. para evitar un posible antisemitismo, pero muy cerca de ahí tropezaron con una tienda de Sol Herzog y en la conferencia con un Benjamín Cohen.[113]

Por cierto que José Juan Tablada ayudó a Orozco y a otros artistas me-xiqanos a exponer en Nueva York. Tablada se abrió paso en esta ciudad, trató a Leopoldo Stokovsky, y Edgar Varese le puso música a su poema *La croix du sud* que con gran éxito cantó Nina Kochetz. De cualquier modo, el poeta mexicano acusó a los americanos de que en la mayor parte de las cosas tenían ideas superficiales y absolutamente erróneas sobre México.[114]

Los dibujos de Orozco de esa época ya llamaban la atención; algunos juzgaron que la condición del peón mexicano era semejante a la de los "intocables" en la India; pero según el pintor jalisciense comparado con éstos era "inmensamente feliz", escribió tal vez con patriótica exageración. De cualquier modo, Orozco pintó entre 1931 y 1934 un mural en el Darmouth College de Hanover, New Hampshire, después de vencer la oposición a que un extranjero trabajara en una institución considerada como uno

de los santuarios del "americanismo más puro", pese a estar cargados sus apellidos de consonantes. En opinión de Orozco, esos críticos no comprendían que su pintura era una manifestación de las más preciadas virtudes americanas: la libertad de pensamiento, palabra, conciencia y de prensa. Orozco confiesa que, finalmente, no quedó clara la relación inicial de su proyecto con Quetzalcóatl.[115]

El diplomático Fernández MacGregor, a mediados de 1931, ya se sentía tan adaptado a Estados Unidos que él y su esposa no pasaban por extranjeros: vestían igual que esos perfectos burgueses (habían renunciado a su indumentaria) y habían adoptado las "actitudes ambientes". Sólo los distinguía el habla y eso hasta cierto punto, porque en ese lugar abundaban los americanos naturalizados. De cualquier modo, los yanquis no ayudaban a los principiantes que no hablaban con su sonsonete, sólo se encogían de hombros insinuando que no entendían a su interlocutor. Fernández MacGregor, en actitud similar a otros mexicanos, frente al mástil conmemorativo del hundimiento del "Maine" hizo una "imprecación mental contra los mendaces gobernantes yanquis que ordenaron su hundimiento para sus fines imperialistas". Todas las noches asistían al cine. Como sin ser bebedor le gustaba el buen vino, le molestaba la prohibición, y como no pedía permiso para importarlo se atenía a los infrecuentes regalos de sus colegas diplomáticos.[116]

Por su pane, García Naranjo habló en Nueva York a principios de 1934 con el ministro mexicano José Puig Casauranc, quien comenzaba a estudiar medicina cuando él terminaba sus estudios jurídicos. Cuando Puig Casauranc le preguntó cuándo tendrían el gusto de verlo en México respondió que sobraban las caretas, porque a sus cincuenta años de edad, 20 de ellos en el exilio, estaba fatigado. Los mexicanos lo invitaron a celebrar el 5 de mayo en el teatro Manhattan; a un público formado por más de 70% de centroamericanos, chilenos, colombianos, argentinos

y sobre todo puertorriqueños, explicó que México salvó en Puebla la soberanía del Nuevo Mundo. Viajó a Chicago en un Cadillac de siete asientos, se maravilló del crecimiento de esa ciudad que al aumentar de 4 000 a 4 000 000 de habitantes se convirtió en el centro ferrocarrilero más grande del mundo, "ejemplo de lo que puede hacer el hombre mediocre, el tipo común y corriente, que sin dones excepcionales del espíritu se ha colocado en la línea de vanguardia de la vida humana". Los Ángeles no le inspiró reflexiones filosóficas, pero gozó de sus "bellísimas playas", aunque no tanto como las de Acapulco. Al final regresó a México gracias a las gestiones de Toribio Esquivel Obregón; los empleados de la aduana de Laredo lo abrazaron y no revisaron sus seis baúles. Así terminó el largo exilio de este otro Odiseo criollo que había visto cómo en Nueva York los europeos al cabo de unos cuantos meses se nacionalizaban norteamericanos; él pudo haberlo hecho con poco esfuerzo pero prefirió "la pobreza y el sacrificio antes de triunfar con otra bandera que no era la mía".[117]

Genaro Fernández MacGregor volvió a Nueva York a principios de 1936, pero ya en avión. Encontró la misma humanidad "búlleme", *go-getters* o aprendices de ellos; la misma miseria al lado de la cueva de Alí Babá en los innobles suburbios donde se aglomeraban millones de desempleados que apenas comían y dormían, que vivían de la "caridad" del *New Deal* (cinco dólares semanales) sin que uno solo de ellos aceptara trabajar por tres dólares diarios en la limpia de las calles sobrepavimentadas con una durísima capa de polvo y de hielo. Ese reparto social creaba imprevistas aristocracias. Miles de muchachas ostentaban en sus caras pintadas duros rictus de lucha, ojos fríos, hoscos y ávidos, de fieras. El alcohol les daba "facticia" y distensión, frotándose con sus compañeros en los epilépticos ritmos del jazz, soñando con ser estrellas de cine, pero al día siguiente estarían *blues*★ y tendrían que "trabajar para algún judío avaro". Con dureza calificó

las películas americanas de insulsas, como las de los payasos Eddie Cantor, Wallace Beery, Victor McLagen y Chaplin. En los cabarets había kilómetros de carne de coristas semidesnudas, desganadas, sonrientes y rítmicas, "chistes gruesos, música latonizada, negroide. ¡Asfixia!" Al regresar en ferrocarril a México vio una bacanal de viejas señoronas en busca de emociones, incitadas por machos que se cuelgan a la bandolera sendas cantimploras de "Berreteaga". Reitera su antisemitismo: la gente aplaudía al judío corrupto de la música. Las masas querían pan pero con más ansia circo, y circo era todo: los diarios, "las convenciones comerciales, la política, la Iglesia". Ya se habían acabado los contrabandistas del alcohol, pero quedaban los "pandilleros" dueños de todos los vicios, magnates que podían depositar fianzas de un millón de dólares; "acecha el comunismo" advierte. Pero es equitativo, en México denuncia "huitzilopochtilismo": ciertos revolucionarios inspiraban temor por su rudeza y agresividad, armados con pistolones.[118]

Muy diferente, por su optimismo, es Pedro de Alba quien en febrero de 1940 felicita a Carlos Chávez por la dirección de la Orquesta Sinfónica Nacional en Washington, "un verdadero triunfo para nuestra patria". Este triunfo lo repitió Chávez cuando en mayo de ese mismo año dio "insólito" concierto (palabras de Claire R. Reis) en Nueva York con motivo de la Exposición de Arte Mexicano en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.[119] Cuatro años después, cuando en Breton Woods se intentó reorganizar la economía mundial, Cosío Villegas recuerda que los dos primeros días carecieron de agua caliente y de servicio de lavandería porque los hombres se ocupaban de la guerra. Aprovechó la recepción de la delegación rusa para comer caviar, manjar que mucho le gustaba desde que unos doce años antes pagaba a doce francos la porción en París. En contrapartida, a los soviéticos los deslumbraban las entonces en boga plumas Parker, pero confiaban en su fracaso para comprobar el engaño de la propa-

ganda capitalista que aseguraba que no manchaban. Cosío Villegas y el joven Víctor Urquidi se "desmayaron" de alegría al ver en esa reunión a sus "grandes y adorados" maestros ingleses: Keynes, Robinson y Robbins. La delegación mexicana objetó que sólo Estados Unidos, Inglaterra y Francia pudieran examinar los préstamos y que la conversión a dólares fuera obligatoria. Keynes desechó con brusquedad esta objeción; sin embargo los países latinoamericanos lograron tener representantes en la junta de gobierno del Banco Mundial y en el Fondo Monetario Mundial de Reconstrucción.[120]

Notas al pie

[1] Gamboa, *Mi diario. Mucho de mi vida y algo de la de otros*, 1907, vol. I, pp. 37, 39 y 188-189; vol. III, pp. 37 y 39.

[2] Wilson, *Diplomatic episodes in Mexico, Belgium and Chile*, 1927, p. 225.

★ Las cursivas son de Federico Gamboa.

[3] Gamboa, *Mi diario*, vol. I, pp. 4, 9, 12, 23, 28, 83-84, 90, 94 y 119.

[4] *Ibid.*, pp. 46, 144.

[5] *Ibid.*, vol. I, pp. 116 y 146.

★ Las cursivas son de Federico Gamboa.

[6] *Ibid.*, vol. I, pp. 151, 156, 159, 162, 173, 175-176 y 182.

[7] *Ibid.*, vol. I, pp. 182-187, 189, 213, 237 y 239; vol. II, pp. 27, 55, 63, 66, 68-74 y 81.

[8] *Ibid.*, vol. II, pp. 101, 103, 113, 117, 141, 146, 149, 154, 159, 161-166, 173, 197, 201, 204, 209, 212-214 y 223.

★ En cursivas en el original.

[9] *Ibid.*, vol. II, pp. 248, 274 y 283; vol. III, pp. 13, 15 y 47.

[10] Vasconcelos, *Ulises criollo*, 1935, pp. 379-381.

[11] Siqueiros, *Me llamaban El Coronelazo (Memorias)*, 1977, pp. 102-103 y 143-144.

★ En cursivas en el original.

[12] Gamboa, *Mi diario*, vol. III, pp. 49, 65-66, 91-93, 99, 102-103, 118, 122, 133 y 161.

★ Es de suponerse que, de acuerdo con esta opinión, el mestizaje de tehuanas e italianos pudo ser apetecido por quienes anhelaban blanquear México.

[13] *Ibid.*, vol. III, pp. 162, 166, 218, 228-229, 231, 244, 255-256, 282-283, 285, 288, 292, 299, 306, 326-328, 331-332, 334-335, 363, 372-373, 378, 380, 384, 406, 419-428, 433-434, 439, 441-442, 444 y 447; vol. IV, pp. 5, 34-37, 53-54 y 57; vol. V, pp. 5, 29 y 37.

[14] *Ibid.*, vol. IV, 137, 151 y 177; vol. V, pp. 85 y 97.

[15] *Ibid.*, vol. IV, pp. 235, 249, 254, 256,259, 288, 299, 301, 318-319, 325-328, 334 y 633; vol. V, p. 16.

[16] *Ibid.*, vol. V, pp. 152, 162, 168, 173, 176, 195-197 y 199-200.

[17] *Ibid.*, vol. IV, pp. 98-101, 157, 163 y 167; vol. V, pp. 187, 224, 235, 239-243, 259, 274-275, 282-286, 289-292, 303, 321, 327-328, 332, 335 y 337.

★ Las cursivas son de Federico Gamboa.

[18] Ibid., vol. V, pp. 44, 95, 221, 236, 347, 350, 369, 379, 385, 388-389, 424-425, 438 y 452-454.

[19] Wilson, *Diplomatic episodes*, 1927, pp. 167-172, 185-187, 190, 201, 203, 223-224 y 239.

[20] Gunn, *Escritores norteamericanos y británicos en México*, 1977, pp. 66, 69-70, 80-81 y 207.

[21] Turner, *The dynamic of Mexican Nationalism*, 1968, pp. 244-245.

[22] O'Shaugnessy, *A Diplomat's wife in Mexico*, 1916, pp. 11, 15, 31 y 33.

[23] *Ibid.*, pp. 17, 38, 58, 70-71, 93-96, 113-114, 164, 190, 199, 207, 243, 252, 263, 266, 282-283, 289, 290, 295-298, 301, 305, 315-317, 335-336 y 349.

[24] Reed, *Insurgent Mexico*, 1969, pp. 10, 15, 49-50, 101-102, 137, 139, 142-146, 150, 162, 190, 197, 199, 207, 216, 225, 232-233 y 338.

[25] *Ibid.*, pp. 54-59, 63-74, 77-91, 113-114, 122-125, 131-133, 157, 198 y 208.

* En español en el original.

[26] Dunn, *The crimnson jester Zapata of Mexico*, 1944, pp. 21, 24, 27, 37, 41-42, 62, 71, 74, 84, 190, 199 y 209.

[27] González Casanova, *La clase obrera en la historia de México. En el primer gobierno constitucional (1917-1920)*, 1980, pp. 146-157, 164-165, 182, 203-206; Magdaleno, *Escritores*, página 27.

[28] Gunn, *Escritores*, pp. 94-95 y 160.

[29] Magdaleno, *Escritores extranjeros en la Revolución*, 1979, pp. 93, 96 y 182-183.

[30] Gunn, *Escritores*, pp. 121, 129 y 158.

[31] Dewey, *Impressions of Soviet Russia and the revolutionary world; Mexico-China-Turkey*, 1929, pp. 139, 144, 153, 161, 163, 178, 182, 190 y 194.

* El líder campesino Ursulo Galván lo antecedió en 1923.

[32] HM 116, pp. 625-630 y 632-636; *Relaciones mexicano-soviéticas (1917 1980)*, 1981, p. 68.

[33] García Riera, *México visto por el cine extranjero*, 1987, vol. I, pp. 189-196.

[34] Eisenstein, *Yo. Memorias inmorales*, pp. 377-386.

[35] García Riera, *México*, vol. I, p. 196.

[36] *Ibid.*, vol. I, pp. 13, 20, 56, 63, 82, 87, 98, 115, 139, 179, 188, 210-211, 215-216, 233-234, 239, 251 y 257; vol. II, pp. 23, 44, 81, 98 y 165.

[37] Diadiuk, *Viajeros anglosajones en México*, 1973, pp. 73-77, 84, 88-89, 96 y 193-198.

[38] Daniels, *Diplomático en mangas de camisa*, 1949, pp. 3-9; Cronon, *Josephus Daniels in Mexico*, 1960, pp. 16 y 86.

[39] Cronon, *Josephus Daniels in Mexico*, 1960, pp. 16 y 86.

[40] Daniels, *Diplomático* …, pp. 9-11, 571; Cronon, *Josephus*, pp. 21, 28 y 66-67.

[41] Daniels, *Diplomático*, pp. 280, 302, 306, 308, 313 y 319; Cronon, *Josephus*, p. 232.

[42] Daniels, *Diplomático*, pp. 203-204, 215 y 411-415.

[43] Cronon, *Josephus*, pp. 115, 252 y 258-259; Daniels, *Diplomático*, pp. 137-138, 252, 393, 429, 481, 526 y 559.

[44] Diadiuk, *Viajeras*, pp. 99, 103 y 107.

[45] Gunn, *Escritores*, pp. 215-216.

[46] Gunn, *Escritores*, pp. 212, 215-216 245, 253-254, 261-263, 267, 272-274, 284, 291, 298 y 305-308; Diadiuk, *Viajeras*, pp. 123, 131-132 y 135.

[46bis] García Naranjo, *Memorias*, vol. I, pp. 56, 159-160, 165-166 y 168-169.

[47] García Naranjo, *Memorias*, 1956-1963, 10 vols., vol. IV, pp. 30, 42; vol. VIII, p. 45.

[48] Vasconcelos, *Ulises*, pp. 35-38, 48, 397-404, 411-412 y 441.

[49] Madero, *Las memorias y las cartas*, 1956, pp. 15-17.

[50] *Ibid*., pp. 26-27.

[51] Rodríguez, *Autobiografía*, 1962, pp. 35-37.

[52] Cockroft, *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution 1900-1913*, 1968, p. 217.

[53] Villaseñor, *Memorias de un hombre de izquierda*, 1976, vol. I, pp. 3 y 87.

[54] Pani, *Apuntes autobiográficos*, 1945, p. 164.

[55] Puente, *La dictadura*, p. 301; Meyer, *Mexican*, pp. 124, 127 y 129-134.

[56] Vasconcelos, *La tormenta*, 1937, pp. 35-38 y 45-46.

[57] Fowler, *The Agrarian Revolution in the State of Veracruz, 1920-1940; the role of peasant organization*, 1970.

[58] Fernández MacGregor, *El río de mi sangre. Memorias*, 1969, pp. 252-272.

[59] Orozco, *Apuntes autobiográficos*, 1966, pp. 50-57.

[60] Siqueiros, *Me llamaban*…, pp. 134 y 138.

[61] Orozco, *Apuntes*, pp. 49 y 61.

[62] Pani, *Apuntes*, p. 219; Teixidor, *Viajeros*, pp. 237 y 242.

[63] Gamboa, *Mi diario*, vol. IV, pp. 113-114.

[64] Guzmán, *A orillas del Hudson*, pp. 44, 67, 95-97, 128-129, 133, 147, 155-156, 164, 168 y 170.

[65] García Naranjo, *Memorias*, vol. IV, p. 2; vol. VIII, p. 48; vol. IX, pp. 16, 18 y 134.

[66] *Ibid*., vol. IV, p. 59; vol. IX, pp. 82,91, 144-145, 152, 154-155, 157, 175-176, 191-196, 207-208, 235, 251, 255 y 264-265.

[67] Madero, *Las memorias*, pp. 19-25 y 91-92.

[68] Cabrera de Tablada, *José Juan Tablada en la intimidad*, 1954, p. 85.

[69] Reyes, *Norte y sur (1925-1942)*, 1944, pp. 31, 33-34 y 38.

[70] *Ibid*., pp. 25-27.

[71] Villaseñor, *Memorias*, pp. 87-89.

[72] Vasconcelos, *La tormenta*, pp. 47, 50-51, 53-54, 58 y 71.

[73] Gamboa, *Memorias*, vol. IV, pp. 257, 262-266, 271, 276 y 279.

[74] García Naranjo, *Memorias*, vol. IV, pp. 239, 283-286, 288 y 291-292.

[75] Orozco, *Apuntes*, p. 31.

[76] Guzmán, *A orillas*, p. 63; Reyes, *Las vísperas de España*, 1937, p. 35.

[77] Vasconcelos, *La tormenta*, pp. 65-69.

★ En cursivas en el original.

[78] Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas*, 1919; *ibid*, 1930; 1948, vol. II, pp. 17, 19, 21-23, 25-26, 29-32, 35, 41, 254 y 256.

[79] Illades, *México y España durante la Revolución mexicana*, 1985, pp. 116-117 y 124-125.

[80] Huerta, *Memorias*, 1957, pp. 130-131.

[81] Reyes, *Las vísperas de España*, 1937, pp. 130 y 222-231.

[82] Reyes, *Norte*, p. 7.

[83] Reyes, *Pasado inmediato y otros ensayos*, 1941, p. 31.

[84] Reyes, *Las vísperas*, pp. 51, 98 y 102.

[85] Reyes, "Calendario", en *Obras completas*, 1956, vol. II, p. 278.

[86] Reyes, *Las vísperas*, pp. 8, 15-16, 18, 22, 28, 49 y 99.

[87] *Ibid*., pp. 143-148 y 207.

★ Las cursivas son de Alfonso Reyes.

[88] *Ibid*., pp. 132-133 y 167-168.

[89] Guzmán, *A orillas*, p. 157.

[90] Alessio Robles, *Las dos razas*, 1928, p. 167, Teixidor, *Viajeros mexicanos (siglos XIX y XX*), 1939, p. 232.

[91] Reyes, *Las vísperas*, pp. 186 y 190-193.

[92] *Memorias de don Adolfo de la Huerta según propio dictado*, 1957, p. 289.

[93] Vasconcelos, *La tormenta*, pp. 361, 364, 368, 372, 376-379, 411-412 y 418.

★ En francés en el original.

[94] Vasconcelos, *La tormenta*, pp. 428, 479, 501-517, 523-527 y 548-551.

[95] *66th Congress, 2nd Session, December 1, 1919-June 5, 1920 Senate Documents Investigation of Mexican Affairs*, 1920, vol. 9, pp. 143-149.

[96] Fernandez MacGregor, *El río*, pp. 190, 196 y 203.

[97] Villaseñor, *Memorias*, pp. 87, 190, 196 y 203.

[98] Vasconcelos, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viaje a las Américas del Sur*, 1925, pp. 42 y 48.

[99] Vasconcelos, *Indoiogía. Una interpretación de la cultura iberoamericana*, 1926, páginas x-xi.

[100] *Memorias de De la Huerta*, pp. 209 y 213-214.

[101] Chávez, *Espistolario, 1989, p. 57.*

[102] Cosío Villegas, *Memorias*, 1976, pp. 98, 101-103, 114-120, 154 y 239.

[103]Vasconcelos, *El desastre*, pp. 79, 479, 773, 779-788, 792-799, 802, 804, 806, 812 y 817-818.

[104] Torres Bodet, Memorias. *El desierto internacional. La tierra prometida. Equinoccio*, 1981, pp. 149 y 492-493.

[105] Orozco, *Apuntes*, pp. 97-100.

[106] García Naranjo, *Memorias*, vol., IX, pp. 159, 175-178, 224, 231 y 233-235.

[107] Orozco, *Apuntes*, p. 107.

[108] Villasenor, *Memorias*, pp. 303 y 341-342.

[109] Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero 19171942*, 1981, p. 262.

[110] Vasconcelos, *El proconsulado*, 1946, pp. 12-13.

[111] Treviño, *Memorias*, 1961, pp. 189-192.

[112] Teixidor, *Viajeros*, pp. 280-282.

[113] Cosío Villegas, *Memorias*, pp. 212-213.

[114] Cabrera de Tablada, *José Juan*, p. 114.

[115] Orozco, *Apuntes*, pp. 103 y 124-126.

[116] Fernández MacGregor, *El río*, p. 345.

[117] García Naranjo, *Memorias*, vol. IX, pp. 346-349, 399, 403, 417-418, 428-433, 445 y 453-457.

* En inglés en el original.

[118] Fernández MacGregor, *El río*, pp. 355-359; Fernández MacGregor, *Autobiografía*, página 346.

[119] Chávez, *Epistolario*, pp. 57, 293 y 297.

[120] Cosío Villegas, *Memorias*, pp. 217-221.

7. EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO (II)

CHARROS Y FRIJOLES CON CHILE EN PARÍS

Luis Lara y Pardo vio las zonas devastadas de Francia apenas terminada la primera guerra mundial, "era para oprimir el alma del hombre más indiferente".[1] Alberto J. Pañi se embarcó en Nueva York, a mediados de diciembre de 1918, en un transporte de guerra para ocupar la representación diplomática mexicana en París; Francia le concedió el *agreement* porque visiblemente había simpatizado con los aliados, después de negarlo a Juan Sánchez Azcona y a Rafael Nieto. Pañi trabó amistad en ese viaje con Franklin Delano Roosevelt, quien iba a trabajar en el Tratado de Versalles. Cuando Pañi llegó a París, el 11 de enero de 1919, fue recibido con manifiesta hostilidad por los tenedores de las acciones bancarias mexicanas y de los bonos de la deuda pública que llegaban "casi al estado pulvurento" y por la conocida germanofilia de Carranza; esto demoró la presentación de sus credenciales hasta el 12 de mayo de 1919. Mientras eso sucedía Pañi visitó museos y compró en (casi dos años) 41 dibujos y 77 pinturas, entre ellas un Tiziano, de cuya autenticidad dio fe Diego Rivera.[2]

Ese mismo año de 1919 o quizá en 1920, David Alfaro Siqueiros trató en el Trocadero, en el primer concierto de jazz americano en París, a Charles Chaplin acompañado de Pañi y de Diego Rivera; el artista inglés trató con extraordinaria amabilidad a los dos pintores; según Siqueiros, Charlie tenía un "conocimiento profundo de todas nuestras cosas" y una forma muy te-

legráfica de hablar. En casa de Dudley Murphy trató por segunda vez a Chaplin, quien bebió menos alcohol que los demás invitados, e hizo grandes elogios de Rivera. La fama de Villa, "Pancho Vilá" para los franceses, permitió a los mexicanos hacer grandes conquistas femeninas; Siqueiros y Alfonso Castro Valle en un elegante bar parisino conocieron a dos aristócratas (madre e hija), ricas y bellas; las asombraron cuando pusieron cerillos a las bebidas ("jaiboles a la mexicana") y supusieron que era una muestra de su extraordinaria fogosidad ¿morosa. En tan grata compañía fueron a un cabaret donde Castro Valle protestó escandalosamente contra un espectáculo de trasvestistas (que ya conocían); Siqueiros lo disculpó en voz alta diciendo que en México no había invertidos, lo cual causó tal conmoción que un parroquiano pagó la cuenta de los mexicanos. A raíz del asesinato de Carranza, los agregados militares en Europa pidieron explicaciones a México, y naturalmente fueron cesados. Siqueiros se vio obligado a trabajar en Argenteuil, donde comprobó que los argelinos eran los únicos que en París comían frijoles bayos con chile igual que en México. En las parrandas sabatinas y dominicales a petición de los argelinos, laceaba a las personas para demostrar sus habilidades mexicanas.[3]

Víctor Manuel Villaseñor disfrutó París, el 14 de julio de 1925, en compañía de su amiga americana Peggy; se mezclaron con las parejas que en las calles bailaban incansablemente al ritmo de acordeones o de grupos musicales que entonaban canciones, alegres unas, tristes otras, todas coreadas por multitudes bullangueras. Diez años después, ya convertido al marxismo, Villaseñor presenció una concentración de medio millón de gente, convocada por el Partido Comunista Francés: los jóvenes con el puño en alto entonaban canciones de la Revolución francesa y "La Internacional" en los Campos Elíseos.[4]

José Vasconcelos utilizó *Les Guides Bleus* en sus viajes por Francia a fines de 1925. En Carcassone, la ciudad medieval situa-

da en la colina se convirtió en museo, en la parte baja se desarrolló la nueva, así conciliaron pasado y presente. De cualquier modo, Arles y Nimes lo sedujeron más; en Marsella como todo buen turista visitó el islote del conde de Montecristo. Su amigo Manuel Ugarte para consolarlo de su ruidoso hotel lo llevó a comer a las orillas del puerto una "prodigiosa *boullabaise"*. En noviembre de 1925 París parecía en remate, pues por cantidades insignificantes obtenían buenos hoteles y comidas, y los estancieros argentinos y los militares mexicanos bellas cocotas. Los viajeros mexicanos en Europa casi inevitablemente comparan México y Argentina; los argentinos y varios mexicanos creían que Argentina tenía la ventaja de carecer de indios, era pues una sucursal europea. México y Ecuador, en cambio, no podían suprimir su numerosa población indígena. Se enorgulleció de que Alfonso Reyes hubiera logrado interesar a la crítica francesa con sus estudios sobre Góngora y Mallarmé. Mucho le molestó, en cambio, que Blasco Ibáñez hubiera calificado a Calles de estadista y sus ataques al indio mexicano porque

> No tiene toda la culpa el indio; además, un español no debe hablar del indio en tono de imperialista yankee, porque lo más ilustre de la obra de España en América fue la absorción del indio, la anulación de los prejuicios de color.

En su casa de huéspedes en Neully-sur-Seine "cayó" Manuel Gómez Morín, a quien dio un "sablazo" de 500 dólares. M. Palacios Macedo, Gómez Morín y Vasconcelos pasaron una semana juntos en Londres; Gómez Morín tachó al oaxaqueño de romántico porque en el extranjero atacaba al gobierno sin esperanza alguna de triunfo; entonces Vasconcelos le recordó cuando se negó a darle la mano a Calles; el chihuahuense argumentó que en ese momento Calles era "nuestra realidad mexicana". Vasconcelos recuerda que en esa época estaba de moda hablar mal de Beethoven y elogiar a Mozart y a Bach; pero él ya se dirigía a Nueva York, donde no tienen lugar los snobismos, no a Buenos Aires, "la capital de lo snob".[5]

Alfonso Reyes, tan justamente elogiado por Vasconcelos, y en general sereno, caracterizó a Francia como un país más campesino que comercial, más artista y artesanal que industrial, y no omitió el mal chiste que comparaba a Francia con el queso holandés: "rojo por fuera, blanco por dentro". En realidad, a quienes habían vivido en Francia les constaba su "perfecto equilibrio entre la *'soofrosynee'* griega y las romanas *'gravitas'*, *'pietas'* y la *'constantia'*; entre la curiosidad intelectual del humanista y la fe católica, entre la profunda lealtad familiar y el sólido individualismo". A los ojos extranjeros parecían confusos los hilos de la política francesa porque cada pequeño grupo económico y social tenía su partido y ninguno podía aspirar a la mayoría parlamentaria. Alfonso Reyes (tan republicano como su hermano Rodolfo) se burla de la "popularidad boba" de que entonces gozaban las testas coronadas en las repúblicas extranjeras. También recoge las burlas al embajador soviético porque paseaba en París en un lujoso auto y todas las noches, de frac, iba a los más afamados restaurantes, por éstas y otras razones no lo llamaban Krassine sino "Aristo-Krassine".[6]

Muy diferentes fueron las experiencias parisienses de Cosío Villegas y de Samuel Ramos; ambos se alojaban en el tercer piso de un hotel de La Sorbonne, al lado de estudiantes pobres: chinos, argelinos, senegaleses y mexicanos. Los médicos Gustavo Baz e Ignacio Chávez, en cambio, vivían en el hotel Select, que honraba su nombre. Como Cosío y Ramos carecían de baño en su hotel cada semana utilizaban piscina y duchas en la Place de l'Italie. Para Cosío Villegas, París, sin embargo, bien valía una o más misas; en efecto, mientras tres visitas al Museo Británico (donde admiró en especial los toros de Korsabad) y otras tantas a la Galería Nacional, le dejaron satisfecho, tuvo la sensación de que jamás acabaría de conocer el Louvre. En París, además, todo o casi todo era atractivo. Cosío Villegas siguió el curso de André Sigfred, muy de moda entonces, en la Ecole Libre de Sciences

Politiques, casi en todas las clases sólo lo oía, no lo veía, por la pequeñez de los salones y la abundancia de los alumnos. Ramos y él comían en A l'Auberge Polonais, algunas veces caviar, "única invención rusa que valía la pena disfrutar", comenta con evidente pasión. Lo cierto es que Cosío Villegas procuró no intimar con los bohemios, huéspedes del cuarto o quinto piso, que carecían de ascensor, agua y excusado; por eso mismo se empeñaban en servir de intérpretes y de guías a los políticos pudientes, como años atrás lo hicieron García Naranjo y Jacinto Pallares. Uno de esos políticos pudientes fue el general Eugenio Martínez, quien en premio, o castigo, de haber sido uno de los principales jefes que combatieron a Adolfo de la Huerta fue enviado a París, pero él prefirió Madrid para no tener que decir "bon iur". Carlos Riva Palacio pedía a sus acompañantes bohemios que tradujeran frases como "dígale usted a este maldito chofer que Francia me háce a mí lo que él áire le hizo a Juárez" o "ya estoy cansado de velar cadáveres con cabezas de cerillos". En cierta ocasión Cosío Villegas preguntó a Rafael Loera Chávez por su hermano Agustín, empleado del consulado mexicano, y aquél le contestó que, como siempre, "con su cátedra en la Sorbonne"; por supuesto Agustín sólo había organizado unas conferencias para dar a conocer América Latina; a un salón para 20 personas sólo asistieron 10 y ninguna de ellas francesa. En fin, Cosío disfrutó una hora mirando *El escriba egipcio* en, el Louvré y la experiencia inigualada de escuchar a Henri Bergson en el ¡apogeo de su prestigio.[7]

El poeta tabasqueño Carlos Pellicer escribió a Carlos Chávez a mediados de 1927 que París era una ciudad "muy agradable"; al pintor Miguel Covarrubias, por el contrario, le pareció "altamente pinche e insoportablemente burguesa"; más aún, en música no había oído nada interesante, en pintura no había absolutamente nada nuevo (continuaban los caballitos de batalla: Picasso, Derain y Matisse) y eh el teatro sólo había "revistas infames".[8] Tres años después, el Jefe Máximo Calles fue a París a cu-

rarse a una clínica cercana a la embajada mexicana, donde naturalmente, los funcionarios lo visitaban todas las tardes; Víctor Manuel Villaseñor le escuchó decir "que la cuestión agraria estaba resuelta".[9] Como en ocasión de la muerte del ministro de Comercio francés, el 2 de septiembre de 1928 el jefe del protocolo se olvidó de los ministros latinoamericanos, Pañi les propuso que no formaran parte del cortejo, perp sus colegas no lo apoyaron. El abandonó los funerales y protestó ante el Ministerio de Negocios Extranjeros, el jefe del protocolo calificó su protesta de "incalificable audacia"; cuando Pañi se preparaba a cerrar la legación lo visitó Víctor Ayguesparsse, casado con mexicana y encargado de negocios en México, a quien platicó su salida. Dos días después recibió cumplida excusa del gobierno francés y desde entonces no volvieron a ser descorteses con él. Pañi amplió sus compras de obras de arte en Bruselas, Amberes, Londres y Amsterdam.[10]

Torres Bodet contrasta la "cultura homogénea, cordial y humana" de París en 1928 con el asfalto y el cemento neoyorkinos; además algunas damas americanas "artríticas y gangosas" aspiraban a "hallar en París la ocasión de un remordimiento". Señaló la obvia diferencia del Ford o del Chevrolet que esperaban a los turistas en la más pequeña estación de California y la "victoria" de discreto trote en París. Le sedujo el mestizaje arquitectónico de Notre Dame, románico al principio, gótico al final. Ese año de 1929 disfrutó los dos mayores éxitos de taquilla: *Volpone* de Ben Johnson y *Topaze* de Marcel Pagnol. Paul Valery calificó su visita de muy oportuna porgue estaba corrigiendo la traducción francesa de *Los de abajo* utilizando la *Perspectiva de la literatura mexicana* de don Jaime. Jules Supervielle, poeta nacido en Montevideo, le preguntó por Gilberto Owen y por Xavier Villaurrutia. Igual que Federico Gamboa comprendió que rio era lo bastante pampero para apreciar un mate.[11] Torres Bodet se encontró en París en noviembre de 1931 a Alcides Arguedas, boliviano autor de

Raza de bronce, preocupado por los problemas indígenas de su país e interesado en los de México. La embajada en París la visitaban algunos mexicanos: Tata Nacho amenizaba las tertulias con sus canciones; Ramón Novaro, a quien anunciaron en la Alhambra como *un grande vedette americaine du cinemá*, no visitó a sus paisanos. Vasconcelos saludó en París a Freyman, judío tepiqueño casado con una judía parisiense y editor de libros científicos, la charla con él le hizo reflexionar que "el judío, como amigo, es leal, comprensivo, desinteresado" pero esa admiración no la sostuvo al triunfo nazi. De cualquier modo, París perdía su distinguido cosmopolitismo y se llenaba de bares. Por entonces ocurrió el suicidio de "Valeria" en Notre Dame, a su entierro la acompañaron sólo unos cuantos mexicanos. Vasconcelos no vio estudiantes mexicanos en París; apenas si en festividades de segunda clase aparecía "el pantalón charro ajustado de algún pensionado militar".[12]

CONTIGO PAN Y CEBOLLA

España atraía a mexicanos tan imprudentes como ciertos españoles en México; por ejemplo, David Alfaro Siqueiros, siendo agregado militar, pronunció un discurso subversivo en Barcelona en los funerales de un anarquista mexicano asesinado por la policía; expulsado de España, emigró a Argenteuil donde ya lo hemos visto comer frijoles bayos con chile y lazar en homenaje a sus camaradas argelinos.[13] Muy diferentes son los recuerdos de Manuel Toussaint en 1922: al pasar por un monasterio en Ciudad Rodrigo, su guía amenazó con el puño a los monjes a los que calificó de holgazanes. Al almorzar en El Mailló, presenció cuando unos parroquianos acometían a un habitante de Las Hurdes, echándole en cara sus costumbres primitivas, casi trogloditas; decían por ejemplo, que sólo arreglaban su lecho la noche de bodas. Cuando en Ciudad Rodrigo dijo que era de México una

señora le preguntó: "—¿México? ¿En qué provincia queda México? En la Nueva España, señora mía, hubiera yo contestado, si la ira cómica que me crispaba me hubiese permitido hablar".[14]

Las relaciones con España se crisparon peligrosamente en septiembre de 1923. Obregón ordenó la expulsión del encargado de negocios de España por sus reclamaciones airadas y repetidas contra la reforma agraria; la historia se repetía: barcos de España, Inglaterra y Francia bloqueaban algunos puertos mexicanos. Como Pañi dudara de esa versión, Obregón le explicó que sus fuentes eran fidedignas y si a Pañi le placía podía buscar alojamiento en alguno de esos barcos extranjeros. Ante eso Pañi renunció, pero como Obregón lo desagravió, mandó largo telegrama a Alfonso Reyes, encargado de negocios en Madrid, explicándole la cuestión agraria desde la colonia para que así pudiera percibirse "el exagerado calor de las protestas del Encargado de Negocios de España".[15]

El poeta tapatío, Enrique González Martínez, en 1924, admiró el "señorial encanto" de Lisboa, que con Toledo compartía la gloria del Tajo. Siendo representante de México en España vio el triunfo de José Antonio Primo de Rivera; pese al ambiente favorable a nuestro país, que no había perdido el privilegio de ser la nación hispanoamericana "más amada del pueblo Español", el conflicto con el clero que a González Martínez le hubiera gustado se tratara "con mayor prudencia y suavidad" agrió las relaciones entre ambos países. Primo de Rivera en tono confidencial y medio en broma le censuró por recibir a numerosos enemigos de su gobierno; González Martínez precisó que recibía a buen número de escritores españoles amigos suyos, y que para nadie era un secreto que no eran amigos de su gobierno, ambos rieron y Primo de Rivera le dio una palmadita en el hombro. Mucho más grave fue el incidente con el propio Alfonso XIII, quien con visibles muestras de haber bebido excesiva cantidad de jerez le reclamó que el gobierno mexicano estuviera deportando "a mis

religiosos". Como González Martínez atribuyó esas deportaciones a la violación de alguna ley, el rey entre irónico y agresivo comentó: "quien hace la ley hace la trampa", a lo que el poeta se vio obligado a contestar: "Es mi deber informar a vuestra Majestad que en México las leyes se dictan para cumplirse". Como el rey insistiera en que debían revestirse las formas de humanidad, González Martínez le respondió que si autoridades subalternas habían cometido algún atropello, se les castigaría en cuanto la Secretaría de Relaciones recibiera la queja correspondiente. Alfonso XIII continuó, sin embargo, "yo aconsejaría a su gobierno", pero el diplomático mexicano lo atajó diciendo que: no estaba autorizado a transmitir consejos a su gobierno. De cualquier modo, Alfonso XIII siguió pidiendo mayor prudencia y humanidad en el trato a los sacerdotes extranjeros; el poeta tapatío reiteró que respetaba su opinión pero que se guardaría de transmitirla, e inclinando la cabeza, se despidió. Por la tarde la legación mexicana recibió tantas tarjetas de republicanos, en señal de simpatía y desagravio, que el general Mola sitió la legación y aprehendió a algunos de estos visitantes, a quienes defendió el joven y valiente secretario de la legación. Como era natural corrió el rumor de que González Martínez sería declarado persona no grata, pero permaneció en su puesto cuatro años más.[16]

Aunque a Vasconcelos Madrid le parecía "la más generosa ciudad de la tierra" y simpática la Plaza del Sol, ésta no pasaba de ser un paradero indigno de tan opulenta metrópoli. La antigua plaza de Felipe IV, con sus portales en cuadro, era estática porque está encerrada, y la nueva plaza del palacio real más bien parecía una dependencia de este palacio; en suma, la capital de España carecía de entraña, al igual que Viena. De Madrid, por ende, se podía decir lo que del herrero con azadón de palo, porque España había establecido en América el modelo andaluz o italiano de ayuntamiento: iglesia y galerías con soportales para el

paseo y para el comercio.[17] El idioma une y separa, al menos la gramática; en efecto, Manuel G. Revilla, autor de importante obra sobre el arte en México y miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, recibió una lección de una labriega cerca de Valladolid, cuando le preguntó por "esa" casa, le respondió: *"aquélla* querrá usted decir, señorito".[18]

Según Alfonso Reyes, el pueblo español recibió con "anormal indiferencia" la derrota de 1898; España olvidaba sus penas en las corridas de toros. Veintitrés años después, en cambio, la gente pedía el castigo a los delincuentes de Melilla. Reyes, igual que otros mexicanos consideró que si Cataluña se separaba se convertiría en la "más débil nacioncilla" del mundo. ¿A quién si no a España, iban a vender sus telas de Tarrasa? En septiembre de 1923 se hablaba de alianza de tres nuevas naciones: Cataluña, Vasconia y el Rif; ese trío consideraba al castellano "la lengua del opresor".[19]

A Vasconcelos Madrid le parece una ciudad seca pero luminosa; sus construcciones céntricas eran notablemente feas pero flamantes y cómodas, sin las apreturas parisienses o londinenses. En las barriadas más pobres abundaban los departamentos modernos, higiénicos, bien embaldosados, con agua corriente y baño. Sin embargo, en la noche el ruido era espantoso y nadie parecía molestarse por eso. Aunque el verano era la estación menos favorable para vivir en Madrid, los domingos en la mañana eran una "fiesta de mujeres bonitas y elegantes". Antes de ver a Goya y a Velazquez en los museos, éstos salían al encuentro en las calles madrileñas. Ante la insistencia de León Sánchez visitó a José Ortega y Gasset en la redacción de la *Revista de Occidente*, pero "no me hizo buena impresión ni yo a él"; esto le pareció excepcional dada la cordialidad que le habían dispensado los demás grandes de España. Vasconcelos reiteró su admiración por Sevilla, comienzo de la América española; tal vez la religiosidad que la permeaba hacía que sus meretrices recordaran a las Magdale-

nas, "que ponen piedad y ardor en su oficio"; las parisinas, al igual que en la Roma pagana, eran "toda sensualidad sin alma así tengan *sprit"*. En Sevilla la idea del pecado no está ausente ni en las más depravadas, "ven un prójimo en cada viajero antes que a un cliente". En contraste con esta idealización, juzgó con realismo la conversación mundana de los monjes franciscanos de la Rábida interesados en ciertas gestiones burocráticas.

Sin negar los encantos de la Alhambra, "uno de los sitios más bellos del mundo", no le robó el ánimo su decoración de hojarasca. La Alhambra y el Taj Majal no pasaban de ser meras "curiosidades", según Vasconcelos. Las valencianas eran morunas, menos finas que las andaluzas pero con "cierta opulencia sensual… y una valiente despreocupación". En una típica morada de campesino, moro por la sangre aunque ya cristianizado, comió naturalmente paella, pero a la manera oriental: sentado sobre esteras en torno a una bandeja en la que cada uno escarbaba con su cuchara. También rechazó el separatismo catalán, calificó la sardana de danza sin sensualidad y Montserrat de "lugar magnífico". Ahí comió una especie de *boullabaise* (pescado con papas) exquisita porque estaba hecha de aceite de su huerta, también exquisito era el vino porque estaba hecho de su vid. En las ciudades y en Andalucía había una pobreza cruel y desgarradora; los campesinos en particular se echaban "a dormir para ahorrarse el almuerzo y se conforman con pan y cebolla como almuerzo", igual que nuestro Eduardo de Gorostiza. Atribuye esa pobreza a la sobrepoblación y al latifundismo. El apresurado viajero apenas veía esa pobreza, oculta a quienes se alojaban en paraderos flamantes; él la conoció porque habitaba hoteles baratos y viajaba en tercera clase. De cualquier modo, la suerte del hombre medio en Europa era superior a la del hombre medio en América. En el ayuntamiento de Palma de Mallorca le mostraron la decoración del salón principal del ayuntamiento obra de "un mexicano", Roberto Montenegro. Le alegró haber conocido a unos muchachos

argentinos que estaban contentos en Mallorca, muy diferentes de los rastacueros afrancesados.

Gozó la delicia de los jardines de Cintra en Portugal, país que definió como "la gracia que en un tiempo fue poder". El portugués, al decir de Alfredo Palacios, sonaba a español hablado por niños chiquitos; el español callejero, en cambio, tenía "extraordinaria musicalidad". Vasconcelos definió Santiago de Compostela como un "asombro"; su catedral le pareció una de las maravillas europeas. Las catedrales de México y de Puebla eran majestuosas por sus proporciones, pero pobres en su acabado artístico. En Europa, salvo Napoleón, nadie abría calles con el pretexto de ensancharlas, se abrían calles nuevas y las antiguas se convertían en museo, obviamente Vasconcelos no recuerda a Haussman. En fin, España y Portugal abusaban del café por su decadencia y ociosidad; México carecía del gusto de la conversación pero explotaba los billares.

En viaje posterior, Vasconcelos señaló como el pecado y el rezo se unen en el temperamento español. Cuando Unamuno hizo constar que el vascuence era su lengua materna y Valle-Inclán declaró que se expresaba mejor en su lengua gallega, Vasconcelos expresó la necesidad de que un mexicano fuera a España a decir "mi lengua materna es el castellano". Reiteró su admiración por la belleza de la mujer española; por ejemplo, en las revistas teatrales madrileñas nunca faltaban "mujeres soberbias". Orgullosamente recordó que en un desfile femenino en Puerto Vega, Asturias, la "mexicana" era la hija de un español que había hecho algún dinero en Tampico y por cariño a nuestro país, él y toda su familia se proclamaban mexicanos. Atribuyó el problema agrario de Galicia, pese a la fertilidad del suelo y lo bien labrado de sus tierras, a su excesiva subdivisión, es decir, a la presión demográfica. Con criterio malthusiano explicó que los pueblos de la "aristocracia humana", como España y Francia, nunca llegan a los cien millones; Estados Unidos, en cambio, con sus 130 pre-

maturamente se acercaba a la "chinificación", es decir, al aumento de la cantidad sobre la calidad. Martín Luis Guzmán sufrió el nacionalismo hispano porque con una mano administraba *El Sol* y con la otra firmaba *memoranda*, la oposición se enconó contra ese intruso sin que le valiera haber adoptado la nacionalidad española; en efecto, una noche un grupo de desconocidos propinó terrible paliza a un hombre que se le parecía. Por otro lado, el paro de las minas de hulla en España aumentaba la lucha de clases. En el verano de ese año de 1931, Vasconcelos se deleitó contemplando el gallardo tipo de las bañistas. Al tomar el barco en La Coruña se acordó que al levantarse la expulsión de los españoles en México su abuela tomó un bajel para regresar.[20]

En opinión de Manuel Gómez Morín, de Santander salieron esos "nuevos conquistadores que han sido casi todos nuestros abuelos". Atribuyó la prosperidad agrícola del norte de España a las pequeñas parcelas; el trabajo en el campo era duro pero no había peonaje, hacía tiempo se había pasado "esa etapa inferior de la economía"; en Castilla, en cambio, el campesino de blusa negra hasta las rodillas, mal calzado, quemado por el sol, y que habitaba casas de adobe empezaba a parecerse al indio mexicano. La aparente indolencia de España, en México era lenta tenacidad; la indiferencia estoica de España, en México era incontenible impulso. En ambas partes el fondo era el mismo: "sobriedad, resistencia, desprendimiento del medio, profunda vida interior inefable. En Castilla se ven todavía los dolores con que se alumbró el Nuevo Mundo". Gómez Morín, quien aceptaba a Calles como una especie de mal necesario, encontró raíces hispánicas en la Revolución mexicana, y agregaba que lo mejor de ella no hacía otra cosa "que andar los viejos caminos que España trazó".[21] García Naranjo escribió un reportaje más turístico cuando viajó por España en automóvil pagado por una compañía petrolera: Ja catedral de Córdoba, obra de titanes, explicaba la conquista ára-

be y las sutilezas de la Alhambra la reconquista. También hizo un viaje de "ensueño" por Castilla la Vieja.[22]

Jaime Torres Bodet llegó a Madrid un 22 de abril de 1930 a las nueve de la mañana, una mala hora para iniciarse én la vida de una capital de noctámbulos tan ilustres. En unas cuantas frases lapidarias intentó caracterizar a España:

> Rápida Andalucía, rocosa Asturias. Cataluña trabajadora, frutal Valencia, Aragón resistente, León severo, sólida Extremadura, Galicia lírica y pensativa. Castilla lúcida y luminosa.

En la peña de La Regina triunfaba Ramón del Valle-Inclán, a quien había conocido en México en 1921; aunque sus novelas le parecen "demasiadas rosas artificiales" era un charlista inimitable. Lo rodeaban Juan de la Encina, Manuel Azaña (visiblemente estimado y futuro presidente de la República), Martín Luis Guzmán, Enrique Díez-Canedo y Juan José Domenchina, entre otros. Juzgó casi anacrónica la burguesía, los camareros de los cafés se entendían mejor con los duques que con los jefes de negociado, hasta en el físico era mayor la semejanza entre camareros y grandes de España, desde luego sus semejanzas eran mayores que entre un empleado público y público y el dependiente de un almacén. Madrid es inconfundible, "porque no se vive tan sólo *en* ★ él; se vive, además, *con* ★ él". Admiró en Ortega y Gasset la fluidez entre lo improvisado y lo leído, así como el patético *Cristo del despojo* en la catedral toledana y se angustió ante *El entierro del conde de Orgaz* por "discernir muchas rebeldías, mal apaciguadas entonces en mi conciencia".

Con admiración presenció la frenética alegría del 13 y del 14 de abril de millares de madrileños por el triunfo de la República, aunque después se quemaron varias iglesias. En suma, España ante todo fue para él "escuela de señorío y hombría de bien".[23] A principios del año siguiente, el joven historiador yucateco Silvio Zavala publicó en México un buen análisis sobre "las izquierdas

españolas": en él explicaba que el español se resistía a la dogmatización comunista por su fuerte sentido individual, por eso se sentía más cerca de la anarquía sindical; sin embargo, el ejemplo ruso apoyaba su simpatía por el comunismo.[24]

David Alfaro Siqueiros después de trabajar en Argenteuil fue a Roma en 1921; pasó muchas dificultades para alojarse porque no reservó un hotel, pues todos estaban llenos por la coronación de Pío XI, contra quien el chofer del taxi descargó toda clase de blasfemias. En la Piazza del Paradiso lo admitieron temporalmente mientras llegaba la delegación mexicana que había reservado ahí; enorme fue su sorpresa cuando su propio padre entró a su cuarto, pues era uno de los peregrinos mexicanos. En el momento de la coronación, su padre y otros mexicanos cayeron en éxtasis. Pocos días después hubo un gran escándalo porque el director de los coros del Vaticano declaró que cansado de sus muchas amantes había decidido vivir con la que había procreado muchos hijos. Se dijo que estaba poseído por el demonio, el padre de Siqueiros se limitó a comentar que después de la coronación era de esperarse esa "violenta contraofensiva de Lucifer".[25]

Agustín Lazo es un buen ejemplo del mexicano que cree que como México no hay dos; en efecto, desde Florencia escribió a Carlos Chávez: "lo único que me gusta en el mundo es México". Roma le parece hermosa, más bien pomposa "¡qué diferencia con Florencia!" San Pedro tenía cierta grandiosidad por sus proporciones y el malabarismo de su enorme cúpula muy bien podría ser el *hall* del hotel Pennsylvania; comentó que unos cuantos ascensores no le vendrían mal, y remata su irreverencia: "¡Dios mío!, qué de metros cuadrados de mármol, estuco dorado y mosaicos, bastante para enterrar todo el catolicismo".[26] En cambio, según el liberal pero no ultramontano García Naranjo, Roma era "el lugar más propicio para dialogar con la Eternidad".[27] Vasconcelos viajó a Italia en 1926; Pisa era para él la deliciosa antesala de esa auténtica maravilla que es la Toscana; el me-

ro instinto reconoce que Italia es "la patria de todo lo que es o fue grande y perfecto". La atmósfera seca y clara de Florencia le recordó el Altiplano mexicano, era una suerte de segunda Bizancio; las casas de dos pisos de los suburbios, poblados de chiquillos le recuerdan Guadalajara o Puebla, y el tipo humano también se parece al mexicano. No podían faltar faldas en un relato de Vasconcelos: en la parada de un camión conoció una señora de bonitos ojos, talle fino y blancas manos, acompañada por un niño de no más de ocho años, que le mostró Florencia en tranvía. Todavía antes de la arrogancia fascista todos eran afables; como ejemplo, un tendero le prestó un banco y elogió la plaza medieval. Se hospedó en un albergue de "cuota modestísima", y cuando su compañero de mesa partió un pedazo de pan que llevaba, respetuosa la hospedera le advirtió que se lo descontaría; se trataba de unos cuantos céntimos, pero lo importante es la conclusión de Vasconcelos: cada mendigo italiano es un hidalgo, "pero sin las chocarrerías de España". A la vista del hambre en esas tierras perfectas por la fecundidad y por la belleza "pero sobrepobladas en exceso", el viajero se ve obligado a preguntarse de qué sirve la cultura.

Admira a Asís miseria y esplendor, y en Roma a San Ignacio, aunque no había acertado a amarlo. En una comida que el representante de México, Rafael Nieto ofreció a tres caballeros italianos y a un sacerdote mexicano del Colegio Pío Latino, Vasconcelos manifestó que no le gustaban ni los emperadores ni los papas de Roma, sobre todo estos últimos. Por ahí se apareció el general Arnulfo Gómez comentando que en 48 horas ya había conocido toda Roma, según Nieto, Gómez sólo conocía los cabarets donde escandalizaba. Vasconcelos rectificó algunos prejuicios sobre Roma, y admite que sí le dio una impresión de grandeza. El edificio que más le gustó fue la basílica de Santa María la Mayor; San Pedro, con todos sus defectos, tenía la nave más ancha y el edificio más suntuoso del mundo moderno, y el *Isaías* en

la Capilla Sixtina. Pero le desilusionó el *Moisés*, pues su boca parecía enferma de una postemilla. Más dura aún fue su opinión sobre el monumento a Víctor Manuel II, "feo lunar sobre el rostro venerable de la Roma antigua". Los tranvías se llenaban de alemanes de todas las edades cargados de guías turísticas, cámaras fotográficas, binoculares y cuadernos de apuntes. En Nápoles, echada a perder por el turismo, vio una procesión religiosa que suscitaba gran bullicio festivo, nada semejante a la virgen andaluza, siempre hierática, pese a ciertos rasgos de dulzura, y mucho menos a las vírgenes nuestras a las que el indio había impreso su angustia. Pero quién iba a estar triste en Nápoles con ese vino color de ámbar y espuma natural que en cualquier taberna se conseguía a un precio irrisorio. Sin embargo, no le gustó el *color conscious*[*] de Capri. Todas las noches Carlos Pellicer y él asistían al rosario cantado en Milán; un famoso orador predicaba y cada vez que mencionaba a Florencia la calificaba de *la più bella citá dil mondo*[**]

Pero Italia ya no era el país afable y despreocupado de antes; la absurda y odiosa fiebre fascista molestaba a los extranjeros, aunque todavía quedara algún guardia que los defendiera de la explotación de los cargadores de bultos. Los robaron en el hotel de Ñapóles porque la autoridad comenzaba a dar la razón al nacional contra el extranjero, "la tuviese o no la tuviese". Aunque Palermo era una ciudad fea, su catedral era atractiva, romántica, y "lucientes" sus pálidas mujeres de ojos negros, diablesas apasionadas vestidas de negro. En Gigertum el guía después de recitarles los linderos de la ciudad griega en odas de Píndaro, ofreció "presentarles" alguna *"bella donna gigertense"*[**] porque el viajero no se llevaba una impresión completa si no probaba todos los frutos de la tierra que visita, reflexión justa pero vulgar comenta el oaxaqueño. En Taormina, ciudad alejada de las rutas corrientes, pasaban los ingleses cargados de libros, apuntes, cámaras fotográficas y gemelos de larga vista; eran estudiantes de arte o ri-

cos "que saben disfrutar del planeta". En fin, en compañía de su familia viajó a Siena en tercera clase, bebieron una damajuana de "*chianti* espumoso natural" para economizar la cena, y se alojaron en un hotel de segunda categoría.[28]

Al lado de este apasionado relato vasconceliano palidece el de Djed Bórquez: la catedral de Milán era "una joya del arte gótico"; cenó milanesas en Milán porque no podía "quedarse con la duda", es decir, repitió lo que hizo en Zacatecas donde pidió que le tocaran esa popular marcha. Por cierto, comenta que las milanesas de Milán no eran gran cosa, las preparaban mejor en el café Colón de México. La ópera de Milán, en cambio, le causó grata impresión. Antes de comenzar la función se tocaron los himnos de Afganistán (fue aplaudido), el fascista (silencio) y la marcha real italiana que fue recibida con gran ovación. En fin, a Bórquez no le impresionó el túnel del Simplón: sus 48 kilómetros se recorren en 28 minutos, "no es para tanto".[29] Torres Bodet se percató, en Florencia en 1934, de su triste equivocación al creer que había aprendido muy bien el italiano en la escuela Dante Alligheri en México, al grado de que prefirió usar el español o el francés que no pocos hablaban. Las salas de Rafael en el Vaticano le impusieron una sumisión absoluta, no así los frescos de Miguel Angel. En su habitual oposición a Vasconcelos, calificó de "sublime" el *Moisés* de Miguel Ángel, no por la dimensión del mármol que lo eterniza, "sino por la majestad que dio a su presencia el cincel de Buonarroti". Gracias al fascismo (algo debía reconocérsele), atravesó Italia en ferrocarril sin fatigas ni contratiempos, si bien en esas dos semanas sólo habló unas cuantas frases en italiano con los conserjes de los museos y con el guía de Roma.[30]

Los Balcanes y el Cercano Oriente

Vasconcelos fue de los pocos mexicanos que viajaron más allá de Europa occidental. Los griegos modernos en general eran feos (en un restaúrante vio unas mujeres bonitas, pero eran francesas) y sus ciudades, ruidosas y pobres como las nuestras. Ese año de 1925 admiró cómo los griegos humildes hablaban orgullosamente de su pasado, de su deseo de restaurarlo, por supuesto no en lo religioso; sin embargo, la miel griega le pareció inferior a la mexicana, "bastante espesa y sin aroma". En respuesta a la ofensiva leyenda del Museo Británico, las estatuas de Fidias correspondientes al Partenón estaban representadas en el Museo Arqueológico de Atenas por vaciados hasta en tanto se lograba la devolución de los originales sustraídos por lord Elgin. Mucho gozó el Partenón y en toda la Acrópolis "el efecto del mármol dorado sobre el fondo celeste intenso y sereno". Tanto lo entusiasmó el contacto con los sefarditas, que anunció que una vez barrido el salvajismo de Calles, México defendería su idioma español, desplazaría a los franceses que nos estaban "robando" esas provincias. El barrio judío de Salónica era pintoresco, aun con sus tipos enlutados; los turrones y la "alegría" eran iguales a los mexicanos. La profundidad de la influencia árabe africana también se advertía en la cocina, los aduares, los cantos y en los tipos modernos y gordos de los hombres maduros. Aconsejado por guías y viajeros experimentados en el Oriente siempre se hospedó en hoteles de primera clase; con todo, en el más elegante de Constantinopla una rata tiró la manga de su pijama; después le informaron que los alrededores estaban infestados de esos animales. Acaso para compensar su presupuesto viajaban en tranvía, mostraba a los conductores las mezquitas y monumentos de la *Guide Bleu* para que lo orientaran. Todo esto valía la pena porque Santa Sofía es el "más glorioso espacio de la tierra". Su antiguo secretario Torres Bodet una década después, coincidió en su admiración por Santa Sofía.[31]

Vasconcelos elogió la hermosa cúpula toda de oro de la catedral basílica de Bulgaria. En Budapest comió en un restaurante de "poco aparato externo", con el dedo indicaba los platillos y bebidas; la rubia y bonita mesera le hizo una seña para añadir algo de su gusto, aceptó y quedó "complacido con exceso". Iso Brante Schweide lo presentó en Viena con Adler quien le preguntó sobre la vida en Estados Unidos. El ex secretario de Educación gozó los conciertos, los cafés y la belleza de las mujeres que provocaban no sólo admiración sino "casi el éxtasis". Los departamentos vieneses eran el doble de amplios que los parisienses, y más lujoso su moblaje. Dio una conferencia en inglés sin pena ni gloria, pero en el *postcoloquium* se discutió sobre población; a una pregunta sobre la mejor manera de oponerse al expansionismo anglosajón respondió que el trópico los expulsaba, como lo probaba el caso de Cuba. Un francés proporcionó datos que previeron con exactitud el colapso de 1929.[32] Rivera y Siqueiros juntos visitaron Praga, el chihuahuense calificó esta ciudad de "posiblemente la más bella ciudad de Europa", que por su admirable coexistencia del gótico y del barroco era digna de convivir con las mejores ciudades italianas.[33]

Vasconcelos vio en el *fellah* al paria del Oriente, y coincidió con Spengler, quien lo consideró un símbolo de la miseria humana; en las estaciones disputaba por cargar los bultos de los pasajeros para robarlos, cobrándoles elevados precios o quitándoles sus maletas, mientras las mendigas extendían la mano en demanda de una limosna. Este paisaje, casi igual al mexicano, tal vez se diferenciaba porque en Egipto el policía inglés aplicaba su látigo sin cólera para contener a las muchedumbres famélicas. La fuerza bruta la ejercían en Alejandría los restos del militarismo turco; en esta ciudad los negocios estaban en manos de italianos o de judíos nacionalizados ingleses. El Cairo era moderno, espacioso y feo, los cafés eran la única nota alegre en esa población árabe dominada por ingleses impecables y rígidos "como los romanos

de otrora". El árabe se desquitaba golpeando a niños y mujeres.★ Los burros egipcios eran altos y fuertes, tan ágiles en el galope corto como los caballos. Al igual que en Grecia vio turrones, pero la novedad fueron los dátiles maduros, rosados, grandes y deliciosos. En los libros viejos, falsos y auténticos, Vasconcelos admiró bellas miniaturas persas. El canturreo infantil del Alcorán como silabario ("b-a, ba") le recordó los coros árabes castellanos de Tehuantepec, así como los entierros con música y llorones oficiales; el manto negro de las mujeres completaba la semejanza con Tehuantepec. Las mal encaladas casas de adobe, las aceras descuidadas, la mugre de los corrales, el tipo oscuro y fuerte de los beduinos "todo recuerda nuestras aldeas mexicanas", así como el fraude de ofrecer leche de vaca cebú como si fuera de camello.

El viaje de El Cairo a Luxor en ferrocarril es menos elegante pero más rápido que en vapor. Pasó la estación Dendera, lugar de nacimiento de Plotino, uno de sus filósofos preferidos. El obelisco de Luxor fue la única nota alegre "de una arquitectura rígida y sobria". En la visita a las tumbas de los reyes, los engañosos guías se confabulaban con los dueños de los borricos donde esperaban al otro lado del río a los excursionistas. Las bonitas letanías que cantaban los boteros árabes le hizo pensar hasta qué punto el carácter sombrío del indio depende de que no tuvo ni tiene música, pues la Iglesia no penetró bastante en ese punto. De cualquier modo, las tumbas de los reyes no tenían igual en Europa, ni siquiera en Florencia. En la Navidad, el dueño del hotel se quejó de que los misioneros protestantes pretendieron enseñar el cristianismo a los coptos que lo conocieron antes que los romanos. En fin, se sintió ofendido entre tantos e inútiles fustes, "en esa ambición de simple magnitud, gigantesca como los rascacielos de Estados Unidos".

Al ver una procesión nupcial a orillas del Tiberiades, Vasconcelos pensó en un cuadro de los primitivos italianos, las barcas le

recordaron a San Pedro y el milagro de la multiplicación de los panes. Pero no le agradaron mucho "un grupo de judíos mugrosos y rubicundos" que un viernes canturreaban en el muío de las lamentaciones en Jerusalem En esta ciudad, Pellicer y él se hospedaron en un hotel regenteado por franciscanos, semejante a los hoteles viejos de México y de Guadalajara. El clima también era semejante al de esta última ciudad "por la sequedad del aire y la luz". Con base en la "verdad sociológica" de la degeneración de las culturas trasplantadas rechazó la regresión a lo indígena porque era un "simple embrutecimiento y suicidio", aspiró "crear nueva raza y nueva cultura, sobre las sólidas bases de nuestra castellanidad que es ya ilustre síntesis de la más fecunda antigüedad". Descendió de las abstracciones a la concreta trampa en la larga mesa común: él tomaba vino de la garrafa de su derecha, Pellicer de la de la izquierda.[34]

El poeta tabasqueño escribió a Carlos Chávez en los primeros días de marzo de 1927 que siempre viajaba en tercera porque la comida era más abundante que en primera; gracias a la modestia de su vida en París con los 120 dólares que recibía de México había podido viajar a Luxor y a Bagdad y esperaba conocer Siam. En el invierno, Pellicer calificó París de "cursi", de "muy agradable" en la primavera.[35] Bagdad no interesó a Vasconcelos porque según un profesor de Chicago era un simple *"mud hole"*. Los guardias senegaleses les permitieron entrar a Damasco por debajo de los alambres de púas. Lo único notorio de esa ciudad, y no era poco, era la catedral, el más bello monumento después de la Santa Sofía de Constantinopla; incluso sus patios laterales eran más suntuosos que las Tullerías o Versalles. El minarete era un "tesoro del arte humano", su muy alta nave central era la más ancha del mundo. Las largas columnas de Balbek no tenían la fuerza de las egipcias ni la gracia de las helénicas. Tal vez todo eso poco importaba a las gentes más pobres, que las tardes dominicales descansaban en los cortes y salientes de la colina comien-

do dulces y bebiendo refrescos, las mujeres vestidas de negro, desaseados los chicos y torvos los hombres. La erupción de lava candente hacían de Stromboli "una de las más raras y curiosas vistas del mundo". Al año siguiente, en 1926, asistió a un congreso antimperialista en Bruselas, pero después de lo que vio en él le resultó irónica su fe "en los mestizajes".[36]

EN VÍSPERAS DE HITLER

En junio de 1928 se embarcó en Nueva York la delegación mexicana que se dirigía a la olimpiada de Amsterdam; en esta ciudad se encontraron Víctor Manuel Villaseñor y Pedro Suinaga, quien formaba parte del equipo mexicano de fútbol. Ambos fracasaron, y el corredor Villaseñor inició o continuó las justificaciones del caso: no calificó en la prueba de los 400 metros porque le tocó correr en el carril sexto donde no tenía a la vista a ninguno de sus rivales; afortunadamente no fue el último, sino el penúltimo.[37]

Cuatro años después, Jaime Torres Bodet recibió la legación de La Haya; pese a que en oficinas, bancos y comercios todos hablaban inglés o francés y con mayor perfección el alemán, se sintió extranjero, lo que no le había ocurrido ni en España ni en Francia: "Holanda era diferente. A cada paso se percataba esa condición lamentable, que algunos europeos deploran cuando llegan a nuestras playas, la de saberse extranjeros, inadaptados, incomprendidos". Pese a su afrancesamiento le irritaba la frase atribuida a Voltaire (*canaux, canards*, *canailles*), pues no había razón para injuriar a los serios, activos y corteses holandeses, aunque México fuera para ellos un remoto país del trópico, productor de revoluciones y de petróleo… la Royal Dutch sabía convertirlo cada año en dividendos. Le sorprendieron los numerosos vehículos, coches y bicicletas en que se transportaban los burgueses de La Haya para ir a contemplar los tulipanes. Con alarde

de conocedor escribió que *La ronda de noche* no era su cuadro preferido, sino la *Carta de amor*, de Vermer.[38]

Cuando Rivera y Siqueiros visitaron un cabaret en Berlín los rodearon cinco "pupilas", pero el administrador les advirtió a tiempo que eran hombres, porque unos días antes unos colombianos armaron fenomenal escándalo cuando se percataron del fraude. Según Siqueiros pese a que Hamburgo era el puerto más admirablemente mecanizado no había perdido sus bellísimos barrios tradicionales. Por su parte, Vasconcelos calificó a Nuremberg de bohemio, es decir, mezcla de germano y latino; su arquitectura gótica era singular y magnífica y espléndido su museo en el que reinaba Durero. Aunque Berlín era una ciudad hermosa, sus pretensiones imperiales merecían una arquitectura menos pobre; todo en ella era barroco, sin grandeza ni gracia. Alemania era el único país del mundo donde sabían bien las salchichas con papas; pero la catedral de Colonia era "nada más grande, grandota", carecía de la gran estructura que hacen el encanto de Chartres, Amiens o Reims.[39]

Ulises Irigoyen viajó en el barco "Orinoco" en abril de 1933; en él se comía seis veces diarias; todo era alemán, es decir, serio, solemne y fúnebre; los mozos eran bien hechos, rubios, de ojos claros, pero sin expresión ni simpatía, le parecía que manifestaban el rictus de la derrota. En la alberca al aire libre admiró las buenas formas de las alemanas. "La carne —sentenció—, se cura con la carne, según Rasputin y la fórmula homeopática: *Similia, similibus curantur*. ¡Cuán moral es el nudismo!" Para otros gustos y creencias se celebraba la misa. Como Irigoyen iba a París ("el cerebro del mundo"),[40] tal vez esto explique cierta dureza dé su juicio que en cierta forma comprobó Torres Bodet cuando escuchó en Francfort los primeros vítores a Hitler.[41]

Cuando Daniel Cosío Villegas se alojó en Londres en la misma casa de huéspedes de Octavio Barreda comprendió el sentido del *living room*. En la London School of Economics lo deslumbra-

ron los Vebb y H. Laski, "entonces en el apogeo de su talento y de su fama".[42] José Clemente Orozco inició un viaje de tres meses a Europa en Londres, donde vio los bocetos de Rafael para sus pinturas vaticanas. Comparó la capital británica "con la casa de una familia riquísima que ha perdido toda su fortuna". En efecto, gran parte de las banquetas estaban decoradas con elaborados dibujos a colores, a su lado un sombrero colocado ostensiblemente solicitaba la limosna de la compasión pública: "jamás hubiera imaginado eso de un país dueño de todos los océanos y que domina los negocios del mundo entero y posee todo el petróleo, todo el hule y las caídas de agua". Vio un París muy viejo, y sin una mujer elegante y bella, que tal vez andaban de paseo en Grecia, donde las admiró Vasconcelos. La capital francesa después de las seis de la tarde se convertía en un inmenso prostíbulo; lo peor de todo era la increíble cantidad de "hombres que descaradamente hacían las peores proposiciones al publico", tanto que por un momento creyó que todo era una mojiganga turística; pero era tan real como la exhibición de soldados sin brazos ni piernas. Hablando de lo suyo recordó con admiración las maravillas de la londinense Galería Nacional, El Greco del Louvre ("con la simplicidad geométrica de su gran Cristo") y recordó que en Toledo todavía enterraban al conde de Orgaz, El Greco pintaba y sus apóstoles trabajaban a diario.[43] Vanidoso, Pañi recuerda que en la conferencia celebrada en Londres del 12 de junio al 27 de julio de 1933, en un banquete de más de 600 delegados sólo lo precedieron en el protocolo Daladier y Cordel Hull, y en el Garden Party en el palacio de Windsor se le ofreció uno de los ocho o diez asientos de la mesa directiva de la conferencia. Después compró por cuenta de México a precios bastante reducidos "8 importantes tablas".[44]

Mucho más importante que las vanidades y negocios de Pañi son las relaciones con la naciente URSS; el 14 de febrero de 1918 el mismo Pañi manifestó la similitud de aspiraciones de las

revoluciones de México y de Rusia.[45] Basilio Vadillo, nombrado ministro en la URSS el 19 de noviembre de 1924, el primero de junio del año siguiente informó a la Secretaría de Relaciones Exteriores que el comercio interior ruso lo monopolizaba el Estado en tiendas propias o de judíos, y que esto convertía a los campesinos en tributarios irredimibles de quienes imponían los precios a las cosechas y a las mercancías. El comercio "ínfimo" la más de las veces era un mero pretexto para pedir limosna, lo que ocasionaba frecuentes conflictos con la policía. El diplomático jalisciense no vio en Moscú que la revolución hubiera afectado el espíritu religioso de la gente, pues continuaba santiguándose frente a las imágenes y besando los cristales que las encerraban, y las campanas de las más de 200 iglesias tocaban sin limitación. En suma, la situación era menos "efectiva" que en México en 1857. Sinoviеf recomendó al Partido Comunista que no hiciera propaganda antirreligiosa porque el pueblo no la toleraría. Sin embargo, la prensa judía continuó atacando la religión.

En Moscú, los más de 300 000 obreros cesantes, a causa de que la revolución paralizó la industria en 1917 recibían una pensión; eran, naturalmente, los más adictos a ese régimen. Le sorprendió que los hombres vendieran flores y las mujeres arrancaran el hielo con una barra. Los empleados ganaban 75, 100 y 150 rublos mensuales; los altos funcionarios no recibían sueldo pero sí compensaciones que debían ser muy altas porque sus casas eran superiores a las de sus colegas noruegos y alemanes. El problema habitacional no se había resuelto, por la incontenible inmigración a Moscú. Desde las calles se podía ver que en las casas todo se había convertido en dormitorios. Según Vadillo la mujer soviética superaba al varón porque no era alcohólica, ella sembraba trigo y patatas, pescaba en los ríos, guiaba los trineos y descombraba el hielo de las calles y caminos, por eso la llaman *rabota*, esclava. La ley permitía hasta tres divorcios (a razón de dos rublos por cada uno); quienes llevaban dos, iban en camino de la prosti-

tución o del desamparo. Aunque el gobierno justificaba la abundancia de abortos por la pobreza y la falta de habitaciones, había una verdadera "carnicería de fetos".

Acaso por su fobia contra los judíos atribuyó el internacionalismo soviético ("tan característico del rabinismo") a los judíos que rodeaban a Lenin. Para los latinos era novedoso el "revolucionario profesional", con su doble vida, de ruso y de israelita, la pública y la secreta. Lenin y sus amigos judíos se educaron en las sinagogas pues las universidades les estaban vedadas; gracias a eso, la casta judía sustituyó a la nobleza. Frente a esta casta había más de medio millón de cesantes en Moscú y en Leningrado. En cinco minutos era posible conocer todos los tipos de pordioseros: los que arrodillados besaban la mano, los que reclamaban como una especie de contribución de tránsito y los curas que pedían con su crucifijo al pecho. Poco de esto se conocía porque Rusia estaba más cerrada al extranjero que la España de Felipe II. El turismo era imposible; un inglés que pretendió tomar notas fue encarcelado durante varias semanas, y salió tuberculoso de su prisión. El proletariado alemán, inglés y francés perdería más de la mitad de Ío que había ganado por una evolución pacífica, si cambiaba su situación por la de Rusia. De cualquier modo, la Tercera Internacional Comunista continuaba su propaganda en favor de una revolución universal fracasada "en la misma Rusia", donde se iría fortaleciendo un sentido particularista dominado por los intelectuales rusos "en colaboración con una plutocracia judía hecha millonaria".[46]

En la experiencia de un comunista tan ortodoxo como Siqueiros, sólo en parte se trasluce esta profecía. En efecto, a fines de 1927, encabezó un grupo de treinta y tantos obreros de base, peones de vía, mineros barreteros, obreros textiles y pavimentadores. Sin embargo, el secretario general de la Internacional le preguntó por qué sólo había llevado intelectuales, sorprendido David le contestó que el único intelectual era él, el soviético le

hizo esa pregunta porque todos esos mexicanos eran corteses. Siqueiros le explicó que los únicos toscos en México eran los extranjeros, el indio por temperamento y por cultura era todo lo contrario de la rudeza. El primero de mayo de ese año hubo un pequeño incidente cuando Siqueiros, después de pasar varias horas en la Plaza Roja, se refirió a las tierras "abominablemente frías" de la URSS porque los injustos polacos alemanes no les habían permitido bajar más al sur. El nacionalismo afloró en la respuesta de Lozouski: en esas tierras congeladas no había fiebre amarilla, viruela negra ni tifus. Sin embargo, Siqueiros se jactó de que los soviéticos con los años le dieron la razón.[47]

Dos años después el presidente Portes Gil nombró a Jesús Silva Herzog ministro de México en la URSS porque quería que un economista informara con conocimiento de causa y en detalle de lo que realmente estaba sucediendo en esa "lejana e importantísima región". Al llegar el 19 de febrero a Moscú, su primera impresión fue desagradable (pese a la Plaza Roja, a San Basilio y al monumento a Lenin) porque había 29 grados bajo cero, la gente vestía como mendigos, hacían colas interminables para comprar una libra de pan, y Silva Hezog tenía que alquilar un taxi (había menos de 500 para dos millones y medio de habitantes) o un trineo tirado por caballos. Poco a poco se fue adaptando. Trabó amistad con el gran poeta Vladimir Maiakovski ("muy alto, acogedor y alegre", quien había estado en México dos años antes), con Bujarin y con Lunacharski, gran admirador de "nuestro Diego Rivera". Visitó los espléndidos museos y asistió a la ópera y al ballet. Entonces sólo 16 países tenían relaciones con la URSS, México era el único de América. De cualquier modo, la etiqueta diplomática era rigurosa: al mediodía *jaqué*; de 7 a 9 pm., *smoking*, y *frac* después de las nueve de la noche; peor que este engorro eran las insustanciales conversaciones, salvo con los representantes de China y de Japón que eran más explícitos. De inmediato buscó un profesor de ruso y otro de francés, pues el

inglés lo hablaba corrientemente. Durante diez días en Leningrado, ciudad hermosísima y muy europea, visitó El Ermitage (con más de 40 pinturas de Rembrandt), el Palacio de Invierno, varias iglesias, la fortaleza de Pedro y Pablo, el río Neva, el Palacio de Verano y un pueblo "completamente cooperativizado", donde lo aplaudieron porque creyeron que era el embajador de Estados Unidos.

En su informe del 6 de junio de 1929, Silva Herzog explicó que Rusia era un inmenso laboratorio donde se experimentaba con rapidez sobre la marcha del socialismo de Estado al colectivismo. Inicialmente se dio la tierra en usufructo (como nuestro ejido), pero los campesinos tenían que alquilar la maquinaria a los *kulacs* (campesinos ricos) quienes se quedaban con una cuarta parte y aun con la mitad de la cosecha. Para evitar ese inconveniente estudiaban formar grandes haciendas industrializadas, y si triunfaban vencerían a los *kulacs*. Los rusos estaban haciendo una gran propaganda para atraer compañías extranjeras (incluso petroleras) y del éxito de ese plan dependía la URSS. Él transporte era muy primitivo, salvo el Transiberiano (de los mejores ferrocarriles del mundo); los tranvías de Moscú eran inferiores a los de México, y los coches tírados por caballos eran iguales a los del México de 25 a 30 años antes. De los más de 20 millones de cooperativistas, dos tercios eran jefes de familia. Sólo contaban con los artículos de primera necesidad estrictamente indispensables, las colas eri la compra de carne eran interminables. En suma, había ciertas desigualdades económicas: en las ciudades vivían mejor los concesionarios extranjeros, los comerciantes privados y los comunistas, pero el resto la pasaba "bastante mal". De cualquier modo, la condición de los obreros era superior a la de México pero inferior a la de Estados Unidos. La educación (completamente controlada) registraba "colosal" crecimiento "cuantitativo, no cualitativo, pero todavía había un alto porcentaje de analfabetos. El primero de mayo de ese año comenzó una

semana antirreligiosa que daría buenos frutos entre los jóvenes, pero lastimaría a los millones restantes. El fuerte nacionalismo también era un "problema de cierta seriedad".

Las relaciones con México se complicaron por el fusilamiento de dos líderes campesinos: Guadalupe Rodríguez y Salvador Gómez; el primero había propuesto en la Liga Nacional Campesina, el 6 o el 7 de enero de 1928, una revolución comunista; en su calidad de asesor Silva Herzog se opuso, por temor a Estados Unidos. El secretario de Agricultura, Marte R. Gómez telegrafió el 27 de mayo que Rodríguez fue fusilado "con festinación militar que el señor presidente de la República no pudo evitar". Escribió a Relaciones Exteriores el 4 de julio que estando en México creía en la simpatía soviética "por nuestra avanzada ideología"; en esto se equivocó, porque la URSS consideraba al gobierno mexicano "pequeño-burgués… aliado al imperialismo". Mientras la URSS prohibía al pintor Xavier Guerrero que visitara la legación de su país, en México se desaforó a Hernán Laborde, se clausuraron *El Machete* y las oficinas del Partido Comunista. En represalia, a Silva Herzog nadie lo visitaba. Cuando la Tercera Internacional Comunista calificó al gobierno mexicano de "fachista" protestó el 3 de agosto ante el subsecretario de Relaciones Exteriores de la URSS, quien reconoció que ése era un lenguaje "inadecuado" y ofreció evitarlo en el futuro. Sin embargo, su servidumbre rusa comenzó a vigilarlos. El 14 de octubre Litninov, apartándose de su nota del 3 de agosto, le explicó que la El Internacional Comunista era autónoma.

Silva Herzog informó el 3 de diciembre de 1929 que las cosechas habían sido medianas, desde marzo de ese año se había reducido la ración de carne a 100 gramos por cabeza, medio litro de leche diario por niño y 10 huevos y 400 gramos de mantequilla mensuales por familia. El salario mensual de un obrero medio eran 90 rublos, 400 los ingenieros y mil las buenas artistas de opereta. Lunacharski (antiguo comisario de educación) respon-

dió al cargo de que su esposa tenía joyas y vestidos de gran valor explicando que con sus escritos él ganaba más de 50 000 rublos. Las desigualdades ya le parecieron evidentes. En los barcos que navegaban en el Volga había cuatro clases, la cuarta era un bodegón sin ventilación "mucho peor que los malos coches de segunda clase de los ferrocarriles mexicanos", sin duda semejantes a los barcos en que venían a México los españoles a hacer la América. En ese momento los "positivamente beneficiados" eran los obreros de las grandes fábricas ("la fuerza política del Partido"). En una fábrica de carros de ferrocarril trabajaron dos meses sin recompensa material, éste era uno en veinte casos en el problema de la falta de acicate individual. Aún más difícil era el de los centenares que deseaban emigrar. El último día de 1929 al despedirse Litvinov, éste se quejó de que un cable enviado directamente por la Secretaría de Relaciones Exteriores le pedía a su país que no hubiera guerra con China a causa de Manchuria. Durante la gestión de Silva Herzog empeoraron las relaciones entre ambos países, ciertamente a pesar suyo.[48]

Víctor Manuel Villaseñor con la ardiente fe del converso viajó a la URSS seis años después. Luis Cabrera intentó ponerlo en guardia contra el peligro de querer conocer un país en unos cuantos días como acostumbraban varios viajeros extranjeros en México que a lo sumo conocían algunas de las ciudades principales de la Mesa Central, el parque de Balbuena, un ejido "arado *ad hoc*", o una escuela de experimentación de arte indígena. Villaseñor le explicó que sus padres le habían costeado el viaje en clase turista Nueva York-Cherburgo; en París se alojó en "modestísimo hotel" y después viajó en ferrocarril de segunda clase. Por supuesto en Leningrado le impresionaron las amplias avenidas, las cúpulas doradas, los hermosos puentes, los viejos palacios y los flamantes edificios para obreros, pero sobre todo el famoso palacio de Pedro el Grande donde conoció por primera vez al pueblo ruso: millares de jóvenes cantaban, bailaban y discutían

alegremente. El primero de septiembre (día de la juventud) vio el alegre desfile, donde los jóvenes marchaban a los acordes de *La Adelita*, igual que en toda la URSS; diez años después Einsenstein le explicó que uno de sus colaboradores la llevó a la Unión Soviética.[49]

Villaseñor viajó en compañía de Vicente Lombardo Toledano; a su regreso a México explicó que no fue a la URSS con la pretensión de conocerla en seis semanas, sino para confirmar o rectificar los prejuicios burgueses de los que no había logrado despojarse. Destacó que en la fábrica de Kharkov se construía un tractor cada seis minutos y ya se había abolido la última de las raciones alimentarias establecidas en 1928.

Vicente Lombardo Toledano fue más explícito e irónico. En la URSS no había anuncios luminosos ni *drug stores*, pero en cambio, ni obreros ni campesinos carecían de "una alimentación fundamental", es decir, sopa de col y carne, tocino crudo o cocido, huevos, pan de trigo, fruta y té. Tampoco carecían de zapatos ni de ropa de invierno, ni se veían niños desamparados como en México; más aún, en el sur aún había refinada elegancia. Frente a 45 o 50 millones de sin empleo del mundo, en la URSS nadie carecía de trabajo. El peón mexicano ganaba 45 pesos mensuales, 20 rublos el soviético, pero éste además tenía medicinas, restaurantes que vendían al costo, casas de reposo en el Volga para 4 500 personas (evidentemente una insignificante minoría), casas de cuna, jardín de niños; en fin, los sindicatos manejaban el seguro social. Los grupos en las escuélas primarias no excedían de 25 alumnos. El problema mayor era echar a andar las fábricas construidas por norteamericanos, alemanes, franceses y suizos, porque en los primeros años los obreros rompían la maquinaria por su inexperiencia. El fogonero del barco en que viajaron por el mar Negro le platicó de una balacera en la Cámara de Diputados mexicana; tenían buena información y un solo punto de vista. En Baku vieron muchas trábajadoras; una joven

ingeniera de 28 años era la jefa, ya que abundaban las mujeres directoras en las empresas más importantes, hospitales y universidades. En el desfile de la juventud internacional vieron jóvenes "turcas" de 14 a 20 años lucir en su ligerísimo traje deportivo "la hermosura de su cuerpo ya emancipado".[50]

Lo anterior contrasta con el abierto rechazo de Vadillo en 1925 y la cautela de Silva Herzog en 1929, que puede explicarse por la diferencia de edad, origen, educación, temperamento y posición de los autores, y obviamente también por los cambios que se registraron en la URSS en esos once años: el asentamiento del régimen permitió una mayor producción y mejor distribución, pagadas al precio de la restricción a la libertad.

Muy diferente fue la visita de Abelardo Rodríguez un año después. Este, que ya le había dado la vuelta al mundo, encontrándose en Londres se interesó en conocer Rusia, y lo hizo acompañado de su esposa y un secretario. El embajador de la URSS en Londres le advirtió que encontraría cimientos sólidos a los que sólo faltaban techo, pinturas y retoque. En Negoreleye la policía política les recogió sus pasaportes y minuciosamente revisó su equipaje, "trámite largo y molesto". En todos los coches del ferrocarril había guardias y sus puertas estaban cerradas con llave, la totalidad de la tripulación era francesa. En el trayecto vieron a mujeres construir nuévos tramos ferrocarrileros,

> descalzas, harapientas, con la piel agrietada, curtida y sucia por el sol, la tierra y el descomunal trabajo: mujeres que pierden su sexo, que más bien parecen hombres disfrazados de mujer y que causan una sensación deprimente, de compasión y de indignación. También las vimos después trabajando en las fundiciones, encargadas de los hornos de altas temperaturas, ante las altas llamara' das del fierro derretido, en un trabajo infernal, agotante y destructor de vidas; cuyas penalidades sólo resisten los excepcionálmente fuertes. Las encontramos en los talleres desempeñando labores indistintamente con los hombres; en las fábricas, construcciones, etc., y muy particularmente en los campos, en las granjas colectivas, donde el 60 y hasta el 70% de las labores agrícolas son efectuadas por la mujer.

En las industrias pesada y liviana, y en los ferrocarriles 40% del personal era femenino; en suma, el desarrollo material de la URSS se "debe en gran parte al esfuerzo manual desarrollado por la mujer". Seguramente a causa de ese trabajo había un grande y creciente número de niños sin hogar, un degradante incremento de la prostitución por mujeres en busca de ropa y perfumes, cosa natural porque las mujeres trabajaban conforme al lema "el que no trabaja no come", pero Rodríguez no menciona que ese lema es de San Pablo, y evidentemente lo saca de contexto.[51]

Reforzó su discurso anticomunista señalando que se proyectaba construir en Moscú una colosal estatua de Lenin, más alta que la Torre Eiffel y el Empire State Building con un costo de mil millones de rublos, y que se vería a 80 kilómetros de distancia. En cambio, un obrero calificado sólo ganaba 200 rublos mensuales; dedicaba entre 9 y 11 por ciento de su ingreso a la renta de su casa, y por zapatos inferiores a los mexicanos pagaba de 10 a 12 pesos. Su colosal aviación hacía que las masas admiraran el régimen que las oprimía. Es verdad, o casi, la "divinización" de Stalin, tanto que superaba la forma en que el clero había fanatizado a los aborígenes de México; tampoco le falta razón cuando hace ver que las casas de descanso del mar Negro no las podían ocupar los obreros inferiores ni los campesinos, contra la ingenua pretensión de Vicente Lombardo Toledano. Coincide con Silva Herzog en señalar las notables diferencias en los transportes ferroviarios y fluviales. En las granjas gubernamentales y en las colectivas los campesinos vivían en iguales condiciones que en México antes dé la Revolución. Del millón setecientos mil miembros del Partido Comunista, 700 000 eran judíos, a quienes se les atribuían los planes financieros e industriales, "cosa que no es de extrañar porque es mundialmente reconocida la habilidad de la raza israelita en estos aspectos", escribe en nueva coincidencia con Vadillo. A diferencia del optimista Lombardo Toledano

reduce la dieta de los rusos a pan negro y verduras cocidas, especialmente repollo, y su habitación a "chozas de lodo o estiércol o antihigiénicas casas de madera". La burocracia se reservaba lo mejor, entre otras cosas a los criados, a quienes con un eufemismo llamaba "trabajadores del hogar". Su diatriba concluye, naturalmente, con el elogio a la Constitución mexicana de 1917, "la más avanzada del mundo",[52] pero no precisa la realidad del país.

Descubrimiento de América Latina y otras latitudes

Pese a su afinidad cultural con América Latina los mexicanos han viajado poco al sur, seguramente por la mayor importancia de las relaciones económicas ¿on Europa y porque algunos consideran más atractivo el arte y la cultura europeos. De cualquier modo, a fines de 1918 el poeta porfirista José Juan Tablada fue enviado por Venustiano Carranza a Sudamérica, después de hacer escalas en La Habana y en Colón (donde escucharon a Rubinstein tocar a Chopin) llegaron a Santa Marta, en el trayecto un *steward* "alto, fornido, muy blanco y rubio" golpeó brutalmente a un negro que robó una golosina; José Juan le dijo a este norteamericano: *You are whiter in your rave and the nigger less darker in his despair*. En el río Magdalena vieron bellísimos paisajes, así como en el trayecto desde Girardot a Bogotá. En esta ciudad se hospedaron en un hotel muy siglo XIX y desde muy temprano los repiques llamando a misa les dieron la ilusión de un día de fiesta. Diariamente los visitaban literatos locales y tuvieron la satisfacción de visitar a la mamá y a la hermana del suicida José Asunción Silva. En La Esperanza, estación veraniega muy parecida a Cuernavaca, bellas muchachas de tipo muy español descansaban los fines de semana; la naturaleza, perspectiva de los montes "y los rumorosos macizos de bambúes" le recordaban Japón.[53]

Casi simultáneamente otro poeta, Carlos Pellicer, escribió a Carlos Chávez que Bogotá era una ciudad tan católica como Roma y por la frecuencia del toque de las campanas y los negros vestidos sacerdotales más que la ciudad de México. Las bogotanas bellas como paupérrimo el coloniaje español. En fin, Colombia se había constituido en la depositaría del idioma español en América Latina.[54] José Vasconcelos se jactó de que México por primera vez envió al extranjero no sólo soldados sino conferencistas y artistas, pese a que la prensa partidaria del porfiriato ridiculizó tales excursiones. No sólo envió mexicanos sino en general latinoamericanos: Pedro Henríquez Ureña, por ejemplo, a quien bajamente molestaban por su nacionalidad dominicana y su "tipo amulatado", aunque nunca hubieran podido negar su capacidad.[55]

Cuando México descubrió Brasil, Vasconcelos calificó la bahía de Río de Janeiro de la "mejor, más extensa y más bella". Bahía, con sus rojos tejados y altos caserones en lás verdes colinas a las orillas de un mar claro, era una ciudad portuguesa. Cuando quiso detenerse en el mercado para ver a las negras vestidas con pintorescos trajes, se dio cuenta de que el funcionario brasileño que los acompañaba actuó como si quisiera que ignorasen la existencias de los negros. Sao Paulo, ciudad movida pero no estruendosa, más parecía europea que yanqui; por su lomerío recordaba Kansas, por su cordialidad América del Sur. En la escuela normal recitaron versos mexicanos y el ministro de Educación elogió a Madero como el único mexicano que no había derramado sangre; una joven profesora se refirió al mexicano como a un pueblo "que mata emperadores", pero defensor de la cultura latina frente "a las amenazas del Norte". Morboso juzgó el culto a las estampas de santos ení la penitenciaría, pero admiró sus magníficos talleres; se necesitaba establecer cárceles en los campos, sin negar a los presos el contacto con sus familiares y amigos; se preguntó si lo intentarían Brasil (el país más generoso de la Tierra),

la buena Argentina, el tierno Perú y la dulce Colombia. No vio en São Paulo, Río de Janeiro y Buenos Aires "barrios de pesadilla" como los neoyorkinos del East Side o los "increíbles arrabales de la capital de México". En la *fazenda* de Chapadao, todas las noches, las familias se reunían para recordar Europa y soñar con el retorno a Italia para comprar un huerto. Las habitaciones de los trabajadores eran feas, pequeñas y monótonas pero aseadas, los buenos jornales estimulaban la inmigración "golondrina". Nadie podía competir con los recursos brasileños, pues este país en menos de 20 años había más que doblado su población: de 15 a 35 millones de habitantes. En Santos, Vasconcelos pasó de los contrastes de sus hermosas mujeres semidesnudas a las togas universitarias y el inevitable *jaquet* y sombrero alto de los funcionarios. Argentina en esto era tan despreocupada como México, ya que en las ceremonias predominaba el traje de calle. Elogió que tanto en Argentina como en Brasil los generales mandaran a los soldados, aunque el gobierno civil los mandaba a ellos. Tanto o más admiró que en algunas escuelas primarias la educación se impartía en portugués y se repetía en francés; además casi no había analfabetismo, "así como no hay miseria". El tipo de la gente de Minas Gerais era más brasileño que el de Sao Paulo donde abundaban italianos, polacos y alemanes. También celebró que en la guerra europea, un general de apellido y sangre franceses, pero brasileño, protestó porque *a los portugueses*[*] se les enviaba a donde era seguro el desastre; con amargura imaginó que pocos generales hispanoamericanos habrían hecho lo mismo si se trataba de sacrificar españoles.

Criticó que mientras norteamericanos, chilenos y mexicanos desfilaban sin uniforme diplomático, los pertenecientes a los demás países "ostentaban entorchados ridículos". La arquitectura mexicana ponía el énfasis en las fachadas, la argentina y la brasileña en el confort de los interiores. Todas las brasileñas eran bellas, amables, "graciosas y ardientes", tanto las de porcelana de

origen portugués como las delgadas morenas, "flor de trópico intensa y fragante". Pero más linda aún le pareció una joven de Tucumán, "la más linda que hayan visto ojos humanos".[56]

Elogió la pobreza de una recepción en la embajada yanqui, en contraste con el lujo de otras. En el desfile militar participaron los cadetes del Colegio Militar mexicano con sus caras tostadas, cuerpos rígidos, marcha firme y aire indiferente, como de quien está habituado a la adversidad; su gallardía les valió flores y sonrisas femeninas, en contraste con el aspecto agresivo de los yanquis y el misterioso de los japoneses. En las lozanas mujeres de Santa Anna vio un anticipo de la raza mezclada que estaban formando, desde Sao Paulo hasta Buenos Aires, italianos, portugueses, españoles, rusos y polacos, produciendo el más bello tipo humano de la época: ojos negros muy grandes, tez blanca, mejillas encendidas, formas mórbidas, cuerpos firmes, pero no con aspecto campesino sino refinado, casi elegante; parecían españolas, pero hablaban portugués; y en realidad ya no eran portuguesas sino brasileñas.[57]

La banda y Fanny Antiúa dieron audiciones musicales, conferencias Gómez Robelo y Carlos Pellicer; se exhibieron objetos de arte popular, la la colección de los Clásicos de la Universidad editados por el propio Vasconcelos, aceros de Monterrey y plomería de Guadalajara.[58]

Tal vez lo más perdurable del paso de esa delegación por Río de Janeiro en 1922 fue la donación de una estatua de Cuauhtémoc. Un miembro del Partido Socialista Argentino consideró una "gaffe" ese obsequio porque nadie sabía "quién" es el indio ese, argumentando que "ni en Argentina ni en Brasil había indios", en este último país había sólo negros; evidentemente nada de eso venía a cuento, pues se trataba de un héroe mexicano. Corrobora el racismo de ese socialista argentino su reproche al gobierno mexicano por hacerse representar "con un símbolo que no tiene resonancias en el resto de América, que es latina".[59] Al-

fonso Reyes criticó el "rincón sombrío" en que se colocó la estatua, refugio de enamorados, pero tomó las cosas con buen humor: el altivo indio, viendo fijamente a las parejas, les decía: "Quietos muchachos, que allá va el golpe". Por razones que Reyes no explica se creó la superstición de que dando tres vueltas en torno al monumento y haciéndole una pequeña reverencia se conjuraban los peligros. Supersticiones y bromas aparte, los cactos mexicanos del zócalo de ese monumento eran un "aderezo vegetal apropiado" para ese "carioca honorario".[60]

Genaro Fernández MacGregor en su viaje por mar a América del Sur advirtió que durante la travesía, mexicanos y norteamericanos no se mezclaron porque no había relaciones entre ambos países; pese a los esfuerzos del cicerone brasileño, los mexicanos se aislaron y al cruzar el Ecuador no participaron en las grotescas ceremonias acostumbradas para quienes lo hacen por primera vez: pasar entre una doble fila de tundidores, ser embadurnados de pintura; recibir choques eléaricos, ser sumergidos en un tanque y otras lindezas semejantes, a las que sonrientes se sometieron todos los yanquis, entre ellos el "respetable" arqueólógo Morley. De cualquier modo, descendieron en Bahía, antigua capital de Brasil, trasunto de Orizaba, con sus estrechas calles de teja roja, pocos transeúntes (entre ellos curas con sus trajes talares y sombreros de canal) y "muchos negros, pues hasta el gobernador en aquel tiempo tenía su brochazo de pez en la carne". Fernandez MacGregor admiró Río de Janeiro, "espectáculo sublime, imposible de relatarse". Al lado de los poderosos buques de guerra anclados en la bahía, el mexicano "parecía un pigmeo a su lado"; en realidad, a duras penas hizo la travesía. En São Paulo subió a un funicular administrado por los ingleses, una "maravilla de ingeniería". En esta interesante ciudad obra de pioneros yanquis, los *malelucos,*[*] asistió al bataclán de madame Rasini; los mexicanos celebraron el 15 de septiembre recorriendo cabarets. En Río de Janeiro volvió a encontrar a Vasconcelos, entre los

nuevos compañeros del viaje de regreso se contaba el pianista Leopoldo Godovsky a quien los criados odiaban por las odiosas exigencias de "estos insaciables judíos, quienes además. mostraban una grosería y un mal humor insufribles". Muy contento llegó a Nueva York porque pronto "como buen e irremediable burgués" volvería a ver a su familia.[61]

Otros mexicanos viajaron hasta Chile, entre ellos el poeta González Martínez, quien empleó 40 días en llegar a Santiago. Elogió el "espléndido" paisaje chileno con sus lagos y montañas nevadas, misteriosos canales, noches polares y gigantescos helechos. Un chileno le reprochó que en ese momento no quiso ver al hombre chileno, aunque después escribió que es "franco, fuerte, un poco rudo, celoso de su terruño y de su vigor". La presencia de Antonio Caso fue un "suceso jubiloso… Llegó, habló y triunfó", entre aplausos lo llevaron los estudiantes chilenos a la legación mexicana.[62] Detrás de esos éxitos estaba la gestión de Vasconcelos en la SEP, a quien Gabriela Mistral declaró "el novio de América Latina".[63] Cuando el propio Vasconcelos visitó Chile en 1922 vio el enfrentamiento de dos federaciones estudiantiles chilenas que como casi llegaron a las manos, "parecía que nos encontrábamos en un medio completamente mexicano". La pobreza de Chile le pareció más aguda que la de Argentina, al igual que en México la atribuyó a "los abusos, rutina y codicia del estanciero", ambos países estaban todavía en "pleno régimen feudal". Alivió esa pesadumbre la vista de las lindas chilenas tocadas con la antigua mantilla española. Además de cierta proclividad a la violencia, Chile y México tenían en común la pobreza extrema, a diferencia de Buenos Aires donde floreaba "sobre todas las cabezas la esperanza".[64]

Acaso por esta razón Argentina fue más visitada que los demás países latinoamericanos. El diplomático Jesús Urueta ofreció en una recepción cajitas redondas de cajeta de Celaya, las mujeres se sonrojaron, los hombres palidecieron y después soltaron

sonora carcajada porque en Argentina "cajeta" es el nombre coloquial del sexo femenino. De cualquier modo, las arrebataron y las olieron, todo Buenos Aires comentó: "¡Sólo a los mexicanos se les podía ocurrir algo semejante a eso! ¡Mira que hacer dulce de eso!"[65] Vasconcelos escribió mucho y con gran entusiasmo sobre Argentina. La célebre calle Florida equivalía a Plateros, pero con más boato, casas más altas, "comercio más rico y un lujo mucho más generalizado". Se congratuló de que los hoteles tuvieran baño a un paso del lecho, pero le desagradó que el teléfono estuviera a un lado de la almohada. Los estudiantes que un año antes, en 1921, habían ido a México, mucho lo ayudaron a hacer amigos. Nuestro país a ratos repugnaba por sanguinario, pero se hacía perdonar con poetas como Amado Ñervo y porque la Revolución mexicana era una aurora. Los barrios de casas de dos pisos eran extensísimos y en parte recordaban los suburbios parisienses; desde luego sus servicios municipales y el pavimento superaban a los de las zonas pobres de México.

Ya entonces Buenos Aires había desplazado a Madrid como centro de los países hispanoparlantes, porque México era indio, Cuba mulata (aunque hubiera mucha gente blanca) y Santiago severamente castizo. El Buenos Aires cosmopolita representaba el espíritu español en su expresión universal con su bella raza de mocetones "altos y alegres" y maravillosas mujeres con una "lozanía que no se ve en ninguna parte", de ahí saltó a juzgar la monogamia como "cosa de aldea". Urueta advirtió el contraste entre el lujo de la Avenida de Palermo y los colonos que no podían adquirir ni un metro para enterrar a sus hijos. El único sitio desagradable era el hipódromo con sus magníficos caballos y lindas cocotas; tenía una sección para los socios y otra para el público pobre tan numeroso como el de los aficionados a los toros en México; estos últimos pagaban diez pesos para que los ricos exhibieran sus caballos y sus queridas. Argentina era el país en que estaba más difundida la educación primaria, contaba con dos

o tres orquestas sinfónicas, si bien en Estados Unidos ciudades de más de 100 000 habitantes, discípulos de Calibán tenían la suya, mientras los discípulos de Ariel íbamos a los toros o al cine. El Teatro Nacional era excepcional por sus excelentes artistas "por cruza italiana". Córdoba le recordó Puebla (arquitectónicamente la mejor ciudad del continente), San Luis Potosí o Morelia, pero era mucho más populosa, animada y extensa que cualquiera de esas tres. Los socialistas, encabezados por Palacios, apóstol del iberoamericanismo, podrían organizar sin grandes trastornos una evolución rápida, pero necesitaban conquistar la provincia; tal vez ellos podrían hacerlo porque los argentinos disponían de los profesores mejor preparados. En La Plata comprobó la simpatía del alma americana por todas las razas del globo, en particular por la judía a la que nos considerábamos obligados a reparar de la injusticia de su expulsión de España; por eso mismo, Obregón los había invitado a colonizar México. En Buenos Aires vivían más de 100 000 judíos "estimados, laboriosos, inteligentes y leales a la patria argentina", si bien el Iguazú era el nervio vital de América Latina.[66] En suma, Argentina se había convertido de una colonia de escaso valor y uno de los países menos poblados, en la primera nación hispánica, y el maestro de escuela explicaba ese milagro.[67]

Fernández MacGregor y González Martínez sólo en parte participaron del entusiasmo vasconceliano. El jurista calificó el hotel Savoy de anticuado, no comparable a los de primera clase neoyorkinos. En la habitación se servían un desayuno con chocolate y *croissants*. Por temor a Estados Unidos pasaron sobre ascuas en el congreso de la International Law Association la cuestión del reconocimiento de los gobiernos. El jurista mexicano disfrutó de la oratoria "lírica y apasionada" de Zorrilla de San Martín, y también conoció al gran poeta Leopoldo Lugones de morena tez pero no tanto como la mexicana de bronce. Lugones se jactaba de su sangre indígena y declaraba rabiosa guerra a todo

lo hispano maldiciendo la conquista. En cierta cena la esposa del introductor de embajadores (encantadora y "blanca como los cisnes"), según Fernández MacGregor demostró al poeta "que la cultura en que vivía, hablaba y cantaba sus metros era la de España y que nada de indio tenía en sus pensamientos ni en sus sentimientos, como no lo tenía en general la América ni menos la Argentina", en lo cual exageraba porque confudía el cono sur con la América andina y la central. Al igual que Vasconcelos señaló la pasión popular por las carreras de caballos. Se calificaba de rastacueros a los adinerados que consideraban París su segunda capital y sólo asimilaban los vicios de Europa, como ciertos yucatecos. No vio ningún coche americano, en su mayoría eran franceses e ingleses.[68] González Martínez trabó amistad "franca y cordial" con Lugones, gran poeta y prosista magnífico. Ese cincuentón moreno después de dar una conferencia en el Jockey Club se retiró en medio de gran ovación pese a la ironía de sus palabras para una institución que durante muchos años se negó a darle asilo en sus salones. El poeta tapatío vio en este cordobés cierta semejanza con el mestizo mexicano.[69]

Vasconcelos descubrió en Uruguay "niños tristes y casi harapientos", como los que había cerca del lado mexicano del Bravo. Pese a muchos decretos de los "colorados", la tierra seguía perteneciendo a unos cuantos estancieros, asiduos viajeros a Europa, donde se suponía que iban a aprender francés para olvidar el castellano. Del trío de maldiciones de la América española (clero, latifundio y ejército),[★] Uruguay castigó al clero. Tanto o más importante fue el hecho de que la prensa uruguaya no informó de la entrega de la estatua de Cuauhtémoc a Brasil por un exceso de condescendencia a la legación yanqui, pese a que su discurso no era antiyanqui sino nacionalista y opuesto al panamericanismo. Los obreros de la ciudad habían afianzado la jornada de ocho horas semanarias y ciertos aumentos salariales, pero en el campo prevalecía el feudalismo. Sin embargo, acaso como parte

de la victoria sobre el clero, Uruguay estableció el divorcio; los argentinos acudían a Montevideo a tramitarlo porque se concedía con sólo que lo pidiera la mujer, cosa que a Palacios le pareció "muy gallarda". Sin embargo, en las discusiones sobre la raza, los uruguayos argumentaban que no eran castellanos sino europeos. Francia predominaba en la literatura, Inglaterra en los negocios y Estados Unidos en la política internacional. De cualquier manera, en lo mejor de Uruguay predominaba la madre España: Rodó, Vaz Ferreira y la Ibarbourou. Vasconcelos señaló el contraste entre las protestas estudiantiles por la ocupación de Veracruz y los sarcasmos por su fe en las razas mestizas y tropicales, actitud congruente con la de los italianos recién importados que declaraban no tener nada en común con el indio, sino que ellos eran europeos puros.[70] A Fernández MacGregor le impresionó el barrio del Yerbal, colindante con la catedral de Montevideo: 10 o 12 manzanas de casas de un solo piso, con patio y un gran zaguán abierto, en cuyo cubo había una cancela de vidrio, habitadas por hembras de todos los países, "pelajes, tamaños y hechuras. ¡Fantástico, increíble! ¡Y a espaldas de la catedral!"[71]

Vasconcelos vio en la raza mezclada de Santo Domingo todos los tipos, desde el muy voluptuoso de ojazos negros y flexible cintura, hasta la rubia un poco tostada pero de silueta ondulante y fina. La costumbre de llevar ropa ligera daba a la gente tropical una natural elegancia, sólo en Sevilla y en algunas ciudades italianas se "Veía esa facilidad natural de moverse que es como la armonía de la persona con su exterior". En Puerto Rico, sin embargo, vio la otra cara de la moneda; personas que como no tenían nada malo que decir de Pedro Albizu Campos, lo tachaban de mulato:

> ¡Y esto me lo decía otro seudo nacionalista! ¡Como si ser mulato no fuese la carta de ciudadanía más ilustre de América! Si creo que hasta Bolívar lo fue… Desgraciadamente yo no tengo sangre negra, pero cargo una corta porción de san-

gre indígena y creo que a ella debo una amplitud de sentimiento mayor que la de la mayoría de los blancos y un grano de una cultura que ya era ilustre cuando Europa era bárbara.

De cualquier modo, Vasconcelos temió la sobrepoblación de Puerto Rico, la cual atribuyó a los "míseros salarios".[72]

En La Habana, la más española de las ciudades de América, gozó de ardorosas pláticas con algunos lectores de la Biblioteca Nacional, el buen arroz y garbanzos de las fondas, las perfectas carreteras y sus provocativas mujeres: blancas, morenas de raza criolla, o negras de "cuerpos elásticos y ojos encendidos" con una gracia y suavidad de que carecían las mujeres del norte. Mucho criticó, en cambio, al igual que en Madrid, el ruido y algunas canciones casi obscenas.[73]

El joven Daniel Cosío Villegas visitó Guatemala en 1924, cuando Juan de Dios Bojórquez era el ministro mexicano, y quien obsequió modernas bibliotecas a nuestro vecino del sur. Año con año Bojórquez con apoyo del general Serrano llevaba de México pinturas, equipos de fútbol, grupos teatrales, recitadores, cantantes y bailarines. Sin embargo, en una recepción que dio en la legación, le recomendó que asegurara todos los objetos de valor porque los guatemaltecos acostumbraban "acarrear con todo lo que no está bien atornillado"; esa costumbre la atribuyó a la antipatía de uná docena de gentes hostiles al "Coloso del Norte", es decir, a México. Los guatemaltecos no se ofendían si no se les invitaba a las recepciones porque se acostumbraba dejar abiertas? las ventanas de la legación; perfumados y bien trajeados grupos de seis a ocho personas durante unos cinco minutos circulaban por la calle de ventana en ventana. Bojórquez atribuyó esta costumbre a que guatemaltecos y mexicanos se parecían mucho, si bien los guatemaltecos imitaban los defectos pero no las cualidades mexicanas. Años después, Moisés Sáenz señaló el antagonismo del indio y el mestizo blanco en Guatemala.[74]

Vasconcelos poco antes había recorrido América Central. En San Pedro Sula, Honduras, dio dos conferencias cobrando dos pesos la entrada; por cierto que en esta ciudad había varios mexicanos bien establecidos (en la agricultura, el comercio y la industria) y muy estimados. En las rancherías comían a la mexicana tortillas de maíz, frijoles y salsa picante. Defendió el trato "relativamente humano" de los pequeños propietarios de origen español en las fincas cafetaleras salvadoreñas a su peonada indígena. Costa Rica, democrática y culta, la poblaron gallegos, los pocos indios de la costa no creaban ningún problema, y gracias a esa situación escapaban a los "males del mestizaje y del pretorianismo"; al parecer, Vasconcelos ya había olvidado la raza cósmica. Sin embargo, en contraste con el entusiasmo con que fue recibido en Panamá, en Costa Rica le hicieron "desaires menudos" porque estaba "vendida a la United Fruit al grado de que sólo ambicionaban su película de Hollywood cada semana y quizás un viajecito a Nueva Orleáns". En Panamá admiró su baile nacional "el tamborito", sumamente parecido a la jarana yucateca, que llegó a esas tierras procedente de Oriente, en la misma época en que se creó el traje de china poblana; al mismo tiempo, se congratuló de la profundidad de la tradición hispánica.[75]

Recordó satisfecho que los aduaneros colombianos lo trataron con gran amabilidad porque conocían sus libros. Pese a su clima terriblemente cálido la población no parecía perezosa. Su satisfacción aumentó cuando en un lugar tan remoto como Cali, centenares de bien vestidos "negritos" y mulatos de sombreros de paja lo vitoreaban porque vagamente sabían de su aceptación "de la mezcla y su depuración y por la continuación del ensayo de unir las estirpes". El profesor alemán de una secundaria suponía que era "oscuro, pelo rizado, tipo tropical", o sea mulato, lo atajó riendo Vasconcelos: si lo fuera no habría escrito *La raza cósmica*, porque indios y mulatos sufren un complejo de inferioridad como se advierte en las "novias blancas y de ojos azules" de

la literatura; precisamente ésa era su tragedia, ser "abogado de clientes que no tienen fe en su propia causa".[76] Colombia era castellana aunque no lo supiera y siguiera hablando de los godos o conservadores como si acabara de darse la batalla de Carabobo. Probó deliciosos manjares como el arroz blanco seco y cocido en agua de coco; afirma que no le sorprendería que lo hubiera igual en México porque fue descubriendo muchas cosas de la común raíz hispánica, no sólo peninsular sino oriental, vía las Filipinas. En Cartagena algunos periódicos lo hostilizaron para congraciarse con los americanos. Con amargura lamentó que las notables fortalezas donde se habían estrellado los ingleses en los tiempos coloniales ahora "no resistían un cañonazo del monroísmo".

Los habitantes de Antioquia se autodenominaban los judíos de Colombia, no lo son ni por la sangre ni por el carácter, pero trabajan duro y bien, tal vez de ahí proviniera tal nombre. Una treintena de señoras y señoritas de la más alta posición social lo sometieron a "juicio", y una de ellas, casada con un americano, le reclamó que agitara tanto en contra de éstos. Optimista, no advirtió el odio de clases en Bogotá porque abundaban las personas acomodadas pero no los grandes capitales, ya que éstos pertenecían a los extranjeros dueños de la banca y el petróleo y vivían aislados, en cambio, los colombianos ricos medios convivían fraternalmente con todo el mundo, y los estudiantes mandaban en lo social. Por cierto que el grupo venezolano estudiantil lo acompañó con fidelidad y resolución. Por otra parte, las iglesias bogotanas aunque de exterior menos suntuoso que las mexicanas estaban bien conservadas. Pero lo que más valía de Colombia era su extraordinaria sensibilidad literaria, "la finura mental de su pueblo". Así, los papeleros ofrecían *Doña Bárbara* no porque fuera un *best seller* sino porque era una bonita novela. Como los choferes lo saludaban por su nombre en la calle no es extraño que a una conferencia suya hayan asistido cerca de 2 000 personas pagando 50 centavos. En Tunja lo recibieron estudian-

tes, magistrados y poetas ¿quién no es poeta en Colombia?, ¿y quién no tiene abolengo?, se pregunta en esa ciudad más bien árabe, como de *Las mil y una noches*. Cuando asistió a un paseo campestre le ofrecieron un calzón holgado y resistente que se pone sobre los pantalones y se quita con facilidad, mucho más práctico que nuestro traje charro. La mayoría de los propietarios eran doctores, por lo menos en una proporción equivalente a la de los generales mexicanos; en esto vio un índice del diferente origen de la propiedad. El campo bien cultivado daba la impresión de un jardín, en contraste con el nuestro descuidado y polvoriento, los trabajadores recibían un trato digno y discreto también en contraste con el hosco genio del amo mexicano y el ademán servil del jornalero. En Cali, la metrópoli del Cauca, le sorprendió que lo vitoreara gente del pueblo de "tipo negro africano"; después supo que lo hicieron porque había circulado la nueva de que defendía el mestizaje, y de que "predicaba la esperanza a los indios y a los negros"; así, sin proponérselo había despertado la conciencia de una casta que todo mundo motejaba de inepta. La tropa bien vestida y disciplinada, le causó un excelente efecto. En fin, la ciudad de Popayán era orgullosa y tradicionalista; sus templos poseían ricos altares churrigueresco.[77]

Tablada visitó Venezuela en 1919, donde fue recibido de una manera "entusiasta y cordial".[78] Vasconcelos condenó el año siguiente la dictadura de Juan Vicente Gómez en ese país; Nemesio García Naranjo una década después fue invitado a la celebración del centenario de la muerte de Bolívar, en avión lo llevaron a la ciudad que lleva el nombre del héroe sudamericano. El ex colaborador de Huerta agradeció (acostumbrado a tratar con dictadores) la invitación del venezolano quien le manifestó que prefería el campo a la ciudad y domar a los toros en lugar de castrarlos. Como Gómez no era godo (conservador) ni amarillo (liberal), sólo quería el desvanecimiento de los odios de las facciones; esta obra debía completarla la construcción de carreteras. García

Naranjo escribió varios artículos en los periódicos sobre Simón Bolívar, que después reunió en forma de libro; también escribió una biografía de Gómez pero éste no quiso publicarla porque destacó que el progreso moral venezolano había sido inferior al material y porque el balance de un extranjero podía lastimar las "susceptibilidades de la nación". La caída de un funcionario venezolano contribuyó a que Gómez no apoyara la publicación del libro pero le dio una compensación que, en parte, lo resarció del incumplimiento. Comprendiendo que debía emigrar a la mayor brevedad posible, salió a fines de diciembre de 1933; de cualquier modo recordó que en este país fue "menos extranjero que en Yanquilandia".[79]

Vasconcelos destacó el contraste entre una Colombia civilizada y progresista y el Ecuador atrasado y empobrecido "pero con sus soldados en primera fila". El *gourmet* oaxaqueño disfrutó la comida y vinos franceses en Tulsan; el cocinero era francés, pues este refinamiento era muy común en las pequeñas ciudades sudamericanas. El alcalde de Otavalo, con complejo de mestizo de la época de Díaz, "por sonrojo de su sangre indígena" intentó que no asistiera a una feria porque sólo era una fiesta de indios. Durante varios días indios y no indios, con trajes de vivos colores y pendientes en las orejas y en el cuello, disfrazados de conquistadores y de caciques con sus mujeres al lado, bailaban horas y horas en los atrios de los templos; muchos terminaban ebrios porque bebían mezcal, no el buen vino de los conquistadores. La hermosura del convento de San Francisco rivalizaba con las mejores construcciones del mundo, y los retablos de la iglesia de la Compañía con los mejores poblanos. En suma, la arquitectura de Quito era la primera de América del Sur. Pero Ecuador también sobresalía en higiene, tal vez porque todos los ecuatorianos deseaban hacer "más culta a su patria, más parecida a Europa". Ensalzó los escritos de Rocafuerte y de Montalvo; según él Hidalgo, Morelos y Juárez no escribieron. Las carreteras estaban bas-

tante adelantadas, y las caras que vio al viajar en ferrocarril hacia la costa le recordaron "el tipo de nuestra costa veracruzana. Nos creíamos también en las Antillas. La naturaleza, las construcciones, el vestido y aun el dejo de la pronunciación revelan el estrecho parentesco".[80] Poco después, Moisés Sáenz escribió que el ecuatoriano blanco era más blanco que su similar guatemalteco, y que había "menos incomprensión hacia el indio y más simpatía". Perú tenía las mismas actitudes raciales que México, pues era mestizo como nosotros.[81]

Basilio Vadillo después de su gestión en la URSS se acreditó en Uruguay el 26 de febrero de 1932; para el 9 de abril de ese año informó que Uruguay en el periodo 1924-1928 tuvo una inmigración neta de 87 006 individuos, principalmente procedente de Argentina (por sí sola excedía a los demás países juntos), Brasil, España, Francia e Inglaterra. La Constitución uruguaya reconocía como ciudadano "legal" a los inmigrantes con una residencia de tres años, gozaban de iguales derechos que los "naturales" salvo que no podían ocupar la presidencia de la República. Contra los "legales" se fue creando un nacionalismo conservador en oposición al "inmigracionismo liberal", pero en ambos bandos militaban criollos. El Partido Colorado era liberal e inmigracionista. Los inmigrantes formaban una pequeña burguesía liberal proclive al ensayismo pero no acometían los problemas de la propiedad y del trabajo. Era tal la centralización que de hecho la capital Montevideo gobernaba Uruguay. Aunque no había grandes talleres no faltaban artesanos. Italianos y españoles habían mejorado la agricultura, aumentado la ganadería y creado una industria de primer orden; esto contradice la afirmación de que no había grandes talleres. Los inmigrantes latinos replantados en un medio físico superior y más amplio que el muy competido de Europa estaban creando en los 200 kilómetros de playas "verdaderos *stands* de selección y cruza de Europa, no despreciables en el conjunto de causas que están haciendo una nueva

demografía americana con el sur del continente". Pero día a día disminuía la sangre hispana y aumentaba la italiana, la francesa y la argentina. En Uruguay, Argentina y Brasil se estaba creando una corriente cultural hacia Europa que se alejaba del romanticismo fraterno americano.

La crisis mundial puso de manifiesto que la inmigración había saturado la posibilidad de trabajo y las tarifas arancelarias de Estados Unidos perjudicaron a Argentina y a Uruguay; entonces éstos pusieron todas sus esperanzas en Inglaterra como compradora de los productos del Río de la Plata. El excedente de obreros europeos hizo que algunos de ellos fueran calificados de indeseables o acusados de comunistas. Ante el fuerte oleaje de criminalidad el mismo Partido Colorado legisló sobre inmigración. La universidad convertía a los hijos de los obreros europeos en la futura mesocracia que seguiría gobernando con nombres italianos o españoles. Monjas y frailes vestían sus trajes talares y sus hábitos, pero las iglesias no eran muy concurridas; se llamaba a la semana santa de "turismo" y a la Navidad el "día de la familia". Al fin se aprobó la ley contra los extranjeros indeseables, pero el Consejo Nacional de Administración la vetó, aunque se supuso que la siguiente instancia, el Congreso, la ratificaría. En efecto, en abril de 1934 comenzó a limitarse la inmigración y se pusieron mayores precauciones en la concesión de la ciudadanía a los extranjeros.[82]

David Alfaro Siqueiros y Vasconcelos coincidieron en Argentina en 1933 y también coincidieron en sus ataques a Calles, si bien por razones diferentes y con fines también diferentes. Según el pintor el filósofo sostenía una tesis "liberaloide" y democrático-burguesa en abstracto; él atacaba a Calles porque había escamoteado la reforma agraria, por su "torpeza demagógica en el problema religioso" (por apoyar a la nueva clase rica de origen burocrático) y por la corrupción del movimiento obrero. Siqueiros también criticó los conceptos místicos hindúes y la "pueril

cursilería latino-americanista" de Vasconcelos. Cuando algunos estudiantes argentinos preguntaron a Vasconcelos qué era la Revolución mexicana el oaxaqueño respondió que una cochinada y Calles un analfabeto ladrón; fue preciso traducir del mexicano al argentino: la Revolución mexicana era una "chanchada" y Calles "el más sinvergüenza de los atorrantes". Se programó un debate público, pero como circularon carteles que señalaban al pintor como revolucionario y al filósofo como contrarrevolucionario, Vasconcelos no se presentó acusando a la Federación Revolucionaria Argentina de haber tomado partido en su contra; de cualquier modo invitó al público a que continuara leyendo los artículos de ambos. Siqueiros fue invitado a una reunión en la casa de Rojas, a la que asistieron escritores como el anfitrión y pintores como el mexicano. Ramón Gómez de la Serna ("del pesebre intelectual de Victoria Ocampo") despectivamente calificó la Revolución mexicana de incruenta como todas las revoluciones mexicanas. Siqueiros le contestó que había dos tipos de españoles, los que nunca se despegaban de las faldas de sus mamás y quienes valientemente se aventuraban en el mundo (Cortés, Pizarro y Alvarado), tal vez ése era el origen del temperamento belicoso mexicano; Gómez de la Serna, ya borracho, replicó con una blasfemia contra América Latina y sobre todo contra sus pintores. La reunión terminó como el rosario de Amozoc: botellazos, sillazos y el propio David empujó un piano contra los literatos.[83]

Al año siguiente hubo nueva polémica con motivo de un artículo de Leopoldo Lugones en que sin razón "despreciaba nuestros indígenas", pese a que se jactaba de su tez morena y de su hispanofobia. Le respondió Jaime Torres Bodet apoyado en Jorge Luis Borges, buen conocedor de la petulancia que se atribuye a los argentinos, y quien "poseía un estilo propio para juzgarlos". De cualquier modo, la oligarquía era "insufrible", hasta el extremo de que la sociedad argentina se preguntaba si cierta dama que

acostumbraba invitar a una cena a los presidentes entrantes se la ofrecería al general Justo porque su esposa era maestra de escuela; finalmente lo invitó pese al origen de su esposa. Pedro Henríquez Ureña, buen conocedor de las diferencias entre argentinos y mexicanos, aconsejó a don Jaime no juzgar a aquéllos por apariencias que pudieran contrariarlos: sólo era el escudo de no pocos bonaerenses, que en el fondo eran sencillos y de buen corazón, "pero inseguros del papel que representaban frente a los otros". Torres Bodet recuerda un concierto caritativo del popular Alfonso Ortiz Tirado en que este médico fue muy aplaudido, y el gran entusiasmo del gobierno y del pueblo argentinos con motivo del XXXII Congreso Eucarístico Internacional, durante el cual las damas disputaban por alojar a cardenales y arzobispos; por supuesto fue muy envidiada la que recibió al legado de Pío XI, el futuro Pío XII. Con sobrada razón Buenos Aires se enorgullecía de sus grandes centros de estudio, excelentes hoteles, suntuosas avenidas, teatros en que actuaban los mejores artistas italianos, franceses y alemanes, sus conciertos y sus conferencias, pero silencios más elocuentes que los aplausos delataban al "hombre de la defensiva". Torres Bodet no omitió las conocidas palabras de Jacinto Benavente: "el mejor negocio consiste en comprar a los argentinos en lo que valen y venderlos en lo que creen que ellos valen".[84]

A causa de su participación en el asesinato de Trotsky, Siqueiros salió de México a principios de 1941. Evitó llegar a Panamá, se fue a Barranquilla, de ahí a Bogotá y luego al valle del Cauca, con sus ceibas gigantescas aun mayores que las mexicanas. Pese a que carecía de visa, Itiales, el jefe de la aduana colombiana en la frontera entre Colombia y Ecuador, le permitió entrar a Colombia porque la ley no contaba para los mexicanos. Muy cerca de Ibarra vieron muchos magueyes, llamados "méxicos"; primero les dijeron que no servían para nada, pero después que se utilizaban para forrajes, medicamentos, combustible y que se comían

sus gusanos, igual que en México, salvo que no los utilizaban como bebida. El centinela chileno de Tacna, al enterarse de que eran mexicanos pidió verlos bien porque nunca había visto a ninguno excepto en el cine, por eso se sorprendió de que no vistieran como Jorge Negrete. Siqueiros le explicó que su traje charro lo llevaba en su maleta y el sombrero lo había enviado por correo. Inicialmente les dieron Arica como cárcel, en ese lugar pintó el mural *Muerte al invasor*, para representar a los araucanos no tuvo problema, pero sí con los indios mexicanos prehispánicos porque sólo recordaba a Cuauhtémoc, y entonces optó por incluir a Juárez, Zapata y Cárdenas pese a que no eran indios prehispánicos. Se sorprendió cuando su hija ganó un premio en historia chilena, aunque esto era explicable porque había aprendido mucho de la historia de este país cuando preparaban el mural (por cierto una condiscípula suya se llamaba "Agustina Lara"). Tanto o más interesante es que al visitar el sur de Chile vio suásticas por todos lados, y a los descendientes de los alemanes vestidos con uniformes nazis, quienes tenían tan grandes deseos de volver a su raíz germánica, que cuando ellos les preguntaban algo en español guardaban silencio o pedían les preguntaran en alemán.[85]

El 28 de diciembre de 1940 se embarcaron en Tampico rumbo a Chile, vía Panamá, dos jóvenes estudiantes de derecho veinteañeros, quienes en su madurez ascendieron a la presidencia de México. En efecto, Luis Echeverría y José López Portillo obtuvieron una beca para estudiar en enero y febrero de 1941 en Santiago. El viaje de ida lo hicieron en un petrolero de la armada chilena, gracias a las gestiones del embajador de Chile en México; en el de regreso los ayudó el secretario de Relaciones Exteriores, Ezequiel Padilla. Cosecharon el buen recuerdo que pocos meses antes sembró la visita de una misión de buena voluntad de artistas y deportistas mexicanos, avalada por el éxito de *Allá en el Rancho Grande*, película estrenada en México cinco años antes.

En el barco chileno comenzaron los equívocos sobre palabras inocentes en México e inconvenientes en Chile. En Santiago entraron en contacto con jóvenes de 20 a 23 años de edad: los argentinos todos criollos, bien peinados y bien vestidos, suficientes y perdonavidas; los uruguayos, muy semejantes, "aunque más modestos"; "paraguayos concentrados"; colombianos "tranquilos y dueños del buen decir castellano"; venezolanos "un poco inseguros"; "ecuatorianos amistosos y dicharacheros", y un guatemalteco rencoroso. Hondureños, nicaragüenses y panameños "alegres y confiados"; una "pareja de bolivianos muy indios y reservados"; otra de costarricenses "rubios, cultos y seguros de sí mismos"; en fin, algunos norteamericanos, canadienses, chilenos del interior, y peruanos más rencorosos aún con los chilenos que el guatemalteco con los mexicanos.

La pareja mexicana se inscribió, "obviamente", en los cursos de ciencia política, pero no aprendieron en ellos, "nada especial ni nuevo frente a lo que habían estudiado con sus profundos maestros mexicanos'", y en rigor también con los españoles recién refugiados en México. José López Portillo mucho aprendió, en cambio, de una bella, inteligente y culta maestra argentina. Las muchachas chilenas los provocaban para que dijeran ciertas palabras inocentes en México, pero impropias en su país. Aunque admiraron la belleza europea de Buenos Aires y saborearon su espléndida carne y pan de trigo, "había riqueza pero no satisfacción". De cualquier modo, era una espléndida ciudad cosmopolita mucho más intensa que el México de entonces, aunque con el

cuello torcido, volteando hacia Europa, añorándola, con especial nostalgia por Francia; con cierto desdén hacia España, por más que su aristocracia reconociera y presumiera de ese origen.

Al regresar al país, la policía de San Francisco les pidió que se identificaran porque López Portillo tenía "aspecto de flaco anarquista ruso" y Luis Echeverría "cara de chino intelectual". Se

hospedaron en hoteles de 20 centavos, pero por el uso de la regadera pagaban cinco más; precisamente López Portillo se contagió en el baño de "pie de atleta", y ambos experimentaron que las pulgas en Estados Unidos son bravísimas, al menos en esos modestos alojamientos. Los mexicanos y sus descendientes no querían hablar español, pues para los norteamericanos eran *greasers*, pochos para los mexicanos.[86]

Pocos mexicanos viajaron a Africa y a Asia. José González Ortega visitó Mobasa, la entrada del Cercano Oriente, recorrió sus callejuelas y vio los variados tipos que han producido los cruzamientos de 20 razas en otros tantos siglos. Fue testigo de que a una joven bailarina ataviada con una simple enagüilla de tiras de corteza, unos mirones tan africanos como ella, pero ya vestidos a la europea ante el espectáculo de unos pechos turgentes y desnudos, dieron tales señales de regocijo que apenada la joven abandonó el baile; posteriormente sólo niñas de cinco a seis años salieron desnudas. Zanzíbar es una isla en la costa oriental de Africa que durante siglos fue la principal abastecedora de esclavos y hoy continúa siéndolo de marfil, aunque para satisfacer esa demanda hay una cruel matanza de elefantes. El palacio del sultán le recordó a González Ortega la catedral de Cuernavaca, con su color amarillo, sus tintes negruzcos y sus toscas almenas. Zanzíbar, trasunto morisco, "es hermana de Toledo". Sus hijos ganaron un concurso de disfraces en el barco, el niño con traje charro, la niña vestida de china poblana, quizás contribuyó a su triunfo que también bailaron el jarabe tapatío, "con todos sus pespuntes y requilorios".[87]

Los poetas Efrén Rebolledo y José Juan Tablada visitaron Japón; el primero vivió nueve años ahí; aprendió el suficiente japonés para expresarse con gran facilidad en los asuntos ordinarios. Émile de Goncourt y Pierre Loti descubrieron un nuevo mundo a sus lectores; Japón, con sus jaulas de grillos, pinos enanos, *geishas* (bailarinas) de abigarrados kimonos "y tenebrosas co-

cas de pelo, templos de laca roja y la cumbre esbelta del Fujiyama". Rebolledo salió en 1910 de San Francisco, y en ocho días llegó a Honolulú: "isla engarzada en un mar de aguas esmeraldinas", cuyas floristas de "recio busto y broncínea tez" vendían en el muelle hilos de claveles, gardenias y rosas con que los viajeros se engalanaban a guisa de toquillas, de boas y de collares aromáticos. Tokio era una ciudad de casas de techos apizarrados y misteriosos ideogramas en los rótulos de las tiendas; transeúntes de enlutados *haoris* (especie de sobretodo), se protegían con amarillos paraguas de papel de aceite. El hotel Imperial nada tenía de japonés, pues el criado vestía a la europea y no hablaba japonés. Las horteras tenían el ábaco en la mano en sus minúsculas tiendas. Las pequeñas casas de madera eran leves como jaulas. Los hermanos mayores cargaban a los bebés en la espalda. El hotel estaba lleno de centenares de extranjeros, sobre todo yanquis, pastoreados por la agencia Cook, atraídos por el encanto de la primavera japonesa color de rosa. Los diplomáticos hablaban en francés, no de política sino de temas picarescos. Las japonesas vistieron a la europea en la recepción del palacio real, lo que "no cuadra a sus hechizos". El joven Rebolledo acompañó a sus colegas a curiosear en anchas calles, las casas de cinco pisos en las que descollaban las *oiranas* (prostitutas), sentadas en filas sobre los talones delante de sus *hibahis* (braseros) de laca negra, en los que golpeaban intermitentemente sus pipas de bambú; curiosamente todas vestían de morado, el color de moda. En otros lugares los clientes primero sólo veían los retratos de las *oiranas*. Un diplomático nostálgico recordó los buenos tiempos de antes en que las *oiranas* rondaban las calles seguidas de dos pequeñas *musmés* (muchachas). El Salvation Army combatió sin tregua esos barrios; tal vez fracasó porque Tokio tenía dos millones de habitantes.

Rebolledo señaló el contraste entre el estereotipo del japones belicoso y cruel y los de carne y hueso que personalmente vio, "la gente más pacífica, dócil, risueña y cortesana". También atra-

jo su atención que las japonesas bailaran mucho el vals, siguiendo la música "con pasos muy menuditos, sin sandalias", lo cual obligaba a sus acompañantes a la enorme responsabilidad de no pisarlas.

Admiró los "suntuosos templos de púrpura" de Nikko, el artesanado de laca negra del palacio de Kioto, los longevos cedros y lampadarios de piedra de Nara, el castillo medieval de cinco pisos de Nagoya ("fábrica blanca de arremangado techo de bronce"), la "garbosa cúspide" del Fujiyama y, en fin, en Kamakura fue presa de emociones estéticas y religiosas, "en todo caso suprahumanas". Regresó vía Nueva York en un barco en el que los misioneros yanquis leían la Biblia, y los ingleses vagabundos que iban a todas partes: Africa, India, China y Canadá, unos en busca de fortuna, otros de acción. En fin, abundaban los japoneses, unos empeñados en llegar al "dorado oeste" pese a las trabas, otros en "avezarse en los negocios" en Estados Unidos y otros más a nutrirse de ciencia en Europa.

Doce años después, en 1922, Rebolledo escribió

> Amé al Japón entonces y sus gloriosos hechos,
> Sus *samurayes* bravos y artistas peregrinos,
> Sus gráciles pagodas de arremangados techos
> y sus inmarcesibles parques de inmarcesibles pinos.

En otra poesía recuerda su cambio de destino

> Ayer el Japón de encantos tropicales
> El que me seducía con su rara hermosura,
> Hoy es Noruega, donde las aureolas boreales
> Iluminan la nieve de inviolada blancura.[88]

A sus escasos cinco o seis años, José Juan Tablada tropezó con un álbum de xilogramas japoneses que despertaron su interés por Japón, y aunque después poco vivió en este país, quedó tan encantado de él que acostumbraba comer a la japonesa una vez por semana; al final de la comida quemaba incienso en las brasas de

un pebetero de porcelana azul para transportarse al Oriente mientras repasaba su selecta colección de estampas japonesas.[89] En opinión de González, Martínez, Rebolledo fue un conocedor más auténtico de Japón que Tablada, lo que atribuye a que sus rasgos físicos eran más japoneses que occidentales; es decir era muy feo, "prieto" como se autodefine Efrén. Este casó con una noruega, el menor de sus hijos era moreno y tan hermoso como sus hermanos rubios, pero su madre lo mostraba de casa en casa en Noruega, pues su exótica belleza causaba admiración "en aquel país de niños rubios".[90]

Guerra en España y en México

La riña que describimos antes, ocurrida en Buenos Aires entre literatos y pintores fue, en cierto sentido, preludio de la guerra de España tres años después. Julio Alvarez del Vayo, primer embajador de la República Española, invitó a Daniel Cosío Villegas a dar un curso sobre la cuestión agraria en la Universidad Central de Madrid. Viajó a España en el viejo barco "Alfonso XII" que, en palabras de don Daniel, llevaba su habitual clientela de algún intelectual (en esta ocasión Enrique Díez-Canedo), numerosos toreros, pelotaris y monjas. Cosío Villegas atribuye su fracaso a que a los españoles más les interesaba fundar con documentos la legitimidad de los latifundios y a que impartió su curso el mismo día y hora que José Ortega y Gasset, de quien estaban enamoradas millares de jóvenes madrileñas. Tampoco logró interesar a la Espasa-Calpe, en la publicación de libros de economía. Por ambos fracasos regresó alicaído, pero contento porque España y su gente fueron para él (y para otros muchos mexicanos) "una gratísima revelación". Entre paréntesis cabe mencionar que gracias a este fracaso editorial, Cosío Villegas encabezó la fundación del Fondo de Cultura Económica, que en los cuarenta contó con la valiosa colaboración de los republica-

nos transterrados. Cuando estalló la rebelión de Franco en España, el 18 de julio de 1936, Cosío Villegas, entonces ministro en Portugal, al encaminarse a León fue detenido, pero cuando explicó que era mexicano lo trataron con extraordinaria gentileza. Su automóvil llamaba la atención porque era nuevo, color verde botella, no tenía placas sino la palabra México, que resultó mágica en esas regiones en que todos tienen, o han tenido, parientes o amigos que alguna vez vivieron en México. Más aún, en un hotel frente aTCantábrico todos los servidores jóvenes del hotel se apellidaban Cossío, Cossío Cossío, González Cossío o Cossío González.[91]

Entre los mexicanos que quedaron en el lado republicano al iniciarse esa guerra descuella Rodolfo Reyes, quien se recluyó en la embajada de México en el segundo semestre de 1936. Rodolfo Reyes recuerda que el gobierno republicano, al estallar la rebelión repartió armas "al boleo". Porteros, sirvientes, taxistas, camareros, limpiabotas, etc., ayudaron a que se llevara a dar un *paseíto*★ a los ricos de los pueblos. En su calidad de abogado intentó salvar la vida a varios detenidos a quienes se decía quedarían en *libertad absoluta,*★ es decir, irían al cielo. Como calificó estos actos de criminales, le respondieron que eso era la Revolución y que él como mexicano lo debía saber; rechazó este cargo porque si bien en México hubo crueldades, el propio Villa "mataba en plena luz y diciendo por qué". Bilbao le recordó su "amada" Monterrey y admiró las esbeltas mujeres de Santander, cuna de tantos míseros y casi analfabetas chicos que se jugaban el albur de la América, algunos de los cuales regresaban triunfantes convertidos en amigos "por antonomasia de nuestro México". La defensa de la Ciudad Universitaria de Madrid le recordó la de San Juan de Ulúa en 1821-1825. Carlos Pereyra, otro de los mexicanos célebres que quedó del lado republicano, platicó a Reyes que durante la guerra sólo escribía y leía, pero rasgó la mayoría de sus escritos para evitar que los quemaran. De la casa de Rodolfo Re-

yes se llevaron libros, papeles y muebles; pusieron su teléfono a nombre del Partido Comunista. Más grave fue la herida moral que la guerra causó a varias jovencitas madrileñas con sus caras pintadas y con desproporcionadas ojeras "de mirar descarado y sabedor de todo".

El ministro mexicano en España, general Manuel Pérez Treviño, ya iniciada la guerra llegó a Barcelona atravesando el sur de Francia; de la ciudad condal se fue a Madrid, donde muchos lo recordaron con cariño porque fue quien más vidas salvó. El 2 de septiembre de 1936 Rodolfo Reyes fue detenido al entrar a su despacho madrileño porque en una fotografía figuraba en compañía de abogados, obispos y generales, tenía libros de monárquicos y burgueses, algunos hasta dedicados. Reyes explicó que esa foto era de una reunión de la Unión Nacional de Abogados. Claro, "soy abogado que vive de la burguesía, soy burgués"; finalmente fue liberado. El nuevo ministro mexicano, Adalberto Tejeda, nada hizo por impedir el asalto a su casa de Madrid, pero en cambio salvó las de 50 funcionarios o de españoles residentes en México y sólo la de una docena de "verdaderos mexicanos". De su casa sacaron valiosos documentos históricos y metieron "graciosas paisanas y amigas", de Tejeda (por asonancia con) el nombre de la calle y la alegría que en ella reinaba se le conoció como "La Casa de la Troya".[92]

Cuando se aprehendió a la esposa de un capitán de la República, una presa por delitos comunes dijo que no podía ser buena con "la cara de mexicana que tiene"; otra presa protestó contra ese insulto, y su defensor contrarreplicó que en su cara se veía que era buena.[93] Narciso Bassols salió de México a principios de 1938 a ocupar la embajada en París, y se dio tiempo para visitar los frentes de batalla en España.[94] David Alfaro Siqueiros en compañía de 54 mexicanos combatió en la brigada 64; su asistente Manolo, más moreno que la mayoría de los morenos mexicanos (seguramente por esa razón se ganó el mote de "El Mexi-

cano"), tomó tan a pecho su apodo que cuando se ordenó la salida de las brigadas internacionales quiso irse a México, cuando lo rechazaron por ser español, alguien le aconsejó que con su hablar andaluz bien podía pasar por mexicano para el veracruzano Tejeda. Según Siqueiros los anarquistas querían a México, los comunistas a la URSS. El coronel Juan B. Gómez y el teniente coronel Siqueiros mataron a un simpatizante de Trotsky porque hacía campaña derrotista; esto causó gran molestia porque un par de mexicanos mataron a un español, y Gómez fue fuertemente amonestado porque esa ejecución se realizó sin formación de causa.

Regresaron a México atrevesando Estados Unidos en ferrocarril, bien vigilados por el FBI; como a los mexicanos "más prietitos" se les prohibió usaran los mingitorios de los blancos, en actitud solidaria todos usaron los de los negros, entonces los blancos indignados quisieron golpearlos en una estación de autobuses, lo impidió una compañía de policías. Al final regresaron a México 59 de un total de más de 300. Los "gachupines" asturianos los provocaron en cafés, restaurantes y en las corridas de toros, en respuesta Siqueiros repartió millares de volantes que decían "Cambiemos españoles por gachupines" en cantinas, casas de préstamos y en las corridas de toros. Entonces un "españolito" redactor de *Ultimas Noticias* le colgó el mote de "El Coronelazo", el pintor apoyado en Freud atribuye el aumentativo a una característica de invertidos, al parecer acertó en el sexo. Sin embargo, como algunos republicanos cambiaron de actitud, Siqueiros pensó en publicar nueva hojita: "Españoles, no se agachupinen", porque detrás de cada nuevo rico mexicano había un nuevo rico español con el nombre de su administrador. Cuando Cárdenas concedió el asilo a Trotsky, en España repudiaron a, México; por ejemplo La Pasionaria no lo mencionó entre los países que habían ayudado a la República. La Sociedad Francisco Javier Mina de ex combatientes de España asaltó la casa de Trotsky en Coyo-

acán el 24 de mayo de 1940;[95] es muy significativo el nombre de la agrupación en que se ampararon los partidarios de Stalin.

EUROCENTRISMO, MALGRÉ TOUT

Narciso Bassols viajó a Moscú en los últimos días de 1944. Villaseñor logró que Bassols le pidiera al presidente Avila Camacho que al término de la guerra lo comisionara para estudiar las condiciones de Europa. Aceptada su petición, en los primeros días de mayo del año siguiente, Villaseñor voló a Nueva York, resplandeciente como siempre; de ahí en el casi vacío transatlántico de lujo "Berengaria" viajó a Inglaterra. En Londres admiró la disciplina británica en el racionamiento: por seis chelines recibían alimentos insípidos y mal cocinados, pero saludables y nutritivos. Después de inscribir a su hijo en una escuela cercana a Londres, un mes después se trasladó a París; en esta ciudad se alojó en el hotel Bristol donde residía el ministro general Antonio Ríos Zertuche, ocupado en comprar valiosos jarrones y vajillas de porcelana y piezas de cristal cortado, pues eran los años en que con dólares se podían comprar cosas valiosas en el mercado negro. La comida del lujoso Bristol se reducía a entremeses de rebanadas de pepinos, agua caliente con verduras en lugar de sopa, y un trozo de pescado hervido. Los ancianos, en consecuencia, eran azotados por la tuberculosis y se incrementó la mortalidad infantil. Villaseñor, en esa ocasión, entrevistó a dos prominentes literatos y destacados colaboradores de De Gaulle: André Malraux y Jacques Soustelle.

Gracias a las gestiones de Bassols en Moscú, pudo volar de París a Berlín en un correo aéreo diplomático soviético sólo acompañado por dos altos jerarcas de la iglesia ortodoxa rusa. Lo consternó la visita a Berlín: en más de 50 kilómetros cuadrados sólo había "ruinas, escombros, devastación"; en el centro no quedó intacto ningún edificio. Los soviéticos proporcionaban

alimentos para que sobrevivieran los berlineses. El general Georgi Zukhov lo invitó a que comprobara que los soviéticos respetaban a la población civil, a diferencia de los alemanes. Después, pasó diez días en Varsovia de cuyo bello distrito central casi nada quedaba en pie. Bassols lo llevó a visitar el lugar a 40 kilómetros de Moscú al que alcanzaron a llegar los alemanes. También visitó tres fábricas, cuyos trabajadores disfrutaban de "equilibrada alimentación", acaso aún más importante es que en ninguna parte escuchó un lamento. El 15 de septiembre de ese año de 1945 lo pasó en Moscú en compañía de Bassols y Sergei Eisenstein quien dominaba el español; Bassols y él se tuteaban desde hacía 20 años, se llamaban "cuate… cuatito". Entonces se enteró de que el camarógrafo Eugenio Tisse fue quien convirtió *La Adelita* en la marcha de la juventud soviética. La fábrica de tractores de Jarkov, que tanto lo impresionó en su viaje anterior, se salvó porque la trasladaron a los Urales. En Macedonia vio la huida de los perseguidos por "las bandas monarco-fascistas". Acompañado de un guerrillero de Tito (que por haber combatido en España hablaba español) recorrió Yugoslavia; salvo en la URSS, en ninguna parte vio devastación semejante, pero lo conmovió el entusiasmo de la reconstrucción. La víspera de su salida, el mariscal Tito le pidió que dijera la verdad sobre la situación de su país. En Yugoslavia, Bulgaria, Rumania y Checoslovaquia, como antes en Polonia, todos coincidían en que gozaban de "completa libertad"; en Praga voló en un avión militar americano a Londres. Así término su viaje de ocho meses.[96]

Jaime Torres Bodet fue otro de los mexicanos que fueron a Europa al terminar la segunda guerra mundial. A fines de octubre de 1945 viajó a Inglaterra en un barco que se había utilizado para transportar tropas, por eso se le habían quitado los camarotes individuales, escaseaba el agua caliente y tenían que cubrir con peródicos los huecos de las ventanillas. La mayor parte de los pasajeros eran judíos que poco hablaban; algunos todavía du-

daban de la muerte de Hitler. Una semana después, el 30 de octubre, desembarcaron en Plymouth, el tren en que viajaron a Londres atestiguaba las privaciones de la guerra: maullaban los resortes, gemían las ruedas, los cristales de varias ventanillas estaban rotos, y cómo carecía de comedor se resignaron a beber una taza de insípido café.[97] Todo esto en marcado contraste con el viaje que hizo Vasconcelos en vísperas de da primera guerra mundial.

En la ciudad de México, la tarde del 4 de marzo de 1947 la ofrenda floral que el presidente Truman ofreció a los Niños Héroes por la mañana, fue arrancada, tal vez por estudiantes, y depositada en la embajada americana. El secretario de Gobernación comentó: "¡Todavía hay pueblo!"; el secretario del presidente Alemán discreto rectificó: había sido recogida para guardarla, la embajada de Estados Unidos (todavía más discreta) no mencionó ese incidente. Aunque esto no favorecía la visita del presidente Alemán a Estados Unidos en abril de ese año, de cualquier modo el día 29, 300 000 norteamericanos lo recibieron en Washington; el presidente Truman le regaló un viejo texto de matemáticas que el entonces sargento Franklin Pierce (después presidente de Estados Unidos) se incautó en Ghapultepec. El alcalde de Nueva York declaró a Alemán ciudadano honorario de esa ciudad; el presidente mexicano dio una recepción en el Waldorf Astoria a la colonia mexicana y a los amigos de México; Esperanza Iris y Dolores del Río recibieron especiales atenciones de los fotógrafos. Alemán, en la Unión Panamericana redujo su nacionalismo a "estimular el progreso de todos juntos".[98]

Armando Chávez Camacho ese mismo año de 1947 viajó a la "madre" España. Invitado a una cena por la Sociedad Recreativa Donostiarra de San Sebastián, este periodista mexicano pidió agua, lo cual despertó ruidosa protesta porque no tomó en cuenta que un letrero ordenaba que jamás se bebiera agua.[★] Confirmó su error cuando le mostraron una "biblioteca" de 8 000 vo-

lúmenes … de botellas de vino. Al igual que tantos otros, largo rato admiró *El entierro del conde de Orgaz* en Toledo, en cuyo alcázar se escribieron algunas de las páginas "más bellas de España y del mundo", por desgracia Moscardó no había muerto a tiempo. Observó en esta ciudad que los carceleros, al igual que en el resto de España, no portaban armas. Con ardor apologético elogió las casas que el general Yagüe construyó en Burgos, pagaderas en abonos, ya que así colaboraba, "con empeño y decisión", a resolver los problemas de los necesitados. Tanto viajaban los españoles que los ferrocarriles eran insuficientes. Paseando por la Mancha en compañía de Vasconcelos, desdeñosamente éste se refirió a Sartre como el "filósofo o lo que sea"; el cardenal primado Enrique Pía y Daniel criticaron a los extranjeros que juzgaban a España sin conocerla, aludiendo de manera festiva a Jacques Maritain. Ni el primado español ni el periodista mexicano perdonaban a Maritain su defensa de la República. En cambio, mucho le complació que la segunda asamblea de americanistas hubiera rendido homenaje a Cortés en Sevilla. Chávez Camacho asistió al entierro de Manolete en Córdoba, en la camioneta Chrysler de El Soldado; este vehículo causó gran admiración porque los coches nuevos eran escasos en España.

Varios indianos le confesaron su tragedia: en México algunos los veían sólo como españoles, en la Península los tenían por mexicanos. Se relaciona con esto que unos de los asistentes a la peña de Juan Belmonte en Madrid continuamente elogiaba Puebla y Taxco, y orgulloso mostraba una cigarrera con el escudo azteca, para él "España no se completa sin México; pero México es mejor que España en el sentido español".[99]

Chávez Camacho elogió el renacimiento religioso español; opinaba que García Morente era un ejemplo, pero no el único caso, de cómo el renacimiento patriótico no se concebía sin el religioso: las iglesias estaban llenas, y no de mujeres sino de hombres jóvenes. Gracias a esa actitud, tanto el clero secular como el

regular lograron elevar a un alto grado la moralidad popular. Y también lograron el uso de una fraseología cristiana para justificar el fuero del trabajo, "instrumento totalitario al servicio de la patria", militar "y gravemente religioso". Así, San José fue instituido "Patrón del Ministerio del Trabajo, pero nada de lucha de clases".

Chávez Camacho agradeció las atenciones que recibió por el solo hecho de ser mexicano. No era extraño, por tanto, que "Yo soy mexicano" fuera la más popular melodía en España; que en un establecimiento musical, de 19 composiciones 10 fueran mexicanas; que un cine madrileño hubiera exhibido 18 semanas *¡Ora Ponciano!* y 20 *Allá en el Rancho Grande*. Muy orgulloso recordó que mientras un alto funcionario con humildad aguantó el regaño de un agente de tránsito por determinada infracción, a un mexicano en situación semejante "lo dejó ir como si nada". Circuló el chiste de que en vísperas del referéndum, Franco estaba preocupado porque los españoles estaban más interesados en las películas de Cantinflas y en las canciones de Jorge Negrete. Obsequió cigarros Delicados, muy gustados en España a los elevadoristas (no volvió a subir a pie una escalera), peluqueros (sólo le hablaban para manifestarle que no le cobrarían) y los mensajeros (le daban los recados telefónicos por triplicado).

Varios intelectuales españoles preguntaron a Chávez Camacho por algunos de sus colegas mexicanos. Gregorio Marañón, por ejemplo, le preguntó por Manuel Gómez Morín, y le dijo que México era el único país de América que deseaba conocer porque aquí tenía muchos amigos. José María Peman, en su modesto piso madrileño, recordó a González Martínez y a Pellicer, y preguntó quién era el sucesor de Salvador Díaz Mirón. El sabio Ramón Menéndez Pidal le preguntó con vivo interés por la salud de Alfonso Reyes y recordó que Genaro Estrada lo había invitado mucho a México, por temor a los crímenes que cometían los rojos; gracias al ejemplar comportamiento de Pérez Tre-

viño, Menéndez Pidal salió de esa zona sin dificultad, anunciando que daría conferencias en el extranjero, resuelto a volver a España ganara quién ganara. "Y volvió", acota Chávez Camacho.

Este entusiasta propagandista del dictador español no olvida el atronador grito de "Franco, Franco, Franco", cuando asistió a la inauguración de cursos en Alcalá de Henares. Ni la temeridad con que se mezcló, en ocasiones apartado de su escolta, entre los mineros de Oviedo. El Patriarca de las Indias Occidentales y obispo de Madrid le confesó que hubo "páginas bellísimas en nuestra cruzada. Del lado de los nacionales y también de los rojos, españoles al fin". Calificó a Franco de "modelo. Es el salvador de España y el salvador del mundo". Se comprende este entusiasmo si se recuerda que era miembro de la Junta Política de la Falange y había sido fusilado en efigie. En fin, una entrevista de más de hora y media lo convenció de que Franco era un hombre "inteligente, cultivado y con amplia visión… un gran hombre… sereno, tranquilo, seguro, hábil, equilibrado".

No podían quedarse en el tintero de Chávez Camacho los españoles refugiados en México. Rodolfo Llopis, presidente del Consejo de Ministros de la República Española, le dijo en París que unos 20 000 fueron a México. El ministro de la Defensa estaba muy orgulloso de la obra cultural de éstos. Eugenio Cuello Calón ("el más distinguido penalista español de nuestros días") consideró que el código penal mexicano "estaba muy bien" porque en líneas generales seguía a la escuela positiva. Recordó con afecto y elogió a Francisco González de la Vega (uno de los mejores), Pardo Aspe, González Bustamante, Garrido, Carrancá Trujillo, Alfonso Teja Zabre y Porte Petit. Ruiz Funes pese a deberle la cátedra en España "ha de haber influido contra mí". Castan Tovenas le explicó que los pocos informes que tenía sobre los juristas mexicanos los debía a Rodolfo Reyes; se interesaba por Alberto Vázquez del Mercado y Gabriel García Rojas, e hizo

memoria con encomio de los españoles Recaséns Siches, Sánchez Román y "Medina Chavarria" (*síc*).

A Ortega y Gasset ("pequeño de cuerpo, entrado en años, de movimientos rápidos y ojos vivos") lo visitó en Villa Furu, sobre la carretera de Irún. El filósofo rechazó con energía que los extranjeros pretendieran intervenir en un país sin saber nada de él. Aunque el gobierno español no se metía con él, Ortega vivía en Lisboa y se reunía con su familia en San Sebastián. Decía que los españoles habían pasado siglos sin comer, y que ahora se hartaban. Proyectaba visitar México el año siguiente, pese a que años atrás Marañón lo hizo desistir porque sólo había resistido el calor de La Habana por cinco días y por temor a la altura de México, pero él no la temía porque no padecía del corazón. Cuando le preguntó qué le había hecho Alfonso Reyes respondió que "nada concreto ni personal. Pero ha hecho tal porción de tonterías… —¿Como cuáles maestro? —Gestecillos de aldea— dijo con ademán de disgusto y desprecio". Ortega y Gasset no explicó esos gestecillos. Chávez Camacho calificó de "un indiano al reves" al otro Reyes, Rodolfo, a quien consideró insólito caso "de delegado moral de México en España".[100]

En fin, Chávez Camacho juzgó que Oliveira Salazar, pese a su modestia y sencillez, no lograba ocultar "su gran personalidad ni su gran cultura". Mientras en España se indigestaban de tanto comer, la alimentación en Francia era cara y escasa; por ejemplo, no había leche porque los alemanes se habían llevado las vacas. Visitó Lourdes provisto de la "estupenda" carta alusiva de Justo Sierra; le impresionó sobre todo que en la peregrinación dominaran los hombres por la cantidad, entusiasmo y voz. Cuando Pío XII supo que era mexicano, le dijo que quería mucho a México porque nuestro país era muy católico y fervoroso, y estaba muy complacido porque sabía que ahora había "un buen presidente".[101]

Pedro de Alba escribió entusiasmado a Carlos Chávez que los conjuntos coreográficos de Cataluña "contribuyeron a crear una verdadera conciencia y un gran aliento regional".[102]

Jaime Torres Bodet supo ese mismo año de 1947 de las gestiones francesas para que él dirigiera la UNESCO; apoyaban que un "latino y un devoto de la cultura de su país" (es decir, un afrancesado) dirigiera la UNESCO en francés. Alemán no se opuso porque sería el primer mexicano que dirigiría una gran organización internacional. A partir de su nombramiento Torres Bodet aumentó su actividad viajera, que no había sido escasa. Visitó Egipto cuando todavía no existía la "xenofobia" de la República Arabe Unida; Holanda, dos años después, en 1949, atravesaba días de desventura aunque no de desaliento por la pérdida de sus colonias, lo cual no la privaba de su pausado ritmo de "dama aldeana, entre rústica y citadina". Lo cierto es que los libros alemanes desaparecieron de las librerías holandesas porque su ocupación había sido demasiado irascible. Y el holandés, en su fuero interno, "nunca la toleró". Todavía en 1948 ni el existencialista ateo (Sartre) ni el cristiano (Marcel) creían en la UNESCO. Tampoco el torturado Francois Mauriac, quien alguna vez la calificó de *fromage dans un nuage*, por queso daba a entender los sustanciosos sueldos de los funcionarios. Pero cuando Mauriac lo visitó en su casa tuvo la elegancia de no hablar de la UNESCO, y le encantó que le hubiese ofrecido un burdeos y no un borgoña, porque él iba a su natal Burdeos en el verano. Emile Herzog, mejor conocido como André Maurois, "sexagenario benévolo y distinguido" con nariz que acusaba su perfil hebreo, de nada se quejaba y a nadie criticaba, "lo contrario de su mujer". Sonrió escéptico cuando le preguntó por qué no escribía la biografía de Bolívar. Jules Romains no olvidaba México, donde se refugió en la guerra; recordaba con afecto a sus amigos mexicanos, en primer término a Alfonso Reyes. Léon Blum lo recibió acostado en un diván que podía adoptar todas las posiciones útiles al descanso, merced a

ingenioso sistema de palancas y resortes; a él, en cambio le ofreció un sencillo sillón, como todo el mobiliario de su casa.[103]

Carlos Chávez visitó Italia a fines de 1949 cuando todavía eran visibles las huellas de la segunda guerra mundial: destrucción, inflación, desempleo, pero su recuperación parecía rápida y general y la Scala de Milán estaba muy bien cuidada. Italia se estaba recuperando de dos guerras, México de cuatro siglos "de adversidades: tiene mucho más el rico cuando emprobrece que el pobre cuando enriquece". En mayo del año siguiente, Frances Toor comunicó a Carlos Chávez que en Italia manifestaban mucho interés por México aunque nada supieran de él. Un mes después Fernando Gamboa complacido informó a Chávez que México había obtenido un gran triunfo en una exposición en Venecia, donde se concedió a Siqueiros el segundo premio; el primero se dio a Mattise "por tácito frente europeo". Mucho le alegró la reacción emotiva y patriótica de Tamayo por el triunfo de su colega.[104] Ese mismo año, México presentó en Suecia una exposición de arte, el prehispánico tuvo el mayor impacto, además de que inmediatamente se vendieron centenares de sandías de Cuernavaca y "La Bamba" se introdujo en el gusto de la juventud universitaria.[105]

Ese mismo año de 1949 tuvo lugar en Bogotá la IX Conferencia Internacional Americana. Cuando Torres Bodet pasó por el canal de Panamá vio a un muchacho negro de unos 12 años que lustraba el calzado de un "yanqui simpático, alegre y reidor. El muchacho parecía contento con su trabajo. Ni uno ni otro se daban cuenta de que estaban representando, para mí por lo menos, una escena humilde pero simbólica". Al fin llegó a Bogotá la "Atenas de América"; descontando la exageración, era la capital de un país cuyos poetas, gramáticos y oradores empleaban bien los gerundios, y usaban verbos selectos y adjetivos inteligentemente dispuestos. Al extranjero le sorprendía, y hasta seducía, la cortesía con que se trataban liberales y conservadores, pero am-

bos daban la impresión de que no se ocupaban mucho de las masas desheredadas, incluso los liberales mismos se ufanaban de tener algún clérigo en su familia "como custodio o rehén de Dios". Sin embargo, los liberales de izquierda colocaron carteles en que calificaban de nazi al secretario de Estado americano; por supuesto, fueron rápidamente retirados, pero subsistió la inquietud, que estalló el 19 de abril. Comiendo en el Jockey Club oyeron que habían matado a Gaytán, y Eduardo Villaseñor confirmó la noticia en la calle en labios de dos hombres de "traza humilde". Un hermano del asesinado se presentó en la embajada mexicana sólo para decir que Gaytán admiraba mucho a México y se despidió sin decir nada. Comercios y hoteles fueron saqueados, por ejemplo Torres Bodet vio cuando dos docenas de hombres cargaban una gran mesa de billar.[106] Tampoco en Europa había tranquilidad, a mediados del siglo, Pedro de Alba reflexionó en Ginebra que Europa pór haber sufrido dos guerras "en unos cuantos años" no era un lugar atractivo para los viajeros.[107]

Pero Egipto sí lo era, al menos para los invitados del rey Farouk. Torres Bodet asistió a una fiesta nocturna en la residencia del primer ministro, en la cual en presencia del cardenal Tisserant (representante del Vaticano), una señorita bailó desnuda un "baile clásico", entre los aplausos de la concurrencia. El poeta mexicano señaló qué en contraste con esas opulentas recepciones, muchos niños estudiaban el Corán bajó toldos improvisados, a ras del suelo o sentados eii cajas de provisiones enviadas a Palestina por alguna organización internacional. La vista de este contraste hizo que Torres Bodet leyera el discurso que había escrito en París, avergonzado de sus optimistas vaguedades, lamentando no fraber protestado no contra el desierto de arena sino el "de hambre, de horror y de soledad". Algo lo distrajo de ese remordimiento el que algunos le hubieran preguntado por las posibles semejanzas entre el arte egipcio y el precortesiano. Al año siguiente volvió a meditar sobre la pobreza, cuando no le

fue posible comprar en Belgrado un cepillo de dientes, pese a gestiones oficiales del más alto nivel; el general Guzmán Cárdenas confirmó estas penurias: el agua caliente sufría intermitencias imprevisibles y la comida era nutritiva pero ingrata'al paladar.

A la Exposición de Arte Mexicano en París asistieron relevantes personalidades políticas y culturales que elogiaron las obras precortesianas, las de arte popular y las coloniales, y se interesaron en Goitia, Orozco, Rivera, Rodríguez Lozano, Siqueiros y Tamayo. Lás Jornadas Mexicanas que organizó en Burdeos a principios de 1958 fueron visitadas por muchos obreros. De su relación con los escritores franceses, Torres Bodet recoge la anécdota de que Paul Valery lo recibió en mangas de camisa: su falta de solemnidad confirmaba su inteligencia. Valery le preguntó por sus amigos españoles Pedro Salinas y Jorge Guillén, y le expuso sus ideas de que debía crearse una sociedad de espíritus, con las que se adelantó a la UNESCO, Le presentaron a Montherlant antes de la guerra, ni siquiera escuchó su nombre porque se "sentía demasiado lleno de sí", tal vez porque todavía no dirigía la UNESCO.[108] La esposa del director de *Le Figaro* con la mayor inocencia, le preguntó en 1954 si ya había una embajada de México en Francia; en fin, todo parecía confirmar el eurocentrismo. Háns Jacob visitó dos años antes a Anatole France, el sirviente lo pasó a sombrío vestíbulo y después de mucho tiempo apareció en el descanso de;l primer piso desde donde le musitó unos buenos días desprovistos de toda benevolencia y le preguntó: "¿Con que se dedica usted a las letras?", sin esperar respuesta añadió: "Muy bien, joven muy bien, persevere, persevere, desapareció". Torres Bodet visitó a Konrad Adenauer ese mismo año de 1952; el alemán correcto y frío lo saludó con dogmática parsimonia, no advirtió en sus labios ni el asomo de una sonrisa. Atribuyó esa actitud a que la derrota no había vencido la tradicional arrogancia de ese gran país; así, todo podía esperarse o temerse de su energía.

Afortunadamente, el ciudadano más connotado de Alemania era el Rin.[109]

Genaro Fernández MacGregor asistió al Cuarto Congreso Internacional de Derecho Comparado en París después de la crisis de Vietnam, pero no vio señales de ella: los franceses reían, gesticulaban, sudaban, hedían, usaban poca agua y mucho ajo, vino y húmedos calcetines. París se divertía, o más bien divertía a los metecos de Kansas (vestidos con sus camisas de colorines, *shorts* de playa y con sus cámaras, eran asiduos clientes de los espectáculos neoyorkinos que les ofrecían en París, aunque un "poco más desvestidos, bastante más salaces". Los americanos se quejarían de esto en su país, pero en Francia reían a mandíbula batiente acompañados de sus respetables cónyuges e inocentes hijas; luego regresarían a Phoenix o Flagstaff a contar sus aventuras rabelesianas. Los franceses explotaban estos negocios, la venta de postales de Notre Dame y las estampas pornográficas. Fernández MacGregor anota que ese congreso lo organizó una persona con tipo de judío; éstos, al parecer, no le simpatizaban. Las francesas no necesitaban el aire como en el *vaudeville* de moda *Jupón vole*, porque en sus bicicletas o en sus Vespas enseñaban hasta las caderas. Más seria es su reflexión sobre la forma en que el recuerdo de Napoleón abrumaba París. Para el visitante culto y sensible era obligatorio visitar Chartres, donde Eduardo Pallares, al verse en el ambiente místico y azul de ese templo se sintió transportado y como excusándose le dijo: "Compañero permítame usted que me arrodille". Al parecer, la sensibilidad religiosa de don Justo fue más profunda en Lourdes. De cualquier modo, Fernández MacGregor admiró los campos franceses cultivados hasta la última pulgada, sus trigales de oro, remolacha glauca, viñedos y, sobre todo, las más bellas catedrales de Francia en Amiens, Sens y Auxerre. Perdió algo de ese encanto al regresar en un avión en compañía de mocetones franceses que pese a no repugnar el contacto con el agua despedían un "tufillo desagradable".[110]

Como se ha visto, David Alfaro Siqueiros rechazó el eurocentrismo en la URSS, en España y en Francia. Se molestó en la casa de Pierre Courtade en París, en 1954, cuando el anfitrión contó que en Veracruz todos portaban pistola y alguien recordó la película de Cocteau en la que a través de una cerradura se ve lo que hacen personas de 15 o 20 países; en la escena que se refería a México se veía la descarga de un pelotón. El pintor recordó que en Argentina decían: un mexicano, una pistola; dos mexicanos, una riña; tres mexicanos, una revolución. Según Siqueiros un argentino, un cafiche; dos argentinos, dos cafiches; tres argentinos, tres cafiches y nada más. Los argentinos habían arrebatado a los mexicanos la primacía del rastacuerismo, pues antes se decía: "es un rastacuero, *Ce Casasú"* (seguramente pensando en don Joaquín Casasús), ahora *Cést un argentin*. Cuando el doctor Libet (*Croix de Feu*), bebido más de la cuenta, le preguntó por qué los mexicanos habían asesinado a Maximiliano, Siqueiros le contestó que porque era demasiado bonito para ser emperador de México. Libet se dio por insultado y se retiró, si bien meses más tarde, acompañado de su esposa, fue a su taller a excusarse. Siqueiros aprovechó este incidente para recordar que en una ocasión la esposa de Poincaré preguntó a Rubén Darío dónde había dejado las plumas; jugando con las palabras, que tienen las mismas acepciones que en español, el poeta le respondió que las traía debajo de los pantalones, entre las risas de los presentes. Ya serio, Siqueiros comentó que pese a ser prominentes comunistas, predominaba en ellos Hollywood, pues al mofarse del pistolerismo se estaban mofando de la Revolución mexicana, "extraordinario acontecimiento social para México", América Latina y los países subdesarrollados: "Ustedes no tienen ningún derecho a ignorar su verdadera naturaleza política".[111] Afortunadamente no se repitió el rosario de Amozoc de 20 años antes, en Argentina.

A mediados de este siglo Torres Bodet volvió a Italia. En esta ocasión lo deslumbró la fachada de la catedral de Siena. En com-

pañía del presidente Einaudi vio el *Palio*; entre aplausos y gritos desfilaron los comparsas de los 17 barrios de esta ciudad. Bernardo Berénson (a quien cuidaban como una reliquia por sus 85 años en su villa de Florencia), entre sorbos de tila, convencido de que las masas valían muy poco le preguntó para qué querían enseñarlas a leer. Al año siguiente en una nueva visita a Nápoles, escribió que lo más hermoso de esa ciudad eran sus playas y sus montañas. Lo español, lo arábigo y lo africano daban un aspecto extraño y en ocasiones desagradable a esta ciudad. Admiró, en cambio, las hermosas columnas dóricas de Paestum, la magnificencia de Venecia y las cosas menudas como beber café mientras escuchaba "La viuda alegre", cuya frivolidad no le desagradó porque todo lo afina su atmósfera.[112] Más de fondo es su observación de que el pueblo italiano no daba k impresión de haber sido vencido sino liberado, sin que guardara mucho rencor Contra Mussolini: De Gasperi, fuerte, sereno, con una singular habilidad para manejar los negocios políticos lo recibió con "lacónica sencillez". Scorza fue más cordial, sin duda porque se conocieron desde 1940 en Bruselas, donde sufría con elegancia y dignidad su ostracismo, y en 1946 conversaron en México "sin reticencias ni eufemismos". Pío XII ("perfil aguileño, delgado, alto, autoritario" y aristocrático) hablaba admirablemente varios idiomas; iniciaron la conversación en francés y la continuaron en español con igual soltura; el Papa elogió los propósitos de la UNESCO. Moravia, por su parte, se interesaba mucho por México.[113]

Fernández MacGregor, más extrovertido y sin las limitaciones de un cargo diplomático escribió maravillado acerca de la belleza salvaje y grandiosa del túnel del Simplón y del delicado encaje de ojivas, torrecillas y pináculos de la catedral de Milán, en cuyo interior se enteró de la muerte de Gasperi que causó gran pesar en Italia, pero tal vez no tanta al Partido Comunista que entonces estaba en su apogeo. En Venecia los atendió una familia muy servicial, pero que "como todos sus paisanos ignoran

lo que es tomar un baño". Más le desagradó que Venecia estaba convertida en "horrenda" Coney Island: bebían coca-colas y *high balls*; la ciudad se hallaba en estado de putrefacción, las casas se caían de viejas, todo era "sucio, maloliente y sórdido", Con todo, el Gran Canal seguía siendo hermoso. Cuando una tarde admiraba las reliquias de Santa María de la Salud vio entrar a un hombre de cabello deslavado, vestido con *sweater* blanco de *sport* y pantalón azul marino, medio renco y que andaba como anciano, alzó momentáneamente la cabeza hacia la bóveda que le mostró su acompañante, dio media vuelta y salió de la iglesia. Era Eduardo VIII. Fernández MacGregor logró un aposento cercano al Duomo de Florencia, gracias a eso todos los días gozó de la majestuosa cúpula de Brunelleschi. En Roma, el máximo santuario de la humanidad, disfrutó su triple origen: pagano (los foros y las termas), cristiano (San Pedro) y el actual (el bullicio). También disfrutó la "titánica majestad del Moisés" de Miguel Angel. Descubrió que el Mediterráneo no es azul, sino gris azulado en verano y gris perla en invierno. Sorrento era un prodigio de belleza, aunque le faltaran playas. Como no quiso pagar el alto precio que le pedían los guías en Pompeya se convirtió en el de sus compañeros, y gracias a la ayuda de un guardián, la vieron mejor que los turistas ordinarios porque aquél les abrió las puertas de todas las casas. El viaje a Capri fue muy molesto porque el vapor iba lleno, pero lo compensó el azul añil de su maravillosa gruta. En su primer viaje lo sedujo el arte, historia y paisajes de Italia, mientras que en el segundo la vio pobre y atrasada. No podía explicarse cómo los italianos actuales, pequeños, negros, cetrinos en general, bulliciosos, gesticulantes, entregados al *dolce far niente*, carentes de tina o de regadera, pudieran descender de los legionarios de Roma. Aun en los lugares más visitados faltaban hoteles; sólo unas cuantas carreteras estaban bien construidas; sobre todo, los italianos circulaban én sus autos sin observar las reglas de seguridad y sin la más mínima cortesía. Los peatones

contribuían realizando en ellas todas sus funciones vitales; hasta las matronas tenían allí sus vastagos. Aunque el carácter italiano era afable y bonachón lo amonestaron cuando viajó al sur, lo que comprobó en Nápoles: *i napolitani són l'invetrtori de la camorra*;[114] la frivolidad de este comentario, aun reduciéndolo al sur, recuerda al de gran número de viajeros extranjeros en México.

El congreso de la Sociedad Internacional de Abogados, celebrado en Bruselas en 1954, dio a Fernández MacGregor la satisfacción de lograr la proscripción de la conducta de Estados Unidos de tachar la conducta de los abogados defensores de comunistas y la aceptación del español cómo idioma oficial, al lado del francés y del inglés. Bruselas le pareció una ciudad agradable y limpia, compuesta al parecer por gente de muchas razas, pero "todas sesudas, sólidas, con rostros rubicundos, bonachones y content os". Sin embargo, ofendido porque un taxista le reprochó duramente que hubiera dado una propina de sólo 15% del consumo, viajó en tranvía a todas las reuniones del congreso. Las iglesias de Bruselas añadieron al gótico la novedad de sus mármoles negros. También disfrutó la *Adoración del Cordero*, de Van Eyck (joya de la catedral de Gante), los canales de Brujas y la magnífica catedral de Amberes. Comprobó la alegría de las fiestas de belgas y holandeses en las que engullían salchichas y carnes frías de toda especie, quesos dulces y fuertes, y bebían abundante cerveza. Apreció los progresos de España en sólo cuatro años, pues ya en 1954 abundaban las construcciones, y pese a su escasa maquinaria las cosechas eran magníficas; las carreteras principales estaban bien trazadas pero se utilizaban poco por lo caro de los automóviles y la gasolina. Pero, en general, la gente estaba contenta porque satisfacía sus primeras necesidades y nadie aspiraba al lujo, si bien el costo de la vida aumentaba por la abundancia de dólares, resultado de la reanudación de las relaciones con Estados Unidos. Que la gente vivía feliz lo probaba su desbordamiento todas las tardes apenas se ponía el sol en calles y

plazas; en realidad no tenían otra diversión, señala, sin advertir la contradicción. En las grandes arterias se bebía café hasta las dos de la mañana, aun los niños. Las restricciones a los turistas estaban desapareciendo, entre otras cosas porque había seguridad. Los españoles acogían a los mexicanos como a miembros de su propia familia, pero de inmediato preguntaban sobre la reanudación de las relaciones diplomáticas, para lo que no tenían respuesta. En fin, en casi cabal coincidencia con la apologética de Chávez Camacho, destacan las semejanzas de México y España: la familia como el primer elemento de la sociedad, el individualismo y el anticomunismo. También admiró las catedrales hechas por la mano de Dios en los Alpes.[115] Torres Bodet se conmovió por "el irreductible nacionalismo" de los becarios de la Casa de México en Francia, con sus vestidos típicos, quesadillas, tamales, enchiladas, frijoles y tequila, y lamentó su muy imperfecto conocimiento de la vida de París, y aun la ignorancia del francés; todos ellos, tanto por sus virtudes como por sus defectos, parecían no haber salido de México. De cualquier modo, los más talentosos visitaban galerías, laboratorios, museos y biliotecas; la mayoría iba a los teatros, sobre todo a los más frívolos.[116]

A la mitad del siglo, Víctor Manuel Villaseñor tropezó con el problema de los izquierdistas mexicanos que carecían de visa para ingresar a Estados Unidos; de cualquier modo, el empleado de inmigración en Nueva Orleáns le permitió que visitara esa ciudad porque él ignoraba que su barco estaría atracado toda una semana. Después de visitar Holanda, Bélgica y Francia, fue a Insbruck porque entonces Austria y España eran los países más económicos para los turistas. En la bella ciudad alpina se alojó en el mismo hotel en el que acostumbraba hospedarse Goethe. En fin, también fueron a Copenhague, Estocolmo y Gotenburgo. A pesar de todo, en 1959 de nueva cuenta Villaseñor pudo entrar a Estados Unidos, pues argumentó que tenía una cita con Ford.[117] Fernández MacGregor, en cambio, sin ningún problema entró a

Nueva York en 1954. Advirtió que en la Quinta Avenida ya no circulaban los ómnibus de dos pisos, los que sustituyeron por otros movidos por diesel, que despedían humos nauseabundos sobre los peatones. Se congratuló de que siguieran abundando las mujeres guapas y bien vestidas, ya que Nueva York en esto superaba a Europa. Comió en un "automático" para recordar sus buenos tiempos; admiró a Cyd Charisse en un teatro pero le molestó Gene Kelly, y de nueva cuenta vio a las *rócheles*, símbolo de la feminidad estadunidense. En el Metropolitan Museum of Art Estados Unidos acumulaba el arte europeo, porque todavía no producía el suyo propio, pero asegura que un *jour viendra* se enorgulleció de que Roberto Córdova, con quien había hecho sus primeras armas en el derecho internacional, hubiera sido nombrado uno de los cinco jueces de la Corte de Justicia Internacional de La Haya.[118]

Jaime Torres Bodet lamentó en 1950 que nadie lo hubiera invitado en Cuba a beber un café como en Í928 lo hicieran Juan Marinello y Jorge Manach, y comprendió entonces que los años y los títulos oficiales aíslan.[119] Al menos el director de la UNESCO no temía, como Nemesio García Naranjo, que medio millón de guajiros desfilaran en La Habana armados de sus amenazadores machetes para refrendarle el mando absoluto de la revolución.[120] Poco después, Gilberto Bosques convenció a los hermanos Castro de que salieran de Cuba para evitar que los mataran; Bosques reiteró la teatralidad del matrimonio Batista, el dominio de la embajada de Estados Unidos (a la que seguía en importancia la de México por la alta estima en que los cubanos tenían a nuestro país) y el fracaso del bloqueo americano ya que continuaron llegando mercancías de Inglaterra, Alemania y Suecia.[121]

Dos mexicanos tan diferentes como Torres Bodet y Siqueiros visitaron la India en los años cincuenta. A Torres Bodet le sorprendió el orden todavía británico de su hotel en Bombay y el desorden "absolutamente oriental" de las calles. En cierta oca-

sión preguntó qué hacían muchos nativos apoyados sobre los postes, "nada", le contestaron, "están allí sin saber por qué". En Nueva Delhi lo alojaron en un palacio gubernamental, a sus compañeros en hoteles, donde cuatro silenciosos sirvientes lo atendieron: uno vigilaba el caudal de la regadera, otro le daba el jabón y los dos restantes las toallas; el cuarteto velaba su sueño tras las anchas cortinas que sustituían las puertas. Ahí lo visitaron unos analfabetas, enterados de su campaña de 1944; al igual que sus similares de Jalisco, eran muy diferentes de los verdaderos ignorantes.* Nehru lo recibió con distante amabilidad. En el Parlamento elogió a la UNESCO y sin mencionar el nombre de México, manifestó su satisfacción por el establecimiento de relaciones con nuestro país, pero fue severo con la ONU; en privado Torres Bodet le señaló esa contradicción, y Nehru sólo sonrió con malicia por su franqueza. Al día siguiente, en el desayuno, le preguntó por la campaña mexicana de 1944, agregando que él prefería el control natal; Torres Bodet le comentó que México había padecido problemas semejantes, pero que la industrialización los resolvería, tal como ocurrió en Francia, Inglaterra, Holanda, Bélgica y Suiza. Cuando años después Nehru visitó México, le confesó que nuestro país tenía razón. Lady Mountbatten preguntó a Nehru en una recepción si había olvidado sus jardineros y sus laureles, de la misma manera como podía haberlo hecho la esposa de un virrey español en México en 1824. El Taj Majal le pareció la "obra maestra de un arte sobrio en grandes líneas pero decorado hasta la transparencia de un encaje sutil por la floración voluptuosa de los detalles".[122]

La visita de Siqueiros a Calcuta comenzó con una confusión, pues ereyeron que él era un vietnamita porque no imaginaron que tuviera un tipo tan "antimexicano"; una vez que explicó que los mexicanos descendemos de una mezcla de gachupín y de indio, Indira Gandhi vio que tenía nariz, perfil y otras muchas cosas de piel roja, sólo la desconcertaban sus ojos verdes o verdo-

sos muy comunes en los hindúes de "raza pura". En la cena afloraron varias semejanzas entre ambos países, como la variedad de mangos; a los hindúes les sorprendió que con esa palabra en México se calificara a las mujeres bonitas; y les pareció justa la comparación. En la India saludaban juntando las manos de la misma "manera que los católicos hacemos para orar"; Siqueiros preguntó si al saludar a una de los millones de guapas indias, había podido hacerlo colocando las manos hacia un extremo del rostro pegadas a las mejillas; Nehru admiró el "ingenio pornográfico" del pintor mexicano y reconoció que eso no se le había ocurrido antes.[123]

Torres Bodet visitó en 1962 tres países sudamericanos. Refiere que las demoliciones a que obligó el "bogotazo" permitieron la renovación de muchos barrios en la capital colombiana. Lima era encantadora, pero estaba cercada por un lamentable cinturón de chozas y cobertizos, a la vista de éstos le resultaron casi aceptables los alrededores de la ciudad de México, tanto más que desde su automóvil vio mudos, desarrapados y reverentes grupos de cholos, lo apenaron sus vestidos humildes, sus ojos graves y su "paciente resignación", e imaginó que en el campo peruano las cosas serían peores. Como al parecer Torres Bodet tampoco bajaba de su automóvil en México, quizá por eso no conocía la miseria de sus alrededores. En fin, Santiago no tenía la gracia cordial de Lima, pero tampoco exhibía de manera tan evidente las "grandes desigualdades étnicas y sociales" que tanto lo inquietaron en Perú; alta, ordenada y austera, la capital de Chile acogía a los visitantes con fría solemnidad; los chilenos eran menos suaves que los peruanos, pero más precisos.

En fin, Golda Meier alguna vez sorprendió a Torres Bodet "por su modesta apariencia de profesora retirada". Le incomodó un poquillo que André Malraux no se hubiera interesado en los murales de Montenegro, pero le agradó que hubiera visto de cerca los de Siqueiros en Chapultepec, desde donde admiró el

panorama del valle. Indira Ghandi (a quien conoció en 1951 en Nueva Delhi como ya vimos), le comentó las dificultades de su padre para vencer la miseria de muchedumbres famélicas, creía posible y deseable la colaboración de todas las culturas pero consideró sombrío el anorama en ese sentido. A diferencia de Malraux puso mayor atención en os murales de Montenegro. A Nehru lo complació el Museo de Antropología y le gustaron las aguas frescas que le obsequiaron en ese lugar. A Juvanka, la esposa de Tito, no le intimidaron las más difíciles escaleras de Uxmal, y a Tito le sorprendieron profundamente el Calendario Azteca y Coatlicue. El general De Gaulle sabía todo lo oficial de México, es decir, su conocimiento era "burocrático y acartonado". Oyó misa en la Basílica de Guadalupe, dispensó amables sonrisas a las humildes mujeres que se le acercaron en Acolman, y visitó Teotihuacán. En fin, Juan XXIII tenía una sonrisa siempre piadosa y un rápido ingenio; admiró su esfuerzo renovador, su compasión por los débiles e inflexibilidad ante los poderosos, su lúcida inteligencia y su angélica suavidad.[124]

Veintiún años después de su viaje a Chile y a Argentina, López Portillo conoció París en septiembre de 1962; lo primero que le sorprendió fue que uno de sus acompañantes le invitara a beber un vaso de vino blanco a las diez de la mañana. Rápidamente vio en la capital de Francia lo que todos los turistas acostumbran ver, pero se sentía ansioso por llegar a España; ya en Madrid también rápidamente vio el Museo del Prado, porque tenía prisa por llegar al pueblo de sus mayores: Caparroso. Explicó a un navarro que conducía un carro tirado por una muía, el motivo de su viaje: localizar "la solariega de mis antepasados", uno de los cuales había ido a México hacía 400 años; el asombrado navarro gritó por la calle principal: "¡Vení, vení, que ha llegado un señor que se fue de aquí hace cuatrucientus añus!" El párroco, con un poco de burla, accedió a buscar en los libros parroquiales, pero cuál no sería su asombro al ver el nombre, "José

López del Portillo", quien aparecía apadrinando un bautizo. Así se convirtió en el "personaje más viejo y más importante de Caparroso", al grado que, andando el tiempo, una de las calles del nuevo pueblo se denominó "Calle del virrey (*sic*) López Portillo". El secretario perpetuo del ayuntamiento lo despidió pidiéndole que volviera cuando fuera presidente de su patria, y "con tal investidura regresó", escribe orgulloso. Pero antes tuvo otras experiencias internacionales, por ejemplo, dio el "grito" en San Francisco a nombre del presidente Gustavo Díaz Ordaz; en esa ocasión leyó un largo discurso. En cambio en 1973 se limitó a gritar en Nueva York "¡Viva México!", porque eso era lo que querían oír los mexicanos y los muchos latinoamericanos que compartían esa alegría. Aún más maduro, habló de finanzas con los banqueros alemanes pero también de Los Nibelungos. Pese a no hablar inglés descubrió su afinidad con el humor británico, los ingleses le confesaron con elegante indiferencia que su economía se encontraba en deplorables condiciones; por supuesto tomó té a las cinco de la tarde y se enteró de la aberración de beber whisky en las rocas o de beberlo en lugar del sherry, "que es como cambiar niebla por sol". Regresó a Chile después del asesinato de Allende, pero fracasó en su intento de que le entregaran a los chilenos refugiados en la embajada mexicana; de cualquier modo, compartió con ellos "su derrota y su amargura"; en Chile la triunfante clase media estaba contenta, no así los obreros. También volvió a Buenos Aires, "renovadamente hermoso"; y como 26 años es muchísimo, Isabelita había sustituido a Evita, y el cerco senil alrededor de los ojos de Juan Domingo Perón "se los hacía ver casi blancos". Ya siendo presidente, el 23 de febrero de 1977, vio a los chicanos de Chicago "confiados, agresivos, seguros ya de su identidad, lo que les da fortaleza. Me identifico con ellos". A principios de 1981 visitó la India en el XXXIII aniversario de su independencia; el riguroso protocolo todavía semiinglés apenas le permitió deslumbrarse ante el Taj Majal y

horrorizarse “con las multitudes urbanas estacionadas en sus espacios vitales”. A los indios de allá y a los de acá sólo los distinguía el turbante.[125]

Notas al pie

[1] Lara Pardo, *El Rin, factor decisivo de paz o guerra*, 1945, p. 35.

[2] Pani, *Apuntes autobiográficos*, 1945, pp. 234-240.

[3] Siqueiros, *Me llamaban El Coronelazo (Memorias)*, 1977, pp. 147-149, 167-168, 196 y 297.

[4] Villaseñor, *Memorias de un hombre de izquierda*, 1976, vol. I, pp. 87-90, 232 y 284.

[5] Vasconcelos, *El desastre*, 1938, pp. 511-512, 637-643 y 767-771.

[6] Reyes, *Crónica de Francia (enero a abril de 1923)*, 1947, pp. 6, 8, 11 y 58-59.

[7] Cosío Villegas, *Memorias*, 1976, pp. 124-133.

[8] Chávez, *Epistolario selecto*, 1989, pp. 76 y 79.

[9] Villaseñor, *Memorias*…, vol. I, pp. 279-280.

[10] Pani, *Apuntes*…, pp. 369-371.

[11] Torres Bodet, *Memorias. El desierto internacional. La tierra prometida. Equinoccio*, 1981, vol. I, pp. 151, 166 y 183-193; vol. II, pp. 524 y 542.

[12] Vasconcelos, *El proconsulado*, 1946, pp. 532, 535, 566 y 576.

[13] Orozco, *Apuntes autobiográficos*, 1966, p. 74.

[14] Teixidor, *Viajes mexicanos (siglos XIX y XX)*, 1939, pp. 261-264.

[15] Pani, *Apuntes*…, pp. 277-278.

[16] González Martínez, *La apacible locura*, 1951, pp. 103-114.

[17] Vasconcelos, *Indoiogía. Una interpretación de la cultura Iberoamericana*, 1926, pp. 33-34.

[18] González Martínez, *La apacible*…, p. 72.

[19] Reyes, *Momentos de España. Memorias políticas (1920-1923)*, 1947, pp. 31, 35-36 y 53-55.

[20] Vasconcelos, *El desastre*, pp. 443-449, 455-458, 464, 476-479, 484-485 y 488-509; Vasconcelos, *El proconsulado*, pp. 605-607, 614-615, 628-639, 642 y 657.

[21] Gómez Morín, *España fiel*, 1928, pp. 15, 25-26, 34 y 72-73.

[22] García Naranjo, *Memorias*…, 1956-1963; vol. IV, pp. 240-242, 249-251 y 254.

* En cursivas en el original.

[23] Torres Bodet, *Memorias*…, vol. I, pp. 196-202 y 212-217; vol. II, pp. 507-508 y 513.

[24] *Crisol*, 31 de marzo de 1932, pp. 167-168.

[25] Alfaro Siqueiros, *Me llamaban*…, pp. 150-153.

[26] Chávez, *Epistolario*…, p. 61.

[27] García Naranjo, *Memorias*…, vol. IX, pp. 257-258.

* En inglés en el original.

** En italiano en el original.

[28] Vasconcelos, *El desastre*, pp. 515-516, 520, 525, 527-528, 531, 540-542, 549, 552, 556-559, 561, 569-576, 692-697, 700 y 763.

[29] Teixidor, *Viajeros*..., pp. 271-272.

[30] Torres Bodet, *Memorias*..., pp. 552-556.

[31] Vasconcelos, *El desastre*, pp. 580-583, 587 y 595. Torres Bodet, *Memorias*..., vol. II, pp. 318-320.

[32] Vasconcelos, *El desastre*, pp. 613, 615-616, 622-623 y 631.

[33] Alfaro Siqueiros, *Me llamaban*..., p. 238.

* En el México porfirista el mexicano golpeaba al indio, y éste al perro.

[34] Vasconcelos, *El desastre*, pp. 657, 700-705, 707-710, 714-720 y 724-729.

[35] Chávez, *Epistolario*..., pp. 73 y 76.

[36] Vasconcelos, *El desastre*, pp. 734-742 y 747.

[37] Villaseñor, *Memorias*..., pp. 267-268.

[38] Torres Bodet, *Memorias*..., vol. II, pp. 527-528 y 532.

[39] Vasconcelos, *El desastre*, pp. 765-767.

[40] Teixidor, *Viajeros*..., pp. 285-288.

[41] Torres Bodet, *Memorias*..., vol. II, p. 492.

[42] Cosío Villegas, *Memorias*..., pp. 121-123.

[43] Orozco, *Apuntes*..., pp. 120-123.

[44] Pani, *Apuntes*..., pp. 477-482.

[45] *Relaciones Mexicano-Soviéticas (1917-1980)*, 1981, p. 14.

[46] Olveda, Muría y Vaca, *Aporte diplomático de Jalisco. Cañedo, Corona y Vadtllo*, 1988, pp. 155, 173-178 y 190-203.

[47] Alfaro Siqueiros, *Me llamaban*..., pp. 231-232.

[48] Silva Herzog, *De lo dicho y de lo escrito 1928-1930. Un mal momento en las relaciones México-Soviéticas*, 1977, pp. 5-9, 11-20, 23-27, 31-35,-41-47, 55, 66-69, 77, 80-84 y 97-106.

[49] Villaseñor, *Memorias*..., vol. I, pp. 355-365.

[50] Lombardo Toledano y Villaseñor, *Un viaje al mundo del porvenir*, 1936, pp. 11-13, 59-60, 73-77 y 81-94.

[51] Rodríguez, *Notas de mi viaje a Rusia*, 1938, pp. 19-27.

[52] Rodríguez, *Autobiografía*, 1962, pp. 209, 214-217, 223, 231-232, 240, 246 y 249.

[53] Cabrera de Tablada, *José Juan Tablada en la intimidad*, 1954, pp. 18-26.

[54] Chávez, *Epistolario*..., p. 35.

[55] Vasconcelos, *El desastre*, pp. 181-182 y 193-194.

★ Las cursivas son de José Vasconcelos.

[56] Vasconcelos, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viaje a la América del Sur*, 1925, pp. 47, 50, 59-61, 63, 65-67, 74, 80, 82, 86, 89, 96 y 100-101.

[57] *Ibid.*, pp. 116, 119-121 y 135-136.

[58] *Ibid.*, pp. 118 y 120.

[59] Vasconcelos, *El desastre*, pp. 178-179.

[60] Reyes, *Norte y sur (1925-1942)*, 1944, pp. 79-80 y 116.

★ Las cursivas son de Genaro Fernández MacGregor.

[61] Fernández MacGregor, *El río de mi sangre. Memorias*, 1969, pp. 297-299 y 307-308.

[62] González Martínez, *La apacible*..., pp. 83 y 94.

[63] Vasconcelos, *El desastre*, p. 404.

[64] Vasconcelos, *La raza*..., pp. 253 y 259.

[65] Alfaro Siqueiros, *Me llamaban*..., pp. 41-42.

[66] Vasconcelos, *La raza*..., pp. 156-157, 159, 162, 166-167, 170-172, 174, 185-186, 189-190, 193 y 197.

[67] Vasconcelos, *Indoiogía*..., p. 148.

[68] Fernández MacGregor, *El río*. pp. 301-304.

[69] González Martínez, *La apacible*, 95-97.

★ A diferencia de Mora que sólo incluyó clero y ejército, Vasconcelos incluye a los estancieros, es decir, los hacendados, con un criterio mucho más exacto que el del guanajuatense.

[70] Vasconcelos, *La raza*..., pp. 141-142, 144-146 y 148; Vasconcelos, *Indoiogía*, p. 82.

[71] Fernández MacGregor, *El río*..., p. 306.

[72] Vasconcelos, *Indoiogía*..., pp. XXV, XXXII y XLVIII.

[73] Vasconcelos, *El desastre*, p. 438; Vasconcelos, *El proconsulado*, pp. 485-489.

[74] Cosío Villegas, *Memorias*..., pp. 104-108; Chávez, *Epistolario*..., p. 132; Vasconcelos, *El proconsulado*, pp. 359, 362-364, 500, 514 y 516.

[75] Vasconcelos, *El proconsulado*, pp. 359, 362-364, 500, 514 y 516.

[76] Vasconcelos, *El proconsulado*, pp. 380 y 383.

[77] *Ibid.*, pp. 384-389, 391-398, 402-406, 412-415, 421-422, 434, 438 y 440.

[78] Cabrera de Tablada, *José Juan*, p. 31; Vasconcelos, *El desastre*, p. 39.

[79] García Naranjo, *Memorias*, vol. IX, pp. 357, 363, 376-388, 395 y 398.

[80] Vasconcelos, *El proconsulado*, pp. 457, 461-462, 464-467 y 474-475.

[81] Chávez, *Epistolario*..., pp. 132-133.

[82] Olveda *et al., Aporte*..., pp. 163, 207-208, 210-213, 224 y 257.

[83] Alfaro Siqueiros, *Me llamaban*..., pp. 409-415.

[84] Torres Bodet, *Memorias*..., vol. II, pp. 563-572.

[85] Alfaro Siqueiros, *Me llamaban*..., pp. 383-385, 390-391, 399-400, 402 y 406-407.

[86] López Portillo, *Mis tiempos*..., pp. 149, 173-183, 186-187 y 191-193.

[87] Teixidor, *Viajeros*..., pp. 292-297.

[88] Rebolledo, *Hojas de bambú*, 1910, pp. 10, 12-13, 16, 18, 24-25, 31-32, 34, 39, 41 y 45; Rebolledo, *Joyelero (poesías completas)*, 1922, pp. 75 y 93; González Martínez, *La apaáble*..., p. 141.

[89] Cabrera de Tablada, *José Juan*..., pp. 38-4 J.

[90] Rebolledo, *Hojas*..., p. 48; González Martínez, *La apacible*..., pp. 141-142.

[91] Cosío Villegas, *Memorias*..., pp. 145-147, 157-158 y 169.

★ Las cursivas son de Rodolfo Reyes.

[92] Rodolfo Reyes, *Memorias políticas*, 1930; vol. III, pp. 456, 462-464, 469, 475, 481-487, 493 y 497-499; Chávez Camacho, *Misión de prensa en España*, 1948, p. 16.

[93] O'Neill, *Una mexicana en la guerra de España*, 1964, pp. 116 y 152.

[94] Villaseñor, *Memorias*..., vol. I, p. 44.

[95] Alfaro Siqueiros, *Me llamaban*..., pp. 296, 317, 321-324, 335-336, 348-350, 355-356, 363 y 369.

[96] Villaseñor, *Memorias*..., vol. II, pp. 40, 44-50, 54-59, 65-66, 82 y 86.

[97] Torres Bodet, *Memorias*..., vol. I, p. 386, 5Ó3, 520-521 y 529-531.

[98] Torres Bodet, *Memorias*..., 503, 520-521 y 529-531.

★ Semejante a uno del metro de París: "El agua es para las ranas".

[99] Chávez Camacho, *Misión*..., pp. 11, 18, 45, 49-52, 69-72, 83-84, 103, 114, 116, 136, 138 y 210.

[100] *Ibid*., pp. 155, 224, 232-240, 243, 247, 249 y 404.

[101] *Ibid*., pp. 361, 453, 456, 461-462 y 468-469.

[102] Chávez, *Epistolario*..., p. 428.

[103] Torres Bodet, *Memorias*..., vol. I, pp. 654, 664 y 670; vol. II, pp. 20, 41, 44 y 49.

[104] Chávez, *Epistolario*..., pp. 490, 525 y 535.

[105] De Garay, *Gilberto Bosques*, 1988, pp. 91-98.

[106] Torres Bodet, *Memorias*..., vol. I, pp. 610-611, 615-618 y 627-633.

[107] Chávez, *Epistolario*.p.. 560.

[108] Torres Bodet, *Memorias*..., vpl. II, pp. 48, 82-83, 86-90, 135 y 190.

[109] *Ibid*., pp. 150-154, 163 y 298.

[110] Fernández MacGregor, *El río*..., pp. 460-465 y 502.

[111] Alfaro Siqueiros, *Me llamaban*…, pp. 430-433.

[112] Torres Bodet, *Memorias*…, vol. II, 74-75 y 206-208.

[113] *Ibid*., vol. II, pp. 60-64, 74-76, 180-184 y 205-208.

[114] Fernández MacGregor, *El río*…, pp. 465, 469-470 y 474-483.

[115] *Ibid*., pp. 465 y 488-500.

[116] Torres Bodet, *Memorias*…, vol. II, p. 314.

[117] Villaseñor, *Memorias*…, vol. II, pp. 191-193 y 251.

[118] Fernández MacGregor, *El río*…, pp. 503-504.

[119] Torres Bodet, *Memorias*…, vol. II, p. 85.

[120] García Naranjo, *Memorias*…, p. 149.

[121] De Garay, *Gilberto Bosques*, pp. 116, 119, 133 y 148.

* Tal vez a ellos podrían aplicárseles las conocidas palabras de Chesterton sobre los campesinos castellanos, "¡qué cultos son estos ignorantes!" ¡Carecían de una cultura libresca, la suya oral tenía una raíz secular!

[122] Torres Bodet, *Memorias*…, vol. II, pp. 96 y 103-107.

[123] Alfaro Siqueiros, *Me llamaban*…, pp. 447-450.

[124] Torres Bodet, *Memorias*…, vol. II, pp. 30, 419, 421, 428, 432, 446, 448, 450, 453, 455-456 y 458-460.

[125] López Portillo, *Mis tiempos*…, pp. 288, 290-292, 388-393, 545 y 1025-1028.

EPÍLOGO

Tal vez este libro no debió escribirse porque según algunos los extranjeros escriben mejor que los mexicanos la historia de México.[1] Esto significa, a *contrario sensu*, que automáticamente un mexicano puede escribir mejor que los norteamericanos la historia de Estados Unidos. Pero la nacionalidad sólo es una de las variables que explican actitudes y criterios para escribir la historia, tanto o más importante son la clase social, idioma, edad, escolaridad, "raza", religión, temperamento, veracidad, laboriosidad, etc., todos los factores culturales y sociales que conforman una persona humana.

Este libro se propuso estudiar algunos de los principales grupos extranjeros, no sólo uno de ellos, con la esperanza de esbozar una tipología que señalara semejanzas y diferencias, filias y fobias. Tal vez investigadores de un grupo particular puedan señalar que el suyo no ha sido debidamente analizado. Otros pueden preguntarse si es posible escribir obras generales sin un suficiente apoyo de monografías. Afortunadamente en México se ha avanzado mucho en las últimas décadas en este campo. Dificultad igual o mayor es que se trata de una obra de larga duración, ciento cincuenta años. En cierto sentido, el tiempo que se empleó en escribir este libro (unos seis años, pero también toda la vida activa del autor porque aprovecha investigaciones juveniles) apenas habrían bastado para escribir sobre uno solo de los grupos de extranjeros. Es una gota en un océano, ojalá y lo sea de agua fuerte.

En la amplia denominación de extranjeros se incluyeron inmigrantes (capitalistas y trabajadores), diplomáticos, soldados, via-

jeros y turistas, artistas y deportistas, de éstos al menos unos cuantos casos. De los mexicanos en el extranjero (contrapunto del tema anterior) sobre todo se estudiaron los braceros y, en menor medida, diplomáticos, viajeros y turistas.

Esta historia gira en torno de dos ejes: la conquista española y la Revolución mexicana que, en su sentido agrario más profundo, es la antítesis de aquélla. Por eso importa recordar que, como alguna vez señalara Pedro Enriquez Ureña, la conquista española es quizás la primera ocasión en la historia en que los hombres de una poderosa nación conquistadora discutieron sus "derechos" de conquista.[2] Pero también debe recordarse que en varios de los conflictos internacionales de los siglos XIX y XX algunos extranjeros apoyaron la causa mexicana.

Desde los primeros tiempos coloniales chocaron criollos y peninsulares, varios de los primeros calificaron a la Nueva España de "dulce madre pía" de quienes venían de fuera, del mismo modo en el XIX se dice que en México es madrastra de los mexicanos.[3] Alfonso Reyes califica la noción de extranjero de "idea fuerza" en el porfiriato, es la teoría "centrípeta, y no centrífuga de la patria". La Revolución mexicana reacciona contra esta mitología del extranjero.[4] Deben hacerse dos precisiones: estos extranjeros son sobre todo americanos y europeos (en particular occidentales). Aunque algunos califican el nacionalismo mexicano de "bueno" porque "es una búsqueda de la integridad nacional y del consensus nacional", no de dominación de otros estados,[5] no se puede ignorar cierta prepotencia con respecto a América Central y el recelo frente a Guatemala. Aun peor es el racismo de las élites criolla y mestiza frente a negros y chinos, exacerbado en la crisis de 1929 en el Pacífico norte y en el norte, y el breve antijudaísmo en la capital.

En oposición a quienes consideran que el extranjero sólo por serlo puede escribir mejor la historia de México, otros señalan sus limitaciones, precisamente por ser extranjero. Por ejemplo,

se considera que la peor literatura del mundo ha sido escrita por hombres de una nación respecto a los hombres de otra. Instintivamente sentirá similitudes pero encontrará muchos gestos y tonos contra los cuales su sangre, ajustada a otra temperatura, "no posee facultad interpretativa". Por eso sus puntos de interés son los colores chillones, luz, música, aspectos extraños y exóticos, costumbres y geografía, violencia, bebida o drogas, lo primitivo, superstición y religión, el "socialismo", la paciente espera. Como por regla general posee poco sentido de la historia como no comprende las instituciones deja de ver muchas consecuencias.[6] En los viajeros extranjeros hay un exceso de subjetivismo, en opinión de André Maurois tienden a deformar en el sentido de lo extraordinario las costumbres tipos y paisajes que visitan. De cualquier modo, hace medio siglo según Alfonso Teja Zabre la muy puntillosa sensibilidad mexicana resiente las críticas dolorosas, aun cuando sean útiles y aún necesarias, pues esos viajeros "pueden presentarnos rasgos que se ocultan a nuestros ojos, novedades imprevistas, atisbos inéditos, visiones personales, que no debemos desdeñar".[7]

Sin embargo, no faltaba alguna razón al mayor Francisco J. Grajales cuando escribió el 30 de diciembre de 1936 en Berlín que en México se acostumbraba aceptar como "apodícticamente verdaderos" los dichos de los extranjeros,[8] al menos los de algunos de ellos y en ciertas circunstancias. Contra esta actitud también protestó seis años depués el ingeniero Marte R. Gómez quien propugnó no doblar la rodilla "ante falsos valores extranjeros".[9] David Alfaro Siqueiros años después defendió su célebre lema "no hay más ruta que la nuestra" contra ciertos críticos de arte, especialmente los no nacidos en México que propugnaban que el arte mexicano se internacionalizara. Pero en lo personal, con su amplia experiencia de trotamundos, se arrepintió de haber enfrentado en un exceso de legítima defensa a un "gachupín", porque era un extranjero que sufría la tragedia de ser semi-

hombre y semiciudadano, "ya que en todas partes lo de extranjeros se usa como un látigo canallesco por todos los canallas".[10] Acaso fue mayor la tragedia del texano de origen mexicano colaborador de la triunfante república de Texas cuando advirtió que se había convertido en class="sgc-4">*foreigner in my native land*.

D. Weber ha recordado con buen juicio las palabras de un mexicano del otro lado que tocan uno de los problemas de fondo de esta cuestión: *It is very natural that the history written by the victim does not all together chime with the story of the victime*.[11]

En parte ésta es una cuestión de falta de comparación, de vivir como dice un proverbio japonés "como ranas en el pozo".[12] Pero la raíz está en aceptar o rechazar la igualdad del género humano, y no sólo de nacionales y extranjeros, sino de los nacionales entre sí, es decir, el colonialismo interno que Guillermo Prieto anticipó en la frase de que la independencia nos convirtió en gachupines de los indios. En fin, en cierta medida se han cumplido las palabras del Dr. Mora, cada vez más las diferencias son de clase, no de raza, pero a diferencia de Mora ya no se desea resolver los problemas "blanqueando" a los mexicanos.

Notas al pie

[1] Hale, *The liberalism*, 1968, p. 6.

[2] Enríquez Ureña, *Las corrientes*, p. 21.

[3] *Ibid*., p. 60.

[4] Reyes, *Norte y sur*, 1944, pp. 64-65.

[5] Turner, *The dynamic*, 1968, p. 8.

[6] Wayne Gunn, *Escritores*, 1977, pp. 315-316.

[7] Silva, *Viajeros*, 1946, pp. 26-27.

[8] Kaplan, *México*, 1988, p. 256.

[9] Chávez, *Epistolario*, 1989, p. 388.

[10] Alfaro Siqueiros, *Me llamaban*…, 1977, pp. 497 y. 575.

[11] Weber, *Foreigners*, 1973, p. vi.

[12] Rebolledo, *Hojas*, 1910, p. 37.

FUENTES

FUENTES PRIMARIAS

Archivos y siglas

AGN: Ramo Obregón Calles.

AE: Archivos Económicos de la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada.

Colecciones documentales

CHÁVEZ, Carlos

1989 *Epistolario selecto de…*, selección, introducción, notas y bibliografía de Gloria Carmona. México: Fondo de Cultura Económica; 1109 pp.

Documentary History

1972 *A Documentary History of the Mexican Americans*. Edited by Wayne Moquin with Charles Van Doren. Introduction by Feliciano Rivera, consulting editor. New York-Washington-London: Praeger Publishers; xiv + 399 pp.

Documentos históricos

1965 *Documentos históricos de la Revolución Mexicana. Revolución y régimen maderista. Publicados bajo la dirección de Josefina E. de Fabela*. México: Editorial Jus; 2 vols.

FABELA, Isidro

1926 *Los precursores de la independencia mexicana*. México: Archivo Histórico Diplomático Mexicano núm. 20; 206 pp.

Garay, Graciela de (coord.)

1988 *Gilberto Bosques: Historia oral de la diplomacia mexicana*. México: Archivo Histórico Diplomático Mexicano; 167 pp.

Illades, Carlos

1985 *México y España durante la Revolución Mexicana*. México: Archivo Histórico Diplomático Mexicano, núm. 21, cuarta época; 243 pp.

Kaplan, Marcos (estudio introductorio)

1988 *México frente al Anschluss*. México: Archivo Histórico Diplomático Mexicano, núm. 31, cuarta época; 332 pp.

Monjarás-Ruiz, Jesús

1975 *Los primeros días de la Revolución*. Testimonios alemanes. Traducción del alemán, presentación, introducción y notas de… México: SepSetentas 220; 190 pp.

Monteón González, Humberto

1988 *Chinos y antichinos en México. Documentos para su estudio*. Guadalajara: NED; 135 pp.

Relaciones Mexicano-Soviéticas

1981 *Relaciones Mexicano-Soviéticas (1917-1980)*. México: Archivo Histórico Diplomático Mexicano, núm. 4, cuarta época; 191 pp.

Relaciones Mexico-Polonia

1989 *Relaciones Mexico-Polonia 1921-1989. Cronología y documentos*. México: Archivo Histórico Diplomático Mexicano; 291 pp.

Senate Documents

1920 66th Congress 2nd Session. December 1, 1919-June 5, 1920. *Senate Documents Investigation of Mexican Affairs. Preliminary Report and Hearing of the Committee on Foreign Relations United States Senate pursuant to S. Res. 106 directing the Committee on foreign relations to investigate the matter of outrages on citizens of United States in Mexico vols. 9 y 10*. Washington: Government Printing Office.

Estadísticas

1941 A 1939: *Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos 1939*. México: Dirección General de Estadística; xv + 813 pp.

1943 AE 1941: *Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos 1941*. México: Dirección General de Estadística; xix + 1071 pp. + 2 pp.

1959 AE 1957: *Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos 1957*. México: Dirección General de Estadística; 927 pp.

1963 AE 1960-1961: *Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos 1960-1961*. México: Dirección General de Estadística; 643 pp.

1969 AE 1966-1967 *Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos 1966-1967*. México: Dirección General de Estadística; 647 pp.

1969 AEC 1968: *Anuario Estadístico Compendiado 1970*. México: Dirección General de Estadística; 350 pp.

1971 AEC 1970: *Anuario Estadístico Compendiado 1970*. México: Dirección General de Estadística; 382 pp.

1934 CP 1930 *Quinto censo de población 15 de mayo de 1930. Resumen General*. México: Dirección General de Estadística; xxxi + 269 pp.

1943 CP 1940: *6° Censo de Población 1940. Resumen General*. México: Dirección General de Estadística; viii + 75 pp.

1955 CP 1950: *Séptimo Censo General de Población. 6 de junio de 1950. Parte Especial*. México: Dirección General de Estadística; 303 pp.

1962 CP 1960: *VIII Censo General de Población 1960. 8 de junio de 1970. Resumen General*. México: Dirección General de Estadística; li + 652 pp.

1972 CP: *IX Censo General de Población 1970. 28 de enero de 1970. Resumen General Abreviado*. México: Dirección General de Estadística; xxxv + 327 pp.

1963 *50 Años de Revoluáón Mexicana en cifras*. México: Nacional Financiera; 179 pp. + gráficas.

Memorias de los estados

1928 MBCN 1924-1927: *Memoria administrativa del gobierno del Distrito Norte de la Baja California 1924-1927*. Mexicali: s.p.i., iv + 236 pp.

1956 IBC 1955-1956: *III informe de Gobierno. Estado de Baja California (Lic. Braulio Maldonado) 1955-1956*. Mexicali: Talleres Linotipográficos Cisneros, s.f., 99 pp. + informe gráfico.

1960 IBC 1960: *1er Informe de Gobierno. Ing. Eligio Esquivel Méndez. Estado de Baja California, 10 de octubre de 1960*. s.l., s.e., s.f., 83 pp.

1961 IBV 1961: *2º Informe de Gobierno. Ing. Eligió Esquivel Méndez, 1º de octubre de 1961. Estado de Baja California*, s.l., s.e., s.f., 78 pp.

1955 ICoah 1955: *Cuarto Informe del C. Gobernador Constitucional del Estado de Coahuila. Román Cepeda Flores de la XL Legislatura*. Coahuila: s.e., 90 pp.

1949 6 años Col 1943-1949: *6 Años de Gobierno 1943-1949. Lic. Manuel Gudiño, Gobernador Constitucional del Estado de Colima*. México, Talleres de Editorial Luz; 202 pp.

1958 Tres Años Col 1956-1958: *Estado de Colima. Tres Años de Gobierno 1956-1958. I Informe de Gobierno, 1956; II Informe de Gobierno, 1957; Tercer Informe de Gobierno, 1958*. Colima: Talleres Linotipográficos de la Escuela de Artes y Oficios, s.f., 164 + 86 pp.

1918 IChih 1918: *Informe que al Presidente Constitucional de la República, C. Venustiano Carranza, rinde el gral. Arnulfo González, de su administración en el Gobierno Provisional del Estado de Chihuahua*. Chihuahua: Imprenta de Gobierno; 40 pp. + anexos.

1919 IDgo 1919: *Informe rendido por el ciudadano Gral. Domingo Arrieta, Gobernador Constitucional del Estado, en el acto solemne de la apertura del primer periodo de sesiones ordinarias del XXVII Congreso Constitucional del mismo, el 17 de septiembre de 1919*. Durango: Imprenta del Gobierno del Estado; 33 pp.

1925 IDgo 1925: *Informe que rinde alaH. Legislatura del Ejecutivo del Estado de la marcha y estado actual de su Administración de Gobierno, que comprende el periodo legal del 16 de septiembre de 1924 al 15 de los co-*

rrientes. Durango: Imprenta del Gobierno del Estado; 44 pp.

1945 IDgo 1945: *Primer informe del C. General de División Blas Corral Martínez. Gobernador Constitucional del Estado de Durango. (1944-1945)*. Victoria de Durango: s.e., 95 pp. + ilus.

1960 MDgo 1960: *Memoria de labores del cuarto año de gestión administrativa del C. Francisco González de la Vega. Gobernador Constitucional del Estado de Durango*. Durango: s.e., 62 pp.

1933 IGto 1933: *Informe que el ciudadano Melchor Ortega, Gobernador Constitucional del Estado Libre y Soberano de Guanajuato, rindió ante la H. XXXIV Legislatura del mismo, en cumplimiento del Artículo 45 de la Constitución Local, con fecha 1º de abril de 1933*. Guanajuato: Talleres Gráficos del Gobierno del Estado; 47 pp.

1949 IGto 1949; *Informe del C. Lic. Luis Díaz Infante, Gobernador Constitucional Substituto, al XL Congreso del Estado, septiembre 17 de 1949*. Guanajuato: Imprenta del Estado; 68 pp.

1951 IGto 1951: *Segundo Informe del C. Lic. José Aguilar y Maya, Gobernador Constitucional al H. XLI Congreso del Estado*. Guanajuato: s.e.; 36 pp.

1955 IGto 1955: *Segundo Informe del C. Lic. José Aguilar y Maya, Gobernador Constitucional al H. XLII Congreso del Estado*. Guanajuato: s.e.; 67 pp.

1919 IJal 1914-1919: *Informe rendido por el C. General Manuel M. Diéguez, Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco, el día 1º de febrero de 1919. Comprende la documentación relativa al periodo administrativo de 8 del julio de 1914 al 31 de diciembre de*

1919. Guadalajara: Talleres Linotipográficos del Diario de Jalisco; 41 pp.

1921 IJal 1921: *Informe rendido por el C. Ing. Francisco Labastida Izquierdo, Gobernador Provisional del Estado Libre y Soberano de Jalisco, ante la XXVII Legislatura local, el 1º de febrero de 1921 y contestación del C. Presidente de la H. Cámara de Diputados*. Guadalajara: Tip. de la Escuela de Artes y Oficios del Estado; 28 pp.

1954 IMex. 1952-1953: *Segundo Informe del Ing. Salvador Sánchez Colín, Gobernador Constitucional del Estado de México 1953-1954*. Toluca: s.e.; 151 pp.

1918 INL 1918: *Informe del C. Gobernador Constitucional del Estado de Nuevo León, Nicéforo Zambrano, ante el H. XXXVII Congreso del Estado el 16 de septiembre de 1918 y contestación del C. Presidente del Propio Congreso*. Monterrey: Imprenta del Gobierno, s.f., 50 pp.

1932 MNL 1931-1932: *Memoria anexa al informe que rinde el Gobernador Constitucional del Estado C. Francisco A. Cárdenas al Honorable Congreso del Estado sobre labor administrativa del Ejecutivo durante el año de 1931-1932*. Monterrey: s.e., 70 pp + 18 cuadros.

1934 IOax 1934: *Informe que rinde el C. Lic. Anastasio García Toledo, Gobernador Constitucional del Estado, ante la XXXV Legislatura Local, en la sesión inaugural del primer año de su ejercicio legal*. Oaxaca: Talleres Tipográficos del Gobierno, 107 pp.

1960 IOax 1959-1960: *Estado Libre y Soberano de Oaxaca. Informe que rin de el C. Gobernador Consti-*

tucional del Estado Lic. Alfonso Pérez Gasga a la Legislatura del Estado, acerca de la gestión administrativa comprendida del 17 de septiembre de 1959 al 16 de septiembre de 1960. México: Editorial Jus; 93 pp.

1954 IQro 1954: *Quinto Informe de su Gestión Administrativa que rinde el C. Dr. Octavio Mondragón, Gobernador Constitucional del Estado de Querétaro, a la XXXVII Legislatura Local*. Querétaro: Talleres Linotipográficos del Estado; 56 pp.

1960 ISLP 1960: *Segundo Informe de Gobierno, San Luis Potosí, Francisco Martínez de la Vega*. México: Manuel Casas Impresor, s.f., 64 pp.

1939 MSon 1937-1939: *Memoria de la gestión gubernamental del C. Gral. Román Yocupicio en el estado de Sonora. Aspectos principales de su labor social y constructiva. 1937-1939*. Hermosillo: Imp. J.C. Gálvez, 384 pp.

1960 ISLP 1960: *Segundo Informe de Gobierno, San Luis Potosí, Francisco Martínez de la Vega*. México: Manuel Casas Impresor; 64 pp.

1918 ISon 1916-1917: *Informe que rinde al H. Congreso del Estado, el Gobernador Provisional de Sonora C. Adolfo de la Huerta, por el periodo de su Gobierno, comprendido entre el 19 de mayo de 1916 y el 18 de junio de 1917*. Hermosillo: Imprenta del Gobierno del Estado; 36 pp.

1918 ISon 1918: *Informe que rinde el C. General Plutarco Elías Calles, Gobernador Constitucional del Estado de Sonora, ante la XXIV Legislatura del mismo, acerca de sus gestiones durante el periodo comprendido entre el 1º de abril al 16 de septiembre de 1918*. Her-

mosillo: Imprenta del Gobierno del Estado; 36 pp.

1932 ISon 1932: *Informe rendido por el Gobernador Constitucional del Estado, C. Rodolfo Elías Calles a la XXVI Legislatura de Sonora*. Hermosillo: Imprenta Cruz Gálvez; 19 pp.

1931 ITab 1931: *Informe rendido por el Ciudadano Tomás Garrido Canabal, Gobernador Constitucional del Estado, ante la XXXII Legislatura local al iniciarse el primer periodo de sesiones ordinarias del 1er año de su ejercicio legal el 16 de septiembre de 1931. Respuesta del C. Diputado Samuel Torruco Presidente del Congreso*. Villahermosa: s. e.; 64 pp.

1958 ITamps 1958: *Primer Informe de Gobierno Dr. Norberto Treviño Zapata, Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas*. Ciudad Victoria: s.p.i.; 107 pp.

1971 ITamps 1971: *II Informe de gobierno rendido a la ciudadanía por el C. Gobernador del Estado Manuel A. Ravizé*. Ciudad Victoria: 55 pp. (Inédito.)

1932 MVer 1928-1932: *Memoria de las labores del Gobierno Constitucional del Estado de Veracruz-Llave, durante el cuatrienio 1928-1932. Texto del Informe rendido por el C. Ing. Adalberto Tejeda, Gobernador Constitucional del Estado, ante las XXXIV H. Legislatura y Discursos de los CC. Presidentes de los Poderes Judicial y Legislativo, Lic. Luis Vega y Pavón y Dip. Raimundo Mancisidor*. Jalapa de Enriquez: Talleres Linotipográficos del Gobierno del Estado; 206 pp.

1939 IVer 1939: *Informe rendido por el C. Fernando Casas Alemán. Gobernador Constitucional interino*

del Estado, ante la H. XXXVII Legislatura del mismo, el 16 de septiembre de 1939. Jalapa: DEP; 94 pp. *Estado de Veracruz Informe de sus gobernadores 1926-1986*. Xalapa: Talleres Gráficos de la Nación, 22 vols.

1927 IYuc 1927: *Informe rendido por el gobernador constitucional de Yucatán, C. Dr. Alvaro Torres Díaz ante la XXIV Legislatura del Estado, el 1º de enero de 1929*. Mérida: Talleres Tipográficos del Gobierno del Estado; 124 pp.

Memorias federales

1949 BM 1949: *Banco de México, S.A. Vigesimaséptima Asamblea General ordinaria de Accionistas*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 203 pp.

1950 BM 1950: *Banco de México, S.A., Vigesimaoctava Asamblea General Ordinaria de Accionistas*. México: Editorial Cultura; 231 pp.

1933 MAgr 1932-1933: *Memoria de la Secretaría de Agricultura y Fomento. Presentada al Congreso de la Unión por el Secretario de Estado y del despacho del Ramo Francisco S. Elías. Labores desarrolladas durante el periodo comprendido del 1º de agosto de 1932 al 31 de julio de 1933*. México: s.e.; 178 pp.

1939 MAgr 1938-1939: *Memoria de la Secretaría de Agricultura y Fomento. Septiembre de 1938-agosto de 1939. Presentada al H. Congreso de la Unión por el secretario del ramo Dr. José G. Parres*. México: DAPP, vol. I; 304 pp.

1940 MAgr 1939-1940: *Memoria de la Secretaría de Agricultura y Fomento. Septiembre de 1938-agosto de 1939. Presentada al H. Congreso de la Unión por el*

secretario del ramo Dr. José G. Parres. México: s.e., vol. I; 479 pp.

s.f. MDF 1924-1928: *Memoria Administrativa Geográfica y Descriptiva del Distrito Federal. Presidencia del C. Gral. Dn. Plutarco Elías Calles 1924-1928. Mensaje Presidencial. Objetivo. Primera Exposición Nacional. Teatro Nacional*. México: Tostado Grabador; 128 pp.

1933 IDF 1932-1933: *Informe presidencial y Memoria del Departamento administrativo comprendido entre el 1º de julio de 1932 y el 30 de junio de 1933*. México: s.p.i.; xxv + 237 pp.

1937 ME 1936-1937: *Memoria de la Secretaría de la Economía Nacional de septiembre de 1936 a agosto de 1937, presentada al H. Congreso de la Unión por el General Rafael Sánchez Tapia, secretario del ramo*. México: DAPP; 269 pp.

1929 MEN 1928-1929: Estados Unidos Mexicanos, *Memoria de los trabajos realizados por el departamento de la Estadística Nacional. Agosto de 1928 a julio de 1929*. México: s.p.i.; 77 pp.

1923 *Boletín de la Secretaría de Gobernación*. México, s.p.i., tomos III y IV.

1930 MGob 1929-1930: *Memoria [Secretaría de Gobernación] que comprende el periodo del 1º de agosto de 1929 al 31 de julio de 1930, presentada al H. Congreso de la Unión por el secretario del ramo C. Carlos Riva Palacio*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 782 pp.

1931 MGob 1930-1931: *Memoria [Secretaría de Gobernación] que comprende el periodo del 1º de agosto de 1930 al 31 de julio de 1932, presentada al H. Congre-*

so de la Unión por el C. subsecretario encargado del despacho Lic. Octavio Mendoza González. México: Talleres Gráficos de la Nación; 830 pp.

1940 MGob 1939-1940: *Memoria de la Secretaría de Gobernación. Septiembre de 1939-agosto de 1940, presentada al H. Congreso de la Unión por el secretario del ramo Lic. Ignacio García Téllez*. México: s.e., s.f.; 274 pp.

1944 MGob 1943-1944: *Memoria de la Secretaría de Gobernación. Septiembre de 1943-agosto de 1944. Presentada al H. Congreso de la Unión por el Secretario del ramo, Lic. Miguel Alemán*. México: La Impresora, s.f.; 297 pp.

1947 MGob 1946-1947: *Informe reglamentario que rinde la Secretaría de Gobernación sobre sus labores durante el ejercicio que abarca desde el primero de diciembre de 1946 al primero de septiembre de 1947*. México: Secretaría de Gobernación; 77 pp.

1932 MIC 1932: *Memoria (Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo) presentada por el Lic. Primo Villa Michel, Secretario del ramo al H. Congreso de la Unión en obediencia del artículo 93 constitucional el primero de septiembre de 1932*. México: Talleres Gráficos de la Nación; xvi + 381 pp.

1965 *Memoria de la Quinta Reunión Parlamentaria México-Estados Unidos de Norteamérica realizada en la Casa de la Juventud. La Paz, Baja California, México, del 11 al 18 de febrero de 1965*. México: Imprenta de la H. Cámara de Diputados; 240 pp.

1926 MR 1925-1926: *Memoria de labores realizadas por la Secretaría de Relaciones Exteriores de agosto de 1925*

a julio de 1926, presentada al H. Congreso de la Unión. México: s.e.; 347 pp.

1927 MR 1926-1927: *Memoria de labores de la Secretaría de Relaciones Exteriores, de agosto de 1926 a julio de 1927, presentada al H. Congreso de la Unión*. México: s.e.; 998 pp.

1928 MR 1927-1928: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores de agosto de 1927 a julio de 1928 presentida al H. Congreso de la Unión por Genaro Estrada, subsecretario de Relaciones Exteriores encargado del despacho*. México: Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores; 1130 pp.

1929 MR 1928-1929: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores de agosto de 1928 a julio de 1929 presentada al H. Congreso de la Unión por Genaro Estrada, subsecretario de Relaciones Exteriores encargado del Despacho*. México: Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores. 3 vols.

1930 MR 1929-1930: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores de agosto de 1929 a julio de 1930 presentada al H. Congreso de la Unión por Genaro Estrada subsecretario de Relaciones Exteriores*. México: Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 2 vols.

1931 MR 1930-1931: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores de agosto de 1930 a julio de 1931 presentada al H. Congreso de la Unión por Genaro Estrada, secretario de Relaciones Exteriores*. México: Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 2 vols.

1932 MR 1931-1932: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores de agosto de 1931 a julio de 1932 pre-*

sentada al H. Congreso de la Unión por el C. Manuel C. Téllez secretario de Relaciones Exteriores. México: Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores; 403 pp.

1932 Apéndice MR 1931-1932: *Apéndice a la Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores de agosto de 1931 a julio de 1932 presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Manuel Téllez, secretario de Relaciones Exteriores*. México: Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores; 1108 pp.

1932 MR 1932-1933: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores de agosto de 1932 a julio de 1933 presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Dr. José Manuel Puig Casauranc, secretario de Relaciones Exteriores*. México: Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores; 436 pp.

1933 MR 1933-1934: *Informe de la Secretaría de Relaciones Exteriores de agosto de 1933 a agosto 10 de 1934, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Dr. José Manuel Puig Casauranc secretario de Relaciones Exteriores*. México: Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores; lxix + 709 pp.

1934 MR 1934-1936: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Periodos 1934-35 y 1935-36*. México: DAPP, 1939, Ramo I; 603 pp. Ramo II; 263 pp.

1934-1936 MR 1936-1937: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores de septiembre de 1936 a agosto de 1937 presentada al H. Congreso de la Unión por el general Eduardo Hay, secretario de ramo*. México: DAPP, 2 vols.

1937 MR 1937-1938: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Septiembre de 1937-agosto de 1938, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. General Eduardo Hay, secretario del ramo*. México: DAPP, 2 vols.

1938 MR 1938-1939: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Septiembre de 1938-agosto de 1939, presentada al H. Congreso de la Unión por el General e Ingeniero Eduardo Hay, secretario del ramo*. México: Talleres Gráficos de la Nación, 2 vols.

1940 MR 1939-1940: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores, septiembre de 1939-agosto de 1940, presentada al H. Congreso de la Unión por el general e ingeniero Eduardo Hay, secretario del ramo*. México: s.e.; xii + 621 pp.

1941 MR 1940-1941: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Septiembre de 1940-agosto de 1941, presentada al H. Congreso de la Unión por el licenciado Ezequiel Padilla, secretario del ramo*. México: s.e.; xii + 552 pp.

1941 MR 1941-1942: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Septiembre de 1941-agosto de 1942, presentada al H. Congreso de la Unión por el licenciado Ezequiel Padilla, secretario del ramo*. México: s.e., 2 vols.

1942 MR 1942-1943: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Septiembre de 1942-agosto de 1943, presentada al H. Congreso de la Unión por el licenciado Ezequiel Padilla, secretario del ramo*. México: s.e., 2 vols.

1943 MR 1943-1944: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Septiembre de 1943-agosto de 1944.*

México: Talleres Gráficos de la Compañía Editora y Librera ARS; 367 pp.

1945 MR 1944-1945: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Septiembre de 1944-agosto de 1945, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Manuel Tello, subsecretario del ramo encargado del despacho*. México: s.e., 2 vols.

1946 MR 1945-1946: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Septiembre de 1945-agosto de 1946, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Dr. y Gral. Francisco Castillo Nájera secretario del ramo*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 237 pp.

1947 MR 1946-1947: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Septiembre de 1946-agosto de 1947, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Jaime Torres Bodet, secretario del ramo*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 288 pp.

1948 MR 1947-1948: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Septiembre de 1947-agosto de 1948, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Jaime Torres Bodet secretario del ramo*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 517 pp.

1949 MR 1948-1949: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Septiembre de 1948-agosto de 1949, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Manuel Tello subsecretario encargado del despacho*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 316 pp.

1950 MR 1949-1950: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Manuel Tello, subsecretario encargado del despacho*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 543 pp.

1951 MR 1950-1951: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Septiembre de 1950-agosto de 1951, presentada al H. Congreso de la la Unión por el C. Manuel Tello, secretario del ramo*. México: Talleres Gráficos de la Nación, 1951; 209 pp.

1952 MR 1951-1952: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Septiembre de 1951-agosto de 1952, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Manuel Tello, secretario del ramo*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 217 pp.

1954 MR 1952-1953: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Septiembre de 1952-diciembre de 1953, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Lic. Luis Padilla Nervo, secretario del ramo*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 440 pp.

1955 MR 1954: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Enero a diciembre de 1954, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Lic. Luis Padilla Nervo, secretario del ramo*. México: Talleres Gráfieos de la Nación; 736 pp.

1956 MR 1955: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Enero a diciembre de 1955, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Lic. Luis Padilla Nervo, secretario del ramo*. México: Talleres Gráficos de la Nación, 2 vols.

1957 MR 1956: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 10 de enero a 31 diciembre de 1956, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Lic. Luis Padilla Nervo, secretario del ramo*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 441 pp.

1958 MR 1957: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 10 de enero a 31 diciembre de 1957, pre-*

sentada al H. Congreso de la Unión por el C. Lic. Luis Padilla Nervo, secretario del ramo. México: Talleres Gráficos de la Nación; 448 pp.

1959 MR 1958: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 10 de enero a 31 diciembre de 1958, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Lic. Luis Padilla Nervo, secretario del ramo*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 355 pp.

1960 MR 1959: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 10 de enero a 31 diciembre de 1959, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Manuel Tello, secretario del ramo*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 450 + [4] pp.

1961 MR 1960: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 10 de enero a 31 diciembre de 1960, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Manuel Tello, secretario del ramo*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 836 pp.

1965 MR 1964-1965: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores por el periodo comprendido del 10 de septiembre de 1964 al 31 de agosto de 1965*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 582 pp.

1966 MR 1965-1966: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores por el periodo comprendido del 10 de septiembre de 1965 al 31 de agosto de 1966*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 240 pp.

1967 MR 1966-1967: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores por el periodo comprendido del 10 de septiembre de 1966 al 31 de agosto de 1967*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 377 pp.

1968 MR 1967-1968: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores por el periodo comprendido del 1º de*

septiembre de 1967 al 31 de agosto de 1968. México: Talleres Gráficos de la Nación; 477 pp.

1969 MR 1968-1969: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores por el periodo comprendido del 1º de septiembre de 1968 al 31 de agosto de 1969*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 396 pp.

1964 MSSA 1958-1964: *Memoria de la Secretaría de Salubridad y Asistencia 1958-1964:* México: Comercial Nadrosa, s.f.; 288 pp.

1939 MT 1937-1938: *Memoria del Departamento de Trabajo. Septiembre de 1937-agosto de 1938, presentada al H. Congreso de la Unión por el Jefe del Departamento Lic. Antonio Villalobos*. México: DAPP; 336 pp.

1943 MT 1942-1943: *Memoria de Labores (Secretaría del Trabajo y Previsión Social). Septiembre de 1942-agosto de 1943, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. secretario Lic. Francisco Trujillo Gurría*. México: s.e.; 729 pp.

1947 MT 1946-1947: *Memoria de Labores (Secretaría de Trabajo y Previsión Social). Septiembre de 1946-agosto de 1947, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Secretario Lic. Andrés Serra Rojas*. México: Talleres Gráficos de la Nación; 102 +115 pp.

1940 *Seis años de Gobierno al servicio de México*. México: Talleres Tipográficos La Nacional Impresora; xxv + 459 pp.

Legislación

1910 *Colección legislativa completa de la República Mexicana con todas las disposiciones expedidas para la Federación, el Distrito y los territorios federales. Año de 1908 Continuación de la Legislación Mexicana de*

Dublán y Lozano: Tomo XL, Primera Parte. México: Tipografía Viuda de Francisco Díaz de León; pp. 478.

1928 *Código Sanitario de los Estados Unidos Mexicanos*. México: Imp. Herrero Hnos. Sucesores; 340 pp.

1945 *Constitución Política Mexicana con reformas y adiciones y leyes sobre Enseñanza, Imprenta, Monopolios, Nacionalidad y Extranjería, Amparo, Bienes Nacionales, Petróleo, Secretarías de Estado*. México: Ediciones Andrade; 526 pp.

1915 *Decretos, circulares y demás disposiciones dictadas por el C. Gobernador y Comandante militar del estado de Sonora, general Plutarco Elías Calles, durante el año de 1915 y algunas otras del gobierno general, relacionadas con aquéllas*. Hermosillo: Imprenta del Gobierno; tomo I; 103 pp.

DDcc *Diario de los debates del Congreso Constituyente 1916-1917*.

DDd *Diario de los debates de la Cámara de Diputados*.

DDs *Diario de los debates de la Cámara de Senadores*.

1917 *Legislación mexicana o sea colección completa de las disposiciones expedidas desde la independencia de la república ordenada por los licenciados Manuel Dublán y José María Lozano*. México: Imprenta del Comercio.

1971 *Legislación vigente en materia de salubridad y disposiciones conexas*. México: Secretaría de Salubridad y Asistencia, cuarta edición; 875 pp.

1949 *Manual del Extranjero*. México: Antigua Librería Robredo; 206 pp.

1970 *Nueva Ley Federal del Trabajo. Comentarios. Jurisprudencia vigente y Bibliografía. Concordancia y*

Prontuario. Salarios Mínimos Generales, del Campo y Profesionales. Reparto de utilidades. México: Editorial Porrúa; xxiv + 707 pp.

Periódicos y revistas

Con: *La Convención*

Crisol: *Revista de Crítica*

Dem: *El Demócrata*

DO: *Diario Oficial*

G: *Gráfico*

HE (Chih): *El Heraldo de Chihuahua*

El Inmigrante

Mañana

Na: *El Nacional*

The New York Times

Po: *El Popular*

La Prensa

Pue: *El Pueblo*

TE: *El Trimestre Económico*

UN: *Últimas Noticias*

FUENTES SECUNDARIAS

ALANÍS PATIÑO, Emilio

1950 "Las tierras de riego", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, núm. 2, vol. II, abril-junio de 1950; pp. 47-167.

ALANÍS PATIÑO, Emilio; José LÓPEZ BERMÚDEZ y Manuel MESA ANDRACA

1953 "Problemas de la tenencia y aprovechamiento de la tierra en México", en *Problemas Agrícolas e*

Industriales de México núm. 4, vol. V, octubre-diciembre; pp. 82-167.

Alcázar, Ricardo de

1934 *El gachupín, problema máximo de México*. México: s.p.i.; 77 pp.

Alessio Robles, Miguel

1928 *Las dos razas*. México: Editorial Cultura; 309 pp.

Alfaro Siqueiros, David

1977 *Me llamaban El Coronelazo (Memorias)*, México: Biografías Gandesa; 613 pp. + fotos.

Alonso, María de la Soledad; Elena Aub y Marta Baranda

1988 *Palabras del exilio de los que volvieron*, México: sep; 235 pp. *Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina*, Lieja: unesco; 1, 446 pp.

Bar-Lewaw M., Itzhak

1971 *La revista "Timón" y José Vasconcelos*. Prólogo, notas y comentarios de... México: Casa Edimex; 247 pp. + fotos.

Barragán Rodríguez, Juan B.

1946 *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*. México: Talleres de la Editorial Stylo; 2 vols.

Bi-revolución, La

s.f. *III La Bi-revolución española*. México: Editorial Jus; 500 pp.

Bogardus, Emory S.

1934 *The Mexican in the United States*. Los Ángeles: University of Southern California Press; 126 pp.

Bojórquez, Juan de D.

1932 *La inmigración española en México*. México: Edición Especial de Crisol; 21 pp.

Bórquez, Djed

1933 *Lázaro Cárdenas (líneas biográficas)*. México: Imprenta Mundial; 133 pp.

Bulnes, Francisco

1916 *The whole truth about President Wilson's responsability*. Nueva York: M. Bulnes Book Company; x + 395 pp.

1920 *El verdadero Díaz y la Revolución*. México: Eusebio Gómez de la Puente; 434 pp.

1926 *Los grandes problemas de México*. México: Ediciones de *El Universal*; xv + 350 pp.

Cabrera de Tablada, Nina

1954 *José Juan Tablada en la intimidad*. México: Imprenta Universitaria; 216 pp.

Calvert, Peter

1968 *The Mexican Revolution, 1910-1914. The Diplomacy of Anglo-American conflict*. Cambridge: University Press; x + 331 pp.

Cameron Townsend, William

1959 *Lázaro Cárdenas, demócrata mexicano*. México: Editorial Grijalbo; xvii + 380 pp.

Caso, Antonio

1932 *Sociología, genética y sistemática*. México: Editorial Cultura; 231 pp.

Consejo Superior de Emigración

1915 *Estadística de la emigración española durante el año de 1914*. Madrid: Imprenta de los Hijos de T.

Minuesa de los Ríos; 51 pp. + cuadros.

Córdova, Arnaldo

1980 *La clase obrera en la historia de México. En una época de crisis (1928-1934)*. México: Siglo XXI Editores; 240 pp.

Cosío Villegas, Daniel

1923 *Sociología mexicana. El territorio*. México: Talleres Linotipográficos Mayab; 106 pp.

1976 *Memorias*. México: Joaquín Mortiz; 320 pp.

Covarrubias, José,

1928 *La reforma agraria y la revolución*. México: s.e.; vii + 300 pp.

Cronon, E. David

1960 *Josephus Daniels in Mexico*. Madison: The University of Wisconsin Press; xiii + 369 pp.

CTM

s.f. *CTM 1936-1941*. México: Talleres Tipográficos Modelo; 1184 pp.

Cumberland, Charles C.

1960 "The Sonora Chinese and the Mexican Revolution", en *The Hispanic American Historical Review*, núm. 2, vol. XL, mayo 1960, pp. 191-211.

Chabrand, Èmile

1987 *De Barceloneta a la República Mexicana* México: Banco de México; 268 pp.

Chatelain, Abel

1947 "Les migrations françaises vers le Nouveau Monde au XIXe et XXe siècles", en *Annales Economies-Sociétés-Civilisations"*, eneromarzo de 1947, núm. 1, pp. 53-70.

Chávez Camacho, Armando

1949 *Misión de prensa en España*. México: Jus; 478 pp.

Chevalier, Louis

1951 *Demographic Generale*. París: Librairie Dalloz; 599 pp.

Daniels, Josephus

1949 *Diplomático en mangas de camisa*. México: Talleres Gráficos de la Nación; xxxii + 623 pp.

Dewey, John

1929 *Impressions of Soviet Russia and the revolutionary world Mexico-China-Turkey*. Nueva York: New Republic; 270 pp.

Díaz Babio, Francisco

1929 *Actividades de Pascual Ortiz Rubio*. México: Imprenta Aguilar; 563 + vi pp.

Díaz Dufoo, Carlos

1918 *México y los capitales extranjeros*. París: Librería de la Vda. de Ch. Bouret; 542 pp.

Dillman, Charles Daniel

1968 *The functions of Brownsville, Texas and Matamoros, Tamaulipas: Twin cities of the Lower Rio Grande*. The University of Michigan; xiii + 229 pp.

Doblado, Manuel

1913 *México para los mexicanos. El presidente Huerta y su gabinete. Documentos para la historia de la tercera independencia mexicana*. México: Imprenta de Antonio Enriquez; 172 pp.

D'olwer, Luis Nicolás

1965 "Las inversiones extranjeras", en tomo VII de la *Historia moderna de México*, Daniel Cosío Villegas (ed.). México: Editorial Hermes, pp. 973-1185.

Douglas Taylor, Lawrence

1989 *La gran aventura en México: el papel de los voluntarios extranjeros en los ejércitos revolucionarios mexicanos, 1910-1915*. México: El Colegio de México; 3 vols. (Mecanuscrito.)

Dunn, H.H.

1934 *The crimson jester Zapata of Mexico*. Nueva York: National Travel Club; xiv + 304 pp.

Durán, Marco Antonio

1947 *Del agrarismo a la revolución agrícola*. México: Talleres Gráficos de la Nación, pp. 13-17.

Durand, Paul

1953 *La politique contemporaine de sécurite sociale*. París: Librairie Dalloz; 643 pp.

Durón González, Gustavo

1925 *Problemas migratorios de México. Apuntamientos para su resolución*. México: Talleres de la Cámara de Diputados; 178 pp.

Eisenstein, Sergei

Yo. Memorias inmortales. México: Siglo XXI Editores; 471 pp.

Españoles hacia América

1988 *Españoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*. Compilación de Nicolás Sánchez Albornoz. Madrid: Alianza Editorial; 346 pp.

Espinoza, José Ángel

1931 *El problema chino en México*. México: s.e.; 290 + 4 pp.

1932 *El ejemplo de Sonora*. México: s.e.i.; 395 pp.

Esquivel Obregón, Toribio

1918 *La influencia de España y Estados Unidos sobre México*. Madrid: Calleja; 396 pp.

1938 *Apuntes para la historia del derecho en México*. México: Editorial Polis; vol. II, 703 pp.

1943 *Apuntes para la historia del Derecho en México*. México: Publicidad y Ediciones; vol. III, 768 pp.

1948 *Apuntes para la historia del Derecho en México, Relaciones Internacionales 1821-1890*. México: Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos; vol. IV, 836 pp.

Exilio español, El

El exilio español en México 1939-1982. México: Salvat-Fondo de Cultura Económica; 909 pp.

Fagen, Patricia W.

1973 *Exiles and citizens. Spanish Republicans in Mexico*. Austin: University of Texas Press; x + 250 pp.

Fernández McGregor, Genaro

1969 *El río de mi sangre. Memorias*. México: Fondo de Cultura Económica; 542 pp. v

Fowler, Heather

1970 *The Agrarian Revolution in the State of Veracruz, 1920-1940: The role of peasant organizations*. Washington: The American University; 4 vols. (Mecanuscrito.)

Fresco, Mauricio

1950 *La emigración republicana española: una victoria de México*. México: Editores Asociados; 190 pp.

Gamboa, Federico

1934 *Mi diario*. Primera Serie I, II y III. México: Botas, 1907-10; viii + 294, 296 y 278 pp. *Segunda Serie I y II*. México: Botas, 1934-38; 358 y 478 pp.

Gamboa Ojeda, Leticia

Los empresarios de ayer. El grupo dominante en la industria textil de Puebla, 1906-1929. Puebla: Universidad de Puebla; 284 pp.

Gamio, Manuel

1916 *Forjando patria (pro nacionalismo)*. México: Librería de Porrúa Hermanos; viii + 323 pp.

1930 *Mexican Immigrations. A study of human migration and adjustment*. Chicago: The University of Chicago Press; xviii + 262 pp.

1930b *Número, procedencia y distribución geográfica de los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos*. México: Talleres Gráficos Editorial y "Diario Oficial"; 20 pp. + tablas, gráficas y láminas.

1969 *El inmigrante mexicano. La historia de su vida*. Notas preliminares de Gilberto Loyo sobre la inmigración de los mexicanos a los Estados Unidos de 1900 a 1967. México: Universidad Nacional Autónoma de México; 271 pp.

García, Telésforo

1917 *Consideraciones sobre la actual guerra europea*. México: Imprenta de José Ballesca; 125 pp.

Garza, Ernesto

1958 "Trabajadores mexicanos en tierra extraña", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*. México, vol. x, núm. 1-2, enero-junio, pp. 1-84.

Glade, William P. y Charle W. Anderson

1963 *The political economy of Mexico*. Madison; The University of Wisconsin Press; vii + 242 pp.

Glantz, Margo

1982 *Viajes en México. Crónicas extranjeras*. México: SepOchentas; 2 vols.

Gómez Morín, Manuel

1928 *España fiel. Conferencia con XIV dibujos de Maroto*. México: Editorial Cultura; 88 pp.

Gómez-Quiñones, Juan y David Maciel

1981 *La clase obrera en la historia de México. Al norte del río Bravo (pasado lejano) (1600-1930)*. México: Siglo XXI Editores; 263 pp.

Gómez Robledo, Antonio

1938 *Los convenios de Bucareli*. México: Polis; xiv + 238 pp.

González, Gustavo R.

1968 "The migration of Latin American High Level-Manpower", en *International Labor Review*. Ginebra: International Labor Office, vol. 98, pp. 551-569.

González-Blanco, Edmundo

1914 *Carranza y la Revolución de México*. Valencia: Prometeo Sociedad Editorial; x + 231 pp.

González Calzada, Manuel

1981 *Los vascos en México*. México: Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco; 235 pp.

González Casanova, Pablo

1980 *La clase obrera en la historia de México. En el primer gobierno constitucional (1917-1920)*. México: Siglo XXI Editores; 227 pp.

González Martínez, Enrique

1951 La apasible locura. México: Fondo de Cultura Económica; 156 pp.

González Navarro, Moisés

1957 *El porfiriato. La vida social*. México: Editorial Hermes; 979 pp.

1960 *La colonización en México*. México: Talleres de Impresión de Estampillas y Valores; 160 pp.

1974 *Población y sociedad en México (1900-1970)*. México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales; 2 vols.

González Roa, Fernando y José Covarrubias

1917 *El problema rural en México*. México: Tipografía de la Oficina Impresora de la Secretaría de Hacienda; v + 439 pp.

González Rothvoss, Mariano

1953 "Influencia de la emigración en el crecimiento de la población española en los últimos cien años (1859-1950)", en *Revista Internacional de Sociología*, núm. 41; año XI, enero-marzo, pp. 61-84.

González Santos, Armando

1957 *La agricultura: estructura y utilización de los recursos*. México: Fondo de Cultura Económica; xix + 276 pp.

Grebler, Leo, Woore, Joan W. y Ralph Guzmán

1970 *The Mexican American People the nation's second largest minority*. Nueva York: The Free Press; xviii + 777 pp.

Guy Inman, Samuel

1919 *Intervention in Mexico*. Nueva York: Association Press; xi + 248 pp.

Guzmán, Martín Luis

s.f. *A orillas del Hudson*. México: Andres Botas; 170 pp.

Hale, Charles A.

1968 *Mexican liberalism in the age of Mora, 1821-1853*. New Haven y Londres: Yale University Press; x + 347 pp.

Harvey Middleton, Philip

1919 *Industrial Mexico. 1919 Facts and figures*. Nueva York: Mead and Company; xiii + 270 pp.

Heizer, Robert F. y Alan J. Almsquit

1971 *The other Californians: prejudice and discrimination under Spain, Mexico and the United States to 1920*. Los Ángeles: University of California Press; viii + 278 pp.

Herrera Carrillo, Pablo

1976 *Colonización del Valle de Mexicali*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California; 19 pp.

Hoffman, Abraham

1972 "Mexican Repatriation Statistics: some suggested alternatives to Carey McWilliams", en *The Western Historical Qua terly*, vol. III, núm. 4, octubre, pp. 391-404.

Huerta, Victoriano

1957 *Memorias*. México: Ediciones Vértice; 137 pp.

Inmigrante español, El

1942 *El inmigrante español*. México: Población, 185 pp.

Iturriaga, José E.

1988 *México en el Congreso de Estados Unidos*. México: Secretaría de Educación Publica-Fondo de Cultura Económica; 416 pp.

Jones, Robert C.

1946 *Los braceros mexicanos en los Estados Unidos durante el periodo bélico. El programa mexicano-estadounidense de prestación de mano de obra*. Washington: Unión Panamericana; 50 pp:

Kannapan, Subbiah

1968 "The brain drain and developing countries", en *International Labor Review*. Ginebra International Labor Office, vol. 98, julio, pp. 1-26.

Katz, Friedrich

1982 *La guerra secreta en México*. México: Ediciones Era; 2 vols.

Kenny, M. García, V. Icazunaga, C. Suárez, C. Artis, G.

1979 *Inmigrantes y refugiados españoles en México, siglo xx*. México: Ediciones de La Casa Chata; 369 pp.

Krause Azen, Corinne

1970 *The Jews of Mexico. A Social history, 1830 to 1930*. University of Pittsburgh; 341 pp. (Manuscrito.)

Lameiras, Brigitte B. de

1973 *Indios de México y viajeros extranjeros*. México: SepSetentas 74; 198 pp.

LARA PARDO, Luis

1945 *El Rin: factor decisivo de paz o guerra*. México: Centro de Información y Prensa en México del gobierno provisional de la República Francesa; 88 pp.

LEAL, Juan Felipe y WOLDENBERG, José

1980 *Del estado liberal a los inicios de la dictadura porfirista*. México: Siglo XXI Editores; 301 pp.

LEAL CARRILLO, Stella

1963 *Importancia económica y social de la población mexicana en Estados Unidos de Norteamérica*. México: Escuela Nacional de Economía; 125 + 5 pp.

LEÓN-PORTILLA, Ascensión H. de

1978 *España desde México. Vida y testimonios de transterrados*. México: Universidad Nacional Autónoma de México; 465 pp.

LEYENSTEIN, Harvey A.

1968 "The AFL and the Mexican Immigration in the 1920s: An Experiment in labor diplomacy", en *The Hispanic American Historical Review*, núm. 2, vol. XL VIII, mayo; pp. 206-219.

LIDA, Clara E. en colaboración con José Antonio Matesanz y la participación de Beatriz Moran Gortari.

1988 *La Casa de España en México*. México: El Colegio de México, Jornadas 113; 201 pp.

LIEUWEN, Edwin

1960 *Arms And Politics In Latin America*. Nueva York: Frederick A. Praeger, Inc.; xiii + 296 pp.

Limura Kunimoto, Iyo

1975 *Japan and Mexico, 1888-1917*. Dissertation Doctor of Philosophy. The University of Texas at Austin; ix + 278 pp.

Lombardo Toledano, Vicente y Víctor Manuel Villaseñor

1936 *Un viaje al mundo del porvenir*. México: Universidad Obrera de México; 159 pp.

López Aparicio, Alfonso

1952 *El movimiento obrero en México. Antecedentes, desarrollo y tendencias*. México: Editorial Jus; 276 pp.

López Portillo y Pacheco, José

1988 *Mis tiempos. Bibliografía y testimonio político*. México: Fernández Editores; 1293 pp.

López Portillo y Rojas, José

1921 *Elevación y caída de Porfirio Díaz*. México: Editorial Librería Española; 522 pp.

Loyo, Gilberto

1931 *La emigración de mexicanos a los Estados Unidos*. Roma: Stituto Poligrafico dello Stato; 15 pp.

1935 *La política demográfica de México*. México: Talleres Tipográficos de S. Turanzas del Valle; xvi + 485 pp.

Maciel, David

1981 *La clase obrera en la historia de México al norte del río Bravo (pasado inmediato) (1930-1981)*. México: Siglo XXI Editores; 234 pp.

Magaña, Gildardo y Carlos Pérez Guerrero

1934-1952 *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*. México: 5 vols.

Magdaleno, Mauricio

1979 *Escritores extranjeros en la Revolución*. México: Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana 77; 216 pp.

Mancisidor, José

1964 *Historia de la Revolución Mexicana*. México: Libro Mex; 367 pp.

Márquez Sterling, Manuel

1917 *Los últimos días del presidente Madero*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985; 686 pp. (Facsimilar de la ed. La Habana, 1917.)

McWilliams, Carey

1968 *Al notte de México, el conflicto entre "anglos" e "hispanos"*. México: Siglo XXI Editores; xxiv + 375 pp.

Memoria...

1922 *Memoria de la primera convención de fiebre amarilla, octubre 15-20 de 1921*. México: Imprenta Victoria; 190 pp.

Memorias...

1957 *Memorias de don Adolfo de la Huerta según su propio dictado*. Transcripción y comentarios de Roberto Guzmán Esparza. México: Ediciones Guzmán; 335 pp.

Menefee, Salden C. y Cassmore, Orin C.

1940 Under the superivision of John W. Webb: *The pecan shelters of San Antonio. The problem of undepaidand unemployed mexican labor*. Washington:

United States Goverment Printing Office; iv + 82 pp.

1941 Under the supervision of John W. Webb: *Mexican migratory workers of South Texas*. Washington: United States Goverment Printing Office; xvi + 67 pp.

MENÉNDEZ, Gabriel

1958 *Doheny el cruel*. México: Bolsa Mexicana del Libro; 309 pp.

MERRIL, John C.

1963 *Gringo: The American as seen by Mexican Journalist*. Gainsville: University of Florida Press; viii + 52 pp.

1974 *Mexican labor in the United States*. New York: Arnos Press.

México

1960-1961 *México. Cincuenta años de revolución*. México: Fondo de Cultura Económica; 4 vols.

México y España

1929 *México y España. Opiniones de don José Vasconcelos y don Miguel Alessio Robles sobre el libelo de un sujeto de Tlalixcoyan pidiendo el saqueo y la expulsión de los españoles 2ª edición de 5 000 ejemplares*. México: Imp. Manuel León Sánchez; 23 pp.

MEYER, Lorenzo

1981 *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero 1917-1942*. México: El Colegio de México; x + 505 pp.

MOLINA ENRÍQUEZ, Andrés

1932-1936 *La revolución agraria de México*. México: Talleces Gráficos del Museo Nacional de Arqueolo-

gía, Historia y Etnología; 5 vols.

Morillo, Dib

1957 *Memorias y biografía*. Actopan; 187 pp. (Mecanuscrito.)

Mosk, Sanford A.

1951 "La Revolución Industrial en México", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. III, núm. 2, abril-junio, pp. 13-233.

Obregón, Álvaro

1932 *Discursos del General*... México: Biblioteca de la Dirección General de Educación Militar; 410 pp.

1959 *Ocho mil kilómetros en campaña* México: Fondo de Cultura Económica; 618 pp.

O'neill, Carlota

1964 *Una mexicana en la guerra de España*. México: La Prensa; 223 pp.

Orozco, José Clemente

1966 *Apuntes autobiográficos*. México: Secretaría de Educación Pública; 127 pp.

Ortoll, Servando

1983 "Turbas antiyanquis en Guadalajara en vísperas de la revolución del diez", en *Boletín del Archivo Histórico de Jalisco*. Guadalajara: segunda época, vol. I, núm. 2, mayo-agosto; pp. 2-15.

O'shaugnessy, Edith

1916 *A Diplomat's wife in Mexico*. Nueva York y Londres: Harper & Brothers Publishers; ix + 356 pp.

Páez Brotonie, Luis

Jalisco. Historia mínima Guadalajara: Ed. Ricar-
1940 do Delgado; 2 vols.

Páez Oropeza, Carmen Mercedes

1976 *Los libaneses en México; asimilación de un grupo étnico*. Tesis para obtener el grado de maestra en ciencias antropológicas con especialidad en etnología, Reséndiz; iii + 266 pp.

Palma Mora, Ma. Dolores Mónica

1986 *Los veteranos de guehrra en la ciudad de Guadalajara (una herencia del imperialismo norteamericano)*. México: Tesis, Facultad de Filosofía y Letras unam; 250 pp.

Pani, Alberto J.

1945 *Apuntes autobiográficos*. México: Editorial Stylo; v + 712 pp.

1953 *Las conferencias de Bucareli*. México: Editorial Jus; 228 pp.

Parcero, María de la Luz

1969 *Lorenzo de Zavala. Fuentes y origen de la reforma liberal en México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia; xii + 292 pp.

Peña, Moisés T. de la

1950 "Problemas demográficos y agrarios", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol II, números 3-4, julio-septiembre-octubre-diciembre, pp. 9-327.

1964 *El pueblo y su tierra: mito y realidad de la reforma agraria en México*. México: Cuadernos Americanos; 895 pp.

Pereyra, Carlos

1924 "México", en *Historia de América Española*. Madrid: Editorial Calleja; tomo III.

Pérez Montfort, Ricardo

s.f. *"Por la Patria y por la Raza". El Discurso nacionalista en la derecha secular en el sexenio del general Lázaro Cárdenas*. México: s.p.i. (Mecanografiado); 296 pp.

Petricioli Ortiz, José

1968 *El compañero Morones. Biografía de un gran líder*. México: Costa Amic; 264 pp.

Pinal, Jorge del

"Los trabajadores mexicanos en los Estados Unidos", en *El Trimestre Económico*, vol. XII, pp. 1-45.

Pla Brugart, Dolores

1985 *Los niños de Morelia*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia; 159 pp.

Plan Sexenal

1934 *Plan Sexenal del PNR*. México; 191 pp.

Quirk, Robert E.

1962 *La Revolución Mexicana 1914-1915*. México: Editorial Azteca; 342 pp.

Rebolledo, Efrén

1910 *Hojas de bambú*. México: Cía. Editora Nacional; 51 pp.

1922 *Joyelero (poesías completas)*. Kristania: Det Mallingske Bogtrykkeri; 108 pp.

Reed, John

1914 *Insurgent Mexico*. Nueva York: A Claries Book; introducción de Albert L. Michaels y Ja-

mes W. Wilkie; 252 pp.

Reyes, Alfonso

s.f. *Los siete sobré Deva. Sueño de una tarde de agosto*. México: Gráfica Panamericana; 82 pp.

1937 *Las vísperas de España*. Buenos Aires: Sur; 297 pp.

1941 *Pasado inmediato y otros ensayos*. México: El Colegio de México; 194 pp.

1944 *Norte y Sur (1925-1942)*. México: Editorial Leyenda; 255 pp.

1947 *Crónica de Francia (enero a abril de 1925)*. México: Archivo de… Serie E (Testimonios, núm. 4). Impresora Barrie; 76 pp.

1947 *Momentos de España. Memorias políticas 1920-1923*. México: Archivo de… Serie E (Testimonios); 60 pp.

1947 *La inmigración en Francia (1927)*. México: Archivo de… Serie D (Instrumentos). Imprenta Barrié; 34 pp.

1956 "Calendario", en *Obras completas*. México; Fondo de Cultura Económica; vol. II, pp. 269-359.

Reyes, Aurelio de los.

s.f. *Cine y sociedad en México 1896-1930*. México: mecanuscrito; vol. II, 664 pp.

Reyes, Rodolfo

1948 *Memorias políticas. I. De mi vida. 1889-1913*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1929; 241 pp.

1930 *Memorias políticas. II México 1913-1914*. Madrid: Biblioteca Nueva; 268 pp.

Rippy, Fred J.

1959 *British investment in Latin America, 1822-1949; case study in the operations of private enterprise in retarded regions*. Minneapolis: University of Minnesota Press; xii + 249 pp.

Rodríguez, Abelardo, L.

1938 *Notas de mi viaje a Rusia*. México: Editorial Cultura; 94 pp.

1962 *Autobiografía*. México: Imprenta Nueva Mundo; 466 pp.

Rodríguez, Luis I.

1942 *Ballet de sangre. La caída de Francia*. México: Ediciones Nigromante; xvii + 252 pp.

Ruiz Almanza, Javier

1949 "La emigración española según el libro del Sr. González Rothvoss. Reseña de un libro y comentarios personales de un tema", en *Revista Internacional de Sociología*. Madrid: Instituto Balmes de Sociología; año VII, abril-septiembre, núms. 26-27, pp. 325-335.

Samora, Julián

1971 *Los mojados: The Wetback Story*. Londres: University of Notre Dame Press; xi + 205 pp.

Santibáñez, Enrique

1930 *Ensayo acerca de la inmigración mexicana en los Estados Unidos*. San Antonio, Texas: The Clegg Co.; 105 pp.

Sarmiento, Domingo Faustino

1977 *Facundo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho; liv + 371 pp.

Sartor, Mario y Flavia Urisini

1983 *Segusino Chipilo 1882-1982 cen'anni di emigrazioni. Una comunita veneta sugli altiplani del Messico*. Treviso: Grafique Antiga Crocetta del Montello; 328 pp.

Sauvy, Alfred

1956 *Théorie genérale de la population*. París: Presses Universitaires de France; 2 vols.

Sawatzky, Harry Leonard

1971 *They sought a country. Mennonite colonization in Mexico*. Berkeley: University of California Press; x + 387 pp.

Schmitt, Karl M.

1978 *México y Estados Unidos 1821-1973. Conflicto y coexistencia*. México: Editorial Limusa; 250 pp.

Seligson Berembeld, Silvia

1975 *Los judíos en México: un estudio preliminar*. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, tesis para obtener el título de licenciado en antropología social (mecanuscrito).

Sherwood, Frederick Dunn

1971 *The Diplomatic protections of Americans in Mexico*. Nueva York: Krauss Reprint Co.; vii + 439 pp.

Silva, Jorge

1946 *Viajeros franceses en México*. México: Editorial América; 290 pp.

Silva Herzog, Jesús

1977 *De lo dicho y de lo escrito 1928-1930. Un mal momento en las relaciones México-Soviéticas*. México: Edición privada del autor; 110 pp.

Smith, Lois Elwin

1955 *Mexico and the Spanish republicans*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press; pp. 165-315.

SPENDER, J.A.

1930 *Weetman Pearson, First Viscount Cowdray, 1856-1927*. Londres: Cassel and Co.; xi + 316 pp.

TAMAYO, Jorge L.

1962 *Geografía general de México*. México: Instituto de Investigaciones Económicas; 4 vols. y un atlas.

1964 *El problema fundamental de la agricultura mexicana*. México: Instituto de Investigaciones Económicas, 181 pp.

TANNENBAUM, Frank

1951 "México la lucha por la paz y por el pan", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*. México: núm. 4, vol. III, octubre-diciembre, pp. 9-154.

TEIXIDOR, Felipe

1982 *Viajeros mexicanos (siglos XIX y XX)*. México: Editorial Pornía.

TÉLLEZ GIRÓN, Rafael

1918 *Estudio de adaptaáón correspondiente al proyecto del doctor Francisco Valenzuela sobre la inmigración y colonización en México*. México: Imprenta Victoria; 46 pp.

TODD, A.C.

1977 *The search for silver, comish miners in Mexico, 1824-1947*. Padstow, Cornwall: The Lodenek Press; x + 181 pp.

TORRES BODET, Jaime

1981 *Memorias. El Desierto Internacional. La Tierra Prometida. Equinoccio*. México: Editorial Porrúa; 2 vols.

1981 *Memoria. Tiempo de Arena. Años contra el tiempo. La victoria sin alas*. México: Editorial Porrúa, vol. I, xi + 722 pp.

Treviño, Jacinto B.

1961 *Memorias*. México: Editorial Orión; 284 pp.

Turner, Frederik C.

1968 *The dynamic of Mexican Nationalism*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press; xii + 350 pp.

Ulloa, Berta

1971 *La Revolución intervenida. Relaciones diplomáticos entre México y Estados Unidos (1910-1914)*. México: El Colegio de México; xi+ 394 pp.

Urrea, Blas (seud. de Luis Cabrera)

1920 *La herencia de Carranza*. México: Imprenta Nacional; 131 pp.

Van Hecke, Maurice y otros

1958 "Los trabajadores migratorios en la agricultura norteamericana", en *Problemas Agrícolas e Industríales de México*. México: vol. X, núms. 1-2, enero-junio, pp. 85-180.

Vasconcelos, José

1925 *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viaje a la América del Sur*. París: Agencia Mundial de Librerías; 296 pp.

1926 *Indoiogía. Una interpretación de la cultura Iberoamericana*. París: Agencia Mundial de Librerías; xvii + 231 pp.

1926 *Aspects of Mexican Civilization*. Chicago: The University of Chicago Press; ix + 194 pp.

1935 *Ulises criollo*. México: Ediciones Botas; 536 pp.

1937 *La tormenta*. México: Ediciones Botas; 592 pp.

1938 *El desastre*. México: Ediciones Botas; 819 + vi pp.

1938 *Breve historia de México*. México: Ediciones Botas.

1946 *El proconsulado*. México: Ediciones Botas; 653 pp.

VERNON, Raymond

1963 *The dilema of Mexico's development*. Cambridge: Harvard University Press; xi + 226 pp.

VILLASEÑOR, Víctor Manuel

1976 *Memorias de un hombre de izquierda*. México: Grijalbo, 2 vols.

VOGT, William

1946 "Los recursos naturales de México. Su pasado, presente y futuro", en *Memoria del Segundo Congreso Mexicano de Ciencias Sociales*. México: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; vol. II, pp. 5-102.

WAKATSUKI, Yasuo e Iyo KUNIMOTO

1985 *La inmigración japonesa en Bolivia. Estudios históricos y socio-económicos*. Tokio: Universidad de Chuo; 243 pp.

WARBURTON, Amber Arthur, Helen WOOD y Marian M, CRANE

1943 *The work and welfare of Agricultural Laborers in Hidalgo County Texas*. Washington: U.S. Depart-

ment of Labor Children's Bureau Publications 298; v + 74 pp.

WAYNE GUNN, D.

1977 *Escritores norteamericanos y británicos en México*. México, Fondo de Cultura Económica; xv + 371 pp.

WENTHOLT, R.

1957 "The case for cultural tolerance; arguments from a study of duch immigrants in New Zealand", en *Bulletin Research Group for European Migration Problems*. La Haya, julio-septiembre; pp. 77-94.

WEYL, Nathaniel y Sylvia

1955 "La reconquista de México (Los días de Lázaro Cárdenas)", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*. México, vol. VII, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 117-360.

WHETTEN, Nathan L.

1953 "México rural", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*. México: vol. V, núm. 2, abril-junio, pp. 11-413.

WILSON, Henry Lane

1927 *Diplomatic episodes in Mexico, Belgium and Chile*, Garden City. Nueva York: xvii + 399 pp.

WOMACK, John

1970 *Zapata and Mexican Revolution*. Nueva York: Vintage Books; xi + 435 pp.

1971 *Zapata y la Revolución mexicana*. México: Siglo XXI Editores; 443 pp.

YOUNG, Desmond

1966 *Member for Mexico. A biography of Weetman Pearson First Viscount Cowdray*. Londres: Cassel & Company; 279 pp.

Zorrilla, Luis G.

1965-1966 *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América*. México: Editorial Porrúa; 2 vols.

Zubrzyki, J.

1957 "Immigration and culture conflict", en *Bulletin Research Group for European Migration Problems*. La Haya: vol. 5, núm. 3, julio-septiembre, pp. 71-77.

Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, *1821-1970*
se terminó de imprimir en mayo de 1994, en los talleres de Corporación Industrial
Gráfica, S.A. de C.V., Cerro Tres Marías 354, Col. Campestre Churubusco, México, D.F.,
C.P. 04200. Fotocomposición tipográfica y formación Literal, S. de R.L. Mi.
Se imprimieron 1 000 ejemplares, más sobrantes para reposición.
Cuido la edición el Departamento de Publicaciones
de El Colegio de México.

Centro de Estudios Históricos

Esta es una macrohistoria de larga duración producto, en cierta forma, de un esfuerzo iniciado hace casi medio siglo. Se basa en fuentes primarias impresas y en menor medida en fuentes inéditas; también aprovecha el creciente número de monografías sobre algunos extranjeros en particular. En suma, es una historia de México vista desde la perspectiva de los extranjeros que han inmigrado a nuestro país y de los mexicanos que han emigrado de él.

En este tercer volumen (1910-1970) se estudia la Revolución mexicana, *boxer* según los extranjeros afectados por ella, nacionalista según el gobierno mexicano y grandes sectores populares. En la década de los veinte regresa a México buen número de mormones que se habían refugiado en Estados Unidos, y llegan menonitas, judíos, sirios y libaneses, principalmente. La crisis de 1929 expulsó a muchos mexicanos de Estados Unidos y a muchos chinos de México, sobre todo del noroeste. Con la explosión demográfica y la Segunda Guerra Mundial cobra una fuerza aún mayor la emigración de los braceros a Estados Unidos, confirmando que México no es un país de inmigración sino de emigración. Sin embargo, en la década de los cuarenta llegan los españoles republicanos; a partir de los cincuenta, norteamericanos jubilados, y en los setenta veteranos de la guerra de Vietnam.

EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

Portadilla 2
Portada 3
Créditos 4
Dedicatoria 5
Índice 6
1. RECURSOS FINANCIEROS Y HUMANOS 25
El cuerno de la abundancia 25
Las inversiones 36
Los recuentos 42
La pureza racial 51
El mestizaje 61
2. LA XENOFOBIA 81
La violencia 81
La revolución bóxer 89
Entre Wilsons te veas 101
Reges socii 114
Mestización suicida y abominable 134
Aseados y bellos 149
¡Más españoles, ya no! 154
3. ¿LA XENOFILIA? 188
Ingleses y franceses 188
Alemanes y guatemaltecos 196
Judíos y libaneses 204
El remolino menonita 212

Gott und Volk, Mit Brennender Sorge 229
Los españoles, los "bárbaros" más asimilables 240
¿Filia yanqui? 262
Asimilación y expulsión 269
4. LA EMIGRACIÓN (II) 290
Faltan tierras, sobran brazos 290
Turistas y braceros 301
La válvula de escape 326
De la raza caucásica inferior 344
Alambristas, wet feet y wet backs 373
5. LA EMIGRACIÓN (III) 398
No vayáis al norte (II) 398
México para los mexicanos (II) 416
La "raza" 436
Los tratados 445
Sinfonía inconclusa 459
6. EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO (I) 481
¡Vae pauperibus! 481
Might is right 501
Lo que es bueno para la Standard Oil no es bueno para México 513
American greasers 527
París, París, al fin París 539
Subhombres en España, superhombres en América 543
Victoria del hombre mediocre sobre los picapedreros 552
7. EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO (II) 573
Charros y frijoles con chile en París 573
Contigo pan y cebolla 579

Los Balcanes y el Cercano Oriente 590
En vísperas de Hitler 595
Descubrimiento de América Latina y otras latitudes 607
Guerra en España y en México 631
Eurocentrismo, Malgré Tout 635
EPÍLOGO 663
FUENTES 668
Fuentes primarias 668
Fuentes secundarias 688